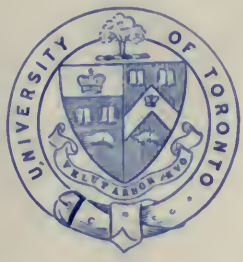
3 1761 08158685 1

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN



PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 21. NUM. 244.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

ABRIL 1909

MADRID
EST. TIPOGRÁFICO DE VALENTÍN TORDESILLAS
Calle del Tutor, 16.—Teléfon 2.042.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

AP
60
E8
año 21
no. 244-46

EL DESASTRE DE CAVITE

SUS CAUSAS Y SUS EFECTOS

El combate.

Llegamos al momento crítico (1): al desastroso desenlace debido á la desidia y al abandono de los gobiernos que se sucedieron en España desde 1872, cuando estalló la primera insurrección de Cavite, pues que ya entonces pudo comprenderse que era necesario, indispensable de todo punto, pensar maduramente, y estudiar con interés las medidas que convenía poner en práctica para que nuestra dominación en Filipinas no llegara á hacerse odiosa, y para implantar las reformas que el progreso y la mayor cultura de los habitantes exigían; pero sin precipitación ni exageraciones, con tacto y prudencia, dando al propio tiempo más facultades al Gobernador general para todo lo que afectare al bienestar y engrandecimiento del Archipiélago, de acuerdo con lo que propusiera el Consejo de Administración, constituído en su mayor parte por entidades independientes, de arraigo en el país.

En una palabra: ir dando á las Islas Filipinas todos los derechos de que disfrutan las colonias inglesas, dentro de su obediencia á la metrópoli.

La escuadra de Filipinas, compuesta de buques, en general pequeños, de poca marcha, no servía más que para tiempos de

(1) Véase La España Moderna de 1.° de Marzo de 1909.

paz, ó á lo sumo para sofocar insurrecciones locales ó para combatir á los moros de Mindanao y Joló.

La Marina se hallaba como cuarenta años atrás.

La defensa y fortificación de las plazas de la bahía de Manila y del puesto del Súbic, como doscientos años lo menos.

Desde mi llegada á Manila no cesé de exponer al ministro las faltas dél personal de todas clases, especialmente de artilleros de mar, y las del material, tanto en buques como en cañones de tiro rápido y torpedos.

Y el ministro contestaba siempre con vagas promesas, con evasivas y hasta con punible indiferencia.

Mi situación, desde que empezó á temerse que podría haber guerra, era apurada por demás.

Entregado á mis propias fuerzas é iniciativas, sin barcos dignos de este nombre, sin recursos bastantes en personal y material, ¿qué partido me quedaba por tomar?

Hice lo que mi honor, mi conciencia y mi deber me aconsejaban.

Reuní á los jefes y comandantes que tenía á mis órdenes, les expuse en todos sus detalles la situación, oí su dictamen, y, conforme á él, decidí lo que debía hacerse:

Aceptar el combate en las condiciones menos malas posibles.

Esto es, ir al sacrificio.

En la noche del 29 de Abril me hallaba de regreso con la escuadra en el seno de Cañacao.

Muy ocupado con los preparativos para el combate, envié á Manila mi ayudante para que dijese al capitán del puerto (Cano) que saludase en mi nombre al Gobernador general, y le explicase que me disponía á esperar en Cavite al enemigo, como ya se lo decía de oficio por escrito.

El día 30 quedaron los buques situados así: el crucero *Castilla*, amarrado en cuatro, con su máquina inútil y el casco en malísimo estado, próximo á la punta «Sangley»; luego el *Reina Cristina*, por las amarras de este crucero, el *Cuba* y el *Luzón;*

por la proa, el *Marqués del Duero;* en el claro que quedaba por detrás del *Castilla,* el *Don Juan de Austria* y el *Ulloa;* sin movimiento este último, por tener en reparación la máquina, casi desartillado y amarrado en cuatro, como el *Castilla.*

Por la tarde se hizo la señal de *á la orden los comandantes,* y, en la cámara del *Cristina,* les recomendé que se batieran bien, resistiendo hasta el último extremo, echando á pique los buques antes de que cayeran en poder del enemigo, sin rendirse bajo ningún concepto.

Así lo prometieron todos con decisión y firmeza, marchando á sus buques respectivos para prepararse á la función de armas, ya próxima.

Dispuesta la escuadra para el combate, con los fuegos avivados y todos en sus puestos respectivos, esperábamos por momentos al enemigo. A todos los buques, después de pintados de color gris obscuro, se les había desembarazado de las vergas, de los masteleros y de las piezas de respeto, á fin de evitar en parte los efectos de los proyectiles y astillazos, así como que tuviesen más libres sus movimientos.

A las cuatro de la mañana del 1.° de Mayo se hizo la señal de zafarrancho de combate, que se ejecutó en todos los buques.

El primero que divisó los buques americanos fué el comandante del crucero *Don Juan de Austria* (capitán de fragata don Juan de la Concha), señalándolos inmediatamente.

En efecto; se veían hasta ocho bultos, confusamente dibujados entre la bruma, que se dirigían hacia Manila, por detrás de la punta Sangley.

Eran las cuatro y tres cuartos; aún no había amanecido, y se estaba repartiendo el café á la tripulación. Terminado el desayuno, se tocó á atención, y un profundo silencio reinó sobre cubierta. En aquel solemne momento pronuncié la siguiente alocución:

«¡Soldados y marineros! Los Estados Unidos de Norte América nos obligan á una guerra inicua cuando no debiéramos

esperarla. Su principal objeto es arrebatarnos la rica Isla que hace cuatrocientos años poseemos, con el derecho que nos da el descubrimiento del Nuevo Mundo y su conquista. Pero la ambición de aquéllos, no satisfecha con Cuba, viene á atacarnos también en este Archipiélago, con una escuadra muy superior á la nuestra.

»El enemigo está á la vista, y confío en que todos le demostraréis en el combate que sois dignos compañeros de nuestros antepasados en la historia patria. ¡Viva España! ¡Viva el Rey!»

Un caluroso y nutrido viva contestó á estas palabras, y uno de los más animosos fué el capellán (D. Ramón Novo), quien, lleno de entusiasmo, exhortaba á recibir con valor y con tranquilidad los proyectiles enemigos.

Desde á bordo del *Cristina* se avistó la escuadra algo confusa, formando una línea de fila casi paralela á la nuestra y como á 6.000 metros de distancia; á la cabeza el buque insignia, *Olympia,* siguiendo el *Baltimore*, el *Raleigh* y el *Boston* (éste al parecer cabeza de la segunda división) con el *Concord,* el *Petrel* y el *Mac-Culloch*, quedando fuera de la línea los transportes *Zafiro* y *Nansham.*

A las cinco rompió el fuego la batería de la punta Sangley, cuyos primeros tiros resultaron cortos y á la izquierda de la dirección del *Olympia.* La escuadra americana formó una línea de frente, quedando en la marcación NE. SO.

En la punta Sangley estaban emplazados dos cañones de 15 centímetros (Ordóñez), de los cuales sólo uno tenía fuego en dirección de la escuadra enemiga. Una de las baterías de Manila disparó sin éxito algunos cañonazos. Resultaron muy cortos. A las cinco y cuarto, previa señal, rompieron el fuego nuestros buques, empezando el *Cristina*, respondiendo inmediatamente los americanos y generalizándose desde este momento el combate. El fuego del enemigo se hizo rapidísimo, viéndonos rodeados de un sinnúmero de proyectiles, pues los tres cruceros *Olympia, Baltimore* y *Raleigh* disparaban sobre

el *Cristina*. Al poco tiempo de empezar el fuego, una granada del enemigo reventó en el castillo, dejando fuera de combate todos los sirvientes de los cuatro cañones de tiro rápido, haciendo astillazos en el palo trinquete, con los cuales fueron heridos los timoneles que gobernaban en el puente, sustituyéndolos el teniente de navío D. José Núñez, quien con gran serenidad siguió en la rueda del timón hasta que terminó el combate, acompañado de mi hijo Patricio, teniente de infantería de Marina.

Convencido de que nuestros cañones no alcanzaban al enemigo, di orden al teniente de navío, Núñez, de que dirigiese el *Cristina* á toda máquina sobre el crucero *Olympia*, esfuerzo desesperado que fué infructuoso. Serían las siete y media. Una granada partió el servo-motor del timón; hice engranar la rueda de mano, quedando (el buque) sin gobierno en este intervalo, que se hizo largo por haber estallado otra granada á popa, que dejó nueve hombres fuera de combate. Otra destrozó el calcés y el pico del cangrejo del palo de mesana, arrastrando la bandera y mi insignia, que se reemplazaron inmediatamente. Un nuevo proyectil, que reventó en la cámara de oficiales (convertida en hospital de sangre), destrozó á los heridos que allí se curaban. Otro, que estalló en el pañol de municiones y artificios, llenando de humo las cámaras, impidió armar la rueda de mano del timón. Siendo imposible dominar el incendio, hubo que inundar el pañol citado cuando ya empezaba á hacer explosión la cartuchería. En el centro del buque, varias granadas de pequeño calibre atravesaron las chimeneas, y una de las grandes los guarda-calores, dejando fuera de combate cerca del fogón á un condestable y á doce sirvientes de la artillería. Otra inutilizó el cañón de proa á estribor, mientras que el incendio de popa aumentaba, amenazando abrasar todo el alcázar, tomando nuevo incremento por otra granada que atravesó el costado, reventando en el sollado. Los cañones servibles continuaban haciendo fuego, y un solo cabo de cañón con un cabo de mar, únicos que quedaban útiles, iban

disparando los que les dejaban cargados la marinería de la maniobra, que reemplazó repetidas veces á la de la artillería.

Sin gobierno el buque, y ardiendo por todas partes, fuera de combate la mitad de sus tripulantes, contándose entre ellos el capellán, el contador, los dos médicos, un teniente de navío, dos alféreces de navío, es decir, gran parte de los oficiales, dispuse que se abandonara el *Cristina* y que se echase á pique antes de que explotasen los pañoles de pólvora y de granadas de popa y de proa. Al mismo tiempo se hicieron señales al *Cuba* y al *Luzón* para que acudiesen en nuestro auxilio. Aprovechando una lancha sin remos ni gente, que se hallaba al garete próxima al portalón, me transbordé á ella, lleno de sentimiento, acompañado de mi Estado Mayor, y llegué al *Isla de Cuba* bajo un sinnúmero de proyectiles, arbolando mi insignia en dicho crucero. Con los botes del *Cuba,* del *Luzón,* del *Duero* y con las lanchas que acudieron del arsenal, se procedió con rapidez á recoger las tripulaciones del *Cristina* y del *Castilla,* principalmente los heridos, trasladando todos al arsenal.

Poco después de comenzado el abandono del *Cristina,* cuando ya muchos se habían puesto en salvo, una granada destrozó al comandante del crucero *Reina Cristina,* capitán de navío D. Luis Cadarso (que se hallaba dirigiendo el salvamento), al primer condestable y al primer contramaestre, hiriendo á varios marineros y soldados. No tardó mucho en irse á pique el *Cristina,* haciendo explosión é incendiado completamente.

El *Ulloa,* que se defendió con mucho tesón, quedando fuera de combate su comandante, capitán de fragata D. José de Iturralde, y gran parte de su reducida dotación (la indispensable solamente para el servicio de las dos únicas piezas que tenía disponibles), se hundió lleno de agua por los rumbos abiertos en su flotación por los proyectiles del enemigo. El *Castilla* se batió heroicamente. A medio combate se le inutilizó el cañón de proa de á 15 centímetros, por haber reventado una granada en el reducto de aquel sitio. Se inutilizó en seguida el de á 12 centímetros de la misma banda, y desde entonces sólo ha-

cía fuego el cañón del reducto de popa. Acribillado el buque por los proyectiles é incendiado todo él, fué abandonado por su tripulación con el mayor orden, dirigiendo la operación el comandante, capitán de fragata D. Alonso Morgado. El crucero *Don Juan de Austria*, con muchas averías y bastantes bajas; incendiadas sus carboneras, acudió en auxilio del *Castilla* (intentando remolcarlo). El *Luzón* tenía tres cañones desmontados y algunas averías en el casco. El *Marqués del Duero*, inutilizada una de las máquinas é inútil también el cañón de proa de á 12 centímetros y uno de los reductos.

Siguiendo las aguas del *Isla de Cuba*, que arbolaba mi insignia, se dirigieron á la ensenada de Bacoor el *Luzón*, el *Don Juan de Austria* y el aviso *Marqués del Duero*. Con sorpresa se observó que los buques enemigos se retiraban por detrás de la punta Sangley; supuse que no tardarían en repetir el combate, en previsión de lo cual dispuse que se preparasen los comandantes para abandonar sus buques, con sus tripulaciones, armas portátiles, banderas, documentos de importancia, ropas y caudales, quitando antes los aparatos de cierre de los cañones, pues que sería insensatez pensar en hacer la menor resistencia á fuerzas tan superiores como eran las del enemigo, abriendo los grifos de inundación al salir todo el personal de los buques.

La granada que hirió á los timoneles del *Cristina* me causó una contusión en la pierna izquierda, y se me hizo la primera cura á bordo del crucero *Isla de Cuba*.

A las diez fué á felicitarme el comandante del arsenal, capitan de navío de primera clase, D. Enrique Sostoa, y ambos bajamos á tierra, con el capitán de navío, Boado, y mi ayudante. Revisté en el arsenal á los que se habían salvado, dispuse que se les repartiera un rancho y me dirigí á la Comandancia general para repetir la curación de mi herida y redactar el despacho telegráfico, dando cuenta al ministro de Marina de las ocurrencias del combate naval.

Los americanos reanudaron el combate á las once de la

mañana, y me dirigí hacia los pabellones, frente al cuartel de Guardias, disponiendo que los que se hallaban en el arsenal se guarecieran detrás de los muros, ya que no teníamos medios de responder á los disparos del enemigo.

Desde la puerta del arsenal presencié el abandono de los buques, refugiados en la ensenada de Bacoor, cuyas tripulaciones desembarcaron ordenadamente, con sus comandantes al frente, por la playa fuera del arsenal.

Deseaba conferenciar con el general García de la Peña, gobernador militar de Cavite, porque, destruída la escuadra, mi puesto era Manila, al lado de la primera autoridad, para tomar las medidas que las circunstancias hacían necesarias.

A la una de la tarde había cesado por completo el fuego, habiéndose visto precisado el general Sostoa á izar bandera de parlamento. Entretanto, me leyó el general Peña copia del parte cifrado que dirigía el Capitán general, haciéndole una relación concisa del combate, y le rogué que añadiera mi conformidad con lo expuesto. Me presentó al primer teniente de Artillería, D. Valentín de Valera, cuya valerosa conducta en la batería de la punta Sangley elogió como se merecía. Muchas personas llegaron á felicitarme, admirando la resistencia que con tan malos buques había opuesto, por espacio de casi tres horas, á la poderosa escuadra americana. Sucesivamente se me fueron presentando los comandantes de los buques echados ya á pique, cuyas tripulaciones se hallaban sin novedad, acuarteladas en las bóvedas de la muralla y en casas particulares.

Con mayor calma, procedí á redactar el parte oficial telegráfico del combate, que terminaba así:

«... Los buques refugiados en ensenada de Bacoor, fué preciso ir echando á pique para evitar cayeran en poder del enemigo. Éste bombardeó. Pidióle comandante general del arsenal de Cavite que cesara. Puso por condición quemar restos escuadra. Me consultó (Sostoa), y accedí para evitar más pérdidas de vidas y edificios. Se calcula que las pérdidas asciendan á 400 bajas. Muertos, capitán de navío, Cadarso; ca-

pellán Novo, y otros. Ha sido un desastre, que lamento profundamente, que presentí y anuncié siempre, por la falta absoluta de fuerzas y recursos.»

El ministro de Marina (Bermejo) me dirigió el mismo día, 1.° de Mayo, el cablegrama siguiente: «Honor y gloria á los que se han batido heroicamente por la patria.»

Nada me detenía ya en Cavite. Destruída la escuadra, desembarcadas sus tripulaciones, y sabiendo que ya no sería bombardeado el arsenal, según lo prometido por Dewey, marchar sin tardanza á Manila, mi residencia oficial, donde podría comunicarme con Ilo-Ilo, Cebú y el resto del archipiélago (antes de que cortasen el cable submarino los americanos), desde allí me sería más fácil dar las órdenes necesarias á los cañoneros que aún quedaban distribuídos por el resto de las islas, para el caso de que los buques enemigos fuesen á las Bisayas, como parecía probable, en vista de la petición que había hecho el comodoro Dewey, de que al salir sus buques no les hicieran fuego las baterías establecidas en las bocas grande y chica.

Por otra parte, si la escuadra americana llegaba á bombardear la capital, necesitaba encontrarme en mi puesto, en Manila, en mi calidad de Comandante general del apostadero y de los veinte buques que se hallaban en las Bisayas, en el Sur y en las Carolinas.

El gobernador de Cavite me proporcionó tres calesas, y á las siete de la tarde marché tristemente hacia Manila, con mis dos hijos y una escolta de caballería, dejando en Cavite al capitán de navío, Boado, y al teniente de navío, Núñez, para organizar un batallón con la marinería desembarcada, que debía mandar el capitán de fragata, D. Juan de la Concha, todos á las órdenes del comandante general del arsenal, D. Enrique Sostoa, el cual tenía encargo mío de conducir estas fuerzas á la capital, á disposición del Capitán general.

Penosa fué mi peregrinación por arenales y terrenos húmedos en el trayecto de los 28 kilómetros que hay desde Cavite á Manila. Los vaivenes continuos de la calesa irritaron la

herida que tenía en la pierna izquierda, causando la hinchazón de ésta. No podía darme cuenta de lo sucedido. Me parecía un sueño. Pasado Cavite Viejo, se veía arder el vapor trasatlántico *Mindanao,* cerca de la playa de Las Piñas. Los inhumanos *yankees* se habían cebado en este buque, que debía considerarse seguro en el fondeadero que yo mismo había designado á su excelente capitán.

Por la izquierda, en la ensenada de Bacoor, algunas como fogatas con espesa humareda indicaban los cascos de los buques incendiados; algo más lejos, en el seno de Cañacao, resaltaban fuertemente, en medio de la obscuridad de la noche, las llamas que surgían hacia el cielo de los que fueron cruceros *Reina Cristina, Castilla* y *Ulloa,* y, por último, más lejos, formando círculo, brillaban espléndidamente los buques enemigos, ostentando como trofeo en su alumbrado eléctrico la palabra *triumph,* formada con las luces.

***

El 2 de Mayo fué cortado el cable submarino por orden del comodoro Dewey, acto *ab irato* que pudo evitar el general Augustín si hubiese tratado con cortesía al cónsul inglés, que lo pidió fuese al *Olympia* el encargado, á lo que se negó aquél. Conmigo estuvo áspero (cuando fuí á saludarle el mismo día), haciendo alarde de su autoridad superior. Sin faltarle al respeto, le contesté con dignidad, y entonces, cambiando de tono, se lamentó de no haber tratado mejor al cónsul. El arrepentimiento llegó tarde.

La situación de Augustín no era de envidiar, ni las condiciones de su carácter eran las que necesitaba poseer la primera autoridad en aquellas críticas circunstancias.

Manila se hallaba sitiada por los insurrectos, que, protegidos por los americanos, después de saquear el arsenal de Cavite, se dirigieron á la capital, con ánimo de apoderarse de ella, unidos á los *yankees.*

El contralmirante,
PATRICIO MONTOJO

(Concluirá.)

JUAN VALERA

La muerte de Juan Valera, acaecida hace pocos años, no atrajo gran cosa la atención en España, y apenas fué notada en el mundo en general. En la mayor parte de los países, la desaparición de un gran escritor es la señal que inicia entre una multitud de escritores de calidad inferior á la suya la presentación de sus testimonios de admiración. Salvo uno ó dos opúsculos y algún que otro artículo de revista—en especial ciertas ligeras reminiscencias personales de su antigua amiga y rival en la novela, Emilia Pardo Bazán, publicadas en *La Lectura*,—no he podido encontrar nada acerca de Valera, ningún libro ni biografía, mostrando en general los críticos todos más perspicacia, al tratar de alabar su obra, para los defectos de menor cuantía que para las grandes cualidades de estilo y personalidad. Y no obstante, Valera ofrecía admirable materia para una biografía, porque no sólo fué insigne escritor, sino personaje ameno é ingenioso, que vivió una vida cosmopolita, llena de interés y variedad, y desempeñó parte señaladísima en los asuntos nacionales de su tiempo. Hay que advertir que en vida se concedió á Valera la misma proporción escasa de alabanzas por sus compatriotas. «Tengo y tendré siempre pocos lectores», escribía él en 1877. Acostumbraba á decir, según me han dicho, que los rendimientos de *Pepita Jiménez*, su más popular novela, que ha sido traducida á todos los idiomas más importantes del mundo, no llegó á producirle

para comprar un vestido de moda á su señora. Sin duda que es apócrifa la historia; pero sus ganancias en literatura (1) no fueron grandes. Por fortuna, no se vió obligado á vivir de esta profesión, y murió en edad muy avanzada, lleno siempre de buen humor, aunque ciego, rodeado de sus libros. No deja de existir algún testimonio de que los españoles han sabido apreciar en Valera una de las grandezas más gloriosas de su país; por ese patriotismo local que tan poderosamente se revela siempre en España, en Cabra, pequeña ciudad de Andalucía, donde nació Valera, se ha tratado de establecer, en la casa en que vino al mundo, un museo consagrado á conmemorar su vida.

Si se me pregunta cómo es que Valera consiguió tan poca apreciación de su mérito, creo poder pensar que la respuesta no es difícil. Siempre vivió alejado de las corrientes literarias de su tiempo. Nunca perteneció á ninguna escuela, como discípulo ni como jefe. Muchas modas literarias hubo durante su vida: romanticismo, naturalismo, decadentismo, simbolismo. Todas estas corrientes se llevaban tras sí parte de la vida literaria española. Zola y la corriente naturalista perturbaron principalmente el equilibrio literario de esta nación; la misma D.ª Emilia Pardo Bazán, aunque sin salir de la tradición católica, se dejó influir grandemente por los Goncourt y Zola, y al más aventajado de los novísimos novelistas, Blasco Ibáñez, se le ha calificado de Zola español. Pero Valera, desde el principio, se mantuvo serenamente inalterable á la tendencia en moda. «Los documentos humanos—decía—no deben tener entrada en la novela; el lugar que más propiamente les corresponde es la lista del hospital ó el asilo del boletín.» Baudelaire también parecía á Valera perverso ó incompletamente humano; en cambio, Carducci, aun en su canto á Satanás,

(1) Trata Valera de esta cuestión, con su inimitable gracia, en su artículo sobre «Crematística», publicado en la Colección de Escritores Castellanos. (N. del T.)

le inspiraba una fuerte admiración, porque Carducci acusa una fe vehemente en la vida y en los destinos humanos. En un artículo titulado «La Moral en el Arte», escrito en sus últimos años, intentó Valera manifestar su opinión en la materia. La perfecta poesía—dice, entendiendo la palabra poesía en su sentido más amplio que incluye todas las formas del arte literario—debe sólo existir por sí y para sí; no está sujeta á otro deber que el de ser sincera y huir la afectación; jamás debe pretender enseñar ciencia ni inculcar moralidad. Pero al mismo tiempo afirma, con igual seguridad—sin curarse mucho de si incurre en contradicción,—que el gran arte es verdadero siempre y moral. No existe discrepancia entre la moral y la estética, entre la bondad y la belleza. «La sabiduría, la belleza y la verdad se juntan y confunden cuando llegan á la perfección.» Alma de un hombre es la que se ve reflejada en el hermoso espejo de Don Quijote. La belleza y la bondad se funden una con otra; mas no por eso el arte necesita buscar la moralidad.

Fácil es explicarse el que escritor que en la práctica de su arte, así como en sus teorías, mantenía sólidamente esta actitud, no era muy á propósito para obtener el aplauso de las muchedumbres ó la admiración de las pandillas literarias. Su célebre contemporáneo, Pérez Galdós, que ocupa posición semejante en la literatura española á la que ocupa Björnson en la Noruega, debe su celebridad principalmente, no sólo á sus cualidades artísticas, sino á su simpatía, ilustrada con todos los movimientos nacionales de progreso de la gente de su país; casi todo lo que ha escrito puede afirmarse que señala una tendencia—religiosa, moral, social ó patriótica—que interesa á los infinitos á quienes para nada preocupa el arte. El grupo reducido de los que al arte rinden culto puede á su vez invocar á Valera como apóstol suyo, y más si se tiene en cuenta lo que desdeñaba los modernismos; nada de cinceladura de frase ni de manía por neologismos aparece en su estilo elegante, amplio y sencillo, para el que no se encuentra receta en nin-

guna preceptiva. Así que siempre hubo cierta distancia entre Valera y sus contemporáneos, que quisieron definirle dándole el nombre de «académico», atestiguando en la manera de hablar respetuosa de D. Juan Valera esta superioridad suya.

No era «académico», sino que hay otro epíteto, que también se le aplicó algunas veces, que, entendido derechamente, le conviene con más exactitud y él mismo aceptaba. No era «clásico», en el sentido limitado, aunque es cierto que experimentaba vivo y simpático deleite por la literatura griega, ni fué el sereno optimismo con que hacía frente á la vida, ese contento superficial que, según concepto equivocado, se supone vulgarmente haber sido nota característica del paganismo antiguo. El helenismo de Valera fué ciertamente más bien que el de Píndaro y Tucidides, el de los últimos alejandrinos, ó el de Teócrito y el autor de *Dafnis* y *Cloé,* que tradujo al castellano. Pero era genuinamente clásico, aun atendiendo al doble sentido de esta palabra. Poseía por naturaleza el brío y fuerza simple, gusto por las superficies serenas y las honduras despejadas, por el sentido delicado de la proporción, la tendencia á combinar lo real con lo ideal en armonioso consorcio—y no pintarlos en contraste violentamente pistoresco—que distinguen á la literatura antigua, y que por esta razón nos parece siempre clásico por oposición á romántico. Era, además, clásico en el sentido restringido á su país. Representó con más verdad y excelencia que nadie en su tiempo las tradiciones más antiguas y bellas de la literatura española, siendo verdadero sucesor de Cervantes.

D. Juan Valera y Alcalá Galiano nació en 1824, en Cabra, ciudad de la provincia de Córdoba, que los romanos conocían por sus famosos vinos, situada en medio de un bello paisaje, á unas diez leguas de la capital de la provincia y reino, asiento antiguo de la civilización española. Los entendimientos mejor templados, á cuya buena calidad ha dado causa sin duda la pureza y finura de sus aires, proceden de esta ciudad septentrional de Andalucía, que por muchos conceptos figura en pri-

mera línea. Hay en Córdoba una majestad solemne é imponente, que contrasta enormemente con el bullicio y alegría plebeya de la moderna Granada. Tal impresión dan también los rápidos torrentes y arroyos de Granada al lado del fluir manso y sosegado del Guadalquivir en Córdoba, que se refleja en su lisa y serena superficie. Inquietud ni desasosiego no se conocen en esta ciudad, cuya vida data de tantos años; mas no es ciudad muerta tampoco, sino que parece como que toda su animación se ha encastillado altivamente en sus innumerables palacios, huyendo de competir con la vida del mundo moderno. Es una de las ciudades más venerables y aristocráticas, la Roma española. Valera se sintió siempre ufano de haber nacido en Andalucía; muchas de sus novelas tienen la escena en su país; casi todos sus héroes y heroínas pertenecen á Andalucía, y con especialidad á Córdoba, aun aquellos que, como Rafaela, vivieron en América. No es acaso este origen andaluz lo que menos ha contribuído á templar el carácter literario de Valera. Su optimismo sereno y esplendoroso; la amenidad, humor apacible, falta de violencia de toda su obra; sus orientaciones artísticas, son señales que distinguen al andaluz de calidad más privilegiada de los individuos de Levante ó del Norte de España.

Valera fué hijo de un oficial de la Armada, emparentado con la aristocracia por parte de su madre D.ª Dolores Alcalá Galiano, marquesa de Paniagua. Poco sabemos de los comienzos de su vida. Educado primero en Málaga, y en el Colegio del Sacro Monte, en Granada, hizo luego estudios de Derecho, en que se licenció en 1846. El conde de Las Navas, al describirle, dice que poseía de joven una abundante cabellera negra, y que era algo míope, lo que le obligaba á mirar fijamente á través de sus lentes á los que hablaban con él, que se veían obligados á bajar la vista. Añade el conde, que iba vestido siempre con irreprochable corrección.

Por influencias de su familia fué nombrado Valera segundo secretario de la legación española en Nápoles en 1847, bajo

el duque de Rivas, personaje de mucha distinción en la historia intelectual de España. Los dos años que estuvo en Nápoles fueron, no sólo, como él escribía tiempo después, los más felices de sus días, sino también de los que más influyeron en su historia literaria. Allí fué donde se encontró á sí mismo, y allí donde el espíritu que había de animar toda su obra futura se le reveló por primera vez. Por un lado, la inspiración del país que antes había sido la Magna Grecia, le indujo á hacer un estudio fundamental del griego, moldeándose así de manera definitiva sus ideales en arte y en poesía; por otro, en el famoso año de 1848, en que—como él escribía—«las princesas y hasta el Papa mismo eran revolucionarios», determinaron el liberalismo en política á que él fué adicto siempre, aunque no fué muy exaltado nunca. En Nápoles fué donde su vocación se le manifestó claramente. A lo último, sus tendencias literarias fueron antes cosmopolitas; pero en este período, la influencia del estilo y espíritu españoles hasta los tuétanos, de Estévanez Calderón, que publicó en 1847 sus *Escenas andaluzas*, hizo de Valera un escritor genuinamente castellano.

El punto más notable en la evolución de este joven de genio agudísimo, que de esta suerte se despertaba á la vida espiritual en el período más vital de todo el siglo XIX, fué la manera como se libró del movimiento literario más fascinador de la época. La marejada romántica iba invadiendo á Europa; pero aunque parte de su inspiración la había recibido el romanticismo de España, y á casi todos los literatos españoles afectaba por igual, Valera entonces y siempre se mantuvo intangible frente á esta corriente. Bajo su suavidad poseía Valera la firme independencia del español, y seguía la inspiración de su propio genio nativo. En 1864, en la interesantísima dedicatoria de sus *Estudios críticos*, al duque de Rivas, escribía: «Ni siquiera en la época de más fervor y supremacía del romanticismo he sido yo romántico, sino clásico á mi manera—muy diferente á la verdad del pseudo-clasicismo francés.—He rendido culto á la forma, pero á la interna y espiritual, no á

la recargada de adornos, pueril y afectada. He sido fervoroso creyente en la magia del estilo, en esa sencillez y pureza por la que el estilo expresa las ideas y los sentimientos, y encarna en lenguaje de indestructible hechizo el corazón y la mente del autor.»

Valera, sin embargo, no madrugó por ser autor; y aunque parece que empezó á escribir en verso por aquella época, hasta 1858 no salió á la luz pública su primer volumen, *Poesías*.

El verso de Valera es de cierto género cultivado, y pudiera decirse sabio, que revela la influencia de los griegos y también la de los italianos. Leopardi es el poeta que principalmente hace recordar, y se ha dicho que escribía á la manera de Leopardi antes de conocer sus obras, de las que fué apasionado admirador. En este volumen se recordó ya ese platonismo que aparece sutilmente difundido por todas sus obras. «El platonismo erótico—decía Menéndez Pelayo—es el alma de los versos amatorios de Valera.» El amor es para él una ascensión continua de los cuerpos bellos á las bellas almas, y de éstas á la idea de la belleza misma, deteniéndose también sobre la doctrina platónica de la reminiscencia y el concepto de Plotino, de que la naturaleza es á modo de un espejo en que se refleja el arquetipo de belleza. Estas ideas ocurren á cada paso en todas sus novelas y hasta en los pasajes en que menos podía pensarse. En la dedicatoria de *Doña Luz* trata de hallar la moral de su historia—á pesar de su repugnancia por las narraciones con moral—en un pasaje platónico del Bembo, y en *Genio y figura* presenta á la heroína del libro, Rafaela la Generosa, al salir del baño, besando su imagen en el espejo, y explicando este hecho por cierta indignación platónica que no parece fácil se le ocurriera á la cortesana de Cádiz (1).

(1) Esta inclinación platónica es, sin embargo, muy española. El neoplatonismo, sobre todo en su relación con el amor y la belleza, es tema de preferencia en la filosofía del Renacimiento en España; ha sido estudiada extensamente por Menéndez Pelayo en el segundo volumen de *Las ideas estéticas en España*. En el siglo XV, León Hebreo (ó Judas Abarba-

No era de esperar que el público acogiera con calor el arte aristocrático y mesurado de sus *Poesías*. Valera fué, ante todo, crítico para poder expresar sus teorías; pero siempre conservó cariño por la poesía, y tenía de él mismo la idea de ser poeta hasta en sus novelas, y hasta el fin se pagó mucho de las alabanzas que le valieran sus versos. En el Prólogo que escribió en Wáshington en 1885, para la edición de sus *Romances, canciones y poesías*, declaraba que «la razón principal de escribir es la poesía. Los escritos se hacen famosos é inmortales por su belleza, no por la verdad que enseñan. La pretensión de los que entienden que es posible adoctrinar por la escritura, suele salir casi siempre vana. Los grandes maestros de la humanidad no escribieron nunca, ni Cristo, ni Sakyamuni, ni Pitágoras, ni Sócrates».

En el curso de su carrera diplomática fué promovido Valera á puestos cada vez más importantes, primero en Lisboa (1850), luego en el Brasil (1851), donde conoció por primera vez una niña encantadora, hija de su jefe, que había de ser, diez y seis años más tarde, su esposa. En 1854 fué á Dresde, en 1856 fué nombrado secretario con misión especial en Rusia, y en 1865 plenipotenciario en Francfort.

En este período de su vida, cuando había llegado Valera á su plena madurez, se hizo novelista casi por circunstancias fortuitas, pues sus ambiciones iban encaminadas en dirección muy otra. Sus primeras ocupaciones literarias, su vida entera, le sirvieron admirablemente en su nueva empresa literaria, que exige, más que ninguna otra, un conocimiento amplio y maduro del mundo. El interés que como poeta y artista siente Valera por el misticismo, no le avasalla en este particular. Si bien por la lectura de los antiguos místicos recibió la inspiración de su estilo y las demás influencias, bajo las cuales se fué

nel), judío neo-platónico portugués muy versado en el helenismo, es considerado como una de las glorias filosóficas de España, y su influencia continúa en el siglo XVI hasta Cervantes que, en su *Galatea*, sigue de cerca el neoplatonismo de León Hebreo.

desenvolviendo *Pepita Jiménez,* el elemento escéptico y cosmopolita que había en Valera, le libró del exagerado influjo místico. Dícese que al principio pensó en escribir una á modo de disertación ó diálogo filosófico, sobre el conflicto eterno entre el cuerpo y el espíritu, entre la naturaleza y el misticismo; mas luego se le ocurrió la venturosa idea de convertir la disertación en novela. Se hace en ella el relato de lo que acontece á un joven sencillo, sincero y formal, que está haciendo sus estudios de la carrera sacerdotal con el entusiasmo mayor de su corazón; mas poco á poco se convence de que no posee verdadera vocación, después de haberse encontrado con una viuda, joven de veintiocho años, Pepita Jiménez, que se enamora de él. Con arte casi inconsciente, y que es más bien una segunda naturaleza, valiéndose de todos sus encantos femeniles, no cesa Pepita hasta ir poco á poco dominando todas las resistencias de su temperamento y los escrúpulos de su falsa vocación, hasta que al fin lo rinde. La cualidad más meritoria de la novela consiste muy principalmente en la delicada habilidad con que Valera ha sabido evitar los escollos que narración de este género podía ofrecer, armonizando todos los intereses que se entrechocan y los impulsos latentes, é infundiendo en todo esa mezcla de alegría y dignidad propias de él. Fué en todas sus partes este libro un triunfo, que colocó á su autor, de un golpe y para siempre, en la cima de la celebridad más gloriosa. En España se habla comúnmente de Valera como del autor de *Pepita Jiménez.*

En la misma *Pepita*, la heroína de la narración, se nos ofrece una de las más típicas creaciones de mujeres de Valera. Por lo general, no aparecen en sus primeros años, pero conservan las cualidades de juventud virginal, asociadas á la energía y experiencia de la edad madura. Viven en el campo ó en poblaciones pequeñas; pertenecen alguna vez á la aristocracia; otras, á las clases más humildes del pueblo, y no pocas, son hijas naturales que ostentan una mezcla de distinción aristocrática y de vigor plebeyo; siempre representan lo más selecto

de la vida del campo. La habilidad y discreción de estas jóvenes son muy ponderadas, y lo mismo su energía física. Doña Luz sabía bailar como una sílfide, cabalgar como una amazona, y en su andar semejaba á la divina cazadora de Delos. También Rosita es comparada con Diana. Emilia Pardo Bazán ha descrito muy bien el carácter general de las mujeres de Valera. «Obsérvase—dice—que las heroínas de Valera se parecen extremadamente unas á otras; percibimos en ellas cierto aire de familia, á pesar de su desigualdad de posición, modales y nacimiento, lo mismo en Doña Luz que en Pepita, ó en Calitea, Juanita y Rafaela. Muchos creen que todas estas mujeres encarnan el alma y mente del autor en cuerpos femeniles. Personifican mujeres que conforman con el ideal clásico, mujeres del siglo XVI y del Renacimiento en España, discretas y hasta instruídas con toda su feminidad; delicadas y resueltas, filósofas, preciosistas, no sentimentales ni nerviosas, más teólogas que devotas, francas y atrevidas en su lenguaje, impetuosas en el amor, pero ardientes en la defensa de su honor; muy sutiles, aunque no pervertidas, ó si lo fueren, como Rafaela, lo serían conociendo cuanto es preciso para conservar cierta dignidad análoga al sentimiento del honor en los hombres. Sería errado suponer que las mujeres de España, en general, se parezcan hoy á las heroínas de Valera, que son más varoniles, más intelectuales, más marciales y resueltas que la mayor parte de sus paisanas. Hay que buscar su ascendencia en las comedias de Tirso y en las novelas de D.ª María de Zayas.» Realmente, la generalidad de las mujeres de la clase media en España de hoy se parece poco á las mujeres de Valera, y Valera mismo probablemente sería el primero en admitir esto. Él ha elegido cuidadosamente tipos cuya existencia no puede tener lugar en las circunstancias de la vida española si no se salen de lo vulgar. Conforme á este procedimiento, mezcló lo real y lo ideal, utilizando sin duda—en *Juanita la Larga,* que es el retrato más minucioso y acabado de mujer, lo ha hecho precisa y plenamente—su propia observación y recuerdos más antiguos. Las

cualidades esenciales de las mujeres de Valera corresponden á las cualidades que podemos notar ó adivinar en las mujeres de la clase trabajadora española actual, y la veracidad fundamental de los tipos que presenta se evidencia suficientemente por el parecido que revelan con las heroínas de Cervantes y Tirso de Molina y de todos los escritores españoles que han presentado con más fidelidad lo genuinamente español (1).

Habiendo encontrado al fin Valera su vocación en la literatura y allegádose sus vítores, empezó á escribir con una energía, libertad y personalidad de estilo, que poco á poco se iba desenvolviendo como antes nunca se había mostrado en él. *Pepita Jiménez* fué prontamente seguida de *Doña Luz*. Aquí, aunque escribe, seguramente, de una manera más impersonal que en su anterior novela, insiste ligeramente en el mismo asunto, á saber: el conflicto entre la vida religiosa y el amor. Un fraile piadoso, de muy quebrantada salud, tras de una vida consagrada á buenas obras en Filipinas, vuelve á su pueblo natal en Andalucía, y allí, sin darse cuenta, llega á enamorarse de una señorita, hija natural de un caballero que ha vivido en el mayor recogimiento y retiro en el mismo lugar. Nunca la declara su pasión de palabra, pero se la deja expresada en un manuscrito, que por casualidad va á parar á las manos de ella, después de él muerto; la joven, por su parte, sentía una tierna amistad por el excelente religioso, casi casi confundible con la inclinación amorosa; pero, por lo que á ella se le alcanzaba, nunca llegó á ser el verdadero amor. No es ésta narración que conduzca á situaciones tan dramáticas y de tanto efecto como *Pepita Jiménez,* pero está desenvuelta con la misma delicadeza y habilidad—quizá con mayor, si cabe,—y figura entre las primeras obras de Valera.

(1) La señora Pardo Bazán, en su último escrito crítico sobre Valera reconoce la exactitud de las mujeres de Valera como retratos—aunque no acepta el estilo de Valera como reflejo exacto de su conversación,—y añade que ella ha conocido más de una mujer como Pepita Jiménez en ciudad tan ajena de la Andalucía como Santiago de Galicia.

Las ilusiones del Doctor Faustino es obra que señala un progreso muy avanzado en la manera de narrar con facilidad y en la tendencia del autor á dar á sus libros carácter cada vez más personal. No fué del todo feliz esta tendencia, porque algunas veces le obliga á la introducción de un elemento fantástico, adventicio y de no pocas digresiones no muy sobresalientes. El *Doctor Faustino* es de más extensión que sus otras obras; viene á ser una serie de episodios tenuemente enlazados, algunos de los cuales acusan por primera vez su gusto por sucesos que pertenecen al dominio de lo misterioso, que en algunos de sus libros últimos, sobre todo en *Morsamor,* se hace pronunciado y se asocia con los elementos más flojos de la narración. Hay, sin embargo, una idea seriamente simbólica circulando por las páginas del *Doctor Faustino*. El héroe, miniatura de Fausto, sin acompañamiento de circunstancias sobrenaturales, representa al español de la generación contemporánea, «hombre de noble y generosa naturaleza, aunque viciado por perversa educación y por el medio en que vive». Combina los tres defectos que más suelen atacar á la clase media española: filosofía pedantesca, ambición política, acompañada del pecado de confundir la libertad verdadera con los desórdenes y alborotos, la manía de descender de clases altas junta á una negación absoluta para los asuntos prácticos. Sin contar con el encanto de que están dotados ciertos personajes y episodios de este libro, es además de estimar por el interés formal de ser el principal trabajo de Valera, que contribuyó al criticismo de las cualidades modernas de los españoles.

La personalidad de Valera como artista, como maestro en la novela, se afirmó más aún en una colección de narraciones cortas, que vienen á ser cuentos á la manera de los *contes* de Voltaire, así como una colección de lindos ensayos muy extensos en que, por lo regular, sirve de pretexto la aparición de algún libro ó asunto para tratar los más variados temas que revelan de manera clarísima su personalidad y filosofía. Como crítica literaria de los escritores modernos, no es lo mejor la

de Valera, pues siendo un caballero muy cortés y distinguido, que ocupaba una posición social é intelectual eminente, no estaba en situación de hacer crítica de las cosas de su época. Vemos la imposibilidad de hacer crítica verdad bajo tales condiciones en la futilidad de la última obra de Sainte-Beuve, que determinó su excesiva cortesía para con todo el mundo. Siendo Valera incapaz de decir una cosa amarga ó cruel, ni en público ni en privado, y no sintiendo simpatía por las principales modas literarias de su tiempo, evitó tratar de los que las representaban principalmente, dejando con toda intención de leer algunos de los novelistas contemporáneos más principales; se limitó las más veces á publicar los elogios más extravagantes de insignificantes escritorzuelos, ó bien á juzgar obras clásicas, que es donde está lo mejor de su crítica. En una ocasión, sin embargo, sostuvo una polémica famosa sobre poesía y metafísica con el insigne poeta Campoamor; pero como Valera tuvo el mejor cuidado de hacer notar, sus polémicas eran cosa de mero juego y no ostentaban violenta la discrepancia de opiniones. Campoamor defendía la utilidad de la poesía y metafísica; Valera, conforme á sus principios, afirma su inutilidad práctica y niega al drama mismo derecho á presentar lecciones morales. Cuanto á la metafísica, declara Valera que ha leído muchísimos sistemas de esta ciencia; le entusiasman y enajenan, pero no le convencen de otra cosa sino de que la metafísica es poco más que ciencia de puro lujo. Valera llevaba algo de este mismo espíritu de escepticismo genial á todas las manifestaciones del pensamiento. Podríamos quizá decir de él lo que él dice de su heroína Calitea en *La Buena Fama:* «A ratos dudaba, á ratos creía un poquito y á ratos no creía nada.» Podría haber añadido que á ratos creía todo, porque el modo de ser de Valera no se compadece con el menosprecio ó indiferencia por ninguna creencia genuinamente humana. No acepta que se llame «fabuloso» á nada, porque, según decía, «clasificación tan osada y ofensiva difícilmente podría aplicarse á nada. No hay límites para lo posible.» Así que,

cuando en 1899, tiempo de abatimiento para España después de la guerra con los Estados Unidos, Valera volvió la vista á los días en que España era grande, y escribió su *Morsamor*, historia de un fraile franciscano en Sevilla en el siglo XVI, introdujo á Mahatmas y accesorios del ocultismo, que últimamente adquirieron fascinación especial para él.

Valera fué, según se ha dicho, de la escuela de Montaigne y de la de Goethe; pudiera agregarse, que en pensamiento y en recuerdo moral está más cerca de la de Renan. Su escepticismo fué siempre tolerante, hasta cuando no podía ser simpático, y siempre matizado con un tono optimista. «La musa que me ha inspirado», advierte en el Prólogo á sus cuentos *De varios colores*, «no es melancólica ni trágica, sino alegre y amable, muy idónea para consolarme de mis pesares reales, y no para aumentar su peso con inquietudes imaginarias.» Valera fué siempre verdadero hijo de España, en la que, si ha habido pecadores graves, nunca faltan santos regocijados, cuando estimaban que el regocijo cuadraba bien.

La actitud práctica moral de Valera hacia sus compañeros, fué siempre lo que él llamaba su panfilismo, que ilustra admirablemente en su cuento al modo de Voltaire, titulado «Parsondes», publicado en el volumen de *Cuentos, Diálogos y Fantasías*. Hubo un tiempo, ya hace más de dos mil seiscientos años, que había un sátrapa en Susa, muy estimado del gran rey de los Medos, Arteo, porque era el más grave y moral de los sátrapas. Este hombre, rígido y santo, conoció y enseñó toda la sabiduría de Zoroastro; al fin desapareció, y todos los buenos creyentes pensaron que había sido llevado á la esfera superior de la luz; su memoria fué casi objeto de adoración. Cuando vivía en el mundo había muchas veces reprendido á Nanar, rey de Babilonia, tributario del gran rey de los Medos, por sus maneras disolutas de vida; fuéle á Arteo enviada noticia de cómo Parsondes había sido asesinado, ó por lo menos, preso por Nanar. Entonces, Arteo envió unos de los más fieles discípulos de Parsondes á averi-

guar lo sucedido, porque sospechaba que Parsondes pudiera aún estar vivo, aunque padeciendo acaso intolerables tormentos. Por último, con gran espanto del fiel discípulo Nanar, presentó al santo varón, todo perfumado y engalanado como un rey, rodeado de una pandilla de mujeres hermosas y alegres, que le acompañaban bailando y cantando. «Yo soy—le dijo—muy otro del que antes era. Vuélvete, si quieres, á Susa; pero no digas que vivo aún, para que no se escandalicen los magos, y que sigan teniendo un ejemplo reciente de santidad á que recurrir. Nanar se vengó de mi ruda y desatinada virtud, haciéndome prisionero y mandando que me enjabonasen y fregasen con un estropajo. Después han seguido lavándome y perfumándome dos veces al día, regalándome á pedir de boca, y obligándome á estar en compañía de todas estas agradables señoritas, donde he acabado por olvidarme de Zoroastro y de mis predicaciones, y por convencerme de que en esta vida se ha de procurar pasarlo lo mejor posible, sin ocuparse en la vida de los otros. Cuidados ajenos matan al asno, y nadie lo es más que quien se mezcla en censurar los vicios de los otros, cuando sólo le ha faltado la ocasión para caer en ellos, ó cuando, si en ellos no ha caído, se lo debe á su ignorancia, mal gusto y rustiqueza.» Al oir estas palabras el fiel discípulo, se tapa los oídos y se sale precipitado del palacio, determinado á aconsejar al Colegio de los Magos que prediquen que Parsondes ha subido al Empíreo, y no digan á nadie que está vivo aún entre las bayaderas de Babilonia. Este precioso *conte moral,* en que Valera juguetonamente saca á luz todo el sistema moral que se revela en toda su obra, quizá recordará á algunos *L'Abesse de Jouarre,* en que Renan, cuando ya era también de edad avanzada, apuntaba también una moral no muy desemejante, y nos hace recordar también cómo Goethe, aun de joven, se dejó impresionar por el dicho del humano y austero Thraseas: *Qui vitia odit homines odit.* El que aborrece el vicio, á los hombres aborrece. Como Plinio el Joven decía, la indulgencia es parte de la justicia.

Llegado Valera á la cumbre de su actividad literaria, y habiendo desenvuelto aquellas condiciones del mundo y de la vida que no habían experimentado cambio desde el principio al fin, su carrera diplomática y política prosiguió en los términos regulares. Después de la Revolución de 1868, al ser Isabel expulsada del trono, fué nombrado subsecretario de Estado, y fué uno de los principales miembros de la diputación que invitó á Amadeo á hacerse cargo del trono de España. En 1881 fué plenipotenciario en Lisboa; en 1884, en Wáshington; en 1886, en Bruselas; en 1890, embajador en Viena. Aunque no fué político activo, fué en una ocasión diputado á Cortes y miembro de varios Gabinetes liberales. A lo último de su vida fué senador vitalicio. Tuvo tres hijos: la muerte de uno de ellos causóle inconsolable pesar; otro ha ido siguiendo dignamente las huellas de su padre; la hija contrajo matrimonio con un diplomático.

Juanita la Larga y *Genio y figura*, novela que pertenece al período de mayor madurez del arte de Valera, merecen especial mención porque figuran en lugar preferente de su obra. *Juanita la Larga*, historia de una muchacha campesina que por sus cualidades personales vence todas las dificultades con que se encuentra en su camino, es un cuadro delicioso y detallado de la vida rústica de Andalucía, inspirado en reminiscencias de la niñez y juventud, pasadas en la provincia de Córdoba. Advierte en el Prólogo su autor, que no sabe á punto fijo si el libro es ó no es novela, porque él es más bien historiador que novelista en esta narración. *Juanita la Larga* se diferencia de casi todos los libros de Valera porque presenta exclusivamente personajes sencillos y no dotados de cultura, y lo hace de una manera graciosa, armoniosa, llena de amable humorismo, sin ninguna crudeza, que siempre fué ajena al temperamento de Valera, pero no obstante, con un realismo que prueba que cualquiera que fuere su desdén por la novela naturalista francesa, rendía en cambio tributo á las tradiciones de la novela española. Porque, en sentido fundamental, los no-

velistas españoles, con Cervantes á la cabeza, han sido siempre realistas, de la misma manera que en Inglaterra lo fueron Fielding y Defoe.

Este realismo, combinado con una visión idéntica, sana y placentera de la vida humana en las situaciones más apuradas, encontramos en *Genio y figura*, última de las grandes novelas de Valera; la más madura, más animosa, y, aun estoy por decir, la más bella. Es el relato de la vida de una mujer que, como Juanita, y adornada de parecidas cualidades de inteligencia y carácter, áunque de los mismos ideales de moralidad convencional, salida de la nada, va paulatinamente borrando la desconsideración social y ganando el aprecio y respeto generales. Rafaela la Generosa es una joven hetaira de Cádiz, bella é inteligente, que posee una voz encantadora y úna habilidad consumada en el baile del fandango y del jaleo. Es admiradísima de los dandis de Lisboa, uno de los cuales, cautivado por sus perfecciones, la da medios para que vaya al Brasil como bailarina, y la recomienda á un rico usurero viejo de Río Janeiro. Bajo su protección se presenta al público de Río como bailarina, pero esta presentación le vale un fracaso en las tablas, porque los modales ridículos y asquerosos del viejo que la presenta, contribuyen al descrédito y desprestigio de Rafaela. Pero ésta, con su buen juicio y mejor humor, que delata todo el estoicismo español, acepta de broma todas las hortalizas con que la ovacionan; se retira humildemente y conquista el amor del viejo, con el que se casa. Mas no hace con esto sino abordar los comienzos de su empresa; necesita adquirir la consideración social, no sólo para ella, sino para su marido además; enseña á éste buenos modales, le instruye en los misterios del tocador y le pone en manos de los mejores sastres; al mismo tiempo, despliega su sagacidad y facultades administrativas en los negocios todos de la casa y le ayuda á emplear el dinero de manera discreta y benéfica. Los cónyuges empiezan á triunfar de la indiferencia y hostilidad, y á ganarse el aprecio y consideración de la sociedad; la aristocracia más li-

najuda empieza á frecuentar los salones de Rafaela. Pero, consagrada como vive á los intereses de sus marido, sólo amistad y aprecio dispensa; de ninguna manera amor. Sigue éste otras direcciones, pero aun cediendo á los impulsos de su corazón, muestra Rafaela su discreción y táctica acostumbrados, teniendo cuenta con no soliviantar las pasiones de su marido. Sólo un hombre hay á quien ella ama de verdad: es un inglés, con el que tiene una hija, Lucía, cuyo nacimiento tiene secreto por evitar el conocimiento de su deshonra al marido. Rafaela educa con toda solicitud en un convento á su hija, y cuando enviuda se establece en París, y fija sus esperanzas en la niña, lisonjeada con la idea de que ésta pueda realizar los ideales que en su vida desordenada y batalladora ella descuidó, aunque alguna vez, con su inteligencia perspicaz, duda del mérito que pueda tener inocencia que no se ha contrastado con la prueba. A estas dudas pone solución Lucía, que, en un momento de infortunio, cansada por la negativa de su padre á reconocerla, toma el velo y se encierra en un convento para siempre; tras lo cual, Rafaela, privada de la niña, esperanza de su vida, toma un veneno y muere. Este es el relato de la novela en que Valera ha puesto más madurez y personalidad mentales, y más juicio sólido y humanidad; novela en que el realismo y la poesía se desenvuelven con un arte y hechizo que la colocan en la categoría de obra maestra.

Los últimos años del novelista transcurrieron en Madrid, en compañía de amigos distinguidos y apasionados suyos, con quienes siempre se mostró él mismo, cariñoso, amable y digno. En los últimos años de su vida estuvo ciego, á causa de cataratas en ambos ojos. Fué uno de los pocos grandes hombres, dice de él el conde de las Navas, que son tal aun para sus ayudas de cámara. Continuó apegado á su estudio y á escribir ensayos, no obstante sus achaques, valiéndose de un secretario, á quien dictaba, siendo su última obra la *Terapéutica social*, publicada un mes antes de su muerte. Sus costumbres eran sencillas; gustaba de los frugales manjares cordobeses, de su

propia tierra, y bebía, en cantidad pequeñísima, vino blanco; como en general todos los españoles, fumaba mucho. A pesar de su ceguera, acompañaba á las señoras que iban á visitarle hasta la puerta, y tenía por precepto asistir á todas las sesiones de la Academia Española. La última tarea que le fué encomendada era el discurso que sobre Cervantes se había de leer en la Academia con ocasión del tercer centenario del Quijote. Pudo escribir gran parte de su discurso, pero no lo llegó á acabar. Murió precisamente antes de las fiestas del tercer centenario, de una apoplegía, en 18 de Abril de 1905.

Se ha hecho necesario señalar que Valera se mantuvo alejado y ajeno de los movimientos y personas más populares de su tiempo. No era hombre afiliado á ningún partido, dotado como estaba de alta sabiduría y serena perspicacia, para dejarse fanatizar por cosa ninguna, ni aun por la mitad de aquéllas en que creía. Galdós, su contemporáneo como novelista, aunque mucho más joven, ha excitado en distintas ocasiones el entusiasmo de buena parte del público español progresivo, que, excepto cuando la aparición de *Pepita Jiménez*, nunca ha respondido convenientemente á la sabiduría de Valera (1). El valenciano Blasco Ibáñez, último de los novelistas realistas que más se significan en España, se aleja aún más del modo de ser de Valera. Rudo, vigoroso, no siempre correcto, en ocasiones atrozmente naturalista, en no pocas prorrumpiendo en exaltado lirismo, siempre revolucionario atrevido, agresivo, ardientemente interesado en los problemas sociales y fiel pintor de las clases bajas del pueblo, cuya vida conoce bien, Blasco Ibá-

(1) Galdós nació en 1855, en Las Palmas, capital de las Canarias, donde vivió hasta la edad de diez y ocho años, entre una población medio inglesa. Conocedor del inglés, se dejó en gran manera influir por Dickens, y después algo por Zola. Dícese de él no resultar completamente simpático en su trato callado, observador, irónico; de tal suerte, que sus amigos no saben qué es de admirar más en él, si su gravedad castellana ó su flema inglesa. (Sobre Galdós, véase á Martinenche en la *Revue des Deux Mondes*, 15 Abril 1906.)

ñez resulta una gran fuerza en la literatura, pero dista infinito del temple sereno y luminoso, verdaderamente helénico de Valera (1).

«Yo he sido siempre inspirado—escribía en una ocasión Valera—por el puro amor de la belleza.» En cierto sentido, sus novelas tienen la condición de poesía, y no es de extrañar que autorizados críticos españoles contemporáneos se inclinen á negarle lugar muy elevado como novelista. Es demasiado frío y correcto, dicen; sus personajes hablan como él hablaría; atiende más á la expresión de sí mismo que á la creación de tipos originales ó á describir objetivamente la gente real del mundo que le rodea. La misma Pardo Bazán, cuyo dominio propio en la materia acredita en gran manera su juicio, entiende que Valera no nació novelista al modo de Dickens ó Galdós, y que es algo *libresco*. Hay algo de verdad en estas afirmaciones. Sin embargo, Valera poca necesidad tiene de quien le defienda; sus libros son su mejor y más propia justificación, constituyendo obra de lo más perfecto que se ha realizado en la literatura hispana. El genio de su nación, aunque nunca grosero ni sensual, es á veces sombrío y violento. Pero si en sus lechos inferiores humea turbiamente, en sus regiones más altas llamea con luz esplendorosa y alegre. De esta suerte ocurre en Velázquez y de ésta en Cervantes. No está Valera con éstos, porque su faz delicada y su aliento no están animados por la pasión ni acompañados de la intensidad que para la realización del propio ser en su perfección más original se requiere. Pero tiene el mismo temperamento que esos hombres soberanos, su visión, su claridad, su serenidad, su humanidad. Las obras de Valera son una manifestación bella y duradera del espíritu español, y la personalidad que las produjo lo es aún más que sus obras.

HAVELOCK ELLIS

(1) Estudio interesante de la carrera turbulenta y aventurera de Blasco es el que aparece en *Le Censeur*, 6 Abril 1907.

EL SUPLICIO DEL SILENCIO

NOVELA POR

FEDERICO SPIELHAGEN

(Conclusión.)

CAPITULO XI

Ulrico y Herta hicieron el camino en silencio. Sólo una vez se volvió ella á mirarle furtivamente, y vió que caía una lágrima de sus párpados y rodaba por su mejilla.

—¡Ulrico!—murmuró—y apretó su mano con timidez. Él se la abandanó, y así fueron todo el camino con las manos enlazadas. Todo se arreglará, decía ella entre sí.

Pero no vió que, al llegar á su casa, solo en su cuarto, se arrojó en el sofá, y sepultando la cabeza en un almohadón, ahogó su llanto tumultuoso.

Ni oyó sus desesperados sollozos:

—Ahora todo ha terminado.

Cuando dos días antes supo la muerte de Clementina, dijo con sonrisa dolorosa:

—Ha sido discreta como siempre. Se ha ido de este mundo de locos. No pensó en sí misma ni en lo que se perdía con ella.

Hoy, ante su sepultura, se dió conciencia de la tremenda pérdida. El radiante sol que alumbró sus días de Norderney, se ponía para siempre. Tampoco debía lucir más para él la dulce claridad de la luna que había disipado las tinieblas de su

negra vida. No debía volver á ver el tierno y espiritual semblante de oscuros y animados ojos, ni su voz dulcísima decir: «Ulrico, mírate en mí, pobre inválida, ¡qué vida es la mía! Y la soporto. Y cada uno de nosotros lleva su cruz á un Gólgota más ó menos lejano. Yo quisiera ser un hombre como tú y tener tus fuertes espaldas. Creo que podría soportar el mundo entero y todos sus dolores.»

¡Ah! la voz dulce y querida.

¡Y cuán cordial, cuán íntimamente le quiso! Ella no preguntaba: ¿soy feliz?, sino ¿lo es él? Y lo hubiera sacrificado todo á su dicha. Si hubiera debido ser, hasta su mismo amor.

Así es el verdadero amor; no aquel que dice: tu amor por el mío. O el que destila el veneno de los celos en la copa de la vida del sér amado. O el que arroja negra sombra sobre la vida del otro para que el mundo se aleje de él como de un apestado. Así era el suyo, que sumía á su mujer en un sepulcro anticipado. A la mujer á quien había jurado en el altar alegrías y pesares hasta que la muerte los separase.

Pero ¿y si él había pronunciado este juramento ciego é ignorante? Y para mantenerle, había que hacer el sacrificio de la propia vida, envenenada en sus fuentes más hondas; había que imponerse el sello del hipócrita y del mentiroso, aun en los momentos mismos en que si la hipocresía no nos hace dioses, nos rebaja á la condición de animales. ¿No sería mil veces mejor desatar el terrible nudo? ¿Es un delito rebelarse contra semejante esclavitud? Y si lo fuera, hay un momento en que el más débil se convierte en fuerte, y ofrece su oblación al dios de la venganza. Romper un juramento producto del error... ¿no hay expiación para esto? Pues entonces...

Se levantó del sofá y se precipitó á la panoplia, que contenía diferentes armas que mostraban su poder mortífero.

—Tan buena es una como otra—murmuró.—Pero este recurso queda siempre.

Cuando una hora después apareció en la mesa del té, estaba aún muy pálido, cosa bastante natural después de un día como

aquél. Pero su rostro estaba tranquilo y su voz no temblaba.

—Yo no debo notar nada—dijo para sí mademoiselle Didier, que los observaba continuamente.—Están representando delante de mí una comedia. En cuanto vuelva yo la espalda, empezará la danza.

Pero Ulrico no cambió de aspecto cuando mademoiselle se despidió dándoles la *bonne nuit*. Siguió hablando, en el mismo tono amistoso, sobre el proyectado viaje, que propuso fuera á Roma, que había sido siempre su ideal, si bien temía sufrir un cruel desengaño si los cambios sufridos por Roma en los tiempos modernos eran tan importantes como la gente aseguraba. ¿Cómo había recibido la señorita Ritter la proposición de Herta de que viniese á encargarse de los niños?

Aquí Herta hizo un relato de su visita á Eleonora, cuyas contradicciones y confusión no dejó de notar Ulrico. Le pareció muy razonable la resolución de Eleonora de ir primero á visitar á su tía. Por lo demás, aún quedaban esperanzas, como podía colegirse de la calurosa despedida de las dos damas en la puerta del cementerio.

Mientras Ulrico hablaba así, Herta, involuntariamente, clavaba los ojos en él de modo cada vez más penetrante. En ellos se reflejaba cada emoción de su alma. La expresión no había cambiado la misma seriedad amistosa que tenía al hablar de Roma. Herta quiso besarle la mano que él tenía apoyada sobre el plano de Roma; y como él la retirase, no enfadado, sino porque, como ella sabía, le repugnaba que una mujer besase la mano á un hombre, le besó la boca, sin sospechar que él hubiera preferido en aquel momento una puñalada en el corazón. Fué la noche más feliz que Herta había pasado desde semanas, meses enteros. Creyó no haber pasado nunca otra más feliz.

No tuvo en los siguientes días motivos de queja. La conducta de Ulrico fué de la misma bondad para ella y para los niños. Ciertamente sin ternura desbordante. Pero ella no la esperaba, no la quería. ¡Después de la tempestad pasada, aquella calma, aquella paz eran tan bienhechoras!

Mademoiselle Didier no daba crédito á sus oídos, cuando una mañana, que la señora venía del jardín con un ramo de flores á la terraza, donde ella estaba traduciendo el *Telémaco* con Elena, la oyó cantar una melodía con una media voz algo débil é insegura, como un pajarillo que tantea su primer amor, pero *effectivement*, la oyó cantar. La misma niña la miró con asombro, casi asustada; si la misma estatua de Flora hubiese descendido de su pedestal del jardín para aparecer en la terraza cantando, no le hubiera maravillado más. Había que contárselo á papá cuando volviese del campo. Seguramente, él no había oído nunca cantar á mamá.

Ulrico estaba desde por la mañana hasta la tarde en el campo; apenas si al medio día descansaba una hora. En efecto, había trabajo extraordinario. Las tareas de otoño estabán en su apogeo; había que aprovechar el buen tiempo seco para hacer un vasto é importante drenaje antes de que rompiesen las aguas en la *métairie*, llamada así, pero que, en realidad, era una finca importante, casi tan grande como Wustenei; había que cubrir las aguas de un establo á toda prisa; en el Norderney, á la orilla del riacho, casi tocando á Wendenlin, había que ahondar los fosos varios pies. Además, faltaba Pasedag, que estaba en servicio como oficial de reserva. Con lo cual no hay que decir que el amo tenía que redoblar su trabajo y vigilancia.

Y aunque hubiera tenido que triplicarla, y aunque hubiera tenido que sucumbir bajo la carga, Ulrico, no por eso la hubiera aceptado con menos gusto. ¡Sólo quería olvidar, olvidar! Pero en vano. Recorría diariamente sus fincas de punta á punta, cansaba tres caballos, pero él no se cansaba. Sentía en su corazón el mismo peso que en los días de Norderney, antes de encontrar al ángel que le abrió las puertas del paraíso para volver á cerrarlas tras él dos horas después para siempre.

Era la mañana del cuarto día de la muerte de Clementina. Herta le había acompañado, según hacía siempre, hasta el caballo, que estaba delante de la rampa, cuando el correo lle-

gó con una carta, que Ulrico rogó á Herta que pusiese en su mesa, pues estaba de prisa.

—Aquí hay algo para los dos—dijo Herta.

—¿El qué?

Estaba arreglando los estribos de *Robin*, cuando oyó que ella le llamaba con un grito medio de alegría, medio de terror, lo que le hizo volverse.

—¿Qué es ello?—preguntó otra vez.

Herta estaba allí con el rostro encarnado. De pronto se puso pálida, para volver á enrojecer de nuevo.

—Una esquela de esponsales—exclamó.

Él tomó el papel de sus manos temblorosas; una doble papeleta, en una de cuyas hojas la viuda del consejero Bucher participaba los esponsales de su sobrina con el conde Guido Wendelin; en la otra aparecía el nombre del conde.

—Ya lo había visto venir—dijo Ulrico tranquilo, devolviendo la papeleta á su mujer;—cuando la señorita Ritter salió del brazo del conde del cementerio, comprendí que él estaba muy interesado por ella; también lo conocí en algunas conversaciones que con él tuve. Es una gran boda la que hace la señorita Ritter. Contesta con nuestras tarjetas de felicitación. Y lo que iba á decirte: no me esperes á comer. Tengo que hablar con el maestro de obras, que es un señor muy ceremonioso, y además tengo un mundo de cosas que hacer. De todos modos, volveré esta noche. Conque hasta luego.

Dijo esto con un pie en el estribo, cogiendo con la mano izquierda la brida y la crin de *Robin*, y haciéndola un saludo con la derecha. Después montó y salió al trote, no sin volverse á hacerla una seña antes de desaparecer.

Ella quedóse mirándole mientras en su rostro la alegría disipaba los últimos estremecimientos de sobresalto. Si Eleonora rompía su promesa, y la quería salvar curando á Ulrico de su leve pasión, hacía lo mejor que podía hacer. Ya esperaba ella algo así. ¡Pero tan pronto! Quizá ya Guido se había insinuado hacía tiempo. Y ¡qué brillante partido! No dejaría de aga-

rrarse á él. De todos modos, el enojoso asunto estaba terminado. Ulrico no era hombre que siguiese amando sin esperanza á la novia de su mejor amigo. Era demasiado orgulloso para esto. Ya no la amaba. Ni un músculo de su cara se había contraído. ¡Y haberse ella delatado de manera tan pueril! Él lo comprendería. Sabía cuánto le amaba, que alegría sin límites le proporcionaba al verle volver á ella.

Extendió sus brazos hacía el sitio donde había desaparecido, y miró luego en derredor, temorosa de que alguien la hubiera observado. Pero sólo podía haberla visto *Tiro*, que siguió con sus ladridos al amo, y ahora estaba echado al sol delante de su perrera mirando á otro lado. Herta desató la cadena del poderoso animal, que empezó á dar saltos de alegría, poniendo espanto en las gallinas que cacareaban, corriendo en desordenada huída y tropezando unas con otras. Sólo era un perro el que le daba estas muestras de alegría. Pero tampoco hubiera podido decirle á una persona que su Ulrico la había querido abandonar, y que de nuevo le recobraba por completo para ella, para ella sola.

Cuando Ulrico traspuso la puerta de la finca, clavó las espuelas á Robin hasta hacerle gemir, y salió á galope casi tendido. Repentinamente le paró.

—Es una comedia, ¡brillante comedia!—dijo en voz alta,—que ella misma no puede tomar en serio ni por un instante. Entonces, ¿por qué la representa un solo momento?

Sacó á galope otra vez á *Robin*, para detenerle de pronto dos segundos después.

—¡Y si sólo fuese comedia! Pero la tal comedia tiene una realidad; va á entregar su cuerpo á las caricias de un hombre á quien no ama; va á vivir en el seno mismo de la mentira, en el cual me ahogo yo solo, porque ella, la inocente, no sabe lo que hace; no sospecha cuán odioso, suicida, indigno es el sacrificio que cree ofrecerme. ¿Puedo yo aceptarlo? Un sacrificio sin objeto, que no me saca de la miseria en que vivo, ni por un minuto, y que será más cruento, por la convicción de que ella

vive en el mismo infierno que yo, ¡maldito por toda la eternidad sea yo si lo acepto! No, querida; antes te he de dar la muerte. O mejor, me la daré á mí mismo. Yo no lo quería; pero debe ser así. Si no tuvieras ninguna razón más para...

Allez, ¡Robin! El mundo sale de sus quicios. ¿Podremos llegar á aquella meseta sin rompernos el alma? ¡Y si nos la rompemos, tanto mejor! ¡Hala!

Por aquellos días Ulrico recibió una carta de Guido, de Berlín, corta y cordial.

Ulrico no esperaría que él (Guido), en los primeros días de sus desposorios, tuviera tiempo de sobra para escribirle, ocupación que, como Ulrico sabía, era para él siempre gratísima. Pero no quería notificarle, sin previa preparación, el cumplimiento de sus deseos más ardientes, que, y á pesar de sus escasos merecimientos, se veían colmados en tan suprema medida. Y tanto más, cuanto que sabía por ella, que era la verdad misma, y que sólo podía decir la verdad, lo que sus dos corazones tan dignos habían sido el uno para el otro. Sobre esto jamás volvería él; sería para él un inaccesible sagrario. Medirse él con Ulrico era cosa que no podía ocurrírsele; naturalmente. Sólo en una cosa quería, si no igualarle, por lo menos, emularle: en la incondicional adoración de la más noble y magnífica criatura que pisaba la tierra.

Era la última vez, al escribir aquello, que obraba sin saberlo ella, sin pedirle su autorización. En adelante no tendría más voluntad que la suya; en adelante sería su vida ante sus ojos como un libro abierto, del cual sólo lamentaba que no pudiera leer cosas muy interesantes; pero del que, gracias á Dios, no había nada que borrar con vergüenza.

Y aún esperaba y suplicaba al Todopoderoso que le conservase la amistad de Ulrico, á quien había mirado siempre como su ideal, y á quien, á más de lo que ya debía, era nuevamente deudor, después de Dios, de su inmensa felicidad. Pues estaba harto persuadido, que el ser digno de la amistad de un Ulrico era, á los ojos de la adorada joven, su verdadero título de nobleza.

—¿Dice algo de la boda?—preguntó Herta,—por cuyas manos había pasado la carta aquella mañana, y que reconoció la letra de Guido.

—Ni una palabra—contestó Ulrico.

—¿Será pronto?

—No sé qué es lo que esperan.—Perdona.

Y se asomó á la ventana á dar una orden á uno de los inspectores que pasaba.

Está completamente tranquilo—pensó Herta.

CAPITULO XII

En su cuartito de casa de su tía (Mauerstrasse) sentóse Eleonora algunos días después, y escribió:

«Mi querida y respetable mamá: Los ocho primeros días de noviazgo han pasado amistosamente y... he despedido á Guido. Créame usted... ¡perdón!... debo llamarte de tú y mi querida mamá... Créeme, querida mamá, era ya tiempo, si bien para otras personas, en Berlín, debían quedar por comprar algunas cosas. Por último, me negué á salir con él. No podíamos pasar por ninguna tienda en cuyo escaparate hubiese algún precioso adorno, algún rico vestido de señora, alguna sorprendente pieza de *toilette*, en donde él no se empeñase en entrar. Si yo cometía la imprudencia de dejar escapar una palabra de elogio ó de quedarme mirando, nada le podía retener, aunque yo rogase ó discutiese. Debo confesar, para vergüenza mía y en alabanza de su inagotable bondad, que, á pesar de mi resistencia, me ha equipado como una princesa de un cuento de hadas.

»Bien dice Goethe: cuando un alemán ama, regala de seguro. Teniéndolo en cuenta, deben perdonarse á Guido sus pecados en este punto. ¡Y también su amor! Tú que conoces las almas y los corazones, me comprenderás; yo me sentía confusa, cohibida por tales excesos. Para quien es altiva, y yo, que-

rida mamá, lo soy y mucho, hay algo indeciblemente deprimente en no poder devolver en la medida que se recibe. Puedo decirlo con completa seguridad. Cada día que pasábamos juntos he conocido y estimado más á Guido, le he querido más. Pero entre este sentimiento mío y su amor, que le hace verme, no como una criatura terrestre, sino como un ángel bajado del cielo, ¡qué distancia! ¡qué abismo! Pero este abismo, con la ayuda de Dios, se podrá llenar á lo que yo espero, y aunque todavía se abre amenazador para mí, haciendo que mi confusión llegue á su más alto grado, él cierra los ojos ante su profundidad conscientemente. Si él no lo viera, podría yo alegrarme de su ceguera, que en todo caso sería para él bienhechora; si sólo lo sospechase, yo trataría de ocultárselo; pero lee en mi corazón mejor que pudiera yo hacerlo. Yo se lo confesé desde el primer minuto; pero la chismografía alivió notablemente mi confesión. Kitti aprovechó el entierro de su hermana para contarle lo que un tal señor de Odebrech había susurrado en sus oídos liliales, al bailar un vals. Me pareció bien que Guido, dos días antes de venir aquí, buscase al citado señor y abordase la cuestión. Éste parece que reúne en una pieza las cualidades de crueldad y astucia de la zorra. Él no había querido decir nada á mi pareja, ó sea al señor de R... ¡Dios le librase! Además, en realidad, nuestras relaciones de Norderney no tenían nada de deshonroso para el señor de R. ni para mí. Y ¿cómo podía acusársele de intenciones maliciosas, si al hablar del hecho con la señora de R. y con la señorita Kitti y quizá con algún otro, daba por sentado que hablaba de algo conocido de todos? En cuanto á mi colocación en casa de la generala, no le quedaba la menor duda de que había sido gestionada por el señor de R... Si no había sido así, confesaba su error. Pero ninguna persona razonable podía tomar á mal que él lo hubiese creído.

»Guido dice que de buena gana le hubiera dado de latigazos. Yo doy gracias á Dios de que no lo haya hecho y me lo haya contado todo detalladamente, tan tranquilo como si la

historia no nos importase en lo más mínimo á ninguno de los dos. Yo he llenado las lagunas de la tal historia, lo cual ha constituído para mí y para él dolorosa tarea. Para mí, porque me dolía mucho tocar la reciente herida; para él, el mejor de los hombres, porque me veía sufrir. Y sufrir sin razón, según él. Pues, ¡cómo no amar al hombre que si hay uno que merezca ser amado, es él, á quien el mismo ama tan entrañablemente en el cual ve su ideal! ¿Cómo podía yo haber sabido, cuando apareció ante mí, que era casado y que tenía hijos? Cuando después lo averigüé, era demasiado tarde. Y además, ¿qué le importa eso al amor? Y finalmente, nos habíamos separado aunque sangrase nuestro corazón. ¿Se podía exigir más? El, por su parte, no; no sentía otra cosa que admiración. Sólo es capaz de conducirse así una naturaleza heroica como la de su amigo y una noble joven como la que él admira, ama y adora en mí.

»Y ahora, querida mamá, llegamos al punto, para mí tan arduo, de la divergencia de nuestros sentimientos. Ya te lo he dicho, y te lo repito porque sé cuánto te alegrará y te tranquilizará: esta cuestión se ha demorado durante los ocho días que hemos estado juntos, muy á gusto de Guido, si me permites emplear esta frase. Pero ya no se puede demorar más, si he de saborear con tranquilidad la dicha que se me ofrece. Y para ello Guido debe alejarse, y por eso le he mandado que se aleje. Creo que si no se separa de mí una temporada, no mucho tiempo, no podrá verme tal cual soy, pues ahora está ciego, completamente ciego; en la tranquila reflexión que sólo el alejamiento puede proporcionarle, me apreciará en mi verdadero valor; entonces descubrirá en el sol que ahora le deslumbra las manchas que realmente le oscurecen.

»Y en cuanto á mí, espero, sé positivamente, que la separación producirá un resultado completamente opuesto. No percibiría los detalles cómicos que todo enamorado presenta aun á los ojos de su amada; y, en cambio, mi corazón, al tener tiempo para reflexionar sobre su bondad sin límites, en

cuanto nos volviésemos á ver le recibirá con mayor cariño.

»Como es natural, y conforme á nuestros deseos, nuestra próxima entrevista tendrá lugar en Wendelstein, en donde cierta señora muy sabia reconocerá con asombro que ha prescindido del primer axioma de la vida, que es ver y creer, y que ha tomado por oro algo que brilla ligeramente. ¿Hará esta experiencia á mi costa? Pero me daré por recompensada si en un momento de espontaneidad me dice:—No eres lo que se llama un prodigio, hija mía, como cree mi Guido; pero eres una buena muchacha, á quien se puede amar sin gran esfuerzo.

»Algunas cosillas para concluir.

»No tengo que decir que Guido ha conquistado el corazón de mis parientes. Como César, sólo con llegar ha vencido. Mi buena tía, que alaba su «anticuado corazón» con entusiasmo, está enamorada de él como una muchacha de diez y seis años, de su caballerosidad, de su porte y yo no sé de cuántas cosas más; mi prima Otilia, vulgo Tila, la cual es de suyo una naturaleza bastante sentimental, llora con sólo pensar en su bondadosa sonrisa. Estaría celosa si no se tratase de dos criaturas más buenas que el pan, adornadas con la más digna de todas las cualidades: el considerar lo que es mérito suyo como un dón del cielo.

»Las dos me encargan que ofrezca sus respetos á la señora condesa, y aceptarán con el mayor gusto su invitación de pasar unos días en Wendelstein, tan pronto como la salud, siempre delicada, de Tila, se lo permita.

»Con lo que por hoy saluda á su querida mamá su hija agradecida,

ELEONORA.»

Eleonora se disponía á cerrar esta carta, que había escrito despacio y pesando cada una de sus palabras, cuando su tía entró con dos cartas en la mano.

—¡Dos nada más!—dijo en tono compungido.—Es de esperar que en el próximo correo llegen algunas.

—¡Confío en que no, querida tía!—contestó Eleonora.—Me alegraré que este rosario de felicitaciones se rompa antes que tu campanilla. Este continuo repiqueteo no se puede ya resistir.

—¡Niña, niña, no ofendas á Dios!—dijo la consejera, levantando admonitivamente el dedo.—Para mí y para la pobre Tila, el sonido de nuestra modesta campanilla ha sido todos estos días el más solemne toque de boda; ¡quién sabe si nosotras oiremos nunca su verdadero sonido!

—En efecto, ¡quién sabe!—dijo Eleonora entre sí; y después, en voz alta, en el tono más natural que pudo:—¿Por qué no, querida tía?

La consejera suspiró pensativa, y repuso:

—Mira, hija mía, tú eres un espíritu fuerte.

—Quisiera serlo—interrumpió Eleonora.

—Lo eres—prosiguió la consejera con decisión;—*it runs in the family*, como se dice en Inglaterra. Tu padre lo era, yo lo he sido; pero quien como yo ha tenido que abandonar una casa en donde se ha sufrido y gozado durante treinta años largos, y en la cual se espera morir, advierte que en la tierra nada hay firme, todo vacila. He perdido la fe en una dicha duradera. Sólo en la ferviente oración ante Aquél cuyos designios son inescrutables, pueden encontrarse fuerzas. Hoy es su día, hija mía. Si tú te decidieras....

—¿Por qué no, querida tía, si eso te tranquiliza?—dijo Eleonora sonriendo.

—¡Qué buena eres, querida!—exclamó la consejera besándola en la frente.—No te arrepentirás. Aún queda una hora. Hasta tanto puedes despachar tu correspondencia. ¿Quién serán esos dos rezagados?

—No lo sé, tía.

—Bueno, eso es cosa tuya. Conque hasta dentro de una hora. Vendremos á buscarte á su debido tiempo.

CAPÍTULO XIII

La consejera salió. Eleonora la siguió con ojos pensativos; pasóse la mano por la frente, y cogió las dos cartas que su tía había dejado en la mesa, junto al cartapacio; una de ellas era del extranjero, y la letra del sobre de la misma mano que la última que recibió de Borikin el día antes de salir de Berlín. Debía de ser respuesta á la participación de sus esponsales. Ella se la había enviado en un momento de buen humor, y ahora se arrepentía de haberlo hecho. ¡No era de esperar que él lo hubiera tomado humorísticamente! ¿Para qué ponerse de peor humor de lo que estaba?

En consecuencia, puso la carta á un lado, y cogió la otra. La letra, indudablemente femenina y no muy cursada, le era desconocida. El sello llevaba el nombre de la ciudad del lago.

Eleonora se estremeció. ¿Sería, por fin, la carta, largo tiempo esperada y temida, de Wustenei? ¿La carta de Herta? No había que pensar en que él la escribiera. Mas ¿por qué no? Ya ellos se habían reconciliado. Su esquela de esponsales debía haber afirmado su reconciliación. Y bien, ¿qué? Había que apurar el cáliz hasta las heces. No en vano se desciende de una familia de espíritus fuertes.

Los presentimientos de Eleonora no eran equivocados: la carta era de Herta.

«Mi buena y querida Eleonora:

»Te maravillará que nuestra felicitación á tus esponsales se haya hecho esperar tanto tiempo, casi una semana; pero la culpa es sólo de Elena. Se le había metido en la cabeza que tú vendrías sin falta, y al ver que se equivocaba, ha caído con fiebre, poniéndonos en gran cuidado. Hoy, por fin, el doctor Baltasar la ha declarado fuera de peligro, y quiero, en consecuencia, aprovechar la primera hora libre para que no suceda lo de antes.

»Queridísima Eleonora: ¿querrás creerlo? Cuando en el entierro de nuestra pobre Clementina te vi del brazo del conde Guido abandonar el cementerio, y luego otra vez al lado de nuestro coche, me pasó la idea por la mente de que podríais ser marido y mujer. Pero, ¿cómo hubiera yo podido sospechar que mis votos se habían de cumplir tan pronto? Ulrico dijo: es verdad que lo había visto venir hacía mucho tiempo; pero los hombres dicen esto siempre para imponernos con su ciencia. Indudablemente, esto me explicaría su mal humor de las últimas semanas; y á tí, bonísima Eleonora, te lo puedo decir: que todavía no se ha disipado del todo. Es muy bueno conmigo y con los niños; no podría describirte cuánto, y me haría indeciblemente feliz si lo fuese él mismo. Pero, ¿verdad que esto vendrá con el tiempo? ¿Que él también lo será si te ve á ti completamente dichosa? Este es mi deseo día y noche; si otra cosa sucediera, yo no podría ya estar tranquila un momento. Porque, Eleonora querida, preferiría morir antes que pensar que tu valerosa promesa de ayudarme ha sido causa de que te comprometas tan pronto. Si se demostrase que había habido precipitación, ¡qué espantoso remordimiento para mí! Y mi marido, á quien le he referido parte de nuestra última conversación (es claro que toda no podía ser), no me perdonaría nunca haber contribuído á tu infelicidad. Mas, ¿es posible que ese matrimonio te haga infeliz? Guido es un hombre buenísimo, y te quiere con todo su corazón. La condesa, su madre, me dice Excelencia de Trottau que delira por tí; que declaró que el día que su Guido se desposó contigo fué el más feliz de su vida; y además, queridísima Eleonora, si yo no estuviese persuadida que te son indiferentes los intereses materiales, el ser la más rica y noble dama de la provincia no será culpa tuya.

»Le he dicho á Ulrico que te escribo. No me ha dado ningún encargo especial; pero ¡cómo no ha de hacer votos de todo corazón por tu felicidad! Esto no hay que decirlo.

»Nuestro viaje se ha fijado para el cuatro de Octubre, es

decir, de hoy en ocho días. Estoy muy contenta con este motivo. No vamos á los mares de Italia. Ulrico dice que le recordarán mucho á nuestro lago, al que mira con espanto. Quiere que vayamos á Roma, para proseguir allí sus estudios, que tanto tiempo ha descuidado. El doctor Baltasar cree que le harán mucho bien, y nos aconseja que permanezcamos allí todo el invierno. No tengo nada que oponer. Los niños se tendrán que arreglar con mademoiselle Didier. Ulrico se adelantará.

»Pasamos, como es de suponer, por Berlín, donde tú estarás aún ocupada en tus preparativos, y así te veremos. Espero, seguramente, que estarás muy contenta y dichosa. Encontrarte así será para mi querido Ulrico la mejor impresión de su viaje. Y no sería menor para tu buena amiga, que te quiere y te estará eternamente agradecida,

HERTA.»

Una amarga sonrisa de ironía se dibujó, durante la lectura, varias veces en los labios de Eleonora. Después dejó lentamente la carta sobre la mesa, y miró, recostándose en la butaca, con expresión sombría ante sí.

¡Esta era la mujer á quien ella le había restituído! ¡La mujer más buena del mundo! Así se lo había dicho Ulrico á Guido, y Guido á ella; todo el mundo lo repetía, y ella misma debía confirmarlo. Bravo, honorable y justo; tan justo como puede serlo el cándido egoísmo; un modelo de mujer, que en vano se buscaría por todas partes. Y, sin embargo, sin embargo, pobre, ¡pobre Ulrico! ¿Por qué la que haría feliz á otro cualquiera, no puede hacerte feliz á ti? No; tú, la mejor de todas las mujeres, no lo consigues, no podrás hacerlo, no podrás mejorar; las cosas seguirán como son. Mi pobre y amado Ulrico, ¡cuánto habrás sufrido estos días! ¡Cuánto habrás sufrido! ¡No me mires tan lleno de reproches, tan desesperado! ¡Mi corazón sufre bastante ya de por sí! Yo sólo he querido

ayudarte, aun cuando ahora veo que fué locura el pretender hacerlo.

Cogió convulsivamente la segunda carta; rompió el sobre con las señas de letra desconocida. La carta, escrita en Zurich, era, como ella presumía, de Borikin.

«Señorita:

»Permítame usted que la confiese que encuentro un tanto cruel el envío de su participación de esponsales, y algo cándido que lo haya usted hecho, suponiendo que la iba á felicitar. La crueldad le sienta á usted bien, pero la candidez no le encaja. Las personas *fin de siécle* que no dan á sus asuntos importancia ninguna, como usted, no deben permitirse estos lujos. Y aun suponiendo, como yo supongo, que tome usted la cosa á risa, usted sabe que soy gran partidario del humorismo; sin embargo, he hecho la observación de que en ciertos casos es de un efecto desastroso. Por ejemplo, en el caso en que un alma grande, noble y hermosa como la vuestra, se quiera salvar de la tormenta de una pasión desgraciada en el vil puerto de un vulgar matrimonio. Usted me mira espantada con sus grandes y bellos ojos, como diciéndome: ¿Quién le ha dicho á usted eso? ¡Ah, hija mía! Tengo bajo mis órbitas un par de ojos muy perspicaces. Ellos me han hecho ver desde los primeros días, desde las primeras horas, que su corazón sangraba de una fresca y honda herida. Para distraerla á usted, la hice la corte á toda vela; el poco resultado de mis esfuerzos me indicó que no me había equivocado en mi diagnóstico.

»Y cuando, como ahora, señorita, se juega la última carta, se quiere tener al menos una probabilidad. En la que usted juega no tiene ninguna. Por terrible que sea el temporal, siempre será peor el puerto en el cual se propone usted guarecerse, y que le parece á usted tan digno de sus deseos.

»¿Que cómo puedo decir esto sin conocer al hombre con quien usted va á unirse?

»¿Y si le conociese perfectamente, exactamente?

»Conozco al señor conde de Wendelin desde hace tres años, que paso varios meses en San Petersburgo, y le vi en casa del príncipe Demidoff, un pariente de la princesa napoleónica Matilde, y mis amigos, y también en otros lugares. Como él no tenía la menor sospecha del círculo que frecuentaba, y tal ó cual peligrosa afirmación que ante él se hacía, á cuenta de otras razas, se nos entregó sin reserva alguna, sobre todo á mí, á quien no sé por qué honró con su entera confianza. Así pude sondearle. Tiene buena voluntad; es leal, pero no discierne lo peligroso. Es modesto, cosa loable, pero carece de toda ambición, lo que en un hombre de su edad y de su clase es extraño. Tiene un alma dulce, que se hace amar quizá porque la vida le ha tratado bien; pero ni una chispa de espíritu, lo que es intolerable. Tiene opiniones sobre el Estado y la sociedad, que harían reir si no helasen de asombro.

»Y la espiritual Eleonora, ella, que ve tan lejos y tan hondo, que tiene tan delicado sentimiento de lo ridículo, ¿cree poder soportar mucho tiempo la compañía de un hombre por el estilo? Se engaña, se engaña por completo.

»Decirle esto á una desposada, así en su cara, es brutal. Lo comprendo. Pero cuando se trata de vida ó muerte, ¿puede el médico retroceder ante el empleo de remedios heroicos? Pues el caso es tan visto, que ha llegado el momento de usar de lo que aún puede á usted salvarla. Corra usted al encuentro de una degradación moral de escalón en escalón, hasta *la mondaine furieuse* la *coquette à outrance*. Y cuando más elevada esté la buena Eleonora, más honda y terrible ha de ser la caída. ¿Quiere usted dar á un mundo que la adora tan odioso espectáculo?

»Pero la salvación, ¿dónde está la salvación?—dirá usted.

»Sólo hay una, la fuga pronta, inmediata.

»¡No diga usted que es imposible! Por si acaso olvidó usted borrar esta estúpida palabra de su diccionario, yo le demostraré á usted que es posible, y cómo.

»Dentro de unos días llegará mi hermana Vera á Berlín.

Va, naturalmente, con nombre supuesto á Petersburgo, con una mision especial. Además de su pase—también falso, como es de suponer,—lleva otro segundo en que figura como inglesa, el cual puede servir para usted. Se llamará usted, según esto, Miss Grace Claribel Gordon; esta es toda la diferencia. Su perfecto dominio de la lengua inglesa se encargará de lo demás. Tengo seguridad de que con estas armas llegará usted á la frontera, en compañía de mi hermana, sin ser molestada.

»¿Y después?

»Querida, eso no lo debe usted preguntar. Lo que por el momento urge es que ponga usted entre sí y la sola posibilidad de contraer un matrimonio *par depit*, una barrera infranqueable; en una palabra, que recobre usted su libertad. ¿Qué utilidad tendrá esta libertad para usted misma y para la humanidad? Ya la informará á usted Vera.

»Me regocijo diariamente pensando que usted y Vera se conozcan. Si hay dos personas predestinadas á ser amigas, son ustedes dos.

»Como usted ve, yo quedo descartado de la combinación. Si usted quiere, más tarde, admitirme dentro de la alianza, espero seguramente demostrarla que, bajo la máscara del extraviado Gregorio, con que he creído útil presentarme á usted, se oculta otro muy razonable.

»Otra cosa. *Au cas que:* Vera dispone de elementos pecuniarios suficientes para ustedes dos.

»Así, pues, mi dulce y adorable amiga, libertad ó muerte: no la muerte gloriosa con que los héroes mueren por la libertad, sino la vergonzosa, para librarse de la cual valdría más morir tres veces; la muerte de la esclavitud. ¿Sabrá usted elegir?

Gr. B.»

Llamaron á la puerta. La voz de la tía preguntó:

—¿Estás dispuesta, niña?

Eleonora tomó la carta á la condesa y escribió dentro del sobre, aún no cerrado:

«Después de pensarlo mucho, creo que, en interés de todos, es lo mejor que nuestra separación dure lo menos posible. Así, pues, espéreme usted uno de estos días.»

La tía y Tila habían abierto la puerta.

—¡Niña, que pálida estás!—exclamó la tía.—¿Has tenido alguna noticia desagradable?

—Nada de eso—contestó Eleonora;—todo va á pedir de boca. Pero he pensado si será mejor dejar todo como está y marcharme en seguida á Wendelstein.

—¡Creo lo mismo exactamente!—exclamó la tía.—¿Se lo has escrito ya á la señora condesa?

—Aquí está la carta; voy á echarla yo misma de paso.

—¡Dámela, te lo suplico!—dijo Tila con los ojos húmedos.—Quiero tener alguna parte en la misiva que ha de hacer tan feliz á Guido.

CAPÍTULO XIV

¡La libertad ó la muerte!

Estas palabras no abandonaban á Eleonora; le zumbaban en los oídos, golpeaban su cerebro, martilleaban en su corazón noche y día. La libertad ó la muerte; la estúpida muerte de la esclavitud. La esclavitud del cuerpo y del alma en que iba á arrojarse casándose con Guido. ¡Marido! ¡Terrible palabra! ¡Aún no había besado él su mano! ¡No la habían rozado sus labios! En la próxima entrevista en Wendelstein, ante los ojos de su madre, se sentiría él más seguro que fuera de su casa. En sus propios dominios podía reclamar sus derechos; ¿podría ella negarlos? ¿Podía entregar sus labios, que no habían besado á hombre alguno fuera de su amado? ¿Podía dar á otro lo que era de éste? Al pensar en ello se cubría de vergüenza.

Como también al pensar que iba á ser de un hombre al cual no podía considerarse, por más esfuerzos que hiciera, sino como un muchacho, no como un hombre hecho, como un juguete. Debía encerrarse en el estrecho círculo de su mentali-

dad. Entre ellos no se podía hablar de una divergencia de pensamientos, cosa tan mala de por sí. No, sino de dos almas de las cuales una sólo encuentra la suprema dicha en la claridad del pensamiento; en tanto que la otra sólo se siente á gusto en el crepúsculo, y hace temerosas cruces á la luz.

Así, pues, ¡libertad! ¡libertad!

Mas para trocar la esclavitud de unas nupcias que se deben condenar como inmorales, por otra no menos dura y no menos inmoral. El servicio de una idea que no tenía raíces en su cerebro ni en su corazón, que no procedía de experiencias ni convicciones personales, sino del espíritu y del pensamiento de las aspiraciones y de la desesperación de un pueblo extranjero con el cual nada tenía de común, y en cuyo mar sería una gota de agua.

Y aun suponiendo que aprendiese á aullar con los lobos de las estepas, y que hallase gusto en seguir sus hordas nómadas, que levantan su tienda hoy aquí y mañana allí, y se habituara á vivir en este desierto improvisado, encontraría siempre junto á ella á una persona, á Gregorio Borikin. Ni un momento se le ocultó la secreta intención de su carta. Aquellas seguridades de amistad, aquellas apariencias desinteresadas de hombría de bien, sonaban á la legua á farsa moscovita, demasiado burda para producir efecto. El tigre no es menos tigre porque oculte las garras un momento. Ciertamente debía dejar á Guido si no quería romper con otra persona. Con otro en cuyos ojos incandescentes bajo espesas cejas no podía pensar, sin recordar con espanto, y lo recordaba perfectamente, qué poder fascinador ejercían sobre ella, hasta el punto de sentirse, ante su mirada, paralizada como el pájaro ante la serpiente. Por este lado el peligro era más terrible que por el otro.

Y al verse así acechada á derecha é izquierda por el terror, su alma angustiada imploraba á aquél en cuyo pecho únicamente podría descansar, y junto al cual su corazón latía, sus pensamientos se elevaban, todo su sér florecía como las flores al beso de Mayo. ¡Ah! ¡Sólo uno de los días de Norderney!

¡Una hora sola! ¡Y ella misma había hecho enfermar al hombre amado con palabras de hiel y miradas de acíbar! ¡Había hecho su suerte más dura! ¡Había podido reñir con él porque hacía lo que ella misma le pedía que hiciera: tener compasión de su desesperada mujer! ¡De la madre de sus hijos! ¡No era traición lo que él había hecho, era la consecuencia de las circunstancias todopoderosas! ¡Lo que ella iba á hacer sí que era traición! ¡Y no podía hacerlo!

—¿Qué le pasa á Eleonora?—dijo la consejera á Tila, cuando dos días después, por la noche, cerró tras sí la puerta de la alcoba en que dormían las dos.—No me gusta su aspecto. Tiene grandes ojeras. Hay que hacerle tomar á la fuerza lo poco que come.

—¡Es el amor!— contestó Tila, bajando los ojos ruborizada, mientras ponía la luz encima de la mesa.

—Yo no sé—dijo la consejera, inclinando pensativamente la cabeza.—Puede que fuera la antigua moda; pero en mi tiempo se amaba de otra manera.

—¡Es una criatura especial!—dijo Tila en tono de disculpa, sentándose ante el espejo para arreglar su rubio cabello, no muy largo, pero abundante, recogiéndolo en papillotes para dormir.

—Ya lo sé—dijo la consejera, sacando una cofia limpia de la cómoda. — En mi familia las personas raras no son excepción, casi pudiera decirse que son la regla. Tu abuelo era conocido en dos leguas á la redonda por sus excentricidades. En cierta ocasión, desde el púlpito, no sólo dijo que el diálogo entre Fausto y Margarita sobre Dios era la poesía religiosa más elevada, sino que la recitó de cabo á rabo, como no lo hubieran hecho mejor Eckhof ó Iffland. Muchos ejemplos de esta clase podría citar, y he de decir que todas estas diferentes cualidades y dones parecen haberse reunido en grado eminente en Eleonora. A pesar de todo, yo deseo de todo corazón que este noviazgo concluya, y que sea la señora condesa.

—¡Yo me imagino tan dulce el tiempo de novia! — dijo

Tila, sonriendo dulcemente á su imagen retratada en el espejo.—Me parece la más dulce aurora del amor.

—¡Eres y serás siempre la inocente niña romántica!—dijo la consejera, acariciando tiernamente las pálidas mejillas de su ídolo;—pero debes permitir que mi viejo corazón anticuado palpite más tranquilo. Insisto en que no me gusta su aspecto. El domingo dijo que quería ir á Wendelstein un día de estos. La exhorté á que lo hiciera. Hoy es martes. ¿Por qué no se va?

—Pero, mamá—dijo Tila, volviéndose,—ya lo sabes... Espera la visita de una señora, anunciada en una carta que recibió el domingo. Creo que debe ser una parienta del conde Guido, que quiere conocerla. ¡Espera, mamá!

Tila había saltado de la silla para ayudar á su madre á ponerse su chambra de dormir, cuando la campana del vestíbulo sonó.

—¡Un telegrama—exclamó la consejera—para Eleonora! Indudablemente, de la condesa. Gracias que está ahí Augusta todavía.

Sintió el paso apresurado de la doncella en el corredor.

Madre é hija escucharon á la puerta entornada. En su impaciencia, les pareció que Augusta tardaba en volver.

—¿Qué hay?—preguntaron madre é hija á un tiempo.

—¡Una señora—contestó Augusta con misterio—que pregunta por la señorita!

—¡No te lo dije!—murmuró Tila.

—¡A las once!—murmuró la consejera.—¿Cómo ha podido entrar en casa?

—El portero la ha alumbrado. La señorita ha dicho que me acueste. Que ella abrirá á la señora.

La consejera bajó la cabeza.

—¿Si así lo prefiere Eleonora?...—murmuró Tila.—¿Es una joven?

—Yo no sé—contestó Augusta;—traía un velo.

—*¡Madame la comtesse, peut-être!*—susurró Tila.

—*Mais mon enfant vous êtes ridicule* — respondió la consejera.

—¡Buenas noches!—dijo Augusta, indignada de que, después de cuatro años de servirlas fielmente, no hicieran con ella la menor confianza.

Las damas retiráronse de la entornada puerta, y entraron en la habitación. La consejera manifestó que estaba muy contrariada.

—No encuentro regular que Eleonora tenga secretos con su segunda madre. Debiera habernos dicho por lo menos el nombre de la dama.

Tila no contestó. Estaba persuadida de que era la condesa en persona. Y había ido á Berlín para llevarse en seguida á Eleonora á Wendelstein para que el conde Guido no se destrozase el corazón de impaciencia.

CAPÍTULO XV

Aún no había pensado Eleonora en acostarse, cuando oyó ella también la campana del vestíbulo. Seguramente un telegrama de él, que estaba enfermo, enfermo de muerte, ¡y que la llamaba á la cabecera de su cama!

Corrió á abrir su puerta, vió á Augusta con la lámpara en la mano ir al vestíbulo, oyó abrir la puerta de la escalera y alguien que preguntaba por ella: una voz de mujer, la hermana de Borikin.

Eleonora salió de su cuarto; una figura alta, vestida de negro y con velo, avanzó con rápido paso hacia ella.

—¿La señorita Eleonora Ritter?

Eleonora cogió la mano enguantada de negro que la recién llegada la tendía, y condujo á ésta á su cuarto; dió á Augusta, que miraba con los ojos de par en par abiertos á la extraña visitante, la orden que tanto contrarió á la consejera; volvió

á su cuarto, cuya puerta cerró tras sí, y tornó á alargar la mano á Vera.

—¡Cuánto me alegro de que haya usted venido!

—Tanto me alegro yo de verla. Usted prestó á mi hermano un grandísimo servicio al quemar sus papeles. Ahora yo no hago sino pagar una deuda.

Vera se había quitado el velo al decir estas palabras. Eleonora vió un rostro pálido, cuyas facciones infantiles, incorrectas, pero no desprovistas de belleza, parecían estar en extraña contradicción con los grandes y severos ojos grises que aparecían bajo sus pronunciadas cejas negras. Su cuerpo, esbelto, casi flaco, daba la impresión de una gran fuerza y elasticidad; las manos, de las cuales se había quitado los guantes, eran bien formadas, blancas, y, como su figura, fuertes y elásticas.

También Vera paseó una mirada investigadora sobre Eleonora. Una fugitiva sonrisa agitó su pequeña boca.

—Me la había figurado á usted tal como es — dijo;—creo que la hubiera reconocido en cualquier parte donde la hubiera encontrado. Gregorio me la ha descrito á usted tan á menudo, hasta en los menores detalles. No describe mal cuando no está cegado por el amor ó por el odio, lo que no deja de ocurrirle con frecuencia.

Se había sentado en un extremo del pequeño sofá para que Eleonora se sentase á su lado. Vera, á quien el alemán le era familiar y hablaba sólo con un ligero acento suizo, prosiguió:

—Usted me perdonará que haya venido á verla tan tarde. Estoy hace una hora, no más, en Berlín; salgo mañana, á las diez de la noche, para Petersburgo, y no tengo un minuto libre en todo el día. Así, pues, no perdamos tiempo. Vengo á verla, á ruegos de Gregorio. He leído la última carta que le escribió á usted, pues me da á leer todas sus cartas; por consiguiente, conozco su situación según él se la imagina. Hablando francamente, desconfío á veces de las apreciaciones de Gregorio. Así es que no me sorprenderá que usted me diga que se ríe de la alternativa en que él la coloca á usted.

Eleonora había temido que la hermana de Borikin la animase, con la misma vehemencia que éste, á una resolución contra la cual en vano luchaba tan terriblemente aquellos dias. La naturalidad con que Vera lo puso todo en duda la consideró como un consuelo, ante cuya espontaneidad debía mostrarse agradecida.

—Si su hermano de usted hubiera venido en persona á buscar la contestación á su carta—contestó,—le habría tenido que manifestar, en efecto, que sus cuidados por mi persona eran innecesarios; puesto que es muy discutible su derecho á aconsejarme, desde el momento en que yo no le he pedido consejo. Ante usted, mis sentimientos son otros. Usted es una joven como yo y se presenta como amiga mía. Con usted puedo y quiero hablar de otra manera. El juicio de su hermano de usted sobre mi situación actual es completamente exacto; me encuentro á punto de contraer un matrimonio que implica el sacrificio de mi libertad.

Sospecho que usted se asombrará de que una persona pueda encontrarse perpleja ni un momento en caso semejante.

—¡Es cierto!—repuso Vera.—Yo no renunciaría á mi libertad por nada en el mundo, y menos por un matrimonio.

—¿Ni por un matrimonio de amor?

—No creo en el amor. Es una ilusión, como todo.

—¿Entonces también lo es la libertad?

—También la libertad; sólo que ésta es la más alta, la más hermosa, y se agarra uno á ella cuando se han perdido todas las demás.

—¿Y que terminará también por perderse al fin? ¿Y luego?

—Luego...

Los ojos claros y severos de Vera tomaron una extraña expresión de fijeza, é interrumpiéndose miró un momento al vacío, y dijo después con voz más baja, pero más firme:

—Luego llega la muerte que rompe todas las cadenas.

—¿Y si se hiciese esperar?

—Se la busca, y seguramente se la encuentra.

Siguióse una pausa. En la calle y en la casa reinaba profundo silencio. Ante ellas, en la mesa, estaba el relojito guarnecido de brillantes que Guido había obligado á aceptar á Eleonora. Nunca había oído su *tic-tac*. Ahora lo percibía distintamente una ligera y veloz vibración que parecía crecer y y acelerar su compás á cada segundo como el trepidar de un tren expreso que corre en la oscuridad en busca de la muerte, que se encuentra seguramente cuando se busca.

De pronto Vera se puso de pié.

—El tiempo corre—dijo.—Además, una conversación larga serviría de poco. Veo que usted no ha llegado á tomar una resolución, y nada más lejos de mi ánimo que impelerle á usted á tomarla. Yo no he querido más que ofrecer á usted mis servicios en caso de que usted los necesitase. De todos modos, le dejo á usted el pasaporte de que Gregorio le ha hablado á usted. Si usted me le devuelve mañana durante todo el día, con las señas que en este extremo he escrito con lápiz, sabré que debo partir sin usted. En caso contrario, debemos encontrarnos, á las diez en punto, en la estación central de la calle de Federico.

Sacó un rollo de su manguito y le puso en la mesa al lado del reloj. Eleonora echó una mirada de espanto á este rollo. Allí estaba en forma más palpable la tentación que aquellos días la había obsesionado crecientemente. Sintiéndose avergonzada de su perplejidad ante una joven que era la resolución misma, preguntóla con voz insegura:

—¿Permanecerá usted mucho tiempo en Petersburgo?

—Es posible que siempre—contestó Vera en actitud de ponerse los guantes.

—Creí haber comprendido, por la carta de su hermano, que se trataba sólo de una comisión momentánea en interés de su partido.

—Gregorio no sabe, en realidad, de lo que se trata—contestó Vera, abotonándose el guante de la mano izquierda.

—¿Que no lo sabe su hermano de usted?

—¡No! Nosotros no podemos iniciar en nuestras decisiones sino á aquellos que no conozcan ningún escrúpulo, y cuya sangre no se inflame. Mi hermano no es de éstos. A pesar de todo su radicalismo de relumbrón, es un puro sentimental, como, entre otras cosas, y no lo tome usted á mal, lo demuestra su loca pasión por usted. No porque usted no lo merezca. Pero él no debía permitírsela. Si él supiera de lo que se trata, no me hubiera dejado marchar. Y, sin embargo, lo que voy á hacer yo, sólo puede hacerlo una mujer.

Su voz, mientras decía esto, poniéndose el guante de la mano derecha, había hablado imperturbablemente en tono suave y bajo, y como tenía los ojos bajos, Eleonora sólo veía sus suaves facciones, aniñadas y candorosas.

—¿Debe ser así, pues?—dijo cogiendo la mano de Vera.

—Así debe ser—murmuró Vera.

Levantó sus grandes ojos. Ante su mirada firme y tranquila corrió un escalofrío por el cuerpo de Eleonora.

—¡Aquí!—dijo cogiendo el rollo de la mesa... ¡tome usted!... se encuentra la muerte cuando se busca, tan seguramente en Alemania como en Rusia.

—Ya lo sabía—contestó Vera, poniendo otra vez el rollo en el almohadón,—y sólo deploro una cosa: que usted no sea rusa.

—¿Qué diferencia grande hay? Yo creo en el amor, y estoy dispuesta á morir por él como usted por la libertad.

—No creo ya tampoco en la libertad.

—Y no obstante...

—Justamente por eso.

—¡Ah! Ahora la comprendo á usted.

—No se puede jactar de tanto mi pobre Gregorio. ¡Usted siga bien!

—He dicho á la muchacha que se fuera á acostar, y voy á acompañarla á usted—dijo Eleonora cogiendo la lámpara.

—¡No es necesario—contestó Vera.—Delante de la puerta

del vestíbulo me espera el portero con su linterna. Tiene que ganarse la propina.

—¡Entonces, hasta allí!

Llegaron á la puerta del vestíbulo, por cuyas rendijas penetraba la luz de la linterna, con la cual se había sentado el portero en el primer escalón.

—¿Quiere usted darme un beso?—dijo Vera.

Eleonora la ciñó entre sus brazos y la besó; sus labios temblorosos quemaban; los de Vera estaban tranquilos, fríos y blandos como los de una niña.

—¡Adiós para siempre!

—¡Para siempre! ¡Adiós!

Vera se cubrió la cara con el velo y siguió al portero, que iba delante alumbrando. La negra figura desapareció en la oscuridad de la escalera.

—¡Para siempre!—murmuró Eleonora.

CAPÍTULO XVI

La sala de espera de la estación de donde arrancaba la pequeña línea para el pueblecillo del lago, estaba aquel día rebosando de gente. En la ciudad inmediata había habido feria; el público venía de vuelta y esperaba el expreso del Oeste. Solía traer pocos ó ningún pasajero; en las mesas se discutía mucho contra la administración, que para el provecho que dejaban cien ó doscientas personas un año con otro, hacía cenar á los empleados una hora más tarde. El barullo era grande. La gente había empinado bien el codo ya en las cervecerías y en la feria de la ciudad, pero aún había que remojar aquella hora de espera. Dos mozos y un chico no podían dar abasto; el grueso fondista, detrás del tonel de la cerveza, y su mujer y su hija, ante la tartera de la manteca, perdían la cabeza.

Eleonora, desde su rincón, cerca de una de las puertas, al

través de las nubes de humo de tabaco que llenaban todo el recinto, contemplaba distraidamente el trajín de los bebedores, cuyo estrépito llegaba hasta su oído como de muy lejos. No sabía cuánto tiempo llevaba sentada allí ni lo que tendría que estar aún. Le era indiferente llegar una hora antes ó después al pueblo, donde pensaba pasar la noche. Había telegrafiado á la condesa desde Berlín, rogándola que no dijera nada á Guido de su llegada. La condesa podía suponer que se trataba de una sorpresa. Una magnífica sorpresa, había que confesarlo, pues la pensaba decir que la carta que el domingo había escrito era una pura mentira desde el principio al fin; que mintió al prometer á Guido casarse con él y que le rogaba que le devolviese su palabra y rogar á la madre que considerase la confianza con que la había honrado, los presentes, el amor de que la había colmado como una dilapidación indigna.

¡Oh! ¡qué vergüenza tener que rebajarse así ante una señora á quien tanto respetaba! ¡Tenía que apurar un cáliz más amargo que la misma muerte!

Y si la venerable señora sólo veía en aquella contrita confesión la desesperada lucha que ella misma sostuvo en otro tiempo para vencer por fin y convertirse en una fiel esposa y en una buena madre, y que ahora, con los cabellos blancos, al mirar al pasado con melancólico orgullo, consideraba como punto de partida una larga vida sin tacha dedicada al bien, ¿qué hacer? Encontraría valor para decir: entonces tú tienes otro concepto de la santidad del amor, ó tu amor se queda muy por bajo del mío. Pero ¿y si no encontraba ese valor? ¿Su cuello habría de doblegarse bajo el yugo que aquellas dulces manos le querían poner? ¿Había de dejarse mecer por la canción de la fuerza balsámica del tiempo, que cura las más profundas heridas? ¿Debía dejarse embaucar por la conseja que exhorta sonriente á poner tierra por medio entre dos que se aman hasta que los recuerdos se borren y el corazón sepa latir con otro ritmo? ¿Y después?

Otra vez la muerte; sólo que en otra forma más terrible, de

la esclavitud embrutecedora, que mata el corazón de un matrimonio sin amor.

Eleonora despertó sobresaltada de sus sordas meditaciones; la puerta, cerca de la cual estaba, retembló al empuje del huracán que desde el principio de su viaje la había acompañado. Un furioso aguacero estalló azotando los vidrios. Las linternas del servicio ardían ya hacía rato; ahora encendiéronse las luces de gas de la sala de espera, para tranquilidad de una madre cuyos hijos empezaban á atemorizarse de la oscuridad. El estrépito era cada vez mayor. El inspector, cuya gorra encarnada se hizo visible unos minutos ante el *buffet*, dió la noticia de que el expreso del Oeste traía media hora, quizá fueran cuarenta minutos. ¡Sólo faltaba esto! ¡Con aquel tiempo de perros! Tal contrariedad sólo podía ser compensada con doble ración de cerveza y de grog.

Un comisionista, que había ya hacía rato reparado en la solitaria y velada dama, reuniendo todo su valor, sentóse á conveniente distancia de ella, en el banco adosado á la pared y forrado de negro, y trató de entablar conversación. La estancia en un local como aquel, lleno de gente, mal ventilado, mal iluminado, era cosa á que no debía obligarse á una persona fina. Por lo demás, se hubiera jurado que en aquel chiscón no existía ni siquiera una sala separada para los viajeros de segunda clase. Y quizá la señora viaje en primera. Por lo menos él no la había encontrado en los departamentos de segunda, con que un simple comisionista debe contentarse. ¿Pensaba la señora detenerse mucho tiempo en el pueblo? Él iba allí por primera vez. Debía ser un punto muy bonito, en donde vivieran personas muy principales. Él había oído hablar de una fiesta que se celebraba allí todos los años el 15 de Septiembre en honor del lago, donde se divertían lindamente.

El comisionista, al cual una conversación sin interlocutora fatigaba, desapareció. Vino á sentarse en el mismo sitio una pobre mujer que de cuando en cuando lloraba silenciosamente. Eleonora tuvo que preguntarla dos ó tres veces lo que la

ocurría; antes de que ella respondiera, lo hizo refiriendo una larga historia en dialecto, de la cual apenas pudo entender sino que la buena mujer venía de visitar una hija suya en las cercanías de la ciudad, casada con un ebanista, y que padecía de tisis. Había estado cuidándola en el tercer parto, y no podía recobrar sus fuerzas. Se había gastado con ella una pequeña suma cobrada en la ciudad, con lo que se veía en gran apuro, pues no podía pagar el alquiler de la casa, que vencía el 1.° de Octubre, que se echaba encima, y no sabía humanamente de dónde sacar el dinero. Eleonora preguntó á cuánto ascendía. La vieja echó cuentas de una cantidad insignificante. Eleonora quiso dársela. La vieja declaró con resolución que sólo tomaría el dinero bajo condición de devolverlo cuando pudiera. Eleonora la dió, después de vacilar un poco, un nombre supuesto y unas señas falsas. ¿Qué otra cosa podia hacer? Sólo tenía en este mundo un asunto que arreglar: ajustar sus cuentas con la condesa y Guido.

La vieja se marchó, después de reiteradas muestras de agradecimiento, á sentarse en una mesa, donde tuvo la dicha de encontrar á una paisana, á quien, al parecer, contó lo sucedido. Al menos señalaba de cuando en cuando furtivamente, limpiándose las lágrimas, el sitio en que estaba Eleonora.

Eleonora, mientras la vieja se lamentaba, recordaba á su tía, de la cual casi se había separado enfadada porque no había querido llevar consigo el cofrecillo que contenía los regalos de Guido, y el cofre grande con sus ropas, sino que los había enviado á Wendelstein con una bolsa de labor. También la tía tenía enferma á su hija; también ella estaba amenazada de un lanzamiento de la casa en que había pasado tantos años; también padecía la crónica escasez de dinero. La misma necesidad, los mismos apuros, solamente en una esfera más alta, y, por consiguiente, en mayor proporción. ¿Pero crece la miseria con la sensibilidad del que la sufre? Lo que un hombre es capaz de soportar, nadie puede saberlo más que él mismo. Y los que soportan todo con paciencia de esclavos no deben arrogar-

se el papel de jueces sobre almas altivas que, como Vera, arrojan la vida cuando ha perdido para ellos todo valor y dignidad.

Por fin se oyó el estrépito del expreso, que se detuvo delante de la estación, y silbó arrojando vapor. Los viajeros cargaron con sus equipajes y se apiñaron ante las puertas de la sala, que permanecían cerradas; el expreso no partiría hasta que llegase el tren de viajeros del pueblo. Por fin se abrieron las puertas. ¡La lluvia y el viento entraron! Pero los viajeros, impacientes, no se cuidaron de la lluvia ni del viento, y entre empellones y apreturas se precipitaron al andén, llenando, en un abrir y cerrar de ojos, los coches.

También los departamentos de primera clase, en donde Eleonora esperaba estar sola, se ocuparon todos; el jefe ordenó que, en vista del exceso de viajeros y de la falta de coches, se sentase cada cual donde pudiera. Eleonora se acurrucó en un rincón y se echó el velo á la cara. Los recién llegados comenzaron á conversar en voz alta, en la cual llevaba la batuta el comisionista que se había introducido en el mismo coche, sin duda, para demostrar á Eleonora que su desaire no le había quitado el buen humor. Por último, desbordóse en bromas groseras y alusiones, hasta que un caballero de más edad que él le llamó al orden enérgicamente.

A pesar de que el tren, que nunca solía apresurarse, tenía que luchar aquella noche con el creciente temporal, recorrió la corta distancia que le separaba del pueblo del lago con relativa prontitud. En la diminuta estación á cuyas luces se veían parte de las espumosas ondas del lago, hubo nuevo tumulto y precipitación por coger los cuatro ómnibus de las fondas, especialmente el de la principal, «La corte de Berlín». Eleonora había oído repetidas veces este nombre en Seehausen, y pensaba hospedarse allí. El caballero que se había mostrado atento con ella en el vagón, y que se sentó á su lado en el ómnibus, creía que le iba á ser difícil encontrar hospedaje, si no había telegrafiado. A causa de la feria de ganados del

día siguiente, los tratantes y labradores de muchas leguas á la redonda acudirían en bandadas, y las fondas solían en esos días estar atestadas.

Los temores se confirmaron. El señor Meink, que bajó hasta el coche en persona, declaró que sólo podía admitir á los señores que habían pedido habitación. Eleonora, que ya había subido á la fonda, preguntó por la fondista, dando su nombre, y añadiendo que sólo se trataba de pasar la noche por lo menos. La fondista se manifestaba inconsolable. Había visto á Eleonora con la generala el día de la fiesta del lago; pronto la reconoció, y consideraba, naturalmente, como todo el mundo, el gran acontecimiento de la temporada, sus esponsales con el conde Wendelin. ¡Y no poderla recibir ahora! Pero no había una pulgada de terreno libre en toda la casa; las mejores alcobas, las del matrimonio, las de los niños, ¡todo ocupado! ¡Se hubiera tirado de los pelos! ¡Si la señorita hubiera avisado á tiempo!

El señor Meink, que entró después, no se mostró menos abatido, pero tuvo una idea que él mismo consideró como feliz. Precisamente el coche de «Los tres peces» estaba á la puerta, ya conocía la señorita la casa desde el día de la fiesta, y se disponía á partir para el lago: un coche cerrado que había ido en busca del doctor Baltasar para un niño enfermo de la señora de Brandow, por cierto prima carnal suya, y que volvía vacío. Bastaba con dar una propina al cochero, que ciertamente en noche como aquélla la merecía. Si la señorita no temía el temporal, que no había por qué temerle, en menos de una hora...

Eleonora no le dejó concluir: rogóle con apremio que dispusiese todo lo necesario. El señor Meink se apresuró á complacerla; su esposa llevó á Eleonora al comedor, donde la sirvió una taza de té caliente, y al poco rato volvió el señor Meink anunciando que todo estaba dispuesto. El cochero era el viejo Cristián. Decía que la noche de la fiesta del lago condujo en la barca á la señorita, y que estaba orgulloso de poder

servirla otra vez. La señorita no debía olvidar que el coche de la condesa salía por la mañana temprano de la fonda, por lo que no tenía necesidad de ir hasta el pueblo. «Reciba nuestra enhorabuena la futura del señor conde»—exclamó la señora de Meink.—«Otro tanto á la señora condesa madre, quien, desgraciadamente, no nos honra con sus visitas hace años—agregó el el señor Meink—acompañando á Eleonora con un paraguas hasta el coche, cuya puerta abrió Cristián y cerró después, subiendo al pescante y poniéndose en marcha.

Las tinieblas de la noche cubrían el campo. Apenas si al corto resplandor de las linternas del carruaje se distinguía el indeciso contorno de algún árbol ó de una casa por un momento. Además, el temporal, apaciguado al empezar el viaje, hasta el punto de decir el señor Meink que ya había pasado, empezó de nuevo con furia. Los caballos tenían que trabajar de firme para que el coche no se detuviera ó se volcara, y Cristián murmuraba de vez en cuando para su capote: ¡Si salimos bien de ésta!...

Sin embargo, la cosa fué mejor, como Cristián había previsto cuando llegaron al bosque. Aunque la tempestad rugiese arriba con fuerza, abajo reinaba relativa calma. La oscuridad había aumentado, si cabía; pero Cristián conocía á palmos el camino, y los faroles, afortunadamente, no se habían apagado.

Para Eleonora fué un consuelo encontrarse por fin sola. Imaginábase con hastío lo que la esperaba, y su espíritu recordó el pasado, las dos semanas en que únicamente había vivido: los días de Norderney. Quizá el trueno de la tempestad evocaba en ella el estruendo de las olas en la playa. El estruendo de las olas cuando él apareció en su vida, para desaparecer ahora, á pesar suyo. Sin embargo, había que acabar de uno ú otro modo. Su pobre corazón atormentado, encontraría por fin la paz. Para el hombre el amor no lo es todo; ella no lo sería tampoco para él: sólo un bello sueño, del que pasados los años se ríe uno de haberle tomado en serio y como realidad digna de basar en él la vida. ¡La vida, con sus atractivos de nuevos

goces! Y en todo caso, cuando el ensueño no quiere acallarse, ahí está el trabajo para el hombre: una morfina durante el día, que calma el dolor, que alivia el tormento del deseo, que embota la sensibilidad. Yo no dispongo de este remedio. Ni el cuidado de niños, ni los deberes de una institutriz, no bastan. ¡Si yo fuese poetisa ó artista! Mi arte y mi poesía es el amor; pero «cayó el rocío en una noche de primavera... se perdieron y murieron tal vez; pero que él se salve (1)».

Cristián respiró más aliviado cuando el coche salió del bosque y entró en el espacioso raso, y se encontró ante la puerta del zaguán, viendo brillar las luces de la casa. El señor Brandow, que salió á la puerta, y que estaba advertido por Cristián de quién era el huésped, ayudó á bajar á Eleonora con solicitud. Una hora antes había hablado con un correo de Wendelstein, que cabalgaba hacia el pueblo para anunciar que al día siguiente, á las nueve en punto de la mañana, iría el coche de la condesa á buscar á la señorita Eleonora á «la corte de Berlín». Cristián dijo que había visto un hombre á caballo entre el pueblo y el bosque. La señora de Brandow. La señora Brandow, que apareció en aquel momento, era todo júbilo y conmoción por volver á ver á la señorita Eleonora tan pronto, y antes de ser condesa. ¡Quién lo hubiera pensado en la noche de la fiesta, cuando tuvo que prestarla su chal para la travesía en bote. ¡La pobre señorita Clementina morir tan pronto! Sin embargo, hubiera tenido por una dicha haber «podido saludar á la señorita como señora condesa. Desde el cielo se alegraría, seguramente. ¡Pero qué lástima! ¡qué lástima!

Así charlaba la buena señora, mientras subía la escalera con Eleonora, para conducirla á una de las pocas habitaciones desocupadas del piso superior. Por lo demás, el resto de la casa estaba completamente lleno de gentes que iban á la feria del pueblo, y prefirieron pernoctar allí á lanzarse por el bosque en plena tempestad. El cuarto era el último del corredor;

(1) Célebre poesía de Enrique Heine.

pero por ello mismo el más silencioso, mayormente, cuanto que el de al lado estaba aquella noche también libre. La tormenta golpearía un poco las ventanas; pero, en cambio, por la mañana gozaría de una hermosa vista sobre el lago. ¿Qué deseaba la señorita para cenar?

Eleonora pidió algo que le pudieran subir á su cuarto. Pero la señora Brandow no transigió. No quería que la señorita atrapase un resfriado en aquel cuarto tan frío y se marchase con él á Wendelstein. A trueque de que la llamasen terca, quería que la señorita bajase al comedor, donde se le serviría una cena conveniente en un confortable rincón donde nadie la molestase. Nadie podía vivir sólo del amor. Por lo menos, ella no sabía de nadie, si es que Eleonora pensaba lo contrario. ¡Qué casualidad! Lina, que siempre estaba buena, justamente aquella noche no estaba bien. Aquello la había puesto de muy mal humor, y precisamente la enfermedad de la niña la había proporcionado una huéspeda tan querida. La señorita debía, pues, bajar con ella al comedor; aquella noche la cocina no se apagaba.

Mientras la señora Brandow acompañaba á Eleonora á su cuarto, descendía á la puerta de la casa un jinete envuelto en largo impermeable; entregaba el caballo á un criado, con la orden de que le friccionase escrupulosamente. Después entró en la casa y encontró en el vestíbulo al Sr. Brandow, que salía aprisa del comedor.

—¡Dios mío! ¡El señor barón! ¿De dónde viene usted tan tarde?

—De la alquería—contestó Ulrico, sacudiendo el agua de su gorra y quitándose, con ayuda del Sr. Brandow, el capote.—Pasedag está de maniobras; con este motivo tengo yo que estar al cuidado de todo. Quería haber ido esta noche al pueblo para salir mañana temprano. El temporal me ha detenido.

—Ha hecho usted bien—dijo el Sr. Brandow;—¡puro equinocial! Así, pues, me honrará, naturalmente, esta noche el señor barón con su presencia.

—¡Si hay habitación! Creo que tiene usted la casa de bote en bote.

—¡Para el señor barón siempre hay sitio! Aquí trae Juan su pequeña maleta. ¡Cómo se conoce que el señor barón ha sido soldado! Voy á decir, con permiso del señor barón, que la lleven á su cuarto, y entretanto, si el señor barón quiere, puede esperar aquí en el comedor hasta que yo dé las órdenes oportunas arriba.

—Entretanto me secaré—dijo Ulrico sonriendo.—Si es que con mi retraso no molesto á sus huéspedes...

—¡El señor barón siempre tan caballero!—dijo el fondista, abriendo la puerta del comedor á Ulrico con una reverencia.

Ulrico retrocedió para dejar pasar á la dama que bajaba la escalera con la señora Brandow.

La dama pasó por delante de él, haciendo una ligera inclinación de cabeza, cuando, ahogando un pequeño grito de sorpresa, se puso pálida.

—¡Ah, usted, señorita!—dijo Ulrico, reponiéndose pronto de su terrible emoción.—Esto se llama una feliz casualidad. ¿Quiere usted hacerme el honor?

Eleonora tomó en silencio su brazo. Así entraron en el comedor.

CAPÍTULO XVII

El brazo de Ulrico se estremecía y la mano de Eleonora temblaba mientras él la conducía por el comedor detrás de la señora Brandow, la cual los llevó á una mesita del extremo más distante de la gran habitación, preparada ya para Eleonora.

—En seguida van á traer otro cubierto—dijo la señora Brandow.

—Por supuesto, con el permiso de esta señorita—dijo Ulrico, dirigiéndose á la fondista.

—¡A la señorita no le molestará cenar con un buen amigo de su señor futuro!—contestó la picaresca mujer.

—¡Con mucho gusto!—murmuró Eleonora.

Sentáronse frente á frente, y hablaban mientras un mozo les servía la sopa: Ulrico, de su cabalgada nocturna que, á causa del temporal, había terminado allí, en vez de continuar hasta el pueblo; Eleonora, de los incidentes de su viaje; el terrible plantón en la atestada sala de espera y su desahucio en «La corte de Berlín». Por muy fino que el mozo tuviese el oído, no se hubiera enterado de lo que agitaba tan profundamente á aquellas dos almas.

El mozo salió á buscar el segundo plato; en el mismo instante levantaron los dos la vista por primera vez; se cruzaron sus miradas con expresión que todo lo abarcaba, que todo lo contenía; la historia de los sufrimientos que su amor les había deparado; la indecible dicha de volverse á ver, y que, sucediese lo que sucediese, nunca, nunca se abandonarían.

Y sonreían los dos en la seguridad renovada de su amor, y él murmuró:—¡Eleonora!—y ella como un suspiro:—¡Ulrico!

Y luego apareció el mozo otra vez, y los señores de Brandow se acercaron á la mesa un minuto para cerciorarse de que nada les faltaba, y tanto el mozo, que ya le había servido otras veces, como el señor y la señora Brandow, nunca habían visto brillar tanto los ojos del señor barón. No podía atribuirse al Ródano que el señor barón había mandado servir, pues apenas probó el vino, mientras que la señorita vaciaba el vaso que era un gusto.

Sirvieron los postres: ahora iban á quedarse solos; podían abandonarse á su amor, en la seguridad de que nadie los espiaba; evocar los felices días de Norderney una vez más.

Continuamente encontraban deliciosos detalles nuevos, como se encuentran nuevas estrellas por mucho que se mire al cielo; el sentimiento de la inmensidad de su amor llenaba su alma con espasmos de voluptuosidad.

Pero no hablaban del futuro, de lo que había de suceder,

convencidos cada uno á su modo de que luchaban contra un torrente cuya fuerza era irresistible.—¡Tú eres mía!—decían sus ojos.—¡Yo soy tuya!—contestaban los de ella. ¿Qué necesidad tenía de decirle que sus esponsales con Guido no habían sido otra cosa que una lucha desesperada para salir á la orilla, para salvarse del vórtice en que había caído? ¿Por qué decirle á ella que su reconciliación, rota á la primera mirada de sus ojos, debía de estrellarse ante un amor que sólo acabaría con su vida?

—¿Sonríes, querido mío?

—Veo ante mis ojos un mar azul, cuyas ondas vienen á morir á nuestros pies. Y sobre nuestras cabezas, en las palmeras que sombrea nuestra cabaña, cantan los pájaros.

—¡Los oigo, amado mío! Cantan dulcísimamente. Pero bajo ellos hay un *mocking-bird*. Pero entiendo el lenguaje de los pájaros y su canto burlón, que quiere decir: ¡Dicha y vidrio pronto se quiebran!

—Podría ser si fuéramos dichosos; ¿crees que lo somos?

—Creo que nos amamos.

—No he amado nunca ni volveré á amar. Y tú, corazón mío, ¿me amas?

—Más que á mi vida.

Sus embriagados ojos se abismaban en mutua contemplación; sus almas se besaban mientras sus pensamientos iban por muy distintos caminos. Las últimas palabras de Eleonora las había tomado él como un encarecimiento de su amor; para ella tenían un terrible significado.

Terrible significado que no implicaba para ella terror alguno; sólo el brillo de sus ojos aumentó, y sus labios dibujaron una sonrisa de belleza homicida como la de Medusa.

La señora Brandow se acercó á la mesa con un manojo de llaves en la mano.

—Perdón; no venía más que á desear á los señores una noche tranquila. El día ha sido para mí de prueba. Si quieren los señores subir á las habitaciones, están ahora á un temple

delicioso. El del señor barón es el penúltimo del corredor á la derecha, el de al lado de la señorita. Eran los únicos que quedaban desocupados.

Mientras la fondista hablaba, las miradas de Ulrico y Eleonora tomaron una expresión sombría; sus labios se contrajeron de modo extraño.

—Si no recuerdo mal—dijo Eleonora,—usted duerme tambien arriba, señora Brandow.

—En efecto — contestó ésta; — en el otro extremo del corredor.

—Entonces voy á subir con usted. ¡No se moleste usted, señor barón.

—Permítame usted, al menos, que la acompañe hasta la puerta.

A la puerta se despidieron con un «buenas noches».

Esta vez se encontraron sus miradas con expresión de ardiente y devoradora pasión sólo un momento. En seguida bajaron los ojos, y su pecho se agitó con un suspiro.

Ulrico volvió á la mesa y sentóse, apoyando la cabeza en las manos, con la imagen de su amada ante los ojos, con su dulce gracia y con el eco melodioso de su voz en el oído. Sus sienes martilleaban, su corazón latía como si quisiera saltársele del pecho. De vez en cuando levantábase con un ligero gemido, bebía un vaso de vino y oprimía la abrasada frente de nuevo entre las manos. ¡No podía pensarlo! ¡Era para volverse loco allí mismo! ¡Pero la inmensa felicidad no le encontraría ahora cobarde como antes! ¡Esta vez quería cogerla por los flotantes cabellos! ¡Cogerla, y retenerla... retenerla!

Así estuvo un cuarto de hora. De pronto, como despertando de un horrible ensueño, se puso en pie, y permaneció así, tambaleándose en todos sus miembros. Su corazón latía terriblemente, y llevóse la mano á él convulsivamente, como un jugador que pone su fortuna á una última carta.

—¡Dicha indecible!—murmuró, dejando caer la mano lentamente.—¡Dicha indecible!

Pasó lentamente por entre unos cuantos aldeanos que, solos en la sala poco antes llena, fumaban y bebían sin ocuparse de él; después subió la escalera mal alumbrada, adonde llegaban el ruido de los platos y la conversación de los criados; recorrió el largo y estrecho corredor, en donde no encontró á nadie, y llegó á la puerta que debía ser de su cuarto. Después sólo había otra por aquel lado: la última, la de ella.

Y de nuevo empezó á latir su corazón locamente, y temblaron sus miembros.

Y por fin entró en su cuarto, en cuya mesa ardían dos luces y estaba su maleta.

Las luces ondeaban al soplo del viento que del lago entraban por los resquicios del balcón, conmoviendo las vidrieras. La ardiente mirada de Ulrico estaba fija en la puerta que ponía en comunicación su cuarto con el de ella. Esta puerta no estaba atrancada; la llave estaba puesta en la cerradura. Dió unos pasos hasta ella, y volvióse luego al balcón, que abrió, como si el aire de aquel cuarto le ahogase. Al salir al estrecho balcón, que recorría todo el piso, recibió el golpe del viento, que soplaba sobre el lago agitado. En la densa oscuridad que ante él se ofrecía, advirtió un ligero resplandor que salía del cuarto de ella, dos pasos más allá á la izquierda.

A esta luz vió dibujarse una figura negra, que se enderezaba sobre la barandilla del balcón en que estaba apoyado.

—¡Eleonora!

—¡Ulrico! ¡Ulrico mío!

CAPÍTULO XVIII

La luz gris de la mañana empezó á entrar por las abiertas ventanas, y los objetos de la habitación comenzaron á distinguirse. Su reloj se había parado en las cinco, pero debían ser las seis. Quizá más tarde. La blanca y espesa niebla que subía del lago y penetraba por la ventana en denso vapor intercep-

taba la claridad. No había querido dormir, pero al fin se quedó traspuesto. No debió ser mucho tiempo. En el cuarto de ella reinaba profundo silencio. ¡Gracias á Dios, dormía!

A él se le había pasado el sueño. ¿Cómo había de poder dormir si los pensamientos bullían en su cerebro como amotinados? Y debía ponerlos en orden antes de que ella despertase. Ella debía esperar que él tomase una determinación. Pero ¿cuál? Sí; ¿cuál?

Ante todo, que no la encontrasen allí cuando llegase el coche de la condesa, que había de ir á buscarla al pueblo. Podía escribir dos letras de despedida á la condesa y que las llevase el criado. Esto ella lo había de decidir. Él ya había dicho la tarde anterior que iba al pueblo; bajo cualquier pretexto se reuniría allí con él Eleonora. Al medio día salía un tren del pueblo que enlazaba con el tren de la línea general. Una larga detención, mas ¿qué remedio? También tenía que proveerse de dinero. La suma que tenía á su disposición en poder de su banquero en el pueblo no era grande. Por el momento bastaba para poner á Eleonora en seguridad. Pero ¿y después? ¿Y después? ¡Un encuentro con Guido, naturalmente! Tenía que ser á la fuerza personal, y á pesar de la entusiasta amistad de éste, difícilmente pacífico. En ciertos asuntos sirve de poco la amistad entusiasta. Pero en fin, todo se arreglará, ¡todo!

Menos una cosa.

Su corazón se estremeció. El temor ante el cual retrocedía él todos los días... y ahora no era posible retroceder. Y en el momento en que la mísera creía que todo iba bien como nunca, decirla: desde ahora cesas de ser mi mujer. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Era mil veces más amargo que la muerte. Y para él no había otra salida. Él debía vivir para aquella que le había jurado que era completamente suya, que le había dado todo. Que no se había reservado nada. Y ahora en el ancho mundo no tenía nada, nada más que él.

Luchando con estos terrores, paseaba con leve é inquieto paso por la habitación, cuando echó de ver sobre la mesa una

hoja de papel blanco que no había visto la noche anterior, que no debía haber estado allí la noche anterior: una hoja con un borde desigual, como si la hubieran arrancado de un cuaderno de notas.

La hoja estaba, según advirtió fijándose más, escrita con lapiz.

Su corazón empezó á golpearle en el pecho.

¡Si era de ella! ¿qué otra cosa podría ser que un encargo para que lo hiciese antes de que ella despertara? Quizá sólo una broma.

Pero cuando, á la semiclaridad de la ventana, pudo descifrar penosamente su contenido, erizáronse sus cabellos.

«Dicha y vidrio... el *mocking-bird* tenía razón, nuestra indecible dicha se ha roto.

»Yo no podía comprar mi derecho á amarte sin cometer una gran iniquidad con tu mujer y con tus hijos.

»No es dado á mis fuerzas resolver este problema. No puedo vivir con él en el corazón.

»He besado tus labios por última vez antes de partir. Trata de vivir. ¡Te amo hasta en la muerte!»

La hoja cayó de sus manos temblorosas. Luego pensó que nadie más que él debía verla. La cogió del suelo, se la guardó y se precipitó á la puerta que ponía en comunicación las dos habitaciones. Su cuarto estaba vacío, la cama en orden, su saco de viaje en la mesa, cerrado; ningún otro objeto suyo había allí.

Hasta en la muerte... sólo debe llevarme una ventaja de algunos minutos. La hoja estaba aún húmeda de sus lágrimas.

¿Adónde buscarla?

Su mirada perpleja se dirigió á la ventana por donde la niebla subía del lago como un espectro. Salió de la habitación al corredor, bajó la escalera, atravesó el jardín y llegó al embarcadero donde estaban amarrados los botes. Allí estaba el viejo Tristán, que se rascaba los blancos cabellos. ¡Qué raro! Cinco minutos antes había salido la señorita, atravesando el

jardín apresuradamente hasta llegar á los botes. Y ahora faltaba uno. Indudablemente se había ido en él á Seehausen. Pero con la niebla era cosa arriesgada, á pesar de que el lago estaba tan tranquilo que no había nada que temer.

Las últimas palabras las pronunció ya en el bote, al cual había saltado Ulrico. Remaron con todas sus fuerzas en la dirección que indicaba el viejo. A la ventura. La niebla era tan espesa... Ulrico gritó: ¡Eleonora! ¡Eleonora! Nadie respondió.

De pronto, el viento barrió una parte de la niebla. Cristián, que volvió la cabeza en aquella dirección, había visto el bote; sólo un instante después le volvió á cubrir la niebla.

—¿A qué distancia?

—¡A unos cien pasos, señor!

—¿Está ella?

—Sí, señor.

Cristián había mentido: el bote estaba vacío.

No se atrevió á decírselo á su señor. Remó desesperadamente... ¡hale! ¡hale!... para persuadirse de que se había equivocado.

Por fin, tropezaron con el bote que buscaban.

Casi lo pasaron. Se balanceaba, vacío, sobre las ondas. Cristián apretó las manos y echó una mirada de espanto al señor barón. Este no pronunció palabra. Se levantó, tiró el sombrero en el fondo del bote, se quitó la americana, y antes que Cristián lo pudiera impedir, se arrojó al agua de cabeza. Cristián pensó al principio que el señor había visto el cuerpo de la señorita en el agua. Pero no podía ser; la tempestad había vuelto el agua espesa como nieve fundida; no se veía más que hasta medio pie, y el lago tenía por aquella parte 60 pies. Así, pues, el señor barón se había arrojado á la ventura. ¡Si le hubiera dicho que el bote estaba vacío!

¡Dios sea loado! ¡Allí, á diez pasos del bote, sale otra vez! Al instante empuñó Cristián los remos, y gritó:

—¡Sosténgase usted un momento, señor! Pero éste agitó la cabeza, y cuando Cristián llegó, había vuelto á sumergirse.

—¡Eso es tentar á Dios!—murmuró Cristián.

Cogió los remos convulsivamente y miró por todos lados con ojos que amenazaban saltársele de las órbitas. Sabía lo que es capaz de buscar una persona cuando ha estado ya cerca de un minuto debajo del agua y apenas ha podido tomar aliento. Cuando reaparezca de nuevo estará muerto.

Pasaron por lo menos tres minutos, y no reaparecía.

—Quizá después de cuatro ó cinco días, ó quizá nunca, como la señorita.

Diez años antes cayó allí Colás Wenhak de Pustow en Angle, por la borda, y no volvió á salir.

El viento barría la niebla, que se plegaba en espirales. Cristián pudo ver un trozo libre del lago, que cada vez se hacía mayor. Remó aún por espacio de una hora, mirando á lo lejos, sin moverse casi de un mismo sitio. Sabía muy bien que era en balde, pero no podía separarse de allí.

Por fin, dijo con resolución:

—Nada, no sirve de nada; y volvió la proa del bote hacia la fonda; á la luz del sol parecía rojiza, destacándose de la niebla. Después volvió otra vez; había olvidado el bote pequeño, que durante este tiempo había estado bogando á su gusto de un lado á otro. Los remos estaban puestos en el bote como si los hubiera dejado una persona que supiese remar. Cristián ató el pequeño bote al otro y remó hacia la orilla. No se le quitaban de la imaginación los remos tan bien colocados en el bote. Y la terrible angustia del señor barón.

El viejo sufría extrañamente. Pensaba que así debía sentirse cuando se va á llorar. No sabía qué era llorar. No había llorado desde niño, hacía sesenta años.

Y pensando en esto, soltó de pronto los remos, apretóse los ojos con los puños, y lloró como un niño.

FIN

RECUERDOS

Y yo seguí acosando al general Prim á preguntas, porque comprendía que mis preguntas no le causaban molestia; que, por el contrario, deseaba que su pensamiento y su situación fuesen conocidos de todo el mundo, porque deseaba descargar la responsabilidad de lo ocurrido en quienes en justicia debieran recoger esta responsabilidad.

Y en efecto, todo lo que á mí me dijo lo repitió varias veces á diferentes personas, aunque no con la extensión ni con el orden que á mí; pues el orden yo cuidaba de establecerlo con mis ordenadas preguntas.

Y seguí preguntando, como indiqué al final del artículo precedente.

—Diga usted, general, y perdone si le molesto: si al emperador no le convencen sus razones de usted; si en absoluto rechaza la candidatura, y se muestra decidido á oponerse á ella, ¿usted qué actitud toma? ¿A qué se resuelve?

Y me contestó Prim sin vacilar, y este es un punto que afirmo en absoluto, y en que mis recuerdos no vacilan:

—Si el emperador se niega á aceptar la candidatura, *no la presento,* y rompo resueltamente todo compromiso. Ya veré cómo. Procuraré que la ruptura sea lo más suave y lo más amistosa posible, y si las negociaciones diplomáticas no se hubieran divulgado, esto no me hubiera sido difícil.

En el secreto, mientras la dignidad de mi patria no peligre, prefiero romper con Prusia á romper con Francia.

Los alemanes están lejos, Francia es nuestra vecina, y por nada del mundo quisiera yo estar en hostilidad con ella.

Respondo de estas afirmaciones del general Prim.

Claro es que en estas resoluciones del general entraría por algo, y aun pudiera decir que entraría por mucho, su creencia firmísima de que el emperador Napoleón III representaba la primera potencia militar de Europa.

Pero en todo caso, prescindiendo de las contingencias de una lucha entre Francia y los Estados alemanes, yo le oí afirmar al general Prim que, no sólo con Francia vencedora, pero ni siquiera con Francia vencida, consideraba él de buena política para el porvenir estar en relaciones de hostilidad manifiesta ó latente.

Y seguí preguntando:

—Y dado que la candidatura ya es pública, puesto que la opinión se ha impuesto, y sobre todo la mayoría de la Cámara, que, como estamos viendo, *ha hecho suya* la solución alemana preparada por usted, si Francia se opone resueltamente, ¿cuál considera usted que debe ser la actitud de España?

—El problema es muy agrio; el conflicto sería ó, mejor dicho, será gravísimo, porque tenemos en juego un nuevo factor con el cual yo no contaba, que es la dignidad de la nación, dueña de sus destinos, libre para elegir un jefe de Estado, y que no puede admitir imposiciones extranjeras.

En las negociaciones secretas su dignidad no padece, porque precisamente las negociaciones diplomáticas tienen por objeto salvar el honor y el amor propio.

En el momento actual, yo no sé qué decir á usted, porque nada tengo pensado, y porque las circunstancias decidirán mi voluntad y la del partido que represento.

Por el pronto, no puedo retroceder; la candidatura ya es pública; por lo que estamos viendo, la mayoría monárquica del Parlamento y sus hombres más importantes, Rivero, Martos, Zorrilla y aun muchos individuos de primera línea de la «Unión liberal», la han hecho suya, y con tal entusiasmo,

que más bien parece que me la imponen que no que la aceptan de mi mano.

De suerte que muy en breve celebraremos un Consejo en la Granja, y en él presentaré la candidatura del príncipe Hohenzollern, contando con el asentimiento que ya tengo del Rey de Prusia, de Bismarck y de la familia del príncipe.

El Regente y el Consejo aceptará esta candidatura.

Y después será lo que Dios quiera.

Pero yo preveo, como le he dicho á usted, gravísimas complicaciones, de las que yo en mi conciencia no soy responsable; pero que unos y otros, y los mismos que me empujan, querrán arrojar sobre mí.

Paciencia.

Y el general sonrió con aquella sonrisa fría y de buen tono que vi siempre en sus labios en los momentos más difíciles.

***

He referido minuciosamente, y hasta dándole, para más amenidad, cierta forma dramática, quiero decir, cierta forma dialogada; porque, si no de las palabras, de las *ideas todas* tengo recuerdo vivo y presente, como si en este momento viera ante mí la figura marcial, pero casi aristocrática, del ilustre general, y oyera su voz, siempre severa y contenida, pero con ciertos tonos de naturalidad y franqueza.

Estas ideas las repitió en aquellos días á muchos amigos y hombres políticos, como deseando que fueran públicamente conocidas.

Yo le di gran importancia á la conversación con el general, que he procurado transcribir fielmente en estos últimos artículos, y aún creó en mí una gran preocupación.

Lo que en un principio parecióme fácil, comprendí que podía ser dificilísimo, y aun ocasionado á grandes peligros.

No todos los que oyeron al general se preocuparon tanto como yo. La mayor parte no dió importancia á sus recelos ni

á sus temores, y era frecuente oir á muchos hombres políticos expresarse de este modo:

—No hagan ustedes caso de las preocupaciones del general; ha obtenido una gran victoria diplomática; ha aplastado á sus detractores y enemigos, y todo eso que nos cuenta son coqueterías del vencedor para hacer valer más su triunfo. El emperador Napoleón no se opone. ¡Verán ustedes cómo no se opone! ¡No faltaba más sino que, no contento con ser emperador en Francia, quisiera imponernos su ley en España!

—Pues que tenga cuidado—decían los más entusiastas y los que á toda prudencia ponían la sordina del patriotismo.—Que tenga cuidado con la raza española; ya ha visto lo que le ha pasado en Méjico, y bien presente tendrá lo que le pasó á su tío, con ser todo lo que era.

Y de este modo, cerrando los ojos á la evidencia y desconociendo la realidad, que la realidad no es patriótica ni antipatriótica, es implacable y brutal, como las grandes leyes de la Naturaleza, empujaban al general Prim y le hostigaban, para que, sin más vacilaciones, que al entender de los exaltados eran pruebas lastimosas de debilidad y de miedo ante Napoleón III, llevase de una vez la candidatura del príncipe alemán al Consejo de ministros.

Y así fué; lo que estaba escrito había de ser, como dicen los árabes, nuestros parientes próximos.

En breve nos citaron para Consejo de ministros, que había de celebrarse en la Granja, con toda solemnidad, y ante el Regente.

***

Bien me acuerdo.

Bien me acuerdo de aquel día, ó mejor dicho, de aquella tarde.

Es decir, me acuerdo de lo fundamental: todo el ambiente, todo lo que me rodeaba lo veo envuelto en una neblina.

Veo la fachada del palacio que el Regente ocupaba.

En esa fachada, una puerta muy grande.

En esa puerta, un grupo de que yo formaba parte: ministros, diputados, hombres políticos; pero no podría decir quiénes eran.

Estábamos esperando al general Prim, que en aquel momento llegaba.

A lo lejos veo edificios, arboledas y las nieblas del recuerdo borrado, que lo confunde todo.

En primer término, carruajes que iban llegando con gente que venía de Madrid; diputados de las Constituyentes, hombres políticos, periodistas; pero todo esto, vuelvo á repetirlo, muy confuso.

De un coche bajó el general.

Cosa extraña: bajó algo encorvado, como si algo le abrumase.

Él que, á pesar de sus campañas, de sus años, porque ya no era un joven, de sus innumerables cicatrices y de las fatigas políticas de sus últimos tiempos, se mostraba siempre erguido, aunque sin afectación, no con la tiesura del desplante, sino con la dignidad de la fuerza.

Él, al bajar del coche, bajó encorvado, como si una carga inmensa le obligara á doblarse.

No lo noté yo solo; lo notaron algunos de los que nos rodeaban, y nos acercamos, dispuestos á preguntarle: ¿Viene usted malo?

Pero no nos dió tiempo; antes de llegar á él, ya estaba erguido como siempre, y recibiéndonos con su sonrisa de costumbre.

Así es que no nos atrevimos á formular la pregunta que teníamos pensada.

Subimos todos los ministros, y, como estaba anunciado, celebramos Consejo, presidido por el Regente.

Consejo breve, severo, en que se habló poco, contra la tradicional costumbre de los españoles.

Con frase reposada, concreta, casi fría, presentó el general Prim la candidatura alemana.

La aceptó el Regente, sin ninguna reserva.

La aceptamos todos, sin ninguna vacilación.

Y el problema quedó resuelto, al menos por entonces.

El más insignificante asunto, el más vulgar conflicto de política interior da lugar á mayor discusión y ocupa más tiempo.

Y, sin embargo, como el general Prim preveía, como temían algunos, muy pocos, yo entre ellos, desde mi conversación con el general, aquel problema era gravísimo y gravísima la resolución que habíamos tomado en pocos minutos.

¡Ah! ¡Si tratándose de cosas humanas se pudiera leer en lo porvenir!

Pero como dice una frase muy vulgar de Asturias, yo, por lo menos, á gente asturiana se la he oído: «Para Don Sabido, que esté en gloria.»

¡Quién había de pensar que aquel suceso, tan pequeño al parecer, había de ser origen de una horrible lucha entre Francia y toda Alemania!

¡Aquel cuadro tan prosaico y tan pacífico; unos coches que paran, unos diputados que descienden de los coches, unos periodistas que vienen buscando noticias; y luego, en el salón del Regente, un cuarto de hora de discurso y un asentimiento unánime; estas insustanciales escenas, repetimos, sin animación ni vida, y al parecer, sin interés, habían de ser el preludio de una lucha titánica, de cuadros de horror y muerte; ejércitos que se deshacen, un Imperio que se derrumba, el Imperio alemán que brota en aquella inmensa conflagración, y luego los incendios y los horrores de la *Commune*, el centro de gravedad de multitud de Estados que pasa bruscamente de Francia á Alemania, un nuevo equilibrio europeo sin la seguridad de la paz; en suma, todo los que mis lectores conocen y yo no he de repetir!

Pues la inmensa tragedia tiene como prólogo el que yo acabo de ponerle, con sólo evocar mis recuerdos.

***

¿Significa esto que la candidatura del príncipe alemán, aceptada por el general Prim y luego por el Consejo de ministros, fuese la causa, la verdadera causa, que es la que entraña en sí los efectos que origina?

Sería ridículo sostenerlo.

El conflicto entre Francia y Prusia, mejor dicho, entre Francia y Alemania, era inevitable, se encontraba en estado latente; como dicen los matemáticos, en estado potencial.

El Imperio napoleónico, por una parte; por otra, las aspiraciones de Alemania, y el pensamiento y la voluntad incontrastables de Bismarck, estaban frente á frente.

El Imperio que parecía poderoso, y que lo fué un día, cuando venció en Crimea, cuando venció en Italia, era débil, llevaba en sí gérmenes de muerte, como llevaba en su organismo germen de muerte el emperador Napoleón III.

En cambio, Prusia se sentía poderosa; y el ser fuerte, por ley de su naturaleza, por impulsos internos de sus energías, necesita poner en acción su fuerza, y, al fin y al cabo, la ejercitará.

Francia y Prusia eran como los componentes de un polvorín, como el ácido nítrico y la glicerina.

Basta una chispa para que la dinamita estalle.

Esa chispa no ha creado el polvorín, no ha creado los elementos explosivos á la moderna, ni ha forjado el equilibrio inestable, ni encierra en su pequeñez la explosión; pero esa chispa puede ser la *causa ocasional*, la causa determinante.

A falta de otra causa determinante, que los mil accidentes de la vida hubieran provocado, la candidatura alemana para el trono de España fué el pequeño fulminante de aquella inmensa explosión.

Y la prueba de esto que decimos, dado que cosa tan evidente necesite prueba, es que el rey de Prusia retiró la candidatura, que España ya no pudo insistir en ella, que la causa aparente del conflicto había desaparecido, y que, sin embargo, el conflicto dió sus frutos y la guerra estalló con todos sus ho-

rrores, y que el año maldito, como dicen los franceses, continuó manchando todas sus horas con humo de batallas y sangre de infelices soldados.

Estaba escrito, no en el libro de la fatalidad, pero sí en el libro de las grandes ambiciones.

***

Cuando se conoció la actitud de Francia, y el telégrafo empezó á transmitir palpitaciones siniestras, como preludios de una gran convulsión, entonces los políticos de aquel tiempo, apagados los primeros entusiasmos, empezaron á darse cuenta de que aquellos entusiasmos traían consigo grandes peligros.

Al general Prim nada de esto le cogió de nuevo; porque desde que fueron públicas sus negociaciones secretas temió lo que vino á suceder, y aun para España mucho menos de lo que sucedió, que fué, en suma, una candidatura más en la fosa común de las candidaturas muertas en flor.

Y nada más.

Retirada por Alemania la candidatura de su príncipe, España quedó en franquía y fuera de juego, y pudo salvar las complicaciones que, de haber sostenido Prusia la candidatura en cuestión, hubieran podido caer sobre nuestro país.

Seguimos sin candidato, y Prim siguió buscándolo con la tenacidad propia de su carácter, y al fin planteó una nueva candidatura: la de D. Amadeo.

Yo recuerdo, con recuerdo no debilitado por los años, aquellos últimos meses de la vida de D. Juan Prim.

En la sala del Consejo tenía un gran mapa sobre una mesa, y el mapa estaba claveteado de pequeñas banderas, que representaban las posiciones de los franceses y las posiciones de los alemanes.

Todos los días, al llegar Sagasta al Consejo, había una discusión entre él y el general.

El general no cedía; tenía fe inquebrantable en el triunfo del ejército francés.

Y Sagasta traía unos cuantos periódicos con noticias del teatro de la guerra, y variaba la posición de las pequeñas banderas, y un día y otro día le acosaba cariñosamente al general Prim, como los alemanes acosaban á los franceses.

—Mal va, mal va el ejército francés, mi general.

—Son azares de la guerra—respondía D. Juan;—ya verá usted cómo los franceses se rehacen. Francia es muy poderosa; hay en ella mucho patriotismo, hay en ella mucha unidad. Y en Alemania esa unidad no existe: son muchos Estados con intereses distintos, con soberanos casi independientes; esa variedad enorme no podrá fundirse en una gran unidad, sino al calor de una inmensa victoria, mediante la cual Prusia se impusiera á los demás Estados.

Y Sagasta replicaba:—Es que yo creo que esa inmensa victoria se prepara.

—Podrá ser—le contestaba Prim, con su terquedad siempre simpática á la victoria de Francia, ó por lo menos creyendo en ella; porque en estas cuestiones hablaba, no como político, sino como hombre de guerra;—podrá ser, pero yo no la veo todavía.

—Pues yo la veo venir—insistía Sagasta.

Y volvían los dos al mapa, y cambiaban uno y otro la posición de las pequeñas banderas, y la discusión sólo se interrumpía para dar principio al Consejo y para continuar al día siguiente.

En el público las opiniones estaban también divididas.

¡Quién consideraba al Imperio napoleónico como invencible! No; á los vencedores de Alma, de Sebastopol, de Magenta, de Solferino, no pueden vencerles los ejércitos alemanes, sin unidad ni cohesión, porque pertenecen á Estados diferentes, sin más lazo común que el de un idioma.

Y replicaban los que creían en el triunfo de Alemania: —Están ustedes en un error; en el ejército alemán hay más cohe-

sión que en el ejército francés, mal preparado, sin medios de lucha, mal dirigido y sin los grandes adelantos de que Alemania ha sabido aprovecharse.

Y aquí unos y otros desarrollaban sus conocimientos ó su pedantería en materia de arte militar.

Y me asalta un recuerdo, que he de consignar en estas líneas porque es verdaderamente curioso.

Recuerdo que no es sólo mío, sino de muchas otras personas que por aquellos tiempos leían en *El Imparcial* la marcha de la formidable guerra.

Me refiero á hechos públicos, que están escritos, como se dice vulgarmente, en letras de molde, y que en la colección de aquel periódico puede comprobar cuando guste el que sea amante de la estrategia y de la táctica y de las funciones guerreras en general.

Al efectuar los primeros movimientos estratégicos el ejército francés y el ejército alemán, y antes de que se pusieran en contacto y se recibieran noticias de los primeros combates, comenzaron á publicarse en *El Imparcial* una serie de artículos, sin firma conocida, sobre la guerra que se preparaba y sobre los movimientos estratégicos de ambos ejércitos.

El autor, que por entonces era desconocido, y que nunca firmó con su nombre, juzgaba con gran severidad al general Molke, asegurando que los primeros movimientos del ejército alemán eran viciosos y ocasionados á un desastre, casi inevitable, si hubieran tenido que luchar los ejércitos alemanes con un general de genio como Napoleón I.

Pero trataba mucho peor á los generales franceses, asegurando que, á pesar de la mala estrategia de los alemanes, la derrota del ejército francés era segura é inevitable.

Yo no diré por qué; entre otras razones, por la razón sencillísima de que no entiendo una palabra de estrategia.

Pero el autor de los artículos á que me refiero lo demostraba con tanta evidencia como dos y dos son cuatro, al decir de los inteligentes.

Anunciaba todos los movimientos estratégicos de uno y otro ejército, á partir de las posiciones que ya habían tomado.

Anunciaba también dónde tendrían lugar los primeros combates, afirmando, con afirmaciones de maestro, que los franceses serían vencidos; y en suma, profetizaba la marcha de la guerra y sus resultados con una seguridad tal, que á sí mismo se cortaba la retirada.

Ó acertaba y acertaba de lleno, ó se ponía en evidencia su ignorancia en materia de arte militar.

Al principio, sólo los hombres del oficio se fijaron en tales artículos; pero cuando se desarrollaron las operaciones militares y se vió que los franceses eran vencidos donde el autor del artículo había dicho, y como él había dicho y por las razones que él había anticipado; cuando sus numerosas y sucesivas profecías se convirtieron en otras tantas realidades, aun los menos inteligentes en estas materias sintieron respeto y admiración por el autor anónimo, reconociendo por unanimidad su competencia verdaderamente extraordinaria en asuntos estratégicos.

Entonces, todo el mundo se echó á investigar quién podría ser el autor de tan magistrales artículos, y empezaron á salir nombres y nombres de entre los generales más distinguidos y de más competencia.

Unos decían: es el general Concha (D. Manuel); otros afirmaban que era el general Arteche; no faltaba quien los atribuyera al mismo general Prim, ni quien asegurase que eran del general Córdova.

Y así sucesivamente.

La milicia hizo recuento de sus críticos en arte militar, y sin embargo, el autor no parecía.

Al fin se supo, es decir, lo supo el público, porque yo lo sabía de antemano; es más, tales artículos los había oído leer antes de que se publicasen, aunque sin entenderlos del todo y sin comprender su importancia; porque entre las muchísimas

cosas que ignoro, una de las que ocupan lugar más distinguido en la lista de mis ignorancias es la estrategia.

Al fin desapareció, como digo, el anónimo, averiguándose que el autor de aquellos notabilísimos trabajos no era el general A, ni el general X, sino D. Pedro Pérez de la Sala, asturiano de nacimiento, hombre de gran inteligencia y de gran cultura, ingeniero de caminos, canales y puertos, y profesor, por entonces, de la Escuela Especial de este ramo.

Y puesto que ya mis lectores han satisfecho su curiosidad, si la tuvieron, dejemos lo que sigue para el artículo próximo.

José Echegaray

EL PROBLEMA CATALÁN

Y LA LENGUA CATALANA

(CONCLUSIÓN)

El catalán es una lengua viva porque, nacida hace siglos, no ha dejado de hablarse todavía en una parte muy importante de España; y tiene tal arraigo, que se seguirá hablando aún por mucho tiempo. Pero por lo mismo que es una lengua viva, está en constante renovación; y esa renovación es más activa y eficaz allí donde la vida es más íntima. Por eso el catalán de Barcelona no es el catalán de la alta montaña, ni siquiera el catalán del llano; y con ser muchas las diferencias que separan á unos de otros, tan legítimo es el de la ciudad como el del campo y como el de la falda del Pirineo ó del Montseny, porque esa variedad obedece al distinto grado de cultura alcanzado; pues aun cuando todos viven y todos marchan, mientras los unos lo hacen á paso de tortuga, los otros van en automóvil; los unos visten y hablan como payeses, y los otros visten y hablan como ciudadanos de una gran ciudad. ¿Cuál de estos dos modos de ser es preferible? Para todo hay gusto: para los apáticos ó indolentes, para los que no sienten ansias de renovación ni de progreso, para esos el quietismo de la vida rural es el desideratum. Para los que piensan que la vida es lucha, que el goce supremo es la victoria y que la victoria es de los fuertes y de los audaces, la vida febril de las ciudades con todas sus ansias es el ideal. El tipo de la ciudad tiende á

hacerse cosmopolita; el de la aldea, el del villorio es un tipo localizado y conserva los caracteres tradicionales del indígena.

Consecuencia natural de todo esto, es que la lengua donde la vida es activa va perdiendo lentamente sus caracteres de localización para amoldarse por influjo natural al modo de ser de las lenguas afines, con las que está más en contacto y que tienen más fuerza de expansión; y, de aquí, que el catalán de Barcelona, al separarse lentamente del catalán del llano y la montaña, se ha castellanizado, sin darse cuenta de ello. El fenómeno se ha producido en el espacio de tres siglos, desde la unión de Castilla y Aragón por el matrimonio de los Reyes Católicos, y sólo se ha echado de ver desde la arcaica resurrección de los juegos florales, obra de los eruditos buscadores de antigüedades. Mientras el llamado renacimiento literario del catalán no trascendió de las justas poéticas, el hecho no tuvo importancia alguna; porque el que los poetas justadores de aquellos torneos se distanciaran más ó menos del habla vulgar, no preocupaba á nadie. Pero cuando los políticos trataron de convertir en sustancia este renacimiento, bien pronto hubieron de darse cuenta de que la degeneración de la lengua catalana procedía del encaste de palabras, giros y modismos castellanos, y revelaba una superioridad de Castilla que, aunque sólo fuese superioridad filológica, había de molestar profundamente á los patriotas catalanes.

El amor propio de los directores de este movimiento político quedó maltrecho con semejante hallazgo. Y aunque á ellos no se les ocultaba que la superioridad castellana podía explicarse perfectamente por el hecho de que, mientras Cataluña dormitaba, Castilla daba su sangre para la conquista de un mundo hasta entonces desconocido, y ponía sus hombres y sus tesoros al servicio de una causa mundial, llevando sus ejércitos á Francia, Italia, Flandes, Holanda y Alemania, y con ellos su rica lengua que, oreada y perfeccionada por su contacto con las principales de Europa, había de asombrar al mundo con

el maravilloso florecer de su teatro y de su poesía, con la prosa admirable de sus místicos y con el hasta ahora no superado parto de la imaginación del inmortal Cervantes, era preferible atribuir tal superioridad á la imposición violenta de la lengua oficial del Estado español, porque de este modo se añadían unos tizones más al rescoldo de rencores, todavía no apagados, por haber sucumbido á la fuerza de los ejércitos de los Austrias, primero, y de los Borbones, después, y haber perdido, como consecuencia de ello, sus fueros y libertades.

Todo esto coincidió con nuestros desastres coloniales; y el miedo, que no razona, lanzó la histórica frase de *picar las amarras para salvarse del naufragio,* proclamándose así sus autores, tan inocentes de toda culpa como el Cordero Pascual de los pecados de los hombres; sólo que, en vez de ofrecer, como éste, su vida en holocausto de la humanidad, ellos trataban de ponerse en salvo, dejando perecer al resto de España, diciendo «ahí queda eso», y olvidándose de una colaboración común en los destinos de la patria, de más de tres siglos.

Pasó la racha. Lo de picar las amarras no era ya de una necesidad apremiante, y la reflexión hizo ver que no es esta operación tan sencilla como parece á primera vista, cuando se opone á ello la casi totalidad de la tripulación que se conserva fiel al capitán, y hay que empezar por sostener una lucha desigual para llegar al logro de tales propósitos. Entonces el catalanismo cristalizó su credo en las famosas Bases de Manresa, con su tan conocido programa «Queremos Cortes catalanas, Administración catalana, lengua oficial catalana y moneda catalana»; y entonces, de golpe y porrazo, los que vinimos del otro lado del Ebro á Barcelona, creyendo no salir del suelo patrio, nos encontramos, de la noche á la mañana, convertidos en «extrangers, forasters», y tuvimos que sufrir el calvario de los denuestos con que nos obsequiaron á diario *La Veu* y demás órganos del catalanismo.

También pasó, por fortuna, aquello. El separatismo que late en las Bases de Manresa se transformó, perdiendo su ca-

rácter local y exclusivista, convirtiéndose en una doctrina nacional (el regionalismo), que se ofreció como panacea al resto de España, y que adquirió estado parlamentario en el tan asendereado proyecto de Administración local. El catalanismo sacó un partido fabuloso de los supuestos agravios que la ley de Jurisdicciones infirió á Cataluña; y arrastrando con maña, de una parte, á la masa neutra, que temblaba al calcular las consecuencias del poder, cada vez más fuerte, de Lerroux, y de otra, á los que se sentían molestados por la superioridad de éste sobre todos los prestigios del republicanismo catalán, llegó al pacto de la solidaridad, que representa el apogeo de su grandeza.

A todo esto, el problema de lengua catalana iba haciendo su camino lentamente, y *La Renaixensa*, primero, y después *La Veu*, *El Poble*, *Joventut* y otros periódicos y revistas, dedicáronse al expurgo del catalán, limpiándole de palabras y modismos de origen castellano, como si se tratase de una impureza de la sangre, que había que desterrar para restaurar la lengua de la región; dándose con tal motivo el espectáculo originalísimo de la resurrección arcaica de una lengua que pretende borrar la acción de tres siglos, así como Fernando VII quiso suprimir y borrar de la Historia con un simple decreto los mal llamados años liberales. Á este propósito desenterráronse los viejos cronicones, para rebuscar en ellos palabras y modismos que el transcurso del tiempo había soterrado, y artificialmente se creó un catalán literario, que no es, ni con mucho, la lengua viva del pueblo. Y ya en este camino, celebróse el Congreso de la lengua catalana, y se dedicaron los rebuscadores de antiguallas á la ardua tarea de constituir una Academia de la lengua, de formar un diccionario y de confeccionar una gramática; como si con esto pudiera evitarse lo inevitable. Toda esta tendencia ha cristalizado y se ha revelado franca y ostensiblemente en el primer Congreso internacional de la lengua catalana, celebrado en Octubre de 1906, y cuyas actas se han publicado recientemente, casi á fines de 1908.

Por ellas, los que no asistimos á dicho Congreso, hemos podido darnos cuenta del alcance y de la importancia de sus trabajos; y yo, que preocupado hace tiempo con este problema de la lengua catalana, he leído esas actas, vengo á deciros lo que en ellas hay, porque creo firmemente que si se lograra el propósito de los organizadores del Congreso, la unidad de la Patria quedaría, no sólo quebrantada, sino deshecha, aun cuando el proyecto de ley de Administración local se hundiera para siempre y pasara al inmenso panteón de nuestras leyes *nonnatas*.

Y he de llamaros la atención, antes de dar lectura de algunas de las declaraciones contenidas en dichas actas, para que podáis apreciar el alcance y la trascendencia del movimiento, sobre el hecho significativo de que los más entusiastas de la tendencia restauradora del catalán pertenecen á la Iglesia; bien es verdad que los ya difuntos obispos de Barcelona, Morgades y Casañas, fueron catalanistas *enragés*, y á ellos se debe la expansión del catalán en los rezos y en las predicaciones del templo. En prueba de este aserto, os he de citar los nombres del iniciador del Congreso, Mosén Antonio María Alcover, y los de sus colegas Mosén Luis Viladot, Mosén Miquel Costa y Llovera, el Rev. P. Ignacio Casanovas de S. J.; D. Vicente Serra y Orvay, canónigo y rector del Seminario de Ibiza; Mosén Antonio Navarro, rector de Montclar, y el P. Jaime Nonell de S. J., los cuales, á más de otros muchos clérigos cuyos nombres no figuran en las actas, tomaron parte activísima en las tareas filológicas del Congreso, demostrando todos ellos que su amor á la lengua catalana les convierte en enemigos declarados y francos de Castilla y su lengua.

Dejando para más tarde á Mosén Antonio María Alcover, que por su significación excepcional merece capítulo aparte, os indicaré brevemente lo que estos señores han sostenido en el Congreso.

Mosén Luis Viladot, en la discusión del tema IV de la Sección filológica, sostuvo la conclusión de que el endecasílabo

clásico catalán es el bipartido en la cuarta, y que el endecasílabo clásico castellano es impopular en Cataluña. En qué términos defendió esta conclusión, es cosa que no os puedo decir, porque en las actas no se transcribe su discurso; pero me sospecho que, dado el ambiente que reinaba en el Congreso, no saldrían muy bien parados de su boca ni Castilla ni los castellanos.

Mosén Miguel Costa y Llobera, al discutir el tema V, sostuvo que: «El uso de la preposición *a* en el acusativo (cuando se trata de persona, nombre propio ó personificación) pertenece únicamente al castellano; constituye una anomalía, confundiendo dos relaciones tan distintas como la del dativo y el acusativo; finalmente, es contraria á la tradición legítima de la lengua catalana: por todo lo cual no se puede admitir más.»

El Rev. P. Ignacio Casanovas de S. J., en la discusión del tema VIII sobre las *oraciones condicionales*, se limita á decir que la influencia de la escuela castellana es de efectos negativos para la lengua catalana, pero de positivos y desastrosos resultados para la misma. Y luego, hablando de lo catalana que es la forma indicativa cuando no la han podido desarraigar del alma catalana, añade: «Hasta á los autores modernos acostumbrados á la lectura deformadora de *autores forasteros* (estos somos los castellanos), alguna vez se les escapa de la pluma, quizá sin darse cuenta.»

Don Vicente Serra Orvay, canónigo y rector del Seminario de Ibiza, en un trabajo presentado al Congreso sobre el *aprecio en que es tenida en Ibiza la lengua propia*, dice así: «En la ciudad se castellaniza la lengua; en el campo se conserva más pura.—Es un hecho innegable que todo el mundo puede comprobar, que los payeses que van á la villa con más frecuencia son los que más malamente hablan su lengua, los que más la adulteran, corrompiendo sus propias palabras, y los que más la alteran con castellanadas. Y ¡es que todo se pega, menos la hermosura, y como estos que vienen frecuentemente á la villa vienen casi siempre á ella para hablar con sus señores, los que

ya os he dicho que se burlan de ciertas palabras payesas, es natural que hagan lo posible para aprender á hablar como su señor. Y por cierto que son bien desgraciados por esa presunción suya, tonta, porque como no saben leer, tampoco saben retorcer su lengua para pronunciar castellanismos, y lo que consiguen es hacer reir á todo el mundo: á los señores, á quienes van á visitar en la villa, y á los payeses, con quienes han de hablar en su pueblo.—Es también cosa cierta que los que saben leer suelen ser los que más castellanadas gastan, y lo encuentro muy natural, aunque me parezca censurable.»

Mosén Antonio Navarro, rector de Montclar (222), en su trabajo sobre *El catalán en el Ribagorza*, se lamenta de que en aquel antiguo condado catalán se haya producido una castellanización tan completa y tan rápida, por la influencia aragonesa, que dice que á mediados del siglo XVI corría la frase hiperbólica de que los hermanos *Argensola*, hijos de la ciudad de Barbastro, que se encuentra en los mismos lindes de Ribagorza, ya podían ir á enseñar el castellano á los mismísimos hijos de Castilla. «Y así sucedió (añade), que la lengua castellana fué retrocediendo hasta encastillarse en el recinto de aquellos valles cortos del antiguo condado que de ellos tomaron el nombre, y por eso en Ribagorza todavía se habla el catalán; pero ¡ay! que de su antiguo esplendor y vida no queda más que la esencia íntima que no ha podido morir, brotando como un fuego fatuo por sobre aquella mezcla que ya es el dialecto ribagorzano.»

El P. Jaime Nonell de S. J., en otro trabajo que lleva por título *Necesidad de redimir la prosodia catalana de la influencia castellana*, lo desarrolla sin emplear palabras gruesas, recabando la necesidad de purificar el idioma catalán de toda ingerencia extraña, para ser fieles á la tradición de los clásicos catalanes.

Y vamos ya con Mosén Antonio María Alcover, alma del Congreso internacional de la lengua catalana, promovedor del mismo y combatiente incansable que recuerda, por sus arran-

ques y sus energías, aquellos antiguos obispos que dejaban arrinconados los hábitos episcopales para ceñir los arreos del guerrero y lograr la conversión de los herejes y enemigos de Cristo, manejando la maza para hendir cráneos ó la espada de dos manos para segar cabezas.

Aparte de las muchas ocasiones en que Mosén Alcover debió intervenir en las tareas del Congreso, y de las que no queda rastro en las actas, pronunció, por legítimo derecho desde la presidencia del Congreso, el discurso inaugural, y contribuyó con dos importantísimos estudios á los trabajos del mismo, el uno sobre la «Concordancia del participio con el término de la acción», tema VI de la sección filológica (124), y el otro sobre la cuestión siguiente: *La lengua catalana tiene sintaxis propia.*

En el discurso presidencial, sumamente breve, Mosén Alcover hubo de dar á conocer sus alientos y sus deseos diciendo, respecto á la lengua catalana, lo siguiente: «La queremos honrada de los propios, respetada de los extraños, libre de toda esclavitud, franca de toda tutoría, limpia de toda mancha y de todo extranjerismo, venga de donde viniere.» El programa es conciso, pero enardecedor. Y pensad si era posible decir más, teniendo en cuenta que en aquel Congreso, y en aquella sesión inaugural, se hallaba presente mi querido amigo el señor Bonilla, que no hubiera tolerado extralimitaciones de otra índole, como ha demostrado recientemente en un valiente artículo, publicado en La España Moderna, con el título, ya de suyo expresivo, «De lingüística regional y sus concomitancias».

Al explanar la ponencia del tema VI de la lección Filológica que, como os he indicado, está concebido en estos términos: «Concordancia del participio con el término de la acción», explica el Sr. Alcover, cómo desde el siglo XVI empieza á faltarse á esta concordancia, cuya falta se acentúa más y más á medida que los tiempos se acercan á los nuestros, hasta el punto de perderse en los siglos XVIII y XIX en los escritos de todas las regiones de la lengua, excepto en los escritos mallorquines,

que la conservan algún tanto; y, agrega, que en Cataluña, en las regiones más apartadas de la influencia castellana, la observan, aunque poco, y los escritores catalanistas la observan menos, salvo las excepciones *gloriosísimas* de Mosén Cinto (el gran Verdaguer) y En Ruyra. En Valencia no existe ya ni rastro de semejante concordancia. En Alguer aún se conserva algo. En el Rosellón, poco; en las Baleares se observa mejor, sobre todo en Mallorca, y especialmente en la payesía.

Mas adelante, porque ya comprenderéis que no es cosa de que os lea ó extracte todo el trabajo de Mosén Alcover, en la última parte de él dice lo que vais á oir:

«IX. Las infracciones de la ley de concordancia en las personas que no sufren nada la influencia (del castellano) se deben á la falta de estudios gramaticales del catalán de que hace siglos padece nuestra gente.

»Ahora bien; la alteración y el cambio que ha sufrido la ley de la concordancia del participio en nuestra lengua del siglo XVI á acá, ¿es una evolución natural y espontánea, sobrevenida en el catalán como sobrevino en el castellano en el siglo XIII ó XIV, ó es una invasión de la sintaxis castellana en la nuestra, á consecuencia de la preponderancia de Castilla en España desde el siglo XVI, que ha tendido siempre y tiende á castellanizar toda la Península?

»Para nosotros es evidente de toda evidencia, que esta alteración de la ley de concordancia del participio no es ninguna evolución espontánea sobrevenida en nuestra lengua como la que se produjo en la castellana en los siglos XIII ó XIV, sino que es una invasión violenta de la sintaxis castellana, invasión que empieza en el siglo XVI, que al principio apenas si se dejó sentir, pero que cuanto más fué avanzando se hizo sentir más, hasta llegar al estado actual.

»La evolución que se obró en la sistaxis castellana respecto de tal concordancia fué espontánea. ¿Qué influencia lingüística extraña padeció el castellano en aquel entonces que la pudiese producir? Ninguna. Además, no se produjo tal evolución

precisamente en centros de población determinada, ni en los libros primero que en el lenguaje vívido que sepamos, sino que se produce por todas partes simultaneamente, y del lenguaje hablado pasa al de los escritos, y hacia el siglo XV ya no quedaba rastro de tal concordancia en el castellano. Por todo esto, la alteración y el cambio de la concordancia del participio en el castellano tiene toda la traza de una evolución natural y espontánea sobrevenida en aquella lengua.

»¿Sucede nada de esto en la catalana? Sucede todo lo contrario Estudiando los monumentos escritos, que son las únicas fuentes adonde podemos acudir, ¿se nota algún movimiento, alguna alteración de la ley de la concordancia del participio durante los siglos anteriores á la preponderancia y á la influencia castellana en nuestro territorio? No creo que haya ninguno que sea capaz de demostrarlo. Aquí no se nota la alteración de la ley de la concordancia hasta que se presenta la invasión, la influencia castellana, y estas alteraciones se hacen sentir cabalmente en las regiones, en los puntos en donde la influencia castellana es más fuerte, como son Valencia y todas las regiones fronterizas con el territorio de la lengua castellana y los grandes centros de población en donde la influencia oficial es más viva y más intensa, y en donde la castellanización se hace más pronto. Y nos encontramos que, hoy, las regiones en donde la influencia castellana se ha dejado sentir menos, son las que menos infringen tal concordancia, y que la infringen espantosamente las regiones más castellanizadas; nos encontramos que la infringen más las personas instruídas á la castellana que los analfabetos, y que las mismas personas instruídas la observan menos cuando escriben que cuando hablan.

»¿Qué prueba todo esto sino que la perturbación y alteración de la ley de concordancia del participio no es en el catalán una evolución natural y espontánea, sino una invasión forastera, una alteración violenta, una imposición, un caso de influencia castellana?

»Si yo me encontrase que las alteraciones de la ley de con-

cordancia surgiesen desde el siglo XVI con la misma insistencia en toda clase de escritos y, simultaneamente, en todas las regiones de la lengua, ó bien que de una región se propagasen á la otra y acabase tal alteración por notarse igualmente en todos los monumentos escritos, y que hoy en día esta alteración reinase en todas las regiones de la lengua y ya no quedase casi ningún rastro de aquella ley, entonces yo bajaría la cabeza y diría:—No hay remedio, se trata de una evolución de la lengua que la lengua ha acabado por aceptar.—Pero aquí, señores, no hay nada de esto; aquí no hay más que una invasión de la sintaxis castellana en la nuestra; no hay más que una perturbación de la estructura interna de la lengua, intentada por parte del castellano; aquí no hay más que una *deturpació* (palabra que no he sabido traducir), que una expoliación hecha en algunas regiones, no conseguida en otras muchas.

»Me dirán que si es un hecho esta alteración, perturbación y expoliación, y que ahora ya estamos acostumbrados á ella, ¿no es cosa de respetarla? Si este criterio hubiese de reinar, excusábamos ayudar al renacimiento. Bien hubiéramos podido seguir escribiendo en castellano, porque era un hecho que todo el mundo lo escribía ya, y bien acostumbrados que estábamos á ello. ¿No se trata de restaurar la lengua? ¿Cómo la restauraremos si no es deshaciendo todos los hechos que son contrarios á ella? ¿Cómo la reintegraremos si consentimos en que quede expoliada, despojada, desposeída, desamparada de lo suyo, de lo que constituye su propia y característica fisonomía, y que la diferencia que la distingue de las otras lenguas, como es esto de la ley de la concordancia del participio? ¿No es un hecho la perturbación de tal ley? Pues á los que nos decimos amadores de la lengua catalana, y llevamos enarbolada la bandera de su restauración y reintegración, nos toca protestar de tal hecho; nos toca combatir á todo trance tal hecho; nos toca hacer desaparecer, destruir tal hecho.

»La influencia castellana nos ha perturbado desde el siglo XVI la ley de la concordancia, pero no nos la ha podido to-

mar. Nos ha hecho en ella agujeros (esquexos); nos la ha tijereteado y deshilachado bastante, pero no ha sido capaz de despojarnos de ella. La coexistencia de las transgresiones de la regla y de su observancia en todas las regiones, prueban la existencia, mejor dicho, la subsistencia de tal ley, que estamos en el caso de mantener y de defender todos los que nos tenemos por amadores de la lengua catalana y estamos consagrados á su restauración, reintegración y enaltecimiento.»

Y aquí pone término Mosén Alcover á su trabajo, en el que podréis advertir que, ni corto ni perezoso, sin datos que comprueben sus afirmaciones, sienta, como hechos indestructibles, los de que la tal concordancia del participio con el régimen de la acción es una evolución natural, naturalísima en la lengua castellana, y una violencia poco menos que brutal en la catalana, por efecto de la acción demoledora del primero sobre el segundo, porque esto convenía á sus planes restauradores. Solo que Mosén Alcover no contaba con la huéspeda; y la huéspeda fué un catalán digno de que su nombre sea conocido y enaltecido en toda España, D. Pompeyo Fabra, catedrático del Instituto general y técnico de Bilbao, á quien desde este sitio yo envío un cariñoso saludo, al cual creo que os asociaréis todos de buen grado. Pues bien; D. Pompeyo Fabra presentó una enmienda total á la ponencia de Mosén Alcover, demostrando que si originariamente todas las lenguas neolatinas hacen concordar el participio con el régimen directo, más tarde, y por natural evolución, desaparece la flexión del participio y adquiere la forma única del tiempo compuesto; y resultando de esto que la evolución producida en el catalán no se debe á la influencia castellana, lo cual no pasa de ser una afirmación gratuita del ponente, hecha con la sana intención de fomentar la animadversión contra Castilla.

Pero esto que os acabo de leer, de Mosén Alcover, es nada al lado de los arranques que tiene á propósito de la segunda cuestión en que os he dicho que intervino; la cuestión de si «la lengua catalana tiene sintaxis propia».

El autor inconsciente de tales arranques fué nuestro insigne y meritísimo Pérez Galdós, que en 1886 (y ya veis si va larga la fecha) se permitió escribir en *La Prensa*, de Buenos Aires, esta horrible herejía: «El catalán no tiene construcción propia. La sintaxis es la castellana, y sólo varían las voces.»

Al cabo de veinte años de haber dicho lo que antecede nuestro eximio novelista y autor dramático, Mosén Alcover recoge el guante, y, lanza en ristre, acomete contra él con tal fiereza, que, al oir lo que voy á tener el honor de leeros, habréis de olvidaros de que todo ello brota de la pluma de un ministro de paz, cuya misión es muy otra que la de enzarzar á los hijos de una misma madre, ¡la Patria española!

El trabajo de Mosén Alcover es sumamente extenso, y sus fierezas están en las conclusiones; pero para que no haya quien pueda equivocarse, y queden las cosas en su debido punto, advierte ya en la introducción lo siguiente:

«Lo primero de todo, hemos de hacer notar que, si bien en muchas cosas coinciden la sintaxis catalana y la castellana, no es porque el catalán haya ido á beber en el castellano, sino porque el catalán y el castellano brotan de la misma fuente, del latín, si bien cada uno con fisonomía propia. Que se tenga presente esto para dar el justo valor á tales coincidencias, y no calificarlas á tontas y á locas de castellanismos, mientras no conste notoriamente que son verdaderas importaciones castellanas, sobrevenidas desde que padecemos tan ominosa influencia.»

Ya veis que el principio promete. Pues ahora voy á haceros ver las conclusiones; mejor dicho, la conclusión segunda, que dice así: «Y ahora, una palabra á los amigos de la lengua catalana, y especialmente á los escritores catalanistas. Quizás á alguno le vendrá un poco de nuevo, ó no admitirá lo que decimos sobre los diferentes puntos de la sintaxis catalana que hemos tratado. A estos tales les suplicamos que se fijen en lo que hemos dicho, y que ellos mismos estudien los monumentos catalanes escritos en todos los siglos, y los monumentos

vivos, esto es, el habla actual de las diferentes comarcas catalanas. Si hacen esto, estamos segurísimos de que se convencerá de la razón y del fundamento sólido de nuestras tesis.

»Sí: estos puntos que hemos tratado son los rasgos más vivos, las notas más culminantes, los distintivos más característicos de nuestra sintaxis, que nos separan en grande de la sintaxis castellana, que nos dan fisonomía propia, que constituyen ciertamente nuestra autonomía sintáxica.

»¿Queremos tener una sintaxis nuestra? No sabemos otra más que ésta. El que la sepa, que lo diga y que nos muestre dónde está, por dónde *caplleva* (tampoco he sabido traducir esto).

»¿Que hay quienes no quieren usar aquel *auxiliar,* ni aquella *concordancia del participio,* ni aquel *acusativo sin la preposición á,* ni aquel *imperfecto* en lugar del *optativo en las oraciones condicionales,* y prefieren ir uncidos *(jonyts)* bajo el yugo de la sintaxis castellana, y seguir como idiotas, indignos de personalidad propia, que son incapaces de sentir, labrando el semillero de las letras *(llaurant el sementer de les Lletres),* no según el sistema vigente en nuestra lengua por espacio de setecientos años, sino según un sistema forastero, que no puede dar otro resultado que hacer muy mal *(mal be)* á las cosechas y matar toda la simiente *(llecor),* toda la savia propia, que es la que nos da y constituye nuestra vida? Si hubiese muchos de éstos, vaya qué desengaño más *ferest* (no sé lo que es esto) para nosotros, llenos de fe en la virtualidad del pueblo catalán para *reconstituirse* y *recobrarse* de pies á cabeza.

»Amadores y entusiastas de la lengua catalana: pensad bien en esto, fijaos bien, y... sed consecuentes en vuestras cosas. Quedarse roncos pidiendo la autonomía de Cataluña, y no empezar por hacer efectiva la autonomia de la lengua, que está exclusivamente en nuestra mano conseguirla; es una inconsecuencia y una falta de formalidad, que no deja nada en buen lugar á los que la cometen.

»Amadores y entusiastas de la lengua catalana, vosotros que

la tenéis por reina de vuestro corazón y os gloriáis de serviros de ella para vestir vuestros pensamientos y afectos más íntimos, y la enaltecéis en vuestros escritos, pensadlo bien, fijaos bien en esto, y no os expongáis, pues, á que, leyendo vuestras obras los críticos forasteros, hayan de deducir que el catalán no tiene sintaxis propia, que no tiene otra sintaxis que la castellana. Y es bien cierto, desgraciadamente, que hay escritores catalanistas que, con su manera de escribir, han dado y dan pie á que los forasteros enemigos nos hayan lanzado y nos lancen la injuria de que la lengua catalana no tiene sintaxis.

»Amadores y entusiastas de nuestra lengua: por el buen nombre, por la dignidad, por el honor de esta lengua nobilísima, no merecedora de vivir esclava en ningún concepto, digna de reinar en su casa como ninguna otra de la tierra—se hace preciso redimirla de esta esclavitud nefanda y afrentosa que muchos la hacen padecer de la sintaxis castellana, que tanto la *malmet,* la perjudica y la deshonra. Aquí lo *nefando* y lo *afrentoso* no es la *sintaxis castellana,* sino que el catalán se someta á ella, *pegant cossa* á la suya propia. (Esto de *pegant cossa*, creo quiere decir *pegando coces.*)

»Se hace preciso emprender la cruzada y batallar sin tregua hasta que hayamos conseguido la redención completa de nuestra sintaxis, que es allí donde el castellano nos ha invadido más, y que nuestros enemigos no tengan otro remedio que bajar la cabeza ó huir ante el relampagueante esplendor del reinado de nuestra *Gramática,* indestructible y perdurable en el campo de nuestras letras.»

Yo no sé si á vosotros estos párrafos vibrantes, que parecen la proclama de un caudillo dirigida á las huestes que han de entrar en campaña, os habrán hecho el mismo efecto que á mí; pero cuando yo leía todo esto, pensaba que si tales arrestos los emplease Mosén Alcover en la predicación de la doctrina de Cristo, de seguro que habría convertido á estas horas gran número de herejes ó indiferentes, y estaría camino de llegar á los altares en calidad de santo; pero por el camino

emprendido, de sembrar odios para recoger tormentas, antójáseme que debe tener reservado un lugar en el profundo de los Infiernos, por haber contribuído con sus campañas de odios á infernar esta pobre España, tan necesitada de que la paz y el amor reine entre sus hijos.

Y dejemos tranquilo por ahora al brazo eclesiástico que tanta fuerza dió al Congreso de la lengua catalana, y vamos á decir algo del brazo secular, en el que hay también campeones fogosos, aunque no lleguen al temple de Mosén Alcover.

Don Joaquín Rivera, en la discusión del tema I de la Sección Literária, dice en la tercera y cuarta de las conclusiones que formula lo siguiente:

«III. Que la poca afición al estudio del catalán antiguo y el intenso y general estudio del castellano en nuestra tierra, producen en el buen orden de nuestros conocimientos lingüísticos una perturbación perniciosa á nuestro lenguaje literario.»

«IV. Que para evitar los daños de la perturbación que se señala en la conclusión anterior, es preciso fomentar el estudio del catalán de los siglos de oro, y lanzar voces de reprobación contra la introducción y sostenimiento innecesarios de formas de cuarto orden, y muy especialmente de mentalidades sintáxicas castellanas.»

Don Bernat (Bernardo, si no estoy equivocado) Obrador, licenciado en Filosofía y Letras, en la explanación del tema VII, sobre el uso de los verbos auxiliares, dice:

«En cuanto á los participios que van con el verbo haber, concretándonos al catalán, vemos que concuerdan con el término de la acción casi siempre, si el participio va detrás; y muy frecuentemente, aunque vaya el participio delante, sobre todo durante las épocas y en las regiones menos atacadas por el *virus castellanista*. Por la influencia de este *virus* se encuentra á veces el participio en terminación neutra singular, fuera de los casos en que deba estarlo, ó concordando con el sujeto viciosamente si no hay término de la acción.»

Por la acritud de su lenguaje, este Sr. Obrador guarda es-

trecho parentesco con Mosén Alcover, y á esta ponencia hubo también de presentar D. Pompeyo Fabra una enmienda total, en la que demostró cumplidamente que la sustitución del verbo ser por el haber no es sólo evolución sufrida por el castellano, sino que se ha realizado del mismo modo en Portugal, en muchos dialectos italianos y en la lengua rumana, porque obedece á una simplificación que es perfectamente lógica, y tan natural en Castilla como en Cataluña.

D. Gabriel Nogués y García, doctor en Filosofía y Letras, en un trabajo que se titula *Crítica de algunas formas erróneas del lenguaje escrito,* dice así:

«Actualmente se usan muchas palabras de orden científico que ya se han hecho de uso común, pues las emplea toda clase de personas, la cuales palabras han venido á nuestro pueblo en forma castellana. Las palabras á que me refiero son telégrafo, fonógrafo, cinematógrafo y también otras de distintos órdenes, como barítono, unísono, triunfo, etc. Es evidente que tales expresiones son castellanas del todo, y en tal forma no se pueden aceptar en catalán.»

Propone este señor que se pronuncien *telegràph, fonogràph, cinematogràph.*

«Quizá habrá quien diga que no estamos acostumbrados á esto. Ya nos iremos avezando, ¡todo es empezar! Si aquellos que escriben periódicos en catalán quieren, lo pueden ir extendiendo, y los lectores, que no tienen otra norma para escribir en nuestro idioma que la que se les enseña en el periódico, seguirán indudablemente lo que éste diga.»

D. Joaquín Ruyra y Oms, en un trabajo titulado *Nuestra lengua en las obras literarias,* trabajo que le acredita de gran observador, hombre mesurado y prudente en el decir, y en el que no se encuentran ataques, ni agresiones, ni violencias como las de Mosén Alcover y sus aliados, para demostrar que el escaso estudio del catalán clásico y el intenso y general estudio del castellano producen una perturbación perniciosa en su lenguaje literario, aduce como prueba lo siguiente:

«En Cataluña circulan poquísimos ejemplares de los monumentos literarios de nuestra antigüedad clásica, y los escritores y lectores los conocen poco ó nada. En cambio, la lengua castellana es la de nuestros estudios oficiales; ninguno que tenga letras la desconoce, y todos la leen ó la hablan bastante bien todos los días. Ocupa, pues, después del dialecto propio de cada uno, el lugar preferente en el orden de vida de nuestros conocimientos lingüísticos. Esto explica la introducción de mentalidades sintáxicas castellanas que encontramos en nuestra literatura, y que hemos retratado y estudiado rápidamente al explanar el tema. Los literatos siguen, no la ley sabia que descubre la reflexión, sino la ley impulsora y viva; y ahí teneis por qué en cualquier deficiencia de su dialecto acuden á solucionarlas al castellano, igual que si fuese un dialecto perfecto de su propio idioma. Por otra parte, estas soluciones tienen la virtud de una inmediata y muy general comunicación, cosa que presenta el escritor á manera de una comprobación de su acierto. Efectivamente, una forma ó mentalidad castellana es fácilmente entendida de la masa de los lectores, mientras que una forma anticuada catalana tiene para ellos el eco de algo extraño y jamás oído. Así, pues, no es extraño que los escritores se dejen llevar por la fuerza lingüística más viva en ellos y en su pueblo. Pero dejándose llevar de ella, atentan gravemente contra la *persistencia* de su propio lenguaje, renunciando á la vida futura. ¿Qué persistencia puede esperarse de un lenguaje que admite en materia tan importante como la sintáxica la adopción de mentalidades de otra lengua independiente? Si damos como bueno el efecto, hemos de dar como buena la causa que la produce y hemos de ir sucumbiendo á su influencia hasta que no quede nada de nuestra mentalidad catalana. Esto es llevar nuestra lengua á la destrucción.

»Ved aquí cómo la perturbación que en el buen orden de nuestros conocimientos lingüísticos hemos señalado, es perniciosa á nuestro lenguaje literario.»

A lo que dice este señor, ya comprendéis que no es posi-

ble poner reparos, señala un hecho cierto y deduce las consecuencias que de él se derivan. Claro, y esto es lo que de él nos separa, que para el Sr. Ruyra es lamentable que suceda tal cosa mientras que para nosotros no lo es.

Y ya que no os he perdonado ninguna de cuantas acusaciones se lanzaron en aquel Congreso contra la ominosa influencia de Castilla, como dice Mosén Alcover, voy á daros también á conocer algo muy interesante de un breve trabajo que hubo de presentar al mismo uno de los hombres más ilustres del renacimiento catalán contemporáneo, de un hombre que sabe hacer compatible su amor á la patria chica con el amor á la madre España, del insigne poeta y castizo escritor castellano Juan Maragall.

Encomendósele en el Congreso la tarea de desarrollar el siguiente tema:

«La literatura catalana, ¿ha de conceder á un dialecto determinado el predominio absoluto sobre todos los demás? ¿Ha de mantener y utilizar las diferentes variedades dialectales?»

Y el insigne poeta escribió lo que vais á oir:

«Puede parecer extraño de momento el enunciado de este tema, como si fuese legislable abstractamente un hecho tan vivo, la evolución literaria de una lengua, siendo así que dentro del concepto de la literatura se suele comprender principalmente la expresión artística verbal, es decir, la palpitación de la belleza en palabra humana; y esta, que para ser tal en verdad, ha de venir directamente y no enturbiada de las entrañas del espíritu en donde el lenguaje se genera, ¿podría jamás someterse á nuestros razonamientos y permanecer obediente á nuestros designios? De ninguna manera. Lograrlo sería provocar la aparición de una literatura artificial, sin virtud, muerta en efecto. Sin embargo, no es posible temerlo, porque siempre los hechos se reirían, de un modo ú otro, de nuestros mezquinos decretos, y la santa espontaneidad del pueblo, al fin y al cabo vencedora, produciría su literatura, la viva, es decir, la única.

»Y ahora me conviene insistir en lo que entiendo por dialecto, y especificarlo. Muchos parece que consideran una lengua como una unidad externa á los hombres; como alguna cosa que, teniendo existencia por sí, se le impone viniendo de fuera y se deja hablar por ellos con tal de que se sometan y cumplan sus leyes abstractas. Y, realmente, una lengua muerta, como ahora el latín clásico para nosotros, viene á ser una cosa así. Pero una lengua viva es otra cosa completamente distinta. Las lenguas vivas no son ni más ni menos que semejanzas que hay en el natural hablar de los hombres, y este natural hablar es el dialecto. En este sentido puede decirse que todas las lenguas habladas en el mundo son como dialectos de la gran lengua que es la palabra humana. Después, cuando á las más grandes agrupaciones por origen y semejanza las llamamos lenguas madres, son dialectos respecto de ellas las lenguas más particulares ya, sin embargo de que abrazan todavía variedades muy notables, y dentro de estas son dialectos aquellas que tienen más parecido y más concretas en que las gentes hablando usualmente se entienden, y en estas gradaciones es donde encontramos lo que prácticamente se dice una lengua. Pero dentro de ella hay todavía un gran número de variedades que son habladas en comarcas cada vez más reducidas y subdivididas en otros pequeños dialectos de cada poblado. Y hasta dentro de cada pueblo habréis observado pequeñas variedades familiares que no terminan hasta la manera sutilmente especial de hablar de cada individuo. Así hemos llegado á lo bien concreto, á lo vivo en sí, al hombre. Reconozco en cada hombre un dialecto personal, que es su manera natural de hablar la humana lengua.»

Esto es lo que dice, tan hermosamente como acabáis de oir, el insigne Maragall; y de ello se deduce lógicamente la conclusión de que la obra capital que perseguía el Congreso era un imposible, y que tan legítimo es el catalán degenerado de Barcelona, el castellanizado, el que ha sufrido más que otro alguno la influencia ominosa de Castilla, como decía Mosén Alco-

ver, el que está inficionado del virus castellanista, como dice el Sr. Obrador, que el catalán del gloriosísimo Mosén Cinto y que el catalán que se conserva en los pueblos de la alta montaña, donde no llega ni el aliento vital de la ciudad moderna, ni la cultura que Castilla ha ido imponiendo en su perseverante labor de cuatro siglos.

No se limitó este Congreso catalán tan sólo á la labor restauradora, sino que atendió igualmente al problema de la expansión del catalán; y á título de aspiraciones, no realidades, os voy á exponer brevemente lo que en él se dijo.

Empiezo por el Dr. D. José Franquesa y Gomis, por la mayor amplitud de su trabajo, que se titula «Hemos de defender nuestra lengua y reivindicar todos sus derechos», y porque en él se revela un encono parecido al de Mosén Alcover. En lo que pudiera decirse la parte fundamental de su trabajo, dice el señor Franquesa lo siguiente:

«En fin, si todo el mundo tiene la obligación de reivindicar los derechos de su lengua propia, Cataluña está en el caso de hacerlo con más razón que ninguno, y ha de rechazar el castigo por inmotivado y por inmerecido, porque jamás en los tiempos de su gloriosa historia dejó de respetar el habla de los demás pueblos, fuesen aliados ó dominados. Ella respetó el castellano en Aragón, las variantes de *oc* en Provenza, el griego en Atenas, Italia y Sicilia, y hasta en su propia tierra reconoció oficialmente la existencia de la variedad gascona del Valle de Arán, que hoy todavía habla la gente de aquellos lugares.

»Defendámosla, pues, todos á una y sin tregua, hablándola siempre. En una palabra: mientras dure el estado de violencia en que la tienen, no hagamos uso del castellano más que cuando nos veamos obligados á ello, y demostremos que sólo lo hablamos á la fuerza.»

Me excusaréis todo comentario á estas manifestaciones, porque ellas son de tal naturaleza que, de discutirlas, envenenaríamos el problema que todos estamos interesados en resolver por el amor y no por el odio.

De D. Francisco de P. Maspons, ponente de uno de los temas referentes á la enseñanza, no queda en las actas del Congreso otra cosa que unas breves conclusiones, que os voy á leer, y por las que podréis formaros idea aproximada de lo que diría en su defensa.

He aquí estas conclusiones:

«II. La imposición de un procedimiento y de un lenguaje oficial en la enseñanza es tan absurda y regresiva como la imposición de un criterio oficial dogmatizador.

»III. Dado el criterio oficial, cada día más contrario al despertar del alma catalana, es de extraordinaria conveniencia trabajar con asiduidad para afirmar resueltamente la libertad de enseñanza y la forma y manera de darla.»

Mi buen amigo, D. José Bertrán y Musitu, formuló también las siguientes conclusiones, única cosa que se conserva en las actas, y le hago el honor de suponer (?), porque creo conocerle bastante, que en su defensa no debió extralimitarse.

Helas aquí:

«1.° Siendo el Estado el organismo director y propulsor de la vida nacional, y siendo la lengua el elemento primordial constitutivo de la nacionalidad, al Estado corresponde el fomento y la protección de la lengua catalana.

»2.° Este fomento y protección debe ejercerlo el Estado en las siguientes formas:

»*a*) Sirviéndose de ella en la vida administrativa general, en la de justicia, la enseñanza, cuando de Cataluña se trate ó á Cataluña se refiera.

»*b*) Reconociendo el derecho de usarla los catalanes en todos los actos privados y públicos.

»*c*) Enseñándola en las demás regiones de España.

»*d*) Fomentando los estudios superiores de la lengua, su teatro, estimulando sus cantores, sus poetas, sus novelistas y premiando sus trabajos en los concursos debidamente organizados por el Estado.»

Ignoro si el Sr. Bertrán y Musitu pensó en el alcance y

trascendencia de tales peticiones; pero á poco que piense que el propósito principal de aquel Congreso era el de descastellanizar el catalán, comprenderá en su buen sentido que es mucho pedir al Estado español pretender de él un auxilio directo que favorezca la expansión del catalán fuera de Cataluña, después de lanzar de esta región la lengua de Castilla. Y como dudo mucho que los gobernantes españoles lleguen á estar tan evangelizados, que cuando reciban una bofetada en la mejilla, pongan humildemente la otra para desahogar la ira del enemigo, pienso que los tales propósitos del Sr. Beltrán no se verán nunca colmados ni satisfechos.

***

He terminado la parte de exposición de hechos de este trabajo, y voy á entrar ahora, con vuestra benevolencia, en la parte crítica de este movimiento de expansión y restauración del catalán.

Habréis podido observar de todo lo que hasta aquí he venido exponiéndoos, que el movimiento de expansión del catalán, dentro de los límites que actualmente alcanza, y mucho más dentro de los propósitos formulados en el Congreso de la lengua castellana por los Sres. Franquesa, Maspons y Bertrán, tiende á la expulsión de Cataluña de la lengua castellana, haciendo que pase aquélla á ocupar un primer lugar, y aun si se quiere un lugar único en la vida de Cataluña, y dejando relegada á ésta á un segundo lugar, ó sea á la consideración de una lengua que podrá ser la primera entre las extranjeras, pero que al fin y al cabo será una de éstas.

El movimiento restaurador tiene otra finalidad, que consiste en la descastellanización del catalán, por conceptuar que la evolución sufrida por éste en el espacio de tres siglos es obra de violencia y contraria á la marcha natural que el catalán hubiese seguido á no haber sufrido la ominosa influencia castellana, como dice Mosén Alcover.

Que el movimiento de expansión del catalán es un hecho positivo y cierto, ya os he dado los suficientes datos para que podáis juzgar respecto á su importancia y alcance. ¿Pero este movimiento es conveniente para Cataluña? Yo creo que no; y pienso más: pienso que los catalanes que aborden de frente este problema sin preocupaciones ni prejuicios estarán conformes conmigo. El efecto natural de la expansión será el distanciarse cada vez más del resto de España; y si, ahora, después del sarampión y la escarlatina que padecieron los catalanistas en su infancia (cuyos efectos naturales fueron, como ha dicho en el Congreso el Sr. Cambó, la Doctrina Catalanista de que está arrepentido el Sr. Prat de la Riva y los desplantes confesados por el propio Sr. Cambó), hemos convenido todos en que no hay que agravar el problema, y donde pudo existir el odio hay que sustituirlo con el amor, ¿es posible que esa corriente conciliadora pueda prosperar cuando un día y otro veamos los castellanos que vivimos en Cataluña que cada día que pasa se va desespañolizando Cataluña? ¿No hemos de sentir nosotros la injuria y el agravio que se nos hace al pensar que no hace mucho tiempo, por confesión del propio Mosén Alcover, era un hecho que todos escribían y hablaban bien el castellano, y dentro de poco, de seguir las cosas por el camino de la catalanización, serán contadísimos los catalanes que lo hablen y lo escriban con corrección?

¿Cómo es posible que un pueblo que tiene el sentido práctico tan desarrollado como lo tiene el pueblo catalán, cómo es posible, digo, que pierda con gusto su tiempo y su dinero para aprender una lengua que ahora aprende y habla espontáneamente y sin esfuerzo alguno? ¿Por qué y para qué tamaño esfuerzo? ¿Para aprender una serie de reglas gramaticales que están todavía por averiguar? ¿Para atormentarse con unas reglas ortográficas que todavía no se sabe cuáles son? ¿Para poder, en último término, escribir libros en catalán que han de encontrar editores que los publiquen con más dificultad que si los escribieran en castellano? Para conseguir, en último tér-

mino, un resultado tan desconsolador, cual el que obtuvo en Alguer uno de los congresistas que asistieron al Congreso de 1906, y cuyas palabras os voy á leer, porque encierran una provechosa lección práctica.

Don Antonio Cinffo presentó al Congreso catalán un trabajo, titulado *Influencias del italiano y diferentes dialectos sardos en el alguerés;* trabajo en el cual se lamenta de las dificultades de toda suerte con que tropieza el catalán para su expansión por el influjo natural de la lengua italiana, y dice, entre otras cosas, lo que sigue: « Y no es que no haya libros catalanes, pues en una sala del Gimnasio se conserva una biblioteca que Eduardo Toda regaló al Municipio, obras de todos los tiempos de nuestra literatura catalana que esperan todavía la plegadera para abrirlas.» Sigue refiriendo este señor, autor de una obra escrita en catalán con el título de *La conquista de Sardenya*, que remitió, entre otros, un ejemplar de su libro, al que él llama muy acertadamente el primer poeta sardo, á Gabriel d'Aunnunzio; y cuenta, que cuando fué á verle quedó muy despagado al oir cómo éste, después de elogiar su obra, le preguntaba que por qué no escribía en italiano, ya que tenía aficiones literarias. Y á renglón seguido agrega esto, que textualmente reproduzco:

«Quince días despues volvimos á Alguer, para ver la otra parte de la medalla, es decir, si allí eran de la misma opinión. Al llegar, pasamos por la tienda que tenía de muestra y en venta los ejemplares de *La Conquista*.—Habíamos dejado quince, y por poco no encontramos diez y siete.»

En el apogeo de la fiebre y del entusiasmo de este renacimiento catalán á que asistimos, es muy posible que ocurra á los autores catalanes algo de lo que le ocurrió á D. Antonio Cinffo, pero tendrá el patriotismo de callarlo. Lo que dudo es que cuando ello se repita una y otra vez, como forzosamente ha de ocurrir, el espíritu práctico de los catalanes persista en una labor que si en el orden económico ha de ser una ruina,

en el orden de la expansión no ha de dar tampoco los resultados que se desean. Hoy por hoy puedo aseguraros que la expansión por el libro no es de temer; porque, aparte de lo que os he dicho anteriormente, he de añadiros ahora lo que de sobra sabéis; y es, que los grandes editores catalanes, Henrich y Compañía, Montaner y Simón, Espasa, Maucci, Tasso y otros más que pudiera citaros, trabajan editorialmente el libro castellano tan sólo, porque el libro catalán, fuera del libro de texto, si llegan á difundirse las escuelas catalanas de primera enseñanza y el de igual clase, si la enseñanza en los Institutos y en la Universidad llegase á darse en catalán, será todavía por espacio de algunos siglos un mal negocio. Pensad que en el resto de España, con tener todo el mercado de la Península y todo el mercado hispano-americano, el libro español vive con dificultad, y me diréis si es difícil predecir que el libro catalán ha de extinguirse por consunción natural, fuera quizá de las obras puramente literarias, para las cuales quedará, sin duda alguna, un pequeño margen que les consienta vivir, aunque con vida muy limitada y raquítica.

El movimiento restaurador del catalán es, como habréis podido ver bien claramente, un movimiento de protesta contra Castilla y la influencia castellana; movimiento que ofrece además la particularidad de ser retrógrado, por el carácter y condición de sus propulsores, y porque, en vez de mirar hacia adelante, mira atrás, aspirando sin duda á que asistamos á la reproducción del espectáculo bíblico que representó la curiosidad malsana de la mujer de Loth, que por volver la vista atrás cuando el camino de salvación estaba delante, se convirtió en estatua de sal. Y los restauradores del catalanismo ponen sus ojos en esos clásicos tan olvidados de que habla don Joaquín Ruyra para resucitar formas anticuadas del catalán, que tienen para los más el eco de algo extraño y jamás oído, y otros, como Mosén Alcover y los que sienten pasión por el *folklorismo,* ponen sus ojos en formas y modismos que se conservan en los pueblos que no han evolucionado porque la cul-

tura y las ansias de la vida moderna llegan á ellos como un extraño eco de cosas incomprensibles, por el estado de ignorancia y analfabetismo en que se encuentran. Unos y otros, por lo visto, no han leído el precioso libro de Tarde, *Las leyes de la imitación y de la herencia;* y unos y otros ignoran, por lo visto, que los pueblos, lo mismo que los sistemas de fuerzas, se mueven siempre en el sentido de la de menor resistencia para guardar el mayor cúmulo de sus energías necesarias en la lucha diaria por la vida.

¿Piensan sin duda estos restauradores que el culto pueblo catalán ha enterrado sus formas y sus giros primitivos por mero capricho ó por necesidad? Si lo primero, desconocen por completo las leyes de la evolución social; y si tal fuera, que no lo es, ¿por qué no respetar la voluntad del pueblo que enterró esas formas y giros que ahora se empeñan en imponer violentamente los directores del movimiento? Si lo segundo, si fué razón de necesidad la que movió al pueblo catalán por espacio de cuatro siglos á transformar su idioma en los términos en que hoy se encuentra, ¿no comprenden los directores del movimiento que es absurdo querer remontar la corriente de esos cuatro siglos, para volver al catalán que se hablaba en el momento de unirse las coronas de Castilla y Aragón en los Reyes Católicos?

Y si no piensan ni una ni otra de estas dos cosas, y piensan que el pueblo catalán se ha dejado imponer violentamente por Castilla formas y giros que rechaza su propia naturaleza, yo digo á los que tal sostienen que infieren el agravio más atroz que puede dirigirse contra su propio pueblo, acusándole de cobardía imperdonable por haberse dejado arrancar por imposición violenta lo que ellos aseguran ser lo más característico y personal del alma catalana: la propia lengua. Y como yo no soy capaz de inferir tamaña injuria al pueblo catalán, á quien admiro y respeto, yo creo, porque es verdad, que la evolución de la lengua, en el sentido de su castellanización, ha sido una evolución natural y necesaria por su comunidad con Castilla, á cuya obra civilizadora hubieron de asociarse los ca-

talanes, como españoles que eran, han sido y serán; porque la obra de castellanización persiste todavía con gran empuje, como voy á demostraros con datos irrecusables.

Voy á reducir mi demostración á Barcelona, no sólo porque esta gran ciudad es la capital intelectual de toda Cataluña, sino porque en ella, por confesión del propio Mosén Alcover, en los grandes centros de población, en donde la influencia oficial es más viva y más intensa, es donde la castellanización se hace más pronto (son sus propias palabras). Pues bien: Barcelona, y con Barcelona Cataluña entera, se castellanizan cada vez más por la acción constante de su prensa periódica. En el momento más culminante del afán de restaurar la lengua catalana, que es por ahora el actual, ha conseguido el catalanismo, en sus dos matices más marcados, tener dos periódicos diarios: *La Veu de Catalunya* y *Lo Poble Catalá;* periódicos uno y otro cuyas tiradas yo no puedo calcular, porque no es fácil hacerse con estos datos, que los interesados no han de facilitar seguramente; pero frente á esos dos, os diré que actualmente se publican en Barcelona once periódicos diarios, que son: el *Diario de Barcelona*, *El Diluvio*, *La Publicidad*, *La Vanguardia*, *El Correo Catalán*, *Las Noticias*, *El Liberal*, *Diario del Comercio*, *Diario Mercantil*, *El Noticiero Universal* y el *Diario de Avisos y Noticias*.

Total: once. Por muchos esfuerzos que hagan *La Veu* y *Lo Poble* para descastellanizar el catalán, ¿creéis que podrán contrarrestar la obra persistente y constante de esos once periódicos diarios, que lanzan una enorme masa de papel escrita en castellano, que llega á todos los hogares y que penetra hasta los últimos rincones de la región catalana, prosiguiendo la obra de los siglos, y contribuyendo, como dice con gran verdad D. Joaquín Ruyra, á que el catalán que tropieza con dificultades en el manejo de su lengua, en vez de seguir la ley sabia que descubre la reflexión, siga la ley impulsora y viva, acomodándose á la solución que el castellano le ofrece?

Y no es esto solo. Otro gran elemento de cultura, por vir-

tud del cual puede llegarse á la transformación de la manera de ser de un pueblo, es el teatro. Y con el teatro, hoy por hoy, sucede lo mismo que con la prensa.

Barcelona, por espacio de mucho tiempo, no ha tenido más teatro catalán que el Teatro Romea (y advertid que el título no puede ser más español), y en ese teatro, que no es ni con mucho el mayor de Barcelona, se han dado y se dan representaciones en catalán. El Teatro Romea no está abierto todo el año, y con no ser muy grande, como os digo, no está tampoco de ordinario lleno.

Sólo en casos excepcionales, y cuando el acierto de un autor catalán ha sabido plantear un problema palpitante ó trazar un cuadro verdad de la vida real, es cuando el teatro se llena de bote en bote por espacio de unas cuantas noches, llenándose también los días de moda, como ocurre en los demás coliseos. El Teatro Romea vivió sólo por espacio de muchos años, antes de que los catalanistas vinieran al mundo; y cuando éstos han hecho su aparición en la escena política, que es cuando mayor fuerza y relieve han adquirido los patrocinadores del renacimiento de la lengua catalana, han conseguido poner cátedra de catalán en el Teatro Principal, primero, y en Novedades, después. En el Principal, alternando con el cinematógrafo, se han puesto en escena un buen número de obras catalanas, de las que he oído decir, porque no las he visto, que no pasarán seguramente á la historia del arte dramático, por su poca enjundia, y esto lo podría probar con testimonios de los críticos catalanes, que no he podido recoger por falta de tiempo, pero que no es difícil hacerse con ellos registrando las colecciones de los periódicos catalanes. Novedades vive, como también en parte el Principal, de traducciones, y de esas traducciones he de deciros lo que un catalán amigo mío, y de los más españoles que hay en Barcelona, me decía cuando yo le comunicaba, no sólo mi propósito de dar esta conferencia, sino las líneas generales de la misma. «Tiene usted razón que le sobra. Esos traductores, por huir, no de castellanismos, sino de palabras

catalanas que tienen un parentesco estrecho con las castellanas, como que son las mismas, nos están infestando de galicismos, y así dicen *exilats* por no decir *desterrats*, y hablan de los hombres de *affaris* por no decir *hombres de negocios*.» Pero, en fin, dejando esto aparte, el hecho es que hoy funcionan tres teatros catalanes en Barcelona, que dudo yo que puedan sostenerse por mucho tiempo, y que frente á ellos funcionan los siguientes teatros, cuyas compañías son castellanas, como podéis ver en esta hoja de *La Vanguardia*, que recogí y conservé para este momento:

«El Dorado (teatro de Cataluña), teatro Gran Vía, teatro Nuevo, teatro Apolo, teatro Cómico, teatro Triunfo, teatro Moderno (de Gracia) y teatro de la Marina. Total, ocho teatros, en los que actúan compañías que trabajan en castellano, contra tres teatros en que actúan compañías catalanas.»

Y vuelvo á mi pregunta de antes, formulada á propósito de la acción de la prensa periódica: ¿Creéis, por ventura, que la acción catalanizadora de estos tres teatros catalanes podrá contrarrestar la acción castellanizadora de los otros ocho teatros de que acabo de hablaros?

Yo no lo creo. Y no lo creo porque el pueblo catalán (y al decir el pueblo catalán me refiero á la masa obrera), acude con preferencia al teatro económico, y el teatro económico está en lo que se llama El Paralelo, donde no hay un solo teatro catalán; y mientras la masa obrera de Barcelona, consciente ó inconscientemente se castellanice, poco hay que temer de los directores del movimiento restaurador, porque el pueblo es la cantera de donde surgen las lenguas, y contra éste es impotente la acción de las Academias y las gramáticas, aunque los académicos y los gramáticos vistan los hábitos sacerdotales y pongan su prestigio social al servicio de esta causa.

Ya lo dijo mi amigo Bonilla, con su elocuencia característica, en el artículo de que antes os hablé, «De lingüística regionalista y sus concomitancias.» «La obra del idioma es la más natural de todas, y viene, necesariamente, de abajo á arri-

ba, del pueblo á los literatos: si el pueblo la olvida y la corrompe, todas las Academias del mundo no bastarán á resucitarlas.» Y esto mismo confirma el ilustre catalán Maragall, cuando dice en el trabajo que os he leído: «Que es imposible someter á una lengua por nuestros razonamientos y decretos para provocar la aparición de una literatura artificial, porque siempre los hechos se reirían, de un modo ú otro, de nuestros mezquinos decretos, y la santa espontaneidad del pueblo, al fin y al cabo vencedora, produciría su literatura, la viva, es decir la única.»

Queda todavía, en el proceso de la castellanización del catalán, otro factor importantísimo, del que ya os he hablado, y que no voy á hacer más que recordároslo en este momento, porque ya está dicho todo: el libro. Mientras en el orden económico el libro catalán represente un mal negocio, el libro castellano será el órgano obligado de la cultura, á no ser que se sustituya con el francés, inglés ó alemán, sustitución que no será nunca completa mientras Cataluña sea española, pero que si lo fuera produciría inmediatamente una derivación natural del catalán hacia esa otra lengua órgano de la cultura, en cuyo caso cesaría de castellanizarse el catalán para afrancesarse, britanizarse ó agermanizarse, sin que pudiese marchar nunca en esa dirección artificial á que forzosamente se empeñan en arrastrarle Mosén Alcover y sus compañeros de restauración.

La obra de la influencia castellana fué la consecuencia natural de que Castilla supo, en los siglos XVI y XVII, sobre todo, tener un ideal político y religioso en que encarnó por completo la manera de ser del pueblo español; ideal que luchó en Europa con todos los pueblos de este continente, sin conseguir, por fortuna para todos, poderlo implantar por la fuerza de las armas, á pesar de sus brillantes victorias, pero que llevó á América, creando allí un mundo entero, al que transmitió, por un esfuerzo colosal no igualado por ningún pueblo culto todavía, su alma y su sangre, sus grandezas y sus debilidades, sus

grandes virtudes y sus no escasos defectos. Y por eso, y no por la violencia, hubo de castellanizar á Cataluña mucho antes de que Felipe V arrancara á los catalanes sus libertades en pago de la ayuda que prestaron á su enemigo Carlos de Austria. Y que esa obra de castellanización es anterior al siglo XVII, lo ha dicho mi colega y amigo el Dr. Rubió, en el discurso pronunciado en la sesión de apertura del Congreso Internacional de la lengua catalana, con estas palabras, que constan en las actas del mismo:

«Y como dice el maestro Aguiló, en una imagen tan pintoresca y vigorosa como todas las suyas, en la mayor parte de los libros que durante tres siglos se dicen irrisoriamente escritos en lengua catalana, se ve por debajo el idioma castellano, mal cribado, que se lleva á la espalda para ir enterrando el cadáver de nuestro materno lenguaje.»

¿Quiere decir esto que no sea posible que el pueblo catalán reaccione de algún modo y pueda llegar á ejercer una influencia regeneradora en Castilla? No. Por de pronto, los hechos que todos venimos presenciando de algunos años á esta parte son elocuentísimos, y el movimiento de regeneración de las dormidas energías de Castilla y del resto de España, débese en gran parte á la sacudida vigorosa que el pueblo catalán ha sabido imprimirles, dando ejemplos de civismo y de tenacidad necesarios para desarraigar en lo posible una política centralizadora que no podía continuar por más tiempo sin peligro para la vida del pueblo español. Pero, además, yo creo en la posibilidad de esa regeneración en que se ha empeñado Cataluña, porque creo firmemente que son una profunda verdad aquellas palabras, escritas en una de sus obras magistrales por el insigne filósofo inglés Heriberto Spencer: «Que la característica de los tiempos actuales es el industrialismo y el mercantilismo, ideales que han sustituído con ventaja á los ideales guerreros y religiosos de los pasados tiempos.» Y como dentro de España ha sido y sigue siendo Cataluña, por circunstancias que no son del caso, la región más industrial y más comercial

de la Península, creo por ello en la posibilidad de su obra regeneradora; pero entiendo que, para conseguirlo, en vez de crear escuelas catalanas, ha de crear más escuelas castellanas, ha de castellanizarse y ha de abandonar esa senda peligrosa en que quieren encarrilar Mosén Alcover y sus mál aconsejados amigos los neo-revolucionarios del catalanismo.

Y á los que piensen que ese progreso de la castellanización del catalán ha de ser funesto al resurgir del alma catalana, yo les citaré el ejemplo de Valencia, castellanizada por completo, sin que los valencianos hayan perdido ninguna de aquellas condiciones propias de aquel pueblo; y dentro de Cataluña les citaré el ejemplo, bien elocuente, de Barcelona, lugar en donde el catalán está más castellanizado que en parte alguna, á excepción de algún lugar fronterizo de Aragón y Castilla, y en donde se ha producido ese vigoroso renacer del alma catalana, impulsado por gentes que hasta hace cuatro días escribieron y hablaron constantemente en castellano, aunque hoy lo hagan mucho menos que antes. Barcelona, y no ninguna ciudad de esas muertas de Cataluña, en donde el castellano suena á forastero, y donde se conserva el catalán con sus formas anticuadas y primitivas, ha sido la Covadonga de ese resurgimiento catalán; y Barcelona, quieran ó no los restauradores de la lengua catalana, es la ciudad más castellanizada de toda Cataluña.

El alma catalana podrá indudablemente infiltrarse en Castilla y ayudar poderosamente al despertar de esta región, por el esfuerzo de hombres del temple de Maragall, Marquina, Oliver y mi íntimo amigo el Dr. Antich, uno de los más eximios cultivadores del habla castellana que se connaturalizan con Castilla, manejando su lengua cual pueda hacerlo el más castizo de los escritores castellanos, y siendo, sin embargo, catalanes de corazón, amantes de su tierra y amantes de la Patria española. En cambio, Mosén Alcover y sus amigos, si consiguieran el logro completo de sus propósitos, distanciarían cada vez más á Cataluña del resto de España, y el odio, cada vez más grande entre unos y otros, levantaría entre ellos

y nosotros una barrera moral más infranqueable que la de un Arancel prohibitivo ó la de una segregación absoluta de la nación española. Porque si tal sucediera, yo, que no me he preciado nunca de profeta, podría deciros, sin temor á equivocarme, que así como Cuba y Puerto Rico, al separarse de la madre Patria, han reanudado los lazos de afecto, en términos que los españoles en aquellas regiones, si tienen la condición de extranjeros, según la ley, son hermanos por el corazón y por la lengua, si Cataluña llegara á descastellanizarse para recobrar su lengua, como pretenden los modernos restauradores del catalán, los castellanos tendríamos que emigrar forzosamente de aquel hermoso pedazo del suelo de la Patria española, porque, desgraciadamente, seríamos los más extranjeros de todos los extranjeros de ella.

He dicho.

LORENZO BENITO,
Profesor en la Universidad de Barcelona.

LA BENDICIÓN

(De Carlos Baudeleire.)

Cuando el poeta al aburrido mundo
Viene, por ley del Hacedor Supremo,
Atónita su madre, las crispadas
Manos levanta con espanto al cielo.
—«¿Por qué no alimentó mi vientre infausto,
Dice, en lugar de este irrisorio engendro,
Un enjambre de víboras? ¡Maldita
Sea la triste noche, en que mi seno
Concibió, tras efímeros placeres,
Mi propia expiación! ¡Oh Dios adverso,
Pues me elegiste entre mujeres tantas
Para ludibrio ser y menosprecio
De mi infeliz esposo, y á las llamas,
Cual billete amoroso, echar no puedo
Este monstruo raquítico, la cólera
Que contra mí fulminas, mi despecho
Ha de hacer que recaiga vengadora
Sobre ese triste y mísero instrumento
De tu perversidad. Mis propias manos
Tanto retorcerán el tallo nuevo
De su vida, que nunca darán fruto
Sus ponzoñosos vástagos.» Rugiendo
Frenética, sus odios así exhala,

Y ajena á los designios del Eterno,
Atiza ya la hoguera en el abismo,
Infernal, consagrada á los horrendos
Crímenes maternales.

—

Y entretanto,
Bajo la protección de su Angel bueno,
De sol se embriaga el niño aborrecido,
Y en cuanto come y bebe encuentra á un tiempo
Dulzuras de ambrosía y rojo néctar;
Habla á las nubes, juega con el viento,
Se entusiasma cantando en el camino
De la cruz, y el celeste Mensajero
Que tras él marcha, llora de alegría
Al verle tan dichoso y tan contento
Como las aves en el bosque. Todos
Los que él amar quisiera, con recelo
Le observan, ó alentados por su ingenua
Dulce tranquilidad, lanzan malévolos
Contra él sus quejas, extremando, infames,
Su odio feroz. El pan de su alimento
Y el vino ensucian con basura y polvo.
Hipócritas arrojan todo objeto
Que su mano tocó, y hasta le acusan
De estorbarles el paso cuando de ellos
Se aparta.

—

Su mujer dice en la plaza:
—«Soy tan bella á sus ojos, que en él tengo
Rendido adorador. Pues que me adora,
Exigente he de ser, como lo fueron
Las diosas de otra edad. Quiero saciarme
De mirra y nardos y oriental incienso,
De manjares y vinos, y de humildes

Genuflexiones; conocer pretendo
Si en su extasiado corazón, bromeando,
Usurpar culto religioso puedo.
Cuando me cansen tan impías farsas
Y sienta fatigoso aburrimiento,
Mi mano, que es tan frágil y tan fuerte,
Pondré sobre él, y mis flexibles dedos,
Como garra de harpía, abrirán paso
Hasta su corazón, y como un tierno
Pajarillo, que tiembla y que palpita,
Lo arrancaré del fondo de su pecho,
Y tinto en sangre, como inmunda presa,
Lo echaré al más mimado de mis perros.»

—

Alza el poeta los piadosos brazos
Al cielo, donde mira un trono espléndido;
Y á su espíritu lúcido se ocultan
Con un deslumbrador relampagueo
Las convulsiones de la raza humana.
—«¡Sed bendito, mi Dios, que por remedio
De nuestras impurezas, cual un óleo
De salvación, nos dais el sufrimiento,
Que á los divinos goces predispone
El alma fuerte! Señalado puesto
Sé que guardáis al mísero poeta
En la legión gloriosa de los cielos;
Que le invitáis á las eternas fiestas
Donde se juntan en feliz concierto
Tronos, Dominaciones y Virtudes;
Que es el dolor el noble privilegio
En el que nunca el venenoso diente
Podrán hincar la tierra ni el infierno;
Que he de trenzar la mística guirnalda
Para mi sien, con sobrehumano esfuerzo,

Dominando triunfal los siglos todos,
Imponiéndome á todo el universo;
Mas sé también que las lucientes joyas
Que en Palmira por siempre se perdieron,
Los metales incógnitos, las perlas
Que Vos mismo, en el fondo del Océano,
Habéis montado en nacarinas conchas,
Nada valdrán para el ad rno regio
De esa esplendente y fúlgida corona,
Que será de luz pura, con destellos
Formados por los rayos primitivos,
De resplandor tan vivo y tan intenso,
Que los ojos mortales más brillantes
Son nada más que su empañado espejo.

TEODORO LLORENTE

EL CENTENARIO

DE

EDGARD ALLAN POE

Los Estados Unidos celebran actualmente el primer centenario de Poe. Después de desconocerlo y de desdeñarlo—desdenes siempre explicables en la psicología de todas las épocas y de todos los pueblos,—no sólo en vida, sino también largos años después de muerto, ahora, acaso en el fondo rechazando todavía las miserias del hombre y aun el mismo espíritu desordenado de su arte, recaba para sí el gran país americano la legitimidad de la gloria que el mundo entero otorga á uno de los más geniales poetas de los tiempos contemporáneos.

Los viejos escrúpulos del alma yanqui no se han vencido en el transcurso de una centuria. En el fondo, contra Poe, su vida y su obra, continúa la misma terca hostilidad. Se ha ido por codicia á la reconquista de un renombre, que la vieja Europa esparciera á todos los vientos de la celebridad. Lo que es muy posible que no se haya despertado, sin duda porque nunca ha vivido en el alma norteamericana, es la estimación desinteresada y ardiente por Poe. No se improvisan el fervor y el entusiasmo literarios en un día, cambiando radicalmente, en una transformación brusca, las ideas y los sentimientos, recia complexión espiritual, trabajada durante siglos, de toda una nación.

En un pueblo de acción y de lucha, pueblo de fuerza y de

conquista, ¿qué devociones puede despertar un místico? En una sociedad metódica en que todo se halla austeramente regulado bajo una disciplina férrea, que abarca y tiraniza todos los órdenes de la vida, ¿qué ascendiente espiritual puede tener un alucinado, cuyas ideas extravagantes y cuya concepción anormal de la existencia son algo caótico, sombrío é incoherente, como de pesadilla?

Sobre todo, para la repulsa instintiva de un pueblo sobrio, secamente moralista y austeramente temperado, está el desorden bochornoso de la vida trágica de ese pobre hombre, envilecido y loco. ¡No comprenden que sin esa vida irregular no pudieron nunca florecer en aquel espíritu atormentado, las horribles visiones que pueblan con sombras espectrales y gritos de angustia aquel arte de inquietudes, de misterios y de delirios! ¿Cómo, sin que su cerebro se exaltara, sin que sus nervios vibrasen dolorosamente y sin que las penas rompieran su corazón, pudo crear Poe algunos sueños trágicos que llenan de horror sus páginas admirables, en que hay aturdimientos de borracho y calentura de enfermo?

Su vida proyéctase sombríamente en su arte. La voz de su dolor íntimo llora constantemente en sus estrofas con largo grito de desesperación y de espanto. El recuerdo amado de la tísica Virginia, muerta en la flor de la juventud y en plena pasión amorosa, es algo agudo que punza en el alma de Poe, dejando en ella mortal herida que sangra. Así el poeta grita rebelde, en vez de llorar resignado y melancólico, con el sollozo entre sonrisas, que más tarde apareciera en la lírica de Heine.

Las angustias de una embriaguez brutal dejaban honda huella en su espíritu. En plena lucidez, fatigada la imaginación de los pesarosos sueños pasados, volvía á revivirlos intensamente, conservando todo su pálido horror y sus estremecimientos convulsivos. Del alcohólico inveterado, conservaba el escritor, al crear, el ímpetu de la locura. No parece sino que el *delirium tremens*, que después se desató en su desmañado sér,

había germinado y encarnado antes en sus fantasías escritas, fulgurantes de fiebre y pesadilla.

No formó su espíritu el medio ambiente social. A Poe no se puede aplicar el sistema crítico de Taine. Ni el suelo, ni el clima, ni la tradición histórica, ni la presión social de las ideas y costumbres de su tiempo contribuyeron á moldear su arte.

Más bien hay que ampararse al escrutamiento psicológico conforme lo practicaba Saint-Beuve. Fué la vida, su propia vida personal, sin intervención de influencias extrañas, la que fundió á violencia el alma de Edgard Poe. La ruina de su naturaleza trajo su mental desequilibrio.

¿Qué visión de la existencia, qué *joie de vivre* podía sentir aquel pobre sér desde la niñez—muerto su padre alcohólico y su madre tísica,—condenado al azar, á la miseria y á la tristeza, sin un hondo cariño que calentara el páramo desolado de su corazón? ¿Qué ilusiones, qué sueños magníficos podían venir á batir sus alas de hada milagrosa, pregonera del júbilo de vivir, en aquel cerebro, cuyo pensamiento lanzábase á escrutar el misterio, queriendo vivir en el más allá, acaso aterrado, mirando dentro de sí mismo, de encontrar siempre el tremendo silencio de su soledad interior?

La miseria que lo apuraba tal vez despertara en él la rebeldía, el ansia de una libertad espiritual que no hallase más que en los campos de la imaginación en descarrío; el amor, tan presto y trágicamente truncado, al perder el alma que comprendió, acaso no su genio, pero sí su pasión ardiente de enamorado, acabó por hacer más hondo y más lúgubre el vacío de su espíritu ya sin fe.

De ahí nacen esos escapes de la fantasía, que no son más que una liberación de las miserias y de las crueldades de la realidad. ¡Soñaba! Pero, con el amargo dejo que la vida había puesto en él, los sueños de Poe tenían que resentirse del terror y del dolor que siempre experimentara. La quimera lúgubre que revoía, en sus instantes de exaltación al escribir, no

era más que la proyección sombría de su propio espíritu, que iba cobrando forma artística sobre las cuartillas. La pluma iba trazándolas á ratos, bajo la trémula mano, á compás de los golpes de su agitado y doliente corazón.

El arte de Poe nos pone en el rastro de su vida. Pero, con mayor fuerza aún, su obra nos revela toda la pesadumbre de su vivir.

Se compenetran con tan poderoso enlace, que es imposible separarlos. En ningún otro autor es posible que se encuentre tan sólida trabazón. Leyendo sus cuentos, sentimos la sensación de que tras ellos veló el espíritu turbado de un borracho y de un loco, á quien esas anormalidades convirtieron en un gran artista. A lo largo de sus versos parece que oímos la voz de un neurótico que va evocando sus recuerdos y sus exaltaciones con genial incoherencia, como el eco muy lejano de una vida remota.

* * *

Edgard Poe nada tiene de norteamericano. Es algo aparte, y si se quiere completamente exótico en la intelectualidad y en la literatura yanquis. El espíritu y el carácter de los Estados Unidos se hallan impresos en todos sus pensadores y artistas de la pluma, menos en el autor independiente, patriota renegado, Edgard Poe. Él se desvía de la corriente, se aisla, se declara rebelde, y así se singulariza con mayor relieve su personalidad. ¿Es por imperativo de su temperamento? ¿Es porque las condiciones de la lucha por la vida lo hicieron reconcentrarse en sí mismo, aislarse del medio ambiente, sustrayéndose á la presión espiritual de la sociedad en que vivía? Indudablemente, estos dos factores poderosos contribuyeron á orientar su arte.

Los Estados Unidos, y en ello está su gran fuerza, han mantenido siempre un espíritu rectilíneo. Parece extraño y hasta paradójico. Pueblo constituído de aluvión, por las disgregaciones de otros pueblos y de otras razas, ha logrado una

unidad de carácter y un espíritu rectilíneo que le ha convertido en una sólida nacionalidad. Esa fuerza oculta de afinidades electivas ha sido la que ha hecho, de un conglomerado heterogéneo de colonos, un pueblo.

Sus elementos componentes, en sus orígenes, fueron bien diversos. Los graves puritanos ingleses estableciéronse en la bahía de Massachussets; los caballeros amigos del placer colonizaron con sus plantaciones de tabaco la Virginia; los liberales holandeses posesionáronse de las orillas del Hudson; los presbiterianos escoceses, de la Pensilvania; los alemanes del Rhin, de las llanuras del Susquehanna; los católicos británicos, en el Maryland, y los cuákeros que siguieron á William Penn, así como más tarde los mormones y los negros liberados, constituyeron un núcleo de colonización extraordinaria.

No tardó, á pesar de la diversificación de raza, en operarse el milagro de la unificación.

Para ella no fué obstáculo la diferencia de religiones entre los irreductibles puritanos, católicos, presbiterianos, cuákeros y anabaptistas.

Fué en ellos superior á toda idea el sentimiento de la libertad. Rebeldes, celosos de la independencia espiritual, al ser perseguidos en sus países, prefirieron la emigración antes que rendirse y someterse. Y ese sentimiento es tan hondo en el pueblo yanqui, que á través de tantos siglos, todavía se mantiene en pie, actuando en la vida nacional el *self-reliance*, como en los tiempos primitivos de su constitución. Así los Estados Unidos improvisaron su grandeza, porque todas las fuerzas convergían á un ideal común. Así moldearon ese carácter recio, que para conservar su solidez ha creado una disciplina social rígida é inquebrantable. Así ha podido consolidar ese espíritu rectilíneo, intensivo y de conquista, que ha dado tan perfecta homogeneidad intelectual y moral á un pueblo de tan diferentes elementos formados. Una moral austera ha fundido el alma yanqui, y en ella hay que buscar el cuño característico de toda la nación.

La acción política ha estado siempre orientada en ese sentido. No ha habido oscilaciones, saltos bruscos, como en la historia de las viejas nacionalidades europeas. El movimiento político en los Estados Unidos desde remotos tiempos ha marchado por un solo cauce. Por eso ha avanzado tanto. No lo quebrantaron ni revoluciones perturbadoras, ni mucho menos cambios de régimen. Todas sus grandes figuras han sido «profesores de energía», desde Wáshington, Jéfferson y Lincoln, hasta Mac-Kinley y Roosevelt, verdaderos caudillos, conductores de pueblos.

En lo intelectual y artístico márcase la misma garra dominadora en los Estados Unidos. La moral inflexible de los puritanos predominaba siempre. Fué y es el ideal de sus pensadores y la inspiración de sus poetas. A través de sus filósofos, como á lo largo de las páginas artísticas de sus literatos, descúbrese la honda huella de la moral puritana. Así tenía que ser, porque ella estaba latente, viva y tiránica en la entraña de la sociedad yanqui, moldeando sus ideas, sus sentimientos, sus anhelos y sus realidades, informando con rígida disciplina hasta la modalidad de sus costumbres. Sus primeros escritores, en el alborear de su cultura propia y netamente indígena, como Cotton Mather, son teólogos más que literatos. No hay que escarbar mucho en su obra para descubrir ese fondo teológico, principal *leit-motiv,* bajo apariencias torpemente literarias. Cuando el verdadero renacimiento artístico se inicia, los escritores no se desvían un punto de ese espíritu tradicional rectilíneo. Con esa orientación se desenvuelve, progresa, se intensifica y engrandece, hasta llegar á los esplendores de una cultura y de un arte supremos. Todos los hombres de selección intelectual son moralistas, desde Franklin á Emerson, lo mismo que sus poetas de Longfellow á Walt Witman, y sus novelistas de Irving á Nathaniel Hawthorne. Hasta en nuestros días, todo el fondo copioso de un moralista se descubre á través de los humorismos de Marc Twin.

Sólo discrepan, en ese movimiento tan sólidamente encau-

zado, el filosofismo y el arte de Edgard Poe. Sustrajo éste sus talentos á toda influencia del espíritu de su país, pero á la vez evitó también la influencia de la literatura anglo-sajona, que predominaba en los ensayos de entonces para constituir unas letras propias en los Estados Unidos. Wáshington Yrvin, que es el iniciador, ya que no el creador, de esa literatura indígena, si bien conserva un fondo autóctono, es amplio y es cosmopolita, un tanto híbrido con la entraña de su arte romántica y su forma esmerándose en la diafanidad y en la corrección clásicas. Toda su obra bien puede incorporarse á la literatura inglesa, como rama perdida del tronco secular de donde fué talada.

Por entonces, Inglaterra todavía lograba mantener la hegemonía de sus grandes poetas, encontrando fácil acceso en Europa el neo-helenismo de Keats, la lírica de los *lakistas* creada por Wordsworth y la poesía del inspirado estro de Coleridge. El ascendiente de estos escritores también pesó grandemente sobre los escritores norteamericanos, menos sobre Poe. Si quiere buscársele al arte de éste una filiación, y acaso un contacto, hay que ir á los primeros románticos alemanes. Con quien tiene más directo parentesco es con Hoffmann, también neurótico, y también de una fantasía desbordada. En la literatura romántica de Alemania está la génesis del arte de Poe. Su filosofismo es un reflejo pálido de la honda crítica de Goethe, que recogió en su obra toda la preocupación metafísica de su época, y aun pudiera añadirse que de todos los tiempos. Pero, en Goethe, como en Schiller, había también un innovador de la estétita literaria. La pasión trágicamente tumultuosa de *Werther* había de tener una larga y profunda resonancia en todas las literaturas del mundo. Ahí tuvo sus orígenes el ciclo romántico, que llena con sus esplendores uno de los períodos más intensos en las letras de todos los países.

También Poe experimentó la sacudida de este nuevo renacimiento literario, en oposición al clásico, que cautivó desde el primer instante á todos los espíritus.

Pero, no por completo. Porque, al estudiarlo, su obra, compleja é intrincada, desconcierta toda crítica. ¿Fué un romántico? ¿Fué un místico? Ambos aspectos espirituales se pueden encontrar en las obras de Poe, sin que por esos rastros se le pueda otorgar un carácter cerrado y una clasificación definitiva.

Tal vez, en el fondo, no fuese más que un tremendo ironista.

***

Dos finalidades se pueden encontrar en los cuentos de Edgard Poe. Su propósito es siempre reproducir estados de conciencia y á la vez sensaciones de horror, violentando el alma y estremeciendo en una crispación dolorosa al más impasible. En sus relatos es cauto, frío y, por tanto, implacablemente cruel. Procede por gradaciones, elaborando, en una larga y sabia preparación, los efectos finales, que son siempre una impresión trágica. Nos aduerme, nos interesa, para á la postre, ya presos de su encanto conquistador, enloquecernos de espanto. Tiene la astucia de la fiera de presa, que juega inocente y frívola con la víctima, para luego, de un súbito y formidable zarpazo, despedazarla entre sus garras. La lectura de los cuentos de Poe tienen para mí la extraña atracción de la mesa de clínica, en que el operador anestesia al enfermo, y después raja su cuerpo á golpes rápidos de cuchilla. Después que la acción del cloroformo ha pasado, el enfermo siente la agudeza del dolor de la herida y el espanto de las mutilaciones. Algo semejante es la impresión que dejan los cuentos de Poe. Cautivan, maravillan, pero dejan una huella, algo como la cicatriz del tajo del bisturí en la carne, que no se borra nunca.

No acierto á explicarme qué es lo que produce en el ánimo más angustia, si la exaltación de esos mórbidos estados de conciencia, que son hondos y apenas se transparentan, pero que se sienten llegar como un soplo helado hasta el fondo del

alma, ó esas visiones de una realidad siniestra, miedos, alucinaciones, presentimientos lúgubres del misterio, amagos y vislumbres inexplicables de la muerte, ó bien el horror de la sangre, el impulso fatal al crimen, cosas que se viven, porque su impresión nos las transmite con un calor de verdad que nos domina.

Todo en su arte es fantasía; pero, por una extraña paradoja, se representa como una abrumadora realidad, y sus visiones más monstruosas las cubre con apariencias corpóreas de una exactitud y de un relieve extraordinarios. Las proyecciones de su cerebro se disfrazan con formas humanas; las preocupaciones se traducen en gestos, en muecas, en algo monstruosamente caricaturesco como las viejas cariátides. Si bien desborda la imaginación, nunca su mundo de fantasía es el *pays du bleu,* ni sus héroes guardan relación con las lindas figulinas de las *feeries*. No; en Poe entra lo soñado y lo vívido; hay una estrecha correspondencia, una perfecta solución de continuidad, trabazón absoluta, lo que Lemaitre llamó *la logique secrete des folies*.

La parte interna de sus narraciones es desolada, como las sensaciones que en ellas transmite son espantosas. Ambos elementos contribuyen á desconcertarnos y oprimirnos como si nos halláramos en la angustia suprema de una agonía. Como en los ríos profundos, que no se ve claramente las piedras del álveo, pero se adivinan ó se presienten sin desvelar nunca su misterio, así el fondo de los cuentos de Poe lo traslucimos á través de las escenas horripilantes con que sabe sobrecogernos. Y el río hondo y el pensamiento oculto en toda obra artística, siempre ponen en nuestro espíritu un acoso de curiosidad y un temblor de miedo.

Acierta Poe á encerrar á mucha hondura la intención que quiere ingerir á través de sus fábulas. Ya es el fatalismo impulsivo, el vértigo moral que arrastra al crimen, ciegamente, á despecho de nuestra voluntad; ya es la inquietud de los remordimientos, *torturing memories*, desconcierto, súbita locura

que entrega desarmada nuestra entereza, aniquilando cálculos y la lógica de nuestros juicios; ya es la obsesión de la muerte y la vida de los muertos que vienen á hacer derivar el curso de nuestra propia existencia, haciendo que el misterio sea más poderoso que la realidad, y que la imaginación loca gobierne nuestras acciones más que los dictados de nuestra razón en equilibrio. Vivimos así una segunda vida, una existencia inmaterial más fuerte, más dominadora que la terrena.

Todos estos filosofismos nos los presenta de la manera más extraña. Nos los hace sentir, mejor dicho, sufrir, al vivo. Esos terrores intelectuales no son vagos. Encarnan y se revelan de un modo plástico. Quedan de un modo permanente en el espíritu después que han desaparecido las sensaciones de espanto con que los relatos alucinantes han sacudido hasta el dolor nuestros nervios.

Asistimos, en *William Wilson,* al peregrinaje del héroe, huyendo por todo el mundo aquel compañero, fatídico é implacable, que á todas partes le sigue, acusándolo, exhortándolo, con una tenacidad sin límites. Y un día, después de una noche de crápula, para librarse de su persecución, lo asesina. En vano. Aun con las manos tintas en sangre, al volver el rostro encuentra la imagen en un espejo, convulsa y pálida. No: es imposible matar la conciencia.

¿Y el remordimiento? ¿No va siempre espiando dentro de nosotros en silencio? ¿No surge indefectiblemente en cada crimen?

En *Corazón revelador* nos da Poe esa enseñanza, antigua como la primera culpa del hombre. Cometido el crimen, el cadáver enterrado en el piso de la habitación, toda huella delatora ha desaparecido. A presencia del criminal la policía registra infructuosamente. En el silencio normal de la habitación, sólo el culpable oye aquel ruido seco, persistente, un tictac extraño. Inútilmente alza la voz y remueve las sillas. El ruido crece, se agudiza, hasta que, loco, grita con acento de terror y angustia: «¡Ahí está!... ¡Es el latido de su horrible corazón!»

El remordimiento informa también *El gato negro*. Todo acto perverso deja una huella que lo denuncia. Aquí, enterrado el cadáver en el hueco de un muro, el criminal se retira tranquilo cuando siente un maullido, débil al principio «como el sollozo de un niño», que va creciendo, enronqueciendo hasta estallar como un grito, como un alarido.

Las impresiones de terror las comunica con una viveza y una intensidad verdaderamente obsesionantes. Llega el frío hasta los huesos, y no parece sino que somos los protagonistas á la visión de aquel hombre clavado en la silla, medio loco de espanto al escuchar los golpes con que su hermana, encerrada viva en el ataúd, se esfuerza inútilmente en abrirlo; lo mismo ante aquel viejo, despertado por las pisadas del ladrón y asesino que ha entrado en su alcoba, é incorporándose en el lecho, espía el silencio y la sombra, inmóvil, aterrado, esperando el golpe de muerte.

Acaso más extraño, y sin duda alguna más profundo que en sus cuentos, se revela Poe en sus versos. En él, como de Hoffmann decía Heine, «la poesía es una enfermedad». Su fantasía se despliega con mayor amplitud en regiones más llenas de terror y de misterio. Los paisajes que sueña son fantásticos, con esas lejanías extrañas de los lienzos de Patinir. Ese mundo ideal, envuelto en una niebla pesarosa, inquietante, más que de *réve,* de *cauchemar,* como en plena pesadilla que se sufre despierto, vagan fantasmas, imágenes de recuerdos, espectros de espíritus que fueron seres reales y acaso no lo fueron; sombras de indecisos contornos; sombras blancas, envueltas en mortajas luminosas, pero sin luz, como las fosforescencias de los pudrideros y los fuegos fatuos de los camposantos, que aterrorizan á los supersticiosos aldeanos, creyéndolos almas errantes, dolientes, todavía en pena.

Leyendo *El gusano conquistador*, ¿quién no ha sentido el calofrío trágico, un espanto sin nombre, lo que Víctor Hugo apellidara «un temblor nuevo»?

Es una visión que angustia. ¡Esa cosa, roja de sangre, que

irrumpe la escena retorciéndose! ¡Ella se retuerce! ¡Ella se retuerce! ¡Todas las luces se apagan, todas! Y sobre cada forma trémula, el telón, un amplio paño mortuorio, cae con la violencia de una tempestad. Y los ángeles, todos pálidos y descoloridos, levantándose y quitándose los velos, afirman que este drama es una tragedia que se llama el hombre, y cuyo héroe es *El gusano conquistador*. ¡Ah, ese gusano, cuyos dientes trituran coágulos de sangre humana!

¿Y *El cuervo*, su obra magistral? Ella sola es la ejecutoria de un gran poeta. Esas cuantas estrofas valen por una epopeya.

A la hora de la media noche, lúgubre el poeta, débil y fatigado, lee un curioso libro de una doctrina olvidada. De pronto oye como si golpearan la puerta de su habitación. Después del primer sobresalto, ahogando los latidos de su corazón, se levanta y abre de par en par la puerta. Mira, y no ve nada; escucha, y nada oye. Un poco más tarde, un segundo golpe suena. Ahora es en la ventana. Al abrir las maderas entra un cuervo majestuoso, batiendo las alas, yendo á posarse, después de revolotear, sobre un busto de Palas colocado encima de la puerta. El ensoñador interroga al ave siniestra, colocada frente á él, en su sillón, el corazón quemado por aquella mirada de fuego, sobre el porvenir, sobre el más allá de la muerte. A cada pregunta, el cuervo responde con el mismo implacable estribillo:

¡Never more! (Nunca.)

¿Encontrará algún día un bálsamo para su dolor? *Never more*. En el Edén lejano, ¿no podría recibir en sus brazos una virgen santa, á quienes los ángeles llaman Leonor? *Never more*.

Esa repetición del estribillo es un *ritornelo* doloroso, como un desgarramiento, como una deprecación, como un quejido y un sollozo. Toda la infinita tristeza de la desesperanza humana parece que llora en la desolación de esos versos, sombríos como el destino, de impenetrable misterio como la muerte.

***

Preterido durante largos años estuvo Poe en su país de Norte América. Al enterrar los restos mortales de aquel pobre hombre, lleno de vicios y de miserias, muerto de un ataque agudo de alcoholismo con accesos de locura en el hospital de Balthimore, los yanquis creyeron también enterrado en el olvido el talento de su más grande poeta, el más original y más profundo, incluyendo á Longfellow y á Walt Whitman. Había que borrar todas las trazas de aquella figura deshonrosa y á la vez infortunada de aquel pervertido moral, así en su vida como en su arte.

Un enorme silencio se hizo en torno al nombre de Edgard Poe en los Estados Unidos. ¿No se le reconoció su genio? Es muy fácil que así aconteciera en los primeros años, porque su labor literaria oponíase, gallardamente rebelde, á los gustos literarios y aun á las mismas ideas estéticas, todavía predominantes en su época, allá en su tierra de origen, que no era, sin embargo, su país espiritual, su patria adoptiva.

Pero en ese desvío entran también la repulsión del sentido moralista del pueblo yanqui, moldeado por el puritanismo de su tradición que sobreviene á todos los movimientos intelectuales modernos, repugnando el contacto, mejor dicho, la contaminación de otras ideas que no sean las suyas propias; esa disciplina doctrinaria que hacía rechazar la moral disolvente, amarga y pesimista de Poe, derramada en sus libros, y aun mucho más rechazar la historia poco ejemplarizadora de aquel anormal, vicioso y corrompido, que había escandalizado con sus costumbres intemperantes á los sobrios ciudadanos de New-York, de Richmond y de Balthimore. ¿Cómo consagrarlo como gloria de los Estados Unidos?

El orgullo de la póstuma reivindicación del poeta quedó reservado á un europeo, Bandelaire, hermano espiritual, uno también de los neuróticos del siglo y á la vez uno de los más grandes poetas contemporáneos. La cuna de Edgard Poe está en América; su nacimiento espiritual hay que buscarlo en Alemania; su exaltación á la inmortalidad, haciendo jus-

ticia á sus altísimos méritos, está en la generosa Francia.

Antes que en América recabasen la gloria de Poe, reconquistándola como ahora hacen celebrando su centenario, ya Europa le había otorgado admiraciones las más fervorosas.

Durante años, la crítica, después del trabajo de Baudelaire, habíase consagrado á estudiar profundamente su obra, desentrañando su carácter. Desde Emile Hennequin á Arvede Barine, el espíritu atormentado de Poe, reflejado en sus cuentos y en sus versos, fué estudiado con devoto entusiasmo y admirable sagacidad analítica.

Pero el mayor reconocimiento de su genio está en la influencia que el arte de Poe ejerció durante medio siglo sobre las letras europeas. No hablo de la novela científica que tiene su punto de iniciación en *El escarabajo de oro* y en *Hans Pfaal*, y que más tarde tan prodigioso desenvolvimiento y tan reconocida plenitud tuviera en Julio Verne, y actualmente en las creaciones del mundo futurista de Wells.

Su huella espiritual está bien señalada en la novela del ciclo naturalista. Repercute, con la exaltación alucinatoria del remordimiento, en Dostouyeski y en Tolstoy, en Zola y en Rod. Y en cuanto á la visión trágica de la vida, con sus hábiles efectos de terror que sacuden violentamente el alma, ¿dónde fueron á iniciarse Barbey d'Aurevilly, Maupassant y Lemonnier? ¿Dónde ha encontrado Meterlinch esa pujante fuerza de misterio, esa vida oculta, que también parece de alucinación y de ensueño doloroso, que reconcentra tan intensamente en su teatro desde la *La Intrusa* á *Los ciegos*? ¿Dónde tienen su genealogía los silencios, espantosamente elocuentes, de los versos de Rollinat? ¿Dónde todo el ambiente extraño de Baudelaire y el sadismo de Jean Lorrain?

A todas estas modalidades de la literatura contemporánea hay que buscarle su punto de origen en el arte de Edgard Poe, maravilloso visionario de mundos fantásticos, poeta del enigma aterrador del misterio, sombría y fatídico como el cuervo que cantara.

Las impresiones de horror que sus compatriotas y contemporáneos desconocieron, más tarde han alucinado, ya en su primitiva sencillez, como las dió Poe en su época, ya más intensas, más crueles y exquisitas, más hondas y revestidas de más artística forma, como las reprodujeron los grandes novelistas, dramaturgos y líricos de los tiempos nuevos.

ANGEL GUERRA

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL EJÉRCITO ESPAÑOL

Hace diez años que ocurrió nuestro desastre colonial. El último jirón de nuestro imperio ultramarino, condenado por los errores de las generaciones de cuatro centurias á su pérdida, fué definitivamente arrancado de nuestros dominios. La rota de que nos hizo objeto la pujante Norte-América, hizo efectiva la supresión total de las colonias hispanas, supresión que desde Colón acá se había preparado, no enviando allá más que la escoria de nuestros hijos, que sólo se preocupaba de satisfacer pasiones bajas de codicia, sin fijarse para nada en la estela de odio dejada tras sí, ni en el montón de venganzas sembradas.

Entonces, al golpe cruel, recibido de quien menos creímos, la congoja invadió nuestro ánimo, y tristes y pesarosos vimos destruída, poco menos que para siempre, la legendaria fama de *quijotes,* que por sí y ante sí nos habíamos adjudicado. Nos habíamos contemplado demasiado gigantes, habíamos diputado pigmeos á los yanquis, y al golpetazo rudo que la realidad nos preopinó, tanto nos amilanamos, que pasamos á vernos demasiado chicos, y con el desengaño á todos agrandamos.

En condiciones tales, se habló de la necesidad de que triunfara el criterio de Sancho Panza, se despreció toda la leyenda, se pidieron llaves y más llaves para cerrar el sepulcro del Cid, y todos nos recogimos en la casa solariega á trabajar por la reconstitución patria. Que hubo algo de exageración en el

movimiento, nadie lo duda; pero que la reacción fué beneficiosa, está probado.

De entonces acá, todas las colectividades, todos los organismos han trabajado sin reposo; de todos se podría hacer el inventario de su labor. Sólo la del Ejército permanece diseminada, sin que la síntesis la haya prestado unidad, debido, sin duda, á que ha progresado aisladamente por el esfuerzo parcial de individuos entusiastas, pero sin nexo, sin el lazo que representa lo que pudiéramos llamar *progreso orgánico,* encomendado exclusivamente al Poder Ejecutivo.

Proporcionar datos para ese inventario, señalando el estado presente del organismo militar y marcando el camino á recorrer, es mi propósito. Ello he de hacerlo sin grandes extensiones; el cuadro resultaría muy pesado, y yo sólo aspiro á delinear el boceto.

***

Cualquiera que siendo profano haga un estudio sereno sobre el organismo militar de España, nota que la tropa, la primera materia humana, es excelente; que entre la oficialidad, la hay prestigiosa y culta, y, sin embargo, llega á persuadirse hasta la evidencia de que *en España no existe un Ejército bien organizado y bien dotado,* que responda á las necesidades del país, á sus esperanzas y al criterio de ese núcleo de oficialidad lucida que en libros y folletos, conferencias y cátedras están abogando constantemente por reformas que nunca llegan.

Los políticos no niegan nada al Ejército. Cuando se habla con los generales que han desempeñado el ministerio de la Guerra, se les oye que jamás encontraron estorbos ni intromisiones en sus compañeros de gobierno. El país quiere al Ejército, y le rodea de múltiples consideraciones, ya que ese antimilitarismo que en Francia hace estragos y en Alemania é Italia va haciendo también prosélitos, aquí resulta exótico, y sólo una minoría separatista que reniega de la patria es la desafecta al Ejército, como tangible representación de la misma.

Generales que conozcan las necesidades del organismo armado para responder á la significación mundial de España, también los hay; el proyecto de reformas del general Luque vale por una revolución. Jefes y oficiales de valía notoria abundan bastante; los nombres de Madariaga, Marvá, Martín Arrué, Ibáñez Marín, Barado, Banús, La Llave, García Alonso, Olavarría, Burguete, Aramburu, Amorós, Blázquez, Altolaguirre... y mil más, son prueba evidente de que en el seno de la familia militar se trabaja con afán.

Y, sin embargo, el tiempo pasa, y el Ejército sigue en malas condiciones. Hay materiales para reformarlo, hay arquitectos con buenos planos, hay obreros inteligentes para realizarlos. ¿Por qué no se hace? Las causas de este mal son las que me propongo reseñar.

Desde luego hay que apresurarse á anticipar que la culpa de la mala situación militar de España no hay que buscarla en la deficiencia del presupuesto. Quienes no pasan de arañar la corteza de las cosas, sin preocuparse de descender á la observación de la medula, se fijan sólo en la penuria que rodea la vida del oficial, la mala disposición de los cuarteles, la escasez de material, y en seguida sacan la consecuencia de que el presupuesto militar español es escaso. Quienes sufren contribuciones directas, que por su carácter se hacen más insoportables, á pesar de que siendo las menos vejatorias son las más justas, claman contra la partida de gastos militares, haciendo comparaciones con lo que se invierte en instrucción y obras públicas. Y lo cierto es que ni unos ni otros tienen á la razón por aliada, puesto que no se detienen á observar los unos que por razones de situación geográfica y de destino histórico que la tradición impone y ampara, España no puede descuidar su poder militar, como la nación belga ó los Países Bajos; ni se fijan los otros en que lo gastado en España resulta equilibrado á las necesidades de tales índoles. En una palabra: España gasta en el Ejército lo que debe gastar aproximadamente; ni se debe pedir aumentos, ínterin no haya un cre-

cimiento de la riqueza nacional, ni se debe pedir supresiones, para no correr el riesgo de desatender los intereses de la defensa patria.

Y como los números son los que más elocuentemente hablan, á continuación pongo lo que Inglaterra, Francia, Italia y España gastan en totalidad y en Guerra, con el tanto por ciento comparativo arrojado por esas cifras:

	Presupuesto total. — *Millones de pesetas.*	Presupuesto de Guerra. — *Millones de pesetas.*	Tanto (por ciento.
Inglaterra.....	3.569	694	19,16
Francia.....	3.910	777	19,69
Italia.....	1.945	277	14,24
España.....	1.023	157	15,34

No he hecho comparaciones con Alemania, porque el régimen confederativo de ésta da á los presupuestos una estructura orgánica distinta; pero descontada Germania, las tres naciones con las que establezco la comparación, son las más similares á nosotros, por las relaciones que sostenemos.

En el tanto por ciento de lo que cada una de dichas naciones gasta en Guerra, se observa que el de Italia es inferior al nuestro, y, sin embargo, goza del rango de potencia de primer orden, y si los de Inglaterra y Francia resultan algo mayores, justo es tener en cuenta que el ejército inglés es mercenario, y el francés está constituído con el servicio militar obligatorio, regímenes y sistemas que son indudablemente más caros que nuestro servicio de reclutamiento por conscripción.

Las causas primarias de que el poderío militar de España no está en consonancia con las cifras del presupuesto invertido en tal clase de atenciones son, en rigor, dos:

1.ª El exceso de personal, y

2.ª El no existir un núcleo de *oficialidad de complemento,* que sirva para tener, sin gastos del contribuyente, una masa de oficiales disponibles para la constitución de las reservas, de

esos ejércitos territoriales tan admirados en otros países, principalmente en Alemania, que ofrece excelente ejemplo con su *ladusturm.*

De ambas causas derívanse otras, como obligada consecuencia, pues invirtiendo cantidades excesivas en el personal, necesariamente tiene que ser para el mismo escasa la retribución, deficiente la instrucción práctica y mal organizado el sistema de ascensos y recompensas, estímulo de todo progreso, base de emulación en toda reforma evolutiva.

Al lado de estas razones, otras contribuyen al mal lamentado, tales como la mala distribución de algunas partidas en el presupuesto; la profusión de gratificaciones, que no todas responden á una recompensa justa de trabajos; la movilidad política, que tiene en perpetua danza á los ministros, imposibilitando toda obra de regeneración positiva, etc., etc.

***

Lo primero que salta á la vista es el excesivo personal que nutre las escalas militares, produciendo un enorme desequilibrio que hace pesadas las cargas de guerra y que dificulta la retribución adecuada de la oficialidad.

Comparando contingentes totales, número de oficiales y tanto por ciento de proporcionalidad que la comparación arroja, el resultado que se obtiene para Alemania, Inglaterra, Francia, Italia y España es el siguiente:

	Contingente militar — *Hombres.*	Número de oficiales.	Tanto por ciento.
Alemania	600.000	25.111	4,18
Inglaterra	60.000	4.692	8,27
Francia	626.000	30.000	4,79
Italia	271.000	13.751	5,07
España	80.000	13.754	17,19

La constitución mercenaria del ejército inglés requería, en buena lógica, una oficialidad más abundante, pues el soldado mercenario se recluta generalmente en las clases más indisciplinadas de un país, entre la escoria de sus habitantes, y se ha de necesitar una acción inmediata, directa y fuertemente intensiva para evitar relajaciones de espíritu, totalmente incompatible con los buenos principios rectores de la colectividad armada. Y efectivamente, Inglaterra sostiene una oficialidad que, según nos dicen las anteriores cifras, es proporcionalmente doble á la sostenida por Alemania y Francia. Pues bien; á pesar de eso, España sostiene una oficialidad más que doble de la que tiene Inglaterra; es decir, que aquí existe un número de oficiales que cuadruplica al que existe en Alemania.

El resultado no puede ser más pernicioso. En tanto que en esas otras naciones los oficiales pueden ejercer jurisdicción de mando sobre bastantes hombres, aquí la cifra de soldados que á cada oficial corresponden es verdaderamente irrisoria. No hace mucho que el jefe del partido liberal, Sr. Moret, demostraba en un discurso parlamentario que cada regimiento de infantería constaba aproximadamente en época normal de unos 300 hombres, de los cuales 222 son de aquellos indispensables (sargentos, cabos, músicos, ordenanzas, los que han de cuidar el cuartel, etc.), con lo cual el elemento efectivo de cada uno viene á ser *¡de setenta y ocho hombres!* Y no sólo por lo que respecta á la parte técnica se obtiene tal resultado, sino que igualmente deplorable resulta el aspecto económico, toda vez que la cantidad invertida proporcionalmente á cada oficial con que se cuenta, entre nosotros es mucho menos que en ninguna otra de las naciones á quienes hemos elegido como tipo de comparación.

Las siguientes cifras hablan con soberana elocuencia de lo apuntado:

	Cantidad invertida con relación á cada oficial. — *Pesetas.*	Número de soldados correspondientes á un oficial. — *Pesetas.*
Alemania.....	»	23
Inglaterra.....	139.864	12
Francia.....	25.900	20
Italia.....	20.144	20
España.....	11.414	6

El exceso de personal es indudable en el Ejército español. ¿A qué se debe? Sencillamente á nuestra imprevisión de no haber tenido organizada una buena oficialidad de complemento, lo cual ha sido causa de que en toda contingencia extraordinaria, la primera necesidad sentida haya sido la apertura de cauces para que entraran en el Ejército más y más oficiales. Y efectivamente, al terminar la última guerra civil, el Ejército estaba pletórico de oficialidad; y cuando aun ésta agobiaba los escalafones, vino la guerra filipina y después la insurrección cubana, y se creó de nuevo oficialidad abundante para suplir esa complementaria, de que nosotros aún carecemos. Perdido después nuestro imperio ultramarino, esa oficialidad, creada en circunstancias excepcionales (¡hubo promociones que hicieron en un año los estudios que ahora duran tres!), mas la que normalmente requería la posesión de Cuba, Filipinas y Puerto Rico, tuvo que refundirse en el Ejército peninsular, y así resulta que, habiendo sufrido la clase militar amortizaciones monstruosas, algunas del 75 por 100, y estando aún sufriendo, al cabo de diez años, la amortización del 25 por 100, hay aún ese exceso de oficialidad, que asciende á la cifra de 17,19 por 100.

Este mal resulta aumentado, desgraciadamente, á consecuencia de que en España el retiro se impone á edades muy avanzadas. Los tenientes generales permanecen en la sección de actividad hasta los setenta y dos años; los coroneles, hasta los sesenta y dos, y en algunos Cuerpos hasta los sesenta y cuatro; y análogamente, en las demás categorías. Hoy la vida

militar, efecto de la escasez de recursos disponibles para maniobras y escuelas prácticas, es bastante sedentaria; así es que, aun cuando la salud sea poca, el jefe permanece en filas ínterin no pierde la esperanza de ascenso, y aun á veces sabiendo que no puede ascender, con el fin de defender la diferencia de sueldo activo y pasivo. El general Luque, en su proyecto de reformas, que, en mi sentir, debe ser el banderín de enganche para cuantos aspiren á reconstituir un ejército sobre bases sólidas, propuso la rebaja de edades para el retiro, que quedaban en los siguientes límites:

Subalternos, cuarenta y ocho años; capitanes, cincuenta; comandantes y tenientes coroneles, cincuenta y seis; coroneles, cincuenta y ocho; generales de brigada, sesenta y dos; generales de división, sesenta y cuatro; tenientes generales, sesenta y ocho.

Con esta reforma y con una revista de inspeccion ejecutada en unas maniobras para lograr que sólo la aptitud física esté en filas, puede solucionarse el problema capitalísimo del Ejército: el exceso de oficialidad. El escollo está en el aumento de Clases pasivas, que gravan ya al presupuesto en más de setenta y cuatro millones de pesetas; pero es hora de pensar en si es más fructífero el hacer de una vez los gastos precisos para echar los cimientos de un poder militar efectivo, ó el seguir gastando en las apariencias de dicho poder. Esto aparte de que el retiro puede variar de concepto y no suponer la liberación de toda carga, la exención de todo trabajo, sino el apartamiento de las filas activas para pasar á prestar servicio en oficinas, en destinos sedentarios, que no requieran una consagración plena y absoluta de las energías físicas y psíquicas, hacedera tan sólo en el período de la verdadera vitalidad.

En Alemania, las edades máximas del alto mando son inferiores en siete años á las de España; el ejército búlgaro, organizado modernamente, debe su carácter ofensivo á la juventud de sus oficiales, tan extremada ya, que el general más viejo tiene cincuenta y seis años. En España, el oficial se consume

en los empleos inferiores, y llega á los de jefe con sus ilusiones agostadas y sus energías muertas. En el extranjero suele ser frecuente la permanencia bastante prolongada en los empleos de teniente y capitán; pero es con el objeto de que se verifique una selección indirecta, depurando las escalas de todos los que no sientan verdadera vocación por la carrera de las armas; pero luego, en el resto de los empleos, el ascenso es rápido. Aquí, como la permanencia en los empleos no obedece á esos principios, sino que es tan sólo efecto de lo abarrotadas que se encuentran las escalas, no tiene lugar sólo en los empleos inferiores, sino que se perpetúa en todos los sucesivos, haciendo que los más rosados ensueños cedan ante las negras tintas que la realidad ofrece.

***

Al mal que venimos describiendo da origen otra causa, juntamente con el exceso de personal, y es la carencia de una oficialidad de complemento. Si ésta existiera, se tendría el esqueleto de un ejército de reserva, sin gastos para el Erario nacional; y así, pagando el contingente de paz, se dispondría en cualquiera eventualidad del contingente de guerra. Como no existe, tenemos que pagar las reservas, que, como es natural, supone un núcleo inactivo en período normal, gravando considerablemente el presupuesto.

La creación de la oficialidad de complemento está subordinada á la rebaja de edades para los retiros y á la instauración del servicio militar obligatorio. El día en que ambas cosas se realicen, tendremos un conjunto de retirados en condiciones de prestar el servicio de segunda línea, y además una porción de jóvenes, á quienes se les podría conceder la exención del servicio activo después de un período obligatorio de instrucción, siempre que acrediten, mediante un examen teórico-práctico, que se hallan en condiciones de obtener el título de oficiales de la reserva. Unos y otros podrán ser base de la ofi-

cialidad de complemento, que resultaría gratuita, pues los retirados, únicos que cobrarían, ejercerían un cargo burocrático.

* * *

Hemos visto que hay un exceso de oficialidad grande; pero á éste hay que sumar el que, por eso mismo, la retribución no responde á las necesidades sociales de la clase militar; que la instrucción, en vez de ser exageradamente experimental y práctica, adolece del defecto, general á toda la instrucción española, de ser con exceso teoricista, y que el régimen de ascensos y recompensas no tiene la organización adecuada para lograr la selección y el estímulo.

En cuanto á la retribución, suele parangonarse el sueldo del oficial español con el de otros oficiales europeos, el francés entre ellos, que sólo excede en una veintena de francos mensuales al nuestro. Desde luego, la comparación no se hace actuando con terminos homogéneos, pues la carestía de la vida es hoy mayor en España que, v. gr., en Alemania y Francia. Además, consideraciones tradicionales, costumbres inveteradas, hacen que el oficial francés ó alemán pertenezca á las clases aristócráticas y pudientes, lo cual le permite realizar matrimonios ventajosos, en tanto que el oficial español vive, por regla general, atenido á su sueldo, insuficiente á todas luces para las exigencias sociales de la vida moderna. Hoy, por término medio, se asciende á capitán á los treinta y dos años; á esta edad lo natural es haber constituído un hogar. ¿Puede mantenerse éste con 190 pesetas mensuales?

Es claro que no puede ponerse en duda que el patriotismo debe ser virtud bastante para que el militar haga el sacrificio de todas las energías físicas ó intelectuales de que pueda disponer en aras de la adquisición de idoneidad para su servicio propio; mas no hay que olvidar que el hombre es compuesto de alma y cuerpo, y por mucho que el alma se esfuerce por volar, el cuerpo tira hacia la realidad de la vida. El jefe ú oficial

que cuenta con poco sueldo, que tiene tras sí una familia que demanda pan, que pide hogar, que quiere vestido y que tiene contemplándole una sociedad que le exige cierta posición social, cierto brillo y ostentación, fijándose en nonadas, en verdaderas niñerías, llega un momento en que no tiene más remedio que echarse en brazos de otra profesión que la del servicio de las armas, pero que le proporciona algo, un sobresueldo con que atender á las necesidades imperiosas que la familia y la ley le exigen. ¿Cómo se logra esto? Restando tiempo al servicio, abandonando los estudios propios de la profesión, resignándose á ser uno más en el montón anónimo de la Corporación, y dedicándose con alma y vida á esas otras ocupaciones, que son las que le redimen de la servidumbre del hambre. La panacea para evitarlo se reduce á tener el mínimum de Ejército con el máximum de retribución; estando el militar bien retribuído, sin los apremios de la vida, sin las perentoriedades económicas, se dedicará á sus estudios, á las labores propias de su carrera, y se obtiene una positiva ventaja en el Ejército.

*
* *

La enseñanza militar no es lo práctica que debiera. En primer lugar, faltan las maniobras, verdadera escuela para el aprendizaje de la guerra. En la maniobra se forma, por emulación y estudio, el oficial, y releída es la frase de Von der Golz, de que «del espíritu de la oficialidad depende el del Ejército entero». En Alemania, las maniobras imperiales que se celebran todos los años constituyen un examen, en el que se selecciona lo útil, relegando lo inútil, y así el oficial invierte el año entero en el estudio, porque sabe que su esfuerzo será recompensado, y así el mérito verdadero escala con rapidez las jerarquías superiores. En España, carentes de los fondos necesarios para verdaderas maniobras, nos contentamos con simulacros, que no adiestran lo suficiente.

Aparte de esto, en las mismas Academias militares no hay

plan que atienda lo debido al aspecto experimental á que tanta importancia se concede en la enseñanza por la Pedagogía moderna. No falta centro de ellos en que sale el oficial conociendo á la perfección las carreteras y ferrocarriles que existían en Francia en 1870, y, sin embargo, no posee el conocimiento de los que actualmente posee España. El plan de estudios resulta en todas las Academias militares sumamente recargado, y con ello se da lugar á un atiborramiento intelectual, muy propenso á indigestiones y empachos.

No deja de tener culpa el empeño en conservar dos clases de subalternos (segundos y primeros tenientes), cuando sólo debiera haber una, y el otro empleo ser el período práctico en que se consolidaran los conocimientos teóricos adquiridos.

Pero sobre todo, hay una culpa que no puede ocultarse, y es que la falta de contrastes del saber en toda la vida militar, por larga que sea, obliga á que se exija al alumno *todos* los conocimientos precisos en *todas* las categorías y jerarquías, desde soldado á generalísimo.

***

Quedan por apuntar en este sucinto inventario de las causas más importantes que originan nuestra decadencia militar, dos: el mal sistema de ascensos y el mal sistema de recompensas.

Indudablemente, los móviles puros y desinteresados en las determinaciones psíquicas del hombre, son privilegio exclusivo del genio, y no hay que pedirlos al común acervo. Todos trabajamos por un estímulo, por una gloria ó un provecho, y por eso, donde el estímulo desaparece, el trabajo cesa. En el Ejército español no puede haber estímulos, porque ni las recompensas tienen las gradaciones debidas que la flexibilidad del mérito exige, ni los ascensos se basan en consideraciones propias para que la emulación exista.

Hablemos del ascenso.

El ascenso es por *rigurosa antigüedad*. El número dos de

una promoción sigue siempre (salvo el caso de que como pena se imponga una postergación) tras el número uno, y de nada servirán sus esfuerzos por acrecentar sus conocimientos; de nada servirá que unánimemente lleguen á reconocérsele cualidades excepcionales, pues nunca podrá elevarse más que los anteriores en la escala, aunque sea una gloria nacional. Sólo en el generalato el ascenso es por elección; pero como ésta no es por oposición ó concurso de méritos, resulta más expuesta á las exigencias del favor que á los requerimientos de la justicia.

El general Luque, que, como ya hemos dicho, es el gran reformista, el depositario de la única bandera, á cuya sombra es posible la reconstitución de nuestro poder militar, propuso un sistema de ascensos, mitad por antigüedad y mitad por elección. Esta se basaba en informes de los jefes inmediatos, certificados de aptitud física, permanencia en el empleo durante un cierto número de años y examen. Este es el único medio de lograr un continuo remozamiento intelectual y físico en las escalas; es el único medio de empujar al apto y de cerrarle el paso al inepto. Lo contrario es defender la ignorancia por el mero hecho de que se encierre bajo una cabellera de plata.

La antigüedad por si sola cercena ilusiones, agosta esperanzas, atrofia el cerebro, mata el estudio, cierra por completo las puertas al estímulo, y hace que el oficial ó el jefe se abandone, y se contente con esperar á que la muerte ó los años vayan haciendo desaparecer los que le preceden en el escalafón. La antigüedad se ha defendido—y aun hoy es justo confesar que tiene más partidarios que detractores—por los abusos á que la elección se presta. ¡Abusos! ¿Y dónde no los hay? Pero resultará siempre preferible que entre cien idóneos suba un inepto, que no el que los cien idóneos queden sepultados en una fosa común con tal de que el inepto no suba. ¿No podrían disculparse todos los abusos del sistema electivo, con tal de que se lograra dar paso al genio de Napoleón ó al talento de Moltke?

Y no es esta opinión esporádica, sino que es la dominante en todos los tratadistas militares. «Al huir de los grandes y evidentes males que produjo en otros tiempos el favoritismo—dice el coronel marqués de Mendigorría,—el Ejército ha venido á caer en los males peores á que nos arrastra el sistema diametralmente contrario.»

«No se diga que la igualdad de estudios y servicios—dice el ilustre comentarista de las Ordenanzas, Vallecillo,—haciendo inecesaria la elección, por igualar la idoneidad y el mérito, justifica la absoluta antigüedad, porque, cabiendo dentro de esta noble igualdad, la *sobresaliente aplicación y talento,* es de rigurosa justicia que estas cualidades de *talento y aplicación sobresalientes equivalgan á la mayor antigüedad.*» «Cuando haya un puesto que ocupar—escribía Almirante en 1867,—anúnciese por carteles, y ya veréis cómo, rompiendo por la apiñada muchedumbre de tímidos espectadores, saltan al palenque hombres de frente levantada y corazón ávido de gloria, torpes y flojos en las luchas de antesalas, pero serenos y fuertes á la luz del sol, en campo abierto, donde la justicia preside en alto y visible tablado, donde el aplauso corona al vencedor y queda también para el vencido la simpatía respetuosa que siempre excita al valor desafortunado.» Y el general Madariaga, uno de los escritores militares de más fibra y de menos aluvión, dice en sus *Cuestiones militares:* «Somos adversario de la antigüedad absoluta para ascender, porque esa antigüedad absoluta está condenada por las Ordenanzas; porque es perjudicial para el Estado é injusta para los individuos, desde el momento en que nada concede al mérito y todo á los años; porque destruye el espíritu militar, no estimulando las cualidades requeridas para el ejercicio de los empleos, y porque pone el mando, no en manos de los más aptos, sino de los que han vivido más... (sin que quiera esto decir que no se reúnan en algunos casos estas dos circunstancias; pero entonces, no por ministerio de la ley, sino por la ley de la casualidad).»

No es moderna la doctrina del ascenso por elección; desde muy antiguo se ha comprendido que es el único sistema defendible para tener Ejército. Scarión Pavía, á fines del siglo XVI en que escribió su *Doctrina militar*, se expresaba así: «Estos oficios de sargento mayor y ayudante, según la opinión de muchos y mía, no se han de dar por favor, porque no pertenecen á todo género de hombres; mas débense dar por valor de persona, satisfacción de servicios y plática del arte militar, por *examen público.*» Vegecio y Diego de Salazar escribieron: «Los guerreros, cuando los ponen en la guerra, se conservan con la esperanza y con el premio.» El marqués de Santa Cruz observó que si nadie aguardase aumento sino á fuerza de vivir, serían pocos los que diesen hacia el peligro un paso más que lo puramente preciso para no perder la reputación.

Es más: nuestras Ordenanzas militares, el más sabio Cuerpo legislativo que poseemos, quizás no solamente en el orden militar, sino en todos los órdenes, contenían en sus preceptos el ascenso electivo, proscribiendo en absoluto, como fatal y expuesto al abandono intelectual, el régimen basado en la mera antigüedad. He aquí un par de muestras: «Ni su nacimiento *ni su antigüedad* deben lisonjear su confianza para el ascenso, porque el que tuviere una ú otra de estas cualidades, es más *digna de olvido* si se descuida contentándose con ellas», se lee en el artículo 2.°, título VI, tratado 8.° «El buen desempeño del capitán en todo lo expresado recomendará muy particularmente su mérito, y en él debe fundar, *mucho más que en su antigüedad,* la esperanza de sus ascensos», dice el art. 2.° del título X, tratado 2.°

Esta es una de las piedras angulares de un buen edificio orgánico militar, y á eso que ya se atiende en todas las naciones es preciso atender en España.

El temor al favoritismo, que mantiene el sistema de ascensos por antigüedad es más ilusorio que real; pero suponiendo que fuera justo, siempre resultaría una muestra de debilidad en las propias fuerzas para defender la equidad, el renunciar á

lo que, siendo signo de emulación, es camino seguro de perfeccionamiento y adelanto.

***

Podría ser disimulada la maldad del sistema de ascensos con la bondad del régimen de recompensas; pero, desgraciadamente, al criticar las recompensas reglamentarias en España, no hay más remedio que acentuar las notas del pesimismo. Refiriéndonos tan sólo al tiempo de paz, á la época normal, ¿hay gradación debida en las recompensas? Evidentemente que no.

Existe una cruz blanca del Mérito Militar, tan prodigada, que casi no se aprecia; existe una mención honorífica, y existe la cruz pensionada, que se divide en dos categorías: una con el 10 por 100 del sueldo hasta el ascenso al empleo inmediato superior, y otra con el 10 por 100 hasta el ascenso á general ó retiro.

Con este sistema pueden darse los siguientes casos: Un oficial, próximo al ascenso á capitán, publica una interesantísima obra, reveladora de conocimientos profundos y de cultura vasta; se le otorga la cruz pensionada, y está sólo en posesión de ella tres meses. ¡Ha percibido como recompensa por tan notable obra la cantidad de *doce* duros! Un jefe inventa un aparato bélico que produzca una revolución en el arte de la guerra, que le coloque á la altura de un genio; ¿es recompensa esa mezquindad del 10 por 100? ¿Cabe recompensar los servicios de un coronel modelo de saber, con una pensión de *tres mil reales al año*, cuando el mero hecho de mandar regimiento le da derecho á una gratificación de *cuatro mil?* ¿Es justo que el profesor de una asignatura cobre como gratificación de profesorado 1.500 pesetas, en tanto que un capitán autor del texto que se utiliza sólo disfrute 350 pesetas, y esto solo por el tiempo que tardo en ascender á comandante?

***

En una palabra: está por acometer la labor de tener Ejército. Hay elementos, hay primera materia, hay buena voluntad, pero falta un criterio «revolucionario desde arriba», que eleve nuestras instituciones militares á la altura que se merece la nación y que se merece el soldado español. Justo es consignar que dos hombres han levantado bandera excelente para llegar al fin ansiado por todos: el general Cassola y el general Luque. Justo es decir que muchas reformas han tropezado con la enemiga de gran parte de la misma oficialidad, como es el ascenso electivo. Mas es hora de ir haciendo caso omiso de los temores sin fundamento, pues hay que desengañarse que *sin instituciones militares* no hay nación posible, por dispuesto que el pueblo se encuentre para el sacrificio. El problema militar se olvida entre nosotros, y ni la Historia ni la Geografía autorizan tal olvido.

MARIANO MARFIL

CRÓNICA LITERARIA

Los muertos mandan, novela, por Vicente Blasco Ibáñez.

La más reciente actualidad novelesca está representada, en el momento en que escribo estas líneas, por *Los muertos mandan,* de Vicente Blasco Ibáñez. Esto no quiere decir, naturalmente, que esa novela sea la última que ha salido de las prensas, sino que es la más reciente entre las importantes, entre las que llevan en la portada un nombre famoso. La actualidad no se compone sólo de una relación de tiempo, sino de una relación de importancia. Es una mezcla de presente y de notoriedad. No sólo por ser presentes ó próximas á lo presente, son actuales las cosas. Infinidad de cosas hay y suceden á nuestro alrededor, que nunca serán actuales, porque nadie reparará en ellas. Y los libros no se eximen de esa suerte general de las cosas. Muchos de ellos no han gozado nunca esa hora de la actualidad, que es como un nacimiento en la atención de los públicos.

*
* *

Los muertos mandan es una novela basada en un principio científico, que ha entrado en el dominio del conocimiento vulgar, ó acaso ha sido vulgar antes de ser científico, que es lo más frecuente y natural en el orden de los conocimientos. Al decir que está basada en un principio de esa índole, hablo con toda la relatividad de la metáfora. Para una novela suele ser cimiento insuficiente un principio, una idea. Más bien será la idea un habitante de la obra artística, algo que se pasea por ella como un huésped ó acaso como un duende.

Los muertos mandan es otra metáfora expresiva y admiti-

da. Spencer, generalmente muy pagado de la exactitud, lo ha dicho en términos semejantes. Los muertos nos gobiernan ó estamos gobernados por los muertos, escribió el moderno Aristóteles británico para indicar la fuerza de la tradición y de la herencia. Lo mismo expresa en una fábula novelesca la obra de Blasco Ibáñez. Cierto es que, si vamos á apurar la exactitud, los muertos no mandan, ni gobiernan, ni hacen nada en este mundo terrenal desde que salieron de él, más que devolver al Cosmos en el callado retiro de su tumba los elementos físicos de que un día se vistió su extinguida persona, su fenómeno individual. Lo que manda ó gobierna son las ideas por ellos elaboradas, la herencia espiritual que nos dejaron y que sus sucesores han conservado. Mandan, con nuestra complicidad, las ideas, sentimientos y costumbres de los muertos. Mas al novelista, que es al cabo un poeta en prosa, le es permitido seguir el antiguo procedimiento de las personificaciones y prosopopeyas, fuente de dioses, de mitos y de imágenes poéticas, y así puede presentarnos al ejército innumerable de los hombres que fueron posesionado de la tierra donde aquellos dejaron sus huesos, y á la muerte, como emperatriz del mundo y señora de los vivos, dictando pragmáticas y tácitos rescriptos, mientras le llega la hora de llevarse á sus tenebrosos dominios á la nueva generación que la obedece.

Esa alegoría que traslada á las personas de los muertos la acción de su herencial ideal, no se limita al título de la novela; ha inspirado en ellas páginas de carácter poemático, que divierten y elevan el ánimo del cuadro realista de la fábula, y ponen un relámpago de poesía, de antigua poesía de terror y de misterio, en el relato verosímil de los sucesos comunes y corrientes que les acaecen á los personajes.

***

Jaime Febrer es el último descendiente de una de lás familias patricias de Mallorca, de una de las estirpes de los butifarras. Esta aristocracia mercantil, navegante y guerrera un

tiempo, como las de las repúblicas italianas y las de los demás emporios mediterráneos, ha ido evolucionando con el tiempo; ha dado capitanes y consejeros al servicio de los reyes, prelados é inquisidores al de la Iglesia, y al llegar á los tiempos modernos acaba en ese tipo, hoy tan general, del noble arruinado, que tiene por capital un nombre, una educación delicada y frívola, una herencia de hábitos patricios. Jaime Febrer padece, como tantos otros, los males de una época de transición en que la nobleza histórica no asegura ya un predominio social, ni encuentra fáciles y abiertas las antiguas sendas de la espada, los Consejos reales, la Iglesia, ni está todavía extinguida al punto de que sus miembros se confundan con la masa del estado llano en las luchas del trabajo. Los privilegios han desaparecido, pero queda aún una estela de prejuicios, de incompatibilidades con las ocupaciones plebeyas, una falta de adaptación á la lucha por la vida. Así Febrer no encuentra mejor remedio á sus apuros que casarse con la heredera de un opulento chueta, de un descendiente de judíos. Yo no sé si Blasco exagera la supervivencia de la preocupación contra esa raza perseguida y proscripta en épocas de viva pasión religiosa y enérgico sentimiento de casta. El hecho es que la describe vigorosamente, y que en este sentimiento se apoya la acción de su novela.

Entonces entran en acción los muertos... por medio de los vivos, naturalmente. El proyecto matrimonial de Febrer despierta en cuantos le rodean asombro y hostilidad. Un butifarra no puede casarse con una chueta. Desde la antigua criada que le sirve desde su infancia, hasta los parientes y amigos, incluso los mismos chuetas, como el capitán Valls, reprueban aquel enlace, que choca con la tradición. El mismo Febrer, no obstante su iniciación cosmopolita y sus ideas de hombre moderno, advierte que en lo íntimo de su alma se levanta contra aquel proyecto una fuerza poderosa, la voz de sus antepasados convertida en instintiva antipatía. *Aquello* es imposible. Los muertos triunfan, el mandato de lo pasado se impone. Febrer

abandona sus proyectos matrimoniales, y se traslada á Ibiza, á vegetar en la soledad de una ruinosa torre que conserva como resto del espléndido patrimonio de su casa.

Entonces entra la novela en una nueva fase. La vena descriptiva toma una nueva dirección. En la primera parte de la novela había seguido con preferencia las sendas retrospectivas, poblando de recuerdos históricos los paisajes de Mallorca, evocando las luchas marítimas del Mediterráneo, los combates con corsarios berberiscos é ingleses, que han tenido, no ha mucho, en Ricardo Burguete un diligente y animado historiador, personificando, en suma, en la estirpe de los Febrer, y singularmente en la figura del comendador de la Orden de Malta, Priamo Febrer, una buena parte de la historia comercial, marítima y guerrera de las Baleares. Había evocado también el novelista, en la Cartuja de Valldemosa, no lejos del olivar milenario dibujado por Doré, y que Blasco describe con la energía y la evocación fantástica del famoso dibujante y pintor, la pareja errante de Jorge Sand y Chopin, imagen de un amor atormentado y extraño, de una de las fiebres del romanticismo que tienen algo de pesadilla y han creado una especie de trágico sentimental que todavía padecemos los hombres de hoy, aunque el nombre de romanticismo nos sugiera la idea de algo pasado y lejano.

En Ibiza, esa vena descriptiva se recrea en el paisaje y en las costumbres. Surge allí un cuadro patriarcal y primitivo. Parece parado el tiempo. Con la eterna poesía del mar, alterna la ruda y penetrante poesía de las costumbres de los moradores, impregnadas de un sabor arcaico, que hace recordar en esta parte de la novela los viejos poemas de Grecia. Febrer, en la soledad del torreón arruinado donde mora, no se trata más que con unos antiguos colonos de su casa, que siguen viendo en él al señor. Allí surge su amor por Margalida, la hija del colono, á quien llaman con el poético nombre de flor de almendro. El novelista describe con vivo colorido la costumbre del festeig ó galanteo de las mozas solteras por los mozos de la

localidad, una especie de cortejo colectivo en que la cortejada elige al pretendiente que más la agrada, luego de conversar algunos días con todos los aspirantes. Febrer, no obstante la diferencia de clase y su condición de forastero, que provoca las iras de los pretendientes de Margalida, toma parte en el festeig, expone su vida en aquella empresa amorosa, arrostrando los peligros que ofrece la rivalidad en una tierra de venganza y de sangre, donde los hombres no se separan nunca de la pistola y la faca. Al cabo triunfa, y se casa con la hermosa ibicenca; el amor ha vencido á los muertos, á los muertos que también reprobaban aquella unión entre una payesa y un butifarra, aunque no con tanta energía como el enlace con la *chueta*.

***

Tal es, á grandes rasgos, la última novela de Blasco Ibáñez, compuesta, como todas las suyas, con claridad y armonía latinas, y en la cual una fábula sencilla aparece adornada por una rica floración descriptiva. ¿Qué lugar ocupa esta novela entre las de Blasco Ibáñez, en la biblioteca novelesca de este fecundo creador de personajes, de cuadros sociales, de historias imaginarias matizadas con toques de realidad? Entre las varias direcciones de la novela moderna, ¿á cuál responde? Un ligero examen nos permitirá contestar á estas preguntas.

Entre las novelas de Blasco Ibáñez se distinguen claramente tres grupos de desigual importancia, cuatro si á ellos se agrega el de la novela histórica iniciado en *Sónnica la Cortesana*. El primero con el cual conquistó Blasco su fama de novelista, y que es en gran parte anterior á los otros en el orden de producción, es el de la novela de costumbres valencianas, costumbres urbanas, campesinas, marineras. Estas novelas, que han hecho de Blasco el Pereda valenciano, un Pereda al revés en punto á ideas religiosas y políticas, diferente en el tono y condición del estilo, pero semejante en el poder de observación y en la riqueza del colorido descriptivo, más brillante en Blasco como hombre de Levante, más sobrio y hondo en

Pereda como hombre de una región del Norte, de cielos opacos, de neblinas, de matices delicados en la naturaleza, han recogido, en una sucesión de cuadros artísticos de gran valor descriptivo, la vida de Valencia en la ciudad, en la huerta, en el mar, y se distinguen por su sencillez y su intensa y conmovedora expresión. Vienen luego las novelas de tendencia filosófica y social, en las cuales se refleja la lucha de ideas, y que ha llevado Blasco á otras ciudades, á otras tierras y á otros escenarios por él menos estudiados que los de su solar valenciano. Con éstas han alternado las novelas del arte ó de la psicología de las profesiones artísticas, novelas de toreros, de pintores, de tiples de ópera. Esta clasificación no es absoluta; tiene algo de externa, porque las obras de arte no se pueden clasificar con el rigor y la exactitud que las obras científicas; pero cuantos hayan leído los libros de Blasco Ibáñez, habrán advertido que en ellos se dibujan esos grupos.

Los muertos mandan se asimila á las novelas de costumbres valencianas en toda la parte descriptiva de costumbres populares y paisajes de las Baleares. Tierra muy semejante á Valencia, unida á ésta por lazos históricos de conquista y población, el novelista la ha comprendido y la describe con tanta fidelidad y acierto como á su propia tierra. El pensamiento filosófico de la obra, ese imperio de los muertos, esa herencia espiritual del pasado, la aproxima á las novelas de tendencia filosófica y social. Pero en *Los muertos mandan* la tesis tiene una generalidad y una elevación que ha librado á Blasco de caer en la parcialidad y en el consiguiente empequeñecimiento de horizonte que en varias otras de sus novelas de este grupo se descubre. Puede decirse que *Los muertos mandan,* digna de alternar con las novelas valencianas, aunque no tenga la fuerza trágica de *Cañas y barro* y *La barraca,* es, entre las de tendencia filosófica, la más limpia de escorias y la más libre del lastre de preocupaciones y exageraciones de escuela, que menoscaba el valor de las obras de arte en las cuales entran estos elementos.

Consideremos ahora, para terminar, la novela de Blasco Ibáñez, no en relación con las otras del mismo autor, sino como un ejemplar ó caso de las tendencias que se observan en la novela moderna. El campo, cada día más extenso, de la novela, no aparece hoy repartido en provincias claramente delimitadas. Desde que acabó el imperio del naturalismo, puede decirse que no hay escuelas novelescas, sino variedades anárquicas. Pero en todas ellas se observa la tendencia á conservar el realismo como un común denominador, como un elemento genérico de la novela, y á agregarle algún otro elemento específico.

No diré yo con Faguet, que el favor de los nuevos tipos de novela se debe á que los novelistas naturalistas han agotado ya la pintura de los interiores burgueses, han consumido todo el asunto que pueden ofrecer á la novela las costumbres de una época; pero sea por fatiga, por agotamiento de asuntos ó por haberse dilatado el campo de la novela, el hecho es que la mera observación costumbrista no satisface, que la mayor parte de los novelistas de cuenta quieren poner algo más en sus obras. La novela no se limita ya, por lo general, á ser una historia natural humana, ni el novelador una especie de entomólogo, que va coleccionando, en vez de insectos, bípedos racionantes.

Entre las muchas cosas: psicología, ocultismo, palpitaciones sociales, fondo histórico, etc., que la novela contemporánea agrega al elemento genérico de observación realista, de pintura de las costumbres, lo que se añade en *Los muertos mandan* es un elemento filosófico y poemático: esa doctrina del gobierno de los muertos, convertida en mito poético en algunos pasajes. Parece que la novela, desandando el tiempo, quiere asomarse al antiguo y encantado bosque de la epopeya, por donde no se pasean ya seres humanos. También Zola, en sus Villas y en sus Evangelios, hizo esta excursión: puso en la novela una nota poemática, un matiz de epopeya moderna.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Historia: *El Padre Duchesne.*=Política pedagógica: El neutralismo.=Crítica: Galicismos en «-miento».=Ocultismo: ¿Se puede comunicar con el otro mundo?=Literatura: El asno de Buridan.=Impresiones y notas: Los grandes escritores y sus ingresos.—Auxilios invisibles.—Las madres de las actrices.

HISTORIA

«El Padre Duchesne.»—Con motivo de la publicación de *El Padre Duchesne* por el erudito Pablo d'Estrée, consagra en la *Revue Hebdomadaire* Funtz-Brentano un interesante artículo á Hebert y á su revolucionario é inmundo periódico, que tan terrible parte tuvo en el desarrollo terrorista de la gran revolución.

Santiago Renato Hebert nació en Alençon el 15 de Noviembre de 1757, de una familia estimada y regularmente acomodada, siendo su padre un maestro orfebre, antiguo primer juez-cónsul, síndico y teniente de artesanos. Huérfano de padre, se vió mezclado á los diez y nueve años en un ruidoso proceso, que al cabo de cuatro años le dejó arruinado y condenado á destierro. Aquel proceso dejó en su espíritu nervioso é irritable profunda levadura de odio, que no tardó en fermentar.

Llegado á París Hebert, presentó algunas piezas al teatro de *Varietés amusantes*, y aunque no le fueron admitidas, de tal modo supo agarrarse al director Gaillard, que consiguió un empleo de interventor en el teatro, teniendo á su cargo la

venta de los palcos. Era en 1786, y Hebert tenía veintinueve años. «Los grandes señores—dice d'Estrée—se daban cita en los palquitos de *Variedades;* los petimetres y los semicastores iban á exhibir en ellos las últimas novedades de la moda. Las damas entraban altivas y arrogantes, con la cabeza cargada de inmensos sombreros, *á la caja de descuentos,* es decir, sin fondo, ó rematados en plumas que giraban como una veleta á todos los vientos. Sus trajes, de grandes faralares, se complicaban sobre las caderas con monstruosas sobrefalditas. Los caballeros se presentaban con espada al cinto, sombrero bajo el brazo y tupé empolvado, acompañado de morcillas simétricas ó flanqueado por colas de pichón; sus trajes, de paño fino ó de tafetán, estaban galoneados, bordados ó salpicados de pintas; y de cada bolsillo de su verta, de seda ó de patén, bajaban casi hasta el muslo cadenas de reloj con colgantes de toda clase.» Cuando Hebert redacte más tarde *El Padre Duchesne,* recordando sus sombríos celos y su envidiosa rabia por todo aquel lujo que él no podía disfrutar, vomitará su odio y su desprecio sobre los «mirliflores de calzones estrechos y casacas cuadradas», sobre las «lindas bribonas» y sobre los «moscatelinos almibarados» de Palais Royal.

Hebert, que cobraba 1.800 francos de sueldo como cajero, se llevó 3.000 de la caja, según declaró más tarde la mujer Dubois en su proceso ante el tribunal revolucionario, y dejó la plaza. Desde entonces vivió no se sabe cómo, hasta que el estallido de la Revolución le abrió el camino de la notoriedad y de la riqueza. Hebert no era hombre de acción, sino de pluma, un libelista capaz de todo, pero metido en su cueva y cobarde en el fondo: ni estuvo en la toma de la Bastilla, ni en las jornadas de Octubre, ni en la del 10 de Agosto. Padecía agorafobia, tenía miedo á la luz de las plazas públicas. Una sola vez se halló cogido en un motín, el 17 de Julio de 1791, y oyó silbar en sus oídos las balas de los soldados de Lafayette; sus piernas temblaban, sus ojos no veían y sus dientes rechinaban de miedo. Jamás perdonó á Lafayette ni á Bailly el susto que

le dieron, y *El Padre Duchesne* recordará aquel episodio con el temor de una fiera.

En 1791 se casó Hebert con una monja exclaustrada: María Margarita Francisca Goupil, educada en el convento de la Concepción de la calle de San Honorato, había tomado el velo, cuando en Junio de 1790 los revolucionarios notificaron á las religiosas que sus votos estaban rotos; de 24 que había en el convento, 23 declararon que querían seguir en el claustro, y sólo una quiso salir; al año siguiente, la ex-monja era la señora Hebert. Esta mujer, adorada por su esposo—quizá la única cosa limpia que hay en la vida del libelista—era lista y de figura agradable. Desgenettes cuenta su visita al matrimonio, y dice que le chocó un cuadro de comedor que representaba á Jesús en la casa de Emmaus; Hebert había puesto debajo esta explicación: «El descamisado Jesús comiendo con dos de sus discípulos en el castillo de un *ex.*» Margarita declaró que aquella broma no la gustaba, pues no era atea. La comida era buena y estaba muy bien servida; y á las seis llegó Hebert, y no concluyeron de comer hasta las nueve, pero es porque á cada momento les interrumpían con uno ú otro motivo. A Desgenettes le llamó la atención la llegada de una especie de gigantón de cara feroz y repugnante, que entró haciendo temblar los muebles con sus pisadas y manotazos, gritando con voz de trueno:—Llegas á tiempo—le dijo Hebert,—¿quieres comer?—Ya está eso hecho hace dos horas, pero tomaré un vaso de vino para beber á la salud de la compañía.—Con mucho gusto, toma.—Y mientras el terrible patriota bebía, Hebert le dijo:—Vé esta noche á los Franciscanos; volveré á hablar á Danton y á Legendre, y tendrás la plaza de portero en la cárcel.

Hebert y Robespierre eran los únicos revolucionarios que se permitían la audacia de vestir bien, y que no cumplían el decreto impuesto por Chaumette á todo «verdadero patriota» de andar con zuecos. Entonces, los cabellos desgreñados, una camisa sucia, una blusa y unos pantalones manchados y re-

mendados, eran la marca del verdadero patriotismo. Un hombre bien vestido provocaba una silba y estaba expuesto á ser guillotinado.

Como sustituto de la Commune, Hebert representa importante papel en la historia de la pasión de la real familia. Cuando fué conducida á la prisión del Templo, Hebert compara á Luis XVI con «el rinoceronte espumando de rabia,» y dice de la señora Veto (María Antonieta) que «ha tomado la figura traidora de una gata». *El Padre Duchesne,* con su tirada de 600.000 ejemplares, entonces enorme, estaba escrito en estilo basurario, á chorro continuo de injurias y calumnias. La viñeta de la portada, groseramente labrada, representaba un fumista con sombrero de guardia nacional, con un hacha en la mano derecha, levantada, y otra en el cinto cogiendo una pistola, fumando en humeante pipa y echando tacos y maldiciones.

Hebert había instalado en el Templo, como guardián de la real familia, á una hechura suya, el zapador Rocher, tipo acabado del carcelero de novela, con cara feroz, bigotes retorcidos, frente medio oculta bajo un gorro de pelo, cejas pobladas y cerdosas, mirada tremebunda y ancho cinturón de cuero, del que colgaba arrastrando un largo sable y un manojo de llaves. Cada vez que el rey quería salir, Rocher revolvía las llaves con estrépito y tiraba ruidosamente del cerrojo; luego brincaba por las escaleras y se plantaba de centinela en la última para hacer alguna grosería con la familia real. «María Antonieta se las echaba de orgullosa, decía; pero yo la he obligado á bajarse ante mí; he puesto tan bajo el portillo, que tienen que doblarse al pasar; cuando pasan, no dejo nunca de soltar á Isabel una bocanada de mi pipa; tanto, que un día se le ocurrió preguntar á uno de nuestros comisarios:—¿Por qué está Rocher fumando siempre? — Probablemente porque le gusta, respondió el comisario, ¡ja, ja, ja, ja!» Y el bárbaro reía la grosería con sus compañeros, pegando principalmente contra la desgraciada Isabel, «la Isabelona» (*grosse Babet),*

como Hebert llamaba á la sencilla, dulce, digna y santa princesa.

Aquel cobarde era un hombre sin entrañas. Acababan de guillotinar al rey, y escribía en *El Padre Duchesne:* «La mona de Austria, la Isabelona y los lobeznos (Luis XVII y su hermana) habrían perdido el gusto del pan, y en un abrir y cerrar de ojos hubiera quedado Francia libre de sus males, si los Brissotinos (los Girondinos) hubieran cumplido sus deberes.» Hebert no fué feliz hasta que vió á María Antonieta en la Conserjería; desde entonces *El Padre Duchesne* no deja escapar ocasión para pedir la condena del «Veto hembra, la architigresa de Austria», refunfuñando contra la Convención porque «se entretiene con la mostaza» y no acaba pronto para que llegue el día en que el funcionario Sanson (el verdugo) «juegue á los bolos con la cabeza de la loba austriaca».

La crueldad del carácter corría parejas con lo grosero del estilo; como si fuera poco hacer morir á la reina, quiso manchar su memoria de la mayor de las infamias, y se atrevió á acusarla de corruptora de las costumbres de su tierno hijo el delfín. María Antonieta, indignada, tuvo un arranque sublime: — ¡Apelo á todas las madres!—se limitó á responder con soberano desprecio. El mismo Robespierre censuró tan atroz calumnia del vil libelista.

Hay que ver la alegría sádica con que *El Padre Duchesne* gozaba y reía de los suplicios de aquellos desgraciados. Y tal conciencia tenía de su poder y de su pernicioso influjo, que decía con el mayor cinismo que su pipa se parecía á las trompetas de Jericó: Cuando hechaba humo por tres veces en torno de una reputación, aquella reputación caía; es decir, que una cabeza rodaba sobre las gradas del patíbulo: «¿Dónde estaríamos—decía muchas veces—sin la santa guillotina?»

Hebert seguía á sus víctimas hasta verlas guillotinar, lo que le servía «de gran regocijo». La vista de la sangre y de la guillotina había llegado á producir en los jacobinos y en los franciscanos una verdadera manía sádica. Muchos de ellos ha-

bían hecho instalar en sus cocinas pequeñas guillotinas, y no comían pollos, patos ni conejos que no hubieran sido guillotinados. Sería grotesco, si no fuera horrible.

El Padre Duchesne no estaba nunca satisfecho de sangre, y todavía le parecían demasiado lentos los procedimientos sumarísimos del tribunal revolucionario. «Cuando Roma tenía traidores en su seno, decía, ¿empleaba formas para despeñarlos por la roca Tarpeya? Queremos un tribunal revolucionario, pero que juzgue sin formas. En Francia hay dos partidos, y es preciso que uno sucumba y otro triunfe; se pondrá la guillotina al lado del tribunal, y la cuchilla brillará para cortar la cabeza del culpable, ó la del juez que haya perdonado.»

Llegó un momento en que el mismo Robespierre tuvo miedo, y el 15 de Febrero de 1794 se atrevió á censurar las máximas sanguinarias de Hebert y de *El Padre Duchesne*; el club de los Franciscanos, donde dominaba Hebert, como Robespierre dominaba en el de los Jacobinos, respondió el 24: «Auméntese el ejército revolucionario y ¡adelante con la guillotina!» El combate entre las dos fieras quedó entablado: Heber tiene á su lado la Commune, los franciscanos, el populacho y su periódico; Robespierre tiene la Convención y los jacobinos. Pero Hebert es cobarde, y eso da la victoria á Robespierre. La gente comenzaba á cansarse del terrorismo, y el 13 de Marzo son acusados los hebertistas por Saint-Just en la Convención. «Son, decía, unos sibaritas que se regalan con banquetes de cien escudos por cabeza, y que cambian signos de reconocimiento en los espectáculos; son hipócritas de los que se avergüenza la sombra del gran ciudadano.» «¿Qué mérito tenéis, añadía, dirigiéndose á Hebert, cuando un papelucho os produce 30.000 libras de renta, cuando oprimís á los ciudadanos y sois libre y poderoso?»

Aquella misma noche los agitadores del club de los Franciscanos, Hebert, Ronson, Vincent, Momoro, Ducoquet y Laumur fueron encarcelados. Su popularidad había concluído,

y todo el mundo celebró su condena y se dispuso á celebrar su decapitación. Gran número de ciudadanos se concertaron para gritar cuando subiera Hebert á la guillotina, imitando una de sus frases favoritas: «¿Está bien contento hoy *El Padre Duchesne* de ver cómo se purga á los aristócratas?»

Los hebertistas fueron ejecutados en la misma plaza de la Revolución (la Concordia de hoy), donde habían hecho perecer con sus acusaciones tantísimas víctimas. La noche que precedió al suplicio, Hebert tuvo alucinaciones. Se veía en el cadalso, y la fatal cuchilla, goteando con la sangre de sus cómplices y amigos, se abatía sobre su desnuda nuca; y con la garganta seca y los ojos extraviados, Hebert gritaba: «¿Veis á los asesinos? Vienen para matarme. Ahí están. Vienen para cogerme. ¡Socorro, socorro, defendedme!»

¿Quién le había de defender, si sólo había sembrado odios y sed de sangre? Nadie. El carácter vil y bajo que mostró durante todo el proceso, á diferencia de su amigo Ronson, siempre entero y decidor, se mostró más que nunca en aquellos solemnes momentos. Lo llevaron casi inanimado á la carreta, y cuando hubo caído su cabeza, el pueblo—aquel mismo pueblo que poco antes se arrebataba *El Padre Duchesne* para corear sus patibularias frases—lanzó al aire sus sombreros, como si le hubieran librado de un peso, y desahogando su satisfacción con vivas á la República.

POLÍTICA PEDAGÓGICA

El neutralismo.—El neutralismo es la fórmula despampanante, últimamente inventada por los farsantes de la política para salir del apuro en que se han metido—en Francia especialmente,—con la teoría del Estado neutro. Se quiere que el Estado permanezca neutral, y que sus funcionarios del orden docente—maestros y catedráticos—lo sean también al enseñar las diversas materias de que son titulares á los niños. Mientras

se trata de Matemáticas, de Cronología ó de Geografía—¡y aún!—puede observarse esa neutralidad; pero ¿y en Filosofía? ¿Y en Historia?

El librejo de texto dice en la *Colette Baudoche* de Mauricio Barrés: «La sinceridad y la generosidad eran perfectamente extrañas á Bonaparte; lejos de admirar una bella acción, era incapaz de comprenderla.» El niño se niega á leer esto, «porque el libro miente y Napoleón fué un gran hombre». Y el profesor, conciliador, como neutral que es, concede y dice: «El hecho es que Bonaparte ha entusiasmado á millones de hombres, y ha prestado de diversos modos inmensos servicios á la humanidad.» Y esa es la neutralidad: el libro dice blanco, y el profesor, al encontrarse con que un alumno le dice negro, mantiene el libro, pero da la razón al niño para ser neutral.

Porque es lo que dice Peladan, al tratar de este asunto en la *Revue Bleue:* Si en lugar de afirmar el maestro con el niño y con sus padres que el libro miente, dijera: «Este libro es verídico, porque lo ha escogido el Estado y el Estado es verídidico», el niño tendría que decir: «Entonces, papá es el que miente», y se crearía un conflicto entre el hogar y la escuela de difícil solución.

Un político declaraba no ha mucho que el capítulo dedicado á Dios atacaba la libertad de conciencia, y que debía suprimirse en aras de la neutralidad. Pero si se suprime, ¿no es eso lo mismo que negarlo? ¿O es que Dios se puede escamotear como un reloj? ¿Qué nociones de historia pueden darse para evitar hablar de Dios ó de los dioses?

Hay quien opina que la neutralidad sólo es aplicable á los niños menores de trece años; pero eso es impracticable, dada la vida de familia y los azares de las conversaciones, de las lecturas, de las imágenes, de cuanto se ve y se oye.

Otros pretenden que la enseñanza sea de tal suerte «que ningún padre de familia pueda quejarse de que ataca á la libertad de conciencia». ¿Y qué conocimientos integrarán esa enseñanza? Una tabla rasa deja de serlo en cuanto se pone algo

en ella, sea un crucifijo, sea la imagen de Augusto Comte. Y luego estamos acostumbrados á juzgar por las apariencias. He ahí una aldea en que ni un solo hombre va á misa: ¿es ese un pueblo librepensador? No, porque el bautismo, el matrimonio y la muerte llevan á la iglesia á todos los habitantes; no van más que tres veces en su vida, es verdad, pero esas tres veces van; podrá decirse que son un mal rebaño, pero nada más; el culto de la ciencia y de la razón les deja indiferentes.

Nos burlamos de ciertas utopias como el movimiento perpetuo, la cuadratura del círculo y la piedra filosofal. ¿No nos hemos de burlar de la neutralidad espiritual perpetua? Nuestro espíritu oscila entre la afirmación, la indiferencia y la negación, según los casos; pero es de observar que la indiferencia sólo existe cuando se trata de cosas que nos son completamente extrañas, como la sucesión de los lamas del Tibet. Y las cuestiones de origen y de finalidad nos interesan á todos, y no puede sernos indiferente el resolverlas de un modo ó de otro. Podremos afirmar ó negar, pero no ser indiferentes. Podremos ser indiferentes mientras no fijemos la atención en lo que decimos, pero no en otro caso. En política, por ejemplo, los neutros son los que no votan; preguntadles, sin embargo, y veréis si vociferan más que cualquiera otro; se abstienen por sectarismo, por pesimismo, por apatía, pero no por falta de opinión. Jourdain, el gracioso burgés gentilhombre de Molière, se quedó asombrado al averiguar que lo que no es verso es prosa, pero lo comprendió perfectamente; tratar de explicarle el neutro, lo que no es prosa ni verso, y no podrá comprenderlo nunca. La moral neutra es imposible.

CRÍTICA

Galicismos en «-miento».—Leyendo estos días una antigua traducción de *La Condesa de Charny*, de Alejandro Dumas, hecha por un D. J. C. para una edición ilustrada, tropezamos

varias veces con el palabro *comenzamiento,* muestra acabada del gusto y de la competencia del traductor, y prueba concluyente de su pereza intelectual y de su poco escrupulosa probidad literaria. Cuando así se trabajaba para una edición de pretensiones, no es extraño que veamos inundado nuestro mercado de libros por esas malhadadas traducciones de los Tasso y los Maucci, que con su increíble baratura prestan innegables servicios á la cultura del país, contribuyendo eficazmente á la difusión del libro, pero que también merecen severísima censura por los continuos atropellos de que hacen víctima al idioma patrio. Yo de mí sé decir que habiendo recibido de un librero amigo, conocedor de mi entusiasmo por las obras de Dumas padre, el regalo de treinta y seis volúmenes de sus obras en una bonita edición en 8.°, elegantemente encuadernada en tela, con títulos plateados en los lomos y en el anverso—las señas son mortales,—me produjo su lectura tal excitación, por lo grosero y chabacano de la traducción, que se los devolví sin vacilar, prefiriendo mil veces quedarme sin ellos á guardar en mi biblioteca semejantes horrores.

Entre las voces que con más frecuencia suelen disfrazarnos los malos traductores, figuran en gran número las en *-miento*, del tipo del *comenzamiento* citado. Como realmente esta terminación, correspondiente al *-ment* francés, puede pasar por castiza, por haber muchísimas palabras genuinamente castellanas que la tienen, como lo mismo el *-ment* francés que el *-miento* ó *-mento* castellano, pueden invocar su procedencia del románico común, cuya más alta, antigua y conocida expresión es el *-mentum* del latín clásico, parece justificado—más justificado por lo menos que en otros casos—el uso de las voces castellanas en *-miento*, en correspondencia con las francesas en *-ment*.

¿Dicen los franceses *commencement*? Pues ¿á qué torturar la memoria ni andar con escrúpulos pueriles, si tenemos ahí la herencia común de que podemos echar mano para salir del paso? ¡*Comenzamiento* ó *principiamiento*, y vamos andando,

para ganar la mísera peseteja que nos dan por cada doble hoja de traducción! Por ese dinero no hay derecho á pedir más.

No, señores traductores: por ese dinero no hay, en efecto, derecho á pedir primores ni delicadezas; pero hay derecho á exigir que se traduzca en castellano, puesto que ese es el trato hecho, y eso es lo que reza la portada, y eso es lo que se le dice al público. El público tiene derecho á llamarse á engaño, y el lector que compra una de esas traducciones, y se encuentra con que en lugar de darle castelllano le dan galiparla, tiene perfecto derecho á devolver el libro y á reclamar su dinero. Así como en las carnicerías se exige poner aparte la carne de caballo para que no se confunda con la de vaca, y en las tiendas de ultramarinos se pone la sacarina con letrero bien visible para que nadie la tome por azúcar, ó la margarina para que no se la compre por manteca, así también en la portada de esos libros debe decirse: «traducido al castellano, con salpicaduras de galicismos», y así no se engaña á nadie. El que quiera comer, porque le guste ó por ser más barata, carne de caballo literaria, en lugar de vaca ó ternera, que la coma, y que buen provecho le haga; pero no se le dé margarina por manteca, ni sacarina por azúcar, aunque engrasen y endulcen más, porque unas sustancias son venenos y otras alimentos sanos; unas son productos naturales, puros y provechosos, y otras productos químicos, adulterados y nocivos á la salud. Que sepa cada cual lo que toma.

En castellano precisamente tenemos, al lado de las voces en *-miento,* casi todas verbales y con idéntica significación, muchas otras en *-e* y en *-o* que permiten dar á nuestro lenguajè mayor variedad, constituyendo así uno de sus encantos y de sus ventajas. Traducir *rehaussement* por *realzamiento, contentement* por *contentamiento, commencement* por *comenzamiento,* eso no sólo no es hablar en castellano, sino que es contribuir á su degradación y empobrecimiento: si tenemos para expresar las mismas cosas *realce, contento* y *comienzo,* ¿por qué emplear ese arrastrado sufijo en *-miento* que los hace hasta gastar más

tinta inútilmente? Decid, puesto que son voces consagradas por el uso, *arrobamiento, pensamiento, enternecimiento*, y todas sus semejantes; pero no se os ocurra decir, para traducir las voces francesas correspondientes:

abandonamiento,	sino	abandono;
abonamiento,	»	abono;
agobiamiento,	»	agobio;
amortizamiento,	»	amortización;
aplaudimiento;	»	aplauso;
avanzamiento,	»	avance, ascenso;
disfrazamiento,	»	disfraz;
desenlazamiento,	»	desenlace;
despoblamiento,	»	despoblación;
despojamiento,	»	despojo;
desembarcamiento,	»	desembarco -que;
desencantamiento,	»	desencanto, etc.

¡Qué diferencia del machaqueo insoportable del *-miento* á esa variedad de tonos en *-o*, en *-e* y en *-ción*, que nos permiten modular el castellano con tan ricas armonías!

***

El «vos» y el «usted».—La influencia del francés, por una parte, y la de los arcaísmos castellanos en *vos*, por otra, hacen que en las traducciones de novelas, por de pronto, y aun en ciertas novelas originales de autores de mediano fuste, se sigan empleando las formas en *vos* de los pronombres personales y de los verbos como si fueran de uso corriente, cuando ese uso está hace tiempo desterrado de la realidad, aunque no deje de dolernos. Los hechos son los hechos, y lo cierto es que hoy el plebeyo *usted* con las terceras personas de singular se impone en todas partes, y hay que acudir á ciertos novelones y á las malas traducciones para encontrar el caballeresco *vos*, de gusto tan exquisito como pintoresco. A veces tropieza uno, *rara avis*, con algún prójimo más ó menos chiflado que, ya por capricho, ya por el influjo de su aislamiento y de sus lecturas, como cierto torrero del faro del Sardinero de Santander con quien yo

tropecé en 1904, os habla de *vos*, y dice con la mayor naturalidad, que parece trasportaros á los siglos medioevales:

—«Pasad, señor, y sentaos si gustáis.»—Pero eso, ya lo he dicho, es cosa excepcional. Hoy todo el mundo habla desgraciadamente de *usted*, y fuerza es contentarnos con tan indigesto plato.

No está mal que cuando se escribe una novela cuya acción se desarrolle en siglos anteriores á los dos últimos, se emplee el *vos*, y hasta puede pasar el que, para conservar el sabor extranjero á las novelas cuya acción se desenvuelva en Francia, especialmente—el país del *vous*,—se usen también los mismos giros. Lo que no puede tolerarse es la mezcla del *vos* y el *usted*, mucho más si se ponen en boca de las mismas personas ó se emplean en una sola frase. Tal sucede en un artículo que, con el título de *A través de la frontera* y el subtítulo de *Un apostolado*, hemos encontrado en el diario madrileño *A B C*. Habla de la detención de la famosa señora norteamericana Carrie Nation, la valiente adalid del antialcoholismo, y pone en su boca las siguientes palabras, dirigidas al Comisario de policía:

—«¿Qué es eso, amigo mío? ¿Usted fuma? ¡Deplorable costumbre! Creedme y corríjase.»

En menos palabras no puede presentarse un modelo más acabado de lo que no debe decirse; tres verbos y tres tipos distintos de expresión, que se dan de cachetes entre sí: «¿Usted fuma? Creedme y corríjase.» Eso sí que es poner una vela al diablo y otra á San Miguel y otra... al limbo de los inocentes. El articulista es muy dueño de hablar en segunda ó en tercera persona, de vos ó de usted, pero no debe mezclar las especies. Si opta por el *usted*, siga aplicando el *usted* á los otros verbos, y diga: «créame usted, y corríjase»; si opta por el *vos*, comience diciendo: «¿Fumáis?» y concluya del mismo modo: «creedme y corregíos». Pero ese pisto del *fuma usted* con el *creedme* y con el *corríjase* es de lo más indigesto que se conoce. Créame usted, señor articulista, créame usted y corríjase, que todos iremos ganando.

OCULTISMO

¿Se puede comunicar con el otro mundo?—Stead, el director de la gran revista inglesa *Review of Reviews*, plantea y resuelve afirmativamente esta cuestión en *La Revue*, de París, aduciendo al efecto pruebas positivas y hechos recogidos por él mismo. Y como en estas materias lo primero de que hay que cerciorarse es de la veracidad del testigo, fuerza es reconocer que el testimonio de Stead es de gran peso, no sólo por su respetabilidad y su honorabilidad, sino porque pocos hombres en el mundo habrán hecho en aras de la sinceridad sacrificio tan grande como el hecho por Stead cuando la guerra anglo-boer. Cecilio Rhodes, el famoso agitador del Cabo, tenía á Stead tanto cariño, que había hecho testamento á su favor, dejándole su colosal fortuna de 500 millones de francos. Pues bien: Stead, enemigo de aquella guerra fratricida, llegó á pedir se prendiera á su provocador, á Cecilio Rhodes, tirando así la colosal herencia por la ventana, antes que transigir con el imperativo de su recta conciencia. Ese es el hombre.

Pues este hombre, de vasta cultura y de limpia conciencia, es el que dice que nuestra personalidad continúa después de la muerte, alegando que tiene para hablar así pruebas fehacientes, y no de referencia, sino de experiencia propia. ¿Qué pruebas son esas?

Stead posee el dón de escritura automática, es decir, que con su propia mano puede escribir los mensajes que le dictan, sin darse cuenta de ello las personas con quienes se halla en comunicación. Así, por ejemplo, una señora amiga suya, que había ido á pasar unos días en Halsmere, á 50 kilómetros de Londres, tenía que almorzar con Stead un miércoles, si estaba de vuelta. El lunes se le ocurrió á Stead averiguar si aquella señora había vuelto; cogió le pluma, hizo la pregunta, y en seguida escribió esta respuesta: «Siento mucho decir que me

ha ocurrido algo muy enojoso, que casi me da vergüenza contar: había salido de Halsmere á las 2,27 de la tarde en un coche de segunda, donde había otras dos señoras y un caballero; en Godalming bajaron las señoras, y yo me quedé sola con el viajero; éste dejó su sitio, y vino á sentarse junto á mí; yo tuve miedo, y le rechacé; él rehusó alejarse, y quiso besarme; yo estaba furiosa; vinimos á las manos, me apoderé de su paraguas y le golpeé con él; el paraguas se rompió, y ya tenía miedo de ser vencida cuando el tren se detuvo antes de llegar á la estación de Guildfort; el hombre se turbó, me soltó, y antes de que hubiéramos llegado al muelle de desembarco, se lanzó fuera y se fugó.»

Todo este relato fué confirmado al día siguiente por la señora, sorprendida de que Stead estuviera tan enterado de todo. Mensajes como éste los recibe Stead con frecuencia; es un hecho tan comprobado, que no hay medio de ponerlo en duda; son fenómenos de telepatía tan ciertos como puedan serlo las comunicaciones por el telégrafo sin hilos. Ahora bien; este sistema de telepatía automática entre seres vivos, ¿se extiende á los seres muertos? *That is the question.*

Stead tenía dos amigas que se habían prometido entre sí que la primera que muriese se aparecería á la otra para informarla de la otra vida; una de ellas, Julia, murió en Boston, y algunas semanas después, cumpliendo su promesa, despertó á su amiga en Chicago: estuvo unos minutos á su cabecera, con la mirada radiante de dicha, y desapareció; otra vez se le presentó estando despierta, y la amiga la pudo ver perfectamente, tan bien como en vida. Preguntado Stead por la amiga si podría obtener algún mensaje de Julia, Stead se ofreció á ensayar, y pidió un mensaje que sirviera de garantía sobre la personalidad de la remitente, y entonces su mano escribió: «Diga usted á N... que recuerde lo que me dijo cuando nos hemos visto por última vez en casa de Minerva.» Stead tomó este dictado por una tontería, y no quiso decir nada á la amiga; un día, sin embargo, se lo contó, y ella dijo:—¡Cómo! ¿Ha

escrito eso? Pues entonces es verdaderamente Julia, y no hay error posible.—¿Y cómo pueden ustedes haber ido á casa de Minerva?—preguntó Stead.—¡Oh! Nada más sencillo, ya verá usted. Julia, poco antes de morir, había dado el nombre de Minerva á la señorita Willard, la fundadora de la Unión Cristiana de templanza femenina, y le había regalado un camafêo que representaba la diosa griega; desde entonces no la llamaba más que Minerva.»

Para asegurarse más, Stead propuso otro ensayo de mensaje, y preguntó á Julia si podía servirse de su mano para recordar á su amiga algún incidente de su vida de que él no tuviera noticia. Y en el acto escribió:—Pregúntela si se acuerda de cuando, yendo juntas, se dió una caída y se hirió en la espina dorsal.—Yo no he tenido nunca heridas en la espina dorsal.—¡Buena es esa!, refunfuñó Stead; deseo que recuerde usted uno de esos mil pequeños incidentes que la han ocurrido cuando estaban juntas, y ahora me hace usted escribir lo que nunca ha sucedido.—Entonces Stead volvió á escribir, sirviendo de intermediario á Julia: Tengo razón; ella lo ha olvidado.—Eso se dice fácilmente; ¿puede usted precisar el recuerdo?—Perfectamente.—¿Cuándo ocurrió eso?—Hace siete años.—¿Dónde?—En Streator, en el Ilinés.—¿Y cómo pasó?—Ella y yo volvíamos á casa, de los oficios del sábado por la tarde; había nieve. Al llegar ante la casa de la señora Buell, ella se resbaló al borde de la acera, se cayó y se hirió en la espalda.—¡Ah! Es verdad, repuso la amiga, me acuerdo muy bien; tuve que guardar cama dos ó tres días, y tenía la espalda dolorida, pero nunca he sabido que me hubiera herido en la espina dorsal.

Los ejemplos son concluyentes. Podrá decirse que en todo lo sucedido no hay nada que exceda á los fenómenos de telepatía *intervivos;* puede ser, si se admite que la telepatía y la inconsciencia son hechos positivos. Hay hechos, sin embargo, que ni aun así son fáciles de explicar, como ocurre con los relativos al porvenir. Así, por ejemplo, el mismo día en que Julia envió el mensaje últimamente citado, advirtió á su amiga

que no adquiriera ciertos compromisos, porque tendría que ir á 3.000 millas de Inglaterra y no los podría cumplir; la amiga no hizo caso, á pesar de que Julia insistió, y la predicción se realizó en todas sus partes, teniendo la amiga que rescindir sus compromisos para emprender un larguísimo viaje.

Stead tenía empleada una señora de mucho talento, pero de tan desigual carácter y poca salud, que en Enero pensó en despedirla. Julia le hizo escribir entonces:—Tenga usted paciencia con E. M.; vendrá aquí (al otro mundo) antes del fin del año.—Nada hacía presumir aquella muerte. El mensaje se repitió todos los meses, y en Julio E. M. se tragó un clavito, que se alojó en el intestino y produjo una grave enfermedad. Stead creyó que aquella sería la muerte prevista, pero Julia le hizo escribir:—No; curará de esto, pero sucumbirá á fines de año. En efecto, E. M. se restableció, y en Agosto, Septiembre, Octubre y Noviembre se repitieron los mensajes. En Diciembre, E. M. fué atacada de influenza.—¿Es eso?—preguntó Stead.—No—respondió Julia;—no vendrá aquí de muerte natural, pero vendrá antes de concluir el año. Llegó Navidad, y E. M. estaba muy enferma, pero acabó el año sin que muriera.—Puedo haberme equivocado en algunos días—dijo Julia;—pero he dicho la verdad.—Hacia el 10 de Enero volvió á escribir:—«Vea usted mañana á E. M. y despídase de ella, pues no la volverá á ver más en la tierra.» Stead la vió, y tenía calentura; la iban á transportar al Hospital, donde estaría mejor atendida. Dos días después, Stead recibió un telegrama participándole que E. M. se había tirado, en un acceso de delirio, por la ventana de un cuarto piso y que la habían recogido muerta. Stead, además de su palabra, prueba la exactitud de este relato con los manuscritos originales firmados por dos testigos, á quienes los había comunicado á medida que los escribía.

La misma E. M. había hecho á Stead cuatro promesas, que cumplió fielmente: 1.ª Ha escrito varias veces por mano de Stead. 2.ª Se ha aparecido dos veces. 3.ª Ha sido fotografiada

lo menos doce veces después de su muerte. 4.ª Envió á Stead un mensaje con un signo convenido entre ambos: un círculo con una cruz en el centro.

Stead insiste en la posibilidad de obtener fotografías de los espíritus, y cuenta á este propósito un hecho curiosísimo. Deseando saber lo que pasaba con los boers cuando la guerra con Inglaterra, Stead fué á casa de un fotógrafo cuya mediumnidad le permitía fotografiar lo invisible; era un viejo sin instrucción, pero clarividente y clarioyente. — El otro día tuve una algarada, dijo á Stead; un boer viejo vino al taller, armado con su fusil, y su mirada feroz me dió un buen susto: «Vete, le dije, que no me gustan las armas de fuego», y se fué; pero ha vuelto, y ahí lo tiene usted; ha entrado con usted, pero sin fusil. ¿Le dejamos estar?—Desde luego, respondió Stead; ¿cree usted que le puede fotografiar?—No sé; probaremos. — Stead se sentó ante el objetivo, y el fotógrafo tomó el punto.—¿Puede usted hablar con él? — Sí, está siempre detrás de usted.—¿Le responderá si le pregunta?—No sé; probaremos.—Pregúntele usted su nombre.—El fotógrafo hizo mentalmente la pregunta, y luego dijo en voz alta: — Dice que se llama Piet Botha.—¿Piet Botha? Conozco un Felipe, un Luis, un Cristián y otros Botha; pero jamás he oído hablar de Piet.

Desarrollada la placa, aparecía en ella Stead teniendo detrás un gallardo hirsuto, que lo mismo podía ser un boer que un mujick. Terminada la guerra, y habiendo ido á Londres el general Botha, Stead le mandó la fotografía por medio de Fischer, y contó la historia de su obtención.—No creo en los aparecidos, dijo Botha; pero este hombre jamás ha puesto los pies en Inglaterra; es uno de mis parientes; fué el primer comandante boer que pereció en el sitio de Kimberley: Petrus Botha; sólo que nosotros le llamábamos Piet, por abreviar.

Por si todo esto no fuera bastante, Stead termina su trabajo declarando que, en Diciembre de 1907, tuvo la pena de ver morir á su hijo mayor, á la edad de treinta y tres años. En los doce meses transcurridos desde su muerte no se ha pasado

una semana sin recibir del difunto mensajes tranquilizadores y reconfortantes; para mayor seguridad, en lugar de escribir él mismo esos mensajes, los ha hecho escribir por otras personas, y afirma que todos ellos llevan tal sello de autenticidad, que no es posible dudar que son mensajes de su hijo. «Para mí, concluye diciendo, el problema está resuelto, la verdad establecida; y soy feliz por tener esta ocasión de declarar públicamente ante todo el mundo, que no podría ya admitir en esta materia ninguna objeción ni denegación.»

LITERATURA

«El asno de buridan.»—Es el título de la obra de Flers y Caillavet, con tan franco éxito estrenada recientemente en el Teatro del Gimnasio de París. Es una comedia de costumbres que refleja perfectamente la vida de la familia francesa moderna, tal como se empeñan en hacérnosla ver novelistas y dramaturgos, aunque sabido es que se trata de un *cliché* consagrado por la fama, y que sólo refleja costumbres de cierta parte de la sociedad, la alta sociedad del vicio ó del ocio — del ocio al vicio no hay gran distancia,—que es la que mejor se presta á las mil combinaciones del adulterio, salsa obligada de todo manjar dramático ultrapirenario. Las situaciones de esta obra son verdaderamente cómicas, y como muestra de las mismas ofrecemos á nuestros lectores la escena VI del acto II, que encontramos en el *Journal,* de París.

Luciano de Versannes, distinguido diplomático, veranea con su mujer Odeta y su pupila Mickeline, en San Lumario, y allí recibe la visita de su gran amigo Jorge Boullain, que acaba de romper con su querida y que, huyendo de sus muchos compromisos de París, viene á refugiarse por una temporada en San Lumario, en busca de tranquilidad. Versannes, además de su mujer, tiene allí á su querida, la señora Chantal (sin estos apéndices de la vida conyugal no hay drama francés posi-

ble), y su amigo Boullain, para entretenerse en algo, se lía con la señorita Vivette, cantante de café-concierto, y flirtea además con la mujer y con la querida de su amigo, como la cosa más natural del mundo, pues la hospitalidad moderna suele pagarse en las comedias, afortunadamente, con todas esas delicadezas y esquisiteces de corrección. Tras una escena en que Boullain rompe con Vivette, y metido en la cama, trata de darse cuenta de su situación y del flirt que prefiere, siente que se abre la puerta de su cuarto, y se encuentra con que Luciano, su amigo, viene á visitarle, á pesar de lo intempestivo de la hora, más de las dos de la madrugada. Y he aquí la escena:

JORGE. (*Estupefacto y bricando fuera de la cama.*)—¡Tú, Luciano!... ¿Qué hay?

LUCIANO. (*Muy á sus anchas y quitándose el abrigo.*)—Vengo á charlar un rato contigo.

J.—¡Cómo! He cenado contigo no hace nada y hemos pasado la noche juntos, y...

L.—Precisamente. Tú me dijiste: «deberías entrar alguna vez al pasar á darme un apretón de manos». Y aquí me tienes *(y se la aprieta)*.

J.—Pero son las tres de la mañana.

L.—¿Y qué? Tanto más de agradecer en mí... Pero acuéstate, querido, acuéstate. Hablamos lo mismo, tú acostado y yo en un sillón. Acuéstate.

J. *(Acostándose.)*—Bueno. Ya estoy.

L.—Además, que esta noche en casa no he podido charlar contigo; hablaste de mi viaje á París, de las negociaciones pendientes.

J. *(Bostezando.)*—¡Ah! ¿Marcha eso?

L.—No del todo como yo esperaba. Antes de venir había formado un plan. Pensaba que la cosa podría marchar por sí sola; pero no, no marcha sola, ni mucho menos. Pero, tienes razón, no por eso me desaliento.

J.—¡Ah!

L.—No, chico, no. Tengo yo más de una cuerda en mi arco, y cuando quiero algo lo consigo, aunque sea por los medios más imprevistos *(coge un cigarrillo)*. ¿No tienes cerillas?

J.—Sí, ahí. *(Las coge de la mesa de noche y se las da.)*

L.—¡Gracias! (*Acercándose.*) Estás muy bien en tu cama. Estás... íntimo. ¿No te molesta el humo?

J.—Te confieso que para dormir prefiero...

L.—¡Bah! Ahora abriremos la ventana. El sol saldrá dentro de un par de horas y dará gusto de verlo. *(Se sienta.)*

J. (*Asustado.*)—Oye, oye: pero ¿es que te piensas pasar aquí toda la noche?

L.—Toda la noche, no, puesto que he llegado demasiado tarde para eso. ¿Has leído los periódicos esta noche?

J.—No, sí.

L.—Es curioso ese lío de Macedonia. Como dijo un día confidencialmente el canciller Bülow, cuando yo era primer secretario en Berlín: «El Oriente es el Oriente.» Pues mira, en el fondo, esa es la pura verdad.

J. *(Bostezando.)*—Chico, dispensa, es que he tomado veronal.

L.—¡Bueno! Quiere decir, que el Oriente te aburre. Pasemos á otra cosa. Di, chico...

J. (*Con voz medio dormida.*)—Sí...

L. (*Estirándose sobre un sillón y una silla.*)—Di: tú estás haciendo la corte á mi mujer.

J. *(Dando un brinco.)*—¿Yo?

L.—Tú, mi buen Jorge, tú.

J. (*Saltando de la cama.)*—¡Eso es una infamia! ¿Quién es el miserable que te ha dicho?...

L.—No vale la pena de que te levantes por eso. El hecho de que saltes de la cama no es una explicación suficiente...

J.—Escucha, Luciano, te doy mi palabra de honor...

L.—¡Ay, querido! Eres poco bueno.

J.—Pero, ¿qué te puede hacer creer?

L.—Mira, hay en el tocador de mi mujer una mesita ame-

ricana que tú precisamente le has regalado. Esta tarde tenía yo que escribir dos palabras, y buscando papel de cartas, entré en el cuarto de Odeta. Abro la mesita, salta un resorte, se abre un cajoncito secreto, y allí encuentro esto (*saca unas cartas de su bolsillo*).

J.—¿Cartas?

L.—Tus cartas. Son deliciosas. Evidentemente hay en ellas pocas ideas, pero son de un buen corazón.

J.—Escucha, Luciano...

L.—Tranquilízate, hombre. No vas á pasar un mal rato por tan poca cosa.

J.—Mi querido Luciano, yo podría negar... ¡pero no lo haré porque... porque eres tú, y luego porque... porque tienes cartas! Pero lo que puedo jurarte es que no se trataba, sino de un simple flirteo... en fin... que mis intenciones...

L.—¡Claro, hombre, claro! Sé perfectamente que tú no pensabas más que en ser sencillamente el amante de Odeta, en tener con ella un enlace delicioso, nada más, un enlace de cinco ó seis meses, acaso de diez, porque á causa mía, por mi amistad, siempre habrías añadido algo.

J.—Es fantástico.

L.—Sí, sí... Me quieres mucho. Hablas muy bien de mí aquí (*se pone á hojear las cartas*). Por otra parte, son deliciosas tus cartas. ¡Es modernista, fresco, todo lo que dices! (*Leyendo*). «¿Ha pensado usted, querida amiga, en la estrellita que nos habíamos prometido mirar á la misma hora? Yo no la he perdido de vista en todo el día.» ¿Cómo te las arreglas para ver una estrella de día?

J.—Miro el sitio, que es mucho más difícil.

L.—Sí.

J. (*Aparte.*)—No se tiene idea de lo cargante que es oir leer sus cartitas de amor por el marido de la persona á quien se han escrito.

L.—Pero, pobre Jorge, estás ahí pateando. Y además, tiritas. ¡Acuéstate, hombre, acuéstate!

J. (*Volviéndose á acostar.*)—¡Bueno! Me acuesto.

L. (*Leyendo y riendo.*)—¡Ja, ja!

J.—¿Qué hay?

L.—¡Nada! La ortografía: «Amor apasionao.» ¡Es curioso! Le quitas una *d* (1) y aumentas la pasión. Y luego añades que estás «como envobado» con *n* y *v*. Todos los que han escrito á Odeta hasta hoy, habrían dicho *embobado*. Pero tú, es distinto, te *envobas*, con *n* y *v*, y eso la turba á esa mujer.

J. (*Aparte.*)—Es muy desagradable.

L.—Ya ves, chico: en las faltas de ortografía se reconoce la verdadera carta de amor; por ellas se revela la sinceridad de los sentimientos. Cuando uno piensa en los participios, tiene que dejar de pensar en la mujer amada, y eso es una pequeña infidelidad. Créelo: la ortografía ha sido inventada por gentes que han pasado de la edad del amor.

J. (*Suplicante.*)—Escucha, Luciano, te lo ruego...

L. (*Volviendo á leer una frase y doblando las cartas.*)—¡Ah! No conozco las respuestas, pero sé lo bastante para juzgar que tienes probabilidades... probabilidades serias...

J. (*Alegre.*)—¿Crees tú? (*Cambiando de tono.*) ¿Crees?...

L.—No hay que dudarlo. Has agradado. Era forzoso. Eres mi amigo... Tienes todo lo que seduce á las mujeres: mucha educación, ninguna instrucción, vulgaridad, exuberancia, ociosidad... Has renunciado á ellas con una energía, con una tenacidad que merecen recompensa. Luego eres fácil de manejar. Y sobre todo tienes ese dón admirable, tan necesario en la carrera de amante como las matemáticas en la de ingeniero: no eres demasiado inteligente.

J.—Es insoportable al fin; siempre me están diciendo lo mismo, y me molesta...

L.—¿Por qué? ¡Bien lo sabes tú!

---

(1) En el original las faltas de ortografía son otras; pero las hemos variado para obtener el efecto en castellano.

J.—Sí, pero lo olvido.

L. (*Muy cordialmente.*)—¡Vamos, vamos! No hay que enfadarse. ¿Estoy enfadado yo?

J.—No, es verdad.

L.—Se es ó no se es buen compañero. Se quiere uno bien. Vamos, dime que no me guardas rencor por toda esa historia.

J. (*Tranquilizado.*)—No, ya lo ves... Te tengo mucho cariño.

L.—¡Querido Jorge! ¡Vaya!

J.—¡Querido Luciano! (*Le oprime la mano.*) Eres verdaderamente un tipo original.

L.—Todo eso no tiene ninguna importancia. (*Se vuelve á sentar y á instalarse.*) No hay nada más que una cosita que lo complica algo.

J.—¿Qué?

L.—¡Oh! No mucho; pero, en fin, un poco...

J.—Pero ¿qué?

L.—Pues nada; que estás además haciendo la corte á mi querida.

J. (*Brincando fuera de la cama.*)—¡Yo!...

L.—¡Qué cargante eres, hombre! A cada paso ya estás fuera de la cama...

J.—Luciano, tengo empeño en darte mi palabra de honor.

L.—¡Ah! No, chico, no, no me la des, te lo ruego. (*Saca un paquete de cartas de otro bolsillo.*)

J.—¡Mis cartas!

L.—Tus cartas. Tus cartas á Fernanda.

J.—Pero ¿cómo...?

L.—Muy sencillo. Después de mi hallazgo en el cuarto de Odeta, un poco picado. ¡Oh! Muy poco—puedes creerlo,—salgo y entro en casa de la señora Chantal. Estaba ausente. Como, gracias á estos incidentes, tenía siempre dos palabras que escribir, y necesitaba siempre papel de cartas, veo otra mesita americana, regalada por ti, como la otra. Abro el escondite, un juego ya para mí y... (*desdobla las cartas*).

J.—Escucha, Luciano... ¡Oh! ¡Qué cargantes son las mujeres! En fin, vas á comprender...

L. (*Hojeando.*)—¿Sabes que éstas están muy bien también, muy en su punto? Hay tantas faltas de ortografía como en las otras, y no son las mismas. ¡Ah! Eres un mozo peligroso.

J.—Pero, déjame hablar; al fin, vas á ver... Evidentemente, todo eso es muy complicado—desde hace un instante solamente, porque antes...—Cuando tú no sabías nada... ¡bah!... era más sencillo, estaba mucho mejor, mientras que ahora, que tú sabes... ¡Claro! Yo no sé... Yo soy... soy...

L.—Tú eres muy gracioso...

J.—Yo... yo... Pero ¿qué es... qué es lo que tú quieres?

L.—Y para volver á la más completa cordialidad... voy á pedirte que me hagas un favor.

J.—Desde luego. ¿Cuál?

L.—Vuélvete á acostar.

J.—No, no; vamos á ver...

L.—Pues, sí; me empeño en ello.

J.—¿Por qué?

L.—Lo exijo. (*Le lleva á la cama suavemente, le hace acostar y le arropa.*) No hay ejemplo de que dos hombres, uno de los cuales arropa al otro, hayan cambiado palabras agresivas. ¡Ea! Perfectamente, en tu camita.

J.—¡Oh! ¡Qué tonto te pones!...

L.—Y ahora, los dos caballeros pueden hablar muy bien de las dos señoras.

J.—Te aseguro que... que me fastidia eso.

L.—¡Qué niñada!

J.—No puedo imaginarme que tomes la cosa así, tan afectuosamente... Es de tal modo inaudita...

L.—Pero ¿por qué? ¿Cómo me ha de asombrar que te gusten dos mujeres que también me gustan á mí, hasta el punto de ser el marido de una y el amante de otra. Odeta es un sér delicioso.

J.—¡Ah! ¡Delicioso!

L.—¿No es verdad? ¡Un encanto! Algo así... un poco criollo, un poco hamaca.

J.—¡Eso es, hamaca! ¡Ah! ¡Qué bien la conoces!

L.—¡Caramba!

J.—Y luego, esa poesía...

L.—La florecita azul...

J.—La gran flor azul...

L.—¡Ah! También tú la conoces bien.

J.—¡Oh! ¡Qué agradable es hablar así!

L.—¡Y Fernanda!

J.—¡Ah, Fernanda!... Tan corriente, tirando tan bien del carro...

L.—Un corazón con todo el *confort* moderno.

J.—¡Una alegría!... ¡Un gozo de vivir!...

L.—Como todas las mujeres divorciadas.

J.—Sí, sí...

L.—¡Ah! También la conocemos bien (*golpeándole en la espalda*), querido Jorge.

J.—¡Querido Luciano! ¡Ah! ¡Qué bien se está entre hombres!

L.—Y ahora, dime qué piensas hacer.

J.—¿Cómo?

L.—Digo que qué es lo que piensas hacer.

J.—Lo que yo... Pues mira, no sé. ¿Exiges que me vaya de San Lumario, que me detiene? Di una palabra y cambiaré de país. Me iré á Dinard.

L.—¿Para darte la aureola de la ausencia? ¡Nunca! Ni pensarlo siquiera.

J.—Pues entonces...

L.—Entonces, óyeme. Yo tengo un flaco; no quiero que me pongan los cuernos. Quizá haya en esto algo de mezquindad, tal vez sea una puerilidad, pero yo soy así: no quiero que me pongan los cuernos. ¡Se ha hecho eso tan vulgar, tan trivial! Como ha dicho mi viejo Chamfort, el estado de cornudo

ha venido á menos, y es una lástima. En otro tiempo era algo el serlo; hoy no es nada. Todo el mundo lo es: mi zapatero, mi fumista, mi marmitón, las gentes más modestas. Se descorazona uno...

J. (*Bostezando.*)—Dispensa, Luciano. Es el veronal. Habla, habla.

L.—Además, ya conoces mi carácter. Hombre de familia, he vivido siempre pacíficamente entre mi mujer y mi querida. Tengo cuarenta y cinco años. Mi pupila Michelina ha crecido y me ocupa un poco, y hasta mucho en este momento. Total: que ha llegado el momento de simplificar mi vida, y tú eres quien me proporcionas el medio.

J.—No comprendo...

L.—Helo aquí: Odeta y Fernanda te gustan y tú agradas á las dos. Para mí ambas me son igualmente queridas; sólo que antes de ser engañado por las dos, prefiero renunciar por completo á una de ellas. Por eso, amigo mío, vengo á proponerte una solución bastante inesperada.

J.—¿Cuál?

L.—Que escojas.

J.—Pero ¿qué dices?

L.—Digo que escojas.

J.—Pero... ¡está loco! Que yo... yo... entre... ¡está loco! *(Se tira de la cama.)* ¡Y bien! ¡Pues no faltaba más!

L.—Pero, hombre, sigue acostado.

J.—¡Oh! Seguir acostado cuando tú mismo vienes á decirme...

L.—A decirte que escojas una de las dos. Si es Fernanda, te la dejo, te casas con ella, y yo me consagro por completo á Odeta. Si prefieres á mi mujer, me separo de ella. Será un lindo divorcio en Santa Clotilde; te casas con ella, y yo me caso con Fernanda. En ambos casos todo será correcto, legítimo, honrado, y la aventura acabará con dos matrimonios, como una pieza del Gimnasio.

J.—¿De modo que es verdad? ¿Es verdaderamente verdad?

L.—¡Sí, hombre, sí!

J.—¡Ah, Luciano! Estoy conmovido, muy conmovido. Pero, dime, lo que me estás ofreciendo, ¿es completamente despampanante ó absolutamente repugnante? No me doy clara cuenta de ello.

L.—Es completamente despampanante, no hay duda. ¡Oh! Bien sé que habrá espíritus superficiales que nos acusen de inmoralidad. Siempre parece uno inmoral cuando no es hipócrita. El mundo encontraría más normal que nos cortáramos el cuello nosotros, dos antiguos amigos, ó bien que anduviéramos pataleando entre mentiras y perfidias. ¡Uff! En 1908 tenemos el deber de tratar las cuestiones sentimentales de otro modo que como se trataban en tiempo de Thiers.

J. *(Con entusiasmo.)*—¡Muy bien! Por lo demás... yo... Thiers...

L.—Porque es verdaderamente increíble: vivimos en una época de prodigiosos progresos. La ciencia lo ha transformado todo menos una sola cosa.

J.—¿Cuál?

L.—El amor. Es un hecho: no hay progreso en amor.

J.—Es incalificable.

L.—Piensa en ello, querido. Si la guerra de Troya hubiera ocurrido en nuestros días, la ciudad del viejo Priamo sería bombardeada con melinita; los submarinos bloquearían la costa, el famoso caballo de madera sería un cuarenta caballos. Ulises sería corresponsal militar del *New York Herald,* y todo estaría cambiado, todo, excepto el estado de alma de los tres héroes de la aventura. Después de ocho mil años seguirían siendo lo mismo: Menelao, el marido; Paris, el buen mozo; Helena, la mujercita.

J.—¡Oh! ¡Cuánto has leído!

L.—Pues bien: yo, Luciano de Versannes, tengo el orgullo de aportar hoy un granito de novedad en las relaciones sentimentales, y eso diciéndote esta sencilla palabrita: «¡escoge!» Tienes, como dicen los bolsistas, una opción.

J.—¡Es demasiado! ¡Te aseguro que es demasiado!

L.—¿De modo que estás contento?

J.—¡Sí estoy contento! ¡Escoge!... ¡Yo voy á escoger!

L.—Sí, escoger. ¡Ah, sultán, rajah, sátrapa, mikado, padischah!

J.—Eres demasiado bueno.

L.—Y ahora... *(Saca un sobre de su bolsillo.)*

J.—¿Qué es eso?

L.—Un sobre lacrado, lacrado con mis armas.

J.—¿Y qué hay dentro?

L.—Una pequeña satisfacción de amor propio.

J.—¿Para mí?

L.—¡Ah, no, querido! Eres insaciable. Esta es para mí. Por aquí tendrás algún cajón secreto.

J.—No.

L.—(*Viendo una mesita americana.*) ¿Otra más? Decididamente, las fabricas tú mismo.

J.—No abras.

L.—¡Ah, sí! ¡Las respuestas! ¡Bueno! Voy á dejarte este sobre, y tú mismo lo arreglarás. Contiene el nombre.

J.—¿Qué nombre?

L.—El nombre de la que vas á elegir.

J.—¡Cómo! ¿Pero has adivinado?

L.—¡Hé, he...!

J.—Pero entonces, dímelo.

L.—¡Ah, no!

J.—¿Es Fernanda?

L.—No digo yo eso.

J.—Entonces... ¿Odeta?

L.—¡Quién sabe!

J.—Pero, en fin, preciso será que sea una ú otra.

L.—Es probable. ¡Ah! Solamente me es preciso, ¿me entiendes?, es preciso que me hagas la promesa formal de no abrir esto antes de que estés completamente decidido.

J.—Pues bien, te lo prometo.

L.—¿Formalmente?

J.—Muy formalmente.

L.—Entonces, todo irá muy bien. Te dejo. Por lo demás, ya tienes ahí el sol. (*Mira por la ventana.*)

J.—¿Ya? ¡Qué temprano se levanta!

L.—Ya sabes, se acostó ayer á las siete. Mira cómo se va iluminando todo por allí abajo. Las barcas salen. El cielo y el mar ensayan los trajes que se han de poner hoy. Armonizan sus tonos... ¡Qué bonito es! Vaya, he ahí la hora en que los buenos genios vuelven á su casa. Me voy, querido Jorge. Acuéstate á escape. ¡Buenas noches!

J.—¡Buenos días! (*Luciano sale.*)

L.—Buenos días.

J.—Te quiero mucho.

L.—Y yo, te adoro.

Y el bueno de Jorge se queda solo y perplejo, como el asno de Buridan, sin saber por qué decidirse, sumido en la mar de confusiones con la conducta inesperada de su original amigo.

IMPRESIONES Y NOTAS

Los grandes escritores y sus ingresos.—En un artículo sobre *Julio Janin íntimo*, publicado en la *La Revue* por Enrique de Almeras, encontramos una curiosa clasificación, hecha por Emilio de Girardin de los escritores más famosos de su tiempo, con arreglo á los productos que obtenían de sus obras. Girardin la publicó en el *Musée des Familles,* formando parte de un trabajo titulado «Información comercial sobre la industria literaria», título algo fuerte para aquel tiempo, en que la literatura no se consideraba ni se explotaba como una industria.

La clasificación de Girardin comprendía las cinco categorías siguientes:

1.ª Autores cuyas obras llegaban á una tirada de 2.500

ejemplares, y cuyos tomos se pagaban por los editores á razón de 3.000 á 4.000 francos. En esta categoría sólo figuraban dos autores: Víctor Hugo y... Pablo de Kock.

2.ª Autores que hacían tiradas de 1.500 ejemplares, y cada uno de cuyos tomos se pagaba á 1.500 ó 1.750 francos. En este grupo había cuatro: Balzac, Federico Soulié, Eugenio Sue y Julio Janin.

3.ª Autores cuyas obras no se vendían sino á razón de 1.200 ejemplares, y que cobraban de 1.000 á 1.200 francos por volumen. Eran otros cuatro: Alfonso Karr, el bibliófilo Jacob (Pablo Lacroix), la duquesa de Abrantes é Ida de Saint-Edme.

4.ª Autores que vendían hasta 600 á 900 ejemplares, y á quienes se daba por cada volumen 500 francos. Eran una docena, y entre ellos figuraba Alfredo de Musset.

5.ª Autores que vendían menos de 500 ejemplares y que cobraban de 100 á 300 francos por volumen. Eran numerosísimos; todos los demás, y entre ellos figuraba todavía Teófilo Gautier, que aquel año publicó *La señorita Maupin*, su primer libro de éxito.

***

Auxilios invisibles.—Un maquinista de tren, Horacio Siever, empleado cuarenta y tres años en el ferrocarril central del Ilines, refiere en la revista *Light* que varias veces ha sido auxiliado en sus trabajos por un espíritu ó sér invisible, que le ha salvado, en ocasiones, de gravísimos peligros. Dice que cuando sale en la máquina, tiene la sensación de que el maquinista espectral está á su lado, pronto á socorrerle si es preciso. Una vez trasportaba un millar de veteranos á 60 millas por hora, cuando oyó una voz susurrarle al oído: «El puente está quemado, el puente está quemado.» En cuanto le fué posible, detuvo la máquina; pocos pasos más allá estaba el río con los restos humeantes del puente que se había quemado poco antes. Otra vez, guiando su tren, otro tren de viajeros, corriendo á gran velocidad, se acercaba, durante la noche os-

cura, por la misma línea, en sentido opuesto, en una curva Siever, que nada podía sospechar, oyó la voz misteriosa susurrarle: «Máquina atrás, máquina atrás.» Obedeció la orden, y apenas había retrocedido unos segundos, cuando apareció el otro tren, sin que el choque, así debilitado, tuviera consecuencias.

En el *Progressive Thinher*, la señora Treumer, viuda, de Chicago, refiere que su hijo Jorge quiso darse un baño después de comer; se lo prepararon, encendió la estufa de gas y se quedó en el cuarto para dárselo; la señora, contra costumbre, pues solía ir á la galería de Poniente para gozar de la puesta del sol, se quedó en la habitación contigua. Estaba triste, como si presintiera alguna desgracia. De pronto oyó una voz que la decía: «Vigila el cuarto de baño.»—¡Cómo!, pensó la viuda; mi hijo no es un chiquillo; ¿no está de más esa vigilancia?—«No», respondió la voz con decisión. Entonces la viuda tuvo la visión de su hijo yacente, con los ojos cerrados, en la tina, intentando en vano sostener su cabeza caída hacia atrás. Asustada la madre, se levantó y llamó á la puerta, oyendo como un lamento; volvió á llamar, en vano; forzó la puerta y halló á su hijo en tierra como muerto. El aire estaba saturado de gas. Aunque le había parecido notar una fuga, no había hecho caso y se había metido en el baño; allí sus sentidos se entorpecieron, su cabeza se puso pesada, y cuando quiso acudir ya era tarde. Sin la entrada de la madre, hubiera muerto asfixiado, pues costó trabajo volverle en sí.

***

Las madres de las actrices.—Entre las cosas que cuenta en sus recuerdos de teatro la señora Thenard, de la Comedia Francesa, en *La Revue*, de París, entresacamos las relativas á las madres de las actrices, entre las cuales las había verdaderamente caricaturescas.

La señora Thenard oyó un día á una madre de tragedia

decir confidencialmente á otra madre de canto:—Yo, señora, cuando mi hija cena con su amigo, me hago una ensalada de lechuga con huevos rojos. Ya comprende usted, ¿no es verdad? Como estoy sola, los huevos rojos me alegran siempre un poco.

Otra, muy original, era una madre de comedia, esclava de sus principios económicos, y que tenía por regla de conducta no gastar nada. Todo para ella era materia de economía, y su suspicacia igualaba á su avaricia. Como su hija tenía muy buen sueldo, tenía que tener la casa bien puesta; pero sus criados eran objeto de constante vigilancia, y la madre discurría las más inverosímiles artimañas para que no la robaran.

Un día que tenía convidados, y entre ellos la señora Thenard, al ir á servir el café, la madre levantó la tapa del azucarero, y lanzó un grito desesperado.—¡Ah! ¡La bribona—exclamó con tono trágico.—¿Qué pasa?—preguntaron los convidados.—¡Oh, la bribona, la bribona!—continuó diciendo ella sin hacer caso—¡me ha robado el azúcar!—¿Cómo, si está lleno el azucarero?—Sí, pero no está la mosca.—¿Qué mosca?—Sí —dijo con agitación,—¡la mosca! Yo atrapo todas las noches una mosca, y la meto viva en el azucarero; al día siguiente, si está la mosca, es señal de que la criada no ha tocado el azúcar; pero si no está, es que me lo ha robado. Vosotros lo habéis visto, ¿no es verdad? No estaba la mosca. ¡Bribona! ¡bribona! La voy á plantar ahora mismo á la puerta.

Y la enfurecida mujer se levantó y salió; se oyeron voces en la cocina, y poco después volvió la señora, cogió del aparador una cinta y un lápiz, y se puso á medir el vino que quedaba en cada una de las botellas. ¡Pobre mujer! Se hizo rica; pero luego su hija se casó con un americano que la comió en poco tiempo hasta el último céntimo.

Otra madre, la de una bailarina, recibió á la señora Thenard, encargada de organizar una velada, á las nueve de la mañana; la bailarina estaba todavía en la cama; pero su madre—una buena alsaciana—estaba ocupada en revolver una mixtura abigarrada, que hervía en un hornillo de níquel

sobre la chimenea; parecía chocolate por el olor, pero tenía un color verduzco y rosado. Intrigada por aquel color tan extraño, la Thenard preguntó:—¿Qué está usted haciendo, señora? No es cold-cream ni colorete, puesto que es verde y huele á chocolate.—No—dijo ella volviéndose con franca sonrisa,—es el almuerzo de Sibila, que estoy preparando.—Y como la señora Thenard pareciese no comprender, añadió:—Ya ve usted, señora: mi hija, bien lo sabe usted, es adorada por los abonados; estos señores la envían á cada momento cajas de caramelos, chocolates, bombones, pendientes, de todo, de todo; y, claro, yo, para que no se pierda todo, pues lo pongo á hervir todo junto, lo espumo, le quito el color, y Sibila se lo bebe. Es muy bueno; como que todo viene de las mejores casas. ¿Quiere usted probarlo? ¿Le hago una tacita?—¡No, no! ¡Muchas gracias! Ya me he desayunado.

Fernando Araujo

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Tra l'antipatriotismo di Hervé ed il patriotismo degli antiherveisti, por Eduardo Cimbali. Roma, 1908.—Folleto de 82 páginas, 3 liras.

Un nuevo ataque, tan vigoroso como los anteriores, contra el patriotismo agresivo y conquistador y contra las doctrinas corrientes de derecho internacional que lo preconizan y defienden. La serie de estos ataques es ya larga por parte del Sr. Cimbali, actual profesor de derecho internacional en Sassari. La empezó hace ya muy cerca de veinte años, y desde entonces no ha cesado de empuñar las armas y de disparar fuertes proyectiles. Claro está que los heridos por ellos no han recibido los latigazos con gusto, y se han revuelto cuanto han podido contra el implacable fustigador, el cual ha tenido por eso que sufrir sus correspondientes acometidas y persecuciones. A eso se expone uno, y tanto más, cuanto más radicales y rudos sean sus empujones, porque «donde las dan las toman...»

Yo estoy cada vez más persuadido de que estos revolucionarios é iconoclastas desempeñan un papel social de mucha trascendencia; pero me parece que, si la historia no se haría sin ellos, tampoco sería posible tejerla sin los otros, sin los conservadores, mestizos y oportunistas, defensores de todo *statu quo*, cuya intervención es en la vida, la prosperidad y el progreso sociales tan imprescindible como la de los contrarios. Es necesario convencerse de que en este orden, como en otros muchos, aun los que se tienen por más enemigos coope-

ran, quiéranlo ó no, casi siempre, á un resultado común, y que se ayudan más que se hostilizan.

El autor insiste en la necesidad de proscribir toda violencia en las relaciones internacionales, sustituyéndola por la voluntad de los individuos que, asociados libremente, constituyen los Estados-patrias, verdaderamente autónomos y dueños de sus destinos, mientras que la violencia dominante en las mentadas relaciones sólo engendra Estados-cárceles, con los dañosos y lamentables efectos que de tal situación se derivan. No está Cimbali por la disolución suicida de las actuales patrias, como resultaría de la aplicación de las doctrinas herveistas, para formar, una patria internacional federal, v. gr., europea, con el nombre, supongamos, según algunos quieren, de Estados Unidos de Europa, frente á otros Estados Unidos de América; pero menos aún se allana á tolerar el actual sistema de atentar homicidamente contra la vida y la independencia de unas patrias—las más débiles—por otras —las de mayor poderío militar,—invocando al efecto la conquista, ó el equilibrio político, ó la nacionalidad, la raza, los confines naturales, el protectorado, la penetración pacífica, la propaganda de la civilización, la colonización, etc.

Ya otras veces—desde que aparecieron los primeros libros de este autor—he dicho que su sistema de derecho internacional parece la aplicación á este orden de las teorías pactistas, singularmente de Rousseau y Proudhon. El régimen de vida internacional que preconiza es el del abstencionismo negativista de unos Estados con respecto á los otros, de que resultaría una coexistencia internacional parecida á la que para el derecho interno han defendido todos los individualistas, más ó menos kantianos. Pero también he dicho, y repito ahora, que tan imposible como es proscribir la fuerza del círculo de las llamadas relaciones jurídicas internas, para sustituirla con una completa libertad y ausencia de coacción, ha de serlo también lograr el mismo resultado en las relaciones de índole internacional. Igual en las unas que en las otras, lo que lleva el

nombre de derecho no es más que fuerza sistematizada y hecha habitual. Que se manifieste en forma de guerra, de pleitos, de competencia aduanera ó mercantil, de leyes, de sentencias, de penas, de órdenes de una autoridad, de régimen de mayorías, de plebiscito, etc., etc., lo mismo da: fuerza es siempre. La vida social humana, hágase como quiera, no puede ser quizá nunca sino una variedad de la acción impositiva de unos hombres sobre otros, es decir, una variedad de la coacción, de la violencia y de la esclavitud. Está ello acaso en el orden mismo de las cosas, al que es inherente de manera ineludible. En otro sitio trataré más al por menor esta cuestión, cuya importancia no parece que puede ser negada.

P. Dorado

ÍNDICE

Págs.

El desastre de Cavite, sus causas y sus efectos, por el Contralmirante Patricio Montojo..... 5

Juan Valera, por Havelock Ellis..... 15

El suplicio del silencio (novela), por Federico Spielhagen..... 35

Recuerdos, por José Echegaray..... 80

El problema catalán y la lengua catalana, por Lorenzo Benito... 92

Parnaso internacional.—La bendición, por Carlos Baudeleire 126

El centenario de Edgard Allan Poè, por Angel Guerra..... 130

Algunas consideraciones sobre el Ejército español, por Mariano Marfil..... 145

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 162

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 169

Notas bibliográficas, por P. Dorado..... 203

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración, López de Hoyos, 6.—MADRID

N.º del Catál.º		Pesetas
175	**Aguanno.** — La génesis y la evolución del Derecho civil..	15
176	— La Reforma integral de la legislación civil..	4
177	**Alcofurado.** — Cartas amatorias de la monja portuguesa.....	3
315	**Amiel.**—Diario íntimo..	9
327-328	**Antoine.**—Curso de Economía Social, 2 vols.	16
178	**Anónimo.**—¿Académicas?	1
179	— Currita Albornoz al P. Luis Coloma.....	1
183	**Araujo.**—Goya.....	3
180	**Arenal.** — El Delito colectivo.....	1,50
182	— El Derecho de gracia.	3
181	— El Visitador del preso.	3
323	**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas.....	7
114	**Arnold.** — La crítica en la actualidad.....	3
172	**Asensio.**—Fernán Caballero.....	1
39	— Martín Alonso Pinzón.	3
184	**Asser.** — Derecho Internacional privado.....	6
368	**Bargehot.**—La Constitución inglesa.....	7
391	— Leyes científicas.....	4
416	**Baldwin.**—Elementos de Psicología	8
111	**Balzac.**—César Birotteau	3
54	— Eugenia Grandet....	3
112	— La Quiebra de César Birotteau.....	3
62	— Papá Goriot.....	3
76	— Ursula Mirouet.....	3
2	**Barbey d'Aurevilly.**—El Cabecilla.....	3
12	— El Dandismo y Jorge Brummel.	3
131	— La Hechizada.	3
120	— Las Diabólicas.	3
124	— Una historia sin nombre.....	3
110	— Venganza de una mujer.....	3
130	**Baudelaire.**—Los paraísos artificiales.	3
163	**Becerro de Bengoa.**—Trueba.....	1
174	**Bergeret.**—Eugenio Mouton (Merinos)	1
353	**Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política.....	10
311	**Boissier.**—Cicerón y sus amigos.	8
380	— La Oposición bajo los Césares.....	7
169	**Bourget.**—Hipólito Taine	0,50
395	**Bréal.**—Ensayo de Semántica.....	5
447	**Bredif.**—La Elocuencia política en Grecia.....	7
399	**Bret Harte.** — Bloqueados por la nieve.....	
300	**Buisson.**—La Educación popular de los adultos en Inglaterra.....	6
367	**Bunge.**—La Educación..	12
185-186	**Burgess.** — Ciencia política y Derecho constitucional comparados *(dos tomos)*.....	14
187	**Buylla.**—Economía.....	12
36-37	**Campe.** — Historia de América *(dos tomos)*..	6
156	**Campoamor.**—Cánovas.	1
79	— Doloras, cantares y humoradas.	3
69	— Ternezas y flores.....	3
317-354-371	**Carlyle.**—La Re-	

N.º del Catál.º		Pesetas
	volución francesa (*tres tomos*).	24
393	— Pasado y presente....	7
188	**Carnevale.** — Filosofía jurídica. — Crítica penal.....	5
189	— La cuestión de la pena de muerte.....	3
102	**Caro.**—Costumbres literarias.....	3
140	— El Derecho y la fuerza.	3
58	— El pesimismo en el siglo XIX.....	3
65	**Caro.**—El suicidio y la civilización.....	3
127	— Littré y el Positivismo.....	3
363	— La filosofía de Goethe	6
293	**Castro.**—El libro de los galicismos.....	3
361	**Champcommunale.**—La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado	10
190-191	**Collins.** — Resumen de la filosofía de Spencer (*dos tomos*).....	15
64	**Coppée.**—Un idilio.....	3
40	**Cherbuliez.** — Amores frágiles..	3
26	— La tema de Juan Tozudo.....	3
93	— Meta Holdenis.....	3
18	— Mis Rovel.....	3
91	— Paula Mere.....	3
394	**Colombey.** — Historia anecdótica de El Duelo.	6
437	**Comte.** — Principios de Filosofía positiva.....	2
404	**Couperus.**—Su Majestad.	3
297-298	**Darwin.** — Viaje de un naturalista alrededor del mundo (*dos tomos*)..	15
59	**Daudet.**—Cartas de mi molino.....	3
125	— Cuentos y fantasías..	3
93	— El sitio de París.....	3
13-14	— Jack (*dos tomos*)...	6
22	— La Evangelista.....	3
46	— Novelas del lunes....	3
100	— Tartarín en los Alpes	3
425	**Dollinger.**— El Pontificado.....	6
166	**Dorado.** — Concepción Arenal.....	1
289	— El Reformatorio de Elmira.....	3
192	— Problemas jurídicos contemporáneos.....	3
31	**Dostoyusky.** — La casa de los muertos.....	3
33	— La novela del presidio.	3
301	**Dowden.** — Historia de la literatura francesa..	9
402	**Dumas.**—Actea.....	2
326	**Emerson.**—La ley de la vida	5
332	— Hombres simbólicos. .	4
413	— Ensayo sobre la naturaleza.....	3,50
442	— Inglaterra y el carácter inglés.....	4
459	— Los veinte ensayos...	7
340	**Eltzbacher.** — El anarquismo, según sus más ilustres representantes.	7
342	**Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos..... ..	4
193	**Engels.** — Origen de la familia, de la propiedad y del Estado.....	6
162	**Fernán Flor.**—Tamayo..	1
158	— Zorrilla.....	1
155	**Fernández Guerra.** — Hartzenbusch.....	1
92	**Ferrán.**-Obras completas	3
73	**Ferry.**—Nuevos estudios de Antropología.....	3
329	**Fichte.**—Discursos á la Nación Alemana. La regeneración y educación de la Alemania moderna.....	5
352	**Finot.**—Filosofía de la longevidad..... ...	5
357	**Fitzmaurice-Kelly.** — Historia de la Literatura española..... .	10
24	**Flaubert.** — Un corazón sencillo.....	3
390	**Flint.**—La Filosofía de la Historia en Alemania..	7
196-197	**Foullée.** — Historia de la filosofía (*dos tomos*)	12
195	— La ciencia social contemporánea.....	8
194	— Novísimo concepto del derecho.....	7
451-452	— Historia de la filosofía de Platón (*dos tomos*.....	12
333	**Fournier.** — El ingenio en la historia.....	3

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 21. NUM. 245.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

MAYO 1909

MADRID
EST. TIPOGRÁFICO DE VALENTÍN TORDESILLAS
Calle del Tutor, 16.—Teléfono 2.042.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

EL DESASTRE DE CAVITE

SUS CAUSAS Y SUS EFECTOS

III Y ULTIMO

Comentarios y consecuencias finales.

Por algo he dicho anteriormente que las Islas Filipinas están muy lejos de España. El 1.° de Mayo de 1898, ese día nefasto en el que nuestra irrisoria escuadra era destruída en aguas de Cavite por la de los Estados Unidos, la impresión que la noticia de este desastre causó en Madrid fué de indiferencia y hasta de hastío.

Los toros entretuvieron tanto ó más que otras veces á la muchedumbre.

¿Qué podía importar á aquellos rancios españoles, amantes de la fiesta nacional, que se sacrificasen en aras de la patria algunos centenares de hombres, á muchas leguas de distancia?

En el Congreso, en la sesión del 5 de Mayo, un orador de nota, un político procaz y osado, siempre dispuesto á hacer efecto, decía: «¿Qué ha habido en Manila? ¿Ha habido un combate de escuadra á escuadra, ó ha habido una sorpresa?...; yo he leído que aquel combate ha tenido lugar estando nuestra escuadra amarrada ó sobre anclas... La escuadra debía tener ardiendo sus fuegos, ha debido evolucionar bien ó mal...» El mismo orador (Romero Robledo) daba por supuesto que los

cañonazos de los buques americanos nos habían despertado, que no había habido combate y que nuestros buques habían sido echados á pique sin combatir. Todavía se dijo más: que la noche del 30 de Abril se había dado un baile en mi casa (!).

La fatalidad de la ruptura del cable submarino el 2 de Mayo, hizo que no se volvieran á tener noticias de Manila, y que la imaginación versátil de los más aceptase hechos absurdos, que, por lo mismo de ser inverosímiles, eran recibidos con fruición por muchos, inclinado como es el vulgo á creer todo lo malo.

Más adelante (el 23 de Junio) volvió á ocuparse Romero Robledo en el Congreso del combate naval de Cavite, con el desahogo que caracterizaba á aquel hombre audaz, describiendo caprichosamente lo sucedido en aquel aciago día, con los más tétricos colores, con tantas inexactitudes como palabras, inventando hechos que no ocurrieron y detalles fantásticos, todos desfavorables á los que allí exponíamos la vida.

¡Lástima que aquel intemperante hombre público no hubiese sido actor, ó cuando menos testigo del combate!

Sirva de contestación á las diatribas del Sr. Romero Robledo lo expresado por el primer maquinista del vapor *Mindanao,* Mr. Mackinley, en carta que dirigió desde Londres á su jefe superior: «...El día 30, cuando nos unimos á la escuadra, ésta se hallaba preparada para recibir á la americana, con anclas á pique, fuegos encendidos, presión en las calderas y todo el mundo en su puesto.»—Estos asertos, por provenir de un extranjero, no pueden ser sospechosos.

El corresponsal del *Herald* telegrafió desde Manila á Nueva York algunos detalles del combate, que merecen ser conocidos por su procedencia.

Helos aquí, traducidos con toda fidelidad:

«El comodoro americano encontró la escuadra española con vapor y navegando en línea de combate. Dewey, aprovechando la enorme superioridad en velocidad y artillería de los buques de su escuadra, dispuso que el combate se librara á 5.500

metros, distancia á la cual consideraba que el efecto destructor de la artillería española contra los buques protegidos de la escuadra americana sería poco eficaz. La bahía tiene allí una anchura de 20 millas, y contaba, pues, con un márgen de 17 para realizar su propósito.

»Así se hizo. Los españoles concentraron sus fuegos contra el *Olympia*. Éste lanzó sus primeros disparos con los cañones de 20 centímetros, arrojando proyectiles de 250 libras, y lo mismo hicieron el *Baltimore* y el *Boston*; pero los primeros disparos de los buques españoles colocaron tres granadas en el *Olympia:* la primera, en el puente; la segunda atravesó la cubierta, deteniéndose en la protectriz, sin causar más daño que un boquete en la cubierta alta.

»Los marineros bajaban la cabeza ante las granadas españolas, y el comodoro Dewey cambió su línea de frente, con la cual inició el combate, poniéndose en línea de fila, y presentando el costado para que funcionara la artillería de tiro rápido de 13 centímetros.

»La rapidez y precisión de esta artillería dió pronto resultado favorable. Incendiados el *Cristina* y el *Castilla*, Dewey se acercó á 4.000 metros, y cuando ya ardían tres buques españoles, á consecuencia de los disparos de la artillería de tiro rápido de mayor calibre, dió orden de acercarse á 2.000 metros, cuando, según dice Dewey, el combate era un mero ejercicio de tiro al blanco contra el pequeño *Ulloa*, único buque que aún permanecía á flote, y, cercado por los buques americanos, continuaba disparando contra ellos.

»El *Olympia* recibió muchas granadas. Ninguna atravesó la cubierta protectriz. Entre las que recibió el *Baltimore*, una dió en uno de los cañones de 15 centímetros, y al explotar hizo estallar una caja de municiones de cañón de tiro rápido, causando ocho heridos. En el *Boston*, una de las granadas cayó en el camarote del teniente Doddrige, produciendo un incendio que se apagó en seguida. Otra incendió la batayola; pero este incendio, como el anterior, se apagó pronto. En cambio,

los producidos á los buques españoles por la artillería de tiro rápido no podían dominarse. Cuando se apagaba un poco aquella lluvia de proyectiles, provocaba nuevos incendios.»

El Liberal publicó el 1.° de Julio una carta, escrita en Manila el 19 de Mayo, que contiene el relato, hecho por un testigo presencial, de la destrucción de nuestra escuadra y de la rendición de Cavite. No es necesario comentar los tremendos cargos que de su lectura se infieren para la imprevisión del Gobierno. Cada uno de los que lean la carta, sintiendo renovarse en su alma la emoción interna del desastre, los formulará muy graves y terribles.

«...La Providencia no estaba de nuestro lado. El 30, á las doce de la noche, forzó la escuadra *yankee* la entrada de la bahía á toda máquina. Hubo fuego, pero apenas se les hizo mella en sus corazas, pues en diez minutos, los barcos americanos se pusieron fuera del alcance de las piezas. Se oyeron los disparos, y nadie durmió aquella noche. Todos los vapores y embarcaciones subieron (el río Pásig) hacia el puente de España, cerrando el río con goletas echadas á pique en la barra.

»A las cinco de la mañana del día 1.° de Mayo se oyó el primer disparo. Después aquello fué un infierno. ¡Aterrorizaba ver la escuadra enemiga tan poderosa y contemplar la nuestra tan débil! Aquélla contaba con *120 cañones* (1) de todas clases; la nuestra con ¡26! entre todos.

»No duraría tres horas el combate, y nos pareció que duraba un siglo. ¡Fué un fuego horroroso, un ruido terrible! Las mujeres gritaban y corrían desoladas por las calles. Los hombres contemplaban el horrendo infortunio con ojos de espanto.

---

(1) Aquí hay exageración.

No se puede dar una idea de lo que era aquello. La tierra parecía moverse como agitada por un terremoto.»

.....

«En medio del combate, y ya ardiendo el *Reina Cristina*, el general Montojo con su Estado mayor tuvo que trasladarse al *Isla de Cuba*. Es milagroso que vivan.»

.....

«La situación es terrible, por la ignorancia en que vivimos de lo que sucede ahí (Madrid) y en el Atlántico. Así estamos llenos de dolor ante desgracia tan inmensa, por el abandono en que el Gobierno nos ha tenido, pues *con sólo dos acorazados hubiera sucedido todo lo contrario de lo que ha pasado.*—J. L.»

Se ha comparado más de una vez el combate de Cavite al de Yalu, en el que los japoneses derrotaron á los chinos, y á este propósito, el comandante italiano Bonamico publicó un interesante folleto, bajo el título de *Il conflitto ispano-americano,* pocos días después de aquel desastre, por lo que sus apreciaciones no son todo lo exactas que podrían desearse.

Dice así en uno de sus párrafos: «...El almirante Dewey, maniobrando de un modo semejante á Ito en Yalu, utilizó completamente la superioridad de sus tiros, sin exponer sus naves, y el almirante Montojo, como Jing, no supo aprovechar la oportunidad de lanzarse á todo evento con rapidez perpendicularmente á la línea enemiga.

»No pretendo afirmar el pleno éxito de esta táctica de la desesperación, porque la velocidad superior de los buques enemigos sería un obstáculo al resultado de la maniobra, evitando fácilmente el choque...»

El comandante Bonamico ignoraba que intenté embestir al *Olympia*, siendo detenido en mi empresa por la rotura del servo-motor del *Cristina*. Por otra parte, la máxima velocidad que hubieran podido alcanzar los buques españoles llegaría á

lo sumo á 13 millas, mientras que la de sus contrarios era superior á 17.

La opinión de Mr. G. S. Clarke (que se publicó en el *Naval Manual,* de Lord Brassey) sobre el combate naval de Cavite, es también digna de tenerse en cuenta, por el crédito que tiene en Inglaterra aquel escritor marítimo. Los párrafos que siguen son traducción fiel de una parte referente á nuestro objeto:

«En España se hicieron algunos esfuerzos para prepararse á la guerra; pero la falta de dinero, de recursos materiales y la incapacidad administrativa hicieron todo inútil.

»Al comenzar el año de 1898 no había disponible un solo buque de combate merecedor por completo de este nombre, y no existía una escuadra organizada sobre las costas de España. Las fuerzas naturales situadas en el extremo Oriente estaban compuestas principalmente de naves anticuadas (una de ellas de madera), de las cuales, la que arbolaba la insignia, parecida á nuestro *Active,* no era en el moderno tecnicismo un buque de combate. La eficiencia de una flota, que consiste en la reunión de condiciones muy complejas, es un fundamento esencial de un Gobierno sólido y de la energía de una nación. España, no obstante su historia, y á pesar de sus ventajas naturales, nunca ha demostrado capacidad para organizar y sostener una flota verdaderamente eficiente. En el extremo Oriente, el comodoro Dewey, con los cruceros protegidos *Olympia* (insignia), *Baltimore, Boston* y *Raleigh;* los cañoneros, también protegidos, *Concord* y *Petrel;* el buque del resguardo *Mac-Culloch* y dos vapores transportes, estaba en Hong-Kong, á 600 millas de la insignificante é irrisoria escuadra española fondeada en la bahía de Manila...

»...Hubiera sido loca temeridad en los españoles intentar batirse en alta mar, dada la abrumadora superioridad de sus contrarios, y el almirante Montojo, al retirarse dentro de la

bahía de Manila, yendo á situarse cerca de Cavite, donde podía ampararse de las baterías de tierra (¡!), siguió el único camino que se le ofrecía.» .....

.....

El *Cristina,* arbolando la insignia del almirante Montojo, se puso en movimiento en dirección á los buques americanos; pero fué duramente recibido é incendiado por las granadas enemigas.» .....

«El combate de Cavite fué una lucha desigual, en que la artillería moderna, manejada por hombres bien ejercitados, probó su ventaja sobre los cañones de calibre inferior y la mayor parte de tipos antiguos...

»En tales condiciones, la gran valentía y la tenacidad que demostraron los españoles de nada podían servir.»

Otros muchos de los juicios emitidos acerca de la derrota de mi escuadra por la de los americanos podría aducir, y entre ellos varios de periódicos ingleses y americanos: el de *Le Yacht*, de París; el del *Corriere de la Sera*, de Milán; el de la *Gazette Universelle*, publicado en París el 3 de Mayo, y algunos más; de extranjeros favorables todos á mis determinaciones, porque no podía hacer otra cosa, dadas las críticas circunstancias en que me encontraba y el abandono en que me tenía el Gobierno.

Véase, como aclaración de lo relatado, la enorme desproporción que había entre las fuerzas de los americanos y las nuestras:

COMPARACIÓN DE LAS ESCUADRAS

Escuadra norte-americana.	Toneladas.	Caballos.	Andar. — *Millas.*	Cañones.
Olympia (insignia), crucero protegido; 4 pulgadas de blindaje.....	5.800	17.313	22	14
Baltimore, crucero protegido; 4½ pulgadas de blindaje..	4.600	10.750	21	24
Boston, crucero protegido; 1½ pulgada de blindaje. ..	3.189	4.030	18	8
Raleigh, crucero protegido; 2½ pulgadas de blindaje...	3.183	»	18	11
Concord, cañonero protegido; una pulgada de blindaje...	1.700	3.405	15	6
Petrel, idem íd.; idem íd....	890	1.095	14	4
Mac-Culloch, idem íd.; idem idem.....	»	»	20	4
Escuadra española.				
Reina Cristina (insignia), crucero sin protección.....	3.520	3.972	11	6
Castilla, crucero de madera (sin movimiento).....	3.260	2.690	»	6
Don Juan de Austria, crucero sin protección.....	1.159	1.500	10	4
Don Antonio Ulloa, idem íd.	1.160	1.523	»	2
Isla de Cuba, crucero protegido*; 62 mm. de blindaje.	1.048	2.000	14	4
Isla de Luzón, idem íd.; idem idem.....	1.048	2.000	14	4
Marqués del Duero, crucero sin protección.....	500	550	10	3

La situación de Manila, después de la destrucción de la escuadra y de la rendición de Cavite, era muy crítica. Los insurrectos se iban acercando á la capital, aumentando por momentos con las deserciones y la sublevación de las tropas indí-

* Un cañón inutilizado.

genas, viniendo á coronar esta triste perspectiva el abandono de la línea del Zapote el 5 de Junio, por decreto de Augustin, la que el ilustre general Polavieja había tenido tanto empeño en conservar, cuyo hecho dió lugar á la invasión de los rebeldes de la provincia de Cavite.

El general Augustin se hallaba disgustado en extremo, previendo que, en cuanto los americanos tuvieran las tropas que esperaban de San Francisco de California, unidos á los indígenas rebeldes, pondrían sitio formal á Manila, que tendría que rendirse ante las fuerzas combinadas de mar y tierra de los *yankees*, por lo que, y para prepararse lo mejor posible á la defensa, pidió al Gobierno refuerzos de tropas peninsulares, y por su parte el ministro de Marina dispuso que el contralmirante D. Manuel de la Cámara, comandante general de la escuadra de reserva, que se componía del *Pelayo*, el *Carlos V*, el *Patriota* y el *Rápido*, marchase inmediatamente á Manila por la vía de Suez, llevando 3.000 hombres de tropa en dos vapores de la Compañía Trasatlántica. Ni la escuadra ni los soldados llegaron á Manila, y este resultado negativo fué el complemento de tantos y tantos errores cometidos.

La escuadra de Cervera era la que debía haber ido á Manila en los primeros momentos, en lugar de *embotellarse* en el puerto de Santiago de Cuba. Todo se hizo mal, principalmente por imprevisión de nuestros gobernantes y por ignorancia de los medios con que contaban los americanos para la guerra que hubiéramos debido evitar aun á costa de nuestros intereses.

Inglaterra, en el asunto del *Trent* abordado por el crucero *San Jacinto*, con ser tan poderosa, disimuló su irritación ante el insulto de los americanos, por evitar la guerra. Francia bajó la cabeza en Fashoda, para conservar la paz con Inglaterra, y así ha habido muchos ejemplos. Nosotros, como Don Quijote, fuimos á la guerra, sin estudio, sin preparación, á ciegas, cuando no nos convenía de ninguna manera, y cediendo á la presión de los Estados Unidos, cuando esta artera na-

ción lo creyó oportuno para la realización de sus planes, ya preconcebidos de luenga fecha.

Cuando en Manila se tuvo noticia de que la escuadra de reserva, mandada por el contralmirante Cámara, iba en auxilio de las Filipinas españolas con un refuerzo de tropas peninsulares, el ánimo y la esperanza cundió entre los leales; pero pronto el desengaño fué grande al saber el regreso á España de los barcos y de las tropas, y el general Augustin, falto de recursos, agobiado por los cuidados de su mando, que él mismo confesaba era superior á sus fuerzas, manifestó repetidas veces al Gobierno que la situación era insostenible, y que sin tropas peninsulares de refuerzo, Manila se vería precisada á rendirse á los rebeldes filipinos, apoyados por los americanos.

Por fin, el Gobierno, en 22 de Julio, decretó su destitución, nombrando en su lugar al segundo cabo, general D. Fermín Jáudenes, militar valiente y distinguido, aunque no preparado para un cargo tan espinoso, y más aún en aquellas circunstancias.

Manila no fué socorrida, y hubo de rendirse á las tropas *yankees,* acompañadas por los rebeldes filipinos acaudillados por Emilio Aguinaldo, y ante la intimación de la escuadra de Dewey, después del ataque contra el fuerte de San Antonio.

El día 13 de Agosto ondeó en las murallas de la capital de las Islas Filipinas el pabellón estrellado de la gran república americana.

Se estaba negociando la paz con los Estados Unidos, y el Gobierno confiaba en que Manila resistiría algunos días más, á fin de que aún se conservara en poder de España al terminar las negociaciones preliminares, circunstancia que reportaría grandes ventajas para las negociaciones ulteriores.

Nada de esto sabíamos los españoles, y fuimos de nuevo juguete de los *yankees.*

Vencidos los españoles en el archipiélago filipino, sus naturales ya no les tenían odio, y al comparar el Gobierno paternal, aunque poco práctico, de España, con el desprecio que, desde los primeros momentos les demostraron los invasores, muchos de los filipinos echaron de menos sus antiguos dominadores, si es que lo eran de hecho aquellos que llamaban *castilas,* que se habían asimilado completamente con ellos, formando familias y mezclándose las razas sin distinción de procedencias.

En todo lo que se refiere á nuestro desastre y á los resultados de la derrota de Cavite, resalta siempre la imprevisión incalificable del Gobierno, el desconocimiento de la clase de guerra que nos imponían los americanos y el abandono sensible en que se hallaban las Islas Filipinas por mar y por tierra.

¿Y qué decir de los torpedos que se enviaban á Manila sin terminar su preparación?

¿Puede darse nada más ridículo?

Si no se tratase de una dolorosa página de nuestra historia marítima, causarían risa y burla la salvadoras disposiciones que se tomaban en el Ministerio, para poner remedio á las *deficiencias* de la llamada escuadra de Filipinas.

Pues ¿y la hazaña de los *yankees?*

Era menester que hubiesen dado con una nación tan indolente é imprevisora como España, que vive de los recuerdos de su antiguo y legendario poderío, para haber podido construir sus temibles buques de combate y prepararse con método y sin precipitación inconsciente para declararnos la guerra en tiempo oportuno, buscando para ello cualquier pretexto, é hiriendo especialmente la altivez española, á fin de conseguir sorprender á sus ilusos contrarios para no darles tiempo de adquirir algunos acorazados, á fin de habilitarse en lo posible y acudir á reforzar la escuadra de Filipinas y la de las Antillas, pues que á nadie podría ocurrírsele que el Gobierno español tu-

viera tan poca diplomacia que se dejara llevar á la guerra sin hacer todos los esfuerzos imaginables para eludir la provocación y aceptarla sólo cuando le conviniera.

Pero en España de nada sirve la experiencia, ni se aprende nada de los repetidos ejemplos que nos han dado naciones poderosas, que, cuando no han querido romper hostilidades, á pesar de los agravios, los insultos y hasta atropellos cometidos con ellas, han sabido manejarse de modo que, mediante negociaciones hábilmente entabladas, disimulando sus legítimas quejas, y teniendo en cuenta los gravísimos perjuicios que para el comercio y para la nación entera trae una guerra, no han llegado á este extremo, conciliando con tacto y prudencia sus intereses con los de su provocador, y quedando en resultado aparentemente los más amigos del mundo.

El 1.° de Octubre salí de Manila para Hong-Kong en el vapor inglés *Esmeralda,* cuyo capitán tuvo la atención de arbolar en el palo trinquete la bandera española, como una consideración á mi persona, y así me lo hizo presente.

El Gobierno ordenaba mi regreso á la Península para dar cuenta de mi conducta por la derrota de mi irrisoria escuadra. Tristes presentimientos llenaban mi espíritu. ¡Por desgracia los vi pronto confirmados, y aun en mayor grado del que suponía pudiesen realizarse!

Durante la navegación hasta Marsella, fuí tratado con las mayores atenciones, tanto á bordo como en tierra, por los extranjeros que sabían que era el almirante español derrotado por los *yankees*.

También fuí muy bien recibido en Barcelona y en Madrid, en este último punto por el ministro de Marina (Auñón) y gran número de generales, jefes y oficiales del Cuerpo.

Aquí doy fin á mi enojoso relato, sin tener la pretensión de haber conseguido mi propósito, que no ha sido otro que el de referir fielmente y con la brevedad posible, los hechos presenciados por mí y las reflexiones que me ha sugerido el proceso de nuestra desacertada gestión en la última campaña contra

los anglo-americanos, que ha terminado con una paz bochornosa para la nación, que en otros tiempos fué temida y respetada y que hoy es vilipendiada hasta por los mismos pueblos que un día le estuvieron sometidos.

El Contralmirante,

PATRICIO MONTOJO

PARNASO INTERNACIONAL

LOS NENÚFARES

(De Edmundo Rostand.)

Esta mañana, al despertar la aurora,
en el estanque azul que su luz dora,
los nenúfares blancos florecían.
Unos, sobre el espejo transparente,
al soplo embalsamado del ambiente
los temblorosos vástagos mecían;
otros, que aún no han podido
enarbolar el tallo sumergido,
á flor del agua abrían el capullo,
y las brisas su beso repetido
les daban, y su arrullo;
otros, más tardos en surgir, quedaban
de la tranquila alberca en lo más hondo,
y en el lóbrego fondo
sus cálices cerrados ocultaban.
Mis pensamientos son como esas flores.
Unos brotan completos, arrogantes,

y se alzan vencedores
como aquellos nenúfares triunfantes,
que al vaivén de la brisa
el botón abren con feliz sonrisa;
otros, que del nivel no se levantan
y bogan en mi mente suspendidos,
son los que más me encantan,
los más hermosos y los más queridos;
son como los nenúfares flotando
con dulce enervamiento
del agua halagadora al roce blando;
pero dentro de mí percibo y siento
agitarse en constante movimiento
tropel de pensamientos inseguros
que está engendrando misterioso germen,
cual los otros nenúfares obscuros
que aún en el fondo del estanque duermen.

***

HACIA EL PASADO

(De Enrique Regnier.)

Sobre el estanque dormido
las verdes cañas palpitan,
y cual invisibles aves,
en ráfagas repentinas
pasan los ligeros soplos
de las juguetonas brisas.
El fulgor vierte la luna
de su palidez divina
en los prados que se extienden
hasta perderse de vista,

y el viento que los orea
trae esencias campesinas
de los viejos matorrales
y de las hierbas floridas.
Pero escucho, quejumbrosa,
la canción, que cantan tímidas
las fuentes cuando resbalan
de noche sus claras linfas;
y al compás de su lamento,
en el alma estremecida
surgen con dulce añoranza
las ternuras de otros días.
Desde el fondo del pasado
despiertan memorias íntimas,
tristes y gratos recuerdos
de otras noches parecidas,
y de lejos, de muy lejos,
vuelven al labio, expresivas,
las que en la sombra sonaron
palabras de amor dulcísimas.

***

LAS TRES DONCELLAS

(De Aquiles Millien.)

Tres doncellas, cogidas de la mano,
al campo van cuando serena expira
una tarde apacible de verano.
Una canta feliz; otra, risueña,
levantando los ojos, dulce sueña;
la tercera suspira.

—¿Qué es el amor?—pregunta la dichosa.
La que sonríe y sueña, ruborosa
contesta:—Ese misterio aún se me esconde;
mas leí, no sé en donde,
que la vida sin él nunca fué grata.
—Yo le conozco—la última responde.—
¡Le conozco, y me mata!

TEODORO LLORENTE

LAS RELACIONES COMERCIALES ENTRE MÉJICO Y ESPAÑA

MI OPINIÓN SOBRE EL COMERCIO INTERNACIONAL

El comercio exterior es de gran importancia para la prosperidad de una nación y para el desenvolvimiento de su poder y de su riqueza.

Pero, entiéndase bien: lo que para estos fines del bienestar nacional importa fomentar, es el comercio exterior, en su doble aspecto de comercio de importación y de exportación, y no tan sólo este último, como general y vulgarmente se cree.

El comercio exterior ha sido el eje en torno del cual han girado siempre las opuestas aspiraciones de proteccionistas y librecambistas; estos últimos inclinados á fomentar las importaciones, por considerarlas como un bien para la prosperidad general, y los primeros viendo sólo en las exportaciones la causa productora de la riqueza de una nación.

Actualmente, la exportación es en nuestro país la preocupación general y constante y el tema de mayor interés en materia de política comercial. En los Congresos económicos, en las Asambleas de las diferentes entidades productoras, en los concursos de la importante sociedad *Unión Ibero-Americana* y en los trabajos de las Corporaciones comerciales y de la prensa mercantil, la exportación es un tema que nunca se agota, aunque agotados estén los medios y soluciones propuestos para fomentarla y engrandecerla.

Porque la exportación no puede fomentarse con soluciones

aisladas. Es ella uno de los dos términos inseparables del comercio exterior, siendo el otro la importación, y constituyendo ambos uno de los factores de la economía nacional.

Desde que Goschen, al exponer su teoría sobre los cambios extranjeros, analizó detenidamente la naturaleza de las relaciones mercantiles internacionales y divulgó la idea de que éstas no se limitan á la importación y exportación de mercancías, sino que existen además las importaciones y las exportaciones *invisibles,* todo el mundo sabe ya que la llamada balanza de comercio no tiene la significación que le atribuyó en otro tiempo el sistema mercantil, y que todavía hoy trata en cierto modo de asignarle la escuela proteccionista.

No. La exportación no puede desarrollarse sin desarrollar paralelamente la importación, como términos que son ambas de una ecuación perfecta. Y claro está que me refiero al conjunto de valores que forman el tráfico internacional; no á las mercancías solamente.

Y no es que yo siga al pie de la letra, ni mucho menos, la doctrina de Juan Bautista Say, cuya teoría sobre los mercados, en el concepto de salidas (*débouchés*), no puede aceptarse de plano; pero es evidente que nunca las exportaciones podrán desarrollarse en un país sin que al propio tiempo se fomente y desarrolle toda su vida económica interior, de la cual el comercio exterior no es más que un reflejo.

El inteligente multimillonario americano Mr. Carnegie lo ha expresado con mucho acierto en estas breves palabras: *A strong home market is the best weapon for conquering foreign markets* (un fuerte ó vigoroso mercado interior es el arma mejor para la conquista de los mercados extranjeros).

Al llegar á este punto se nos presenta una cuestión que constituye el tema más importante: la verdadera esencia del comercio internacional. Me refiero á la razón de ser de este comercio, ó sea la causa que le da origen y que le sostiene y vivifica. Voy á discurrir un poco sobre esta interesantísima materia.

Stuart Mill había establecido la teoría del *coste comparativo* como el fundamento único del tráfico internacional.

Según esta teoría, el cambio recíproco de dos mercancías entre dos distintas naciones, sólo puede llegar á verificarse cuando las respectivas diferencias entre el valor de ambas mercancías difieran en cada nación. Es decir, que si comparado en cada una de las dos naciones el respectivo valor de ambas mercancías, resulta una equidiferencia, no hay motivo para que el cambio internacional se verifique, y que lo contrario sucede si entre ambas diferencias resulta una tercera, ó lo que es lo mismo, si esas dos diferencias no son iguales.

Este razonamiento es el que ha servido á Stuart Mill para establecer la teoría del *coste comparativo* como razón de ser del comercio internacional, el cual así se distingue, según dicha doctrina, del comercio interior ó nacional, que reconoce como fundamento el *coste de producción*.

Para ilustración de aquellas personas que no están muy versadas en estas materias, voy á reproducir aquí, traduciéndolo, el ejemplo de que Stuart Mill hace uso como complemento de su teoría.

«Supongamos—dice (1)—que Polonia tiene alguna ventaja »sobre Inglaterra en la producción del trigo y de los tejidos. »Supongamos, primero, que la ventaja representa la misma »cifra para ambas mercancías: los tejidos y el trigo, cada uno »de los cuales exige cien días de trabajo en Polonia, requie»ren ciento cincuenta días en Inglaterra. Se seguirá de aquí »que los tejidos de ciento cincuenta días de trabajo en Ingla»terra, si son remitidos á Polonia, serían iguales en este últi»mo país á los de cien días de trabajo; y si allí se cambian por »trigo, se cambiarán, de consiguiente, por el trigo de sólo cien »días de trabajo. Pero el trigo de cien días de trabajo en Po»lonia hemos supuesto que es la misma cantidad que el de

(1) *Principles of Political Economy*, edic. de Longmans, Green et C.° de 1904, págs. 348 y 49.

»ciento cincuenta días de trabajo en Inglaterra. Con ciento »cincuenta días de trabajo en tejidos puede, por consiguiente, »Inglaterra obtener tanto trigo en Polonia como el que obten»dría con ciento cincuenta días de trabajo en sus propios cam»pos, y además tendría el recargo, importando el trigo de Po»lonia, de los gastos de transporte. En estas circunstancias, »ningún intercambio tendrá lugar. En este caso, siendo los »mismos los costos comparativos de los dos artículos en In»glaterra y en Polonia, como en nuestro ejemplo hemos su»puesto, y no economizando con ello ningún trabajo, no hay »motivo para que en ninguno de los dos países se limite su »industria á uno de los dos productos citados, adquiriendo el »otro por medio de la importación.

»Otra cosa sucede cuando los costos comparativos, y no los »costos absolutos de los dos artículos, difieren en los dos países. »Si mientras los tejidos continuasen produciéndose con cien »días de trabajo en Polonia y ciento cincuenta días de trabajo »en Inglaterra, el trigo se produjese con cien días de trabajo »en Polonia, y con doscientos, por lo menos, en Inglaterra, »un verdadero motivo para el cambio aparecería inmediata»mente. Con una cantidad de tejidos que Inglaterra produce »con ciento cincuenta días de trabajo, podría dicha nación »comprar en Polonia tanto trigo como en este último país se »produce con cien días de trabajo; pero esta cantidad de trigo »es igual á la que Inglaterra produce con doscientos días de »trabajo. Importando, por consiguiente, el trigo de Polonia, »y pagándolo en tejidos, Inglaterra puede obtener por ciento »cincuenta días de trabajo, lo que de otro modo le costaría »doscientos. Hay, pues, una economía de cincuenta días de »trabajo en cada transacción que se lleve á cabo. Y no es una »economía ó ganancia para Inglaterra solamente, sino una ga»nancia absoluta, porque ésta no se obtiene á expensas de Po»lonia, la cual, con el trigo que le cuesta cien días de trabajo, »ha comprado tejidos, que si los hubiese producido en el país, »le habrían costado lo mismo. Polonia, de consiguiente, nada

»pierde, pero tampoco gana. Y para ponerla en condiciones de »ganar algo con el intercambio, Inglaterra debe sacrificar una »parte de su beneficio...»

Este es el ejemplo de Stuart Mill, que, lo mismo que el texto de su teoría, dista mucho de ser expresado con entera claridad. Y hay que tener presente que las anteriores palabras del filósofo y economista inglés están traducidas libremente, acomodándolas todo lo posible á nuestro modo de decir y de pensar.

En el anterior ejemplo de Stuart Mill falta—y era muy necesario—el caso de que el trigo y los tejidos costasen en Polonia otras dos cantidades cualesquiera, pero distintas, como ochenta días y ciento veinte días de trabajo, respectivamente, en lugar de suponer la misma cifra ciento, lo cual es un motivo de duda y de confusión. Pues bien; suponiendo para el trigo y los tejidos las indicadas cifras de valor, ochenta y ciento veinte, en Polonia, y suponiendo en Inglaterra un valor para los mismos de ciento cuarenta y ciento ochenta respectivamente, con lo cual varían las cuatro cifras del primer ejemplo, se verá que tampoco hay razón para el intercambio, porque los costos comparados de los dos artículos en cada uno de los dos países son iguales, es decir, porque entre esos dos costos comparados resulta una equidiferencia, cuarenta, que no ofrece ningún margen de ganancia.

Pero no es éste el verdadero defecto de la teoría del coste comparativo. El defecto está en su falta de exactitud. Para formularla, Stuart Mill ha partido de un supuesto falso: el de considerar las relaciones mercantiles internacionales limitadas á dos naciones entre sí y con aislamiento completo de las que cada una de ellas mantiene con todas las demás.

Y no son éstos los términos del problema, porque, actualmente, las relaciones mercantiles exteriores de cada país se desarrollan en el mercado universal, y éste se compone del conjunto de ofertas y demandas de todas las naciones.

Ni tampoco es exacto ya el hecho que Stuart Mill tomó

como punto de partida para establecer su teoría, y que consistía en la dificultad, existente en otro tiempo, de trasladar de una nación á otra los elementos de producción de las diversas industrias en cada una de aquellas establecidas. Esta dificultad ha desaparecido casi completamente en la vida moderna con los grandes progresos realizados en los medios de comunicación y con las modificaciones introducidas, en sentido igualitario, por el Derecho interno de cada país al regular la condición jurídica del extranjero.

La doctrina del coste comparativo, única filosofía que ha habido hasta ahora sobre el comercio exterior, ha sido divulgada en Inglatera por el profesor Mr. Bastable, de la Universidad de Dublín, en su libro titulado *The Commerce of Nations*. También en Francia, donde este libro ha sido traducido recientemente — como lo será cualquier día en España, precisamente porque su mérito no es para tanto,—ha empezado á extenderse la teoría del coste comparativo.

No deja, sin embargo, de consignar algunas reservas al hacer suya esta teoría el profesor Bastable, quien, dicho sea de paso, ni una vez siquiera se ocupa en citar á Stuart Mill. »No es ella—dice (1),—como algunas veces se ha afirmado, la «*condición única* del comercio exterior.» (*It is not, as has sometimes been said, the «sufficient condition» of foreing trade.*)

Las excepciones que el profesor de la Universidad de Dublín señala á la regla del coste comparativo, se refieren á todos aquellos casos en los cuales, por motivos ajenos al móvil económico, la diferencia entre los costos comparados, aun siendo grande, no ofrece estímulo bastante para realizar el cambio. Tal ocurre con las dificultades del orden político, con las grandes distancias y los riesgos á ellas inherentes, etc. En estos casos, el beneficio resultante de la diferencia en los costos ó valores comparados, puede quedar anulado con aquellos riesgos y dificultades, y, ante ese temor, el cambio no se realiza.

(1) *The Commerce of Nations*, 4.ª edic., pág. 11.

Pero fuera de esto, Mr. Bastable sigue, casi al pie de la letra, la doctrina del ilustre economista y filósofo londinense.

Y esta doctrina es la que hay que combatir, porque, como he dicho anteriormente, carece hoy de base.

La moderna vida internacional tiende constantemente á establecer una gran uniformidad de costumbres y de necesidades entre los individuos de los diferentes pueblos. La civilización misma tiende también á ser uniforme.

Pero, por otra parte, no puede prescindirse del hecho de la nacionalidad en el examen de los fenómenos económico-sociales. Sobre este punto tuvo razón el economista alemán Federico List, al separar la economía universal ó cosmopolita de la economía nacional, y al señalar entre ambas cierto antagonismo ú oposición (1).

Las antiguas rivalidades entre los diferentes pueblos han tomado en las nacionalidades modernas un nuevo aspecto de carácter económico, y que consiste en la tendencia de cada nación á bastarse á sí misma, esto es, á procurarse cada una en lo económico la misma independencia alcanzada en lo político.

Claro es que esta independencia es sólo un ideal de la política económica nacionalista, y que, por lo tanto, no llegará amás á conseguirse de un modo definitivo y completo. El aislamiento en las naciones, como en los individuos, va contra su propia existencia, y siempre será necesario para el desenvolvimiento de la vida interior de un país el concurso de todos los demás.

Ahora bien; la aspiración á la independencia económica determina en todas las naciones esa evolución propia de los tiempos actuales, y en virtud de la cual no cabe ya mantener la antigua clasificación de naciones agrícolas, industriales, etc., sino que en todas ellas el desenvolvimiento de su vida económica se va verificando mediante la misma transformación evo-

(1) *The national system of Political Economy*, trad. inglesa de Sampson Lloyd, cap. XI.

lutiva. Así, una nación que ayer era agrícola casi exclusivamente, se torna hoy en nación industrial. Tal otra, que era esencialmente minera, se convierte en nación agrícola, etc.

La tendencia á la uniformidad de la vida moderna y la aspiración á la independencia económica, que sienten y practican hoy todos los países, son, juntamente con los grandes progresos de las comunicaciones, la causa de una completa variación en las condiciones del mercado universal, el cual anteriormente se localizaba en unos cuantos centros determinados, y hoy se extiende por todas partes. En este sentido, no cabe ya sino considerar el mercado interior ó nacional y el exterior ó internacional como dos partes complementarias de un todo único.

De aquí resulta que no la regla del coste comparativo, sino la del coste de producción, es la que rige el comercio exterior, lo mismo que el interior ó nacional, ya que uno y otro mercado forman hoy un todo inseparable. Los artículos mejores y los más baratos serán los preferidos, tanto en el mercado interior como en el internacional.

Y esta indicación tiene mucha importancia en la práctica, porque señala á los productores una línea nueva de conducta, única conveniente en los tiempos actuales. Hasta ahora los productores habían considerado, en general, el mercado exterior como un medio de realizar ganancias extraordinarias; y no es así como deben mirarlo, sino como la manera de ensanchar, por el mayor consumo que el mercado exterior les ofrece, la cifra de su producción. De este modo conseguirán abaratar el coste de producción, y con la mayor baratura podrán asegurar mejor el simultáneo predominio de ambos mercados, ó, dicho más exactamente, de ambas categorías de un mismo mercado.

Así también la potencia industrial de un país podrá desarrollarse y afianzarse mucho más que con la imposición de derechos aduaneros exageradamente proteccionistas, los cuales sólo sirven para abrumar, restringiéndolo, al mercado interior con la

carestía, y para dificultar el mercado exterior con las represalias ó simplemente con el régimen de reciprocidad adoptado por los demás países.

No hay que olvidarlo. Existe una completa solidaridad entre el mercado interior y el internacional, y este último sólo llegará á dominarse en la medida del perfeccionamiento técnico y económico de la potencia productora de cada nación.

II

ESTADO ACTUAL DE LAS RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y MÉJICO

A.—*Las relaciones morales.*

Para apreciar de un modo completo el estado de estas relaciones, sería preciso situarse en cada uno de los dos distintos puntos que ellas abarcan y enlazan: España y Méjico.

De cómo son consideradas aquí en España las personas, los intereses y, en general, las cosas y asuntos de Méjico, no debo ocuparme en este trabajo de un modo especial y directo. Sólo en la tercera y última parte de este artículo trataré, por incidencia, de la cuestión.

Por lo que hace á Méjico, y según lo que yo he podido observar durante mi breve estancia en aquel país, es innegable que todavía las cosas y personas de España inspiran á los mejicanos una gran simpatía. Y digo todavía, porque es también innegable que la influencia española se encuentra actualmente en Méjico bastante debilitada, y llegará á estarlo más aún si no procuramos todos mantener con aquella progresiva República constantes relaciones, tanto en el orden material como en el moral.

Y conviene tener muy presente que las relaciones morales han de ser la base y el precedente necesario de las relaciones materiales, porque, sentimental ó idealista como es el pueblo

mejicano, tienen para él mucho mayor poder de atracción las bellas sublimidades del ideal que la realidad, áspera y cruda, de las necesidades económicas.

Nos quieren, es verdad, los mejicanos, y aunque, por un deseo disculpable de afirmar así mejor los orígenes de su propia personalidad, glorifican á veces á Cuauhtemoc, último emperador de los aztecas, y denigran á Hernán Cortés, en el fondo se sienten siempre orgullosos de ser con nosotros hijos de esta España de historia gloriosa que brilló por siglos en el mundo por medio de las armas, que brilló y brilla todavía por medio de la ciencia, de las letras y de las artes, y que brillará aún mañana por todo esto mismo y por la industria y el comercio, de añadidura.

Pero la influencia extranjera predominante hoy en Méjico es la norte-americana, la cual ha venido á sustituir, excediéndola quizás, á la antigua influencia española.

Se observa esto, no sólo en la esfera de los negocios, sino hasta en el mismo idioma.

El español que se habla y se escribe en Méjico—y que en las cátedras de literatura de sus establecimientos docentes se denomina *lengua nacional*, indicando que los mejicanos aspiran á formar su propio idioma—es un español en cierto modo corrompido por el uso de voces extrañas y por el emplee de una sintaxis que no es la nuestra, que es sajona principalmente. Algo el francés, pero el inglés muy particularmente, van infiltrándose poco á poco en el idioma español de Méjico, desnaturalizándolo por completo. Debo, sin embargo, señalar como excepción honrosa los esfuerzos de algunos escritores mejicanos que se mantienen fieles en la noble tarea de conservar la pureza de nuestra lengua.

Tuve ocasión de observar la detestable influencia del anglicismo en nuestro idioma, casi en el instante mismo de mi desembarco. Al pisar por vez primera el suelo mejicano y empezar á recorrer las calles de la simpática ciudad de Veracruz, llamó mi atención un letrero de cierto establecimiento

comercial de maquinaria, situado en la linda plaza de la Constitución, frente por frente de la casa Ayuntamiento. El letrero decía: *Implementos para la agricultura.*

Extravagante manera—pensé yo, y así se lo comuniqué á nuestro cultísimo cónsul español Sr. Zugasti, que me acompañaba—de traducir la frase maquinaria agrícola, como expresión genérica que es esta última de las máquinas propiamente dichas y de las herramientas y aparatos de todas clases empleadas en la agricultura. Y consideré extravagante la formación y empleo en español de esa palabra, porque aquella otra inglesa, *implements*, de la cual se hizo la derivación, tiene una significación mucho más restringida, pues sólo se emplea en el sentido de herramientas ó utensilios—*implements of husbandry*, instrumentos de labranza—y nunca en el amplio concepto genérico de maquinaria. Lo mismo sucede con la palabra *husbandry*, derivada de *husband*, marido, la cual equivale á nuestra expresión casa de labor, y de ningún modo á la significación amplísima de la palabra Agricultura, expresada en inglés por esta otra: *Agriculture.*

Desde aquel momento, y por todo el tiempo que permanecí en territorio mejicano, no dejé de oir ni de leer á cada paso, ya palabras exóticas, ya oraciones de extraña sintaxis. Así, por ejemplo, allí se dice que es laica la enseñanza que en las escuelas *se imparte*, porque, en lugar de emplear la frase española dar la enseñanza, les ha parecido mejor la innecesaria formación del verbo *impartir*, del inglés *to impart*, que significa dar ó conferir. También se lee en todos los periódicos el anuncio de la Compañía *empacadora* mejicana, dando lugar á que se crea, leyendo y pensando en español, que el objeto social de esa empresa es el negocio de embalajes, cuando la explotación á que se dedica es la preparación de buenas carnes para el consumo, y habiendo tomado la denominación de empacadora, del inglés *packing*, como se llama en los Estados Unidos *(Packing Company)* á las grandes tocinerías de Chicago.

Son numerosísimos los casos de esta naturaleza, y no me de-

tengo á enumerarlos porque esta materia constituye solamente una parte de este estudio y porque, además, creo recordar haber leído, en las páginas de esta misma Revista, algo análogo hace poco tiempo.

Pero debo también consignar que no todas las modificaciones introducidas en nuestro idioma son anglicismos, ni carecen tampoco de fundamento muchas de ellas.

Así, por ejemplo, encuentro muy acertada la expresión *día de días*, que allí se usa para indicar el día del santo, pues éste no siempre es santo, sino que también es *santa*, y que aquí suele emplear uno de nuestros periódicos de mayor prestigio literario, *La Época*. Lo mismo considero la palabra *uxoricida*, que, derivada del latín, se emplea allí para designar al criminal, asesino de su esposa, y que aquí designamos impropiamente con la palabra parricida. Encuentro igualmente aceptable la palabra *curul*, como en Méjico se llama al escaño del diputado, aunque esa palabra me parece demasiado solemne, porque los escaños de las Cámaras legislativas de nuestra época no son la marfileña silla curul de los antiguos ediles romanos.

La conservación de la pureza do nuestro idioma en Méjico la considero de alta importancia para ambos países. Para nosotros, porque el idioma será siempre el principal vínculo de unión entre el alma española y la mejicana; y para los hijos de aquel país, amantes todos del arte, porque no podrán encontrar otra lengua más bella ni que mejor encaje en sus facultades. El acento mejicano, en efecto, lleno como está de dulzura y delicadeza, embellece nuestro idioma de un modo extraordinario. Yo había creído, hasta que fuí á Méjico, que nunca el lenguaje humano podía ser más tierno ni más bello que el italiano hablado por boca de mujer. Pues bien; hoy aseguro que nada hay más bello, ni más tierno, ni más hondamente vibrante y conmovedor que el español en boca de la mujer mejicana. La mujer distinguida de Méjico da, con su acento especialísimo, tal realce y encanto tal á nuestra lengua, que en sus labios nuestro idioma es un lenguaje de diosa.

Por eso creo que los mejicanos deben procurar tanto como nosotros conservar el idioma español libre de exóticas influencias.

Y hago punto en esta interesante materia, de la que volveré á tratar, bajo otro aspecto, en la tercera y última parte de este trabajo.

La influencia española subsiste en Méjico, en lo que se refiere á las costumbres. Cierto que hay algunas de carácter local y verdaderamente típicas del pueblo indio; pero, en general, son allí las costumbres muy semejantes á las nuestras. El *charro* mejicano es un tipo idéntico, ó poco menos, al *charro* español, producto de nuestras provincias de Salamanca y de Zamora y de la parte alta de nuestra región extremeña. Esto, por lo que se refiere á los tipos y á la vida de las clases populares; que por lo que hace á las clases distinguidas, allí, como en todas partes, se observa toda la uniformidad de lo que hemos convenido implícitamente en llamar tipo europeo.

En cuanto á la religión, ha desaparecido en Méjico de la vida pública. Las leyes de Reforma establecieron la absoluta separación de la Iglesia y el Estado y, con la libertad de cultos, la religión quedó reducida á un derecho individual. Pero el culto allí predominante y que más arraigado está en el corazón del pueblo mejicano, es el de la Iglesia Católica Apostólico-Romana, es decir, nuestra propia religión.

La libertad de cultos allí establecida lleva consigo necesariamente la completa neutralización de la vía pública en materia religiosa. Por eso todas las manifestaciones del culto externo están prohibidas para todas las religiones. Pero los templos católicos son los que albergan á la inmensa mayoría de los fieles de la nación mejicana, entre los cuales descuella siempre una dama tan bella como elegante y distinguida, la señora doña Carmen Romero Rubio, esposa del insigne presidente de la República.

Y ya que de esta materia me estoy ocupando, cumple á mi lealtad señalar aquí un hecho que me produjo muy desagra-

dable impresión. Me refiero á la regla allí establecida de mantenerse los gendarmes cubiertos dentro de los templos cuando en ellos prestan su servicio de policía. Mucha extrañeza me causaba el ver por las calles el tránsito ordinario de carruajes en los días de Jueves y Viernes Santo; pero esto lo encontré muy natural, dado el régimen en el país establecido. Lo que no pude ver sin honda molestia, al visitar los sagrarios, fué, como ya he dicho, á los gendarmes cubiertos, no á la puerta, sino dentro de los templos.

Ya sé que los individuos de los institutos armados permanecen cubiertos hasta para saludar á sus superiores. Pero, perdónenme mis amigos los mejicanos esta franqueza: yo creo que por permanecer descubiertos en la casa de Dios, suprema autoridad del universo, no sufriría menoscabo el prestigio de los representantes del hombre, y así darían una hermosa prueba de respeto á las creencias ajenas y, en muchos casos, á las propias creencias de tales agentes de la autoridad.

B.—*Las relaciones mercantiles.*

No hay que considerar, tratándose de Méjico, las relaciones mercantiles solamente desde el punto de vista del intercambio de los productos. Preciso es, además, analizar el grado de participación que nuestros connaturales tienen actualmente en los negocios de aquel país.

Y es de gran interés este último punto de vista, porque los diversos grupos de población extranjera residentes en Méjico constituyen núcleos sociales muy importantes para el consumo de los productos de las naciones respectivas. Pequeña es, como se verá después, nuestra exportación á Méjico; pero así y todo, débese principalmente la que tenemos á los españoles allí residentes, pues el mercado mejicano, propiamente dicho, no es consumidor apenas de nuestros productos.

Ha disminuído mucho en los últimos años la participación española en los negocios de Méjico.

Ello se debe principalmente á que los negocios, en la actualidad, se acometen en todas partes por medio de la gran empresa que exige el empleo de capitales cuantiosos. Y aunque entre los españoles establecidos en Méjico hay muchos que disponen de gran capital y que están dotados de espíritu de empresa, no forman suficiente número para contrarrestar la influencia de los grandes grupos de capitalistas de otros países, norte-americanos muy particularmente, que acuden á la República mejicana en busca de nuevos negocios.

Todo lo contrario es lo que sucede. Son muchos los compatriotas nuestros allí enriquecidos que liquidan sus negocios y se retiran del país sin dejar asegurada la sucesión comercial en manos españolas. Son todavía más los españoles que, por efecto de nuestra constante emigración, llegan á Méjico desprovistos de todo lo que no sea sus excelentes condiciones personales, y que van allí, no ya á hacer fortuna, sino simplemente á ganarse la vida de cualquier modo.

Y esto constituye un grave daño para los interesados y para nuestra influencia colectiva. Para los primeros, porque la lucha terrible á que han de entregarse no les ofrece sino muy escasas probabilidades de triunfo; y para la segunda, porque estos hechos los explotan en daño nuestro otros grupos extranjeros, procurando infundir en el ánimo, siempre inclinado al romanticismo, de los mejicanos, la creencia de que los españoles somos unos despreciables vividores que sólo vamos allí á buscar lo que no tenemos: la riqueza.

Y esta creencia, preciso es reconocerlo, está hoy muy arraigada entre los naturales de Méjico, con grave perjuicio para nuestros intereses en aquel país y para nuestras relaciones con los mejicanos. Por eso yo, aún contando con la apasionada oposición de muchos de mis compatriotas, he emprendido la campaña de dar á conocer en España la conveniencia, mejor aún, la necesidad, de que nuestros capitalistas dirijan su mirada á aquella progresiva República para tomar participación en algunos de sus provechosos negocios. Que el mal apa-

rente de la salida de algunos caudales, que yacen inertes en los depósitos de nuestros Bancos, estará de sobra compensado con la entrada de buenas y saneadas rentas, destinadas en definitiva á consumirse entre nosotros. Digo esto con perdón de los gerentes de nuestros Bancos, deseosos siempre, claro está, de conservar en su poder la mayor suma posible de caudal ajeno, manera única de poder ver aumentados los beneficios del propio capital.

Por lo que se refiere al intercambio comercial, y sin dejar de tener alguna importancia, dista mucho de alcanzar todo el desarrollo de que es susceptible.

Voy á hacer el análisis del estado actual de estas relaciones, examinando algunas cifras de la estadística comercial mejicana. Examen análogo puede hacerse con la estadística española, con la cual se llega al mismo resultado.

La última estadística anual publicada en Méjico hasta la fecha es la correspondiente al año fiscal de 1906-07.

El valor total del comercio exterior mejicano en dicho período es como sigue:

Importaciones.....	Pesos.	232.229.578,68
Exportaciones.....		248.018.010,00
Comercio total.....		480.247.588,68

De este tráfico corresponden al comercio con España las cifras siguientes:

Importación de España.....	Pesos.	7.937.986,31
Exportación á España.....		2.988.411,00
Intercambio total.....		10.926.397,31

Como se ve por las anteriores cifras, el tráfico con España representa en el conjunto del comercio exterior de Méjico el **3,41 por 100** para la importación y el **1,20 por 100** para la exportación.

Los principales artículos de la importación mejicana (ex-

portación española) son los que paso á expresar á continuación.

Figura á la cabeza de todos el vino común en barricas con una cifra de pesos 1.381.376,32, que nos da la supremacía del mercado mejicano en este artículo, pues la importación total se eleva á pesos 2.324.056,23, de los cuales corresponden pesos 766.581,32 á Francia y pesos 112.049,19 á los Estados Unidos, repartiéndose el resto entre los demás países.

En el vino común embotellado ocupamos el segundo lugar con una cifra de pesos 416.846,51, correspondiendo á Francia el primer lugar con pesos 557.532,08, y elevándose la importación total á pesos 1.202.928,83.

Ocupamos en la importación mejicana el primer lugar en los artículos siguientes: papeles cuyo peso no excede de 50 gramos el metro cuadrado, según la denominación de la partida número 582 del Arancel mejicano, y que es papel de fumar casi exclusivamente, con una cifra de pesos 248.124,52, ocupando el segundo lugar Alemania con pesos 156.138,55, y siendo la importación total de pesos 610.829,86; los libros y música impresos y encuadernados, cuya cifra es de pesos 211.286,39, correspondiendo el segundo lugar á los Estados Unidos con pesos 171.984,01 y el tercero á Francia con pesos 141.620,28, elevándose la importación total á pesos 581.153,86; los frutos y granos alimenticios, según la denominación del Arancel mejicano, partida núm. 91, y que principalmente se trata de almendra dulce y amarga sin cáscara, con pesos 204.694,31, siendo el segundo lugar de los Estados Unidos, con pesos 150.682,96, y repartiéndose el resto entre diez y ocho países más hasta la cifra de pesos 555.488,61, á que asciende la importación total; el aceite de oliva en latas, con pesos 186.390,04, y pesos 268.736,48 de importación total; las frutas en salmuera, con pesos 149.561,90 y 178.667,24, respectivamente; las bebidas refrescantes, sidra principalmente, con pesos 123.575,76 y 331.214,17, y los naipes, con pesos 25.159,77 y 35.307,09.

También son de notar en la importación mejicana los si-

guientes artículos de producción española: las conservas alimenticias animales, principalmente de pescado, con una cifra de pesos 876.155,95, la cual nos da el segundo lugar, correspondiendo el primero á los Estados Unidos con pesos 1.036.262,74, y siendo la importación total de pesos 2.622.040,12; el calzado, botas y zapatos bajos de cuero y tela de todas clases, y que tengan más de 20 centímetros de planta, en cuyo artículo, así especificado, ocupamos el segundo lugar con pesos 376.726,22, ocupando el primero los Estados Unidos con pesos 2.782.391,37, y siendo la importación total (1) de esta clase de calzado, de pesos 3.190.170,29; las frutas secas, en cuyo artículo también tenemos el segundo lugar, con pesos 147.209,48, correspondiendo el primero á los Estados Unidos con pesos 217.748,44, y el resto, hasta pesos 501.513,44, á quince países más; la música y libros impresos y á la rústica, artículo libre de derechos en el Arancel mejicano, en el que tenemos asimismo el segundo lugar, con pesos 103.337,92, correspondiendo el primero á los Estados Unidos con pesos 123.785,86, y elevándose la total importación á pesos 342.062,25; el hierro y el acero en carriles, en cuyo artículo quedamos en tercer lugar, con pesos 219.489,43, correspondiendo el primero á los Estados Unidos con pesos 2.580.010,39, y el segundo á Alemania con pesos 340.300,30, y siendo la importación total de pesos 3.356.989,94; y la maquinaria de todas clases, en cuyo artículo, á pesar de tener para nosotros importancia la cifra de pesos 118.148,12, á que asciende la importación de procedencia española, quedamos en una gran inferioridad en relación con los demás países, pues la importación de los Estados Unidos, que ocupan el primer lugar, es de pesos 20.140.585,63, la de Alemania pesos 2.248.797,21 y la de Francia pesos 484.250,58, siendo la importación total de pesos 26.260.552,24.

En cuanto á los tejidos, nuestra inferioridad en el tráfico

(1) La importación de calzado de todas clases alcanzó en Méjico en el año á que me estoy refiriendo la cifra de pesos 3.432.957,44.

con Méjico es también, en general, bastante grande. Los tejidos de algodón de todas clases y sus manufacturas representan en la importación de Méjico pesos 12.170.308,40, de cuya cifra corresponde á España pesos 672.625,77, la cual, considerada como cifra absoluta, tiene, sin embargo, bastante importancia. En algunas manufacturas de algodón ocupamos el primer lugar en la importación mejicana, como sucede con los paraguas, sombrillas y quitasoles de esta clase de tela, en cuyo artículo representa la importación procedente de España 54.361,75 pesos en un total de pesos 73.236,68. También en el algodón hilado ocupamos el primer lugar, con pesos 117.769, en una importación total de pesos 136.026,21.

En algunos tejidos de lino, como el encaje y punto de hilo, cuyo artículo representa una cifra insignificante casi, también tenemos el primer lugar, con pesos 18.743 en una importación total de pesos 27.497,67. En todos los demás tejidos de hilo, nuestra inferioridad es muy considerable.

En los tejidos de lana de todas clases y sas manufacturas, la importación total de Méjico fué, en el año á que me estoy refiriendo, de pesos 5.116.215,01, de los cuales corresponden á España solamente 165.052,66. Y en los tejidos de seda sin mezcla de otras materias, alcanzó la importación la cifra de pesos 2.578.988,20, de los cuales son de procedencia española 68.893,76.

Y dando ya de mano á la importación, voy á examinar la exportación mejicana (importación española), para la cual basta con unos cuantos reglones.

El artículo principal de la exportación de Méjico á España es el garbazo, del cual fué la exportación total, en el año á que me estoy refiriendo, de pesos 4.084.521, correspondiendo en esta cifra pesos 2.758.904 á España, es decir, bastante más de la mitad. En todos los demás artículos de exportación de Méjico, el tráfico con España no tiene apenas importancia.

Representando la exportación total de Méjico á España pesos 2.988.411, y correspondiendo de esta suma pesos 2.758.904

al garbanzo, fácilmente se ve que en todos los demás artículos el tráfico con España es casi nulo. Así, en el café, cuya exportación total representa en Méjico un valor de pesos 7.237.529,34, corresponde á España solamente la cifra de pesos 42.859; el caucho, cuya exportación es de pesos 6.678.926, corresponde á nuestro país un valor de pesos 21.878; las maderas finas están en la proporción de pesos 1.977.533,40 y 21.678, respectivamente; el tabaco en rama y elaborado, en la de pesos 2.388.058,95 y 3.673; y en cuanto al henequén, de cuyo artículo hay algún consumo en España trayéndolo de Inglaterra, la exportación directa de Méjico á nuestro país alcanzó en el citado año la insignificante cifra de pesos 2.922 en una exportación total de pesos 31.440.245,77.

Tal es, á grandes rasgos, el estado actual de nuestras relaciones con la República mejicana.

III

MEDIOS PARA FOMENTAR ESTAS RELACIONES

No voy á presentar una panacea que sirva para resolver todos los problemas, extremadamente complejos, de nuestras relaciones exteriores.

Limitado este estudio al intercambio hispano-mejicano, sólo voy á exponer aquellos medios que, sin artificios de ninguna clase, considero más eficaces para estrechar los vínculos que unen á Méjico con España. En la exposición de estos medios entran, como base única de conocimiento, las observaciones recogidas por mí directamente durante mi permanencia en la República mejicana.

En la utilísima tarea de fomentar las relaciones hispano-mejicanas, todos, el Estado, las Corporaciones y los individuos, debemos tomar parte, pues para todos hay labor en esta

empresa, que sólo con el común esfuerzo puede dar los resultados apetecidos.

No es, sin embargo, la acción del Estado la que debe actuar principalmente. A la iniciativa privada corresponde ser el elemento propulsor más poderoso.

Relaciones morales.—Son éstas, como ya he dicho en la segunda parte de este trabajo, el antecedente necesario de las relaciones materiales.

Lo primero que hace falta es mantener un estado de constante comunicación de ideas y de afectos entre mejicanos y españoles.

En este sentido, la colonia española de Méjico realiza una labor digna por todo extremo del público aplauso. El Casino Español, instalado en un magnífico edificio de su propiedad, uno de los más bellos y suntuosos de la capital de aquella República, acoge constante y preferentemente en sus salones á los mejicanos, con quienes mantienen por este medio nuestros compatriotas allí residentes una cordialidad perfecta. Allí se organizan fiestas brillantísimas, entre las cuales merece singular mención la que, con el nombre de Covadonga, se celebra todos los años el 8 de Septiembre, y que ha llegado á ser en Méjico una verdadera fiesta nacional.

Pero es preciso todavía más. La comunicación constante de los mejicanos no debe limitarse á los españoles allí residentes. Menester es extenderla directamente de país á país. Para ello es necesario sostener un frecuente intercambio intelectual. Los centros de cultura de una y otra nación deben enviarse recíprocamente sus trabajos y publicaciones; pero no al modo pasivo como suele hacerse el envío del papel impreso, sino de una manera activa, ó sea concediendo á los envíos recíprocos una atención predilecta. Necesario es también, de vez en cuando, el cambio de visitas entre los literatos y hombres de ciencia de ambos países, á cuyo fin el Estado y las Corporaciones oficiales deben organizar expediciones de estudio, las cuales han de producir siempre excelentes resultados. Como demos-

tración de esto que digo, basta con recordar el entusiasmo que en Méjico produjo la llegada á sus aguas de la *Nautilus* el año pasado, y la visita que á la capital de aquella nación hicieron nuestros marinos.

Nuestra representación diplomática en Méjico, además de recaer en individuos que á sus méritos personales unan la cualidad de querer y de ser queridos en el país, debe tener todo el carácter de permanencia posible, pues las continuas mudanzas son muy perjudiciales para la buena gestión de los importantísimos asuntos confiados á los representantes de nuestra soberanía.

En cuanto al punto importantísimo de conservar la pureza de nuestro idioma, no debe descuidarse ya ni un instante. Es indispensable que nuestra Academia de la Lengua abandone sus hábitos de extremada rigidez, y procure que nuestro idioma adquiera cierta movilidad progresiva con el empleo, sancionado por la autoridad de aquella Corporación, de palabras y expresiones nuevas que puedan ser aportadas por la iniciativa, bien aquilatada, de los escritores y oradores mejicanos.

Y no creo que nuestra Academia pueda ofrecer en esto resistencia, ya que nos ha dado algunos ejemplos de admisión de neologismos que, como el de *cutó*, hace algunos años, no parecen estar muy justificados.

Al mismo tiempo debe estimularse á los escritores de Méjico, españoles muchos de ellos, para que se esfuerzen en la noble tarea de limpiar allí nuestro idioma de las influencias extrañas que lo corrompen. Por mi parte no dejé de aprovechar la oportunidad del banquete con que me despidieron algunos amigos mejicanos y españoles, para recomendar á dos periodistas y literatos distinguidísimos, presentes en aquel acto, el Sr. D. José Porrúa, compatriota nuestro y director de *El Correo Español*, y el Sr. D. Juan Sánchez Azcona, mejicano, y director á la sazón de *El Diario*, que hiciesen campaña constante en pro de la pureza del español hablado en Méjico, para cuya empresa honrosísima contaban con el poderoso instru-

mento de sus brillantes plumas, maestras en el arte del bien decir.

Y no es la empresa de realización difícil, dado que en Mejico existe una Corporación correspondiente de la Academia Española, á la que pertenecen notabilísimos literatos y oradores del fuste del Lic. Rafael E. Aguilar, que honra á la tribuna mejicana. Todo se reduce, pues, á que entre la Academia Española y su correspondiente de Méjico haya una relación de trabajo estrecha y constante.

Relaciones mercantiles.—Muy poco tiene que hacer el Estado para el fomento de nuestras relaciones comerciales con Méjico.

En materia arancelaria ninguna gestión cabe emprender, porque Méjico no tiene, ni quiere, tratados de comercio. Aparte de razones de política internacional, que no sería discreto examinar aquí, existe en el Gobierno mejicano una fuerte opinión resueltamente contraria á los tratados comerciales. Estos, al fin y al cabo, no representan otra cosa en el comercio exterior que el vergonzoso y reprobado sistema del regateo, abolido ya en el comercio serio por todas partes.

Así es que con Méjico no cabe, en materia comercial, la negociación de estipulaciones especiales que establezcan regímenes de favor con estos ó los otros países. El arancel mejicano consta de una sola columna ó tarifa, que se aplica por igual á las procedencias de todas las naciones.

Por eso, y á pesar de haberse consignado en el tratado de 1836, de paz y amistad con Méjico y de reconocimiento de su independencia, la promesa de ajustar con España un tratado de comercio y navegación, éste no ha llegado á celebrarse todavía. Por eso tenemos únicamente con ese país tratados de extradición, de arbitraje y de reconocimiento de títulos académicos, y convenios de propiedad literaria, científica y artística y de supresión de la legalización de firmas en todos los documentos que haya que acreditar en derecho y que se cursen por las respectivas vías diplomáticas.

La acción del Estado puede reducirse á organizar bien y á vigilar constantemente los servicios públicos de comunicaciones (1), y á facilitar las informaciones de carácter general y la publicación de estudios sobre aquel mercado, etc. Para este último no hay otro medio que la creación de los agentes comerciales, agregados á nuestra Legaciones en América.

Estando yo en Méjico, llegué á creer que este problema, cuya solución viene reclamándose desde hace muchos años, se había resuelto satisfactoriamente por el Real decreto de 23 de Marzo de 1907. Pero mi creencia se desvaneció tan pronto como llegó á mis manos la *Gaceta* en que se publicaba la citada disposición ministerial, la cual sería mejor no haber dictado, pues se pretendió cándidamente crear con ella los agentes comerciales sin crear al mismo tiempo los recursos necesarios para el cumplimiento de su misión.

Además, la disposición ministerial aludida tenía el defecto de asignar á los tres agentes de América, que habían de establecerse en la capital de Méjico, en Buenos Aires y en Valparaíso, una zona demasiado extensa, que ni aun con grandes gastos podrían atender cumplidamente.

Es preciso crear *de verdad* los agentes comerciales, destinando, como agregados, uno á cada Legación, y el nombramiento no debe hacerse á propuesta de las Cámaras de Comercio, sino por concurso ú oposición entre individuos de la carrera oficial de comercio.

Nuestros cónsules no pueden, en general, ocuparse de los intereses mercantiles, porque, reclutados entre los individuos de la carrera de Derecho, no siempre sienten hacia los estudios comerciales toda la inclinación que es necesaria, ni tampoco suelen tener en esta materia la especial competencia que es de desear. A más de esto, y por lo que yo he visto, tienen

(1) Durante mi estancia en Méjico tuve ocasión de apreciar la necesidad que había de establecer entre España y aquel país el servicio de paquetes postales.

ocupación sobrada con su múltiple misión notarial, judicial, gubernativa, etc.

Y paso ya á ocuparme de los medios propios de la iniciativa privada.

Mucho se habla y se escribe todos los días con respecto á los medios de fomentar nuestro comercio exterior en general, y con la América española en particular. Y no hay cosa que no se haya propuesto, desde las exposiciones permanentes ó temporales de productos y de muestrarios, hasta los Bancos de exportación.

Pero es lo cierto que, á pesar de esta importante labor de estudio y de propaganda, nuestro comercio con Méjico—y en general con toda la América española—no ha pasado de los estrechos límites señalados por las cifras que he reproducido en la segunda parte de este trabajo.

Y es que, como he dicho al exponer mi opinión sobre el comercio internacional, lo primero que hace falta es contar con una producción organizada de tal modo y que alcance tal robustez, por decirlo así, que el dominio del mercado exterior sea como una consecuencia del completo y natural dominio del mercado interior.

Es, pues, la condición primera, la existencia de una producción bien organizada, así económica como técnicamente, lo que quiere decir, en lenguaje llano, que nuestros productores se coloquen en situación de poder competir en calidad y baratura con los productores de las demás naciones.

Después de esto, es preciso organizar nuestro comercio de exportación sobre la base de fuertes casas exportadoras, no de comisión, sino de comercio, y que hagan del tráfico con el exterior, con Méjico en el caso de mi estudio, el objeto especial y único de sus especulaciones. Hay que crear, en una palabra, el comercio de exportación en grande escala, el cual puede decirse que apenas existe en España.

Un elemento puede y debe aprovecharse para ello: el antiguo comerciante almacenista, cuyo negocio está á punto de

desaparecer en la mayoría de las plazas mercantiles españolas. Es muy conocida la crisis que viene atravesando en nuestro país el comercio de almacén, desde que las fábricas han buscado directamente los pedidos de los comerciantes detallistas, en los productos fabricados, y desde que los consumidores directos de los productos agrícolas, como los fabricantes de harinas con los trigos, van á comprarlos casi á las propias manos del cultivador.

Este comercio de almacén, que cada día se encuentra en mayor decadencia, tiene forzosamente que evolucionar ó morir por consunción, y ninguna otra evolución sería más provechosa que la que hiciese hacia la conquista del mercado exterior.

La exportación no debe correr jamás á cargo de fabricantes ni cultivadores. Exclusivamente deben limitarse los unos á fabricar, y á cultivar la tierra los otros, dedicando ambos al constante perfeccionamiento de sus respectivas industrias toda su atención, y su actividad y sus recursos todos.

Los comerciantes exportadores serán los encargados de hacer, por su propio interés, el estudio completo de todos los problemas que el comercio de exportación abarca. Ellos serán los que, por medio de sus comisionistas, viajantes y representantes fijos, estudien y conozcan las condiciones del mercado local de cada plaza ó región extranjera, los artículos de comercio convenientes para cada una, el estado de los precios, el de los fletes y demás gastos, el grado de solvencia y la conducta de las casas compradoras, etc.; es decir, lo que se llama el estudio detallado y completo de cada negocio en particular, á cuya realización jamás podrá servir de estímulo suficiente la publicación de trabajos de carácter general.

Para el fomento de nuestro comercio con Méjico es de absoluta necesidad la creación de las casas exportadoras. Y buena prueba de ello es que el envío de muchos artículos de la producción española se remiten hoy á la República mejicana por mediación de exportadores extranjeros. Como demostración de

lo que acabo de decir, allá va un caso práctico. En uno de los espléndidos banquetes del Casino Español, llamó mi atención la etiqueta de uno de los vinos que en la mesa fueron servidos, y que suelen casi siempre ser todos españoles. La etiqueta decía: *Rioja Clarete. Logroño. Único exportador...* y aquí el nombre y el domicilio de una casa de París, que no cito por no hacerle el reclamo gratuitamente en las prestigiosas páginas de La España Moderna.

El problema del crédito, tan necesario en cualquier género de comercio, y muy señaladamente en el de exportación, quedaría por sí solo resuelto con la creación de las casas exportadoras, las cuales serían *firmas descontables* en todos los Bancos actualmente establecidos, siendo innecesario el pensar entonces en Bancos especiales de exportación, cuyas condiciones de existencia habían de ser, en el estado actual de las cosas, en extremo difíciles. Además, que la exportación en grande escala tiene en sí misma una sólida base de crédito á garantizar con la documentación de las propias mercancías exportadas.

Lo que sí sería muy útil también para el fomento de nuestro intercambio con Méjico, es la instalación recíprocamente, en uno y otro país, de sucursales de los principales Bancos aquí y allí establecidos. Si el Banco de España, que en estos últimos años ha tratado de *remozarse*, se hubiese decidido á establecer en Méjico una Sucursal, el éxito hubiera sido muy grande. Digo lo mismo—y no me explicó cómo aún no lo ha realizado—del Banco Hispano-Americano.

Todo lo que antecede se refiere á nuestra exportación. En lo que concierne á nuestra importación, ó sea la exportación de Méjico á España, mientras se halle circunscrita á los artículos de producción agrícola exclusivamente, no queda otro camino que hacer ese comercio mediante la compra directa á los cultivadores mejicanos. Así proceden para la compra del garbanzo algunas casas de importación establecidas en Santander y Bilbao, las cuales envían sus dependientes á Méjico en la

época de las cosechas, y vienen de este modo trabajando con excelente resultado.

En cuanto al examen detallado del mercado mejicano, productos, fletes, transportes, etc., no lo considero pertinente para esta Revista, y menos en un trabajo de conjunto. Lo reservo para otros estudios parciales de divulgación.

RAMÓN PÉREZ REQUEIJO,
Profesor de la Escuela Superior de Comercio de Santander.

LITERATURA FRAUDULENTA

A Menéndez Pelayo, crítico omnisciente, y Argos de nuestros arcanos literarios.

LOS PRECURSORES DEL BUSCAPIÉ

«Aquí quedarás colgada desta espetera... péñola mía, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte.»

Quijote.—Parte segunda, capítulo LXXIV.

I

Así exclamaba al terminar su incomparable obra aquel ingenio privilegiado, á cuyo portentoso talento han rendido tributo espontáneo de admiración las naciones todas, sacrificando en aras de la verdad y en holocausto á su preclaro nombre los sectarismos y banderías de creencia religiosa ó de fracción política, proclamando á Cervantes príncipe de los escritores, y al *Quijote* el mejor libro de todas las literaturas. Y esas palabras, que constituyen el único anatema que fulminó Cervantes contra sus contemporáneos, envidiosos unos, plagiarios otros y detractores algunos, no han sido obstáculo para que escritores poco escrupulosos se hayan atrevido á profanar su veneranda memoria, no sólo continuando sus obras, sino prohijándole con cínica impiedad escritos espúreos, que por fortuna deslustran y ensombrecen por breve tiempo el inmaculado

nombre de Cervantes. Pasadas las tempestades que acompañan siempre á los abortos literarios de esos piratas de biblioteca, una sana razón y una crítica imparcial suele hacer justicia, relegando al olvido (piélago insondable donde se pierden, tarde ó temprano, tales escritos) esas mezquinas obras, que se convierten en otros tantos peldaños que engrandecen y agigantan el pedestal sobre que se asienta la inmarcesible gloria de Cervantes.

Acongoja el ánimo de todo amante de las glorias patrias el recuerdo de la tormentosa existencia de aquel varón meritísimo, que parecía perseguido tan tenaz como cruelmente, por un hado que siempre le fué adverso. Y para que no le fuera propicia la suerte ni aun después de bajar al sepulcro, parece haberse perpetuado aquella abyecta raza de envidiosos que acibaró su existencia, raza de cuyo seno surgen con frecuencia «presuntuosos y malandrines historiadores», dictado con que los tildó Cervantes, para profanar su recuerdo y escarnecer su nombre. Pero en buena lógica, los desmanes de tales autores, lejos de restar fama á Cervantes, contribuyen poderosamente á aumentársela, del mismo modo que una piedra falsa, colocada al lado de otra fina, sirve para dar más realce á ésta y para hacer destacar su mucho mérito y valor. ¿Eclipsan al sol, por ventura, con sus pálidos destellos, los demás astros que pueblan el espacio? Cuando ostentan las estrellas sus pobres y mortecinos fulgores, ¿no es en ausencia del sol? La espléndida luz que irradia la fama del insigne escritor oscurecerá siempre á esos inmundos satélites que pordiosean en su derredor, acechando vanamente la ocasión de quebrantar su gloria. Los cimientos sobre que ésta se alza son lo bastante sólidos para que no puedan socavarlos los topos literarios, envidiosos del patrimonio ajeno.

Tantos son los grandes hombres que han sufrido el asedio de plagiarios y continuadores, que podría formarse con ellos inmenso catálogo; pero ningunos tan contumaces como los que la emprendieron con los sazonados frutos del predio intelec-

tual del manco de Lepanto, asolándolo y devastándolo inicuamente y cometiendo en él lastimosos sacrilegios. ¿Quién ignora que el *Ariosto* tuvo dos continuadores de su *Orlando furioso?* Uno, tan mal prosista como detestable poeta; el capitán Espinosa publicó su continuación al *Orlando,* bajo este largo título: «Segunda parte de *Orlando,* con el verdadero suceso de la batalla de Roncesvalles y la muerte de los doce pares de Francia». Otro fué D. Luis Barahona de Soto, que escribió la obra que quiso llamar *Las lágrimas de Angélica*, quizás la mejor continuación de pensamiento ajeno, pues no cede en mérito al *Ariosto*, y tan buena, que mereció de Cervantes, tan parco en sus lisonjas, estas palabras: «*Lloralas yo* (aludiendo al título del poema) *si tal libro hubiera mandado quemar* (al tomar el cura el libro de manos del barbero, que ya lo iba á echar al fuego en ocasión de estar ambos haciendo el espurgo en la biblioteca de Don Quijote) *porque su autor fué de los famosos poetas del mundo, no sólo de España...*» Y como de concierto con el anterior, también fué médico, pero infinitamente peor poeta que él, otro continuador, D. Alonso Pérez, que lo fué de la *Diana de Montemayor*. Huelga todo comentario sobre la infelicísima continuación de *La Araucana,* de Ercilla, debida al torpe numen de Santisteban de Osorio. ¿Y quién no ha leído las censuras derramadas sobre Juan Martí, por la osadía de haber escrito la segunda parte del *Guzmán de Alfarache* y por el intento de usurpar la gloria á Mateo Alemán? Nadie desconocerá asimismo que este ilustre sevillano fué perseguido por una verdadera plaga de continuadores, pues además de Martí, Andrés Pérez escribió *La pícara Justina*, tratando despiadadamente á Guzmán y casándolo con la protagonista de su novela, disponiendo á su capricho de un personaje cuya paternidad no le pertenecía. ¿Y qué diremos de aquellos autores que arremetieron denodadamente con la familia de Amadís de Gaula, lanzándola por un mundo de aventuras á cual más extravagantes? Primero, G. Ordóñez de Montalvo, con *Las sergas de Esplandian,* libro que da comienzo á la hoguera del co-

rral de Don Quijote; después una serie de Florisandros, Lisuartes y Amadises, que parece interminable, y que también agrandan el montón de libros destinados al fuego en la gran rebusca realizada en la bibioteca de Don Quijote por el cura, al que hace decir Cervantes, lleno de justa ira contra ellos: *Quemara con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante*. La simple enumeración de los escritores de este jaez que han existido, resultaría larguísima; todos ellos tienen de común el que la posteridad, aunque tarde, les ha dado su única merecida recompensa: el olvido; porque si sus coevas los ensalzaron en vida, arrastrados por la lisonja, á la postre sucumben, juntamente con las obras, sus aduladores y sus ditirámbicas alabanzas. Esto no es óbice para que haya cierto género de libros, como los históricos, que reclamen con imperiosidad su continuación, pero hecha por artífices competentes, que agreguen á la cadena nuevos eslabones, dignos de enlazarse con los ya existentes; sirvan de ejemplo los aditamentos hechos á la *Historia de España*, de Lafuente, por D. Juan Valera; á la del P. Mariana, por Miniana; á la *Corona gótica*, de Saavedra Fajardo, por Núñez de Castro, bien conocidos por todos.

Si extenso es el capítulo de los continuadores, no lo es menos el de los usurpadores; pero el delito de hurto en el recinto sagrado del templo de las letras es tan execrable, que no hay dicterios que puedan calificarlo, ni vituperios que no sean pálidos, ante la magnitud de la culpa. Los anales de la literatura registran muchos casos de obras que no habían sido encontradas (y de las que se conservaba el título solamente ó inseguros datos sobre su existencia), pero que si vivieron ignoradas por algún tiempo, no se ocultaron á las pesquisas de pacientes investigadores, á cuyo celo, ó acaso suerte, se debe la posesión de valiosísimas joyas, que, de otro modo, se hubieran perdido, como les sucedió á otras menos afortunadas y quizás buscadas con más ansiedad y perseverancia: *Los dioses antiguos de España*, de Rodrigo Caro, entre otras. A D. Diego Hurtado de

Mendoza debemos el descubrimiento del poema de Alfonso XI, encontrado por el autor del *Lazarillo del Tormes* (perdóneme Morel Fatio), en ocasión de estar en Granada escribiendo la *Guerra de los moriscos*. Quevedo enriqueció nuestro Parnaso con las poesías del *Bachiller La Torre*, hasta aquella época desconocidas. En el mismo siglo XIX, y en el año 1814, se publicó por Agustín Arrieta una novela póstuma de Cervantes, que se incluyó luego en las novelas ejemplares, titulada *La tía Fingida*, y editada por primera vez, precedida de un estudio sobre el insigne escritor: *El espíritu de Miguel de Cervantes ó la filosofía de este grande ingenio*, acogida unánimemente con aplauso, pues el público, al leer la historia de Esperanza y de Doña Claudia de Astudillo, sintió latir en ella el genio incomparable de su autor, y exclamó, lleno de entusiasmo y de admiración: «Cervantes *fecit*.» Estos y otros felices hallazgos despertaron en cerebros calenturientos la torpe y mezquina idea de publicar sus producciones al amparo de ilustres nombres, explotando así en su provecho la buena fe y credulidad de los incautos. Garantizaba el éxito, la circunstancia de existir noticias de ciertos libros, que los eruditos daban por perdidos si no los deparaba la casualidad ó los trabajos de algún bibliófilo en el rincón de una biblioteca. Estimo improcedente una larga relación de esta índole de escritos; pero en la memoria de todos está lo ocurrido con el tan manoseado *Libro de las Querellas*, del que sólo se han conocido dos trozos poéticos, y que, por tanto tiempo, se atribuyó á D. Alfonso el Sabio; la crítica literaria, personificada en Menéndez y Pelayo, derrumbó desde sus cimientos esta creencia, pues, en un discurso pronunciado en el Ateneo, adujo pruebas incontrovertibles y declaró apócrifo el citado libro. A la sazón (año 1898), un escritor americano tuvo la genialidad de inventar unas coplas, que dijo formaban parte del incompleto y quimérico *Libro de las Querellas;* pero gozó poco tiempo del fruto de su *invención*, porque se descubrió la superchería, y el engañador fué engañado, sufriendo además una seria y muy erudita impug-

nación, que le hizo en la *Revista Contemporánea* Emilio Cotarelo. En el mismo artículo pone este escritor de relieve la ilícita labor realizada por D. Joseph Pellicer de Ossar y Tóvar, cuyo prurito pareció ser el escribir *octavas de arte mayor* y prohijárselas á Don Alfonso el Sabio en el *Libro de las Querellas;* á Diego de San Pedro en el *Libro de los Llantos*; á Gómez Manrique en el célebre *Informe de los Sarmientos*, y hasta acarició la idea, fallida poco después, de ser el poseedor del libro del marqués de Villena, titulado *Los trabajos de Hércules,* del cual publicó como muestra *dos octavas* también *dodecasílabas* (no supo hacer otras), sin columbrar que el verdadero libro podía estar en prosa, como efectivamente lo estaba; este solo hecho hubiera descubierto la falsía de sus aseveraciones, si no hubiera desplegado toda su astucia y escudado *sus desgraciadas octavas de arte mayor* con el nombre de otro autor, que de momento le sirvió de garante. Juzgo innecesario y prolijo citar los émulos que tuvo el falsario Pellicer, y enumerar las ocasiones que tuvieron de lucir su habilidad de intrigantes y sofisticadores. Dejemos á Pellicer y á sus secuaces, y recordemos algunas intrusiones hechas en las obras de Cervantes por descomedidos escritores, alevosías éstas que han tenido por única vindicación la indiferencia ó el desprecio con que han sido siempre miradas.

¿Para qué citar el famosísimo y tordesillesco Quijote de Avellaneda? Harta desgracia ha tenido al no merecer alabanzas ni encomios, á no ser de Nasarre y otros escritores de su ralea. No me decido á seguir sin recordar antes que el cervantófobo Nasarre cometió el exabrupto de afirmar que el *Quijote* de Avellaneda era superior al del cautivo de Argel, bien que tamaña blasfemia está á la misma altura que el cerebro que la concibiera y la boca que la pronunciara. Hubo otro Avellaneda, no de la segunda parte del *Quijote*, sino de la tercera: Don Jacinto María Delgado, que publicó unas *Adiciones á la historia del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha,* tiene la desdicha y el mal gusto de hacer á Sancho Panza víctima de

su glotonería. ¿Por qué no mataría también Cervantes al escudero, como hizo con Don Quijote? Pero aun así, no se hubiera puesto al abrigo de que los volvieran á lanzar al mundo de las aventuras, matándolos á su sabor escritores sacrílegos, como otro Avellaneda, que abortaron las Galias, que llevó su osadía al extremo de resucitar á Don Quijote, casar á Dulcinea, armar á Panza caballero andante, y matar, por último, al Ingenioso Hidalgo, por beber el agua de una fuente que tomaron por la del olvido. Cosa análoga ocurrió con la Galatea. En 1783, otro francés, Florián, escribió la Galatea. *Galatee pastorale imitée de Cervantes* en cuatro libros, el último de los cuales, inventado por él, como dice muy ufano, es el peor de los cuatro.

Finalmente, á fines del siglo XVIII se publicó la obra que llevaba este epígrafe: *Los enamorados ó Galatea y sus bodas*, historia pastoral, comenzada por Miguel de Cervantes Saavedra, abreviada después y continuada y últimamente concluída por D. Cándido María Trigueros, en doce libros. El mérito de esta obra es tal, que ha habido algún crítico eminente que, hablando de su autor, no la menciona siquiera.

Trataré más extensamente de los dos *Buscapiés,* que parece han existido, y digo parece, porque de la legitimidad de uno de ellos no ha habido más fiador que una persona, de cuya acrisolada sinceridad nos da testimonio D. Vicente de los Ríos. Esta persona, que tanto crédito mereció del famoso literato y cervantista, es D. Antonio Ruidíaz, *único* que asegura haber leído el *Buscapié* de Cervantes, ha sido asimismo el *único* afortunado mortal que ha dado cuenta de muchos pormenores concernientes á sus tendencias, contenido, circunstancias en que se imprimió y hasta nimiedades como las relativas á la calidad de la letra, papel, etc. Nadie, después de Ruidíaz, ha tropezado con este *Buscapié*. ¿No bastaría este insólito hecho para dar pábulo á la incredulidad y á la desconfianza, y para despertar sospechas hasta en los espíritus menos suspicaces? La veracidad de tal aseveración, ¿ha tenido pruebas de

alguna índole? El mismo D. Vicente de los Ríos no aduce en pro de su aserto más argumentación que una carta de su adulador amigo; y apostrofo así á Ruidíaz, porque la citada epístolaparece dictada por la lisonja y el servilismo, y no hay en ella dato alguno que acredite la buena fe de su autor; buena fe que ha tenido por sola garantía la reputación que de escritor fidelísimo y veraz tenía Ríos, á expensas de la cual se mantuvo incólume durante mucho tiempo.

Pero en la historia del *Buscapié* hay muchas falsedades y mentiras, que constituyen los puntos oscuros, que precisa exclarecer en este asunto; asunto tantas veces debatido y origen de tantas controversias literarias, algunas de las cuales degeneraron en verdaderas discusiones personales, sobre todo en el trienio de 1849 á 1852.

He de procurar exponer los datos que parecen más exactos, ya por estar sancionados por competentes literatos, ya por ser de buena y estimable procedencia, descartando aquellos cuya veracidad sea sospechosa.

Todos los biógrafos de Cervantes, posteriores á la fecha de la pubicación del *Quijote*, por la Real Academia Española en 1780, hablan de una tradición que llegó á adquirir poco después tan marcados tintes de verosimilitud, que era admitida sin ambajes por toda clase de gentes; nadie trató de inquirir por aquella época si el origen real de esa tradición era antiguo, ó si, por el contrario, lo había soñado algún escritor contemporáneo. Nada hubiera sido entonces más fácil de demostrar, que con anterioridad á la citada fecha no había alusión ni cita alguna que hiciese verosímil la existencia de esa famosa tradición *que nació en 1780,* y que no tiene más apoyo que la autoridad de un solo hombre, siquiera sea ésta tan reconocida y competente como la de D. Vicente de los Ríos; era este dignísimo artillero y sabio literato una persona extremadamente crédula, que veía en los demás la nobleza de su espíritu, la hidalguía de su corazón y lo elevado de sus miras, y aconteció que fué víctima de su excesivo candor y objeto de explotación

por algún escritor coetáneo. Es muy probable que ocurriera lo siguiente: estando allegando D. Vicente de los Ríos hacia el año de 1772, cuantos datos y noticias encontraba para escribir su *Elogio histórico de Cervantes*, hubo de consultar á varios amigos acerca del asunto; entre los consultados los habría que le comunicaran imparcial y fielmente cuanto raro y desconocido acerca de Cervantes supieran ó hubiesen averiguado; pero entre ellos hubo también alguno que, viendo en perspectiva una gloria fácil de conquistar y columbrando una fama cierta que en vano buscara en sus escritos, trató de explotar en su provecho la feliz coyuntura que se le ofrecía, y lo consiguió engañando á Ríos (esto es tanto más verosímil, cuanto que la candidez y credulidad de éste le debía ser conocida); no sería, pues, muy ardua empresa convencerlo de que existía una autorizada tradición acerca del *Buscapié*, que es la misma que relata y hasta defiende en su *Vida de Cervantes* el fidedigno escritor, haciéndola remontar á los tiempos en que vivía el insigne manco de Lepanto.

Esta fábula, que más que otro nombre merece el de tal, cuenta que, publicada la primera parte del *Quijote,* no tuvo aceptación y apenas era leída, no sólo por el vulgo, sino ni aun por los que se llamaban doctos y eruditos; esta desgraciada suerte de la obra condolía á Cervantes, y le impulsó á escribir un folleto en que aparentemente se censuraba ó criticaba el *Quijote,* añadiendo que en realidad era una sátira contra personas contemporáneas y sucesos recientes, pero sin indicar ni nombrar tales personas y tales sucesos, y agregando que había sabido velarlos el autor con la sutileza de su ingenio y las galas de su talento é inventiva. Ansioso el público de descifrar el enigma satírico, que le decían era el *Quijote,* lo leyó con avidez y anhelo y agotó las ediciones rápidamente, que era el resultado que con este ardid se propuso conseguir el príncipe de nuestros ingenios.

Esta es, ligeramente esbozada, la célebre tradición; pero oigámosla relatar á D. Vicente de los Ríos, que, á más de la

amenidad, tendrá su narración un sello de convencimiento y de crédula aquiescencia, á que yo me he debido sustraer, por estimar indubitable la falsía de cuanto esa tradición enseña.

Dice así Ríos: «Los datos que se han conservado en la tra»dición testifican que el *Quijote* fué recibido del público, des»pués de impreso, de la misma manera que de su *Mecenas* an»tes de estamparse.» (Juzgo superfluo recordar que Cervantes encontró esquivo al duque de Béjar, y que éste se negó varias veces á ser su protector; pero que habiendo conseguido que se leyera un capítulo del *Quijote*, fué tal el entusiasmo que despertó en todos los oyentes, que no dejaron el libro hasta que se hubo concluído, y el mismo duque aceleró su publicación.) «Cuando esta obra salió á luz, hasta su título fué objeto de la »burla y desprecio de los semidoctos. La oscuridad en que vi»vió el autor tampoco excitó la curiosidad de los sabios; y así, »uno de los monumentos literarios más apreciables de nuestra »nación, fué mirado desde luego por ella con la mayor indife»rencia. Su autor, conociendo que el *Quijote* era leído de los »que no lo entendían, y que no le leían los que podían enten»derle, procuró excitar la atención de todos publicando el *Bus»capié*. En esta obrita, que se imprimió anónima y es extre»madamente rara, se hizo una aparente y graciosa crítica del »*Quijote, insinuando que era una sátira fina y paliada de va»rias personas muy conocidas y principales, pero sin descubrir »ni manifestar, aun por los más leves indicios, ninguna de ellas.* »Crítica discretísimamente manejada, con la cual dió tanto »crédito y reputación al *Quijote* y picó la credulidad del públi»co de tal modo, que todos le buscaban y leían á porfía, cre»yendo descubrir claramente en su lectura los objetos de la »sátira que insinuaba el *Buscapié*.»

Asombra ver hasta qué extremo llegó la candidez del escritor, en abierto antagonismo con la bizarría del artillero; insertaré íntegro el párrafo 45, que en la ya citada *Vida de Cervantes*, dedica D. Vicente de los Ríos á encomiar la habilidad y perspicacia del autor del *Quijote*, para excitar la afición á la

lectura de su obra. Dice así: «Nada hace tan palpable el singu»lar ingenio de Cervantes, el conocimiento que tenía del cora»zón humano y la destreza con que sabía manejarle, como el »haberse valido del medio de censurar su obra para acreditarla »y darla á conocer. La sátira es el hechizo y el encanto del »vulgo, y no hay lazo alguno más seguro para prenderle; la del »*Buscapié* contra Cervantes fué causa de que esta obrita fue»se bien recibida y leída; su lección incitó á la del *Quijote,* y »la de éste hizo conocer á todos su discreta é ingeniosa in»vención.»

Ocasión es ya de decir que el falsario, el intrigante, el que quiso rodear su nombre de una fama, bien efímera por cierto, y que recuerda la de Erostrato, el incendiario del templo de Diana, el que, en último extremo, engañó á Ríos y consiguió, con la autoridad de éste, engañar á muchos incautos, no es otro sino D. Antonio Ruidíaz; el amigo íntimo, «el sujeto fidedigno y amante de las letras, que ha cultivado toda su vida con afición» (Ríos); en una palabra: el inventor de la fábula, que llamó tradición, y no diré el divulgador de la misma, porque no debió reconocerse con autoridad suficiente para hacerlo; por esto se vió en la precisión, ya que las circunstancias eran propicias, de tomar á Ríos por propagandista de su invento y de escudar su responsabilidad con el nombre de su amigo; y hasta tal punto llevó su estratagema de ocultarse, que, hablando Ticknor de él, dice que es «un sujeto de quien no se tienen más noticias que las que de él dió D. Vicente de los Ríos, calificándolo de hombre instruído y verídico». Y en verdad que no tenía mucho de entrambas cosas, porque de su instrucción no ha dado testimonio alguno; y de su veracidad, nada diré, porque ha quedado tan maltratada, que no hay ni restos de ella.

No se olvide que D. Vicente de los Ríos escribía los párrafos transcritos hacia el año de 1772, con propósito de que formaran parte de un trabajo que él proyectaba publicar particularmente y titulaba *Elogio histórico de Cervantes;* este

trabajo fué leído á principios de Marzo del siguiente año en la Real Academia Española, de la que era miembro; coincidió esta lectura con circunstancias muy favorables, que fueron el abrigar la Academia la idea de publicar una lujosa edición del *Quijote*, bien fuera para saldar una deuda contraída con Cervantes por España, bien fuera, y es más probable, por seguir el ejemplo dado por Inglaterra, al editar el *Quijote* bajo la protección del baron de Carteret. Ejemplo, en verdad, degradante y afrentoso, pues será quizás el único caso de que el mejor libro de una nación goce de sus mejores y más suntuosas ediciones en un país extranjero. Deseosa la Academia Española de editar un *Quijote*, que pudiese, no sólo competir con la edición inglesa de 1738, sino hasta superarle en lujo y magnificencia, encomendó á D. Vicente de los Ríos el mismo trabajo que confiara Inglaterra á D. Gregorio Mayans, á mediados del siglo XVIII; suplicáronle al propio tiempo que cambiase su *Elogio histórico* en biografía de Cervantes. Así lo hizo su condescendiente compañero, y su trabajo, ya casi completo, fué leído en la sesión celebrada el 21 de Marzo de 1775 por la docta Corporación, y fué tan del agrado de todos los académicos y colmó de tal manera sus esperanzas, que no vacilaron en prometerle su inmediata publicación, ensalzándolo unánimemente y colocándolo muy por encima, en mérito y valor, de la biografía de Mayans y Siscar, que precedía á la edición londinense del *Quijote*.

Ampliando los trabajos emprendidos al escribir su *Elogio histórico* para convertirlo en vida de Cervantes antes de la ya citada lectura de 1775, debieron parecerle á Ríos demasiado fútiles las razones en que se cimentaba la tradición del *Buscapié*, y con la noble mira de dar mayor solidez á sus aseveraciones, recurrió á Ruidíaz para que le comunicara algunos datos más acerca de la supuesta obra de Cervantes. Muy comprometido debió verse el inventor de la fábula para contestar á los requerimientos que se le hacían y para satisfacer cumplidamente las justas aspiraciones del engañado biógrafo; pero

como la respuesta era ineludible, aguzó su ingenio y forjó una carta, fechada el 16 de Diciembre de 1775, epístola curiosa, que comienza prodigando á D. Vicente de los Ríos todo género de encomios y alabanzas; continúa evadiéndose sutilmente y eludiendo con cínica astucia todo compromiso, y, por último, concluye con una postdata que lo denuncia ostensiblemente y que hace patente el engaño á todo el mundo, menos á los obstinados ojos y á la cándida obcecación de su amigo, que demostró tener en él la más absoluta y ciega confianza.

Ríos no debió tener el propósito de publicar esta carta por aquella época; pero como no se le ocultaba lo falaz de sus afirmaciones y la fragilidad de las pruebas que las sustentaban, la conservó como precioso documento, ó á la manera de resguardo para poder en cualquier ocasión poner á salvo su responsabilidad y mantener indemne su inviolada reputación; esto era muy fácil de conseguir publicándola, que es á lo que se vió precisado poco después.

En aquel tiempo escribía las *Noticias literarias para la vida de Cervantes* el bibliotecario de S. M. y académico de la de la Historia, D. Juan Antonio Pellicer; nada de extraño tiene que, ocupándose en hacer indagaciones sobre la vida del inmortal soldado de Lepanto, y siendo íntimo amigo de Ríos, asistiera Pellicer á la lectura del *Elogio histórico de Cervantes* en 1773, ó á la de *La vida del mismo escritor,* en 1775, y aun es creíble que asistiera á entrambas, pero sobre todo á la última, pues, para que así fuera, no hay que invocar la amistad que unía á los dos literatos, sino el mero hecho de estar á la sazón Pellicer inquiriendo datos para su proyectada obra; pero conste que en la junta de Marzo del 75 no leyó Ríos su trabajo completo, sino parte de él, *aunque estaba muy adelantada su «Vida de Cervantes»,* y tampoco hizo mención por entonces de la carta ya citada, aun cuando ésta contase cerca de tres meses de escrita y parase en su poder otro tanto.

El entusiasta admirador de Cervantes y atildado comenta-

dor del mismo, D. Luis Vidart, hablando de Pellicer, se expresa en estos términos: «Es, ante todo y sobre todo, un erudito. Las noticias recónditas que se hallan en olvidados manuscritos; el conocimiento de pormenores, acaso no necesarios, pero siempre curiosos; la variedad de datos acerca de los asuntos que incidentalmente aparecen en la narración biográfica; en suma: todo lo que se puede conseguir por la diligente investigación de bibliotecas y archivos, esto es lo que se halla en las biografías de Cervantes escritas por D. Juan Antonio Pellicer.» ¿Y es posible que á un hombre, dedicado escrupulosa y asiduamente á hacer todo género de indagaciones sobre la vida de Cervantes, no le sorprendiera encontrar en la obra de Ríos la famosa tradición, no ya en boceto, sino convertida en hecho indubitable y fehaciente, en verdad incontrovertible y casi axiomática? ¿No le extrañaría el hecho de no haber tropezado, en sus ímprobas averiguaciones, con el más ligero indicio, con la más leve insinuación, que pudiera dar margen á la idea de que existía algo de verdadero en tan ignorado asunto? Es no ya probable, sino seguro y casi cierto, que Pellicer, con estos antecentes, y haciendo uso de su férrea voluntad y de su tenaz perseverancia, redoblase sus esfuerzos y tornara á hacer con más ahinco nuevas pesquisas; pero como en realidad no existía dato alguno concerniente al cuento urdido por Ruidíaz, es natural que cuantas investigaciones emprendió resultaran infructuosas, quedando por esta razón fallidas sus esperanzas y defraudados sus buenos deseos. En vista de la inutilidad de sus trabajos, y sospechando quizás la ilegítima procedencia de la novelesca tradición, concibió el proyecto de impugnarla seriamente en una obra que pensaba dar á la estampa. Así lo hizo después en su *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles,* publicado el año de 1778; de esta misma obra hizo con posterioridad una nueva edición, arreglada y adicionada con más datos y noticias, el año de 1797, que precedía á un *Quijote* espléndidamente editado por don Gabriel de Sancha, y finalmente hizo de ella otra tercera

edición, asimismo corregida y aumentada, en 1800, y ya con el nombre de *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra,* obras que no son otra cosa sino sus primitivas *Noticias literarias para la vida de Cervantes,* ampliadas y modificadas en título y en texto.

ALBERTO BLANCO

RECUERDOS

Yo no sé si los ciudadanos de otros países civilizados se parecen ó no, en lo esencial, á los ciudadanos de nuestro país, que' digan lo que quieran los pesimistas, es tan civilizado como otro cualquiera, aunque lo sea en ocasiones á su modo.

Lo que yo digo es, que los españoles tenemos una condición especial, especialísima, de que voy á dar cuenta á mis lectores, y que he tenido ocasión de comprobar á lo largo de mi vida, que ya no es muy corta.

Esta condición á que me refiero, no sé si buena ó mala, no sé si significa grandes energías internas que buscan expansión, idealismos, tras de los cuales todos caminamos, ansias ardientes que no siempre podemos satisfacer, exuberancia de vida, en suma; ó si, por el contrario, es una mala cualidad, cualidad enfermiza, cualidad en cierto modo nerviosa, vanidad y orgullo desmedido, falta de resignación y carencia de instinto práctico.

No lo sé; quizá sean unas y otras cosas mezcladas.

La cualidad á que me refiero es ésta, que yo no sé si es universal para toda la raza humana, ó si en grado más alto es propia de mis compatriotas los españoles.

Es muy frecuente en España encontrar individuos, que se interesan vivamente por lo que al parecer no les importa, y ponen en olvido aquello que más debiera interesarles.

Más claro:

Hay muchos que tienen una profesión, que se han dedicado á una carrera, que ejercitan un modo de vivir, y que con él viven: en la ciencia, en la industria, en el arte, en la ingeniería, en la medicina, en la abogacía, y así sucesivamente; y pongamos aquí todas las profesiones, artes y oficios imaginables.

Pues el individuo á que me refiero odia lo que es, desdeña la profesión que ejerce, que es, como antes decía, lo que más debiera interesarle, y, en cambio, ama y desea lo más opuesto á aquella labor humana á que consagró su existencia.

Esto parece algo abstracto, pero voy á poner algunos ejemplos.

Yo tuve, cuando joven, un profesor de matemáticas, el señor R., que era un profesor excelente; quizá á él le debo una buena parte de mi afición inextinguible á esta ciencia.

Era en aquellos tiempos el mejor profesor de Madrid en dicho ramo de las ciencias exactas.

Era el preparador predilecto para las Escuelas especiales, y además ganaba en el ejercicio de esta intelectual profesión muchos miles de duros; quizá diez ó doce mil duros al año, que en aquellos tiempos eran muchísimo; no el desahogo, no el porvenir asegurado, sino, casi me atrevo á decir, la riqueza, porque esta racha le duró, no un año ni dos, sino muchos más.

El Sr. R. debía tener cariño á la ciencia matemática, y además debía estarle agradecido, porque le hacía vivir espléndidamente.

Hubiera sido legítimo que sintiera orgullo por ser tan buen matemático y sacar tan buenos discípulos.

Porque discípulos suyos eran casi todos los números 1 de todas las promociones, empezando por D. José Morer, el alumno más brillante que en aquellos tiempos se conocía.

Un cariño, por grande que hubiera sido, consagrado al álgebra, á la geometría, á las dos analíticas, no hubiera chocado á nadie.

Y tampoco hubiera chocado su orgullo de profesor.

Pues nada de eso.

Su cariño á las matemáticas nunca llegó á la pasión.

Y su vanidad de profesor eminente nunca pasó de los límites racionales y prácticos.

En cambio, su pasión, su delirio, su vanidad, que en gran parte contribuyeron á su ruina, era por la música.

Más que por la música, por su habilidad de instrumentista.

Toda su vida se dedicó á tocar la flauta.

Advirtiendo que la tocaba de una manera detestable.

Jamás le llegó á tomar la embocadura.

Un ideal acústico, llamémosle así, que persiguió toda su vida con ansias ardientes y que jamás alcanzó.

Han pasado cerca de sesenta años, y todavía llevo grabadas en mi pupila aquellas escenas.

El querido profesor á quien me refiero no se contentaba con un amor platónico por la música, ó con ensayar á sus solas con su flauta ingrata y rebelde melodías de Donizzeti ó Bellini, que entonces estaban de moda.

Los ideales de un hombre como él no se resignan con tan humildes empresas.

El Sr. R. desdeñaba la música italiana; y cuando nadie hablaba en Madrid de música alemana, él convocaba una vez por semana en su casa á los primeros instrumentistas de Madrid, entre otros, si no recuerdo mal, al clarinete Romero, á Cassella el del violoncello, y daba conciertos para la familia, unos pocos amigos y algunos de sus discípulos predilectos: José Morer, Gabriel Rodríguez y yo.

Y en aquellos conciertos me enteré, por vez primera, de que existían cuartetos y sextetos clásicos de grandes maestros alemanes.

Al terminar el concierto, nos daba una buena cena en la intimidad de la familia, que á mí, modesto estudiante, parecíame mucho más armoniosa y sublime que todos los sextetos y cuartetos de los grandes compositores.

Y digo que llevo en las pupilas grabados aquellos cuadros musicales.

Yo le veo á mi querido profesor tocando la flauta, en compañía de los demás profesores, que casi todos lo eran de la orquesta del Real.

Le veo grueso, jadeante de fatiga, inclinado sobre el pupitre en que estaban los papeles de música, y haciendo esfuerzos heroicos porque entrase por el agujero de la flauta una columna de aire, que á todas partes iba menos al hueco cilíndrico del instrumento sonoro.

Pues bien: muchos miles de duros de los que ganaba enseñando matemáticas, se fueron en aquellos conciertos y cenas, y en honorarios de los primeros maestros de Madrid, que se convertían en profesores de los diversos miembros de aquella dilatada familia: profesor de piano, profesora de arpa, profesor de flauta, profesor de violoncello, y así sucesivamente.

En resumen: el Sr. R., que tenía grandes aptitudes para las matemáticas, que había llegado á ser un profesor de primer orden, y que enseñando matemáticas ganaba una fortuna, fortuna que se deshizo entre música, flores, libros que él jamás leía, é instrumentos de ebanistería que jamás supo manejar; el Sr. R., repito, se apasionaba por todo, principalmente por la música, y trataba la ciencia matemática, si no con desvío, con marcada frialdad.

***

Y este es un caso; pero como éste pudiera citar muchos.

Cuando vine á Madrid á estudiar, oí decir, como cosa cierta, que el primer teólogo que había en la villa y corte, por aquellos años del 49, era un capitán de caballería, y que el primer tirador de sable era el sacristán de no sé qué parroquia.

Siempre buscando lo que no tenemos, y desdeñando lo que se nos viene á la mano.

Gabriel Rodríguez era ingeniero; pues sus grandes entusiasmos eran por la economía política.

Yo era ingeniero también; pues me hice dramaturgo.

D. Pedro Pérez de la Sala era profesor de canales y puertos; pues sus entusiasmos, sus aficiones, su especialidad, pudiéramos decir, fué la estrategia, aunque también era aficionado á la teología, y no era caso extraño verle entrar en el Café Suizo, llevando en un bolsillo del gabán una de las obras de Santo Tomás, y en bolsillo opuesto otro libro sobre las campañas de Napoleón.

Y aquí enlazo este artículo con el artículo precedente.

*
* *

Decía en él, que vieron la luz pública en el periódico *El Imparcial* varios artículos de alta estrategia sobre la guerra franco-prusiana.

Artículos que llamaron poderosamente la atención, no sólo de los militares y de los especialistas en el arte de la guerra, sino de las personas indiferentes, porque resultaron artículos proféticos, pero con exactitud matemática.

Decía un artículo de éstos á que voy refiriéndome: «Los alemanes ejecutarán tal movimiento»; y á los pocos días había ejecutado el ejército alemán el movimiento previsto por D. Pedro Pérez de la Sala.

Decía otro artículo: «Los alemanes derrotarán á los franceses, en tal parte y de tal modo»; y no pasaban muchos días sin recibirse noticias de la derrota profetizada.

Pues estas cosas entran por los ojos aun de los más ignorantes.

Con lo cual se echó todo el mundo en averiguación de quién pudiera ser el general ilustre que, desde las columnas de *El Imparcial*, daba lecciones á franceses y alemanes.

Y por cierto que no trataba muy bien ni al mismísimo Molke, á quien acusaba de seguir un plan falso y vicioso, resultado de la tradición prusiana.

No sé si D. Pedro tenía razón ó no la tenía, porque yo no entiendo una palabra de estrategia, á pesar de haberme dado

lecciones en su tiempo el mismo D. Pedro Pérez de la Sala, el gran maestro, y en tiempos recientes mi querido amigo don Amós Salvador, y á pesar, repito, de haber pasado mi niñez poniendo ejércitos de pajaritas de papel unos enfrente de otros, y de obligarles á batirse hasta que todas quedaban en tierra.

Pues con todo eso, yo nunca acabé de entender las explicaciones de mi amigo la Sala.

Sin embargo, creo que tendría razón al afirmar que Molke lo hacía lastimosamente, y que si hubiera tenido que habérselas con Napoleón I, la derrota del ejército alemán hubiera sido segura, á pesar de su armamento perfeccionado y de su gran disciplina.

Y aquí agregaba D. Pedro Pérez de la Sala, en sus artículos de *El Imparcial* y en sus conversaciones con nosotros en la *Revista de Obras públicas:* «Molke lo hace mal; la estrategia de los alemanes está mandada recoger; pero los franceses lo hacen mucho peor; sus movimientos son absurdos, su desorganización lastimosa, y como en estos casos el valor no basta, los franceses serán batidos indefectiblemente y los alemanes vencerán, aunque no lo merecen.

Todo esto le oí decir muchas veces, y en estas cuestiones, como vulgarmente se dice, ni entro ni salgo, y, siguiendo la corriente del vulgo, á los hechos me atengo.

Ello es que todo el mundo se empeñó en averiguar el nombre del ilustre autor de los artículos mencionados, creyendo encontrar algún veterano de los campos de batalla ó algún sabio en ciencia militar, que hubiera consagrado su existencia al estudio de las grandes batallas y de los grandes generales desde Alejandro á Napoleón.

Y al fin de estas investigaciones se encontraron con un profesor de la Escuela de Caminos, dedicado á enseñar á diario canales y puertos; de gran cultura intelectual, ciertamente, y de cultura muy variada, pacífico por naturaleza, humanitario por instinto y por convencimiento, y que en sus ratos de ocio, con el mismo interés estudiaba sobre los planos las

maravillosas campañas de Napoleón, que estudiaba con fe cristiana y espíritu filosófico á la par las obras de los Santos Padres de la Iglesia.

Averiguado el caso, y descubierta la persona, muchos militares, entre los más aficionados á la alta estrategia, rogaron al Sr. La Sala que diese unas cuantas lecciones en no sé qué Círculo de la milicia, y aun indicaron su deseo de oir su opinión sobre las campañas de la primera guerra civil, la de los siete años.

D. Pedro, que no tenía nada de diplomático, y que hasta pasaba por áspero y desabrido para los que no le trataban íntimamente, no se excusó con buenas palabras, sino que se negó en redondo, explicando claramente los motivos de su negativa.

—Si yo diera esas lecciones que ustedes quieren sobre la guerra civil de los siete años, tendría que maltratar, en nombre de la ciencia, á casi todos los generales que en ella intervinieron en uno y otro bando, empezando por Espartero y Zumalacárregui. Me parece que en aquella guerra, cristinos y carlistas no hicieron más que desatinos.

D. Pedro, ni se mordía la lengua, ni afinaba las palabras, ni hacía caso de la popularidad de este ó aquel caudillo.

Recuerdo perfectamente haberle oído decir:

—En toda aquella guerra no recuerdo más que un movimiento estratégico hecho como Dios manda.

Supongo que se referiría al dios de las batallas, porque al Dios del amor y de la mansedumbre no sería.

—El único movimiento estratégico—continuaba diciendo—fué uno que dirigió el Infante Don Sebastián, no sé si por cálculo ó por casualidad.

Y yo no sé á qué pudo referirse, porque ni conozco los lances de aquella guerra, ni, dado que los conociese, podría juzgarlos técnicamente, porque para ello carezco en absoluto de competencia.

Yo era entonces muy niño, y mis únicos recuerdos de aquella lucha sangrienta de los siete años son éstos:

Que la facción Forcadell amenazó á Murcia; que salieron los milicianos nacionales; que siete jóvenes de las mejores familias avanzaron imprudentemente, cayeron en poder de los carlistas y fueron fusilados sin piedad.

Algunos días después vino en nuestro auxilio la división Oráa, si mal no recuerdo, y Murcia les hizo un recibimiento delirante.

Señoras y caballeros de la clase más acomodada salieron á la calle, llevándose en triunfo á sus casas, para darles alojamiento espontáneo, á los soldados, que llegaban cubiertos de sudor y de polvo.

La familia que conseguía llevarse un par de oficiales, volvía loca de orgullo al hogar doméstico, y luego hubo fiestas y bailes en honor de la oficialidad libertadora: y no recuerdo más.

¡Ah, sí! Recuerdo que unas señoras de Cartagena, llamadas las señoras de Gámez, tenían en el ejército cristino un hermano de veinticinco años que, perseguido por los carlistas en no sé qué refriega, trepó á un cerro, y antes que caer en manos de sus enemigos, se dió muerte, atravesándose con la espada y gritando: ¡Viva la libertad!

Mi amigo D. Pedro Pérez de la Sala tendría razón; en aquella guerra habría poca estrategia, pero, en cambio, hubo mucho entusiasmo.

***

El Sr. La Sala, cediendo á los ruegos de sus admiradores, al fin dió unas conferencias, que no sé si llegaron á publicarse, pero no sobre la guerra civil de los siete años, sino sobre no sé cuál de las campañas de Napoleón.

Aquí que no peco, pensaría él.

***

Y con este pequeño episodio terminan mis recuerdos acerca de la candidatura del príncipe alemán y de sus consecuencias, tan desastrosas para Francia.

Y desde este momento hasta la muerte del general Prim, traidoramente asesinado en la calle del Turco, mis recuerdos sufren un eclipse casi total.

De aquellos meses no recuerdo nada importante; pero no quiero faltar á sabiendas á la verdad, ni quiero dejar de tributarme, ya que los encuentro al paso, los aplausos que por cualquier concepto merezca.

No me voy á aplaudir como autor dramático, porque todavía no se había representado ninguna de mis obras, y al juzgarme como dramaturgo, como se verá cuando llegue el momento propio, soy más severo conmigo mismo que mis más encarnizados críticos.

No me aplaudo como aficionado á las matemáticas y á las ciencias exactas, porque, comparado lo que sé con lo que ignoro, el aplauso me pareciera una profanación y un arranque ridículo de orgullo senil.

No me aplaudo por hoy como ministro, porque en uno de los artículos anteriores fuí el jefe de mi propia *claque*, y estos actos, por justos que sean, no son para repetidos á diario.

He resuelto aplaudirme... ¡asómbrese el lector!... como caballista, como centauro, según decía, con su gracejo habitual, D. Nicolás María Rivero.

Y concluyo este artículo como empecé: en España nos interesamos por lo que menos nos importa, y ponemos nuestros cinco sentidos en lo que menos nos interesa.

Decía al principio, que D. A. R., mi queridísimo profesor de matemáticas, en lo que cifraba su vanidad no era en enseñar bien la ciencia que le hacía vivir, sino en tocar mal la flauta en aquellas verdaderas orgías de cuartetos y sextetos alemanes.

Pues yo me acuso ante la historia, seguro de que ni se enterará de la acusación, y ante mis lectores, si los tengo, y ante

el Universo mundo, yo me acuso, repito, de una debilidad semejante á la que antes señalaba.

Yo no he tenido más que una debilidad, una ambición, un ideal, que jamás he podido realizar: ser un gran jinete.

Como no he sido rico, nunca he tenido caballo propio; de suerte que no he podido desarrollar mis aptitudes, ni he podido realizar mis anhelos montando un noble bruto; puesto que hemos convenido en que un buen caballo es un noble bruto, ya que no por todos cuatro costados, por todas sus cuatro pezuñas.

He montado en caballos de alquiler, casi siempre muy malos; el mejor fué un caballo español blanco y de buena estampa, pero que estaba tísico.

He montado, mejor dicho, monté, porque de esto hace ya más de medio siglo, una yegua inglesa, de un alquilador llamado Lamb, de la calle de la Reina, si la memoria no me es infiel.

¡Bravo animal!

Era un enorme esqueleto, era una yegua fantástica, pero con la resistencia del acero, y con un trote cronométrico que para sí lo quisiera el mejor péndulo de cualquier observatorio.

En esta yegua salía yo por las mañanas de los domingos, en el último año de mi carrera, y me iba á visitar á Morer, que estaba dirigiendo las obras del Canal, con residencia en El Molar.

En tres horas, y casi de una trotada, recorría las siete leguas que median entre Madrid y dicho pueblo, y á la caída de la tarde, en otras tres horas, regresaba triunfante y sin el menor cansancio.

Me parece que esto es algo, como hubiera dicho mi profesor de matemáticas, al interpretar un pasaje de Beethoven, soplando afanoso por el agujerillo de su flauta.

Monté por aquel tiempo un caballo bastante bueno de un amigo, caballo que se llamaba *Capellán,* y que por poco se lo mato; de tal modo le hice trotar y galopar todo un día.

En rigor, me anticipaba á los tiempos del «Quemadero de la Cruz»; porque hay que advertir, que mi amigo, que tenía muchos másaños que yo, había servido, cuando era casi un niño, en el ejército carlista, como edecán de su padre.

Monté posteriormente un soberbio caballo de Córdoba; pero por muy poco tiempo, porque el caballo y yo no nos entendíamos, y temí que se repitiera la escena de la calle Mayor, de que dí cuenta á mis lectores en otro artículo.

Los demás caballos que he podido montar han sido detestables, ramplones, verdaderos jamelgos, que alquilaba á bajo precio para hacer mis visitas á las carreteras en el tiempo en que estuve al servicio del Estado, ó al ferrocarril de Malpartida en la época de su construcción.

Y es claro, con tales cabalgaduras no pude hacer ninguna hombrada.

La hice en el año 69 con un caballo de Aranjuez, que había pertenecido á la familia real, y que por entonces estaba en las caballerizas del Regente.

Yo no sé si era de raza árabe, aunque me convendría que lo fuese para mayor realce de mi hazaña.

Y como no nos cuesta trabajo ninguno, bien podemos suponer que lo era.

Y como la hazaña es de las mayores que he realizado, á lomos de un caballo árabe, no es para descrita de paso, y á ella consagraré el artículo próximo, dando tiempo al tiempo, y á manera de entreacto, en los meses que median entre la candidatura alemana y la candidatura italiana de Don Amadeo.

José Echegaray

¿CUÁNDO VOLAREMOS?

...Las aves, cuando vuelan
surcando los espacios infinitos,
¿quién sabe dónde pararán su vuelo
y en qué árbol construirán su nido?
(*De un poeta americano.*)

¿Cuándo volaremos?... Desde los tiempos más remotos, los hombres vienen abrigando el deseo de volar, como las aves, elevándose del suelo, y, á su albedrío, atravesar los aires. La raza humana, ese *durum genus* de Horacio, no descansa en sus conquistas encaminadas á la apropiación completa del globo en que habita, á hacer definitiva y absoluta su soberanía sobre toda la creación. No sólo utiliza las propiedades de las plantas y los animales, sino también las energías de los mismos elementos para domar á la Naturaleza; la distancia, el tiempo, la pesadez, esos antiguos é implacables enemigos del hombre, se ven en la obligación de restringir cada vez más sus campos de acción, de moderar sus ataques, mientras este último, cual el ave de Júpiter, fija su mirada serena en la tremenda llama del sol, alcanza con la vista armada los astros, que en vano huyen á esconderse en las profundidades de lo infinito; baja al fondo de los Océanos, donde se encara con los torvos misterios del abismo, y en sus pertinaces investigaciones, sorprende las pulsaciones más recónditas de la vida, penetra la composición más íntima de toda substancia y vislumbra la confinidad misteriosa de la materia y el espíritu, roba el rayo al cielo y

lo domestica, corre por encima del terreno firme con más velocidad que un galgo y por encima del agua más rápido que un pez... pero no sabe volar. La avecilla más humilde le aventaja en el dominio de la capa atmosférica.

¿Cuándo volaremos? Desde los tiempos míticos de Ícaro, el hombre mira con envidia al pájaro y se hace esa ansiosa pregunta. ¡Cuántas veces en bocas humanas habrá encontrado expresión ese eterno anhelo, parecido á la queja que exhala Fausto al contemplar la puesta del sol:

¡Ah, quién alas tuviera de querube
para volar en pos de ti!...

Cuando por fin, en 1782, dos franceses, los hermanos Montgolfier, descubrieron el medio de vencer los efectos de la pesantez que durante tanto tiempo había encadenado á la humanidad al suelo, se apoderó de las naciones un verdadero delirio de alegría. Es preciso leer relatos de aquella época, no solamente en los periódicos, sino también en las revistas científicas, para formarse una idea de la agitación que dicho descubrimiento produjo en todo el mundo civilizado. Luego se adquirió la desconsoladora convicción de que todo había sido un hermoso ensueño, y todos los esfuerzos de los sucesores de los Montgolfier para dirigirse con diversos aparatos por los aires resultaron vanos. Los aparatos á tal fin inventados se elevaban á considerable altura, pero seguían siendo un juguete de los vientos.

En los últimos veinte años, empero, se han redoblado los experimentos y las invenciones. El año pasado de 1908 ha sido, como suele decirse, un año crítico, pues en él parece que la construcción de aparatos voladores deja de andar á ciegas, y comienza un camino seguro de progresivo desenvolvimiento. Hay un despertar febril en todas las naciones que contemplan el cielo y se afanan por hacer flamear en él el pabellón de su dominio; se estudia, se trabaja, se proponen recompensas y se preparan generosas subvenciones. Ayer, todavía, Alemania

se apresuraba á ofrecer por suscripción popular millones de marcos á su campeón nacional, el conde de Zeppelin, y aun cuando quedan todavía puntos obscuros que retrasan la solución del gran problema, no hay duda de que el camino recorrido y las dificultades vencidas autorizan á considerar la época presente como la más fructífera en adelantos para la navegación aérea. Algunos optimistas hasta creen que el día en que las naves aéreas crucen los espacios por encima de nuestras cabezas está muy próximo. Aun los más viejos, abrigan la vaga esperanza de ser testigos de tan estupendo acontecimiento.

Indudablemente, el problema de la aerostación y la aviación progresa á pasos cada vez más acelerados. Hace poco más de diez años, Santos Dumont hacía una tímida aplicación de su motor de bicicleta á los globos, consiguiendo hacer, en un trecho de 200 metros, un ligero ángulo con la direción del viento; pocos años después, logró hacer numerosas excursiones aéreas, en las que imprimía á su pequeño aerostato direcciones perfectamente determinadas por su voluntad, asistiendo desde las alturas á carreras de caballos y maniobras militares para luego regresar á su domicilio. Luego obtuvo mayores éxitos aún el ingeniero francés Julliot, con el aereostato construído por él para los hermanos Lebaudy. El 3 de Julio de 1905, el «Amarillo», como lo llamaban los franceses, hizo con todo éxito un viaje de Moisson á Châlons. Por entonces, la prensa no concedía á las experiencias aerostáticas la importancia que hoy, y esta es la razón por la que los progresos últimos no se han conocido paulatinamente por el público sino de golpe y porrazo, á modo de revelación súbita. Las experiencias de Zeppelin fueron las que llamaron sobre la aerostación moderna la atención universal. Hace pocos meses, el dirigible del conde alemán, de 142 metros de largo, cubría un recorrido de 700 kilómetros, interrumpido sólo por el accidente que ocasionó la destrucción del formidable aparato. Con los aerostatos esféricos, de 630 kilómetros, «record» de distancia obtenido

por Hermite, Besaçon y otros, se ha pasado á los 1.925 kilómetros, recorridos por el conde de la Vaulx, desde París á Korostichef. El mismo rápido progreso se observa en los aeroplanos. En 1898 sólo se habían hecho ridículas tentativas, más ó menos desgraciadas, para volar con aparatos más pesados que el aire; en el primer semestre del año próximo pasado, Farman, el hijo del antiguo corresponsal del *Standard*, en París, conseguía recorrer un kilómetro en su aparato volador, y en los últimos seis meses del mismo año, Orville Wright se sostenía en el aire hora y media.

Actualmente, como es sabido, Wilbur Wright, el hermano del precitado, se halla haciendo ensayos en Pau, que fueron presenciados en Febrero último por el rey Alfonso XIII. Allí la naturaleza del terreno ofrece un excelente campo de experiencias en la vasta llanura de Pont Long, que comienza á 10 kilómetros de Pau, ocupa 10.000 hectáreas de extensión, tiene de tres á siete kilómetros de ancho por 21 de largo y, por estar rodeada de cerros que la defienden de los aires del mar, forma un aeródromo ideal, en el que, cuando se publique este artículo, se habrá terminado la serie de sensacionales experiencias de Wright y sus discípulos.

El presente año, en general, será extraordinariamente fecundo en acontecimientos aviáticos y aerostáticos. La primera copa Gordon Bennett de aviación se disputará en Reims, en la famosa llanura de Betheny, en que se celebró hace años la gran revista militar en honor del zar de Rusia. Las fiestas de navegación aérea durarán desde el 22 de Agosto hasta el 13 de Septiembre y prometen ser un acontecimiento mundial. En el mes de Julio abrirá sus puertas en Francfort de Mein otra Exposición internacional aeronáutica que durará hasta Octubre.

El 19 de Marzo se inaugurará en el Olympia de Hall de Kensington, en Londres, una Exposición internacional de aeronáutica, para la que están inscritos 76 aeroplanos de distintos modelos.

Estas son las noticias que al azar de la pluma recojo de la prensa diaria y revistas deportivas, pudiendo, si en ello tuviese empeño, acumular mayor copia; pero considero que con lo apuntado basta para demostrar la efervescencia aeronáutica que se ha apoderado del mundo y hace vislumbrar que lo que hoy no es más que instrumento de un deporte asaz arriesgado, acaso en breve sea el más seguro y rápido de nuestros medios de transporte.

Estímulos no faltarán á los que quieran dedicarse á la solución teórica ó práctica del magno problema. El rey Leopoldo de Bélgica ha fundado un premio de 25.000 francos en metálico para el autor de la mejor obra sobre aeronáutica, y especialmente construcción de aeroplanos. El periódico de Londres *Daily Mail* donará 10.000 libras esterlinas, ó sean 250.000 francos, al aviador que con su aparato recorra por los aires la distancia de Londres á Manchester, que es de 250 kilómetros. El Club Deportivo Internacional de Mónaco instituye un premio de 100.000 francos para voladoras que vayan de Mónaco al Cabo Martín, y desde allí vuelvan por encima de la bahía de Hércules, en una distancia total de 9 kilómetros. La conocida fábrica de champaña Pommery pone á la disposición de la *Ligue nationale aérienne* la suma de 50.000 francos para el que, en el curso de los tres años próximos, recorra volando 1.000 kilómetros en cinco horas. La casa Michelin creó la copa de su nombre, de 20.000 francos. Será poseedor de esta copa el piloto del aparato de aviación que antes del 1.° de Enero de 1910 haya recorrido la mayor distancia en circuito cerrado sin tocar tierra. Esta distancia deberá ser superior á los 123 kilómetros 200 metros que fueron recorridos en 1908 por el vencedor de la copa Michelin. La misma casa ofrece un premio de 100.000 francos para el recorrido en voladora desde el Arco del Triunfo de la Estrella en París hasta Puy de Dome y la vuelta, rodeando el campanario de la iglesia de Clermont Ferrant. El Club Automovilista de Francia premiará con 200.000 francos un *record*, todavía no determinado, y el go-

bierno de la vecina República también fundó una recompensa de 100.000 francos para aviadores. Citaremos aún, entre otros premios, el de 100.000 francos del *Aero-Club de France;* el de 70.000 francos, de Mr. Henri Deutz; el de 62.500 francos, de la Automobile Racing Association de Brookland; el de 50.000 francos, de la *Adams Manufacturing Company;* el de 25.000 francos, del periódico londinense *Daily Graphic,* y, en fin, para no hacer interminable esta lista, varios premios más pequeños, que en conjunto suman 152.000 francos. Si sumamos el importe de los diferentes premios citados, resulta ser de *millón y medio de francos* aproximadamente, á disposición de los *record-men,* sólo en el corriente año de 1909.

En los anteriores renglones hemos hablado de aerostatos ó globos y de aeroplanos ó voladoras. Esos aparatos, los primeros más ligeros, los segundos más pesados que el aire, tienen ambos sus acérrimos defensores, y dividen á los teóricos y prácticos de la conquista del aire en dos escuelas distintas.

La invención del globo se atribuye generalmente á los hermanos Montgolfier, hijos de un fabricante de papel en Vidalon-lez-Annonay; pero ya á fines del siglo XVII, el jesuíta P. Lana había estudiado la fuerza ascensional de ciertos gases encerrados en globos, y propuesto la navegación aérea, consistente en surcar la atmósfera en barquilla sostenida por cuatro globos, mas la idea no llegó á ponerse en práctica.

Es posible que los Montgolfier, muy dados á los estudios científicos, tuvieran conocimiento de la tal idea; puede también, como no pocas veces sucede, que la concibieran independientes de sus precursores. No es arriesgado pensar que la idea estaba, como vulgarmente se dice, en el aire, y que los Montgolfier fueron los que le encontraron fórmula y diéronle forma. Alrededor de ese invento se ha creado, como alrededor de otros, un sinnúmero de leyendas.

Según unos, reflexionando acerca del aire uno de los hermanos Montgolfier, Jacobo Esteban, pensó repentinamente que sería posible viajar por el espacio con un gas más ligero que

aquél; según otros, fué debida la invención á una camisa que se secaba encima de un brasero, se infló de aire caliente y empezó á girar sobre el fuego; y hay, por fin, quien asegura que estando en Aviñón en 1782, en los días del sitio de Gibraltar, meditaba una noche Jacobo Esteban si sería posible que los aires le ofreciesen un medio para penetrar en la plaza. Construyó un pequeño paralelipípedo de tafetán, cuyo interior calentó con papel encendido, y vió con satisfacción que se elevaba. Comunicó ese resultado á su hermano José Miguel, y ambos hicieron cálculos y experimentos, y cuando estuvieron ciertos de la exactitud de su invento, acordaron hacerlo público.

Un espíritu observador puede sacar un invento maravilloso de un caso fortuito sin importancia de por sí, así como la vista de un manchón de color puede inspirar á un pintor la idea de una figura de suprema belleza. Si la máquina de vapor fué inventada por Watt al ver hervir una tetera, no es extraño que la vista de una camisa puesta á secar sugiriera la idea del globo aerostático.

Los hermanos Montgolfier publicaron varias obras sobre el problema de la aerostación, pero murieron sin sospechar el principio en que descansaba. Creían que la electricidad era la causa de sostenerse las nubes en la atmósfera y, partiendo de esa errónea premisa, se les ocurrió la idea de producir un gas ó aire eléctrico, mediante la combustión de una mezcla de lana y paja mojada, que fuera más ligero que el aire, y, por consiguiente, capaz de elevarse en la atmósfera. El 5 de Junio de 1783, una envoltura de tela de embalar, forrada de papel, que medía cerca de 500 metros cúbicos de capacidad, con una abertura en su parte inferior, y que llevaba suspendida de esta parte la mezcla que había de producir el gas por la combustión, fué lanzada al aire solemnemente en la plaza pública de Annonay. Este experimento, que debía explicarse, no por el gas eléctrico, sino por el gas caliente dilatado, mayor en volumen y, por lo tanto, más ligero que el aire frío ambiente,

llamó enormemente la atención de los sabios. La fama del invento cundió por todas partes, y la Academia de Ciencias invitó á los Montgolfier á pasar á París para repetir las experiencias ante aquella docta Corporación. Una ascensión se practicó el 19 de Septiembre de 1783 en Versalles, en presencia del rey, y el aerostato se remontó llevando en una jaula de mimbres algunos animales. En el mismo tiempo, José Miguel hizo otra experiencia en Lyón, con un globo de 126 pies de altura y 160 de diámetro, en que ascendieron tres personas, una de ellas el mismo José Miguel. Los dos hermanos murieron colmados de beneficios y honores, pero sin haber resuelto el problema de la dirección de los globos, al que se dedicaron con afán, como tantos otros sabios y exploradores después de ellos, de entonces acá.

Hoy día todo el mundo sabe que la teoría fundamental de los globos se basa en el conocido principio de Arquímedes, de que todo cuerpo sumergido pierde de su peso una cantidad igual á la del volumen del líquido que desaloja, principio que es aplicable á todos los cuerpos no sólidos, á los gases como á los líquidos, al aire atmosférico como al agua. Aplicado el principio al aire, se puede enunciar de la siguiente manera: todo cuerpo sumergido en el aire experimenta un empuje de abajo á arriba, igual en magnitud al peso del aire desalojado por el cuerpo, de donde resulta que todo cuerpo cuyo peso sea igual al del aire desalojado, permanecerá en equilibrio sin elevarse ni descender; aquél cuyo peso sea superior al del aire desalojado, tenderá á descender como si fuera solicitado por una fuerza igual al exceso de su peso real sobre el peso del aire desalojado; y, por último, el cuerpo cuyo peso sea inferior al del aire desalojado, se elevará verticalmente, como si fuera solicitado en sentido contrario de la gravedad por una fuerza igual á la diferencia que existe entre el empuje y su propio peso. En este caso se encuentran el hidrógeno, el gas del alumbrado, el aire caliente y el humo, que son los gases con que se acostumbra llenar los globos.

Pronto la ciencia se dió cuenta de los principios aplicables á la aerostación. Tres meses después de la ascensión de Annonay, el físico Charles la repitió con un globo construído por él, lanzándolo en el Campo de Marte, en París, y empleando para inflamarlo el gas hidrógeno, en sustitución del aire caliente.

Hasta el sitio de París, en 1870, los aerostatos se han venido construyendo de tela, de seda ó algodón enlucido con capas de barniz de aceite de linaza cocido con litargirio. Estos globos podían hacer un largo viaje, pero no era posible guardarlos hinchados algunas semanas, y mucho menos meses, porque el gas se escapaba al través de los poros de la tela, y el aparato quedaba inservible. Después de muchos ensayos y tanteos, Giffard construyó un tejido sólido é impermeable, que hoy por hoy, con ligeras variaciones, pero conservando el principio, se emplea generalmente en la construcción de las envolventes de los aerostatos. Se forma esta tela de capas superpuestas y alternadas de tejidos y caucho natural y vulcanizado. La envolvente así formada se cubre con un barniz, extendido sobre una muselina, que impide el contacto directo de ésta y del caucho vulcanizado. Se completa esta envolvente dándole por el exterior una mano de pintura de cloruro de zinc. Esta cubierta así formada tiene la inmensa ventaja de reflejar los rayos del sol y hacer al globo casi insensible á las variaciones térmicas. Creo haber leído que en la envolvente de los globos más modernos, como los de Zeppelin, entra la tripa de vaca, y hace pocos días llegó de Berlín la noticia de que el doctor Wagner, ingeniero de los astilleros *Vulkan*, de Stettin, y Herr Radinger, director de los astilleros Howald, de Kiel, han descubierto una nueva sustancia, hecha con papel y tela ligados por filamentos de acero, que ofrece una resistencia mayor que la del acero, y con una densidad menor que la del aluminio, que se empleará en la construcción de un nuevo dirigible del tipo Zeppelin, de 9.000 metros cúbicos de desplazamiento.

Al principio, los globos tenían una forma esferoidal; pero cuando se fué pensando seriamente en darles dirección, se con-

sultó á la Naturaleza para ver lo que ella hace en análogas circunstancias, y se trató de imitar sus obras. El pez que se mueve en el agua, el pájaro que cruza la atmósfera, son seres que se muestran de continuo en circunstancias parecidas á las del aerostato. Pues bien; las formas generales del pez y del pájaro son parecidas á aquellas que han adoptado para los aerostatos todos los que han tratado de dar dirección á estos aparatos.

La forma de los globos llamados dirigibles es alargada, algo parecida á un dipsoide, y es la que han dado á sus aerostatos los inventores más notables, empezando por el marqués de Arlandes, Blanchard, Meusnier, Brisson, los hermanos Robert, Guyot, Masse, el Barón Scott, Sanson, Lagleize, Pellet, Vaussin-Chardone, Camilo Vert, Miller, siguiendo por Giffard, Dupuy de Lome, Renaud, y acabando por Renard, Tissandier, Santos Dumond, Zeppelin y Parsefal, para mencionar á los que á nuestra memoria acuden.

Cuando se empezó á estudiar detenidamente la conformación de aves y peces, se observó: 1.°, que el punto en que se encuentra la sección máxima varía del tercio al cuarto de la longitud; 2.°, que la relación entre el máximo espesor y la longitud varía del tercio al medio; y 3.°, que el centro de gravedad se encuentra entre el tercio y el cuarto de la total magnitud del cuerpo. Estas observaciones eran muy importantes para determinar la forma más conveniente que había de darse á los aparatos aeronáuticos, tanto globos como voladoras; pero no resolvía el problema de la dirigibilidad, cuyos principales coeficientes se ignoraban. Sólo en los tiempos más recientes se ha empezado á ver claro en la cinemática y el dinamismo de la natación del pez y el vuelo del pájaro, y desde este momento se justifican las esperanzas concebidas por los que declaran que pronto será un hecho la locomoción aérea en grande escala.

Tras de dar á sus globos la consabida forma elipsoidal, los inventores les adaptaron un timón vertical análogo al de los barcos para obtener desviaciones laterales en el plano horizon-

tal, mientras las subidas y bajadas se efectuaban, como en un principio, soltando lastre y gas. Ese desprendimiento de cuerpos pertenecientes al aparato, como fácilmente se comprenderá, significaba para el mismo una pérdida irreparable, que tenía que limitar considerablemente la duración del recorrido. Para obtener mayores duraciones era indispensable idear algo que produjera los movimientos en el sentido vertical por medios puramente mecánicos. Y esto sólo podía obtenerse examinando á fondo la manera de que la Naturaleza soluciona el problema de la dirigibilidad omnilateral.

El vuelo de los insectos y los pájaros, y los movimientos de los peces en el agua, con atención observados, condujeron al resultado apetecido. Las aves voladoras se dividen en dos grandes grupos: el de cuello largo y cola corta, como, por ejemplo, la cigüeña, la garza, la grulla, etc., y el de cuello corto y cola larga, v. gr., el águila, la gaviota, la paloma, la golondrina. Es un error el creer que la cola larga sólo sirve para dar dirección al vuelo de las aves, pues si así fuera, las que tienen cola corta no se podrían dirigir, ó se dirigirían muy defectuosamente. No es lo que se observa en la realidad, pues las aves de cola corta se dirigen al través de los aires con tanta seguridad y facilidad como las de cola larga, y, por ejemplo, el alción, que no tiene cola alguna, es un volador de primer orden. También el murciélago y todos los insectos voladores se dirigen perfectamente en su vuelo sin disponer de apéndice caudal. ¿En qué, pues, consiste la disposición especial del organismo de estos animales, que les permite dirigirse en todos sentidos á su voluntad?

El cuerpo del ave se compone, en cierto modo, de dos partes distintas que, si bien forman un conjunto perfectamente encadenado, son completamente diferentes en su naturaleza y estructura. La parte anterior del tronco, el tórax, con su esternón firme é inmóvil, representa un organismo absolutamente rígido, al que está unido la parte trasera blanda, extremadamente movible. Por esta disposición ingeniosa, el ave tiene la

facultad de variar el ángulo que forman entre sí las dos partes de su cuerpo, y, de este modo, también la dirección de su vuelo hacia arriba ó hacia abajo. En nuestro concepto, también el cuello y la cabeza, así como las patas del ave, le sirven á ésta de balancín que concurre al mismo objeto, pues encogiendo ó alargando esas extremidades, puede, sin dificultad ninguna, cambiar el centro de gravedad de su cuerpo.

No sabemos si esta observación última ha sido ya formulada en alguna parte. Sea de ello lo que quiera, el principio que encierra se ve aplicado en los modernos aparatos aeronáuticos, llámense globos ó aeroplanos. La dirigibilidad de los mismos consiste principalmente en la transposición del centro de gravedad.

Al igual de las aves, los peces se mueven también en medio de un elemento fluido, y tienen que ejecutar, como aquéllas, toda clase de movimientos hacia arriba, hacia abajo, á la derecha y á la izquierda. Para ellos, las corrientes de agua significan lo que el viento para las aves. Sobre éstas tienen la ventaja de no componerse de dos partes distintas, sino de un conjunto homogéneo en el sentido de uno de sus ejes de translación. Los unos, es decir, los peces longitudinales, como la trucha, el salmón, el sollo, la lubina, etc., son rígidos en dirección vertical, pero flexibles en el sentido lateral; los peces planos, el lenguado, la raya, la platuza, etc., en cambio, son flexibles verticalmente y rígidos lateralmente. De ahí que estos últimos no pueden morar más que en aguas profundas y encalmadas en el fondo de los mares, mientras los peces longitudinales se mueven en las corrientes más rápidas en sentido contrario á las mismas.

El modo de moverse un pez dentro de una corriente de agua suministra un modelo ideal de globo dirigible. El pez posee dentro de su organismo dos vejigas natatorias que le sirven para ejecutar todos los cambios de postura. Generalmente, se cree que el pez dilata esas vejigas para subir hacia la superficie del agua, y las contrae para bajar hacia el fondo,

pero eso es un absurdo. Las vejigas exigirían una musculatura formidable para poder comprimir ó dilatar su volumen y, sobre todo, para mantener la compresión ó la dilatación durante los largos momentos que un pez permanece en las capas bajas ó altas del agua. En realidad, el volumen absoluto de las dos vejigas no varía nunca; únicamente que el pez tiene la facultad de poder hacer pasar por el canalillo que une las dos vejigas más ó menos aire desde la una á la otra, como la arenilla de una ampolleta, cuyo volumen es constante, pasa de un cono á otro por el agujerito que existe en la unión de las cúspides. Cuando el pez contrae la vejiga de atrás, se llena la de delante, se infla; aumenta la parte anterior del cuerpo, se levanta sobre la horizontal, y el pez, moviendo las aletas y la cola, sube hacia la superficie. Cuando las dos vejigas encierran el mismo volumen de aire, el pez ocupa la posición horizontal; cuando se halla contraída la vejiga de delante, y la de detrás inflada, es la parte posterior del pez la que se levanta sobre la horizontal, y entonces los movimientos natatorios le dirigen hacia el fondo. Los movimientos laterales se ejecutan por una simple flexión del cuerpo. Así, pues, ni el peso específico del pez ni su volumen absoluto varían en lo más mínimo; sólo su centro de gravedad cambia de posición, y esto es lo que le permite todos los cambios de dirección imaginables.

Los aeroplanos, compuestos de partes rígidas y partes flexibles y movibles, imitan la estructura del ave y el insecto, y la aplicación del invento de Dupuy de Lome, consistente en encerrar dentro del globo otro más pequeño (un décimo del total) lleno de aire, que se comprime ó enrarece á voluntad por medio de bombas neumáticas, no es sino la imitación de la vejiga del pez, y también lo es el empleo de pesos movibles en la dirección del eje principal para cambiar el centro de gravedad.

Los globos modernos más famosos son los del tipo francés *Ville de París* y de los alemanes Parsefal y Zeppelin. Los globos de Zeppelin, en forma de cigarro, alcanzan el volumen de

dos casas de tres pisos; tienen una armazón rígida, dentro de la que se encierran numerosos globos pequeños; su manejo es muy complejo, y su lucha con el viento no siempre victoriosa.

No queremos terciar en la contienda empeñada entre las dos escuelas, los aerostatistas y los aeroplanistas, pues el espacio de que disponemos no lo consiente, y la discusión es además ociosa, puesto que los hechos son los que han de decidir la cuestión y decir la última palabra.

La aviación, si bien no puede resolver por ahora el problema del transporte de personas en grande escala, por lo menos tiene la ventaja de no exigir sacrificios pecuniarios tan grandes como la aerostación. Tanto los globos como los aeroplanos, para entrar en vías de utilización práctica, necesitaban un motor fuerte y ligero, y ya disponen de él, gracias al automovilismo, que puede considerarse como el precursor de la aeronáutica moderna, por haber provocado la creación del motor potente de poco peso. Hoy se construyen motores de explosión que pesan menos de un kilogramo y medio por caballo.

Para la construcción de los aeroplanos modernos (1), se ha observado el funcionalismo del juguete que se conoce con el nombre de cometa, y el vuelo de las grandes aves, relativamente pesadas. El americano Hargrave inventó una cometa, en forma de cajas sin fondo, que levantaba á considerable altura á una persona, y sugirió la idea de los biplanos y triplanos, hoy en uso en la aerostación. Las aves que vuelan son co-

(1) Los hubo también antiguos: Architas de Tarento, que floreció cuatro siglos antes de J. C., construyó una paloma mecánica. Leonardo de Vinci, de Pistoya, pintor contemporáneo de Rafael, y no menos célebre como artista que como ingeniero, trató de resolver el problema del vuelo humano, y proyectó una máquina, cuyos diseños se conservan en el Louvre de París. Por fin, en 1843, el ingeniero francés Henson inventó un aeroplano, accionado por un motor de vapor, que funcionó satisfactoriamente. Pocos años despues, el inglés Geolls, de Glasgow, hizo ensayos con una máquina parecida, que concluyeron con la caída de la misma al mar.

metas sin cuerda. Se ha observado que gastan para atravesar los espacios aéreos muy pocas energías, siendo así que se contentan con desplegar las alas y dejarse llevar por el viento. Estas aves, más bien veleras que voladoras, apenas mueven las alas y, sin embargo, logran elevarse á alturas en que la vista humana no las alcanza, describiendo grandes espirales en la atmósfera. Peale observó pelícanos, que así, sin una aletada, se remontaban á una altura de 2.000 metros. Darwin vió condores que se cernían durante media hora en los aires, sin hacer con las alas el más mínimo movimiento, y, según parece, el albatrós puede volar desde el cabo de Buena Esperanza á Australia, sin tampoco aletear. Este fenómeno, que raya en milagro, pues parece contradecir las leyes de la gravedad, y fué negado durante mucho tiempo por los hombres de ciencia, tiene explicación satisfactoria. El conocimiento de los diversos movimientos y posturas que componen el vuelo de las aves, ha hecho grandes progresos en estos últimos tiempos. La inmovilidad de las alas que se observa en las grandes aves veleras, y que antes se creía aparente (diciendo los sabios que la extremada rapidez con que se movían las alas las hacían aparecer inmóviles á nuestra vista), se hace posible por la facultad, antes mencionada, de cambiar el centro de gravedad y por el movimiento del aire. El viento no se compone de una sola ola horizontal, sino de una infinidad de corrientes, que forman un variadísimo, infinito remolino. Gracias á esta circunstancia, las citadas aves pueden navegar por los aires, aprovechando las diferentes corrientes, con más habilidad que el más experto mareante, pues sus maniobras se ejecutan automáticamente por acción refleja de los agentes exteriores sobre su organismo. Las aves buscan siempre aquellas corrientes que mejor pueden llevarlas, ora utilizando la desviación de las mismas sobre la horizontal, y dejando soplar el viento oblicuamente desde abajo y por debajo de sus alas, ora aprovechando en el trazado de sus espirales el soplo más lento ó más rápido, transformando en fuerza motriz las diferencias en la energía viva

del aire que las circunda. Pero para poder elevarse del suelo, para «arrancar», las grandes aves necesitan aletear con fuerza, y todas las observaciones demuestran cuánto trabajo les cuesta esta operación. Las cigüeñas, para poder volar, necesitan primero tomar carrera en la tierra ó dejarse caer desde un punto elevado; pero una vez en el aire, elévanse con pasmosa rapidez y seguridad. El condor, después de haber tomado mucho alimento, no puede emprender el vuelo sin tomar una carrera considerable; tanto es así, que se coge á esta gigantesca ave, rodeando con una valla un reducido espacio de terreno, en el cual se deposita una carroña, impidiéndole al animal tomar la consabida carrera. De todo ello se deduce que las referidas grandes aves no pueden elevarse en los aires sin emplear sus alas á modo de cometas, y para volar no han menester tanta fuerza como habilidad.

El ingeniero Otto Lilienthal, de Berlín, después de estudiar detenidamente el vuelo de las aves veleras, se había propuesto resolver el problema de la aviación ejercitándose en imitar dicho vuelo. Se construyó un par de alas, y con ellas desplegadas corría desde una altura hacia abajo, logrando, á los pocos pasos, hacerse llevar suavemente por los aires. Nuestro hombre aprendió á volar, aun con viento bastante recio, logrando recorrer de 300 á 600 metros al través de la atmósfera, girando á voluntad á la derecha ó á la izquierda. Lilienthal esperaba adquirir la suficiente habilidad para utilizar todas las circunstancias del viento y volar adonde se le antojara. Desgraciadamente, estos experimentos presentan un peligro inmenso y han costado la vida al que los practicó. Este no se contentó con el vuelo velero, y trató de pasar á las aletadas, empleando un motor. Utilizó cuatro alas diferentes, que tenían cada una un peso de cuarenta libras. Un pequeño motor de ácido carbónico desarrollaba una fuerza de dos caballos y pesaba un quintal. Como quiera que el experimentador pesaba unas ciento sesenta libras, el peso total del aparato y del piloto era de unos tres quintales. El 13 de Agosto de 1896, Lilien-

thal ensayaba, cerca de Golmberg, en la provincia de Brandeburgo, el aparato de su invención. Con éste había logrado recorrer por el aire una distancia de 200 metros, cuando de repente un golpe de viento le hizo perder la dirección de sus alas. El desgraciado fué precipitado perpendicularmente contra el suelo y se rompió la columna vertebral, muriendo á los pocos momentos.

Sus experimentos, sin embargo, no han sido infructuosos. Como dijo, el profesor de Física, Doltzmann, en el Congreso de naturalistas de Viena, Lilienthal fué el primero que logró una solución exacta y práctica del problema de la aviación.

En los principios por él demostrados se basa la construcción de los actuales aeroplanos.

Los inmediatos sucesores é imitadores de Lilienthal fueron Pilcher, oficial de la armada inglesa, y los americanos Chaeste, Langley, Archdeacon y otros más. Como el ingeniero alemán, se arrojaban al espacio desde pequeñas alturas y recorrían en el aire algunos centenares de metros El P. Bell, jesuíta, ideó un aparato, compuesto de dos grandes alas, unidas por un soporte, para el aviador. Con él se tiró desde un globo al espacio, flotó en el azul del cielo y vino á posarse donde antes se había elevado. Sólo con tales ejercicios se pudo adquirir datos seguros acerca del equilibrio con el viento por apoyo. Era imposible aprender á conocer las propiedades del aire en movimiento, las mejores formas y construcciones de aparatos voladores, sin encontrarse libremente con ellos en el aire y sin dejar obrar sobre sí la acción del viento.

Las máquinas voladoras, como ya indicamos, adquirieron nueva importancia con la aplicación de los novísimos motores de escaso peso y gran fuerza para impulsar una hélice que pone en movimiento el aparato. Llámanse monoplanos, biplanos y triplanos, según las superficies horizontales de que constan. La escuela francesa les coloca detrás una cola estabilizadora; en cambio, los americanos la reducen á un plano vertical. En el cuerpo principal, entre las dos alas, va el aviador,

que maneja desde allí los dos timones; el vertical para virar, el horizontal para los movimientos de ascenso y descenso. Los aeroplanos, como las grandes aves, necesitan tomar carrera para elevarse en los aires. Los franceses lo hacen corriendo sobre ruedas en terreno liso; los americanos, por medio de un riel de lanzamiento, auxiliado por un peso que cae de cierta altura, y que, enlazado por un cable, despide el aparato, ayudando al esfuerzo que las hélices desarrollan al ponerse en marcha el motor.

Distínguense, entre los aviadores modernos: Ferber, Santos Dumont, antes partidario de la aerostación; Farman, que con su biplano con cola estabilizadora fué el primero en recorrer un kilómetro; Delagrange, que comenzó con su monoplano á recorrer distancias mayores en que le siguió después el mismo Farmán; Bleriot, que usó en su aparato hélice de cuatro brazos; Pelterie, Zipfel y, sobre todo, los hermanos Wright. Las velocidades que se desarrollan en sus aparatos son considerables, pero no tanto como vulgarmente se cree.

En un artículo publicado por el *London Magazine*, dice Wilbur Wright, el *record-man* del mundo, que la velocidad que espera alcanzar con los aparatos más perfeccionados será de 56 á 80 kilómetros por hora. «Las velocidades que se atribuyen á las aves, añade, están casi todas calculadas por largo. La velocidad corriente del cuervo común no pasa de 32 kilómetros por hora. Frecuentemente he calculado su velocidad con el aire en calma, en un espacio medido previamente, y siempre ha variado muy poco la velocidad expresada. El pato salvaje es acaso el ave que alcanza mayor velocidad con vuelo ordinario en largas distancias, y siempre que he calculado su rapidez, he comprobado que dicha ave no pasa nunca de 64 kilómetros, á no ser que la ayude el viento.

«Gobernando mi voladora, he visto muchas veces pájaros delante de mí, y siempre ha sido la velocidad de la máquina mayor que la de ellos, pues no han tenido más remedio que echarse á un lado para evitar que los alcanzase.» En cuanto á las vola-

doras, cree Mr. Wright que no deben intentar grandes velocidades mientras el arte no esté más adelantado. Esto no significa que no se alcanzarán, pues un tiempo fué en que se creía que los ferrocarriles engendrarían la locura si alcanzaban la velocidad de 20 kilómetros por hora, y hace diez años se opinaba por distinguidos iugenieros, que 60 kilómetros por hora sería la velocidad máxima de los automóviles. *¡Cuantum mutatus ab illo!...*

Los hermanos Wright no son, como podría creerse, profesionales del deporte, deseosos de asombrar á los ociosos y de ganar mucho dinero; son unos verdaderos sabios, unos investigadores serios, cuyos trabajos teóricos venimos observando desde hace más de doce años. Ellos son los primeros en refrenar los entusiasmos exagerados de sus admiradores y en reducir los resultados obtenidos á sus justas proporciones.

Sin embargo, en materia de adelantos técnicos, la experiencia parece demostrar que el optimismo es más acertado que el escepticismo. Tan absurdo sería hoy declarar imposible la navegación aérea, como hubiera sido en siglos anteriores sostener que no se podría nunca caminar contra la corriente de los ríos, por la sola razón de que en aquellas épocas no se disponía de motores que dieran á los barcos velocidades superiores á las de las aguas. Hay, pues, que tener paciencia y, confiando en la ciencia y la inteligencia humana, conceder á la solución de este problema el tiempo que necesita, porque nada son cien años en tan difícil cuestión, cuando la navegación marítima ha necesitado cuatro mil para llegar á la altura á que hoy se encuentra.

Aquí también puede, el día de mañana, presentarse un Colón que ponga el huevo de punta, y zarpe victoriosamente hacia desconocidas lontananzas.

JULIO BROUTÁ.

CULTURA Y DEMOCRACIA

He aquí una palabra tan trascendental y de un significado tan modificado en estos últimos años, que es preciso decir algo acerca de ella, por los problemas, que con la determinación exacta de un sentido, pueden plantearse y resolverse. La palabra cultura, genuinamente latina, es primordialmente la expresión del carácter civil y político, que un pueblo esencialmente agrario y militar como el romano imprime á toda su vida histórica. Podemos decir que la *Cultura* y el *Renacimiento* son las dos grandes manifestaciones de la civilización postromana; y también que el Renacimiento es una preparación para la Cultura, de la cual la Reforma, el Humanismo y la Revolución, no son más que manifestaciones esporádicas. El concepto trascendental de la cultura sólo se forja cuando varían en la mente las perspectivas del Universo, cuando el sentimiento de la naturaleza y la idea de la evolución invaden todo el campo del análisis. Precisamente el arte, al definirse como el *hombre añadido á la naturaleza* (*homo additus naturae*), se anticipa al concepto científico del humanismo contemporáneo, según el cual, *antropocentrismo* y *geocentrismo* se complementan en un *antropocosmocentrismo* integral, es decir, en una integración, en una fusión del *Hombre* con el *Universo*. Que sólo existe verdaderamente el *Cosmos*, cuando hay una mente pensadora y una materia transformable. El Cosmos es precisamente la *mens agitat molem* del filósofo.

Pues la idea de la cultura es la gran colaboradora de este orden, que creamos en nuestra mente y que contemplamos con nuestra mirada. La idea de cultura es la expresión formal de la reintegración del hombre en la naturaleza cósmica, la trascendencia activa y pragmática del pensamiento y de la voluntad á la vida total del mundo y la inmanencia de disposiciones que agradan la capacidad individual de concentración y de proyección, traduciendo en el individuo las dos fuerzas de atracción y repulsión que actúan en todo cuerpo. La idea de cultura es una idea de relación formal. Intégrase con la personalidad individual y con la naturaleza real. El individuo consciente y la realidad, social primero y cósmica después, son sus factores.

Es la expresión, el significado de la acción del hombre sobre la naturaleza, para perfeccionarla, uniéndose por trabajo y por amor á ella. Nos da á entender que la obra creadora no acaba en el Universo, y que el hombre, hijo de Dios y semejante á Él, es el encargado de continuarla y acabarla. Y así como la idea de generación es la manifestación en nosotros del instinto de la especie, la idea de cultura es la expresión en nosotros de nuestro instinto creador, del *instinto cósmico*. Vivir *sub specie alternitatis,* es convertirse en campeón de la cultura, porque ésta es expansiva y activa, no contemplativa ni estática.

Vivir con el pensamiento es la eternidad, es dar vida en el instante á lo pensado. Linaje de voluntades y de esfuerzos y de ideas propulsoras de vida fecunda y próspera requiere la cultura. Es obra del esfuerzo colectivo, y numéricamente puede determinarse por una serie de proporciones entre la persona consciente y su medio. El coeficiente de la cultura resulta de la suma total de las razones que integran una proporción. Cuando el denominador, que es la naturaleza, es inferior al individuo, éste vive en estado natural. Para pasar al estado cultural, es preciso que el numerador aumente, y sólo cuando llega á ser superior al denominador, logra el hombre el verda-

dero señorío, el señorío libre de su persona y del mundo. Y entonces comienza para él el ideal imperialista del dominio, que es un ideal *ultracultural*. El sentimiento de la cultura no es, pues, como dice Höffding, un sentimiento de fuerza sin piedad, sino el ideal de paternidad cósmica, el instinto de perpetuación universal, que cada hombre lleva en sus entrañas, formado de la significación optimista é intensiva de la vida y del *sprit de suite,* de la solidaridad con el pasado y con el porvenir, que cada generación y cada individuo restablece en sí. Sólo de esta manera se pueden conciliar los *pesimismos* del impotente con los *optimismos* del que se cree prepotente para transformar el mundo y arrastrarlo uncido á sus ideas en un *meliorismo* humano, reposado, evolutivo, perseverante y eficaz. El sentimiento de la cultura lucha tal vez con otros sentimientos, pero es la coronación, la flor de todos aquellos, que en el de simpatía están basados. El sentimiento de la naturaleza y el sentimiento de la humanidad se abrazan en el sentimiento de la cultura, que es un sentimiento genérico comprehensivo de ambos. No hay verdadero proselitismo cultural sin un amor profundo á la vida y á la naturaleza que la alimenta. Tal vez en los trascendentales problemas que plantea la cultura se presente ésta, á veces con caracteres poco humanos. Las guerras militares le abrieron en el antiguo régimen un gran cauce. Las guerras industriales son el más poderoso estímulo que mueve los perfeccionamientos é invenciones en la técnica y en la organización obrera y económica. El verdadero progreso tiene por mensajero el dolor. Hay una guerra santa, que es agorera de la paz eterna. En el instinto más axacerbado y brutal de dominación se esconde á veces un fondo oculto de piedad humana, que lleva á dominar pueblos para redimirlos espiritualmente. Todo ello demuestra que la evolución de la cultura no es normal, que la individualidad humana no es aún suficientemente libre y laboriosa, que la naturaleza que le envuelve le es aún muy desconocida. Además, la cultura, como la vida, en su desarrollo, tiene un carácter inestable y comprehensivo. A medida que

aumente nuestro poder, aumenta también el incentivo de la necesidad, y no hay en el hombre ese espíritu de ponderación, de equidad, por el cual debiera repartir las fuerzas entre la propagación de la cultura y la intensificación de la misma. Hay sobreproducción de cultura en relación con la capacidad de consumo. De ahí, que la infelicidad se haga crónica en el hombre culto y en el salvaje; en éste de un modo negativo, reducida como tiene la capacidad de gozar y padecer, y de un modo positivo en aquél, porque ¿se puede ser verdaderamente feliz mientras existan vestigios de miseria en la vida?

La cultura tiene, pues, un contenido y una forma. El contenido, la materia, nos lo da la realidad, la vida, el mundo; la forma, nuestra personalidad consciente que, en su individualidad característica, rubrica los actos de la voluntad y las ideas del entendimiento con su originalidad inconfundible. Y tanto la materia como la forma, se hacen con la evolución más comprehensivas, más amplias. La cultura, como decimos más arriba, no es más que una superevolución, en lo cual se distingue del trabajo, que es una actividad que se emplea en la satisfacción de necesidades.

La cultura al mismo tiempo las crea también. Al aumentar los fines de la vida, garantiza la existencia personal contra la concurrencia exagerada, procurando llevar el principio de la división del trabajo, hasta la persona individual, como límite.

The rigth man in the rigth place. La cultura es, pues, un órgano, un producto y una función de la actividad laboriosa.

Las formas de la cultura son varias, según que se refieran al hombre principalmente, ó á la relación entre el hombre y la naturaleza. Las que se refieren principalmente al hombre son: la cultura física (gimnástica), la intelectual (sabiduría) y la moral (filantropía), y dentro de estas tres culturas puede incluirse la paidología, como cultura integral de la humanidad en la infancia, y la *antropogogía* ó *viricultura*, ciencia y arte á la vez, que trata de encauzar la juventud y sacar de ella racionalmente el hombre.

Las formas de cultura que se refieren principalmente á la relación entre el hombre y la naturaleza son: el trabajo, la ciencia, la religión y el arte, según la perspectiva con que la naturaleza se nos presenta y el ojo con que se mire ó la forma en que sobre ella actúa.

La cultura y sus formas pueden desarrollarse en los organismos sociales naturales; pero principalmente en la familia y en el Estado. Es decir, por lo que á la cultura integral respecta, en el Estado solamente, considerado como el elemento supremo de la transformación y organización de la vida social é individual, en su aspecto social.

El Estado es, pues, el órgano supremo de la cultura, y su fin es realzarle, considerándola desde el triple punto de vista de producto, de función social y de factor imprescindible de la vida del pueblo: La misión del Estado es velar por los altos intereses de la cultura, de difundirla en el pueblo y de ampliar sus esferas y horizontes, para que la población laboriosa coopere en el mayor número posible á ella, á fin de encontrar en ella la mayor satisfacción posible.

Así es que la cultura tiene una fase aristocrática y una fase democrática, y de este doble aspecto arranca el ideal moral diverso que persigue. Una mayor comprehensión del universo, implica una mayor posesión de él ó integración con él. Pero al mismo tiempo, á fin de que la comprehensión sea completa, es preciso que sea espontánea y colectiva, de la humanidad toda con la naturaleza entera. He aquí, pues, cómo el ideal aristocrático de la cultura se hace compatible con su espíritu democrático. Porque precisamente de las masas populares salen y saldrán siempre los más esforzados obreros de la cultura. La aristocracia que responde á su etimología es una clase sometida á perenne proceso de renovación; y si no puede llamarse *sobrehumana* por el origen, debe llamarse por su misión, porque procura ensanchar constantemente el campo de actividad del hombre y hacerle más feliz haciéndole más laborioso. Y el pueblo, el *demos* por antonomasia, es el gran elemento

purificador de todos los detritus sociales de arriba y de en medio, y al mismo tiempo la fuente inagotable de las supremas energías del progreso, que camina con entusiasmo y sin piedad sobre sus víctimas.

Un Estado verdaderamente *civil* y verdaderamente *político*, ha de interesarse primordialmente por los altos intereses de la cultura, procurando imprimirle la doble finalidad de hacer cada vez más autónoma, más libre la personalidad individual; pero al mismo tiempo más ligada, por solidaridad y por afecto á sus semejantes. Cuando el interés supremo es este gran desinterés ideal, desaparecen los peligros de esas hipertrofias orgánicas con que los representantes de una determinada cultura tratan de absorber ó de dominar á los demás, y, por consiguiente, á los hombres que agrupan sus modalidades. Sólo el gran ideal de la cultura puede sembrar en los ciudadanos el espíritu de tolerancia; cambiando las perspectivas actuales de la vida pública, se puede determinar la fuerza de acción de un *Estado oficial* dado, por la cultura integral y homogénea de sus representantes. Las formas inferiores de la cultura son el cantonalismo, la tendencia al clan de berberiscos de allende el Estrecho y de berberiscos españoles (porque los de allá también pertenecen al *tronco europeo)*. Y los grandes errores de la vieja democracia consistieron en vestir el berberisco de levita, sin ponerle camiseta. Una abundante exudación interior, producida por impulsivo ajetreo, deja la prenda en estado lamentable. Y conste que el cuerpo del berberisco es de primera. Como el de Yarbas, está purificado por un himeneo incandescente del sol y de la tierra abrasada por sus rayos. De ahí su vigor, su tenacidad, su empeño y su energía.

Y en España, ¿se han compenetrado bien todos los que intelectuales se llaman de esta gran misión de la cultura? La manía *antianalfabética*, ¿deja de ser mera canturria de palabras? ¿Hay cordialidad en nuestra prensa, en nuestros pensadores y en nuestros políticos en el planteamiento del problema de la cultura? ¿Creemos verdaderamente en que es necesa-

ria, imprescindible, para vivir á la moderna, la verdadera vida civil? La verdad es que vamos viviendo sin creencias y sin necesidades. Lo más doloroso en este espectáculo de nuestra vida nacional, es esa restricción sistemática de las necesidades más imperiosas, el intencionado falseamiento de su satisfacción y un espíritu *pseudoconservador* tan marcado, que pone la suprema felicidad, no en el jardín del paraíso, sino en las mansiones del limbo convencional. Preferimos el sueño profundo á la vigilia laboriosa.

Hemos de convencernos de que todo el mundo está enterado del lenguaje de los actos y del de las palabras; que es descrédito mentir con aquéllos y monserga hablar con éstas; que el falso *culto al silencio,* donde con intención depravada se entierran tantas víctimas inocentes, es un crimen de lesa cultura, y que ésta no es patrimonio del sacerdocio periodístico, ni del sacerdocio de la cátedra, sino que trata de hacer á cada uno sacerdote del propio culto personal. Dada su significación, no puede vincularse jamás en monopolios más ó menos velados. No aman de veras la luz los que, para que brille mejor la propia, apagan las extrañas, ó impiden que se enciendan.

Lo he dicho ya en mi *Histrionismo,* hace tres años, y he de repetirlo aquí. En la situación presente de España se ha entablado en nuestra mentalidad individual y colectiva una lucha entre la fuerza y la cultura. Hay que subordinar á ésta aquélla. Una política realista y experimental en España, tiene que partir de lo que la realidad nos da. Por muy grandes y hermosos que sean los idealismos del pensador, la realidad es más grande é inexorable; y más fecunda además.

¿Y cuál es esta realidad? En la fisiología de nuestra nación no se acusa un organismo robusto, viril, humano. El campo y la ciudad españolas están sin vertebrar. La *itineración* del territorio, una de las formas más expresivas de la cultura, apenas ha comenzado. Hay que gastar en caminos de herradura y en caminos de hierro más de 3.000 millones. La *itineración* cerebral, que abre anchos surcos en la corteza y determina en

el sistema nervioso orientaciones vigorosas y rápidas, se vincula en la estrecha *carretera* trazada por la rutina, que arrastra perezosamente sobre aquélla el carro de las tradiciones muertas. La población carece de ese ideal dinámico y expansivo que en tierras poco pobladas es muy necesario para lograr la verdadera solidarización de nuestros grupos sociales. Así como el campo y la ciudad tienen dos políticas y dos mundos distintos, tienen también dos *economías* y dos sistemas jurídicos. La economía integral fragmentaria predomina en el campo con la costumbre; la economía social y especializada predomina con el derecho escrito y casi siempre teórico en la ciudad. Apenas hay político en España, que se haya dado clara cuenta de la gran misión que en el orden de la cultura ejerce la ciudad. Es el gran centro de concentración y de irradiación de energías sociales. La ciudad que recibe del campo carne, pan, leche y verduras, debe devolverle abonos químicos é ideas, es decir, simiente y alimentos á la tierra que le nutre á la vez. Una gran ciudad, que responde al ideal moderno de vida, que le dé á la suya una significación armónica y mundial, es un maestro vivo de cultura, es la gran escuela formada por el esfuerzo colectivo, que enseña experimentalmente al ignorante en el lenguaje elocuente de su pragmatismo creador. Una ciudad es á una nación, ó á un ámbito nacional, lo que el encéfalo al organismo. Y en las grandes ciudades es donde surge el espíritu revolucionario, hijo de la conciencia de necesidades colectivas sin satisfacer. Las orientaciones y credos políticos deben siempre plasmarse en las tendencias colectivas de la masa. La idea consciente debe ir precedida de una viva emoción, de un claro instinto. Toda democracia que aspire á ser radical de veras, debe buscar el pueblo, es decir, su cuerpo y su espíritu, en la entraña, en la raíz de nuestra personalidad social. ¿Y cuál es la raíz de nuestra personalidad social? Una individualidad despersonada, una individualidad sin contenido y sin base, sin idea y sin ideal de libertad, una personalidad rebelde á todo espíritu de ciudadanía, de solidaridad tras-

cendental, un salvajismo nativo, que denotará vitalidad é infancia, pero que acusa también incultura. La democracia, que hasta aquí se ha servido al pueblo ha sido un traje de luces más ó menos vistoso, pero que al primer chaparrón la ha dejado en cueros. La libertad, la verdadera libertad, sólo es hija de trabajo y de cultura. Hay que hacer como los tejedores de Silesia de la hermosa poesía de Enrique Heine, que tejer á un un mismo tiempo la Wissensehaft y lo Gesselschaft. En verdad, la asociación y la cultura serán siempre las dos fuentes perennes, vivas y serenas del espíritu revolucionario y progresivo: de esa revolución ideal y decisiva de las almas, que individualmente se caracterizan con la palabra *conversión*, y socialmente quiere decir *interversión* de valores ético-sociales, más bien que metamorfosis más ó menos aparenciales de instituciones históricas. Sí; las verdaderas revoluciones son las íntimas, las silenciosas, las de adentro. Ellas sacian constantemente nuestra sed de rebeldía, plasmando la individualidad para el civismo; ellas encienden nuestra sed sin cesar y nos esfuerzan para apagarla con movimientos progresivos.

Hay que buscar, pues, las raíces de la individualidad española en nuestra infraestructura histórica, en lo oculto y silencioso del drama de nuestro vivir pasado. Hay que rehacer nuestra historia, para ver en ella algo más que nombres de reyes é inmigraciones de aventureros. Hay que restaurar el espíritu ibero, para poder ver qué hay de consustancial con él en nuestra casta. Así nuestra democracia brotará de nuestra espiritualidad histórica, es decir, de nuestra secular rebeldía, de nuestra viril y connatural protesta contra toda autoridad. Pero al mismo tiempo es preciso buscar las raíces de la voluntad libre en algo más elevado que en el aparato generador. Nuestro salvajismo será coeficiente, vivo de democracia, con tal que se deje domesticar por la cultura. Y el drama de la política española el verdadero drama, consistirá en raspar la costra que aparentemente impide la pronta germinación de la cultura en la masa, no á fogonazos, sino á *lançadas magnáni-*

mes de luz, como dijo hermosamente el gran Guerra Junqueiro.

Estamos, pues, frente á frente al primer problema, que nos plantea *La Rebeldía*. ¿Qué acción debe desarrollar la democracia radical para incorporar el proletariado á la vida política española? Ante todo, estrechar las distancias: que el pobre de levita y el pobre de blusa, sean sustancialmente un mismo pobre. Porque sólo la acción será de veras fecunda, cuando las prédicas del proletariado intelectual, coincidan con las ansias, no satisfechas y parcialmente interpretadas hasta ahora, del proletariado manual, que se cree ser el único proletariado. Debemos convencernos, que la antigua jerarquía de las artes llamadas liberales ha desaparecido. Hoy son artes liberales, y se pueden llamar también humanidades, las artes que redimen al hombre con trabajo santificado por el salario, que da independencia y que le prepara para la cultura, medio único de hacer fructificar en la cabeza y en el corazón el espíritu de humanidad, que cada hombre encierra en su persona. Y si han desaparecido las jerarquías, el primer deber de los pobres de levita es inspirar confianza á los pobres de blusa. Lo he dicho ya en otra parte: la verdadera solidaridad de dos manos que fraternalmente se estrechan por el saludo, exige que ambas estén encallecidas. Es preciso que el intelectual conozca las rudezas del taller, para que el obrero de éste comprenda su lenguaje. El verdadero compañerismo sólo nace cuando existe igualdad de condiciones entre los compañeros. La verdadera democracia social sólo puede nacer de una integración plena de todas las clases obreras de una sociedad. Cuando el espíritu de jerarquía se infiltra en la solidaridad obrera, es para esterilizar todos sus frutos, es para hacerle infecundo. También los políticos de antaño, la democracia creada por la revolución política, habló al pueblo en nombre de un apostolado ideal y romántico. De aquel comercio efímero brotó una burguesía y una plutocracia con todos los defectos y sin ninguna de las virtudes de la antigua aristocracia señorial.

Por mi parte, creo que el único medio para que el proleta-

riado se interese en la vida política española, esté en engranar lo que vulgarmente se llama vida política española con lo que realmente constituye la vida peculiar y los sentimientos de mejora del proletariado, único modo de traducir sinceramente su política. Es decir, que con una mano hay que darle el pan de la cultura y con otra hay que recoger el memorial de sus aspiraciones. Sólo así se le puede inspirar fe. Más claro: hay que convencerla de que su fe y la de sus apóstoles es una misma fe. Sólo de la unanimidad de las creencias brota la soberana solidaridad de las acciones. Eso que se llama vida política española, dista mucho del ideal político del obrero. Gentes que sólo se saludan en conferencias y mítines, mal pueden conocerse.

En los esfuerzos hechos por el Ateneo de Madrid para arraigar entre los obreros la Universidad popular, se ve, más bien convencionalismo, *postura* mental y ansia de encumbramiento, que verdaderos deseos de propagar la luz en la obscuridad. Antes de hacer Universidad popular, hay que hacer Escuela popular. Empecemos por el principio.

Los verdaderos intelectuales, los intelectuales españoles que aspiran á que las ideas trasciendan á la acción, y de ella broten, han de ser los únicos propulsores de este ideal democratizador, de renovación, de robustecimiento de las ideas liberales en España. Para capacitar un pueblo ignorante para la ciudadanía, hay que cultivar su espíritu. Para que la acción de los propulsores sea fecunda é inmediata y no se pierda, han de realizar una misión doble arriba y abajo: arriba, procurando encauzar la política española en el camino más adecuado para el fomento de la cultura material, intelectual, estética, moral y religiosa; abajo, procurando organizar las masas obreras y el proletariado en general de modo que se encuentren desde luego capacitados para recibirlas. Porque no basta propagar la luz; hay que enseñarla á ver á los que no saben y, sobre todo, fomentar las ansias de ver y de saber. Tal vez una de las causas más poderosas de la inapetencia espiritual del proletariado

español, sea su inanición fisiológica. ¿Qué esfuerzo mental puede desarrollar un organismo depauperado por una escasa nutrición, una mala habitación, un salario irrisorio y una jornada espantosa?

La revolución política produjo en España el germen de la vida industrial, en que la plutocracia judía de París, la incipiente plutocracia española, el parlamentarismo y la burocracia colaboran. Al régimen de las libertades, teóricamente implantadas con música popular y libreto gacetil, sucedió el de los intereses creados: tantos, de tal naturaleza y tan grandes, que no dejan lugar ni ocasión para que otros nuevos surjan. Este es el mejor de los mundos, pero ya está plenamente acotado. El estado industrial, que debió surgir del seno mismo de la revolución, se ha falseado tanto y de tal modo, que parece más bien una multitud ininteligible de codicias, que una poderosa integración de personalidades libres y laboriosos. Todo elemento rebelde, inclasificable, todo espíritu de protesta, es un peligro para el orden. Y no puede haber una transformación seria, é intensamente democrática, mientras el Estado industrial no subordine á su estructura las dos formas vivas ó redivivas del Estado histórico: militarismo y eclesiasticismo, creando, con una sabia legislación social y un ardoroso estímulo de las corporaciones obreras, del sindicalismo, una clase social organizada para el poder con aquellas garantías de orden, precisas para no inspirar temores utópicos á las demás.

Nuestro gran error ha sido vincular el espíritu de la democracia en la masa, sin prepararla antes para él. Fué un privilegio otorgado por un apostolado romántico á gentes desposeídas de todo bien. Y así se desvincularon viejos privilegios, para arraigar teóricamente otros nuevos. Añádase á esto, que un país secularmente educado por instituciones genuinamente aristocráticas y jerárgicas, como son el clero, las órdenes militares y la monarquía absoluta rodeada de la nobleza, al hacer suyo el nuevo régimen, no modificó los hábitos del viejo. Seguimos siendo hidalgos, tenemos el señorío en la entraña. A

la rebeldía nativa de los iberos hemos sumado los laureles de nuestros antepasados. El exceso de dipsomanía histórica nos quita toda serenidad de cabeza y toda tenacidad de corazón, para marchar de frente y tomar la vida como es, entregándonos sinceramente á ella. El que lleva dentro de su alma un tesoro, y se cree rico y señor de él, tiene mucho camino andado para despreciar las ventajas que la civilización presente ofrece al que dignamente sabe conquistarlas. De pobres soberbios está llena España. Y esta falsa riqueza espiritual, la falta de pobreza cristiana de espíritu, es la causa principal, que impide nuestra conquista del reino celestial, es decir, de la felicidad humana lograda por trabajo. Pero entiéndase por pobreza, no la pusilanimidad ni la cobardía, no: pobreza de espíritu quiere decir privación de bienes, pero de ningún modo carencia de facultades para alcanzarlas; quiere decir desnudez espiritual de toda prosperidad y holgura, que á la larga es enervante y nos hace perezosos. Por eso es ley económica, que el pobre se haga rico y que el rico se empobrezca. Lo que está fuera de toda ley, es que el pobre se crea rico y renuncie á las riquezas, y que el rico se crea pobre y se haga esclavo por avaricia de ellas.

El verdadero espíritu de la democracia supone una cooperación social y política de todas las clases. Puesto que la Revolución no acabó con las viejas clases históricas (ricos y pobres), y vino á entronizar la de los medianos, preciso es que con su espíritu igualitario reconozca en todas ellas la capacidad funcional suficiente para el ejercicio de los derechos políticos, mientras no transforme por completo el régimen económico presente, base primordial de toda norma jurídica. De ahí la necesidad de colaborar integralmente todos á la vida pública. Dé ahí la necesidad de la democracia integral, que es democracia de transición, mientras el poder histórico y la riqueza no se desvinculen por completo, mientras no se socialicen de tal modo (si es que puede lograrse la socialización con la evolución de la cultura) que hagan imposible nuevamente una

apropiación individual. Democracia integral quiere decir unidad é igualdad fundamentalmente orgánicas, división del trabajo y jerarquía funcional. Es decir, que no es incompatible la unidad é igualdad de la célula social con la jerarquía de su función. La célula muscular y la célula nerviosa tienen un valor orgánico igual para la unidad del organismo, para la conservación de su integridad. La célula muscular depende en su función de la célula nerviosa, jerárquicamente inferior á aquélla. He aquí, pues, cómo la verdadera democracia integral no es incompatible con el espíritu aristocrático, que en cada pueblo ó en cada masa social va segregando paulatinamente la cultura, tomando cuerpo en la *élite,* que es á la masa lo que el cerebro del hombre es á su cuerpo. La misión social de la *élite* es desempeñar la alta función reguladora, inhibiente, propulsora y anticipadora de todas las demás, que integran la organización social. Cuando entre la *élite* y la masa existen verdaderos nervios conductores, la vida de relación social se constituye espontáneamente, tomando cuerpo de tal modo en habituaciones y adaptaciones, que dé pronto lugar á la conciencia pública y al espíritu de ciudadanía, es decir, á la cooperación constante y renovada de la masa en todos los actos y deliberaciones de la *élite*. Del fondo mismo de la masa surge la *élite;* de la *élite* parten los movimientos orientadores de la masa. Cuando masa y *élite* tienen un ambiente común de cultura, la difusión de las formas más elevadas de ésta en la masa es fácil, y se verifica de un modo automático. En pueblos semibárbaros ó incultos, la *élite* toma forma de apostolado ó sacerdocio; con la cultura se constituye una disciplina dogmática que, en convencionales dosis, se apropia á la masa.

Masa y pueblo no son lo mismo. El pueblo, la población, es la resultante de la encarnación del espíritu de la *élite* en la masa: la organización nacional viva, que, en cada célula individual, en cada órgano, en cada sistema, en cada tejido, revela su individualidad, su carácter, su fondo. Si el pueblo es la población por cuyas venas circula, juntamente con su sangre,

toda la tradición que, con vitalidad adecuada, le transmitieron sus antepasados, el espíritu popular, el *volk geist,* es lo que la cultura ha forjado en su trabajo secular en la masa y en la *élite,* uniéndolas con indisoluble lazo, estableciendo entre ellas esa corriente incesante de atracción y de propagación, que es medio á su vez para la conservación y propagación de la cultura.

Cuando la masa es inculta, y la *élite* pseudo-culta ó archiculta, pronto se manifiesta la excisión entre ambas.

No nos extrañará, pues, que España sea el gran país de los solitarios intelectuales, de esos que se cobijan en su torre marfileña para no ser víctimas de la barbarie ó del merodeo intelectual. No nos extrañará tampoco que nuestras masas sean para los *profesionales* el conejillo de Indias, á quien se le inocula un suero especial, que le hace aparentemente inmune á todas las calamidades, sin que contra ellas se rebele, ó el león enjaulado, con uñas limadas y melenas lacias, que de feria en feria pasean para representar la farándula.

Los verdaderos amantes de la cultura, los que se sientan cerebro de España, que empiecen á pensar; pero en alta voz, seria y hondamente, para ahogar el grito monótono de retóricos sin fervor ni civismo. Que tengan fe, mucha fe, en el surco que abran y en la semilla que guarden en él. Se necesita verdadera abnegación para trabajar sin salario en un país donde se premia el ocio, y donde la recompensa que recibe el esfuerzo del pensador es el silencio de los envidiosos, el desdén de los protectores y la carcajada de los tontos. Nada debe arredrarnos ante la necesidad de rendir nuestro culto á dos deidades que parecen ser nuevas en este país: la verdad y la cultura. Apóstoles convencidos de su doctrina, prediquemos con fervor el nuevo evangelio de la vida.

La democracia social es la que está constituída por todas las clases sociales, que se integran y antagonizan mutuamente, conservando todas ellas su fondo común de convivencia, basado en solidaridad. Así como en el antiguo régimen todas las clases estaban influídas por un espíritu preponderantemen-

te aristocrático, en el nuevo las clases populares imprimen su sello á toda la masa social, y tienden á cambiar su estructura, haciéndola homogénea y sucesivamente variable, único medio de impedir que las clases se conviertan en castas. Caracterízose el régimen antiguo por un sentido parcialmente legalista y teorizante. La *política* fué un corolario de la *dialéctica*. En las antiguas tendencias, lo político era un *á priori* genérico y *formal* en que una materia social dada se vaciaba. Modernamente, la forma es un accidente, y es producto de la serie de de procesos embriológicos por los cuales pasa el pueblo vivo, sin cristalizar en uno determinado. En la democracia social predomina el interes económico sobre la fórmula jurídica. Mejor dicho, ésta tiende á ser expresión de aquél. Por eso el carácter de la política es esencialmente realista. Éste es primero una *ciencia de observación*, y después una *técnica social*. El primer problema que plantea la democracia social es el de la distribución de la población en el territorio, en los dos grandes grupos de población urbana y de población rural. Ha de tener un convencimiento claro y por comparación obtenido. Ha de estudiar además la relación de la población con el territorio, la capacidad productiva del suelo y del subsuelo, y las modalidades del trabajo en relación con dicha capacidad; las localizaciones industriales, el espíritu urbano y el rural, los antagonismos interurbanos, el espíritu profesional y corporativo, la consideración del valor económico de las clases sociales y del poder ofensivo y defensivo capaz para la lucha entre ellas, así como también el modo con que orientan sus aspiraciones, y, por último, cómo la cultura interviene en la determinación y resolución de estos problemas, y qué valor se da á su influjo y cooperación en la política.

Todo ello es algo bien distinto de los partidos históricos constituídos, aun los que se llaman liberales, sobre la base del *comitatus* y del caudillaje. La jefatura viene á ser una especie de pontificado político. No se concibe que la cultura, al diferenciar individualidades y grupos sociales, les dé un valor cir-

cunstancial dentro de un fondo político común de semejanza, para realizar ciertas aspiraciones progresivas. Y si se concibe y se predica, están muy lejos de realizarse casos como los de Francia é Italia, en donde, independiente del marchamo político de un hombre, se aprovechan sus iniciativas si tienen carácter gubernamental. Esta intolerancia política, esta especie de credo (el programa) y de dogma (los discursos del jefe), sólo pueden desaparecer por medio de la cultura, por la cual los partidos políticos, en un régimen democrático, se convertirán necesariamente en organizaciones activas y conscientes de las principales y más valiosas fuerzas sociales agrupadas para el gobierno del pueblo.

Para un atento observador, los partidos históricos, es decir, las organizaciones cerradas (que sólo tienen su justificación en la disciplina brutal que imponen, y que en este estado de incultura es necesaria), se van distanciando cada vez más de la verdadera realidad nacional; son organizaciones de una clase que responde á los intereses de otra (1).

Además, como son superfetaciones ó epifenómenos sociales, tienen que nutrirse á la larga con la sabia extrapolítica. Asimilan con gran espontaneidad y candor programas y falsean su realización. Ello responde á la incultura, que generalmente padece la clase gubernamental actual, que descarga todo el peso sobre unas cuantas individualidades eminentes.

El caso del solitario de Graus, de ese espíritu noble y rebelde, que está amargando sus cuitas, tal vez por exceso de quijotismo y de abnegación patriótica, lo comprueba. Los movimientos de abajo á arriba, en esta organización, se estrellan contra los intereses creados. En cambio, andan por ahí propagandistas desaforados de la política hidráulica, de la política ferroviaria y de la política agraria, sin tener en sus discursos de propaganda, ni un recuerdo cariñoso para el venerable

(1) En mi *Ética española*, libro en prensa, trato extensamente este punto, aunque no en su aspecto político.

maestro de la política española, para Joaquín Costa, que, como Cajal, su paisano, ha sido el histólogo de nuestra organización económica consuetudinaria, que estudió la embriología histórica de nuestro colectivismo y de nuestro derecho, que desentrañó las leyendas de nuestra historia y que formuló una terapéutica nacional, basada en la histología del pueblo español y en las leyes psicológicas de la herencia social. Equivocado tal vez en dar un valor sustantivo á las *formas puramente aparenciales;* vacilante unas veces y excesivamente idealista otras, al recordar los tiempos juveniles de la Revolución; algo esquivo y vidrioso de carácter, como todo autodidacto, fué sintiendo en torno suyo el vacío creado por los de su generación que, menos idealistas, segaron las mieses que él sembró sin hacerle partícipe de la cosecha. El merodeo intelectual y el desprestigio es la ley que á la larga pesa sobre todos los políticos españoles que tienen sinceridad de carácter y cultura poderosa. Los cretinos escuchan y después dan su opinión, que es una hábil mezcolanza de las ajenas, una resultante.

Los actuales problemas de la política española son problemas de cultura, y surgen en el organismo nacional con carácter álgido y patológico de incultura colectiva. El gran problema de la democracia rural, de reorganización, emancipación é intensificación de la riqueza agraria, el de la propagación de la cultura teórica y de la educación cívica en los obreros del campo; el de la coordinación de la economía agraria con la economía urbana por un mutuo sistema de interversión de acciones, facilitado por un vasto sistema de comunicaciones, etc., etc., están sin resolver. En cambio, hay que legislar sobre emigración para facilitar la salida á un exceso de población, que, de no dejar el país en que nació, suscitaría las crónicas manifestaciones del hambre, en sentido pacífico ó rebelde.

En lo que respecta á la democracia urbana, el desconocimiento del mecanismo complicado y engorroso de las grandes ciudades, asusta á nuestros gobernantes. Así surge el problema regional, que es un problema de carácter genuinamente

urbano en Barcelona y pueblos catalanes por Barcelona sugestionados; así surgen las tendencias atávicas á una constitución cantonal ó federativa, que en este pueblo rebelde, inculto é indisciplinado han de tender á la fragmentación; porque no hay que olvidar que el mayor enemigo de la reconquista estaba dentro de casa y fué la causa de que durase ocho siglos; me refiero al carácter patrimonial que tenían las monarquías cristianas de la Edad Media. El espíritu unitario impuesto por Castilla fué el resultado de un largo proceso de concentración nacional, cuyo contrapeso debiera basarse en la autonomía, la autarquia y la autoestesia local, y no en el espíritu de región, porque éste, como tal, no es un organismo natural ó político, como la familia, el Municipio y el Estado, sino más bien una modalidad natural y social, del espíritu municipal é intermunicipal en el Estado, determinado por la comunidad de vida y de trabajo de un fragmento de población en un fragmento de territorio.

El espíritu regional resurge, por no haber sabido cultivar el espíritu municipal y nacional. La verdadera unidad nacional no se logra por el mero matrimonio de dos coronas, sino por la mutua interacción y solidaridad del pueblo, y por los vínculos estrechos, que establece con el territorio. Estos atavismos históricos sólo se explican por la incultura histórica de algunos gobernantes y de algunos gobernados.

Otro problema que plantea la incultura es el de las relaciones entre el capital y el trabajo, y de la acción del Estado en estas relaciones. El Estado oficial, tal como está constituído, es en la capital de la nación y en nuestras grandes ciudades una serie de cacicatos financieros más ó menos velados, umbilicalmente unidos á la banca judía de París.

En el orden religioso, las luchas suscitadas por nuestros elementos avanzados son en realidad medios defensivos á que súbitamente apelan, por haber dejado que, al amparo de la ley y de la tolerancia, medrasen organizaciones que habían de restaurar ó pretender restaurar un régimen que costó dos

guerras civiles. No faltan predicadores, y con algo de razón, para otra tercera. Pero el mal en realidad no se remedia sino apelando á la cultura y á la organización, al fomento del espíritu corporativo en la masa, único medio de deshacer esas aparentes organizaciones que son otros tantos cultivos que la *microbiología* política inventa para falsear la ley que está votando.

Roma y París son los dos grandes tutores del espíritu y del cuerpo español. La ración de vida espiritual y de vida temporal, á su antojo la comemos. Hasta que por medio de la cultura logremos la soberanía de la conciencia y la soberanía de la tierra, no habremos conquistado de veras la libertad que tanto predicamos. ¡Tierra y espíritu! ¡Libertad, ambiente de democracia!

Para terminar, sólo diremos que la legiferación excesiva, la indisciplina personal y el teorismo y chismorreo políticos son los grandes males que contribuyen á que la masa popular viva en la indiferencia, y á que unos cuantos audaces, prevalidos de ella, perseveren osadamente en la conquista del poder y lo transmitan después por testamento, por escritura de venta, ó por permuta.

La verdadera democracia social que ha de constituir la cultura, sólo se logrará procurando interesar primordialmente á las clases trabajadoras y á la clase media en la vida política, para que la aristocracia surja por selección de ellas, y no superfete sobre ellas.

Hay que volver á predicarle al pueblo sus derechos, ahora que está en peligro de perderlos; pero pragmáticamente, con la voluntad y con el corazón, no con la retórica. Lo que no ha logrado un parlamentarismo híbrido, que es hoy un factor de la plutocracia, del eclesiasticismo, del militarismo y del funcionarismo, ha de lograrlo una activa y perseverante *propaganda social*, que eduque para la vida cívica al que aún la desconoce, convenciéndole para que por ella se interese, y demostrándole que la única manera de llegar á ser verdadera-

mente libre y ciudadano es basándose en la cultura, porque ésta capacita al hombre para ser verdaderamente *hombre* para sí y *humano* para los demás. La cultura, desenvolviendo las energías virtuales del hombre, capitaliza socialmente su valor, y cambiando las perspectivas fundamentales de la vida, desentraña afanosamente su contenido y busca su significado, que es *la mayor prosperidad y riqueza posibles alcanzadas por un ideal de amor y de justicia.*

ELOY LUIS ANDRÉ

SEVILLA EN LA PRIMAVERA

—¡Demos gracias á Dios!—exclamó el gran almirante Cristóbal Colón, así que llegaba á las Nuevas Indias en el 8 de Octubre de 1492;—el aire es muy suave, como en Sevilla por Abril, y es un deleite estar aquí!» Ciertamente que no puede hallarse sitio en el mundo que cause más placer que hallarse en Sevilla por Abril, como todos los españoles saben. «¿Qué harías tú si llegaras á encontrarte con un gran capital?—le preguntaron á un español.—Daría la mitad á los pobres, y con la otra mitad me compraría una casa en Sevilla para pasar en ella la primavera. Tal fué la réplica de este legítimo español. Sevilla, por el verano, es demasiado calurosa; la estrecha y *serpenteante* calle de las Sierpes, principal arteria de la ciudad, destinada únicamente para el tránsito, se convierte en un verdadero horno, aunque protegida por toldos, y no se siente una chispa de aire no siendo en la gran Plaza Nueva. En el invierno es agradable por lo general, pero aun allí hace frío también, contra el cual no tiene el español otro reparo que la amplia capa en que se envuelve y tapa hasta la boca. Pero empezando Abril, viene la primavera con las brisas templadas de un verano septentrional. Las acacias y otros árboles de hoja caediza se revisten súbitamente de verdor; los naranjos de la ciudad se cubren de flores y difunden su dulce aroma por todas partes; y por todas también, por las calles, hasta en el cabello y en el seno de las mujeres, aparecen las rosas y los claveles,

flores favoritas de España, tan tierna y cariñosamente apreciadas, que parece fueran las únicas que allí se conocen.

Si Barcelona puede reputarse como el cerebro y brazo de España, Sevilla podría llamársela su corazón. Todo español se gloría de Sevilla y se entusiasma de ir allí; toda española gusta de que la confundan con una sevillana. Afirmar la superioridad de Barcelona como centro de la vida moderna española, no quiere decir, ni mucho menos, que Sevilla sea ciudad muerta. Sevilla tiene aún vida comercial, y en sus muelles, poblados de árboles, descargan los navíos sus vinos, sus aceites y naranjas. Merced al descubrimiento del Nuevo Mundo, llegó á ser una de las ciudades más importantes de Europa, y aunque algún tiempo se vió eclipsada por Cádiz, ha recobrado de nuevo su antiguo poderío. Pudo con toda razón haber sido la capital de España, si motivos políticos no hubieran escogido para este fin el centro de la Península cuando Aragón y Castilla se unieron. Gracias á esto, la naturaleza y fisonomía propia de Sevilla no se ha sofocado por los elementos artificiales y cosmopolitas que trae la vida de una capital. Sevilla es, por varios conceptos, ciudad privilegiada: siendo ciudad del interior, resulta en la práctica un puerto, merced á su río, ancho y fácilmente navegable. Esto la ha salvado igualmente de ese excesivo espíritu conservador á que están expuestas las ciudades que carecen de grandes vías de comunicación, y de esa excesiva variedad insípida é incolora que tiende á imprimirse en las ciudades de puertos muy activos. El mismo calor extremado que Sevilla padece en el verano ha contribuído á conservar su carácter de ciudad meridional, al paso que ha evitado la permanencia de multitudes extranjeras, que tienden á desfigurar los aspectos más graciosos de la ciudad.

Los sevillanos vienen á ser los parisienses de España. Poseen cierta jovialidad serena, alegría, como ellos dicen, que resulta del sentido de la templanza y de la armonía. Tienen ese ingenio que revela inteligencia despierta; se bastan á sí mismos y son un pueblo de artistas. Por muchas de estas razones se dife-

rencian en temperamento del resto de sus compatriotas. Los españoles, por lo general, son gente grave y taciturna, que propende á lo extremado; no nada artistas, provistos, sí, de hermosas cualidades morales, pero, si bien honradísimos, no siempre están dotados de inteligencia pronta. Los sevillanos, y aún más las sevillanas, poseen esa cualidad que los españoles, de acuerdo en esto con los antiguos romanos, llaman «sal», cualidad sabrosa y antiséptica del brillante entendimiento que en cuanto hacen y viven se descubre siempre. Nada ejecutan de un solo modo como la demás gente, y en esto se hallan distanciados, quizá sin ocultárseles, de los demás. La muchacha de clase popular más inferior de Sevilla tiene conocimiento claro y altivo de esta superioridad, y en toda ocasión ostenta una dignidad graciosa, que en vano buscaríamos en otras partes, aunque fuera en las ciudades más próximas (1).

Si fuéramos á Córdoba, nos parecería estar entre una gente que se ha retirado de la agitación de la vida y se ha recluído altivamente dentro de sus patios palatinos y vistosamente variados. Si á Granada, nos encontramos con un centro activo de pequeños negociantes. La distinción de Sevilla es á la vez aristocrática y democrática. Percibimos en ella la presencia de una civilización antigua que ha ido madurando durante el curso de varias generaciones y se ha introducido en todo el pueblo. Todo en Sevilla ostenta el sello de una raza finamente templada, y es éste sello noble, elegante y armonioso siempre. Esto aparece manifiesto hasta en el mismo tono variado de las casas, que son por dentro suntuosas, por fuera sencillí-

(1) Esta manera de ser de Sevilla ha sido la que ha comunicado su carácter á los bailes españoles más bellos. Muchos de estos bailes, que eran originalmente españoles, volvieron de América, adonde habían sido importados con renovado vigor. Pero antes de aceptarse tienen que haber pasado por Sevilla, que es, como Estévanez Calderón ha dicho en sus *Escenas Andaluzas*, el taller en que se fundan, modifican y recomponen, purificados de todo sedimento de exageración, impudor y vulgaridad que trajeron de allende el mar.

simas, propias para recibir la pintura que más conforme con el gusto del dueño. En Granada, donde prevalece la misma costumbre, se usan colores agrios, con especialidad un moreno desagradable; pero en Sevilla, cierto sentimiento instintivo por la armonía parece presidir siempre á la elección de los colores. España es un país donde se ha empleado siempre mucho el hierro trabajado. Las rejas de hierro de las ventanas, las puertas de los patios y jardines, las grandes verjas que defienden las capillas de las iglesias, han ofrecido en toda ocasión motivo paro el desarrollo en la destreza de este trabajo; pero en ninguna parte de España se ha trabajado el hierro con más fortuna y atrevimiento á la vez que en Sevilla. Audacia y fortuna... Cualidades que en grado soberano son patrimonio de la gente sevillana, y con especialidad de las mujeres. Los hijos de Sevilla ó los que en Sevilla han arraigado, por distintos que sean entre sí, parecen asociarse armoniosamente en este ambiente andaluz. A un lado, la casa donde vivió Santa Teresa; al otro, el sitio donde la leyenda ha colocado la estatua del Comendador. Sevilla nos recuerda á San Isidoro, su patrono, el primer santo, filósofo y sabio de su tiempo; á Velázquez, el artista supremo; á Murillo, el sevillano más castizo; éstos todos por un concepto; por otro muy distinto, al pícaro *Guzmán de Alfarache,* creación de Mateo Alemán; al *Fígaro,* de Beaumarchais y de Mozart; á la *Carmen,* de Mérimée y de Bizet, y, sobre todo, al tipo inmortal de *Don Juan Tenorio,* que produjo el numen de Tirso de Molina (1). El artista ha encontrado siem-

(1) La leyenda de Don Juan, que comparte con la de Fausto su importancia, y que ha recorrido todas las literaturas europeas, está fundada en *El Burlador de Sevilla*, comedia del gran autor dramático Tirso de Molina (pseudónimo del sacerdote Fr. Gabriel Téllez), escrita en 1630. No hay razón que haga suponer se funde esta comedia en ningún hecho real. La familia Tenorio es de las más antiguas de Andalucía, pero no figura en ella ningún Don Juan Tenorio, que corresponda al de la fábula. Ha ido tomando cuerpo la leyenda de que el héroe real fué un tal Don Miguel de Mañara, sevillano, cuyas hazañas se parecen débilmente á las de Don Juan. Mauricio Barrés es de los que aceptan solemnemente esta leyenda en su

pre en Sevilla tipos humanos excelentes de fibra y temple, cuyo parecido es difícil de encontrar en el resto de Europa. Santos y pecadores, gozosos ó severos, siempre tienen los personajes sevillanos noble y heroica distinción; los santos son joviales, y los pecadores, graves; unos y otros han bebido de la copa de la vida hasta las heces, y se realiza en ellos el dicho de que «los extremos se tocan», por lo que al mundo espiritual se refiere. En esto se muestran verdaderos españoles, pero conservan al mismo tiempo cierta medida conveniente, no exenta de distinción, en su manera de apreciar la vida, en lo que son verdaderos sevillanos.

Los sevillanos han elegido la primavera muy sabiamente para concentrar en ella sus fiestas principales. El Carnaval tiene allí relativamente poca importancia; se le festeja con más animación y ganas en otras poblaciones andaluzas principales, como Málaga y Cádiz. En Sevilla las fiestas principales se celebran en el tiempo en que la Iglesia despliega su pompa más espléndida al acabar la Cuaresma y la Semana Santa; las corridas de toros primeras y principales del año tienen lugar en esta temporada, y la feria, gran fiesta de sus alrededores, única en España, y en la que todos los sevillanos, sin distinción

---

Visite à Don Juan. Pero Don Miguel de Mañara no tenía más que cuatro años cuando Tirso escribió su comedia. La excelencia de la obra ha conducido á la creencia de que está fundada en hechos reales. «El carácter impulsivo y altanero de la raza, advierte Reynier, se ha reconocido tan blén en la ficción, que se ha convertido ésta en realidad.» Quizá, como Reynier sugiere, el austero fraile y maestro en Teología de la Universidad de Alcalá trató, al escribir esta comedia, de emitir su opinión personal sobre la doctrina corriente de la inagotable misericordia de Dios; la idea favorita del español, de que no hay pecado que no pueda ser perdonado; el antiguo teólogo se propuso demostrar en su drama que los hombres van al infierno por el camino de la esperanza insensata tan bien como por el camino de la desesperación. Se han hecho muchos estudios sobre la leyenda de Don Juan. Véase, entre otros: Farinelli, *Cuatro palabras sobre Don Juan*, «Homenaje á Menéndez Pelayo, v. 1, I, pág. 205; G. Reynier, «*Les origines de la legende de Don Juan*», *Revue de Paris*, y el completísimo de G. Bévotte, *La legende de Don Juan*, 1907.

de clases, toman parte activa, se verifica hacia la mitad de Abril.

Las procesiones religiosas edifican más eficazmente al espectador que las mismas ceremonias religiosas pueden entronizar los sentimientos genuinamente religiosos del pueblo. El fervor y realidad de las emociones que producen es incuestionable. El clero no tiene parte en esas procesiones; es la devoción espontánea y activa de la gente misma la que lo mantiene y encamina por las sendas de la tradición inolvidable.

El movimiento progresivo anticlerical, representado en literatura por Galdós y expresado hace algunos en su obra dramática *Electra*, parece hallarse muy lejos de aquí cuando salen en procesión estas grandiosas Vírgenes, graciosas y lindas, por entre una multitud que la presencia, con la cabeza descubierta, en las fiestas de Sevilla. Haré notar que en esta población no hay activa propaganda antirreligiosa ni progresista, aunque sí un caudal considerable de escepticismo manso. En Granada y en algunas otras ciudades se van suprimiendo las procesiones por las calles, con cualquier pretexto, para evitar disturbios. Puede muy bien suceder que de año en año se va rebajando algo de la imponente grandeza de estos espectáculos, y que, al igual de lo que con las vestimentas pintorescas populares ocurre, vayan desapareciendo poco á poco de las calles. La indiferencia creciente y la hostilidad de determinados elementos de la población parece apresurar el curso de los acontecimientos. Pero no es posible imaginarse que el sentimiento religioso del pueblo español se extinga. Está muy hondamente metido en las entrañas de la raza. Si el catolicismo no existiera, puede creerse que los españoles lo inventarían. El misticismo, y aun la vida monástica, son parte de su propio temperamento, ardoroso y sensual á la vez, ascético é indomable. Búrlese cuanto quiera el socarrón de Sancho Panza, tan español en su temperamento, siempre Don Quijote proseguirá según las inspiraciones de su fantasía. El entusiasmo

excitado por la *Electra*, no es capaz de hacernos olvidar que Santo Domingo ni Santa Teresa y el mismo San Ignacio de Loyola, cuyos hijos tales hostilidades suscitan en el país, fueron españoles y muy castizos. Recordemos que fué en España donde primeramente se estableció el celibato del clero secular, un siglo antes que se adoptara en los demás países, y que el Noroeste de España rivalizó en los primeros siglos del cristianismo con la misma Palestina por el número de sus santos y santuarios. Y aun hay que comprender necesariamente que España sigue produciendo todos los ejemplares genuina y naturalmente monásticos de personas despiertas, corteses, con instintos congénitos para la etiqueta y la intriga, por una parte, y por otra, personas de ingenio boto, que son, por lo común, la madera de que se hacen los santos. Recuerdo haberme encontrado en el tren, ya llegando á Córdoba, con uno de estos frailes de hábitos obscuros, hombre corpulento, con barba enmarañada y negra, ojos negros cargados de sueño, sus manos entrelazadas y sus grandes pies descalzos metidos en las sandalias, de voz muy bajita. Cuando empezó á hablar pude ver que no era torpe, y con ser tan robusto, no denotaba tener apetitos muy vivos ni pasiones sensuales; nunca he encontrado hombre que mejor pudiera comparar con un árbol vigoroso, lleno de potente savia, vegetativo como los robles.

El sábado que precede al domingo de Pascua puede en rigor decirse que terminan las ceremonias del tiempo cuaresmal, no sin cierto alivio de parte del forastero. A las diez de la mañana el velo del templo se rasga en dos partes, ó lo que es lo mismo, la gran cortina de púrpura que ha estado pendiente delante del altar mayor, casi desde la altura de la bóveda, se descorre súbitamente; esta es la señal para que empiecen á repicar las campanas de toda la ciudad con grande algazara, gritos de la gente, disparos de escopetas y bullicio del tráfico comercial, que suspendido durante la Semana Santa, se vuelve á emprender ahora. En la mañana del domingo, las mujeres, que hasta aquel día han ido vestidas de ropas negras lo mismo que

la mantilla, aparecen con mantillas blancas y vestidos en que predomina este color. Por la tarde, gran parte de la población, incluyendo algunos de los elementos sevillanos más característicos (agregando á ellos una gran porción de viajeros ingleses y norte-americanos, porque aquí es donde su presencia estorba menos), se encuentran en el camino de la Plaza de Toros, adonde van á tomar nota de la primera corrida del año.

A cualquiera parecería mucho camino el que hay de la Catedral á la Plaza de Toros. ¿Quién se acuerda de esto en Sevilla? La Giralda, ó sea la torre de la Catedral, es el único objeto saliente que se ve descollando sobre los muros de la Plaza y hundiéndose en el cielo sin nubes, desde que nos sentamos en el circo, y no es por cierto elemento incompatible. Cuando entran los toreros—graves, ligeros, buenos mozos, con sus trajes vistosos y variados—y hacen el paseo, con gracia hierática y dignidad, para enviar su saludo al Presidente, que se sienta en su palco, nos parece hallarnos en presencia del mismo espíritu que—con alguna variación de forma—animaba las fiestas de la semana anterior. Se reconoce claramente esa armonía fundamental de cosas, aparentemente contradictorias, que constituyen parte del carácter español en general, pero alcanzando seguramente en la atmósfera de Sevilla su encarnación más bella y profunda. Ceremonias magníficas, ritos trabajadísimos y aceptados con toda solemnidad, es lo que vemos aquí, lo mismo que cuando nos hallábamos en presencia del arzobispo bendiciendo los santos óleos ó lavando los pies á los trece ancianos. Todo el proceso por el cual se llega á la muerte del toro, no es otra cosa que un ritual muy elaborado, cuyos pormenores no está el extranjero en disposición de apreciar (1). En el templo, las ceremonias de los oficios divinos cobran solemnidad por su asociación con los conceptos

(1) En un artículo titulado «Toros de muerte», publicado en *Mercure de France*, Junio 1907, se han corregido algunos errores vulgares sobre este asunto.

más elevados de la fe cristiana; en la Plaza se cobra por la idea de la posible inminencia de la muerte. En ambos casos, ceremonias y escenas de punzadoras emociones proporcionan el más hondo motivo de seducción. La corrida de toros es española, y fascina á los españoles, casi más que nada, por ser ritual y diversión á la vez.

Como espectáculo, muchos horrores se han dicho de ella, y no sin causa. En España mismo, sólo á una parte de la gente le interesan las corridas de toros; muchos españoles de toda clase ni van á ellas ni les gustan; religión y progreso se oponen por igual. Aunque es la diversión nacional, como en Inglaterra las carreras de caballos y las apuestas, en ninguno de los dos casos deben identificarse estos espectáculos con sus respectivas naciones. Descontando los elementos repugnantes—que por igual se pueden reprender en españoles y extranjeros,—la corrida de toros es una ostentación interesante de destreza, y si la lucha con el toro es rápida y la muerte del animal pronta y segura, bien puede decirse que si alguna diversión puede defenderse en el mundo, no es esta menos digna de tal defensa que la caza de zorras ó de faisanes, por ejemplo (1). El elemento de peligro, también el hecho de que el matador pueda á su vez ser matado, añade cierta parte de dignidad de que carecen otras diversiones de cacerías de Europa. Al mismo tiempo, la corrida de toros, reminiscencia de las aficiones y costumbres de la época romana (aunque no sea actualmente legado directo de Roma) (2), resulta un anacronismo en las condiciones de la civilización moderna. La vitalidad continuada del

(1) Véase el artículo de un *sportman* inglés, Basil Tozer, que, con el título de «Abuse of sport», se publicó en la *Fortnightly Review*, en Octubre de 1906.

(2) Las corridas de toros se establecieron en el siglo XI ó XII, y acusan influencia morisca. «Los toros habrán podido venir de África—observa Ulick Barke—y los picadores de Damasco; pero la solemnidad bravía, el imponente entusiasmo, las formas todas y sentimientos del espectáculo moderno, son herencia de la Roma imperial.

espectáculo, aunque arraigado en el temperamento español por muchos respectos, atestigua los defectos que empañan las hermosas cualidades del carácter español, como son: cierta dureza de fibra, cierta crueldad, si puede llamarse con propiedad de esta manera á esa indiferencia con que se miran los sufrimientos inevitables en los demás y en uno mismo (1).

Hacia mediados de Abril alcanzan las fiestas de primavera en Sevilla su apogeo con la feria. De Madrid y de otras partes de España llegan allí á millares para disfrutar ó presenciar este jaleo, al que contribuyen todos, y los que llegan los últimos tienen que dormir donde puedan, en las mesas de los comedores ó en los pasillos, pues todas las habitaciones están alquiladas. La feria dura tres días, pero muchas semanas antes se ha empezado á preparar en el Prado de San Sebastián una gran extensión de terreno despejado, en las afueras de la ciudad y próxima á los jardines más hermosos y á los paseos públicos, que con razón lleva el nombre de un mártir, porque en este prado estuvo en otro tiempo el Quemadero, donde la Inquisición quemaba los herejes. Aquí se edifican multitud de construcciones de madera ó casetas, que constan de un solo piso, y provistas, por lo común, de sillas, flores y un piano, y dotadas de una vista despejada. Allí la gente de Sevilla dirige sus carruajes, acomodándose cada familia en su caseta. Al oscurecer, ya empieza á oirse en todas direcciones música de guitarra acompañada de castañuelas, y chicos y chicas se ponen á bailar la graciosa seguidilla sevillana, que presencian desde el paseo multitud de curiosos (2). Este es el centro de la

(1) Estos aspectos de las corridas de toros fueron severamente discutidos por Valera en uno de los últimos volúmenes de sus ensayos. Alabando la corrida y afirmando la conveniencia de poseer tipos de tan armoniosa proporción como la de los toreros, concluye Valera diciendo que el espectáculo de destripar caballos es repugnante en extremo, y que prefiere la corrida portuguesa, en donde falta esto, como en breve desaparecerá de España, pues no es necesariamente esencial en la lidia.

(2) He leído una relación de estas escenas, descritas por una señora

feria, y aquí donde se arremolina la gente, quedando los demás paseos que de él irradian en todas direcciones, adornados de farolillos chinescos, de un color especial para cada senda, y aromatizadas con la fragancia del azahar, completamente abandonados, tan deleitosos, sin embargo, como un cuadro de los *Cuentos árabes*.

Hacia la media noche empiezan á apagarse los faroles, y van los sevillanos retirándose tranquilamente para sus casas. Entonces se apresura uno á hacer lo mismo, en la callada paz de la noche, bajo aquel incomparable cielo meridional, para evitar se menoscabe la perfecta sensación de esta escena de graciosa y moderada alegría, cualidad que da al sevillano, sin que él lo ignore absolutamente, esa su exquisita distinción. Pero si recordamos las impresiones recibidas en la Semana Santa y en todo el tiempo que duran las fiestas de primavera, llega á creerse que no ha habido entre ellas solución de continuidad. La feria, lo mismo que decía de la corrida de toros, no es una orgía en que los sevillanos traten de desquitarse de las penitencias de la Cuaresma. «Hay algo de tradicional y sagrado en estas fiestas sevillanas»;—hace notar un español—*algo sagrado...*» Ni aun estos esparcimientos domésticos en la primavera nos apartan del dominio de las ceremonias; aquí mismo nos hallamos en presencia de un ritual solemne, aunque más cómodo; un *disanto* (1) es aquí con toda verdad un *día*

---

que las calificaba de rutina cargante é insípida. No hay ciertamente nada de esto, aunque tampoco se vea allí bullidora algazara. La misma escritora exclama con aflicción: ¡Que no se veía en la feria una sola gorra blanca de mujer, ni zuecos! Sería curioso encapricharse por ver á una andaluza que, dejando la incomparable mantilla blanca, la sustituyera con una gorra sin expresión ni gracia, y encajase sus lindos pies en gruesos estuches de madera.

(1) Se ha hecho preciso resucitar esta antigua palabra de nuestros clásicos para poder interpretar el juego de palabras que tiene lugar en inglés en la frase que aquí se traduce. *Disanto* es con especialidad el domingo.—*(N. del T.)*

santo. Muy lejos nos hallamos aquí de esos países del Norte, llámense Inglaterra ó Rusia, en que los excesos de la aplicación laboriosa son seguidos de excesiva relajación. En los domingos y en las grandes ocasiones en que hay que acreditar moralidad, las gentes del Norte exhibimos una virtud rígida y grave; como los héroes de Walter Scott, nos zambullimos plenamente en ella; pero luego, satisfechos de haber realizado tan penosos trabajos, nos sobreviene el desmayo á todos juntos. Aquí, la gente ni se lanza á la mayor altura moral de un salto, ni se entrega luego al desmayo. Durante la Semana Santa puede observarse cómo dignatarios, vestidos de etiqueta, que van invitados á dar realce á las ceremonias, se están hablando y riendo á vista del arzobispo; yo he visto en una ocasión una muchacha, de rodillas, que me imaginé abismada en la oración, levantarse suavemente y examinar minuciosamente una de las puntillas de los paños del altar; siempre fué cosa muy española esta familiaridad con las cosas santas (1). No hay en la feria posibilidad de sorprender el menor signo de borrachera ó la más leve propensión á armar quimeras ó hacer cosas indecentes; no habrá en el temperamento sevillano esa tensión diligente á que se somete la conducta de las personas en otros países, pero tampoco hay en él instintos ó costumbres de grosería y bajeza. Inútil sería discutir cuál de estas dos maneras de entender la vida es más digna de admiración, Al fin considerémonos dichosos de que, hagan ó deshagan los hombres cuanto quieran, «algo tradicional y sagrado» se conserva todavía en Sevilla.

HAVELOCK ELLIS

(1) Describiendo Emilia Pardo Bazán, en *La Tribuna*, cómo las cigarreras de la fábrica de Coruña colocaban sus mantos, sombrillas y comida en el altar, añade: «Pero esta especie de familiaridad no significa falta de respeto al altar, ante el cual no pasa ninguna que no se santigüe y arrodille.»

EL CRISTIANISMO ESPAÑOL

SEGÚN ANGEL GANIVET

Idealismo y fuerza.
(Los trabajos, I, 210.)

«Sin contar las herejías que desvirtuaban la mital del dogma, y que á larga produjeran las grandes divisiones de la Iglesia, en los países mismos que conservaban fielmente los puntos fundamentales de la religión, hubo divergencias, nacidas de la variedad de los temperamentos, y que se acentuaron por grados, á medida que los cambios históricos producían en su evolución nuevos rasgos, que caracterizaban y diferenciaban los países; y *España fué la nación que creó el cristianismo más personal, más original,* en aquello en que la originalidad es compatible con los límites del cristianismo (1).»

Analizar los elementos de esta originalidad; demostrar que España ha podido adquirir el nombre de nación católica por excelencia, conservando, no obstante, su temperamento nacional, uno de los más vigorosos, de los más particulares que haya, es, á lo que creemos, servir á la causa de la unión de las Iglesias. Es, en efecto, probar que esta unión, tan deseable desde el punto de vista puramente religioso, no pide ningún sacrificio real á la dignidad nacional. El interés del catolicismo, el interés en el sentido más noble, estriba, una vez á

(1) Angel Ganivet, *Idearium Español*, pág. 13.

salvo la unidad requerida con Cristo, en revelar toda su diversidad, en engalanarse, por decirlo así, con todas sus riquezas.

Ahora bien; las Iglesias cuya reunión debe estar más próxima, la Iglesia de Inglaterra, á la que José de Maistra, desde fines del siglo XVIII, prometía la gloriosa iniciativa, y la Iglesia rusa, están íntimamente asociadas á caracteres nacionales de originalidad profunda, sabrosa, concentrada por la potencia del suelo y por la tradición de un pasado de pruebas valientemente atravesadas, por largas y fieles esperanzas, á caracteres tales, en fin, que sin duda alguna, solamente el de España puede comparársele; luego, si es esencial, para la unión y para la paz religiosa, el apreciar en su justo valor las fuerzas nacionales, que tanto han hecho para separar y mantener fuera de la unidad católica países como Inglaterra y Rusia, este primer estudio debe necesariamente completarse por el de las fuerzas nacionales, no menos caracterizadas, que se han desarrollado *en* el catolicismo, y que han podido asociarse íntimamente con él para estar en condiciones, tanto de recibir como de comunicarle algunas de sus cualidades originales.

Sería un error el ver aquí una prueba de que no hay un catolicismo verdadero, universal, y de que los hombres están condenados al particularismo religioso; basta, para desvanecer esta ilusión, con recordar lo que han sido, *en* el catolicismo, la originalidad francesa, la originalidad italiana, la originalidad española.

Lo que hace más interesante la comparación de la última con la de Inglaterra ó con la de Rusia, es que, gracias á un aislamiento relativo, ha permanecido especialmente extraña y concentrada. En la organización de la jerarquía eclesiástica, antiguas tradiciones históricas han propagado en todo el organismo del catolicismo ciertos rasgos del espíritu italiano; tradiciones históricas también, una situación geográfica propicia para el cambio de ideas, como para otros cambios, esa

«magistratura europea», débida al prestigio de la lengua y al de la gloria, han disminuído tal vez, en apariencia, la originalidad del espíritu francés, haciendo, no obstante, más eficaz su acción. España, por el contrario, aun en sus tiempos de más esplendente gloria, ha sido mal comprendida por el extranjero; (1) las grandes corrientes internacionales llegában á chocar y romperse en su península compacta, dividida en compartimentos separados, y en sus tradiciones reforzadas por necesidades que permanecían invariables durante siglos. Luego, si el conocimiento del carácter nacional de España es capital para permitirnos apreciar la dosis de particularismo que puede asociarse al catolicismo más puro (pero que, por lo mismo, no podría imponerse con el catolicismo á otras naciones completamente diferentes), este conocimiento es al mismo tiempo muy difícil de adquirir, y, mas aún, de expresar. Unicamente á un español, y no á un extranjero, por erudito que sea, incumbe el sentir profundamente, sentir con exactitud lo que es el alma española; pero requiérense también circunstancias particulares para que un español sea capaz de expresar, de definir lo que es esa alma en relación con la de los otros países; y, hasta más sencillamente, para que se le ocurra intentar la definición de lo más natural y más espontáneo que en él haya. Estas circunstancias se han dado en la vida de Angel Ganivet, el autor de quien hemos tomado las primeras líneas de este artículo. «España está aún por descubrir, y solamente podrán descubrirla los españoles que hayan conocido Europa» (2).

Angel Ganivet nació en Granada en 1865; su padre era de origen catalán (3); «tenía esa calma propicia para la reflexión

(1) V., por lo que respecta á Francia, el estudio de M. Moral Fatio, *Comment la France a connu et compris l'Espagne de puis le moyen âge jusqu'a nos jours*, en sus *Etudes sur l'Espagne*, 2 vol. in. 8.°, 1890; 3 vol, hoy.

(2) M. de Unamuno, La España Moderna; Junio 1895, pág. 41.

(3) Navarro y Ledesma, pág. 16:

«Sus ascendientes eran de la vigorosísima raza catalana pirenaica.»

y la meditación, que es la mejor cualidad de los hombres de los Pirineos... A la misma raza debía lo más íntimamente natural que en él había, la familiaridad y la sencillez del niño con una fogosidad contenida, que se manifestaba raramente, pero cuyas explosiones parecían extravagantes á los hipócritas, y á los que son novicios en el arte de respirar el aire libre». (1) Por los ascendientes de su madre, pertenecía á la vez á Andalucía y á la nobleza de pura raza catellana; había en él «lo mejor del espíritu castellano, la fiebre de alma de los místicos, y el ardiente heroismo de los conquistadores» (2). De Granada, tenía la urbanidad exquisita y la elegancia de su habla—un legado de los árabes españoles,—como también el amor entusiasta de las aguas frescas.

Su infancia transcurrió en un pueblecillo de los alrededores de Granada, libre de los convencionalismos que desde la edad temprana deforman al hombre (3), larga y ferviente comunión con la tierra y con el pueblo de España. El obrero y el campesino «son los archivos, el depósito de los sentimientos inexplicables y fundamentales de un país» (4). Tan fuertemente grabada quedó en Ganivet la naturaleza física y moral de su país, que su espíritu permaneció rebelde á los reglamentos, á los convencionalismos que violentaban á esa naturaleza; cursó en vano los estudios de Derecho. «He estudiado leyes, dice, y no he podido ser abogado, porque nunca he llegado á ver la máquina judicial por su lado noble y serio; y éste es el caso de muchos en España, de todos los que, como yo, estudian sin alejarse por completo del trabajo manual, sin perder el contacto con el obrero y con el campesino. Mientras que un español permanezca ligado á las clases proletarias, que son los archivos y el depósito de los sentimientos inexplicables y fun-

(1) Navarro y Ledesma, pág. 19.
(2) Idem, págs. 19-30.
(3) Idem: Conferencia de Azorín, pág. 50, y *Los trabajos*, I, 23.
(4) *Idearium Español*, pág. 66.

damentales de un país, no puede ser hombre de ley con la gravedad y el aplauso que reclama la naturaleza del asunto» (1).

Ganivet hizo oposiciones á una cátedra de griego; pero no obstante su facilidad para el estudio de las lenguas (2), no logró la cátedra; es que tampoco aquí se doblegaban á los métodos de la «ciencia», su carácter, su fantasía completamente españolas; un filólogo alemán hasta le hubiese considerado como un mediano talento. Tomó alegremente su fracaso, sin duda también con ese fatalismo que tenía de lejanos antepasados árabes; y otros exámenes le calificaron para las funciones de cónsul, que desempeñó sucesivamente en Amberes, en Helsingfors y en Riga. El destino quiso que esta vez pudiese desplegar todo su talento; las prolongadas estancias en el extranjero decidieron del carácter de su obra; el penetrante observador que era Ganivet, debía, por una reacción muy natural, al contacto de los hombros del Norte, explicarse su alma española. Desde Bélgica empezó á enviar á un periódico, *El Defensor de Granada*, correspondencias, en que traducía sus impresiones de Europa.

En suma: una raza que resume en sí las más nobles tradiciones de las Españas—una infancia emancipada de los convencionalismos, de las modas y del cosmopolitismo;—después, una situación maravillosamente propicia para poner de relieve el puro y profundo carácter nacional así formado; he aquí lo que hace de Angel Ganivet el intérprete religioso y fiel de los sentimientos íntimos de su país; el gran árbol, desarraigado, conservó toda su savia, y bajo el cielo más pálido del Norte, tuvo una floración magnífica; restituíase así él mismo á su patria, y, sobre todo, esparcía generòsamente su aroma, nuevo y saludable, en torno suyo.

---

(1) *Idearium*, págs. 65-66. *Los trabajos*, I, pág. 46. Sobre la idea de la justicia en España. V. también *Los trabajos*, págs. 155 y 300.

(2) «Aprendió con prodigiosa facilidad el griego, el latín, el sánscrito, el árabe, el francés, el inglés, el italiano, el alemán, el sueco y el ruso.» Navarro y Ledesma, pág. 20.

Vamos á buscar, en ese español tan caracterizado, lo que mejor puede hacernos comprender el cristianismo español, al que de esta suerte seremos más capaces de hacer justicia, y, lo que es mejor todavía, de tomar todo lo que puede vivificar y como tonificar nuestro propio sentimiento religioso.

Ganivet ha dejado un librito, el *Idearium Español*, que es una pura obra maestra; la obra está fechada en Helsingfors, Octubre de 1896; publicóse una segunda edición en 1905 (1); no es fácil traducir examente al francés ese título de *Idearium Español*; podría decirse *l'Ame de l'Espagne*; más de un año antes del libro de Ganivet, en los números de Marzo, Abril, Mayo y Junio de 1895 de la Revista La España Moderna, Miguel de Unamuno estudiaba también el alma de España en unos artículos titulados *En torno al casticismo;* el autor de estos palpitantes artículos se esforzaba, por la lengua y la literatura en particular, en distinguir los verdaderos y profundos caracteres de raza de España, y los que, nacidos de circunstancias transitorias, deben desaparecer ó ser corregidos. Se encontrarán en estos artículos muchas observaciones, muchas ideas, que Ganivet aprovechó; por lo demás, en 1891, Ganivet y Unamuno tuvieron ocasión de pasar juntos numerosas veladas y de cambiar sus ideas, si se puede hablar de cambio, porque Ganivet era á la sazón «muy silencioso» (2). Más adelante, cuando el último estaba en Helsingfors, ambos, por cartas ó por artículos en *El Defensor de Granada,* sostuvieron una amistosa polémica sobre el alma española. Ambos, en efecto, consideraron á menudo las mismas cosas con espíritu muy diferente; el uno investiga al otro, y sus afirmaciones, cuando están plenamente de acuerdo, adquieren una fuerza singular.

(1) Madrid, librería general de Victoriano Suárez, Preciados, 48.

(2) Debemos agradecer aquí á M guel de Unamuno los preciosos y característicos datos que se ha servido darnos sobre su amigo. Además de estos datos particulares y de los artículos *En torno al casticismo*, Unamuno ha escrito sobre su país muchas páginas verdaderas. Tendremos ocasión de hacer que las aprovechen los lectores de esta Revista.

Sería muy útil que se tradujese al francés el *Idearium Español* (1) y el estudio de Unamuno.

Además del *Idearium*, de Ganivet, hemos utilizado la novela *autobiográfica*, que tituló: *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* (2 vol., Madrid 1898), y en la que su mismo mejor amigo, Navarro y Ledesma, declara no poder desentrañar completamente la verdad y la ficción.

En efecto; no solamente en las observaciones y en las miras históricas de Ganivet, sino desde luego en su propio temperamento y en su vida misma es en donde debemos buscar lo que es, con relación al cristianismo, el carácter español.

II

Hemos visto que Ganivet creció en un pueblecillo; sin duda su familia tuvo reveses de fortuna (2), y su infancia no careció de sinsabores; de aquí tal vez la discreta tristeza (3) que acompaña á sus pensamientos como una sordina, pero que nunca abate á su valor. Ganó con ello, por lo demás, el saber encontrar el lado bueno de las cosas (4), y aprendió á simpatizar largamente con la naturaleza consoladora y con las pobres gentes, en las que casi toda la vida es «penar» valientemente. El amor á la tierra y el amor al pueblo: he aquí el principio de su grandeza moral y de su originalidad.

Por boca de Pío Cid proclamó la alegría de estar en comunión con la tierra.» Sóis, dice Pío Cid á unos campesinos, sois en la nación los más felices, los más humanos y los más grandes. No hay edad más dichosa que aquella en que el niño, aun

(1) Boris de Taneremberg ha traducido importantes fragmentos del *Idearium* en la *Renaissance Latine* (Enero de 1905), con el título *L'Individualisme espagnol*.

(2) *Los trabajos*, I, 9.

(3) Idem, I, 11.

(4) Idem, I, 21 y 31.

al pecho, no conoce otra gloria que la de permanecer arrebujado en el seno de su madre; y no hay ambición más feliz que la del hombre que vive sujeto á la tierra, nuestra madre común, recibiendo de ella la vida en recompensa de sus trabajos. El niño, por su desgracia, no puede ser siempre niño; pronto los dientes empiezan á brotar, y, con ellos, los sufrimientos; tras las enfermedades viene algo peor, las ilusiones perdidas (1); por fin, viene la vejez y la muerte sin remedio. El hombre del campo puede continuar sin fin su infancia encantada; no se librará de sufrir, ni de envejecer y morir; pero mientras que viva, no pierde el calor de su madre, y cuando muere, deja hijos, que viven como él ha vivido. Los que habitan en las ciudades, puede decirse que habitan en el aire, y en un aire malsano; gastan su vida en idas y venidas, sin nada firme á que ligarse, y mueren con la tristeza de dejar tras ellos una generación que empieza por donde ellos concluyeron, y que sufrirán mucho más de lo que ellos sufrieron. Hay algunos grandes hombres que llegan á hacer que su espíritu comulgue con el espíritu que llena el universo, y que no necesitan ya vivir sujetos á la tierra, porque han encontrado otra tierra espiritual, una nueva madre para darles abrigo y protección; pero estos hombres son contados en el mundo; los más abandonan la tierra sin tener nada á que ligarse, y viven en las ciudades como pájaros cogidos en jaula... Vosotros no estáis emancipados de calamidades; pero si la desgracia cae sobre vosotros, los horizontes os quedan de par en par abiertos; y por poco que penséis en ello, desplegando vuestra mirada á través de esos campos tan bellos, y hasta las montañas gigantes, todos los males, todas las injusticias os parecerán pequeñeces comparados con tanta grandeza. Hasta para el más desgraciado, para quien ha perdido el amor y la fe, queda siempre una religión indestructible: la de la tierra. Y ¿quién sabe si esa felicidad que, según la espera común, descenderá de los

(1) Estas palabras también tienen un acento personal. V. *Los trabajos*.

cielos sobre la tierra, no subirá más seguramente de la tierra á los cielos? Porque la tierra no produce solamente los minerales, y no hace solamente brotar las plantas; de ella también salen las ideas, de ella suben los sentimientos; y si supiérais hacer esta recolección, como la otra, encontraríais en ella más enseñanzas que en todos los libros de los hombres» (1).

La tierra que Ganivet ama así, no es la tierra crasa y sensual de los campos de Flandes, por ejemplo, ó de los países tropicales. Es la tierra española, de duro clima seco (2); la barrera de las sierras detiene á los vientos marinos que vinieron á templarla para dejar los ciclones. En ese país el hombre ha tenido que inventar la capa, amplio abrigo con el que se forma una atmósfera personal, con el que se defiende á la vez del calor y del frío. La erosión ha arrebatado la tierra, ha impedido la vegetación, y sobre la roca desnuda cae «una lluvia torrencial de luz». En esas transparencias inmensas, bajo el cielo grande y puro «paisaje monoteísta», dos cuadros obsesionan al hombre que contempla la gran meseta castellana; primeramente, bajo el cielo intenso, la muchedumbre mora arrodillada, con su grito: «Sólo Dios es Dios»; después, á la luz moribunda del crepúsculo, á lo lejos, tras un cardo que rompe la monotonía del primer término, las siluetas de Don Quijote y de Sancho sobre el cielo agonizante.

Este paisaje no evoca sentimientos voluptuosos; «no hay esos repliegues de tierra que llaman como un nido»; «su contemplación no despierta al animal que duerme en cada uno de nosotros». Hay algo en él espiritualizado, un elemento de cristianismo que la Naturaleza enseñará al hombre.

Ganivet, aunque poeta, no busca en el campo la belleza pintoresca de que es pródigo; por lo menos, lo que primera-

---

(1) *Los trabajos*, tomo II, págs. 100, 102. V. también págs. 261 y siguientes.

(2) Para lo que sigue, véase M. de Unamuno, LA ESPAÑA MODERNA, Marzo, 1895, pág. 71 y siguientes.

mente le pregunta es lo que vale, lo que hace por el hombre (1). En el hombre, por lo demás, es en donde encontramos concentradas, en su más alta potencia, las virtudes emanadas de la tierra.

El campesino español es «de complexión seca, dura, sarmentosa»; su raza es el producto de una larga selección por el frío, por el calor, por las hambres; tranquilo y grave, tiene á menudo el aire de un rey destronado; su humor—cuando tiene humor—tiene algo de sentado, de sentencioso y de flemático; de ordinario es silencioso y taciturno, tenaz y lento; es también muy sobrio (2).

Hay en esta naturaleza un carácter rígido é intransigente, una tendencia á considerar como «falsificaciones», violaciones de lo «natural», los perfeccionamientos obtenidos por el arte.

En el fondo, bajo esa calma aparente, bajo los hábitos seculares, bajo la capa, hay almas de fuego; esos hombres, en la historia, han sido capaces de intensos esfuerzos; su fe ha movido montañas.

Pero no hay en ellos transiciones y matices; de aquí una especie de dualismo que choca; el paso es brusco: del idealismo exaltado de Don Quijote, al realismo timorato de Sancho Panza; de la temeraria audacia del que cree en el libre albedrío, al fatalismo resignado del que se ha dejado vencer. El mismo hombre á menudo reúne estos contrastes; se dirá que es debilidad é inconsecuencia el lanzarse de un extremo á otro; pero el dualismo puede también, ya lo veremos por Ganivet, aparecer como un maravilloso principio de energía.

Encontramos, en efecto, en Ganivet todos los rasgos que

---

(1) *Los trabajos*, II, pág. 109 y sig. Pío Cid va á ver, por curiosidad, un amanecer; pág. 122; durante todo un viaje mira solamente si la cosecha será buena ó no. *Granada la Bella* (el primer libro de Ganivet), I, pág. 5.

(2) Recordemos que para estudiar los caracteres de la raza, Unamuno observa sobre todo al campesino castellano. La sobriedad no sería tan general en las provincias vascas (como tampoco los otros rasgos). V. Vidal de la Alanche: *Etats et Nations de l'Europé*, pág. 342.

Unamuno atribuye al campesino español. También él es sobrio (1) y duro á la fatiga (2), taciturno (3) y silencioso (4); de un humor grave (5); siempre dispuesto á acusar las falsificaciones y los convencionalismos que comprometen lo «natural» (6); en fin, lleno de tales contrastes, que nos es imposible clasificarle en ninguna de nuestras corrientes categorías.

El optimista y pesimista (7), el *Idearium* está lleno del optimismo de mejor ley: el del hombre de acción que no se contenta con desear la victoria, sino que la quiere—¡y Ganivet se mató á los treinta y tres años! (8).—Pero, salvo este desfallecimiento supremo, y que, por lo demás, puede hasta cierto punto explicarse, sacó de su pesimismo el mejor rendimiento cristiano: la inteligencia del sufrimiento ajeno; para socorrer este sufrimiento, se hacía el hombre de acción optimista, «el infatigable creador».

Une á la conciencia de su superioridad sobre el común de los hombres (9) el más justo sentido de la igualdad democrática. Pío Cid había vivido en Africa en medio de los salvajes, y continuaba considerando como salvajes á sus compatriotas (10); lo que no era para él una manera de despreciarlos, porque los salvajes, por lo menos, son fieles discípulos de la Naturaleza. Navarro y Ledesma insiste en señalar que Ganivet parecía ser un tipo de la humanidad futura, elevado por encima de la hu-

(1) *Los trabajos*, I, 34, 159.
(2) Idem, II, 15, I, 66.
(3) Idem, I, 27.
(4) Idem, 27, 28.
(5) Idem, I, 11, 13-14.
(6) V. más adelante.
(7) *Los trabajos*, I, 21, 3.
(8) Esta muerte tuvo, sin duda, razones complejas, tal vez disgustos privados; pero, sobre todo, una especie de vértigo de este poderoso espíritu que se sentía fuera de lugar, extranjero en el mundo; es preciso, en fin, tener en cuenta el carácter estoico que más adelante señalaremos en Ganivet.
(9) *Los trabajos*, I, 10-11.
(10) Idem, I, pág. 22.

manidad actual, como ésta lo es con relación al hombre cuaternario. Pero esta conciencia, de una superioridad que por tantos puntos era real, era un principio de acción generosa, un motivo de ayudar á los más débiles en el cumplimiento de sus deberes y en la exteriorización de su personalidad. Nada de común tiene esto con la amazacotada y grosera *teoría* del superhombre, tan poco cristiana y tan poco democrática, uno de los relumbrones más en boga actualmente por las medianías y por los tontos. Ganivet tiene el sentido profundo de la igualdad, de la solidaridad de todos; «hay, dice Pío Cid, hombres que viven sin saber qué esfuerzos, qué sudores cuesta el pedazo de pan con que se nutren cada día; y estos hombres no pueden comprender la verdadera fraternidad, que quiere que nos consideremos como ligados á los otros hombres, grandes y pequeños, pobres y ricos, de tal suerte que nuestra existencia sería imposible é infecunda sin la de los otros. Hay presuntuosos que creen merecer que la humanidad se ponga de rodillas delante de ellos, so pretexto de que han tenido una idea nueva, que utilizará el provecho común; pero olvidan que no habrían tenido esa idea, si la comunidad no les hubiera liberado de la servidumbre de los otros trabajos más penosos y menos brillantes que consumen las fuerzas de todas esas gentes que luchan, piensan y se sacrifican en silencio» (1). Este hombre tan original no conoce su originalidad, no quiere sino ideas humanas (2), y no comprende la propiedad literaria é intelectual (3).

«No debéis olvidar—dice Pío Cid á los campesinos—las palabras del Evangelio: que los primeros serán los últimos... (4). Toda la vida, todas las ideas de Ganivet parecen inspiradas en estas palabras evangélicas, y comprobamos, una

(1) *Los trabajos*, II, 261-262; una página admirable del *Idearium*, páginas 125-127.

(2) V. Idem, I, 231. «Si tengo alguna idea personal, la desprecio hasta que, purificada, se convierta en idea humana.»

(3) V. *Idearium*, pág. 119 y sig.

(4) *Los trabajos*, II, 100.

vez más en su persona representativa, una nueva correspondencia entre la doctrina cristiana y el carácter español, tan arraigadamente democrático, que el sentido de la igualdad sobrevive y hasta se exalta enmedio de circunstancias que parecían deber sugerir el desdén y el orgullo.

Ganivet es fatalista—pero está siempre dispuesto también á combatir al destino, si cree que el asunto lo merece. Sin duda respiró el fatalismo en Andalucía;—el destino es un personaje en la historia y en la vida privada (1); pero no se le abandonan sino los asuntos no esenciales de la vida; se economiza también su esfuerzo para aplicarle intacto en las grandes circunstancias, en aquellas que verdaderamente deciden del porvenir moral del hombre; se evita toda vana agitación para procurarse ventajas inciertas, pero se puede, en cambio, batallar en favor de los débiles (2). La fatalidad así entendida puede muy bien preparar el puesto á la Providencia, y está lejos de excluir la creencia en el libre albedrío. El pobre campesino, á merced de las aventuras de su vida, oscilará entre la resignación fatalista y el entusiasmo del conquistador que cree toda empresa posible. Pero el mismo dualismo, en grado sublime, es la manera más práctica de sacar partido de su energía; Pío Cid se agota en «trabajos» como Hércules; y los conquistadores han realizado lo imposible. Tales almas comprenden las palabras de Cristo: «Tened fe en Dios. Yo os digo la verdad; si alguien dice á esa montaña: Quítate de ahí y arrójate al mar, si no duda en su corazón, sino que cree que lo que dice sucederá, lo verá realizarse» (3).

Otro contraste, otra fuente de energía bienhechora: Ganivet quiere permanecer fiel á la naturaleza, pero es al mismo tiempo de un espiritualismo entusiasta y como arrebatado. En Francia, en donde por algunos años la noción del «naturalis-

(1) *Los trabajos*, I, págs. 26, 69, 146.
(2) Idem, II, 319, y sobre todo, 279.
(3) San Marcos, XI, 22, 23.

mo» ha sido envilecida por los pornográficos de teorías filosóficas y literarias, es saludable el ejemplo de un hombre que no ha buscado en la naturaleza y en la tierra la justificación de un gusto personal por lo innoble, sino que en la naturaleza y en la tierra supo ver una patria, una profesora de valor, de desinterés y de fraternidad. No es que no haya exceso en el amor de Ganivet por la naturaleza; su religión llega á la superstición, y como el campesino que nos hace observar Unamuno, se encuentra demasiado propenso á denunciar las mejoras como atentados á la naturaleza. No solamente zahiere los convencionalismos sociales vulgares (1), desconociendo tal vez lo ventajoso que tienen, sino que llega, por desconfianza de la reglamentación, á comprometer la organización de la familia y de la sociedad, Pío Cid pone el matrimonio entre los convencionalismos ficticios (2). Aquí, por lo demás, impónense reservas; en la teoría de Pío Cid sobre la inutilidad de esta ceremonia, en su teoría más singular todavía sobre lo estrecho de la monogamia, no hay que ver un naturalismo bestial y un hipócrita alegato por el capricho, sino, por el contrario, la exaltación—peligrosa por lo demás—de ciertas cualidades morales. Pío Cid no quiere estar ligado por una ceremonia, porque quiere guardar, sin ayuda exterior, por decirlo así, la altivez de una inviolable fidelidad (3). Del mismo modo, si ve una especie de avaricia en reservar su amor á una sola mujer, no se trata de amor sensual, y no hay en ello, á lo que creemos, el recuerdo de aquella civilización árabe, cuyo prestigio sintió en Granada; es, ya lo veremos, la conservación de una noción particular del amor demasiado elevada, casi inhumana, en fuerza de estar tendida hacia la pura espiritualidad.

En realidad, Ganivet no parece haberse separado del cristianismo, sino que, por el contrario, aspira á él; ¿qué educa-

(1) *Los trabajos*, I, 24, 216.
(2) Idem, I, 130.
(3) Idem, I, 140-141. Es preciso tener también mucho en cuenta el amor á la independencia, de que hablamos más adelante.

ción cristiana pudo recibir en el pueblo en que se deslizó su juventud, en que se formaran sus ideas? Tal vez se pueda formar una idea de esto por el personaje de un cura de aldea—de esa región precisamente—que encuentra Pío Cid (1). De ese pobre sacerdote que refunfuña contra su miseria y fulmina contra los vicios humanos sin tratar de corregirlos; Pío Cid no tiene nada que aprender; antes bien, es él quien dice al cura algunas palabras de resignación y de caridad que aprendió de la «naturaleza», y que son cristianas.

Volvemos, pues, siempre á esta naturaleza tan llena de idealismo, de enseñanza moral, tan espiritualizada: el campesino español, que es Ganivet, tiene una fe absoluta en el poder de la idea; nada para él tiene tanto valor como una idea (2); el progreso material no es nada, y hasta puede ser perjudicial sin el progreso espiritual (3); ciertamente la «naturaleza», á la que ama, le ha preparado para comprender que «el hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (4).

El idealismo y el desligamiento no son, por lo demás, una renuncia á la acción; Ganivet protesta contra los cálculos mezquinos que dejan las obras para mañanas inciertos; el hombre no quiere fundar una familia sino después de haberse procurado minuciosamente los medios de sostenerla; «el centro de la vida actual es ese porvenir desconocido, y mientras que llega, vive sin hacer nada que valga... El que se reserva hoy para ser más mañana, es un cobarde, como el soldado ó el general que aspira á ser el héroe de la batalla decisiva y deja á los otros luchar y sucumbir en las pequeñas escaramuzas sin provecho y sin gloria... Trata, pues, de vivir hoy sin reservarte para mañana... La fuerza que gastes hoy, te volverá mañana

(1) *Los trabajos*, II, pág. 40 y siguientes.
(2) Idem, II, 95, 179.
(3) Idem, II, 255, 264-265.
(4) San Mateo, IV, 4.

mayor... Vives solo y apenas tienes con qué vivir, cuando con lo que tienes diez personas podrían vivir contigo...» (1). Aquí también la naturaleza tiene el acento del Evangelio: «Por esto os digo: No os inquietéis por vuestra vida de lo que comeréis, ni por vuestro cuerpo de lo que seréis vestidos. ¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo más que el vestido?... No os inquietéis, pues, y no digáis: «¿Qué comeremos? ¿Qué beberemos? ¿Con qué nos vestiremos?» Porque los paganos son quienes buscan todas estas cosas. Vuestro Padre celestial sabe que las necesitáis. Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura. No os inquietéis, pues, del día siguiente, porque el mañana cuidará de sí mismo. A cada día le basta su trabajo» (2).

Así se resuelve armoniosamente la oposición, desde luego cortada, entre el naturalismo y el idealismo de Ganivet; lo mismo ocurre entre la pasión por la independencia, que manifiesta con una intransigencia completamente española, y su espíritu de amplia humanidad, de amor al prójimo, que se adapta á todas las circunstancias para servir hasta á los indiferentes.

Ganivet es el hermano de esos campesinos españoles que Unamuno nos presenta embozados en su capa, que lo defiende, en lo físico, contra la inclemencia del tiempo, como, en lo moral, los agrupa en iglesia y les ampara contra los terrores.

«No apelo á la opinión pública, dice Pío Cid, porque la mía me basta... No me someteré á las exigencias del público. No creo ser superior á los otros, pero todavía creo menos serles inferior» (3).

Basta con no escandalizar inútilmente á la opinión (4).

«Para mí, la ciencia primera y fundamental para un hombre, consiste en saber vivir con dignidad, *es decir*, *en ser inde-*

(1) *Los trabajos*, II, 175-176.
(2) San Mateo, VI, 25, 31-34.
(3) *Los trabajos*, I, 134, 136-137.
(4) Idem. I, 141.

pendiente y dueño de sí mismo, y en poder hacer su santa voluntad sin dar cuenta á nadie» (1). ¿Es éste un principio de insociabilidad y de egoísmo, como pudiera temerse? No, necesariamente. Es, en primer término, para Ganivet, un principio de estoicismo, de renuncia y de valor. Porque el mejor medio de no tener que rendir cuentas á nadie, «es tener pocas necesidades y mil medios de satisfacer las que se tienen»; entonces «no se tendrá nunca que bajar la cabeza para obtener un pedazo de pan» (2).

Hay aquí más dignidad aún que anarquismo. Ganivet no se rebela contra las reglas que le pesan; como abandonaba á la fatalidad lo que no valía la pena de disputárselo, se somete exteriormente á las exigencias sociales para asegurar mejor su independencia moral y para dar victoriosamente, en el momento decisivo, el golpe de estado que pueda querer. «De los agentes externos que nos rodean, dice Pío Cid, el más molesto es la sociedad, y el arte de vivir consiste en conservar nuestra personalidad sin que la sociedad nos incomode. Los hay que viven en paz sometiéndose á las exigencias sociales, y hay quienes viven en guerra negándose á sufrirlas. Lo mejor es someterse en todo, salvo en un punto importante: el que es capital para nosotros...» (3).

Los hombres á quienes anima una idea semejante son difícilmente gobernables; pero su altivez puede convertirse en una fuerza incomparable para el gobierno que, en vez de quebrantarles, los utilice, y una doctrina moral puede pedirles cualquier sacrificio, sobre todo si este sacrificio, lejos de atentar á su dignidad, realza su brillo. «La primera cosa para el hombre, dice Pío Cid á los campesinos, es la dignidad. Si uno no puede vivir con dignidad en su pueblo, que se vaya á otro, y luego á otro, si es preciso; y si en ninguna parte encuentra tra-

(1) *Los trabajos*, I.
(2) Idem, pág. 162.
(3) Idem, II, 172.

bajo y respeto—tal es el derecho elemental del hombre,—queda entonces el recurso de emigrar á otros países. La patria puede exigir mucho de sus hijos, pero no puede exigir que sacrifiquen su honor; más vale abandonar la patria que deshonrarla; una nación que crea hijos capaces de huir lejos de ella por no transigir con la injusticia, es más grande por los que se van que por los que se quedan» (1).

Sin duda, esta altivez conduce á los excesos del sentimiento del honor, pero proscribe las bajezas, los mezquinos desfallecimientos y los torpes desenfrenos. El sentimiento se encuentra así propicio al despertar—ó al volver á despertar—del sentimiento cristiano. «... Podría tener catorce años—dice Santa Teresa,—y aun más, ningún pecado mortal había llegado todavía á separarme de Dios; jamás su temor me había abandonado. A decir verdad, el de faltar al honor me dominaba, y éste fué el que me impidió inferirle graves atentados» (2).

Preciosa en las grandes tentaciones, esta altivez es un elemento de salud moral en todas las circunstancias; sin ella, la virtud tan cristiana de la humildad puede descarriarse. El alma no debe, por una falsa humildad, desconocer los dones de Dios. «¿Qué comparable dicha, dice Santa Teresa, á la de tener en sí un testimonio de que se es agradable á Dios? Que el alma así favorecida le dé grandes acciones de gracias, y re-

(1) *Los trabajos*, II, 99.

(2) *Ouvres complètes de Sainte Thérése de Jésus*, nueva traducción por las carmelitas del primer monasterio de París, con la colaboración de Monseñor M. M. Polit, obispo de Cuenca (Ecuador). Tomos I y II. *Vie de Sainte Thérése par elle même*, seguida de las *Relations spirituelles à ses directeurs*. París, Retaux, 1907.—La cita está tomada del t. I, pág. 52. «Llegué á perder enteramente este divino temor, y no me quedó más que el de faltar al honor.»—Y en la pág. 62: «Leía las epístolas de San Jerónimo, y me infundían tanto valor, que me decidí á abrirme á mi Padre. Esto era, en cierto modo, tomar el hábito, porque, después de haberme pronunciado, creo que nada hubiera sido capaz de hacerme retroceder; hasta tal punto era sensible al sentimiento del honor.»

conozca la inmensa obligación que le tiene. Dios, en efecto, le demuestra con ello que la quiere en su casa, que la ha elegido para su reino, si es que no se vuelve ella atrás. Que deje á un lado ciertas humildades de las que tengo intención de hablar. Hay personas que creen hacer acto de esta virtud negándose á reconocer los dones que el Señor las concede. Comprendámoslo bien, sí; comprendámoslo bien—esto no es, por lo demás, sino la exacta verdad;—Dios nos las concede sin que lo hayamos en modo alguno merecido. Pero si el presente que hemos recibido nos es desconocido, ¿cómo hará nacer el amor en nuestro corazón? Está fuera de duda que cuanto más ricos nos veamos, cuando nuestra inteligencia personal no es bien conocida, tanto más avanzamos en la virtud y en la verdadera humildad. Todo lo demás no sirve sino para abatir el alma, persuadiéndola de que no es capaz de grandes bienes. Esto es precisamente lo que sucede cuando en el momento en que el Señor empieza á otorgárselos, se pone á tener miedo de la vanagloria. Estemos persuadidos, si el demonio nos tienta en este punto, de que aquel que nos da esos bienes nos dará la gracia de reconocer en esa sugestión la obra del enemigo, y la fuerza necesaria para resistirle (1).

La pasión de la independencia y el sentimiento del honor, á pesar de sus efectos saludables, se convertirían fácilmente en una especie de egoísmo y de virtud rígida é intratable si no estuvieran moderados, como lo están, en efecto, en Ganivet, por una simpatía siempre vigilante.

Las ideas de Ganivet sobre la familia y sobre la propiedad prueban lo arraigada que está en él esa simpatía, porque no hay tentación más decisiva para quien quiera garantizar celosamente su independencia y hacerla sentir á los otros, que la

(1) Santa Teresa, obras citadas, I, 136, 137. La Santa insiste sobre la concepción de la verdadera humildad. «No hay que permitir al hombre que se desprecie por entero.» San Vicente de Paul ha denunciado la cobardía de la falsa humildad.

de jugar y abusar con el derecho de propiedad que admite la sociedad actual, así como no hay manera más seductora, y en apariencia más virtuosa, de ceder al egoísmo y al honor del mundo, que la de enriquecer grandemente una familia, cuyo bienestar, lujo y facilidad para satisfacer sus deseos constituyen el orgullo del padre, ó más bien del jefe, y demuestran su vigor y su talento.

Ahora bien; si Ganivet, como hemos visto, con prejuicios de campesino á quien ha faltado una sólida educación cristiana, desconocía la necesidad del lazo sagrado que une al hombre y la mujer, y compromete así la fidelidad que ama con toda la nobleza de su corazón, la familia que concibe es, por lo demás, infinitamente más cristiana ó más dispuesta al cristianismo que lo son las familias de su alrededor; éstas han visto en el lazo matrimonial un lazo material más bien que espiritual, y, ante todo, la combinación para hacer que prosperen dos fortunas. Ganivet no quiere que el hombre de corazón esté sujeto á los convencionalismos mundanos; el que quiera librarse de las exigencias de un lujo ficticio, se casará con una mujer del pueblo; su primer deber será dar á sus hijos una educación que haga de ellos hombres, en vez de ingeniarse en labrarles una fortuna por medios á menudo brutales y deshonrosos. «La familia actual es un centro de guerra que justifica los egoísmos más execrables de los individuos.»

Hay perfectos padres de familia que cometen diariamente verdaderos latrocinios sin un remordimiento de conciencia, porque su amor á sus hijos les sirve de justificación; quieren dejarlos bien amparados, á cubierto de los azares del porvenir, sin pensar que antes del porvenir de sus hijos está el presente de los hijos de otros, del que deberían cuidar. Contra esta inexpugnable fortaleza de la familia, según la sangre y el interés, causa de nuestras ardientes luchas, hay que elevar otra fortaleza más alta: «la de la familia según la voluntad y el ideal».

¿No se encuentra en estas últimas palabras como un eco de

las palabras de San Juan: «... las que no han nacido de la sangre, ni de los deseos de la carne»?... Y Ganivet, aunque se empeña en poner en el puesto de Dios á la voluntad humana, su «humanidad», como su «naturaleza», es tan generosa y tan espiritual, que evoca constantemente el verso de Poliuto:

«Tiene demasiadas virtudes
para no ser cristiana.»

Como Paulina, está dispuesto á la conversión y al heroico testimonio.

Profundamente cristiana es su concepción del trabajo y de la propiedad. «Poco me importa la propiedad individual ó colectiva; pero la quiero asociada con el amor; un hombre que posee una casa, y que la quiere porque nació en ella y en ella piensa morir, es un propietario útil; un hombre que construye casas, y las posee solamente hasta el momento en que llega á venderlas con beneficio, es un propietario perjudicial, porque, si se le dejará hacer, sería capaz de construirlas tan frágiles, que se desplomarían, aplastando á sus pobres inquilinos. Todo el progreso moderno deja sin seguridad, porque no está fundado sobre ideas, sino sobre la destrucción de la propiedad fija en beneficio de la propiedad móvil; y esta propiedad, que no sirve ya para hacer frente á las necesidades de la vida, y que, en lugar de estar regida por la justicia, está regida por la estrategia, debe desaparecer sin dejar la menor huella, como han desaparecido los imperios brutales de los medas y los persas» (1).

Desaparecerá, dice también Pío Cid. «Antes se usaba humanamente de la propiedad; hoy es la vez de los que la desacreditan; más adelante llegará el turno de los que la suprimirán (2). Y esto es un bien que saldrá así del mal presente; se

(1) *Idearium*, págs. 53 y 54.
(2) *Los trabajos*, II, 92, toda la página.

dejará de creer en la utilidad de esos propietarios «que cobran la renta sin trabajar».

Es preciso trabajar, dice el mismo Pío Cid, pero con entera libertad y sin deseo de adquirir riquezas. «La propiedad, lejos de ser un estimulante, es la expresión de la fuerza que oprime hoy, sin más dulzura que la fuerza de las armas. El arte de trabajar no tiene nada que ver con el arte de enriquecerse; el que aprende á trabajar, ha aprendido á ser eternamente pobre; para ser rico hay que aprender á explotar á los que trabajan...» (1).

¿Cuál es, pues, ese principio de simpatía ardiente, cuya benéfica influencia hemos sentido en todas partes? Ese principio es «natural» para Ganivet; es un rasgo de su temperamento. Era «sobre todo un hombre bueno, maravillosamente bueno, tan bueno como grande fué para la inteligencia» (2). En una carta, que es su verdadero testamento, dos días antes de su muerte, escribía: «No me acuerdo de haber hecho daño á nadie, ni siquiera de pensamiento; si hubiese hecho algún daño, pido perdón» (3). Pero había en él algo más que esta gran bondad. «El único sentimiento, dice Pío Cid, que sea capaz de sentir es el amor, y lo siento por todas las personas que conozco. Los otros sentimientos son degradaciones ridículas, engendradas por la jerarquía social. Si la fraternidad humana estuviese viva en todos los corazones, solamente existiría el amor, más ó menos vehemente, según la intimidad de las relaciones; pero sin que pudiera ponerse una diferencia esencial entre el amor que nos inspira el pobre mendigo que va por las calles pidiendo limosna, y el que tenemos á la mujer que es madre de nuestros hijos... Mi manera de entender el amor está al alcance de todos, y no exige más que una condición de generosidad. Es la de no pensar nunca en utilizar á nuestros semejantes para nuestro

(1) *Los trabajos*, II, 174.
(2) Conferencia de C. Román Salamero, obra citada, pág. 62.
(3) Navarro y Ledesma, la misma obra, pág. 30.

provecho... Temo conocer caras nuevas, porque creo á los hombres más á menudo malos que buenos, más á menudo locos que inteligentes; pero si la ocasión me pone en relación con uno de ellos, le considero como muy bueno y muy inteligente; le doy inmediatamente mi afección, y le trato como un amigo íntimo si veo que puedo serle útil...» (1).

Compréndese ahora que si la teoría de Pío Cid sobre el mamatrimonio y sobre la avaricia del corazón que reserva en amor á una sola mujer (2), es una teoría peligrosa, no tiene nada de bajo y de sensual; es más bien una exageración de espiritualismo; pone al cielo en la tierra y requiere del común de los hombres la fuerza de alma de los más grandes santos. «En la resurrección, los hombres no tomarán mujeres, ni las mujeres maridos, sino que serán como los ángeles de Dios en el cielo» (San Mateo, XXII, 30).

He aquí la afección única, que no conocerá ya diferencias esenciales, sino solamente diversos grados. Raros son los que, en la vida terrestre, alcanzarán la santidad que los hace semejantes á los «ángeles de Dios en el cielo». Los místicos no admiten conocimiento sino por el amor (3), y este amor comprende todos los afectos, no admite distinciones; es en sus diversos grados el fiel reflejo del amor divino: «Santa Teresa y San Juan de la Cruz, aquélla sin nada de hombruno, éste sin nada de afeminado, son tipos perfectos del *hombre* que comprende á la vez el *vir* y la *mulier*» (4).

¿Qué falta á esta rica y generosa «naturaleza» para florecer sana y magníficamonte en el cristianismo? La falta la fe; mas, por una última y feliz contradicción, el excepticismo de Gani-

(1) *Los trabajos*, I, págs. 214 y 215.
(2) Idem, I, 138.
(3) Pío Cid, II, 269.
(4) Unamuno, artículos citados, La España Moderna, Mayo 1895, pág. 21. El amor, aun en el sentido particular y humano de la palabra, es para Ganivet mucho más espiritual que carnal. V. *Los trabajos*, I, 21-22; II, 288 289.

vet lleva á la creencia activa; el barro tiene ya la forma de la vida y va á palpitar al soplo de Dios.

Los amigos de Pío Cid le consideran como un puro escéptico (1), pero tiene, ya lo hemos visto antes, «la fiebre de las almas de los místicos»; no conoce—¡ó tan mal! (2)—la doctrina católica, pero con todas las fuerzas de su alma aspira á la fe; la historia del catolicismo en su país le inspira profundas reflexiones; pero esta historia, por grande que sea, ¿puede sustituir á la enseñanza de la religión, dispensa de tener necesidad de vivir de la vida de la Iglesia? ¿Y no explica, en cambio, las dudas que Ganivet pueda haber tenido sobre la divina virtud del cristianismo, y la imposibilidad en que se encuentra de apagar su fe en parte alguna que no sea en ese cristianismo tan grande, á pesar de las faltas de los hombres?

La fe es para este escéptico el fin supremo; hay para Pío Cid algo más grande que el amor mismo (el amor, sin duda, con sus limitaciones humanas); pero á lo que, por lo demás, no se llega sino por el amor (3).

Esta cosa misteriosa, es la razón de ser de su vida (4); en los momentos más solemnes, cuando parece estrechar más de cerca su ideal, vuelve la alusión á esa fuerza indefinible, que es amor y fe confundidos, inaccesibles á nuestra humanidad común (5).

---

(1) V. *Los trabajos*, I, 74, 229.—A una joven que le dice: «He aquí el ideal cristiano», Pío Cid contesta: «Dí mejor, es el ideal humano, y un ideal bien fácil de alcanzar»; pero sería un contrasentido—la continuación de este estudio lo demostrará—el dar á estas palabras el mismo significado que se encuentra en las de D. Juan al mendigo, que ha prometido rezar por él, pero que se niega á rezar para recibir un luis de oro: «Vete, anda, te lo doy por el amor de la humanidad» (Acto III, escena II).

(2) En primera página del *Idearium*, como se ha observado, Ganivet confunde la Inmaculada Concepción con la virginidad de María.

(3) *Los trabajos*, II, 289.

(4) Idem, pág. 74.

(5) V. Sobre este tema, la admirable poesía en *Los trabajos*, II, 307-309. ¡Que lástima que un hombre así no haya aprendido en el Catecismo lo que son la Iglesia y los Sacramentos!

Pero hay en él mucho más que una aspiración, que, por muy fuerte que fuera, no dejaría de ser muy vaga. La tierra, y también las tradiciones históricas de su país, han puesto en el alma de este gran idealista un ideal preciso de vida religiosa. «Hace doscientos ó trescientos años, Pío Cid hubiera sido un predicador infatigable y ardiente, como Juan de Avila, ó bien hubiese escrito tratados de un misticismo inflamado, como Luis de Granada...» (1); hoy, si no practica el culto, practica las virtudes cristianas, tiene como un instinto de alta espiritualidad; la facultad comtemplativa es para él la única superioridad real que tengamos sobre los animales (2); así se esfuerza en desarrollar en torno suyo el sentido católico. ¿Cómo, dice á Pío Cid una joven, cómo comprender ese amor que usted tiene en trabajar por todos los hombres y su afición á la vida monástica? Comprendo que simpatizara usted con las hermanas de la Caridad, que se sacrifican por sus semejantes inválidos ó enfermos; pero no con las religiosas claustradas, que viven retiradas del mundo, consagradas á la oración y á la mortificación.—Unas y otras—contesta Pío Cid—merecen ser admiradas, y hasta diría que las religiosas contemplativas lo merecen más, porque su influencia en el mundo es más espiritual. Tengo un gusto que la sorprenderá, un gusto pasar por las cercanías de los conventos de monjas claustradas á la hora de maitines ó vísperas, cuando llega á mi oído el vago rumor de los cánticos, que expresan para mí lo inmutable y lo eterno, como los movimientos de los astros. La inquietud malsana que devora hoy á los hombres, no tiene mejor remedio que esos cánticos; eran antes los himnos de la fe, y hoy, que los tiempos han cambiado, son además himnos de desprecio para esta sociedad, cuya gloria toda consiste en agitarse sin motivo y sin objeto. Esta afición la tengo desde la infancia, y no ha

(1) Conferencia de Azorín, en la obra citada, sobre *Angel Ganivet*, pág. 54.

(2) *Los trabajos*, I, 222.

contribuído en poco á formar mi carácter tan pacífico, tan poco amigo de los cambios precipitados. Sin este gusto, sería tal vez un demagogo (1).

Este amor por la vida contemplativa, *que no excluye la acción,* es profundamente español y profundamente cristiano (2), y las últimas palabras de este pasaje nos ayudan á penetrar un pensamiento íntimo y capital de Ganivet: es que las vidas más diversas, en apariencia, pueden ser la empresión de disposiciones psicológicas completamente semejantes. «Para mí, dos figuras tan disemejantes como lo son A. Kempis y Proudhón, son psicológicamente idénticas (3): el uno piensa en el silencio y el otro en medio del tumulto; pero ambos son pensadores solitarios, ambos tienen una concepción igualmente negativa de la vida, aunque el uno aparta el correctivo y el apaciguamiento de la ley, y el otro la exaspera y la convierte en un arma de destrucción.

En cambio, dos naturalezas, en apariencia semejantes, como A. Kempis y Luis de Granada, son diametralmente opuestas; A. Kempis se eleva al ascetismo por la abstracción; es un espíritu ontológico; allí en donde la abstracción deja de

---

(1) *Los trabajos*, I, págs. 231, 232.

(2) Tanto como Ganivet huyó de la vana agitación, tanto él y su héroe son hombres de acción. Hay un grado de oración, dice Santa Teresa, que difiere de la oración de quietud; en esta última, el alma «goza de la santa ociosidad de María. En el estado de que habla, puede también llenar el oficio de Marta.» En efecto: «En esta unión de la voluntad se siente muy bien que esta potencia está sumida en el goce. Pero es la única en gustar esta profunda quietud; el entendimiento y la memoria conservan por fuera bastante libertad para ocuparse de asuntos y evacuar obras de caridad.» Obra citada, I, 211, 212. He aquí un bello ejemplo del dualismo notado por Unamuno.

(3) A. Kempis está considerado aquí como el autor de la *Imitación;* es visible, por todo este pasaje, que no representa el ideal de Ganivet. Compárese este hecho con la reciente publicación y el gran éxito, en España, del libro del P. Palau, *El Catolicismo de acción,* al que han llamado el quinto libro de la *Imitación,* con justa razón, si se entiende con ello un complemento (casi un correctivo), más bien que una confirmación.

sostenerle, cae en el prosaísmo más descarnado, más seco. Luis de Granada se eleva al misticismo, apoyándose en un conocimiento admirable de la realidad y en un amor positivo por la humanidad viviente; es un espíritu realista, y sus pensamientos son siempre humanos» (1).

Al volver á encontrar aquí la «humanidad» de Ganivet, ¿no reconocemos al fin lo que quiso ser? ¿Y no interpretamos su pensamiento íntimo al decir á nuestra vez que dos figuras tan disemejantes en apariencia como él y Luis de Granada son «psicológicamente idénticas?»

Esta poderosa personalidad toma entonces todo su valor representativo; este español, tan profundamente español, simboliza á toda una nación, tan católica como original, cuya naturaleza es esencialmente católica, pero á la que durante mucho tiempo ha faltado, para sostener y vivificar sus tradiciones, una enseñanza católica verdaderamente organizada.

Por lo menos, después de la naturaleza, y con ella, la historia heroica de España ha contribuído á desprender su catolicismo fundamental. Apasionándose de esta historia, y, por de contado, comprendiéndola, es como un Ganivet, por mal instruído que esté en la doctrina, continúa penetrándose del espíritu del catolicismo.

Nos queda, pues, por decir cómo Ganivet ve la historia, la historia religiosa y católica de su patria.

MAURICIO LEGENDRE,
Secretario de la *Revista Católica de las Iglesias*.

(1) *Idearium español*, páginas 32 y 33.

AL LUXEMBURGO

¡Oh bello Luxemburgo, oh encantado
jardín! Bajo tus plátanos umbrosos,
lánguidamente pasa
mi juventud. Hacia tu verde seno,
desde lejanas tierras, vine un día,
ave errabunda, á construír mi nido.
Octubre declinaba ya: las hojas
de los tilos caían;
á los pies de la blanca Galatea,
las aguas de la fuente, entre guirnaldas
de hiedra, murmuraban
su elegía otoñal; grave en el bronce,
Bailly se erguía ante el palacio austero;
y á toda vela, en el vecino estanque,
diminutos bajeles navegaban.

Desde entonces, ¡oh bello Luxemburgo!
infaltable á la cita, cada día,
mis indolentes pasos,
al azar de mil curvas caprichosas,
tus arenadas sendas recorrieron.
Y el invierno llegó con sus heladas
brisas, su lluvia fina
y su penumbra gris. Ligera niebla,

como en antigua estampa,
vela del Panteón la aérea cúpula;
y allá, á lo largo de tu férrea verja,
tus desnudos castaños
sobre el húmedo asfalto se retratan;
mientras en el silencio de la calle,
por donde cruza solitario coche,
del cansado rocín el casco suena.

Otro día es de nieve.
Bajo los gruesos copos
que en remolinos tácitos descienden,
hollando voy, sin rumbo, pensativo,
el cándido tapiz. Todo es en torno
soledad y misterio. Sólo, á veces,
junto á mí, patinando
pasa el travieso colegial. Las reinas
de Francia le contemplan impasibles
desde el severo pedestal, envueltas
en el gélido armiño de sus mantos.
Vaga opresión yo siento
dentro de mí. De San Sulpicio llega
pausado són de funeral campana;
y los recuerdos tristes,
el hastío invencible, la suprema
desesperanza tornan
al fatigado espíritu,
como negra bandada en la infinita
blancura...

Pero ya la Primavera
ríe en los aires y en las almas: bulle
la savia juvenil en los antiguos
troncos; el césped reverdece; al soplo
del céfiro, susurran los follajes;

brindan su néctar los abiertos cálices
del variopinto tulipán; las rosas
al cielo despejado
nubes elevan de invisible incienso;
y se sonrojan las sedosas malvas,
á las tibias caricias
del sol.

Indiferentes al irónico
mirar del transeúnte,
sobre un banco enlazados,
en silencioso y prolongado beso,
oprime el estudiante á su griseta.
Polichinela ríe en la enramada,
y al són de su tambor, alegre acude
el enjambre infantil. Entre las mórbidas
y encendidas visiones
con que el pintor amable de Citeres,
de repuesto rincón, puebla los aires,
brillan al Sol las vigilantes gafas
de enjuta institutriz. Tiende á su alumna
sentimental, mansa paloma el vuelo
y, voluptuosamente,
del níveo brazo, con el ala trémula,
en la granada de los labios pica.
En grato desconcierto los gorriones
á la loca se mezclan
bacanal de Dalou. Fusil al hombro,
á relevar la guardia,
el marcial pelotón redobla el paso...
Yo, eterno soñador, ora me empeño
en domar el rebelde
acorde, ora persigo
de rima esquiva el fugitivo vuelo.
Ya la tarde serena

sutil exhalación de oro difunde;
mi fantasía en mil colores arde;
y saludo, al pasar, en las acacias,
mis nuevas ilusiones
en rosados racimos suspendidas.

¡Oh bello Luxemburgo, oh encantado
jardín! Bajo tus plátanos umbrosos,
lánguidamente pasa
mi juventud. Aquí, en tu verde seno,
mañana me halle la vejez cansada;
y mi sangre aterida
caliente al sol del generoso estío;
incline mi memoria á los recuerdos
en los mustios crepúsculos de otoño;
medite en los inviernos taciturnos;
y en las vivaces primaveras, viertan
sobre el negro cabello de mis hijos,
su nieve perfumada las glicinas.

JUAN FRANCISCO IBARRA

París, 1909.

KARMA [1]

CUENTO

Pandú, un rico joyero de la casta bramánica, dirigíase á Benarés, en compañía de un criado suyo. Habiendo encontrado en el camino á un fraile, de aspecto venerable, que iba en la misma dirección, le rogó que tomase puesto á su lado.

—Mucho os agradezco vuestra bondadosa oferta—dijo el fraile,—porque me encuentro muy fatigado. Sin embargo, como no poseo nada con que pagaros vuestro servicio, os ofreceré, en caso de necesidad, algunos tesoros espirituales que he adquirido al seguir la doctrina de Sakya-Muni, el bienaventurado Buda, gran maestro de la Humanidad.

Siguieron, pues, el camino juntos, y Pandú escuchaba complacido las sabias palabras de Narada.

Una hora después, al llegar á un lugar en que el camino estaba inundado por ambos lados, vieron una carreta campesina que, por habérsele roto una rueda, estaba tumbada y obstruía el camino.

Devala, el propietario de la carreta, iba á Benarés para

(1) *Karma,* significa la creencia de los budistas, en que el destino del hombre en esta vida es la consecuencia de sus actos en una vida anterior, y que el bien y el mal de su vida futura dependen igualmente del esfuerzo que haga hoy para huír del mal y realizar el bien.—*Nota del autor.*

vender allí su arroz, y había madrugado para llegar á la ciudad antes de amanecer. Si se retrasaba un día, los compradores se habríau aprovisionado ya y podrían haberse marchado.

El joyero, al ver que no podía continuar su viaje si no se quitaba el obstáculo, se enfadó y ordenó á su exclavo Madagusa que apartase á un lado la carreta. El campesino oponíase á ello, porque su carreta estaba tan cerca del foso que, con tocarla, podría ser precipitada á él. Pero el bramín no quería atender á nada, y mandó á Madagusa que ejecutase la orden dada. El esclavo, que poseía una fuerza hercúlea, y que gustaba grandemente de molestar á los débiles, arrojó la carreta al foso antes de que el fraile hubiera tenido tiempo de intervenir en el asunto. Cuando Pandú pasó y quiso continuar la marcha, el fraile se apeó prestamente del vehículo, y dijo:

—Perdonadme, señor, que os deje; os agradezco vuestra bondad, que me ha permitido viajar durante una hora en vuestro coche. Estaba muy cansado; pero ahora ya no lo estoy, gracias á vuestra amabilidad. Además, he reconocido en este campesino la encarnación de uno de vuestros antepasados, y el medio mejor de recompensaros por vuestra bondad es socorrer á ese sujeto en su desgracia.

El bramín miró con asombro al fraile.

—¿Decís que ese campesino es la encarnación de uno de mis antepasados? Eso es imposible.

—Ignoráis—contestó el fraile—los numerosos lazos que nos unen con el destino de ese campesino. Cierto, que no se puede pedir á un ciego que vea. Así, pues, me limito á compadeceros porque os perjudicáis, y trataré de defenderos contra los daños que queréis haceros.

A pesar de la gran bondad con que el fraile hablaba, el rico comerciante sintióse molesto por la censura, y, como no estaba habituado á ello, ordenó al cochero que prosiguiese la marcha sin detenerse.

El fraile se acercó á Devala, le saludó, y se puso en el acto á ayudarle á reparar la carreta y á recoger el trigo.

Avanzaba tan rápidamente el trabajo, que Devala se puso á pensar:

«Este fraile debe de ser un santo; diríase, que le asisten los espíritus invisibles. Quiero preguntarle por qué me ha tratado de una manera tan ruda el orgulloso bramín.»

Y dijo en alta voz:

—Mi buen señor, ¿podríais decirme por qué he sufrido semejante injusticia de parte de un hombre á quien nunca hice daño alguno?

—Querido amigo, contestó el fraile, no habéis sufrido ninguna injusticia; únicamente os ha sido devuelto, en vuestra existencia presente, lo que habéis cometido sobre ese bramín en la vida pasada. Y no me engañaré al decir que hoy mismo haríais al bramín lo que él os ha hecho si estuvierais en su lugar y tuvieseis un esclavo tan vigoroso.

No tardó en quedar recogido el arroz, y, una vez colocado en la carreta, el fraile y el campesino marcharon hacia Benarés. No estaban lejos de la ciudad, cuando el caballo dió de repente una brusca huída.

—¡Una serpiente, una serpiente!—exclamó el campesino.

El fraile miró atentamente el objeto que había espantado al caballo; se apeó de la carreta, y recogió una bolsa llena de oro.

«Unicamente el rico joyero puede haber perdido esta bolsa», pensó, y entregó la bolsa al campesino, diciendo:

—Tomad esta bolsa, y cuando estéis en Benarés, id á la fonda que yo os indicaré, preguntad por el bramín Pandú, y entregadle su dinero. Él se excusará de la grosera acción que cometió; pero le diréis que le habéis perdonado, y que le deseáis que le salgan bien sus negocios, porque, creedme, cuanto mayores sean sus triunfos, tanto mejor os ha de ir. Vuestro porvenir depende, bajo muchos conceptos, del suyo.

Mientras tanto, Pandú había llegado á Benarés, y fué á ver al rico banquero Malmeck, con el que mantenía relaciones de negocios.

—Soy hombre perdido—le dijo Malmek—si no compro hoy mismo una carreta del mejor arroz para la cocina real. Hay en Benarés un banquero, mi enemigo encarnizado, el cual, habiendo sabido que yo he tratado con el mayordomo real para entregarle esta misma mañana una carreta de arroz, ha comprado todo el que se encontraba en el mercado. El mayordomo no me librará de mi compromiso, y estoy perdido si Kridma no envía á un ángel en mi ayuda.

Mientras que Malmek refería su desgracia, Pandú notó que había perdido su bolsa. Después de haber buscado bien en el coche, sin encontrar nada, creyó que se la había quitado su esclavo Madagusa. Llamó á las gentes de la policía, y les dijo que su esclavo le había robado.

Después, por orden suya, ataron y torturaron á Madagusa, á fin de arrancarle la confesión del robo.

—¡No soy culpable, dejadme!—gritaba el pobre esclavo; no puedo sufrir este tormento. Soy inocente, y padezco por los delitos de los demás. ¡Oh! ¡si pudiera obtener el perdón del campesino al que hice daño por complacer á mi amo! Este es castigo de mi crueldad.

Las gentes de la policía continuaban pegando al esclavo, cuando Devala se acercó á la fonda, y, con gran asombro de todos, entregó á Pandú su bolsa.

Inmediatamente libertaron al esclavo de manos de sus verdugos; pero aquél, enojado con su amo, huyó á las montañas, y se unió á una partida de ladrones.

Malmek, enterado á su vez de que el campesino podía venderle arroz y de la mejor calidad, se apresuró á comprarle toda la carreta, y le abonó un precio triple. Pandú, contento por haber recobrado su dinero, se apresuró á ir al convento para pedir al fraile las explicaciones que le había prometido.

Narada le dijo:

—Podría daros la explicación que deseáis; pero, sabiendo que sois incapaz de comprender la verdad, prefiero no deciros nada, excepto un consejo que os voy á dar: tratad á todos los

hombres que encontréis como os tratáis vos mismo; servidles como quisierais que os sirviesen; de esta suerte sembraréis la simiente de las buenas acciones, y la cosecha os aprovechará también.

—¡Oh fraile!, dadme la explicación—dijo Pandú,—y entonces me será más fácil el seguir vuestro consejo.

—Pues bien; escuchad—contestó el fraile;—os daré la clave del misterio; aunque no le penetréis, creed en lo que os digo. Considerarse como un sér aislado es una ilusión, y el que dirige todos sus pensamientos para realizar la voluntad de ese sér aislado, sigue un camino falso, que le conducirá al abismo del pecado. Si nos consideramos como seres aislados, es porque el velo de maya ciega nuestros ojos; no nos permite ver los lazos indisolubles que tenemos con nuestros prójimos, y nos impide hallar nuestra comunión con las otras almas. Pocos hombres conocen esta verdad. Que las palabras siguientes sean vuestro talismán:

«El que daña á los otros, se daña á sí mismo.

»El que ayuda á los otros, se hace bien á sí mismo.

»Dejad de consideraros como un sér aislado, y marcharéis por el camino de la verdad.»

Para aquél cuya vista está oscurecida por el velo de maya, el mundo aparece dividido en innumerables individualidades. Y un hombre tal no puede comprender el alcance del amor universal hacia todo sér viviente.

Pandú contestó:

—Vuestras palabras tienen una profunda significación, y me acordaré de ellas. Yo he hecho un bien pequeño, que no me ha costado nada, á un pobre fraile en mi viaje á Benarés, y he aquí las felices consecuencias que me reporta. Os debo mucho, porque sin vuestra intervención, no solamente hubiera perdido mi bolsa, sino que me hubiese sido imposible negociar en Benarés los asuntos que han acrecentado considerablemente mi fortuna. Además, gracias también á vuestra intervención, la carreta de arroz ha llegado á tiempo para salvar á mi amigo

Malmek. Si todos los hombres se penetrasen de la verdad de vuestros preceptos, ¡cuánto mejor se haría nuestro mundo! ¡Cuánto disminuiría el mal y aumentaría la felicidad universal! Quisiera que la verdad de Buda sea comprendida por todos. Así, pues, deseo fundar un convento en mi país, Kolshambi, y os ruego que me ayudéis á fundar un retiro para los hermanos, discípulos de Buda.

II

Han pasado algunos años. El convento de Kolshambi, fundado por Pandú, ha llegado á ser el punto de reunión de los sabios y el centro célebre de la ciencia.

Un día, el rey de un país vecino, habiendo oído hablar de la perfección de las joyas construídas por Pandú, le envió á su tesorero para encargarle una corona de oro maciza, enriquecida con las más preciosas piedras de la India.

Cuando Pandú hubo acabado este trabajo, se dirigió á la capital de aquel rey, y con la esperanza de hacer allí nuevos negocios, se proveyó de una gran cantidad de oro. La caravana que llevaba estas riquezas iba acompañada por hombres armados. Sin embargo, cuando hubo llegado á una región montañosa, una partida de ladrones, capitaneada por Madagusa, que había llegado á ser el jefe de ella, la atacó, exterminó á la escolta y se apoderó de los tesoros. El mismo Pandú hubo de escapar con gran trabajo.

Esta pérdida abrió una enorme brecha en la fortuna del joyero. Afectóle mucho la desgracia, pero la soportó con resignación.

«He merecido esta prueba, pensaba, por los pecados de mi vida pasada. En mi juventud fuí duro con las gentes, y no debo quejarme de recoger hoy el fruto de mis malas acciones.»

Como se había hecho mucho más benévolo con todos los seres, sus desgracias no hicieron sino purificar su corazón.

Transcurrieron nueve años, y ocurrió que Pantaka, un fraile joven, discípulo de Narada, que viajaba por las montañas de Kolshambi, cayó en manos de los bandidos. Como no tenía nada, el capitán de la partida le soltó, después de haberle hecho dar una paliza.

Al día siguiente, por la mañana, Pantaka, al cruzar el bosque, oyó rumor de lucha. Dirigióse hacia el lugar del combate, y vió á un gran número de bandidos atacando con furia á su jefe Madagusa. Como un león rodeado de perros, les hacía frente, y había ya matado á varios. Pero los atacantes eran muchos, y á la postre Madagusa fué vencido y cayó acribillado de heridas.

En cuanto se hubieron marchado los ladrones, el fraile se acercó á los heridos para socorrerlos. Pero todos estaban ya muertos; solamente Madagusa daba aún algunas señales de vida.

El fraile corrió entonces á un arroyuelo que corría no lejos de aquel lugar, llenó su calabaza de agua fresca y la llevó al moribundo.

Madagusa abrió los ojos, y dijo con un rechinamiento de dientes:

—¿En dónde están esos perros ingratos, á los que tantas veces he conducido á la presa? Sin mí, no tardarán en verse perdidos como chacales acosados por cazadores.

—No penséis más en vuestros compañeros, en los cómplices de vuestra criminal vida—dijo Pantaka.—Pensad más bien en vuestra última hora, en la salvación de vuestra alma. Bebed este agua y dejadme curar vuestras heridas. Tal vez podré todavía salvaros de la muerte.

—Es inútil—contestó Madagusa.—Estoy perdido; los miserables me han herido de muerte. ¡Ah, cobardes! ¡Ah, ingratos! Me han inferido los golpes que yo mismo les había enseñado.

—Recogéis lo que habéis sembrado. Si hubiéseis enseñado el bien á vuestros compañeros, el bien es lo que hubierais reci-

bido. Los habéis enseñado el asesinato, y por esto moris á vuestra vez á manos de ellos.

—Tenéis razón—replicó el capitán de los bandoleros;—he merecido mi suerte, pero ¡qué horrible debe ser si necesito recoger en mi vida futura el fruto de todas mis malas acciones! Enseñadme, pues, santo hombre, lo que puedo hacer para aligerar el peso de los pecados que oprime mi pecho como una roca.

—Arrancad de vuestro corazón vuestros deseos de venganzo; sofocad vuestras malas pasiones y llenad vuestra alma de amor á todos los seres.

—Yo he hecho mucho mal y ningun bien. ¿Cómo puedo librarme de esa red de dolor que yo mismo he tejido con mis malos instintos? Mi *Karma* me conducirá al infierno, porque nunca he de poder encontrar la senda de la salvación.

—Sí; cierto es—dijo el fraile,— vuestro *Karma* recogerá en vuestras futuras encarnaciones el fruto de la simiente que habéis sembrado; el que ha cometido malas acciones, no puede evitar las consecuencias. Pero no desesperéis: todo hombre puede salvarse, á condición, sin embargo, de que haga el sacrificio de su propia individualidad. Como ejemplo, os contaré la historia de un célebre bandido, Kandata, que murió en la impenitencia y que renació demonio en el infierno, en donde sufrió los más terribles tormentos.

Allí estaba desde hacía muchos años, no pudiendo escapar á su desdichada suerte, cuando Buda apareció en la tierra. En aquella época memorable, un rayo de luz penetró hasta en el mismo infierno y encendió la esperanza en todos los demonios: «¡Oh bienaventurado Buda, tened piedad de mí!—exclamó el bandido Kandata.—Sufro horriblemente, y aunque hice el mal, quisiera caminar ahora por la senda de la justicia. Pero no puedo librarme de la red de dolor que me aprisiona. ¡Ayudadme, Señor, tened piedad de mí!» La ley de *Karma* exige que las malas acciones conduzcan á la pérdida. Cuando Buda oyó la plegaria del demonio que padecía en el infierno,

le envió una araña sobre su hilo, y la araña le dijo: «Agárrate á mi hilo, y sal del infierno.» Cuando la araña hubo desaparecido, Kandata se agarró del hilo y se puso á trepar. El hilo era tan sólido que no se rompió, y el demonio pudo ir subiendo cada vez más. De repente sintió que el hilo empezaba á temblar y á balancearse. Era porque otros desgraciados subían tras él; Kandata tuvo miedo; veía lo delgado del hilo, y cómo se iba todavía adelgazando por el peso creciente que soportaba. Si embargo, no se rompía. Hasta aquí, Kandata no había mirado más que hacia arriba. Entonces miró hacia abajo, y vió que una multitud inconmensurable de habitantes del infierno le seguía en su ascensión. «¿Cómo un hilo tan ligero puede soportar el peso de todas estas gentes?» pensó, y, asustado, exclamó: «¡Soltad mi hilo, que es *mío!*» Y de pronto el hilo se rompió, y Kandata volvió á caer en el infierno. Todavía estaba vivo en Kandata el sentimiento erróneo de la individualidad. No sabía la fuerza maravillosa que tiene el sincero anhelo hacia lo alto para cubrir el camino de la justicia. Este anhelo es tan ligero como un hilo de araña, pero levanta á millones de hombres, y cuantos más hombres haya, más ligero se sentirá cada uno de ellos. Pero en cuanto en un corazón de hombre nace el pensamiento de que ese hilo es de *él,* que el beneficio de la justicia le pertenece á *él* solo, y que nadie debe compartirla con *él,* el hilo se rompe, y el hombre vuelve á caer en su antigua situación de individualidad aislada. Ahora bien: el aislamiento es una maldición, y la unión una bendición. ¿Qué es el infierno? No es otra cosa que el amor de sí, mientras que Nirvana es la vida común...

—Hacedme, pues, que me coja del hilo de araña—dijo el moribundo Madagusta cuando el fraile hubo concluído su relación.

Madagusa guardó algunos instantes silencio, como para recoger sus pensamientos, y después añadió:

—Escuchadme bien: quiero confesaros todo. Yo era el esclavo de Pandú, joyero de Kolshambi. Pero, después de que

me hubo torturado injustamente, huí, y me convertí en capitán de bandidos. Hace algún tiempo, supe por mis espías que mi antiguo amo debía atravesar las montañas. Le sorprendí, y le robé la mayor parte de su fortuna. Id, pues, á decirle que le perdono con todo mi corazón el mal que me hizo injustamente, y que le ruego que me perdone el despojo de que le hice víctima. Cuando yo estaba á su servicio, su corazón era duro como una piedra, y de él aprendí á no pensar más que en uno mismo. He oído decir que se ha hecho mejor, y que se le cita como un modelo de bondad y de justicia. No quiero permanecer siendo su deudor; así, pues, os ruego que le digáis que he conservado ocultos en un subterráneo la corona de oro que hizo para el rey, así como lo restante de su tesoro. Solamente dos bandidos conocían ese subterráneo, y los dos han muerto hoy. Que Pandú, acompañado de gentes armadas, venga á recobrar los bienes de que le despojé.

Y Madagusa murió en los brazos de Pantaka, después de haberle indicado en dónde se encontraba el subterráneo.

El fraile fué en seguida á Koshambi, buscó al joyero, y le refirió lo que había pasado en el bosque.

Pandú encontró el subterráneo, y recobró todas las riquezas escondidas por el bandido.

Enterraron á Madagusa y á los bandidos muertos, y Pantaka, comentando sobre la tumba de aquellos las palabras de Buda, dijo:

«El individualismo produce el mal, y el individualismo es quien lo sufre.

»La individualidad evita el mal, y la individualidad se purifica.

»La pureza y la impureza pertenecen á la individualidad. Nadie puede purificar á otro.

»El hombre debe por sí mismo hacer el esfuerzo; los budas no son más que educadores.»

Pandú se llevó á Kolshambi todas sus riquezas, y disfrutando con moderación de la fortuna reconquistada, pasó el

resto de su vida tranquilo y dichoso, y cuando, á una edad avanzada, llegó su última hora, reunió á su alrededor á todos sus hijos y nietos, y les dijo:

—Queridos hijos míos: no acuséis á los otros de vuestros fracasos. Buscad la causa de vuestras desdichas en vosotros mismos, y si no estáis cegados por la vanidad, la encontraréis y aprenderéis así á evitar el mal. El remedio para vuestras desgracias está en vosotros mismos. Que la mirada de vuestra conciencia no esté jamás oscurecida por el velo de maya. Acordaos de las palabras que fueron el talismán de mi vida:

«El que hace sufrir á su prójimo, se hace daño á sí mismo.

»El que ayuda á otro, viene en ayuda de sí mismo.

»Que el error de la individualidad desaparezca, y marcharéis por el camino de la justicia.»

León Tolstoi

CRÓNICA LITERARIA

España trágica.—Episodio nacional, por D. Benito Pérez Galdós.

Acaso la publicación de los *Episodios nacionales* no despierta ya la apasionada curiosidad que en otros tiempos; pero la crónica del movimiento literario quedaría incompleta, si no mencionase con los honores correspondientes estos volúmenes que nacen con un apellido ilustre, como los herederos de las grandes casas, y llevan en su título general de *Episodios nacionales* el prestigio de una gran obra y de un gran escritor. Bástales, pues, á los nuevos *Episodios* ser parte de esta monumental construcción histórico-novelesca, levantada en treinta años de trabajo, para merecer la atención del público aficionado á las letras.

Los *Episodios* tuvieron al principio el atractivo de la novedad del género en España, el interés palpitante del asunto, donde se desarrollaba con toda su grandeza épica la lucha de España por su independencia en los principios del siglo XIX. Las facultades de Galdós como novelista, en pleno vigor juvenil entonces, dieron á los superiores materiales estéticos que brindaba la historia, todo el relieve plástico que pide la obra de arte; y cuando en la segunda serie de los *Episodios* sucedió á la fase épica de la guerra la fase dramática de las convulsiones políticas, aumentó el interés novelesco lo que perdía en grandeza el cuadro histórico, por donde los diez volúmenes de esta serie se mantuvieron á no inferior altura que los primeros,

y aun los superaron como creaciones novelescas. De toda la colección de los *Episodios*, es esta segunda serie la parte donde mayor intensidad alcanza el elemento novelesco.

Después, al cabo de bastantes años, aparecieron los *Episodios,* que podemos llamar de la segunda época, y tuvieron todo el interés de una resurrección. Galdós, en la plenitud de su fama, volvía al campo de sus primeros triunfos. Contra las previsiones que podían formarse al aparecer los primeros volúmenes de esta nueva sucesión de *Episodios*, y aun contra el mismo plan del autor, se han prolongado más que los antiguos, y han llegado ya en su evocación histórica á tiempos cercanos, de los cuales viven actores y testigos. Aunque la variedad de los sucesos políticos y sociales y la renovación de los personajes históricos son un manantial de novedad indefinida, esta novedad del asunto no podía llevar aparejada la del tipo de la obra, y toda la fecundidad y toda la fuerza imaginativa de Galdós no han podido hacer más, y ya han hecho mucho al lograrlo, que contener el inevitable languidecimiento de un tipo novelesco repetido en más de cuarenta volúmenes.

Galdós ha buscado, y ha conseguido en parte, la variedad posible; ha inventado una legión de personajes casi tan numerosa como la de los sujetos históricos, y en que se pierde la memoria del lector más diligente, pero no ha podido vencer en absoluto la monotonía que, más tarde ó más temprano, hace su aparición en estas largas series. Los últimos *Episodios* han perdido algo de la trabazón novelesca de los primeros; cada volumen se ha ido haciendo más independiente de los demás; las acciones generales de la serie ó grupo de novelas se han aflojado, disolviéndose en acciones particulares; pero esto no ha podido evitar en absoluto ese languidecimiento, que depende de que sobre cada nuevo volumen pesan los cuarenta anteriores. Por otra parte, las cualidades en que han mejorado los *Episodios,* la depuración del estilo, la elegancia y sobriedad en la narración, son de las que menos aprecia un público

poco literario, como es en general el nuestro.—Públicos literarios son los que conceden mucha importancia á la forma, saben apreciarla, y se gozan en sus bellezas;—en cambio, aquellas otras en que algo han decaído estas obras, como la inventiva novelesca y el interés y trabazón de las fábulas que sirven de armazón al material histórico, son las que más fácilmente cautivan á los lectores de novelas en todas partes, y singularmente en España.

Con todo esto, cada nuevo volumen de los *Episodios* de Galdós nos da motivo para admirar la extraordinaria fecundidad de este gran novelista y la lozanía que sus facultades conservan, tras la inmensa labor realizada, con la asiduidad de los grandes trabajadores de las letras, atenidos al *nulla dies sine linea*. Quizás esta gimnasia mental es lo que hace que Galdós, literariamente, no envejezca.

A diferencia del anterior *Episodio nacional*, *España sin Rey*, en que hay una acción novelesca y romántica en extremo, encerrada en el marco del estado político y social, el que ahora acaba de publicarse: *España trágica* sólo contiene un mínimum de novela, la suficiente apenas para mantener ligados, por la intervención de algunos personajes comunes, los varios incidentes históricos que forman el asunto de esta obra. *España trágica* es una novela que se compone de unas cuantas escenas históricas, relacionadas entre sí por un ligero armazón novelesco. Es una novela compuesta de descripciones y episodios, en que la modestia de la acción principal no distrae ciertamente la atención del lector de esas escenas salientes. Tiene *España trágica* más de historia poética y novelada que de novela.

El primero de dichos episodios es el duelo entre el duque de Montpensier y el infante D. Enrique. Están preparados hábilmente en la obra de Galdós los antecedentes del trágico desafío, para que el lector llegue con emoción y curiosidad al desenlace. Curiosidad digo, porque aun tratándose de un hecho conocido, esperamos ver reproducirse ante nosotros la escena,

contemplar el lugar del suceso, el semblante y ademán de los actores de aquella página trágica. En el *Episodio* de Galdós, la figura de D. Enrique tiene mayor relieve que la de su matador, honor tributado comúnmente á las víctimas, aunque en la realidad fuese Montpensier más importante. Así lo demuestra la opinión de los contemporáneos. Montpensier fué un candidato posible al trono, nunca D. Enrique; á lo más, pudo estorbar, como estorbó, á precio de su vida, el que se repitiera aquí la historia de Francia en 1830, y tuviésemos en otro Orleáns nuestro Luis Felipe. El entierro del infortunado infante y la fracasada manifestación masónica en tal ocasión intentada, ocupa también algunas páginas en la novela, páginas en que Galdós acredita la justeza de su visión histórica. La masonería estaba ya desacreditada en España, y verdaderamente, nuestro carácter se presta poco á estas asociaciones secretas ó semisecretas que, en un pueblo burlón y poco dado á ceremonias esotéricas, encuentran un mal terreno de cultivo.

Por *España trágica* pasa, como una de las figuras representativas de la época, la de Paul y Angulo. La presentación de este personaje es al principio un tanto teatral y hasta si se quiere pueril. Quizás lo era él también; fué, sin duda, un antisocial, un anarquista sin saberlo, sin filosofía ni sociología, de un valor fanfarrón y frío á la vez, pero no fingido. Le vemos al principio discutiendo y disputando en un vagón del ferrocarril con personas desconocidas. Después, la silueta de este personaje se va precisando y condensando. La escena del duelo con Ducazcal es la que más fielmente le retrata en *España trágica*. Con breves palabras, que reflejan el ademán del personaje, ha sabido darnos Galdós el retrato más certero de Paul y Angulo, la visión de cómo debió de ser aquel hombre, que en una época tranquila y en un Estado fuerte no hubiera dado que hablar más que á las *Gacetas de los Tribunales;* pero que en una época turbulenta y febril, fué una personalidad política, y en cierto modo una figura histórica.

Muy expresiva es la escena de la pelea entre la partida de

la Porra y los secuaces de Paúl y Angulo junto á la redacción de *El Combate*. Es quizás lo que tiene más sabor de época en la novela, la más intensa y vívida de sus descripciones. En el vocabulario corriente de entonces existía una palabra, felizmente caída en desuso, para expresar estas y otras alteraciones callejeras, frecuentes en aquel tiempo, y á que de antiguo estaban acostumbrados los moradores de Madrid, testigos de tantos alborotos, motines y algaradas, á que se dió más de una vez el pomposo nombre de revoluciones, aunque no pasasen de pronunciamientos y sediciones populares. Las gentes pacíficas llamaban á estos estruendos de la calle, muchas veces cruentos y lastimosos, *jarana;* y esta palabra genérica, que expresaba bien lo más saliente de tales hechos, el ruido, el tumulto, lo mismo comprendía las luchas en las barricadas, que las peleas de partidarios, tales como la que describe con tan fiel y viviente colorido Galdós. La partida de la Porra fué una vergonzante institución, moderadora de los derechos que llamó inaguantables uno de los más conspicuos políticos liberales, y que efectivamente lo eran muchas veces en la práctica por el uso inmoderado que de ellos se hacía. Aunque no fuese ciertamente una invención de los revolucionarios de Septiembre, porque en todas partes donde la autoridad política no sabe ó no puede imponerse cara á cara, busca esos medios descarriados de recobrar sus fuerzas, la partida de la Porra merecía que no la olvidase el cronista de aquel agitado período, y Galdós ha hecho bien en presentarla, como un rasgo de época, como una línea de la silueta de su *España trágica*.

Entre las varias cosas que hizo la partida de la Porra, figuró el ejercicio de la censura teatral, del modo brutal que podía esperarse de semejante órgano. El allanamiento del Teatro Calderón, en la representación de *Macarronini I*, es rigurosamente histórico en cuantos pormenores refiere el novelista, como lo es también la escena del cascotazo á Prim al regresar al Palacio de Buenavista. En estos pormenores de la novela no hay nada inventado. Galdós, que entonces se hallaba en

Madrid, debió de presenciarlos ú oirlos referir á testigos presenciales, y conserva fresco el recuerdo de aquellas escenas en que á menudo se alió lo grotesco con lo trágico.

Termina la novela con el asesinato de Prim. Aquel crimen político, que tan grande y legítima resonancia tuvo, por recaer en la persona del que había llegado á ser la principal figura del régimen provisional que estableció la Revolución en España, ha sido relatado y descrito minuciosamente muchas veces. Aunque en la novela está presentada la escena con valentía, poco podía añadir esta página á lo que con tan menudo detalle sabemos, y poco añade. Más nuevo resultará acaso para algunos lectores de *España trágica* la pintura de las incertidumbres sobre el estado de Prim después de aquella agresión alevosa, la lucha entre la vida y la muerte, y el fin de aquel hombre excepcional que, sobre las virtudes y defectos de los grandes aventureros de la raza, que hubieran podido hacer de él en otros siglos un Hernán Cortés ó un Francisco Pizarro, poseía un raro talento de político. A modo de ilustración histórica, intercala Galdós en su *Episodio* el proyecto de autonomía ó independencia de Cuba mediante convenio con los Estados Unidos de América, al cual los desastrosos sucesos posteriores han dado el valor de una adivinación feliz, pero cuyo fracaso fué, hay que reconocerlo, completamente lógico, porque los pueblos no se resignan á las amputaciones hasta que no se ven perdidos. España no había llegado aún al grado de escepticismo y desesperanza colonial que se necesita para consentir estas separaciones. ¡Qué mucho que no se hubiese llegado en 1870, si todavía en 1897 no fué posible la solución pacífica propuesta por Onley, y hubo que llegar en el año siguiente á la guerra, que es quien últimamente ata y desata los lazos entre pueblos!

***

Aunque el relato de todos estos sucesos es muy exacto y pintoresco en la novela, á veces la sensación de presencia se

debilita, la escena palidece; parece que la contemplamos desde lejos. La razón de ello es quizás que los personajes novelescos que ha ideado Galdós no figuran en los sucesos más que como testigos, y á veces como simples curiosos; no son actores de la acción histórica que la novela presenta, como lo han sido en las suyas correspondientes otras de las figuras de los *Episodios*. Esto contribuye á dar á las descripciones cierto carácter de relato, de cosa sabida de referencia ó curioseada á distancia. Tanto es así, que la escena que tiene en la novela más enérgico colorido (sin ser de las principales), la de la pelea entre los de la partida de la Porra y los amigos de Paúl y Angulo á las puertas de *El Combate*, es precisamente aquella en que el protagonista, Vicente Halconero, toma parte activa, sin limitarse al papel de un espectador.

La acción novelesca de *España trágica* es, como ya he indicado, muy reducida. Al principio promete mucho interés con el episodio amoroso entre Fernanda (la heroína de *España sin Rey)* y Vicente Halconero; pero la novela que ahí se esbozaba muere en flor al morir Fernanda, y ya no ocurre nada digno de atención en el terreno novelesco. Vicente Halconero se pasea por la novela, asistiendo á éstos ó los otros sucesos históricos, y por último, se casa con una prima de su antigua novia.

Fuera de Fernanda, que sólo hace una fugaz aparición en la novela, los demás personajes tienen poco relieve. Compárese á Vicente Halconero con los Araceli y los Monsalud de los primeros *Episodios*, y habrá que confesar que la raza de los protagonistas ha venido muy á menos. El novelista ha querido adornar á dicho personaje con nobles prendas: le ha hecho discreto, enamorado, valiente, muy celoso de su honor; pero con todo esto, resulta un sujeto vulgar, que no hace más que ambular por la novela á caza de sucesos que presenciar.

Más interés despierta su amigo Segismundo, un escéntrico, bohemio de afición, que anda por tascas y tugurios codeándose con las capas inferiores del pueblo, y que en sus ratos de

ocio, que son muchos, se dedica á filosofar sobre los sucesos políticos que á su alrededor se desarrollan, y aun se lanza á veces por el oscuro sendero de la profecía. Aunque no tan curioso como el *Confusio* á quien conocimos en los pasados *Episodios*, es un tipo bien presentado, perteneciente á esa familia de anormales que Galdós se complace en introducir en sus libros, y que nadie como él ha sabido representar en la novela española.

La maestría del novelista, el *savoir faire*, es lo que se destaca en *España trágica*. Sin argumento novelesco apenas, con escenas y sucesos sueltos, ha sabido formar Galdós un cuadro de época que se apodera del ánimo del lector y le hace recordar páginas históricas en que duermen muchas lecciones. Esa habilidad en la manera de conducir el relato, de intercalar los incidentes, de mover los personajes, hace que apenas se adviertan en la lectura los defectos del nuevo Episodio.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Crítica: Las sufragistas.=Historia: La vida en los pueblos durante la guerra de la Independencia.=Ocultismo: Radioactividad universal y radioactividad humana.=Anecdótica: Una *tournée* teatral.=Impresiones y notas: Curas por sugestión.—Del conejo al hombre.—La cremación de los cadáveres ante la teosofía.—La supresión de las repeticiones en la ópera.

CRÍTICA

Las sufragistas.—Todos nuestros lectores saben que, en Londres especialmente, la organización feminista ha llegado ya á revestir caracteres francamente políticos, pretendiendo las más radicales del grupo que se conceda á las mujeres el derecho de elegir y ser elegidas para todos los cargos de elección popular, organizando al efecto reuniones y manifestaciones de todos géneros, bastante ridículas por cierto en muchas de sus formas.

¿Cómo debe llamarse el partido que tiene estas pretensiones? Con el escaso tacto con que, por falta de cultura neológica, suelen proceder nuestros importadores de voces exóticas, sean ingenieros, comerciantes, médicos ó periodistas, al encontrarse con que los periódicos franceses, que son aquí generalmente el vehículo de todo modernismo lingüístico, llaman á las electoreras inglesas *sufragettes*, nuestros gacetilleros, un tanto desconcertados, no han sabido cómo traducirlo, y los unos han optado por llamarlos *sufragetas*, otros han preferido llamarlos *sufraguitas*, y otros han estimado mejor el nombre

de *sufragistas*. Ahora bien: ¿cuál de estos tres nombres es el que mejor se ajusta á las exigencias de la neología castellana? Desde luego hay que desechar los dos primeros, por no corresponder á la forma que debe revestir el nombre que se busca.

Sufragetas, en efecto, es de todo punto inadmisible, pues la terminación *-etas*, aunque existe en voces castellanas (*atletas, poetas, pesetas, jugarretas, panderetas*, etc.), no es la característica propia para designar un partido; y otro tanto pasa con la desinencia *-itas*, de *sufragitas* ó *sufraguitas*. Lo mismo *etas* que *itas*, se emplean hoy únicamente con el valor de diminutivos; y aun cuando es cierto que la palabra *sufragettes* tiene precisamente ese valor que le da la terminación *-ette*, no puede eso admitirse como argumento valedero, porque *sufragette* es una palabra francesa tan inadmisible en buen francés, como lo es la de *sufragetas* en buen castellano. Calcar sobre un término mal formado de una lengua otro término semejante de otra, es autorizar una falta y repetirla.

En castellano, para indicar un partido, secta, religión, etc., tenemos la desinencia *-ista* (*carlista, petrarquista, anabaptista*, etc.), aunque tengamos también otras muchas, como *-ano*, en *cristiano, republicano*; *-ico*, en *católico, apostólico*; de modo, que, tomando la raíz *sufrag*, de *sufragio*, y añadiendo la terminación *-ista*, característica del sentido que se quiere expresar, se forma el término *sufragista*, que es el único modo de decir bien lo que se pretende. Si luego se quiere añadir al sentido general de la palabra otro especial, diminutivo ó despreciativo, tómense los sufijos correspondientes, que en castellano los tenemos abundantes, y dígase *sufragistillas, sufragistuchas, sufragistonas, sufragistazas*, según el gusto de cada cual.

HISTORIA

La vida en los pueblos durante la guerra de la Independencia.—¡Qué vida tan horrible debieron llevar los desgraciados pueblos españoles durante la invasión francesa! Hoy, obli-

gados á recibir á las tropas aliadas ó á las bandas de guerrilleros que por todas partes se levantaban; mañana, invadidos por las legiones del usurpador, y á cada momento víctimas de todo género de atropellos, exacciones y amenazas. Se vivía en continua zozobra, y ricos y pobres estaban siempre á merced de todas las exigencias y caprichos de unas y otras bandas. Y todavía lo podían pasar mejor los pobres que los ricos, porque aquéllos se retiraban al campo, llevando con su cuerpo cuanto poseían, mientras que los ricos tenían que sufrir todas las depredaciones y hasta todas las ignominias.

Cuadro acabado de lo que era esta vida de los pueblos, nos lo suministra uno de los documentos de la interesante y copiosa colección diplomática, que sirve de complemento á la obra *Extremadura en la guerra de la Independencia,* precioso y meritísimo trabajo con que el laborioso é inteligente archivero de Hacienda de Badajoz, D. Román Gómez Villafranca, ha contribuído á los estudios de nuestra gran guerra nacional.

Aun siendo Extremadura una de las regiones que, por su excentricidad, menos sujetas estaban á las idas y venidas de los invasores, puede verse, por lo que pasaba en Arroyomolinos de Montánchez (Cáceres), á pesar de lo insignificante de esta población, lo que era la vida en aquellos tiempos del pasado siglo. He aquí íntegra la comunicación del alcalde á la Junta Central, en la que da cuenta de los sucesos ocurridos en el pueblo desde mediados de Abril á fines de Julio de 1809:

«Excmo. señor:

»Aunque por repetidos conductos estará V. E. satisfecho de la horrorosa conducta de la pérfida nación francesa en la desgraciada visita que acaba de hacer á esta Provincia; creo de mi obligación hacer presente las operaciones de los trozos que en esta infeliz Villa se han hospedado para penosa memoria de sus habitantes.

»El 5 de Abril último llegó una compañía de Dragones, número 9, la que, por su corto número, ó porque su jefe fuese

de un carácter menos reprensible, se portó con la moderación regular. El 15 se presentó una partida como de Artilleros, tan atrebidos y desatentos, que, no perdonando respetos ni autoridad, se entran por casas y bodegas, robando quanto dinero y vino encontraron. Seguidamente, y como las ocho de la noche, con tambor batiente, llegaron sobre 200 hombres de Infantería, número 63; luego se aposentaron que fué á su voluntad, principiaron á registrar, robar y saquear, que era una compasión ver tanta desverguenza. Por tales hechos, se retiran las gentes al despoblado, y á 15 de Mayo se presentaron como unos 300 del número 27, y una partida de Vsares, 5.° de Wefalia, que, cogiendo las entradas del Pueblo, se dirigieron otros armados á la Plaza, y otros al sitio donde se hallaban el maior número de mujeres con sus hijas y ropas: (aquí tiembla la pluma) corren y persiguen á la honestidad, manchan y desfloran el honor más inviolable, y con el maior insufrible ardor, roban y destrozan lo más precioso, hasta que saciada la fiereza bárbara y licenciosa codicia, haciendo alarde de tanto desacato después de desarmar al pueblo, armados y con tambor batiente, se marcharon para Alcuescar. A las ocho y media de la noche del 15, se presentaron como unos 600 de Infantería, número 16, y 400 cazadores de Caballería, número 26; unos y otros principian de nuebo á saquear y diciendo que al siguiente día vendrían otros 2.000 de una y otra clase: esta noticia, enbuelta en amenazas, dió margen á que muchas personas se retirasen al campo por no esperar algún mal accidente, aunque no se verificó la venida de los últimos, y sí la salida del 16, como á las diez del 14, este cuerpo mandó pasar por las armas con el modo más infame y bajo á Miguel Torres, de esta vecindad, de los más miserables por su edad avanzada, por su corta corpulencia, y por no proceder más formalidad que suponer los soldados que iban á robar habas á un habar que custodiaba Torres, haver encontrado un fusil francés allí; el número 26 subsistió hasta el 15 á el mediodía, en cuio tiempo desperdició mucha porción de trigo, dando mal

trato á los patronos. El 28 vino el número 50, compuesto de 450 caballos, poco más, poco menos, que perseveró hasta el 29, en cuio tiempo exerció su natural conducta, destrozando casas y haciendas, gastando con profusión los granos que havían de ser ó servir para la susistencia de estos naturales. El 29 del mismo Mayo se aposentó nuevamente el citado Vsares de Wefalia. ¡Válgame Dios qué tropa tan apreciable! Su Coronel Provisor Juez Ecclesiástico de dicha ciudad, digno, por sus qualidades, discípulo de Napoleón: este hombre, entregado á todo desorden no oie quejas ni lamentos; es tapadera ó disimulador de robos, quando él por si no los hace; foventaba al oficial soldado á causar todo género de maldad, ya encerrando doncellas honrradas; los primeros para no tener auxilio, ponen soldados de guardia, que impedía todo socorro; para que en todo se completase la escena, dió orden el exprovisor que, á las nueve de la noche estubiese recogido todo paisano, pues el que después se encontrase sería pasado por las armas: Aquí es ver la tragedia más temerosa, con trompetas y clarines; acobardan al paisano, dando libertad al soldado, habre y descerraja puertas y comete todo género de delitos.

»Para que en todo se verificase su perfidia, extractase con brevedad, y verdad, el suceso ocurrido á Fr. Alonso Gil y al que subscribe con dicho Cuerpo. El 7 de Junio, á las ocho de su mañana, llegó á mi persona un Teniente-Capitán, preguntando que en dónde se hallaba el exército español ó inglés; respondí que lo ignoraba; repitió que él y otro camarada suyo querían desertarse, y deseaban saber qué premio daba España á los oficiales y soldados que á su exército se pasaba; contesté que de oficiales, lo ignoraba; y en cuanto al soldado de infantería, 200 reales, y si llevaba fusil, 300; al de Caballería, dicha cantidad y el valor del caballo; con lo que se concluió el acto. A las cuatro de la tarde del mismo día volvió el citado oficial y otro compañero, también teniente, solicitando escribiese un papel á el exército (que ellos sabían se hallaba en Medellín), preguntando los referidos premios; contestéles no era regular eso, por-

que quien lo condujese, se exponía á mala suerte por sus patrullas y avanzadas; satisfechos, instan les proporcionase guía que los condujese; correspondíles que, obrando con buena fe, no faltaría, y, enterados, encargándome el secreto con la mano puesta en el pecho y la palabra de honor, se despidieron. A las cuatro de la tarde del 8 se volvieron á presentar con un sargento, diciendo que éste entendía mejor el español, tratase con él; se volvió á repetir la ceremonia antedicha, y vajo su tenor, dice el sargento: Los señores oficiales, otro camarada mío, mi asistente y ocho soldados, estamos dispuestos pasarnos á el exército español esta noche; y el motibo es que Napoleón entró en la Wresfalia talando y arrasando; después nos ha conducido á la guerra de España, y ahora se ha levantado nuestra tierra, y no queremos servirle, porque no queremos ayudar á un enemigo de nuestra Patria, y, por lo mismo, es indispensable, bajo los seguros dichos, les proporcionase guía que los condujese. En tan apurada crisis, considerando el beneficio á la Patria y confiado en tan sinceras promesas, hablé al referido Fr. Alonso Gil, religioso carmelita descalzo, se encargase en la execución, quien, dando pruebas de mayor patriotismo, no tubo el menor reparo en admitir la comisión; después volvió á presentarse el citado sargento, solicitando se les proporcionase vino, y haría, con los oficiales, se presentasen 48, que ya estaban concertados; á costa de diligencia, se proporcionó arroba y media, que costó 457 reales y medio, con respecto á 305 la arroba, y aunque todo se hizo con el maior sigilo, á las diez de la noche fuimos presos, y comparecidos ante el citado Coronel y oficiales, que hacía de acusador el pérfido sargento, allí nos trata de sobornadores y solicitadores, y al religioso de guía ó espía; en este acto hicimos presente nuestra inocencia, y que los seducidos éramos nosotros, expresando las circunstancias; de tan buen juez y congreso no se podía esperar otra cosa que atarnos, conducirnos á la prisión y con centinelas de vista por cuatro días, tratando de quitarnos la vida, que se hubiera verificado si el Teniente Coronel comandante no hubiese

protegido nuestra inocencia con el sacrificio de 2.400 reales, precio en que se reduxo después de haver pedido 36 onzas de oro; es de advertir que los oficiales, sargento y demás confederados no tubieron más reprensión que quedar dispuestos, ó tal vez aconsejados, á hacer otro engaño semejante, para robar, atemorizar ó matar.

»Este es el mapa que manifiesta por maior lo ocurrido en en este pueblo por la tropa Francesa; este pueblo no dejará de gemir y llorar por los males que le han acarreado tan buenos guéspedes, todo lo cual pongo en la alta consideración de V. E. para que dándole la estimación que juzgue oportuna, prevenir á la inocencia, no se deje engañar con falsas apariencias, y teniendo el honor de hacer presente cuanto llebo manifestado con toda verdad á V. E., espero me ordene quanto sea de su agrado que obedeceré gustoso.

»Dios guarde á V. E. muchos años para bien de la Monarquía y esta Provincia. Arroyomolinos de Montauchez 24 de Junio de 1809.—Excmo. Señor.=Josef Martinez Davila Solano.»

OCULTISMO

Radioactividad universal y radioactividad humana.—Interesante es el trabajo que con dicho título publica el general Barattore en la revista filosófica *Ultra*, de Roma, fundado especialmente en los trabajos de laboratorio de Crookes, Röntgen, Righi, Le Bon, Becquerel, Curie, Elbe, Reichembach, De Rochas, Baraduc, etc.

Las radiaciones humanas, ya estudiadas por Crookes con el nombre de fuerzas psíquicas, han dado testimonio de sí, no sólo por las placas fotográficas, sino por medio del biómetro, aparato inventado por el médico Baraduc: consiste en una aguja, suspendida de un hilo de seda, no retorcida, y encerrado en un cilindro de vidrio de modo que no pueda penetrar en él le aire ni las influencias exteriores; el cilindro está con tal ob-

jeto recubierto de una doble coraza de alambre colodionado adiatérmico, que no deja pasar el calor, y de una coraza adiaeléctrica que no deja pasar la electricidad, y el todo recubierto por una capa de seda. En estas condiciones, la aguja puede ser influída sin contacto á través de las paredes de cristal por las radiaciones emanadas de una mano situada á distancia. Se obtienen así desviaciones de la aguja, que varían de 40 á 75 grados en todos sentidos, siendo atraída y rechazada «según el estado de salud ó la disposición mental» de las personas; esto da origen á diversas fórmulas biométricas que marcan el sentido y la marcha de nuestros íntimos y ocultos movimientos. La aguja marca los movimientos del alma como un espejo refleja nuestras facciones; si nos acercamos al biómetro en un momento de alegría, veremos una oscilación enteramente distinta de cuando estamos tristes, y la mano del ladrón produce un movimiento muy distinto de la del filántropo.

En una Memoria de Baraduc, presentada en el último Congreso Médico Internacional de Munich, afirma, en una de sus conclusiones, que «el alma humana se contrae y se alegra por medio de sus movimientos respiratorios y mantiene en torno de sí misma, como centro, una zona especial de respiración, una atmósfera particular personal, su atmósfera fluídica; la entidad humana, nuestra alma, no es solamente movimiento, sino también luz: se mueve y brilla».

El Dr. Richerand dice que el fluido vital, ó mejor, el principio de la vida ó alma, vivifica cada molécula viviente en nuestro cuerpo, cada órgano y cada sistema de órganos; puede, pues, decirse que tenemos dos cuerpos: uno de materia grosera y otro de fluido vital; ambos se gastan, se restauran y se renuevan del mismo modo. Así se explica que quien tiene una pierna amputada, sienta á veces dolores en la pierna que no existe.

Establecida así la existencia de este doble cuerpo, se explica que todas las modalidades del sentimiento, placeres y dolores, amor y odio, esperanzas y desengaños, etc., deberán ar-

monizar con las vibraciones de una materia muy distinta de la del cuerpo puramente físico y diversa también de la que constituye el doble etéreo; los átomos de tal materia deben vibrar con movimiento muy diferente de los otros. Y aquí nos encontramos en presencia de un tercer cuerpo ó principio que los teósofos y ocultistas llaman astral.

Este tercer principio ó cuerpo es el que puede hacerse independiente del cuerpo físico, como ocurre con los sueños. El sonambulismo, la hipnosis, prueban la verdad tangible de estos varios cuerpos, ó, como otros los llaman, de estos estados varios de conciencia. Aunque no se quiera conceder la salida del cuerpo etéreo del físico, no puede negarse su exteriorización ó irradiación probada por rigurosos experimentos. Del mismo modo, así como cada función de nuestro organismo tiene un elemento especial, sangre, músculos, huesos, nervios, para ejecutarla, así el pensamiento, tan distinto por sí mismo de la sensibilidad, debe ser resultado de un cuarto movimiento en el éter de materia más sutil que la del cuerpo astral, y que podemos llamar mental, denominando mental el cuerpo ó principio que le corresponde y sus irradiaciones respectivas.

Siguiendo el mismo procedimiento, se llega á un quinto estado de materia diferente del pensamiento, pues fácil es comprender la enorme diferencia de los pensamientos que se refieren á seres concretos de los que afectan á seres abstractos ó puramente ideales; á este cuerpo da la antigua sabiduría el nombre de cuerpo mental superior, constituyendo con los otros cuatro la sustancia del sér humano. Sutilizando y diferenciando, se podrá acaso llegar á materia más esencial, la que se refiere á las vibraciones todavía más sutiles de la espiritualidad, como, por ejemplo, los estados de éxtasis; tendremos así una sexta condición del sér, que si no queremos llamarla cuerpo, podremos llamarla principio ó espíritu-materia, y así llegamos al dintel del verdadero principio, el *Ego,* que absorbe todos los demás, y da entonación á esta máquina perfecta.

Son siete, pues, los escalones por nosotros subidos desde la pura materia, nuestro cuerpo de carne, hasta el *Ego*, el microcosmo.

Estos siete principios ó cuerpos tienen entre sí relaciones orgánicas trascendentales, y las vibraciones de cada uno reobran sobre los otros y dan impulso á vibraciones nuevas. La falta de uno no implica necesariamente el aniquilamiento de los otros, y si tal ocurriese, se operaría por grados, empezando por el cuerpo físico, que tiene las vibraciones más groseras. Si luego consideramos que, por la infinita subdivisión de la materia, ésta llega á confundirse con la energía, y la energía puede transformarse, pero no perderse, deduciremos que hay en nosotros un principio que no perece.

El paso de un cuerpo á otro, del físico al etéreo ó vital, de éste al de los deseos ó astral, etc., se comprueba con experimentos que producen la convicción plena de su existencia. No está al alcance de todos esta experimentación, pero las ciencias ocultas enseñan el método para ello. El primer experimento, el paso del cuerpo físico al etéreo, es el más fácil para quien quiera ejecutarlo: se obtiene con los anestésicos, como el cloroformo, ó con el hipnotismo. La vida en este caso se retira del cuerpo físico que queda insensible, y si ocurre que el anestesiado tenga viva la conciencia, durante una amputación, por ejemplo, verá extendido su propio cuerpo en la mesa anatómica, y asistirá á toda la operación. No hay que omitir la propiedad del cuerpo etéreo, de emitir radiaciones que se exteriorizan y materializan, hasta el punto de constituir una verdadera fuerza física; á las personas que tienen esa posibilidad, les es fácil mover y transportar objetos á distancia, y así se explican muchos fenómenos que se creen espiríticos, y son solamente anímicos.

El cuerpo astral ó de los deseos, tiene la propiedad de alejarse del cuerpo físico mientras éste se halla sumergido en el sueño, transportándose á grandes distancias con la velocidad del pensamiento, y en ciertas condiciones particulares puede

hasta hacerse visible, dando así lugar al maravilloso fenómeno de la bicorporeidad.

Los clarividentes ven los colores de todos estos cuerpos en sus diversos estados: el cuerpo etéreo, en calma, tiene un tinte gris violáceo; el astral, una luz argéntea pálida, semejante á la de la luna y á la que suelen revestir los fantasmas en las sesiones psíquicas; el cuerpo mental es amarillo dorado, con tintas más ó menos vivas, según la mayor ó menor inteligencia ó elevación del sujeto.

Nuestro cuerpo físico es centro de una especie de nimbo, que lo envuelve de la cabeza á los pies, en forma oval, por lo que se llama *huevo áurico*. Ahora bien: si el biómetro ó bioscopio marcan las variantes de la fuerza radioactiva, el color indica su cualidad, dependiente de nuestras emociones y pensamientos; el aura del vicioso es muy distinta de la del virtuoso; los rayos y las saetas brotan del aura de la persona encolerizada; pequeños y numerosos rayos rosados se forman en torno de la madre cuando besa con ternura á su hijo; azul celeste es el aura de los devotos; el hombre abatido se ve como encerrado en haces de tintas oscuras; el avaro, en una crisálida oscura con haces lívidas; el malvado, en un manto negro; el irascible, en una gran mancha rojiza como una lluvia de sangre; la virgen, en un nimbo con reflejos de plata y oro; las Mesalinas, en un solo torbellino de foscas y turbias tintas; el aura de los místicos y de los que han llegado al ápice de la evolución son de tal esplendor, de tal transparencia y alegría de colores, que es imposible describirla.

Todo esto puede parecer maravilloso, pero no debe suscitar ninguna incredulidad. ¿Qué hay de extraño en que vibraciones de sustancias tan sutiles como las descritas, produzcan radiaciones coloreadas, cuando nosotros, con una palabra, con un gesto, con una simple mirada, podemos hacer enrojecer á un niño ó á una muchacha, y palidecer un rostro viril? La misma lengua usual depone en favor de lo que afirman los clarividentes. ¿No decimos humor negro, negros propósitos, ho-

ras grises, rosado porvenir, verdes esperanzas, sueños dorados, aureola de gloria, etc., expresiones que revelan todo el simbolismo de las flores y de los colores? Las vibraciones del pensamiento no sólo producen iridescencias caleidoscópicas, sino auras violadas como pompas de jabón. Las vibraciones á que han dado impulso conceptos metafísicos, se presentan al clarividente con formas de triángulos, pentágonos, círculos, cubos, pirámides y demás figuras geométricas. De un buen pensamiento resultan flores; de uno malo, espinas; en el aura astral, un fuerte buen augurio forma una rosa; la maldición, un puñal; una potente súplica á Dios forma una estrella con reflejos dorados.

Como conclusión de todos estos hechos, puede afirmarse que el pensamiento humano puede tener una existencia objetiva, como ya Platón había supuesto, de donde se sigue la posibilidad de las comunicaciones telepáticas, que no son otra cosa que la transmisión del pensamiento, por modo semejante al de las ondas herzianas del telégrafo sin hilos. Admitida la objetividad del pensamiento, no se tardará en obtener su fotografía, como ya lo han intentado, no sin resultado, Tegrand, Rozier y otros. Lo que llamamos invisible, no lo es sino relativamente, según la capacidad de nuestros sentidos. Las atractivas y originales descripciones de luces, colores, formas, pensamientos, pinturas de lo invisible, pueden parecer fantásticas; pero no por eso deben dejarse de reconocer verdaderas, como se reconocen las aserciones de los astrónomos cuando describen la naturaleza física de los astros. De todos los varios cuerpos mencionados, el que más próximamente nos interesa, después del cuerpo físico, es el etéreo, tan ligado al físico, que casi se confunde con él. Sus irradiaciones al exterior del cutis son de color gris violáceo, con estrías paralelas, que indican buena salud cuando se ven rígidas, y enfermedad cuando se presentan flojas, caídas, cruzándose desordenadamente. Si los médicos profundizasen esta doctrina, sacarían no poco provecho, pues podrían reconocer fácilmente las con-

diciones del enfermo por las irradiaciones del aura de salud, y averiguar sin vacilación, con una rápida ojeada, el asiento del órgano enfermo, porque allí es donde afluyen con preferencia las irradiaciones flojas y como replegadas en la extremidad.

La radioactividad humana es fuente de bienes y de males, cambiando continuamente sus propios elementos con los del ambiente. Así se explica el indefinible malestar que se siente cuando se halla uno junto á ciertas personas. Se comprende por qué el sabio Salomón quería en su vejez tener siempre á su lado dos mujeres jóvenes, á fin de que, el cambio de los átomos de fuerza vital y el cruce de las radiaciones, reavivase la energía de su aura de salud. Se aprende cómo por la fuerza de voluntad se pueden replegar las extremidades radiantes del cuerpo etéreo, formando una envoltura que defienda al cuerpo físico de las influencias exteriores, sin dejar penetrar en él los gérmenes del mal.

ANECDÓTICA

UNA «TOURNÉE» TEATRAL.—De las memorias que, con el título de «Cosas vistas, cosas vividas», viene publicando en *La Revue*, de París, la señora Thenard, de la Comedia Francesa, entresacamos la excursión que hicieron los artistas del primer teatro dramático de Francia á Bruselas y Amsterdán durante los tres días de vacaciones de Semana Santa.

Algunos días antes, hablando los artistas entre sí del cierre de la Comedia durante el Jueves, Viernes y Sábado Santos, uno de ellos exclamó: «Sería muy agradable aprovechar estas pequeñas vacaciones para ir á representar en otra parte.» Agradando á todos la idea, la señora Thenard propuso ir á Bruselas.—«Sí—dijeron todos;—Bruselas estaría muy bien, pero necesitaríamos un buen teatro, la Moneda, por ejemplo; pero la Moneda es la Opera, y el Consejo municipal no consentirá nunca en prestarla para comedia.»

La señora Thenard tenía su idea, y no desistió de su pro-

yecto; todos querían ser de la partida, cosa imposible por los gastos enormes de transporte y alojamiento; la Thenard escogió á Sarah Bernard, la Lyod, la Provost, Guion Ponsin, Broisat, Martin, Mauvant, Talbot, Boucher y algunos otros, en junto catorce personas, que representarían *Las Mujeres sabias, El Transeunte* y un acto de *Fedra*, la primera noche; y *El Avaro, El Misántropo* y lectura de versos, la segunda. Arreglada así la cosa, no faltaba más que... obtener la cesión del teatro, ¡una friolera!

Un día que no tenía papel en la Comedia, la Thenard tomó el tren y se marchó á Bruselas, advirtiendo de su visita á los directores de la Moneda, Calabresi y Stoumon; llegó á las cinco de la tarde, y fué directamente á visitar á Stoumon, á quien expuso su proyecto.

—Corriente—le dijo éste;—acepto el 60 por 100 de los ingresos, y corro con todos los gastos; pero hay que ver al Burgomaestre y obtener la cesión de la sala; lo que no será fácil, pues yo no puedo hacer nada sin sus órdenes.

Eran las seis y media, y Stoumon retuvo á la Thenard para comer.

—Ya sabe usted—le dijo ésta—que me vuelvo en el tren de media noche, porque tengo ensayo mañana en la Comedia; importa, pues, que vea esta misma noche al Sr. Anspach.

—¡Esta noche!—exclamó Stoumon, levantando los brazos al cielo.—¡Es imposible! No recibe más que hasta las cinco, y son las siete.

—¿Irá al teatro?—preguntó la Thenard.

—Seguramente que sí.

—Pues allí le veré.

Después de la comida fué, en efecto, á la Moneda; esperó á que el primer acto de los *Pescadores de perlas* terminase, alisó sus cabellos, se puso un par de guantes blancos, y ¡á la buena de Dios! bajó al palco del burgomaestre.

—¿Qué feliz casualidad la trae á usted por aquí?—dijo el ilustre Anspach.

—Señor burgomaestre—contestó ella con el mayor aplomo de que era capaz.—Vengo á pedirle á usted la Moneda para el Jueves y Sábados Santos.

—¿La Moneda? ¿Y para qué, querida señora?

—Pues para representar en ella, con mis compañeros, hermosas piezas francesas que vendrá á oir el excelente público bruselés. Ya comprende usted que la Comedia Francesa no puede representar dignamente más que aquí, en la Moneda.

—Pero ya sabe usted que eso es imposible—replicó el señor Anspach.

—Sí, sí, ya lo sé, señor burgomaestre; por eso precisamente he venido de París para pedírsela á usted. Es usted siempre muy bueno para con los artistas, y tendrá usted el mérito, al concedernos lo que deseamos, de haber hecho por ellos una cosa extraordinaria, única.

Discutieron el asunto una media hora, al cabo de la cual Anspach preguntó:

—¿Qué día se marcha usted?

—¿Qué día, señor? Pues esta misma noche, á las doce.

Estupefacto el Sr. Anspach, se volvió hacia los regidores.

—Señores—les dijo:—hay que estudiar la cosa en el próximo entreacto, ó si á ustedes les parece, ahora mismo.

Explicada de nuevo la combinación por la señora Thenard, haciendo valer las probabilidades de éxito artístico y pecuniario del proyecto, el burgomaestre y los regidores deliberaron aparte, y á las once la enviaron á buscar.

—En consideración—la dijeron—á la importancia y á la reputación de la compañía, acogemos favorablemente su petición, y la concedemos la Moneda para dos veladas teatrales.

La Thenard volvió triunfante á París, con su autorización en el bolsillo. Cuando estaban preparando la artística excursión, una noche, mientras la Thenard esperaba entre bastidores su llamada á escena, Clemencia, su camarera, la dijo:

—Señora, en su cuarto de usted hay un caballero que desea verla.

—¿Quién es?

—No ha dicho su nombre, pero tiene aire de extranjero.

En el entreacto de *Las mujeres sabias*, subió y se encontró con un hombre alto, rubio, de fisonomía distinguida, aunque algo atrevida, y muy correctamente vestido.

—Buenos días, señora—la dijo;—*felahí* más de un *guarto* de hora que la estoy *acuardando* á usted.

—Lo siento mucho, caballero, pero estaba en escena... Y ante todo, ¿quién es usted?

—*¡Gómo!* ¿No me *gonoce* usted?—dijo el visitante asombrado con su acento medio alemán, medio holandés.

—Absolutamente, caballero. Si usted me quiere decir su nombre...—dijo un poco picada la Thenard, que había permanecido en pie para que el otro comprendiera que deseaba cortar la conversación.

—*Cho* soy Schurmann—contestó el extranjero sin desconcertarse y sentándose al mismo tiempo.

—¿De veras, caballero? ¿Es usted Schurmann? Me alegro mucho de saberlo, pero me quedo como estaba. Y decidida á despedirlo, se adelantó hacia la puerta, enseñándosela con el gesto; pero él se echó á reir silenciosamente, y siempre imperturbable, repitió:

—*Cho* soy Schurmann, y *fengo* á *gontratarla* á usted.

—¿A contratarme á mí? ¿A mí?...

—Sí, á usted y á toda la *Gomedia*.

—Pero, caballero, la Comedia Francesa no se contrata de ese modo.

Entonces la advirtieron que empezaba el tercer acto, y añadió:

—Ya ve usted, me veo obligada á volver á escena; si desea usted hablarme, venga otra noche.

—No, no; *cho foy* á esperarla aquí; *cho* necesito su *gontestación* esta misma noche.

—Bueno, como usted quiera.

A su vuelta al cuarto, creyendo que se habría marchado

por su poco favorable acogida, se sorprendió al verle tranquilamente sentado en el mismo sitio leyendo un periódico.

—Vamos, caballero—le dijo;—explíquese usted ahora.

—Usted *fa* á representar en Bruselas los tres últimos días de Semana Santa, ¿no es *fertat*?

—¿Cómo lo sabe usted?

—Poco importa, *cho* lo sé, *felay* todo.

—Pues bien, es verdad: debemos representar en Bruselas el Jueves y Sábado Santos, ¿y qué?

—¿Y qué? Que *cho fengo* á ofrecer á ustedes un triunfo en Amsterdán.

Como la palabra *triunfo* hiciera sonreir á la Thenard, él añadió:

—Sí, sí, un *ferdadero* triunfo *orcanizado* por mí para la compañía francesa.

—¿De modo que es usted empresario? Nunca he oído ese nombre.

—No, *cho* no soy empresario; *cho* soy Schurmann, y eso basta.

La Thenard no pudo menos de reirse; pero había tanta seguridad y tanta sencillez en las palabras de aquel futuro organizador de *tournées*, ignorante todavía, «no había más que oirle», de lo que era una empresa teatral, que la Thenard le invitó á sentarse y á explicarse, divertida con la extrañeza del tipo.

El joven Schurmann era hijo de un sastre de la Kalverstraat, que soñaba con visiones teatrales, y que al saber que la Comedia Francesa iba á dar unas representaciones en la Moneda de Bruselas, se le había ocurrido organizar otra *tournée* en Amsterdán.

—Bueno—le dijo la Thenard;—¿y usted sabe lo que me propone? Ya sabe usted que no tenemos más que una noche libre, la del Viernes Santo. ¿Cree usted que se puede hacer dinero en Amsterdán en semejante día?

—Sí, sí, respondo de todo—afirmó el testarudo holandés.

—¿Y quién me responde á mí de usted?—pensaba para sus adentros la Thenard.

Vista su insistencia, y atendiendo á que Schurmann garantizaba los gastos de representación y de viaje, consultado el asunto con Boucher, se decidieron á aceptar, tomándolo como un viaje de recreo. La aventura era algo atrevida: hacer viajar á quince personas, alojarlas durante tres días, y asegurarlas tres mil francos de sueldo, requería nada menos que el máximum de la entrada en la Moneda durante las dos noches. Sarah y la Thenard se ocuparon de los trajes, y durante los preparativos recibían telegramas de Schurmann, que decían: «Todo estará tomado.» «Exito asegurado» ó «Triunfo.» De Bruselas les informaban ocho días antes de la excursión, que el abono subía á cuatro mil francos. Al desembarcar en la estación, supieron que había ocho mil francos de abono.

La primera representación de Bruselas fué un exitazo, y el burgomaestre declaró que no sólo estaba contento por haber cedido el teatro, sino que deseaba tener ocasiones de poderlo ceder con frecuencia.

Al día siguiente, á las ocho, partida para Amsterdán. A las once llegaron á Haarlem. El hambre apretaba; se asomaron á las ventanillas, y vieron los muelles llenos de gente.

—¡Toma! ¡Una boda!—dijo la Provost-Ponsin.

—Pues no, Celia—replicó Sarah Bernard;—es un tren de recreo.

La gente, amontonada ante el coche de los artistas, no cesaba de gritar: «¡Viva! ¡Viva!», con un montón de palabras extranjeras, de las que sólo se entendían las de: ¡Parije! ¡Parije! y ¡Comdie! ¡Comdie!

—Pues, hijos míos—dijo de pronto Mauvant,—«por nosotros, sin duda, es esta fiesta».

—¿Por nosotros? ¡Estás loco!—exclamó Talbot.

En el mismo instante se vió aparecer á Schurmann, jadeante, hirviente, corriendo á lo largo del tren y repitiendo:

—*¡Apajo! ¡Apajo!*

—Pero ¿quién abajo? ¿Nosotros?

—Sí, sí, todo el mundo *apajo*.

—¿Ha ocurrido algún accidente?

—No, hay que... y antes de que hubiera podido acabar su frase, sonaron las notas de la *Marsellesa*.

—¡Vaya, bueno! ¡Ahora la charanga!—dijo Sarah Bernard, que no deseaba por el momento más que almorzar.

Todos estaban reunidos en el muelle, esperando sin saber qué.

—Si nos quedamos aquí—dijo la Thenard,—será que nos preparen el almuerzo!

—¡Tanto mejor!—dijeron todos.

¡Buen almuerzo te dé Dios! En lugar de los camareros, se vió aparecer una locomotora, literalmente cubierta de guirnaldas de flores, arrastrando cuatro vagones igualmente enguirnaldados.

—*¡Arripa! ¡Arripa!* — gritaba Schurmann; — ¡es nuestro tren para Amsterdán!

Subieron todos; era el prólogo del «triunfo prometido».

—¡Pero nos van á fastidiar mucho tiempo así!—exclamó Mauvant.—¡Tan tranquilos como estábamos! Y luego, he perdido mi tapabocas con esta historia. ¡Ah, me carga el necrómano!

Lo cierto es que Schurmann había hecho las cosas en grande, y él mismo iba y venía, con un gorro de astracán muy alto y un enorme gabán de pieles con un cuello inmenso y dos vueltas que le bajaban hasta los pies.

Al fin llegaron á Amsterdán. Los estómagos hacían tanto ruido como la *Marsellesa*, que acababa de estallar de nuevo, porque los músicos iban en el tren. ¿Llegaría la hora de almorzar? La estación estaba llena de gente.

—Dime—preguntó á la Tenard María Lyod,—¿tengo la cara limpia?

—No mucho. ¿Y yo?

—Poco más ó menos.

—Bueno, pues vamos á darnos un brochazo de polvos de arroz; como dentro de unos minutos estaremos en el hotel, allí nos arreglaremos.

Se abrieron las portezuelas y... ¡horror! Una comisión de señoras de la ciudad, con los concejales y el burgomaestre al frente, acogió á los artistas con felicitaciones y ramos de flores. Dieron las gracias á aquellas señoras, las distribuyeron sus sonrisas más graciosas, aunque hambrientas, y se encaminaron hacia la salida. ¡Sí, sí! Los concejales, que habían dado un apretón de manos á cada uno de los cómicos, hicieron señal á las señoras de que les esperasen, y condujeron á todos á un salón de la estación, decorado á la francesa, y allí les empezaron á echar discursos.

—Estoy de hambre que reviento—dijo Sarah Bernard.

—Pues si tú crees que me divierto...—contestó la Thenard.

Al fin terminaron los discursos; todo termina en este mundo, y salieron de la estación. ¡Nuevo espanto! Diez landós descubiertos, tirados por cuatro caballos cada uno, con bridas de seda tricolor, estaban formados en fila.

—¡Cómo!—dijo Joumar.—¿Nos vamos á exhibir en esas carrozas de consagración? Jamás nuestro polvo ha sido acarreado con tanta magnificencia.

Lo cierto es que aquellos señores, que habían dejado abiertas las ventanillas de sus compartimientos para poder fumar, estaban tan negros como unos deshollinadores. Artistas, concejales y periodistas ocuparon los coches, y después de una larga espera, la comitiva se puso en marcha. Les llevaron por el camino más largo, como en triunfo, pues ventanas, puertas y aceras estaban cubiertas de gente que les aclamaba y les echaba ramos de flores, obligándoles á corresponder, aunque rabiaban por dentro, con saludos y sonrisas. En el fondo estaban realmente conmovidos, y si no fuera el hambre y el cansancio, hubieran agradecido aquellos extremos. Llegaron, por último, al hotel, y pidieron en seguida el almuerzo.

—Todavía no—dijo Schurmann;—hay ahí algunas personas que quieren saludarles.

—¡Ah, no; pues no faltaba más; que lo dejen para después!

Y se negaron rotundamente á exhibirse de nuevo, á pesar de los ruegos de Reclamo I, que era el mote que habían puesto á Schurmann. Almorzaron; dieron una vuelta por los museos; fueron á ver el teatro Van Leer, en el que todo estaba tomado, á pesar de haber triplicado el precio de los asientos, y volvieron á las seis al hotel para comer y prepararse. Todo iba perfectamente, aunque la señora Tenard estaba algo inquieta por los cestos del equipaje, que no había visto desembarcar. Preguntó por ellos á su camarera, quien la aseguró que estaban allí, y que habían ido á buscar el último. Volvieron luego al teatro, donde la multitud se apiñaba pidiendo lo que quedaba libre, y cuando la Thenard estaba en su camarín preparándose para vestirse, llegó la camarera asustada.

—Señora—la dijo,—el cesto de los trajes de *Fedra* falta; el señor X lo ha dejado en la aduana.

En el mismo instante la campanilla daba la señal de que el espectáculo iba á empezar.

—¡Estamos lucidos!—exclamó Sarah que ocupaba el camarín contiguo.—¡Es idiota haber confiado los trajes á ese estúpido, á ese imbécil de X!

—Tanto peor—gritó furioso Boucher;—van á dar los tres golpes, y tiene usted que salir; Thenard, ¡ande usted, ande usted!

—¡Ande usted, ande usted! ¡Está usted bueno! ¿Y luego? ¿Y *Fedra*?

El espectáculo se componía de una pequeña *causerie* de la Thenard sobre *Fedra* y *Las mujeres sabias,* que eran las dos obras que iban á representarse.

Sin escuchar á nadie, la Thenard entregó 100 francos á la camarera y al mozo del teatro, y les encargó que compraran inmediatamente 30 metros de cachemira azul, castaña y blanco, y toda la trenza de lana que encontraran de los mismos colores.

—Iréis á la estación—les dijo,—y telegrafiaréis á Rosendaal, para saber si es posible recibir todavía el cesto esta noche.

Tras esto entró á escena para hablar de *Fedra,* pensando sólo en sus trajes y en el descuido imperdonable del encargado de ellos. Estuvo hablando unos treinta y cinco minutos, siendo muy aplaudida, y al volver á su cuarto la dijeron que podrían contar con los trajes á las nueve y media.

—En este caso, para no alterar el orden ni impacientar al público, diremos versos—propuso Baillet.

—Sí, eso es—dijo Sarah Bernard; y salió á recitar *Lucía*, de Musset; luego Baillet dijo versos de Ronsard, y la Thenard hizo un anuncio entretenido.

El público estaba encantado con todas aquellas añadiduras al programa; pero el cesto no venía, y entonces la Thenard salió por tercera vez á escena, é hizo su segundo anuncio:

—Señoras, caballeros—dijo:—vamos á representar *Fedra*, á pesar de todo; verdad es que los trajes que vamos á vestir no son los que deberíamos ponernos, y que estamos esperando todavía, pero el hábito no hace al monje, y solicitamos toda vuestra indulgencia para el corte de los peplos.

En seguida volvió á su cuarto, y después de haberse puesto su túnica de Enona, se puso, con ayuda de Boucher y de las camaristas, á vestir al noble Teseo, al feroz Hipólito y á los demás héroes, cortándoles capas en plenas piezas de cachemira, sujetándolas sobre el cuerpo á fuerza de alfileres, rodeando sus piernas desnudas con cruzados de trenzas, transformándolos, en fin, en griegos primitivos, pero bastante exactos y no del todo vulgares. Lo único que se les podía criticar era el estar algo frescos.

—¡Caramba!—decía Mauvant,—¡qué bien he hecho en ponerme calzoncillos de lana!

Fedra se representó en medio de aclamaciones, y al terminar *Las mujeres sabias*, á las once y media, llegó el cesto con los trajes. ¡A buena hora! Bajado el telón, y mientras sus compañeros se vestían para ir á la famosa cena que les tenían pre-

parada en el Ayuntamiento, la Thenard bajó á la taquilla á comprobar las cuentas, lo que no la vino mal, pues la habían escamoteado un millar de francos, habiendo producido la función tres mil florines.

IMPRESIONES Y NOTAS

Curas por sugestión.—En un curioso artículo de *La Revue*, de París, cuenta el Dr. Romme que en el Hospital Andral, el Dr. Mathieu tenía gran número de tuberculosos; una mañana, durante la visita, se detuvo junto á uno de los enfermos, y hablando con sus internos y alumnos, les dijo que se acababa de descubrir en Alemania el remedio específico contra la tuberculosis, la «antifimosis»; al día siguiente volvió á hablar de ello, ponderando los resultados que se obtenían con tan poderoso descubrimiento. Imagínese el efecto que estas noticias causaron en los enfermos que, durante una semana no hablaron de otra cosa, no explicándose por qué el doctor no les aplicaba aquel remedio. Al fin, un día el doctor les participó que había llegado la «antifimosis»; todos recibieron la noticia con satisfacción, y para hacer constar los resultados, se decidió que el interno anotaría todos los días por sí mismo la temperatura y registraría el peso de los tuberculosos sometidos al tratamiento, que consistía en una inyección hipodérmica. Los enfermos comenzaron á mejorar: recobraron el apetito, ganaron en peso, disminuyeron los esputos, y en cuanto les dejaban de propinar la «antifimosis» empeoraban. Ahora bien; la «antifimosis» se reducía á agua pura.

No menos notables son los efectos producidos por el famoso extracto de carne *Puro*, de fabricación alemana, para el que, según los prospectos, se llegaron á consumir el año 1907 20.217 kilos de jugo de carne procedente de 4.040 bueyes y vacas. El consumo de extracto era extraordinario, y los atestados de enfermos y de médicos, que con él obtenían sor-

prendentes resultados, eran numerosísimos. Una indiscreción de un empleado hizo que se abriera una información, y resultó que en el ponderado extracto de carne no entraba ni un átomo de carne, pues se componía de glicerina, clara de huevos, nitro y ácido bórico.

***

Del conejo al hombre.—Notables son los trabajos que el Dr. Carrel, de París, está llevando á cabo sobre lo que pudiéramos llamar injertos humanos; pero á todos ellos supera el que ha ejecutado últimamente el Dr. Lesser, de Nueva York, devolviendo la vista á un joven de veinticuatro años, que hacía nueve había perdido el uso del ojo derecho, á consecuencia de una escarlatina, y el izquierdo por un leucoma en la córnea.

Este leucoma, resultado de una cicatriz, estaba adherido con enclave del iris en la cicatriz. Todos los tratamientos prescritos se juzgaron ineficaces; pero el Dr. Lesser se resolvió á intentar una cura nueva. El enfermo era inteligente, y estaba dotado de gran fuerza de voluntad.

—Puedo devolver á usted completamente la vista—le dijo el doctor—si usted se somete á mi método.

—Me someteré—contestó el enfermo.

—Voy á reemplazar el ojo que se cree perdido, por uno de conejo.

—Acepto.

El joven entró en la clínica, y la víspera de la operación le aplicaron sobre el ojo izquierdo un vendaje con una preparación especial. Luego le anestesiaron el ojo con cocaína; el operador tomó entonces una trefina (instrumento parecido al trépano) y abrió un agujero circular en la córnea, hasta la membrana que forma su cuarta capa; ésta se conservaba, por fortuna, transparente, pues el leucoma no había hecho más que recubrir el ojo sin destruirlo completamente. Lesser quitó la córnea hasta aquella membrana.

En seguida aplicó la trefina al ojo del conejo; era un conejo de ocho meses, cuya mirada brillante daba prueba concluyente de su perfecto estado de salud. Extendido sobre la mesa de disección, Lesser le sacó un trozo de córnea exactamente igual al que había quitado al enfermo, y lo introdujo en el ojo del paciente, sujetándolo con una pieza de cristal. Tras esto, cerró el párpado, y lo mantuvo cerrado con un vendaje. A las cuarenta y ocho horas levantó el apósito, y, abierto el ojo, pudo observarse que el injerto estaba sólidamente agarrado, pero un poco brumoso. Lesser introdujo entonces entre el párpado y el globo del ojo un lente de cristal, que debía impedir toda dislocación del injerto por el movimiento del párpado. Con este aparato estuvo el enfermo seis días, al cabo de los cuales pudo observarse sobre la córnea y el injerto dos vasitos sanguíneos, que desaparecieron poco después. El injerto quedó algún tiempo oscurecido y como velado, hasta que la córnea recobró su transparencia normal.

Cuando el enfermo empezó á ver, no se dió cuenta de ello; la luz le causaba vivo dolor; no distinguía los objetos, y hasta se equivocaba en el tacto, cosa que no le sucedió durante su ceguera. Poco á poco, sin embargo, pudo discernir las cosas; llegando á reconocer, aunque con bastante trabajo, las diferencias de los colores. Cuando al fin pudo darse clara cuenta de la restauración de su ojo, su alegría fué inmensa, no encontrando palabras con que dar gracias á su salvador.

***

La cremación de los cadáveres ante la teosofía.— En el último Congreso espiritualista ha hecho E. Bosc interesantes declaraciones sobre la cremación de los cadáveres. No es dudoso, dice, que la cremación, considerada higiénicamente, es preferible á la inhumación. Este era antes el punto de vista de los teósofos, y por eso han defendido hasta ahora la cremación con el mayor empeño, pero los datos últimamente recogi-

dos les han hecho variar de opinión. Tanto por vía directa como por vía oculta, está hoy demostrado que la cremación debe evitarse por diversas causas.

¿Qué ocurre, en efecto, después de la muerte? El individuo que muere se libra en seguida de su cuerpo, es decir, separa su doble etéreo de la envoltura física. Otras veces, esta liberación ó separación puede durar horas y hasta días, tres ó cuatro, según el grado de evolución del individuo, y sólo entonces sobreviene la segunda muerte, bien conocida de la Cábala, y en este caso, el hombre podría sufrir durante este lapso de tiempo el espantoso tormento de la cremación. Además, otro motivo para rechazar la cremación es que, quemado el cadáver, se hace casi imposible la comunicación de los vivos con los muertos, porque el desencarnado no podría encontrar en sus residuos los elementos minerales que le ayudan á manifestarse. Algunos psicólogos pretenden que los reyes de Egipto se hacían embalsamar para conservar el mayor tiempo posible su despojo, á fin de poder comunicar con sus parientes, sucesores y amigos.

Todo esto no pasa de ser teoría; pero en apoyo de la misma, cita Bosc dos hechos que no dejan de tener importancia: La señora H. P. Blavatsky, fundadora de la sociedad teosófica, que había en vida manifestado el deseo de ser quemada, había, después de muerta, manifestado á la duquesa de Pomar el deseo de que no la quemasen; la duquesa habría telegrafiado este deseo, pero el telegrama llegó demasiado tarde, y la Blavatsky fué quemada. Otra iniciada había también expresado en su testamento la voluntad de ser quemada; pero una hora después de su muerte pidió, por conducto de un medium, que no se la quemase, y así se hizo.

De estos dos hechos, el primero lo conoce Bosc por información; pero del segundo responde personalmente, porque presenció la comunicación mediánica, dada por una amiga de la difunta en tales condiciones, que no se podía poner en duda.

***

La supresión de las repeticiones en la ópera.—Muchas veces se ha tratado del abuso que supone el obligar á un cantante á repetir una ó más veces el trozo ó trozos que más han entusiasmado al público, arrancándole merecidas salvas de aplausos.

Teóricamente la cuestión no es dudosa, y el público no tiene derecho á exigir del artista ese aumento de trabajo, que á veces requiere un esfuerzo considerable; pero en la práctica es muy difícil establecer la supresión de las repeticiones, pues el ansia del público por volver á gozar de los encantos de un trozo admirable ó admirablemente dicho, es imposible de contener cuando es sincera, y los artistas tienen que someterse á ella si no han de irritar las pasiones del auditorio.

En el teatro de la Scala, de Milán, han abolido las repeticiones; pero, como dice Mantovani en la *Rivista d'Italia*, la Scala tiene un ambiente especialísimo, un público enteramente distinto del de los demás teatros, lo que explica el hecho.

Mejor que la supresión del *bis*, sería la de los silbidos, forma grosera que reviste el descontento del público, aunque no en todos los países tienen el mismo significado. En América del Norte, por ejemplo, los silbidos son la forma de que se valen los espectadores para pedir la repetición de una pieza. Así, los artistas europeos que no están prevenidos, se llevan una desagradable sorpresa la primera vez que se encuentran con tan raro modo de expresar la satisfacción.

Al mismo Caruso le ocurrió que una noche de su primera escursión á América, después de haber hecho alarde de todas sus facultades, se encontró con una tempestad de silbidos, aullidos y bastonazos. Asombrado del hecho, se quedó cortado y confundido, y como el estrépito continuara, se volvió hacia los bastidores para quejarse al empresario. ¡Cuál sería su sorpresa cuando vió á éste rebosante de satisfacción silbando con todas sus fuerzas:

—Pero, oiga usted—le gritó Caruso:—¿se han vuelto ustedes locos? ¿Merezco yo que me silben?

—Ande, ande—le dijo el empresario;—dé usted las gracias al público; ¿no comprende que le piden la repetición?

Esta era una equivocación agradable; no fué así la de aquella cantante americana, que en uno de los teatros de Europa fué acogida con una pita fenomenal, y telegrafió entusiasmada á su familia que había tenido un éxito completo.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La mala vida en Buenos Aires, por el Dr. Eusebio Gómez.—Prólogo del Dr. Ingegnieros.—Buenos Aires, 1908. Volumen de 240 págs.

Siguiendo las huellas y los procedimientos empleados, desde hace ya años, por otros escritores que han estudiado la «mala vida» de diferentes ciudades (Madrid, Roma, Nápoles, etc.), el Dr. Eusebio Gómez, del Instituto de Criminología de Buenos Aires, traza, en la obra cuyo título se copia arriba, un breve cuadro, ó más bien un boceto, de la mala vida en esta última ciudad, contribuyendo de esa manera al estudio de la que muchos llaman criminalidad oculta ó latente, y también pequeña criminalidad, de sus causas y sus múltiples formas.

Imp. Justiniani Institutionum palingenesia, per A. Zocco-Rosa. Volume primo.—Catania, 1908. XVI, 490 págs.

Aprovechando los trabajos de otros romanistas, anteriores al suyo, y como preparatorios de él, y sometiéndolos á una rigurosa crítica; y sirviéndose, sobre todo, de su gran erudición y dominio de la materia, el autor, presidente y alma del *Instituto de Historia del Derecho romano* de la Universidad de Catania, ha compuesto pacienzuda y escrupulosamente esta *Palingenesia de las Instituciones de Justiniano*, á fin de contribuir á poner en claro muchos puntos que no lo están, relativos á la formación de las mismas.

«Sabido es—dice el autor, en las primeras palabras de la Prefación de su obra—que los compiladores de las *Instituciones* de Justiniano adoptaron el método fácil y breve de no citar ni á los autores ni las obras de que se aprovecharon para hacer su compilación.» Al esclarecimiento de tal asunto se hallan consagradas las obras, ya aludidas, precursoras de la de Zocco-Rosa, y el mismo fin persigue también ésta.

Las investigaciones han recaído sobre dos puntos principales: uno tocante á las *fuentes* de las Institutas, y otro relativo al *procedimiento* que para su compilación emplearon los autores. Sobre estos mismos extremos versa también el trabajo de Zocco-Rosa. El cual lo divide de esta manera:

I. Análisis del texto (de las *Instituciones*) y revisión crítica de las fuentes.

II. Selección de las fuentes ciertas y cotejables, de las fuentes inciertas, desconocidas é incotejables.

III. Clasificación de las fuentes, y método con el cual se sirvieron de ellas los comisionados justinianeos. Esta parte se subdivide á su vez en dos secciones:

1) Clasificación de las fuentes.

2) Método con el que las usaron los compiladores al redactar los distintos libros, títulos y párrafos.

Para los que conozcan los numerosos escritos del profesor siciliano, ó siquiera algunos, no será novedad decirles que éste de que ahora se trata se halla compuesto con el mismo diligente cuidado y el mismo copioso saber que los demás, ó más todavía, si cabe.

P. Dorado

ÍNDICE

Págs.

El desastre de Cavite, sus causas y sus efectos, III y último, por el Contralmirante Patricio Montojo..... 5

Parnaso internacional: Los nenúfares, por Edmundo Rostand.—*Hacia el pasado,* por Enrique Regnier.—*Las tres doncellas,* por Aquiles Millien..... 18

Las relaciones comerciales entre Méjico y España, por Ramón Pérez Requeijo..... 22

Literatura fraudulenta: Los precursores del Buscapié, por Alberto Blanco..... 50

Recuerdos, por José Echegaray..... 65

¿Cuándo volaremos?, por Julio Broutá..... 76

Cultura y democracia, por Eloy Luis André..... 95

Sevilla en la primavera, por Havelock Ellis..... 116

El cristianismo español según Ángel Ganivet, por Mauricio Legendre..... 128

Al Luxemburgo, por Juan Francisco Ibarra..... 155

Karma (cuento), por León Tolstoi..... 159

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 170

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 178

Notas bibliográficas, por P. Dorado..... 206

LA ESPAÑA MODERNA

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AÑO 21 NUM. 246.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

JUNIO 1909

MADRID

EST. TIPOGRÁFICO DE VALENTÍN TORDESILLAS

Calle del Tutor, 16.—Teléfono 2.042.

LITERATURA FRAUDULENTA

LA ILEGITIMIDAD DEL BUSCAPIÉ

Pellicer fué el primero que se alzó contra la quimérica tradición del *Buscapié,* casi dos años antes que D. Vicente de los Rios publicase su *Vida de Cervantes* y su *Análisis del Quijote* con *Las pruebas de la vida de Cervantes*, que, como se sabe, acompañaron á la valiosísima edición del *Ingenioso Hidalgo* hecha por la Academia Española en 1780. De esta impugnación de Pellicer hablan varios autorizados cervantistas y excelentes críticos literarios, entre los que se hallan: D. Martín Fernández de Navarrete, D. Diego Clemencín, D. Julián Apraiz, el ilustre Ticknor, y sus traductores y anotadores Pascual Gayangos y Enrique Vedia, y, por último, D. Cayetano Alberto de la Barrera y D. Bartolomé José Gallardo, algunos de los cuales impugnaron á su vez las afirmaciones de Ríos, secundando á Pellicer; y hasta los hay, entre los citados, que intervinieron en las discusiones suscitadas por la publicación del *Buscapié* de 1848, tan apócrifo como el primero, y del que nada diré ahora, porque él sólo ha de constituir la materia de otro capítulo de este trabajo.

Pudiera objetárseme que, siendo amigos ambos académicos (aludo á Pellicer y á Ríos), el primero debió comunicar al se-

gundo las dudas que le había sugerido acerca del *Buscapié* la lectura de sus trabajos en la Academia de la Lengua; pero á esto puedo responder: que la amistad de los dos escritores era íntima y cordial en apariencia, pero fría é hipócrita en realidad; no era esa estrechez de relaciones franca y casi fraternal que sostuvieron Espronceda, Miguel de los Santos Alvarez, Ferrer del Río y Enrique Gil, y para demostrarlo tomo las pruebas de un artículo de Vidart. Cuenta este autor que, con fecha de 15 de Agosto de 1778, escribía D. Vicente de los Ríos á su amigo D. Manuel de Lardizábal lo siguiente: «Tuve muy luego la obra de Pellicer (el *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles*, ya publicada), que me regaló su autor así que salió... La vida (se refiere á la de Cervantes, que él preparaba por encargo de la Academia) que yo presenté hace cuatro años á la Academia (en Marzo del 73), contiene lo mismo y más; de lo que se infiere que á mí nada me ha servido esta obra para la composición de aquélla»; y siete días antes, ó sea el 8 de Agosto, escribía el mismo á Pellicer lo siguiente: «Celebro el retardo de la publicación de mi *Vida de Cervantes*, porque así podré añadir á lo escrito dos ó tres noticias muy útiles que ignoraría sin la... ilustración de usted, á quien doy muchas y cordiales gracias por ello.» He ahí probada hasta la evidencia la poco leal amistad que mediaba entre ellos; y esto es, hasta cierto punto, disculpable, porque se trata de dos autores que escribían sobre el mismo asunto, con conocimiento mutuo y sabiéndolo recíprocamente; por eso no tiene nada de extraño que los distanciara un justificado egoísmo, una rivalidad hija de la aspiración que cada uno abrigaba de superar la obra del otro antagonista. Con estas premisas, fácil es ya sentar la conclusión de que Pellicer guardó con su rival la más impenetrable reserva acerca de la cuestión, no manifestando sus dudas hasta que no publicó su libro.

Noticioso D. Vicente de los Ríos de las objeciones que se le hacían, pudo contestar á ellas en su obra que todavía no estaba publicada; tal circunstancia fué lo que me impulsó á

decir antes, que la carta de Ruidíaz la conservaba para el caso de verse precisado á acreditar y justificar su aserto. Este caso, como él mismo vaticinó, fué llegado, y esperó que saliese á luz su escrito para expresarse en los siguientes términos: «Se ha »dudado en estos últimos tiempos de la existencia del *Buscapié* »(alusión á Pellicer); pero á más de la opinión de que le compu»so Cervantes, fundada en la tradición que ha llegado hasta »nuestros dias (aún considera obstinadamente como dogma la »burda invención de Ruidíaz), tenemos también un documento »que no nos deja la menor duda. Tal es la carta en que D. An»tonio Ruidíaz asegura haberlo visto y leído, y da las señas »individuales de esta obrita, que, por el extracto que hizo de »ella, manifiesta ser una de las invenciones propias del ingenio »del autor del *Quijote*.» Continúa luego diciendo que el autor de la carta es un sujeto de reconocida sinceridad: y antes de insertar la epístola prosigue en su empeño, y dice: «Que como »se ha hecho tan rara esta obra, ha dado lugar á creer que no »ha existido.» Seguidamente intercala, desde el encabezamiento hasta la firma, la tantas veces nombrada carta de D. Antonio Ruidíaz. El *exordio* de la carta es un torpe tejido de lisonjas y adulaciones, que no merecen ni el tiempo empleado en leerlas; cuando agota el caudal de sus ditirambos, dice sagazmente: «El »*Buscapié* que vi en casa del difunto conde de Sacedo, habrá »como unos diez y seis años (hacia el de 1759), y leí en el cor»to espacio de tiempo que me lo confió aquel erudito caballe»ro, porque se lo prestó para el mismo fin con igual precisión »(ignoro quién), era un tomito anónimo, en 12.°, impreso en »esta corte, con sólo aquel título (no tengo presente el año ni »en qué oficina); su grueso como de unos seis pliegos de impre»sión, buena letra y mal papel.» Después afirma que aparentaba estar escrito por alguien que no había parado mientes en el *Quijote,* y que, por tanto, no lo había ni comprado ni leído; pero habiéndolo al fin adquirido, tuvo ocasión de leerlo y de admirar su gracia y donosura, quedando prendado de las bellezas y encantos de la obra, que eran muchos y de alto méri-

to; el fingido lector, apesadumbrado de que la ignorancia ó la maledicencia impidiesen que el regocijado libro fuese por todos conocido y admirado, determinó ponderarlo y ensalzarlo en su justo valor y precio y hacer universal su lectura; á lo antedicho se agregaba que los personajes principales de la obra, aunque ficticios y novelescos en apariencia, no eran del todo imaginarios, y que los protagonistas y los sucesos en ella relatados eran una ingeniosa y velada parodia de personas y acontecimientos recientes, y hasta se diseñaba la idea de que esas alusiones estaban dirigidas á censurar ciertas empresas realizadas por el emperador Carlos V y por alguno de sus cortesanos; se aseguraba, como muy posible, que entre los satirizados figuraba D. Francisco de Sandoval y Rojas, marqués de Denia y duque de Lerma, que fué valido ó privado del rey D. Felipe III. La carta añade más tarde, que el citado ejemplar del *Buscapié* debió devolverlo el conde de Sacedo *á su dueño, que se lo prestó con urgencia;* pero como murió el conde, no pudo volver á consultarlo, y á pesar de cuantas pesquisas y esfuerzos hizo para volver á hallarlo, no lo consiguió; pues hasta la persona que lo prestó al de Sacedo, no la conocía Ruidíaz, á despecho de cuanto trabajó por conseguirlo. Pero no concluye aquí la carta, como tampoco terminan sus traviesas manifestaciones; para dar más carácter de verdad á la extravagante desaparición del libro, que parece fué arrebatado al cielo, prosigue Ruidíaz en su epístola diciendo que lo mismo le ocurrió con otro libro escrito por un irlandés; cuenta que éste, llamado Jorge Henin, á instancias del marqués de Bedmar, embajador de España en Venecia, publicó una obra, en la que se relataba que se había mandado formar una junta para oirle; pero que el duque de Lerma, temiendo ver comprometida su aviesa política y sus perversos planes, impidió que viese al rey, con varios pretextos, todos ellos pueriles, que fueron precisamente los que sugirieron la idea del libro; éste *se hizo imprimir con mucho recato,* como hace notar Ruidíaz *con mucha astucia.* Sigue la carta asegurando que la obra del

irlandés la tuvo en su poder hasta 1761, en que la entregó á otro dueño. Fácilmente se comprende que toda esta urdimbre se concibió para hacer verosímil lo que ocurrió con el *Buscapié;* por esto exclamaba, en el colmo del convencimiento: «Lo »mismo discurro yo, le sucedería á nuestro Cervantes con su »*Buscapié*, y más cuando no podía ignorar que aquel propio »ministro (el duque de Lerma) no era amigo suyo.» Finalmente, una tal epístola era forzoso que tuviera su *post-scriptum*, pero no coligió su autor que este epílogo pudiera comprometerle. Dice así: «Escrita ésta, hube de suspender su re»misión, en la noticia que me dieron de que un sujeto tenía el »*Buscapié* de Cervantes M. S.; y aunque esta circunstancia »inducía la sospecha de que fuese invención ajena, solicité ver »este papel para formar juicio de su legitimidad; pero en »vano, porque han sido inútiles mis diligencias, pues hasta »ahora no ha parecido, sin embargo de las ofertas que me »hicieron.» Termina con la fecha en la Corte á 16 de Diciembre de 1775.

Que D. Antonio Ruidíaz escribió esta carta entre las dos lecturas hechas en la Academia por D. Vicente de los Ríos, es una verdad irrefragable; que la escribió en ocasión de estar el último de estos autores ocupado en transformar el *Elogio histórico* de 1773 en la *Vida de Cervantes* de 1776, es también un hecho irrebatible; que la hubo de escribir á instancias de su amigo, por haber hallado éste de poca solidez la narración tradicional que se le hiciera antes del 73, es axiomático; y, por último, que la carta en cuestión la conservaba Ríos con intención de no publicarla hasta verse precisado á ello, es incontrovertible, y lo demuestra él mismo, pues ya conocemos su frase inserta en *Las pruebas de la vida de Cervantes;* se ha dudado en estos últimos tiempos (ya dije que aludía á la obra de Pellicer, publicada en 1778) de la existencia del *Buscapié,* y en seguida, en contra de esta aserción, aduce él dos testimonios: el de la *tradición*, en primer lugar, y en segundo, *un documento que no nos deja la menor duda* (es decir, la carta de Ruidíaz),

ó sea que, si la fábula forjada en 1772 y empleada en la epístola del 75, no se hubiese combatido por Pellicer tres años más tarde, ó sea en 1778, D. Vicente de los Ríos no hubiera dado á la prensa la carta de Ruidíaz, al editar la Academia el *Quijote* dos años después.

Sería prolijidad notoria demostrar que con anterioridad á las *manifestaciones novelescas* del eminente Ríos, nadie habló del *Buscapié*. ¿Qué mejor testimonio pudiera aportar en pro de esta verdad que el del mismo infatigable Pellicer? Me parece, en extremo, concluyente el hecho de que resultasen inútiles sus investigaciones, que, como suyas, debieron ser sabias, numerosas y concienzudas; pero, por si no fuera bastante, ahí está el de Ticknor, el cual, hablando en su *Historia literaria* de la tan discutida tradición, dice que la encontró por vez primera en la *Vida de Cervantes*, que salió á luz en 1780. Claro es, que el sabio crítico no tuvo ocasión de conocerla antes, como la tuvo Pellicer, por haber asistido á las sesiones de la Academia en que Ríos dió cuenta de ella, y por lo mismo la pudo rebatir dos años antes de que Ticknor la conociera.

Examinemos ahora la carta de Ruidíaz. Como está escrita en respuesta á otra en que se le pedía que fuese más explícito y diese más amplios detalles acerca de la novela que verbalmente debió contar á Ríos (ó acaso en otra carta), hemos de tropezar en ella con sutiles evasiones y con estudiados rodeos, que no convencieron á la posteridad, aun cuando convencieran momentáneamente á los contemporáneos y, sobre todo, al recipiendario de la carta. Las frases encomiásticas con que la comienza son de muy mal agüero, y dan á entender al más lego, que con ellas quiso preparar favorablemente el ánimo de Ríos, para que no le suscitase sospechas cuanto á continuación le comunicaba. Puede, por esta causa, ponerse á Ruidíaz en parangón con el farmacéutico que endulza el exterior del medicamento para que éste no sea repulsivo al enfermo, y enmascara con sugestiva y delicada apariencia las sustancias más

amargas y las drogas más repugnantes. Sigamos analizando la tan famosa epístola. Dice su autor en ella, que el *Buscapié* lo vió en casa del difunto conde de Sacedo: R. I. P., dirá á su vez el lector; pero juro que no dejará de hacer la siguiente reflexión: ¿Cómo no había de reposar en la *silenciosa y muda* mansión de los muertos, el que con una sola palabra podía desmentir á Ruidíaz y derrumbar desde sus cimientos el edificio por él levantado? En verdad que aquí no anduvo muy ingenioso; en su invento de la tradición hay algunos puntos vulnerables (los atacados por Pellicer), pero la carta toda es una pura delación de las falsedades que con tanto trabajo urdiera; y si aquí cesara la futilidad de sus razones, se podría ser transigente; pero la carta prosigue, y con ella lo deleznable de sus argumentos. Asegura luego, que leyó el *Buscapié habrá unos diez y seis años, y en corto espacio de tiempo*. Ruidíaz dejó también malparado al tiempo; porque, ¿hay cosa que más debilite la memoria que el curso, jamás interrumpido, de las horas? ¿Qué no hace olvidar el tiempo? Estaba, pues, en terreno firmísimo, al decir que leyó el opúsculo hacia 1759, porque si se le objetaba que hacía recordación de pocos datos y pormenores de aquella lectura, podía él á su vez argüir, que en el decurso de los años, y absorto en otros trabajos, los había olvidado; y por si tal respuesta era tachada de frívola por los descontentadizos, la reforzaría aseverando que, como lo leyó en poco tiempo y apremiado por el de Sacedo, le fué imposible penetrarse de su contenido y recordarlo en sus mismos detalles, como pudiera en buena lógica exigírsele. El enredo está magistralmente trazado; no parece sino que renació en Ruidíaz el espíritu de Pellicer de Osaw, aun cuando en la creación del primero hay más amenidad y más tacto y es más acabada que la del segundo; la labor de aquél sólo se hizo sospechosa por el exceso de precauciones y de habilidades que desplegó para que fuera inatacable, y esto, que parece una parodoja, es un hecho ciertísimo, pues aquellos puntos donde más se esmeró para escudar sus engaños y eludir su persona, son precisamente

los más flacos de toda la fábula. Más pruebas. Aún hubiera sido posible, después de muerto el conde de Sacedo, hacer un escrupuloso registro en su biblioteca, ya la conservasen sus herederos, ya hubiese pasado á manos extrañas, y para evitar esto, afirmó Ruidíaz, con su natural perspicacia, que el libro no era del conde, sino que le fué prestado y *con premura,* para que de ninguna manera pudiese estar en su biblioteca, garantizando de este modo que el opúsculo fué llevado á su dueño, y en manera alguna lo conservó el de Sacedo; pero aún se hubiera podido inquirir el nombre y paradero del *prestador*, y para ponerse á salvo de esta última asechanza que se le pudiera tender, se excusaba bonitamente al decir que se lo prestó al conde con la misma premura que éste se lo prestó á él, *ignoro quién.* He ahí completa é invulnerable la novela concebida por Ruidíaz; que el último epíteto no lo merece, es lo que trato de probar.

Es muy violento suponer que ninguno de los que vieron y leyeron el *Buscapié* conociese el mérito de Cervantes, pues no otra cosa demuestra el no haberse inmediatamente dado á conocer el famosísimo librillo. Si éste hubiera existido realmente, el de Sacedo, el ignorado prestador, y hasta el mismo Ruidíaz, lo hubiesen reimpreso ó mandado publicar de nuevo sin pérdida de momento, y al poco tiempo se habría conocido en todos los ámbitos del mundo. Pues qué, ¿es acaso baladí encontrar una obra del príncipe de los escritores casi dos siglos después de haber fallecido? ¿Quién de los que lo vieron ignoraba que si se daba á la estampa sería recibido con universal aplauso y unánime asentimiento? ¿Qué editor no se hubiera apresurado á publicarlo? Juzgo á ésta como una de las más poderosas razones que hacen insostenible lo fantaseado por Ruidíaz, no obstante lo atinado y discretísimo que estuvo al crear su infeliz tradición.

Sigue la epístola: «Era el *Buscapié* un tomito anónimo, »en 12.°, impreso en esta corte con sólo aquel título.» «No ten»go presente el año ni en qué oficina.» A pesar de sus acertadas

reservas, se aventuró mucho Ruidíaz al aparentar que ignoraba la fecha de publicación del *Buscapié,* encerrándose en el más impenetrable mutismo. ¿Pero era tan flaco de memoria, que olvidó que en su famosa tradición se encontraban los datos suficientes para precisar la época en que se imprimió? Se recordará que en ella se decía: el *Quijote*, después de editado, apenas era leído, y Cervantes, para excitar al público á su lectura, escribió é imprimió el *Buscapié;* pero algún espíritu maléfico debió perseguir las concepciones de Ruidíaz. A la sazón se ignoraba que en el año de 1505 se hicieron cuatro ediciones del *Quijote;* por eso dice Ticknor «que este era un hecho gene»ralmente ignorado, cuando la Academia publicó su edición »en 1780.» Entre los que no lo conocían se hallaba el autor de la carta y tradición; por esta sola causa, tan mezquina en apariencia, aseguró (desconociendo la verdad) que el *Quijote* fué al principio muy mal recibido. Error crasísimo, que está hoy completamente desmentido por la fuerza de los hechos, pero que entonces no fué tenido por tal, á causa de haber, en lo concerniente á este detalle, absoluta carencia de noticias. Si fué la incomparable novela poco estimada del público, ¿por qué se hicieron de ella cuatro ediciones en menos de un año? ¿No prueba hasta la saciedad esta sola circunstancia, que el *Quijote* se hizo popularísimo con extraordinaria brevedad? Ahora bien; como se dijo que el *Buscapié* se dió á la imprenta, con la mira de propagar el *Quijote*, se debió imprimir antes que tal obra fuese de todos conocida, pues si se imprimió después, su misión no sería lo que la tradición y la carta de Ruidíaz testifican; por otra parte, ha de admitirse forzosamente que el *Buscapié* salió á luz después de la primera edición del *Quijote* (que era la que Cervantes se propondría divulgar en su opúsculo) y antes que las otras tres ediciones hechas en el mismo año (que fueron el fruto recolectado por el *Buscapié);* luego nada es más lógico, ni más racional, que admitir como cierto que el imaginario librejo se imprimió después del mes de Mayo de 1605, en que apareció la primera edición del *Quijote;* además de esto,

no creo pecar de pródigo al señalar un lapso de tiempo de dos meses (en el que debió publicarse el malhadado *Buscapié)*. Pues aun haciendo esta concesión á Ruidíaz, sólo quedaban cinco meses del año para hacer públicas las otras tres ediciones del *Quijote*. Y hasta admitiendo por un momento todos estos absurdos, conviene á saber: que Cervantes escribió el *Buscapié;* que el *Quijote* no era leído en un principio; que el *Buscapié* provocó la publicación de las tres ediciones últimas de 1605, etc.; aun transigiendo con tan estupendos dislates, repito, surgen nuevas y más vigorosas dudas. El *Buscapié* debió imprimirse en *Junio ó Julio de 1605* «en esta Corte». ¿Cómo iba á imprimir Cervantes en Madrid una obra, estando en Valladolid? ¿Quién iba á dirigir la publicación? La rapidez de comunicaciones de aquella época no está ciertamente de parte de Ruidíaz. ¿No diríamos que era un demente ó un insensato el que afirmase que en aquel tiempo era posible presidir la edición de una obra en la Groenlandia desde el cabo de Hornos? Cervantes no pudo imprimir entonces el *Buscapié*, y de no hacerlo en aquellos momentos, no se puede atribuir á este libro la popularidad del *Quijote*. ¿No se desprende de lo expuesto, como deducción racional, que el inmortal Cervantes no pudo *imprimir ni escribir con tal objeto* el trabajo que con tanta tenacidad se le prohija?

Nada diré, porque huelga cuanto se diga, acerca de las sucesivas afirmaciones que se encuentran en la carta; no recuerda la oficina en que se editó el *Buscapié* por no comprometerse; y precisamente porque en nada le comprometían, enunció las minuciosidades de que constaba de seis pliegos de impresión, y que la letra era buena y malo el papel. ¡Peor era el papel que él desempeñó engañando al benemérito D. Vicente de los Ríos!

Maravilla en extremo que D. Antonio Ruidíaz no reparase en ciertas incongruencias, tales como ésta: entre la publicación del *Quijote* y la ficticia edición del *Buscapié* debieron transcurrir dos meses (y es demasiado grande el intervalo de

tiempo admitido). ¿Y en dos meses juzgó Cervantes que su obra no era leída? ¿Y á principios del siglo XVII, cuando en trasladar un libro de un extremo á otro de la Península se hubiera empleado más tiempo? En la actualidad, acaso podrá decir un autor al cabo de sesenta días si un libro suyo ha tenido aceptación ó no; pero en la época de Cervantes, es una insensatez admitirlo. Además, no tomamos en cuenta el tiempo empleado en escribirlo y publicarlo, y mucho menos el que tardó en extenderse y despertar la afición al *Quijote*. Es casi deshonroso para el Príncipe de nuestros ingenios el achacarle semejantes absurdos y atribuirle impaciencias que nunca tuvo.

Prosigamos desentrañando las falsedades que encierra la carta. En la de Ruidíaz se encuentran ciertos detalles aclaratorios de un texto aseverado por la tradición; estos detalles son los denunciadores del mencionado escritor, y son los que delatan y patentizan que el inventor de la tradición y el autor de la carta son el mismo sujeto. Lo que en mi humilde juicio pudo ocurrir fué lo siguiente: D. Vicente de los Ríos, en la epístola que escribió á Ruidíaz, debió, entre otras súplicas, hacerle la de que indicase, si recordaba quiénes eran las personas satirizadas por Cervantes en el *Buscapié*. A un ruego de esa entidad no pudo sustraerse, porque precisamente esa sátira constituía la substancialidad del contenido del folleto, y de un detalle de tal magnitud debía conservar, no vagas reminiscencias, sino verdaderos recuerdos, que eran los que debían ser evocados en la carta, según la petición de Ríos. Grave debió ser el aprieto de Ruidíaz, pero salió de él con temerario denuedo, señalando como blanco de las satíricas insinuaciones de Cervantes al gran Carlos V y al duque de Lerma. Prescindiendo del anacronismo que envuelve una ficción de tal naturaleza, es absurdo suponer que el insigne soldado de Lepanto censurara á quien con tanto amor ensalzó siempre. En el prólogo de las novelas ejemplares dice que militó «debajo de las »vencedoras banderas del hijo del *rayo de la guerra*, *Carlos V*, »*de felice memoria*»; y en cuanto al duque de Lerma, no tenía

para qué criticarlo, aparte de que era deudor de algunos favores á un miembro de su familia, y este solo hecho hubiera decidido á Cervantes á alejar del duque sus censuras. Oigamos cómo combate estas suposiciones el donoso escritor gaditano Castro y Rossi: «Cervantes, con pequeñas excepciones, nunca »señaló en sus escritos satíricos persona alguna. Él mismo »dice, en su *Viaje al Parnaso*:

«Nunca voló la humilde pluma mía
por la región satírica, bajeza
que á infames premios y desgracias guía.»

»No era Cervantes, como el conde de Villamediana, autor de »tantos versos burlescos contra el duque de Lerma, Fray Luis »de Aliaga y el conde duque de Olivares, y hombre, en fin, »que ni aun respetaba la desgracia; pues el día mismo que cayó »de la privanza el de Lerma, y se vistió éste la púrpura carde»nalicia (pase el error de Castro; pero en el mismo día no ocu»rrieron ambas cosas), puso un pasquín por las calles de la Cor»te, en el cual se leían estos versos:

«Para no morir ahorcado
el mayor ladrón de España,
se vistió de colorado.»

También establece Rossi un paralelo entre Cervantes y Quevedo, diciendo que el primero nunca fué como el autor del *Gran Tacaño*, que tuvo la osadía de enviar al rey Felipe IV una glosa del Padrenuestro, que inserta seguidamente, y que yo no copio por no ser prolijo y por parecerme más ingeniosas las sátiras de Quevedo contra Montalván. Es fama que visitando una Pinacoteca, varios amigos, entre los cuales se hallaba Montalván, se detuvieron ante un cuadro que representaba á San Jerónimo azotado por los ángeles, y pretendiendo aquél dar explicación del asunto interpretado por el pintor, improvisó los versos siguientes:

«Los ángeles á porfía
al santo azotes le dan
porque á Cicerón leía.»

Quevedo convirtió el terceto en quintilla, de la siguiente manera:

«¡Ira de Dios! ¿Qué sería
si leyese á Montalván?»

En la memoria de todos está aquella otra mordacísima sátira dirigida contra Góngora:

«He de untarte mis versos con tocino
porque no me los roas, gongorino.»

Y no cito, por estar ya considerada como trivial de puro conocida, aquella otra en que ridiculizaba al Dr. D. Juan Pérez de Montalván, y que comienza:

«El doctor tú te lo pones.»

También es del dominio del vulgo la que envió al Conde-Duque de Olivares, en la que se halla aquel famosísimo retruécano, que dice:

«¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?»

Fuera improcedente citar más; pero antes de terminar, diré con D. Adolfo de Castro: «Si Cervantes jamás escribió contra »determinadas personas, ¿cómo había de dirigir su *Don Qui-«jote* contra la memoria de Carlos V, á quien él tanto elogió »en casi todos sus escritos, y contra el duque de Lerma, que »entonces tenía toda la privanza de Felipe III?»

No atañe directamente al asunto, y sería una vituperable digresión hablar ahora del aserto defendido por una sapientísima escritora contemporánea, con el que da por válido que Avellaneda se propuso criticar en el *Quijote* á Lope de Vega y

á Fray Gabriel Téllez (Tirso de Molina). Cervantes, en cambio, no hubiera cometido tal audacia. Discutamos ahora los últimos párrafos de la carta. Ruidíaz, con gran sutileza, reconoce que la desaparición del *Buscapié* es inadmisible, y para hacerlo verosímil de algún modo, dice que lo mismo que con éste le acaeció á él con otro libro debido á la pluma de un irlandés, llamado Henin. El paradero de esta obra lo ignora; ¿no lo había de ignorar, si probablemente el irlandés y su libro son tan fantásticos como el *Buscapié* y su tradición? No tengo las pruebas que se requieren para dudar de la autenticidad de ese otro nuevo libro y de ese otro autor, traídos ambos á colación por Ruidíaz para robustecer sus débiles argumentos; pero existe un adagio español, que cuadra perfectamente á la índole del caso y hace innecesaria toda clase de comentarios; si proseguimos dando oídos á la célebre epístola, veremos á su autor prorrumpir de esta manera: «Este libro (el del irlandés) se hizo «imprimir con el debido recato», queriéndolo cotejar hasta en este fútil detalle con el *Buscapié*, pues, según parece desprenderse de lo antedicho, este último también se imprimió con cautela, por no decir clandestinamente. En este pormenor no veo otro propósito que el de probar, *hasta cierto punto,* que el *Buscapié* se hizo sumamente raro, y que, por lo mismo, no se ha encontrado ninguno, y sólo por casualidad topó con un ejemplar el afortunado Ruidíaz en la biblioteca del conde de Sacedo por la liberalidad de un amigo, que debió romper para con ellos *el sigilo con que esa obra se transmitía de padres á hijos*. Aun admitiendo como verdadero este exabrupto, es muy probable que, dada la fragilidad de la condición humana, no hubiera transcurrido un mes desde su publicación, y ya se hubieran descubierto, no uno, sino mil ejemplares del *Buscapié*. ¿No es asombroso que en el decurso de tres siglos no se haya tropezado por nadie y en ninguna ocasión con un escrito al que tanta importancia se dió? Pero abandonemos esto, pues ya está sonando en mis oídos con intenso clamor la postdata de la carta de Ruidíaz, tan curiosa ella sola como el resto de la epístola.

De muy poco peso le parecerían á su autor las razones alegadas en el texto de ella, cuando agregó ese pobrísimo aditamento, que él creyó digna apoteosis de la misma, cuando acaso sea la parte de ella que más seriamente lo denuncia. Recordaremos que dice que, una vez escrita la carta, suspendió su envío porque era sabedor de la existencia de un M. S. del *Buscapié*, que poseía una persona, para él desconocida, y á quien no pudo encontrar á pesar de haberlo intentado, poniendo en ese encuentro todo su interés, que no debió ser mucho cuando no lo consiguió. Desde luego se hace ostensible la ruindad de este *post-scriptum;* de él se deduce que la noticia que no le comunicaron en varios años, se le transmitió en el tiempo que tardó en enviar la carta, que, en sano pensar, debió ser breve, á menos que Ruidíaz acostumbrase á retener en su poder las epístolas que escribía algunos meses, antes de mandarlas á su destino. Aún hay más: si dijo que lo que poseía ese desconocido personaje era otro ejemplar del *Buscapié,* hubiera la carta hecho mención de tres libros, á saber: el que vió Ruidíaz, el que escribió el irlandés y el que le notificaron *y no pudo ver*. Esto hubiera sido una monotonía en abierta antítesis con el carácter y temperamento de Ruidíaz, y por tal razón convirtió el último de los citados escritos en M. S., dando con ello mayor amenidad á la picaresca fábula.

El original inventor de tan donosas andróminas no se valió de circunloquios, sino que afirmó, con desenvuelto cinismo, que mientras todos se afanaban infructuosamente en buscar un solo ejemplar del curiosísimo librejo, Ruidíaz, como si hubiese sido guiado por un coro de hadas, encontró un *Buscapié* y tuvo conocimiento de otro; es decir, que él solo consiguió dos veces lo que la humanidad entera no pudo conseguir una. ¡Oh, fuerza del genio, patrimonio exclusivo del sabio, que inspiraste á Ruidíaz tales sutilezas, haz que tu incontrastable pujanza no vuelva á germinar en cerebro humano, ya que la tiranía del destino te obligó á brotar de nuevo en la mente de Adolfo de Castro! ¡Tala ó agosta tus raíces para que la posteridad no vea

retoñar un tercer Ruidíaz con un tercer *Buscapié!* Dos y no más, porque al tercero quizás resucitara Cervantes para anatematizar tales calumnias.

Si él hubiera escrito un libro de ese género, habría hablado de él, no una sólo, sino varias veces; júzguese por las que anunció la segunda parte de la *Galatea, El Bernardo, Las semanas del jardín* y el *Engaño á los ojos*, y á pesar de tan reiteradas promesas, no las dió al público, ó acaso no las escribió. Si esto hizo con obras que sólo vivían en su imaginación, ¿qué no habría dicho y hablado del *Buscapié* si él fuese realmente su autor? Además, Cervantes, que tanto se apesadumbró de que algunas de sus obras corriesen sin su nombre, ¿cómo iba á escribir un libro anónimo? Oigamos lo que dice en el prólogo de sus novelas ejemplares: «Este digo que es el rostro del autor de la *Galatea* y del *Don Quijote de la Mancha* y del que hizo el *Viaje al Parnaso*... y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su autor.»

Estimo oportuno insertar aquí algunos juicios de los que ha merecido á la posteridad, la famosa tradición, las sensatas impugnaciones de Pellicer y la celebérrima epístola de Ruidíaz. Hablando del *Buscapié* D. Martín Fernández de Navarrete, en su *Vida de Cervantes*, publicada en 1817 por la Academia Española, se expresa así: «Supónese que el público re»cibió el *Quijote* con la mayor indiferencia, siendo hasta su tí»tulo objeto de la burla y desprecio de los semidoctos, y que »Cervantes, conociendo que su obra era leída de los que no la »entendían, y que no se dedicaban á su lectura los que podían »entenderla, procuró excitar la atención de todos publicando »el *Buscapié*, obra anónima, pero ingeniosa y discreta, en la »cual, haciendo una aparente crítica del *Quijote*, se indicaba »que era una sátira, llena de instrucción y de gracia, con el »objeto de desterrar la perniciosa lección de los libros de ca»ballería, y que los interlocutores, aunque de mera invención, »no eran con todo tan imaginarios que no tuvieran cierta re»lación con el carácter y algunas acciones caballerescas de

»Carlos V y de los paladines que procuraron imitarlo, como »también de otras personas que tenían á su cargo el gobierno »político y económico de la monarquía.»

Como se ve, confunde lastimosamente Navarrete lo aseverado por la tradición y las explicaciones de la famosa carta. Sabemos que en aquélla no se decía quiénes eran los personajes satirizados en el *Buscapié*, pues Ticknor dice acerca de ella: «Que era una sátira encubierta de personajes elevados y »conocidos, aunque *sin dar la más mínima señal de quiénes pu»dieran ser éstos.*» En bastantes ocasiones demostró Navarrete ser algo precipitado en sus juicios y apreciaciones, y esta es una de ellas. Tampoco indica la fuente donde tomó esas noticias, aunque se ve bien claro que fué de la obra de D. Vicente de los Ríos.

No me explico tampoco por qué razón asegura que la sátira del *Buscapié* tenía el objeto de desterrar la lectura de los libros de caballerías; quizá tomara este dato de Pellicer mismo, que, al combatir la tradición, entre los cargos que le hacía, se cuenta el siguiente, expresado de esta ó de parecida manera: El objeto del *Buscapié* no pudo ser el de atacar las lecturas caballerescas, porque este fin era el que se proponía el *Quijote*. Y ciertamente no he encontrado en los escritos de Ríos una afirmación, que sería absurda hasta lo inconcebible; infiero que ha habido aquí un yerro por parte de Pellicer, en el que incurrió también Navarrete al confiar en los juicios de aquél.

Después se expresa Fernández de Navarrete de este modo: «Pero sea lo que fuere de estas conjeturas, conservadas sola»mente por una tradición *poco general y conocida hasta nuestros »tiempos* é impugnada últimamente por el Sr. Pellicer (hace »referencia á *La vida de Cervantes* que en 1800 publicó don »Juan Antonio Pellicer), con varios hechos y reflexiones pro»pias (entre ellas lo anteriormente comentado); lo que no tiene »duda es que el mismo Cervantes, convencido de la justicia y »severidad con que habían declamado contra la lectura de los

»disparatados libros de caballería los sabios y eruditos espa-»ñoles Luis Vives, Melchor Cano, Alejo Venegas, Pedro Me-»xía, Alonso de Ulloa, Luis de Granada, Benito Arias Monta-»no, Pedro Malón de Chaide, el autor del *Diálogo de las len-»guas* (Juan de Valdés?) y otros muchos, quiso publicar en su »obra *una invectiva contra aquellos libros, con la mira de des-»hacer la autoridad y salida que todavía tenían en el mundo y »en el vulgo*»; cuya indicación, hecha así en el prólogo, parece excusaba la necesidad de dar á conocer el objeto de la obra en el *Buscapié*, según opina el Sr. Pellicer (tornamos á encontrar la reflexión á que antes aludió).

Sigamos leyendo, y veremos un caso de *contagiosidad del candor,* porque Navarrete, al dar crédito, sin previa discusión, á cuanto aseguró D. Vicente de los Ríos, demostró que la autoridad y competencia de éste ejercían sobre él un dominio supremo y tan desmesurado, que dice, sin ambajes ni reticencias: «No podemos dudar de la existencia del *Buscapié*, pues »que asegura haberlo visto y leído, y da razón de su contenido »y circunstancias una persona tan conocida por su sinceridad »y buena fe como D. Antonio Ruidíaz.» Asombra en extremo que Navarrete asegurase tal cosa. ¿Lo conoció él por ventura? ¿Por qué hace casi proverbial la buena fe de este personaje? Creo que es sencillamente porque de sincero lo reputaba Ríos, y como Navarrete no cita aquí de dónde tomó esas noticias, parece á primera vista que es él quien sustenta tales hechos, cuando en realidad está copiando literalmente á Ríos, y haciendo suyas sus afirmaciones.

Continuemos leyendo á Navarrete: «Debemos creer que »Cervantes no intentó manifestar en el *Buscapié* el fin princi-»pal de su novela, que había ya declarado en el prólogo, sino »levantar el velo de algunas alusiones y parodiar á sucesos re-»cientes ó personas conocidas, cuanto bastase á estimular la »curiosidad de los lectores para vislumbrarlas ó percibirlas y »admirar su ingenio, delicadeza ó artificio, sin comprometer »la suerte de su autor, á cuya persuasión nos induce el haberlo

»publicado sin su nombre y haberse esparcido corto número »de ejemplares, como sucedió con otros escritos coetáneos, cu»yos autores, no queriendo ocultar la verdad, ni hacer traición »á sus propios sentimientos, se cautelaban, sin embargo, del »duque de Lerma para publicarlos.»

Dejo al sano criterio del lector el juicio de estas últimas líneas; pero ¿puede darse una más clara y ostensible alusión al irlandés, de que habla Ruidíaz, y á su libro? ¿No era del duque de Lerma de quien se cautelaba Jorge Henin? ¿La locución de que «*se cautelaban para publicarlas*», no es la misma de Ruidíaz «*se hizo imprimir con el debido recato*»? No es esto censurar á persona tan meritísima como Navarrete, porque su jerarquía literaria está muy por encima de las ruindades de la crítica; pero quiero probar con ello que si este escritor hacía tales declaraciones, era, no porque fueran hijas de su convencimiento, sino porque tenía en muy alta estima la buena fe de Ríos, y cuanto éste afirmó, lo aseguró él sin citarlo, y por eso aparecen como suyas, sin que en realidad lo sean, las afirmaciones que he entresacado de su magnífica biografía de Cervantes.

Para terminar, transcribiré el párrafo 107 de esta obra: «Como ignoramos si el *Buscapié* salió á luz al mismo tiempo »que el *Quijote,* ó si fué muy posterior (se recordará que dice »esto, por tener en cuenta el dicho de Ruidíaz: «*no tengo* presen»te el año ni en qué oficina se imprimió el *Buscapié*), no pode»mos graduar el influjo que tuvo para que esta obra fuese reci»bida desde luego con *tan general aplauso en las gentes*, como »manifiesta su autor en la segunda parte, y fué consecuencia »de esta aceptación el hacerse á lo menos cuatro ediciones en el »mismo año de 1505, en que se publicó la primera.» (He aquí en boceto una duda sobre si fué realmente el *Buscapié* el que, excitando al público á la lectura del *Quijote*, determinó esa verdadera profusión de ediciones.) Y termina así: «Es natural »que los lectores, penetrando entonces más fácilmente las dis»cretas y satíricas alusiones, derramadas en aquella época á

»sucesos recientes y á personajes que tenían tan cercanos, ha»llasen por esta razón mayor placer y gracia que la que pode»mos percibir ahora, cuando la sucesión y trastorno del tiem»po ha envuelto en los senos de su oscuridad muchos de aque»llos lances y acontecimientos, de cuya crítica é ironía no po»demos hacer justa explicación, ni apreciar, por tanto, su ver»dadero mérito, careciendo de tan preciosos antecedentes y »conocimientos.»

De las opiniones de Navarrete sobre el *Buscapié* se destacan con vigoroso relieve dos conclusiones: primera, que no creyó en la tradición, sea por decisión particular, es decir, de *motu proprio*, sea porque, al verla combatida por Pellicer, tomó en su juicio incremento la idea de que era inexacta. La segunda conclusión es que aceptó como cierta, no sin escrúpulos y reparos, la novela fingida por Ruidíaz; pero añádase, en descargo de Navarrete, que le dió fe, más por la confianza que puso en D. Vicente de los Ríos, que por estar convencido de la veracidad y exactitud de la misma.

Preñados de buen sentido crítico son los atinados raciocinios de Ticknor; el eximio historiador inglés de nuestra literatura, acerca de este asunto escribe así: «En la vida de Cer»vantes escrita por D. Vicente de los Ríos, que precede á la »magnífica edición de la Academia Española hecha el año 1780, »se afirma que según cierta tradición *(no mencionada á lo que »creo hasta entonces)*, al salir á luz en 1605 la primera parte de »aquella novela, fué recibida del público con frialdad y dis»gusto, y que, á consecuencia de esto, el autor publicó un li»brillo anónimo, llamado el *Buscapié*, en que, haciendo una »graciosa crítica de su *Quijote*, insinuaba ser éste una sátira »encubierta de ciertos personajes... etc., lo cual, como era na»tural, excitó la pública curiosidad de una manera extraordi»naria y llamó la atención hacia su obra, obteniendo de este »modo su autor un éxito completo.»

Nótese que en esta relación, calcada de la de Ríos, no se mienta ni se alude siquiera á que el objeto del *Buscapié* fuese

atacar los libros de caballería, como decía Navarrete, imbuído á hacer esta afirmación por haber leído á Pellicer, y sería muy de extrañar que tal cosa hubiera sido inadvertida para la sagacidad de Ticknor. A continuación relata éste el contenido de la carta de Ruidíaz, haciendo resaltar la antítesis existente entre ella y la tradición, y haciendo ver, aunque sin notarlo, que ésta es en realidad una explicación de aquélla, y está claro que quien da tan minuciosas explicaciones de un hecho tan ignorado por todos, ó lo conoce muy bien (lo mismo lo podían conocer sus coetáneos), ó es su inventor. Esto es lo que en definitiva prueba Ticknor, siquiera las sospechas de éste recaigan sobre Ruidíaz. Aquí están sus palabras: «Esta narración (la de »la carta), que como el lector habrá observado es muy diferen»te de la tradición mencionada en el texto, y á que va unida, »y principalmente en lo relativo al Emperador Carlos V, fué »considerada desde luego como poco fehaciente y satisfacto»ria.» «Pellicer, entre otras dudas muy fundadas, llego á pro»poner la de que Cervantes fuese autor de semejante escrito, »*aun dado caso de que lo hubiese habido.*»

Esta misma duda de Pellicer, explanada de una manera categórica y terminante, la inserta Ticknor, como los párrafos que aquí he insertado en la nota D, de su *Historia literaria,* traducida por Gayangos y Vedia; pero además, en el texto de la obra, habla así: «El *Buscapié* (*si alguna vez ha existido*), »dicen era la relación de algunas empresas y bizarrías de Car»los V puestas en ridículo», y en las notas todavía hay una refutación más enérgica, dictada por el convencimiento y quizás por el despecho, pues en ellas dice que dentro del año de 1605 se hicieron cuatro ediciones del *Quijote*, «prueba tan »evidente de la impaciencia y curiosidad de los lectores y de »la gran popularidad del libro, que no tardó el público en per»suadirse *que no se había escrito nunca por Cervantes ni otro* »*alguno tal Buscapié*».

El dictamen que sobre tal libro emitió D. Diego Clemencín es favorable á la teoría que defiende su existencia; pero he

de decir, para vindicarlo de las acusaciones que se le hiciesen, que si el ilustre comentador de Cervantes dió como cierta, en en lo puramente esencial, la historia del *Buscapié*, no fué sin ponerle con antelación algunas trabas y reparos. No es menos cierto que cuanto admitió lo hizo considerando como irrecusables los testimonios de D. Vicente de los Ríos.

Véase ahora el apogeo á que llegó la falsa creencia á los pocos años de concebida, y los crédulos é inadvertidos prosélitos que arrastró á su paso la inmaculada reputación de D. Vicente de los Rios. Bien puede á ésta comparársela (en forzado símil) con el crisol donde se purificó de su inmunda procedencia la tradición de Ruidíaz, y de donde surgió esplendorosa y radiante á los ojos del mundo, que, deslumbrado por ella, creyó ciegamente el absurdo.

Hay una opinión, intercalada por Clemencín, entre otras varias, que contrasta notablemente con ellas y está en abierta divergencia con el buen juicio, el acertado pensar y el razonable criterio de su autor, y es ésta que extracto á continuación: «La existencia del *Buscapié* en la biblioteca del conde de Sacedo, puede explicarse por el ardid de que se valiera algún farsante para aludir al conde, que en materia de libros era *ávido é insaciable.*» O de otro modo: que el fantaseado opúsculo pudo ser presentado al de Sacedo falsificado, pero para esto necesita admitir como preliminar algo que pudiera ser contrahecho; luego asiente implícitamente á la existencia del *Buscapié,* pero esto no es censurable; lo que admira ver defendido por Clemencín es que el librillo estaba en la biblioteca del conde porque éste lo adquirió de alguien que lo contrahizo. Al asentar esta hipótesis no paró mientes en que Ruidíaz dijo que Sacedo no poseía el libro, sino que se lo prestaron con gran premura. ¿Qué objeto tiene, pues, el idear nuevas versiones del asunto? ¿No sería insensato el complicarlo desmesuradamente? Además, tal aserción es pobrísima de inventiva y no tiene razón de ser, porque ¿cómo iba á arriesgarse á imprimir *un solo* libro el supuesto especulador, con el único fin de sobornar al conde?

Era preciso admitir que éste lo adquirió á muy crecido precio, tan grande, que superase los gastos de impresión y pudiera reportar además alguna apetecible utilidad al engañador, y si suponemos que lo contrahizo en M. S., surgiría una nueva contradicción con las manifestaciones de Ruidíaz, quien dijo bien categóricamente que estaba *impreso* «con buena letra, aunque en mal papel». Sería improcedente aportar nuevos argumentos contra tales suposiciones, que, vuelvo á repetir, no parecen dimanar de una persona de tan fina intención como Clemencín, que para dar mayor validez á tal especie, dice en tono reflexivo: «Más difícil era contrahacer la edición primitiva de »la Gramática de Antonio Lebrija, y se contrahizo en el siglo »pasado (XVIII).» Ninguna fuerza da á su argumento, por ser éste de tan débil contextura, que nada admite en su apoyo.

Continuando la serie de apreciaciones hechas por varios autores sobre el *Buscapié*, tócale cronológicamente turno al director de la *Crónica de los cervantistas* y biógrafo recientísimo de Cervantes. Se lee en la *Vida de Cervantes* de este escritor, que precede como casi todas ellas á una edición del *Quijote* (tal ocurre con las de Mayáns, Pellicer, Ríos, Quintana y León Máynez, las siguientes líneas: «Uno de los primeros bió»grafos de Cervantes, el Señor Don Vicente de los Ríos, tal »vez el que ha contado más consejas y anécdotas, al ocuparse »del gran autor, habló de cierta obrilla escrita por Cervantes »*á los pocos meses de publicada su primera parte del Quijote* »(esto que tan resueltamente enuncia Máynez viene á corro»borar lo dicho por mí en los párrafos precedentes), el que te»nía por objeto despertar la atención sobre su libro y declarar »por medios ingeniosos la tendencia que entrañaba y perso»nas á quienes se hacía referencia en los tipos de la obra. Ríos »creyó, á lo que parece, esto, que le comunicó un amigo, el cual »sostenía que había visto en la librería del conde de Sacedo »una copia de la obrilla de Cervantes, que había quedado in»édita, á pesar del gran interés que se le atribuía.» Lo que afirma León Máynez está en disconformidad con lo dicho por

Ríos, y con las manifestaciones que Ruidíaz hace en su carta, el cual no sostenía haber visto una copia manuscrita del *Buscapié*, ni que éste había quedado inédito, sino que precisamente dice todo lo contrario, á saber: que vió y leyó un ejemplar *impreso en mal papel, pero con buena letra;* y que *se editó*, aunque se hizo extremadamente raro. Parece esto probar, ó que León Máynez no leyó la carta de Ruidíaz, ó que, al editarla de memoria, confundió sin duda el texto de la epístola con la postdata, en que se habla de un M. S.

Continúa León Máynez: «El mencionado biógrafo (Ríos), »al admitir ó al ocuparse de tal aserción, abrió el campo á los »ingenios sutiles para ejercitar sus travesuras en la cuestión; »credulidad excesivamente candorosa la de Ríos, y no menos »reprensible que aquella otra de haber dado asentimiento á la »carta, que se supone dirigida por Cervantes desde la prisión »de Argamasilla á su tío Don Juan Bernabé de Saavedra, y la »cual empezaba: *Luengos días y menguadas noches me fatigan »en esta cárcel, ó mejor diré, caverna.*»

Para terminar este catálogo de citas, haré mención de un discurso leído por su autor, D. Julián Apraiz, catedrático del Instituto de Vitoria, en la solemne ocasión de celebrarse en aquella ciudad el 277 aniversario de la muerte de Cervantes, el 24 de Abril de 1893. Dice en él: «Don Vicente de los Ríos... »en su *Vida de Cervantes*... hace la peregrina afirmación de »que su mismo biografiado había publicado en forma anónima »cierto librito denominado *Buscapié*, en el que, además de una »crítica del *Quijote*, se daba una especie de clave para la de»bida inteligencia de ciertas recónditas é intencionadas alusio»nes, añadiendo el diligente biógrafo que un Sr. Ruidíaz había »leído recientemente un ejemplar del misterioso opúsculo.» D. Julián Apraiz, al tildar de *peregrina* la afirmación de Ríos, y al decir, quizá irónicamente, *un Sr. Ruidíaz*, testifica que no daba crédito á lo aseverado por ambos amigos; pero es lástima que ante la clarividencia de los hechos, transija á la postre con la pueril existencia del *Buscapié*. Así da á entenderlo

al decir que Ticknor «ha dejado las cosas en el mismo estado »de carencia de noticias auténticas acerca de tal librejo atri»buído á Cervantes». Luego lo admite, siquiera lamente la carencia de datos auténticos.

En resumen de lo expuesto, diré que la ruidosa tradición y la existencia del *Buscapié* adquirieron tal incremento y tan marcados caracteres de verosimilitud, que ninguno se arriesgó (de entre los escritores que de esto se ocuparon) á sostener la falsedad de la una y de la otra. Y es doloroso, al par que denigrante, que fuesen extranjeros los que nos hicieran notar el inconmensurable mérito de Cervantes, sacándolo del olvido, nueva cárcel á que lo redujo, después de muerto, la ingratitud de su patria, y que también haya sido extranjero el que con más interés, y con un denuedo y constancia nobilísimos, ha sabido vengar á Cervantes de sus detractores y conservar inviolado su prestigioso nombre.

Él, arrastrado por la fatalidad de su destino, víctima sagrada de su adversa suerte, y azotado por los más crudos rigores del infortunio, contra el que siempre luchó con majestad y grandeza, no pudo presagiar ya al borde del sepulcro, donde creyó que acababan las ruindades y miserias de la tierra, que su memoria sería arrancada de la tumba por manos despiadadas para ultrajarla y escarnecerla; mas un sér providencial ocultó sus venerandas cenizas, por no haber sepulcro digno de contenerlas, evitando así acaso nuevas profanaciones y sacrilegios.

Cervantes no necesita mausoleo, aunque fuese como el de Artemisa en la Lidia, ni estatuas, ni monumentos, porque para erigir uno digno de él, necesitaba tener por pedestal al mundo; pero tiene algo más sublime y más grandioso; tiene un altar en el pecho de todos los españoles. Si inexcrutables designios han hecho que se pierdan sus restos, no ocurre lo mismo con su recuerdo, ni con los héroes que engendró la fuerza creadora de su fantasía; uno y otros vivirán tanto como la humanidad, y existirán mientras exista un hombre.

ALBERTO BLANCO

LA LENGUA ESPAÑOLA ENTRE LOS JUDIOS

Influencias y voces extrañas al castellano.

Era natural y forzoso; no podía menos de acontecer, que ese pueblo paciente y perseguido, eterno viajero de la historia, sufriese en su lenguaje de preferencia, en la mejor y única forma de expresión entre ellos enseñada y transmitida de padres á hijos, la influencia que el medio cambiado de continuo y el roce y comercio con gentes tan diversas suelen ejercer en todo orden de cosas.

No es lo que más extraña la corrupción de sus locuciones ni la adopción de voces exóticas, á cuyo empleo, en la absoluta incomunicación con su antigua y tristemente membrada patria, les empujaron nuevas necesidades y exigencias de los tiempos; sino, precisamente, que esta lengua armoniosa y bendita que del solar castellano recogieron, y como reliquia de la perdida tierra de promisión llevaron en los entresijos de sus más caros amores, no se haya ido perdiendo hasta desaparecer totalmente de sus labios y de su recuerdo, á lo largo de su éxodo implacable y sin término.

Pasma que en Oriente—igual que ha pasado entre los descendientes de israelitas expulsos que se refugiaron en territorio marroquí, en Amsterdán, en Palestina, en otros puntos de Europa y Asia—el monumento de nuestro idioma no se haya desmoronado hasta no quedar de él piedra sobre piedra, con

los embates rudos de tantos agentes étnicos, psíquicos, mercantiles, religiosos, como trabajaron y corroyeron el pensamiento y la palabra con que habían de comunicarse hoy aquí, mañana allá, con los pueblos en que encontraban asilo.

Porque cuando se oye hablar desdeñosamente á algunos, con insistencia despectiva que parece saña reconcentrada y encubierta, de que el sefardí no es sino logomaquia de voces corruptas y bárbaras que no merecen especial atención y amoroso estudio, es que sin duda no se piensa en el tesoro estimabilísimo y aprovechable de sus consejas y cantigas populares, de boca en oído heredadas; es que se cierran los ojos á la transformación, y aun degeneración, que sufre nuestra lengua nativa, río secular caudaloso al desbordarse por las regiones de la Península, como al regar los campos americanos, como al recibir la afluencia de neologismos que, cuando no son de linfas puras y bien sangradas, más que nutrir y refrescar la corriente, la infeccionan; es que se olvida que los metales más preciosos toman en el baño la acción de las sales minerales y se ennegrecen. Pero ¿los conoceremos si no los examinamos? ¿Nos convenceremos de su oro ó de su escoria si no los apartamos, sacándolos á la luz y sometiendo sus aleaciones ó su pureza al fuego del estudio?

Lógico era que en labios israelitas se mezclase al castellano de vez en vez, y preferentemente á las demás lenguas, el hebreo. ¡Cómo no, siendo la lengua sagrada de sus creencias, la escala por donde su historia, como el sueño bíblico de Jacob, toca el cielo y el aliento para su esperanza nunca cumplida! Si ello no hubiera tenido sobrada fuerza de atracción, aun los más españoles de espíritu la hubiesen desde luego asociado á sus locuciones corrientes, ya para evocar las fiestas thalmúdicas, ya para recordar sentencias y personajes del Antiguo Testamento, ya para no esforzarse en buscar, en romance, correspondencia á voces hebraicas aclimatadas en su fonética y amoldadas á la necesidad súbita que imponía sus fueros.

Motivo de mayor simpatía y conexión hubo de ser para los

judíos, en los orígenes de nuestro idioma, aquella determinada similitud que con él advierte en el hebreo el autor del *Diálogo de las lenguas* (1), la gran copia de voces hebraicas importadas en castellano, y la circunstancia especial de vaciar las palabras castellanas en caracteres hebreos. A esto hay que añadir una observación que recoge, muy atinadamente, en su interesantísima y notable conferencia «La langue espagnole en Orient et ses déformations», el infatigable y culto Abraham Galante, que en El Cairo publica el periódico sefardí *La Vara:* y es que en las escuelas judías orientales se enseña la Biblia con su traducción castellana.

Por donde, merced á tal concatenacion, persiste entre ambas lenguas una reciprocidad y atracción irresistible, que da por resultado el cambio frecuente de modismos é ideas, y que, manteniendo el predominio del castellano, gusta de incrustar de cuando en cuando, como orfebre que engarzase piedras exóticas en su labor filigranada, una palabra, un pensamiento, una frase entera del manantial semítico.

No olvidando todos esos estrechos lazos, se explica que la conversión del *hur* hebraico en *fur*—por idénticos procedimientos que el castellano pristino adoptó,—haya dado origen á tantas voces españolas; que en muchos plurales del sefardí resalte aclimatada la marca *im,* con que la lengua sagrada sella la formación de sus plurales; como á la inversa, ciertos vocablos netamente hebreos cristalizan su plural en los moldes característicos del castellano, al adaptarse al habla oriental; que este mismo caso se repita en los infinitivos de algunos ver-

(1) Con la lengua hebrea—dice Juan de Valdés—se conforma la castellana en no variar los casos, porque en el singular tienen todos ellos una terminación, y en el plural otra; así como *bueno* y *buenos, hombre* y *hombres.* Con la mesma lengua se conforma en poner en muchos vocablos el acento en la última, y en usar algunas veces el número singular por el plural, y así dice: *mucha naranja, pasa ó higo,* por muchas naranjas, etc. Conformase también en juntar el pronombre con el verbo, diciendo: *dadle* y *tomaráse,* como por este refrán: «Al ruin dadle un palmo y tomaráse cuatro...»

bos, y que en las oraciones coordinadas nos sorprenda á veces en judeo-español el fenómeno, que en hebreo clásico no es excepción, de transfundir el imperativo sus formas típicas por ley de atracción, á los verbos que de él dependan, en tanto cuanto sean continuación ó consecuencia del concepto que la oración primera determina: paralelismo del cual, en ese y en los demás modos restantes, nos brindan sobrados casos la poesía y la oratoria de los judíos expulsos.

Sin embargo, en lo que toca á la pronunciación—observa el gran Menéndez Pelayo,—«las diferencias entre el castellano de Oriente y el de España, acaso no sean tan profundas como pudiera creerse en vista de la transcripción fonética que usan. Como difieren tanto los dos alfabetos, ha sido necesario añadir al hebreo para transcribir el nuestro, cinco caracteres nuevos; y por el contrario, cinco letras hebreas han quedado sin uso por no tener correspondencia en los sonidos castellanos» (1).

Por causas análogas á las citadas antes, el sefardí acogió y puso en circulación muchas voces sacadas del arameo, bien porque la influencia del Talmud las imponía y remachaba en los procedimientos de la administración de justicia, bien porque las negociaciones y menesteres de la vida comercial forzaban á otorgarles carta de naturaleza.

Pero, en verdad, la lengua talmúdica no logró entre los judeo-hispanos ni la predilección, perfectamente justificada, que el hebreo les mereciera, ni siquiera el auge con que dentro de su habla preferida se ha ido deslizando el turco, al amparo y sugestión del medio ambiente, por la energía incontrastable con que las oleadas de la vida y los apremios del momento, diariamente y á cada paso, año tras año, siglo tras siglo, la tierra que se les mostró piadosa y hospitalaria horadó, con la tenacidad de su verbo, el espíritu israelita.

¿Cómo no, si es ley natural que surge y triunfa de la con-

(1) *Antología de líricos castellanos*, tomo X.

vivencia? ¿Cómo no, cuando su relación prolongada y su como hermandad íntima con los árabes en España los tenían ya con tiempo preparados para hacer en su lenguaje usual concesiones al turco, que tantas voces debe al idioma arábigo?

Cierto que esta influencia se pudo atajar ó mermar en buena parte, desde el siglo XVI á nuestros días, si España hubiese cuidado—no más que en la medida que le preocupara la conservación de lo conquistado por las armas — de renovar y fomentar las semillas de su idioma en quienes más perdurablemente había conquistado por el espíritu. Pero los abandonamos del todo en todo, como si no tuviésemos con ellos ligazón en lo que nos es más caro; y ellos, cortada de pronto la corriente del idioma de sus nobles y «saudosas» tradiciones familiares, hubieron de recurrir á aquellas palabras que hallaban más á flor de boca, que una larga y obligada residencia les repetía en el oído, y que por fuerza habían de emplear en el lenguaje de los negocios y en su trato con las gentes.

Tan es así, que en los vocablos turcos y turco-árabes, cuyas grafías fueron respetadas al ser prohijadas por el sefardí, lo mismo que en los que con radical turca ó arábiga, entre ellos muchos infinitivos, cobraron terminación castellana en el judeo-español, se comprueba con sólo pasar la vista por su significación y oficio, cómo solamente las circunstancias de lugar, tiempo y necesidad impelieron á usarlos, porque son términos que responden á expresar menesteres caseros: las ropas con que se visten, las alhajas con que se adornan, los colores que usan, las viviendas en que se cobijan, los manjares ó bebidas que han de mercar para su subsistencia ó regalo, las monedas que han de mediar en sus contratos ó transacciones, y otros conceptos y atenciones de parecida índole con los cuales había de aconsonantar la expresión.

Con razón afirma un distinguido publicista israelita (1), que

(1) Algunos sufijos turcos, unidos á determinados sustantivos del mismo idioma y de los nombres propios, pasan á formar adjetivos espa-

«hoy sería imposible á los judíos españoles que no conozcan otra lengua europea, expresarse fácilmente sin apelar á palabras turcas».

Por este mismo influjo del turco pasan, como por cedazo, al castellano oriental locuciones persas, é igualmente voces del francés acopladas en el turco (*jurnal*, *magasen*, *avenir*, *senso* (sens) y tantas otras), merced á la perseverante propaganda y hábil cultivo que en la esfera literaria, en el ambiente pedagógico y en el orden mercantil, hacen allí de su idioma nuestros vecinos y amigos (1). Esto no obstante, la relación y ascendiente que con el judío español haya podido alcanzar más ó menos directamente el francés, no cuentan muy larga fecha.

De los términos italianos que el uso ha empadronado en ese léxico israelita, recuerdan algunos la influencia que en los primeros tiempos de nuestro romance hubo de ejercer Italia, prestando á nuestros poetas y juglares bastantes palabras cultas, que aquí presto arraigaron, siquiera no pocas hayan quedado anticuadas. Otros italianismos que no se amoldan á las formas castellanas, los han recogido, mano á mano, los judíos al paso de su peregrinación, como acontece con las palabras portuguesas, no tantas en número, que se mezclan con el argot de elementos heterogéneos, y que á la legua denuncian su procedencia.

Los grecismos que del judeo-español se destacan, mantie-

ñoles. Otras palabras turcas españolizadas toman en ciertos casos la marca del plural hebráico: en *un* para los masculinos, en *t* para los femeninos. Además, gran número de preposiciones y adverbios turcos, amén de expresiones vulgares, han sido introducidos en el castellano por los judíos.—GALANTE.—*La langue espagnole en Orient.*

(1) La españolización de vocablos persas se realiza no sin que su pronunciación neta se modifique notablemente.

Respecto del francés, el paremiólogo y literato Galante advierte que su acción es doble, porque unas veces aparecen en el ladino oriental afrancesadas voces de origen castellano, y otras veces se emplean palabras francesas como castellanas, depuradas de sus alteraciones.

nen unos la pátina clásica con que, allá en tiempo de los Ptolomeos y Seléucidas, inmigraron en Palestina, y entre las voces hebreas se naturalizaron, tomando puesto en la Mischna; otras acusan circunstancias de vecindad y trato con el griego moderno, y entre ellas hay varios sustantivos y verbos que nos brindan sus terminaciones, ceñidas á la norma castellana ó de ésta remedadas.

El examen y estudio de los documentos literarios y populares que la tradición perpetúa hasta nosotros, afirma el convencimiento de que, entre las principales influencias que de lenguas extrañas recibe el castellano en Oriente, son tres las que más directamente preponderan: la hebráica, la turca y la arábiga (1).

De ésta, el artículo, determinados adverbios y diversas preposiciones, se han hecho hueco y acomodado, abrogándose fueros de prioridad é invocando recuerdos de la dominación musulmana, para campar por sus respetos y quebrantar la invasión del turco, que amenaza ser absorción irremediable.

Los diminutivos.

Lo mismo en el romancero con que el historiador egregio de las ideas estéticas en España amplía y completa la *Primavera* y *Flor de romances*, de Wolf, que en las curiosísimas colecciones de Danon y Galante, y en la compilación que de Oriente y Marruecos ha hecho nuestro erudito investigador y

(1) Esta influencia del árabe en el idioma español no debe ser exagerada; cierto que enriqueció el vocabulario, pero dejó intactas su gramática y su pronunciación. A medida que el castellano fué adquiriendo boga literaria, se fué debilitando en él la influencia del árabe más y más, tanto, que en la lengua literaria del día ni siquiera una décima parte de su glosario corresponde al patrimonio lexical que los árabes legaron. Los vocablos españoles tomados del árabe se refieren en su mayoría á la industria, al comercio, á la agricultura, á la música, á la medicina, á la botánica y á las matemáticas.—*Lingue neolatine*, del Dr. Egidio Gorra.—Milano, 1894.

filólogo Ramón Menéndez Pidal, no menos que en los copiosos arsenales de proverbios que Kayserling, Foulchée-Delbosc y el propio Abraham Galante ofrecen á nuestro estudio, con todas las garantías que puede tener la tradición oral de que han sido tomados, es muy de notar el empleo del sufijo diminutivo entre los judíos españoles.

Su forma preferida no es la derivada del latín, vulgarizada y naturalizada por las lenguas romances, sin más que anteponer una c á la terminación diminutiva latina, y convertir el *ellus*, *ulus* en *iello*, *illo*, *ielo* (castiello, chiquillo, mozuelo), con su adecuada correspondencia para el femenino.

No repudian los judeo-hispanos, aunque las excusan, las terminaciones *ito*, *ino*, *uco*, *ejo* y otras, que adoptó y extendió el pintoresco y desenfadado genio popular de nuestro idioma; pero fácilmente se ve que éstos no son muy de su dilección ni en sus cantigas, ni en sus dichos sentenciosos, esmaltados con diminutivos en *ico*, que, á lo que parece, suenan en su oído con singular encanto; ese *iccu* del portugués y válaco, que, á pesar de no haber sido arrancado de la cantera latina en que el castellano trabajó el mayor número de sus voces, adquiere una casi completa hegemonía en la huerta murciana, en las bravías montañas aragonesas, á lo largo del antiguo reino de Jaén, en las tahas y vegas que tienen Sierra Nevada por centro de atracción y punto de mira, y en otras varias comarcas de León y Castilla.

Bien que los judíos españoles no abusan del *ico*, tal cual los ribereños del Segura, generalizando la forma diminutiva aun á voces que no hay por qué: la emplean discretamente, siempre que la creen ornato de la frase y mimo del concepto, miniaturizando el vocablo, adelgazando su contextura y sonido. Que también en la inconsciencia de la colaboración popular suelen ir muchas veces, del brazo del instinto, concretando mejor la propiedad y carácter de la expresión, ciertas flexiones nominales en que la ternura y la delicadeza, más que la morfología, pusieron suavidad y atractivo.

Repasad el Romancero, y os sonarán dulcemente en el oído, tanto por su precisión insustituíble como su naturalidad y fluidez, los *chorricos,* á cuyo murmurio se durmió la niña enamorada; la *agüica* que se bebió al llegar al castillo; los tres *besicos* que, dormida, le diera el caballero (1); el *viejijico* que vió venir, vestido como el carbón, el rey David; la *priñadica,* hermana de Filismena, *casadica* con el hijo del rey; los *chiquititos* que perecieron en Roncesvalles; las *hermanicas* del romance «Hero y Leandro»; la *mañanita* de San Juan que se levantó el conde Niño; los dos *hijitos* que la reina tiene de Andarleso; su «pulido enamorador», y tantos otros que se nos vienen á la pluma, como *pedazico, pajico* (que se usa en tierra castellana por pajecillo), *pichonicos* (por pichoncillos), *ramica, pescadico, cejica, cabeyicos, carica, espinicas,* etc., fuera de los que nos brindan los refraneros, confirmando cuanto dejamos apuntado.

A mayor abundamiento, los judíos españoles, para disimilar en la fonética la desemejanza del concepto, nos muestran en algunos verbos terminaciones de diminutivo, denotando que del diminutivo sustantivo se formaron.

Los pronombres.

Ni dejan de ofrecer particularidades, ya morfológicas, ya sintácticas, los pronombres en el habla hispano-judía, hasta en los trozos y locuciones de más clásico linaje.

Cuanto al de primera persona, salta á la vista cierto parentesco, identidad en ocasiones, con giros aragoneses típicos, lo mismo anticuados que modernos.

Así, cuando leemos *como* MI, en lugar de «como yo», no po-

(1) El romance *Le Cabalhero,* en dialecto mirandez, dice:

Tres besicos le mandé,
Dar-se-les quiero,
Dar-se-les quiero,
¿Por quié se les mandaré?

dremos menos de advertir su similitud con los aragonesismos vulgares *con yo* y *pa yo*.

Al igual de la primera, en segunda persona se nos presenta TO por tu, TI por *tú*.

El cambio de formas flexivas está en este castellano de Oriente tan en uso, que no sorprenderá á nadie que estudie los fenómenos de nuestra lengua allí, ver ú oir *toparé yo á mí* por «me toparé»; *me apiade* por «se apiade de mí»; *no sopi otro como tí* por «no supe (de ó conocí) otro como tú»; *de me ir yo con tí* por «de irme yo contigo»; *quien mi ve mi goza*, etc...

Todo lo cual repítese de igual modo en el reflexivo: en vez de *consigo*, CON sí; SE, por *sí* (cada uno se rasca para *se*. Proverbio Kayserling.)

Respétase en el plural de los personales las formas originarias NOS-VOS, indistintamente empleados en acusativo ó nominativo. La primera cambia su consonante inicial, por atracción de la *m* de *me-mi* (mihi) *micum*, y reproduce el *nos* anticuado que hoy sólo en labios rústicos perdura, transmitiendo su influjo al posesivo *nuestros-nuestras;* de donde los versos: «Mos cativaron los moros»; «desgraciadas *muestras* venturas».

Cuanto á—vos, ya resurge la primitiva forma en su abreviatura *os;* ya pierde la *s* final, como en «yo *vo* lo perdono, reina»—«Filismena *vo* la do»; ya aparece en la frase vos, cuando propiamente debería ser *os* («vos embezaré á hazer hijos»—«quitadvos ales y vedres»); ya, en fin, está repetido consecutivamente, por ser vocativo el primero y suplir el segundo la forma abreviada *os*, como en el verso: «si *vos vos* morix de prima» (Rom. XII, Galante).

Importa observar asimismo, que el pronombre llamado adjetivo lleva artículo prepuesto en sus accidentes gramaticales, como en el castellano antiguo acaecía y como astures y galaicos lo aplican. De ejemplos está cuajado el romancero hispano-judío: «Así, viva *la mi* querida»—«lágrimas de *los mis* ojos»—«fina aquí *los mis* pecados»—«con sangre de *las mis* venas»—«yo estando en *la mi* casa»...: característica que se

extiende al vocativo, como «Irme quero, *la mi* madre»—«Moricos, *los mis* moricos»—«Vengax en buena hora, *el mi* yerno».

Tos por *tus* (tuyos), sos por *sus* (suyos), á usanza antigua, sy por *su* y algún otro caso por el estilo, completan todo lo más típico que en la lexiología castellana oriental reclama y aprisiona nuestra atención sobre este punto.

En el relativo, sigue dando fe de vida el artículo antecedente, y no es, por cierto, en los proverbios donde menos se refugia. Ejemplos: «*el quien* es ladrón...»—«ciego es *el quien* no ve por la tela del cedazo»—«el quien tiene mujer buena»...

A veces el conjuntivo *quien* está sustituído por que: verbigracia, «Dí *que* sos, alma de cántaro.» De igual modo, cal, qual y cale se hallan en lugar del relativo *cual*.

Por lo que toca á los correlativos *tal* y *cual*, sólo anotaremos que no es difícil que se nos éntre por los ojos el *cuala* villanesco, que aquí mismo, en el centro de Castilla, el vulgo lo consagra; ni menos el *tala* del romance («*tala* hora se compliría») con que en Oriente y en el solar de la lengua quiérese establecer distinción fonética entre la terminación masculina y la femenina.

La *n* de *tanto* perdura en *tal*, cuando lo suplanta en locuciones compuestas del habla preferida por los sefardíes, como en las bajas expresiones refranescas *tanicuni*, *tanibraga*, *tanchicur*.

Adverbios y modos adverbiales.

No es ese adverbio en la dicción ladina de Oriente la parte de la oración que menos atención merece de nuestra parte, unas veces por la rareza de sus formas, otras por conservar en toda su integridad ó con muy ligeras variantes las anticuadas, ya por haber permanecido fiel á su génesis latina, ya porque suena en nuestro oído con cierto dejo bárbaro á través de la marcha errabunda del pueblo desterrado, y aun también porque nos brinda el sello herrumbroso de la corrupción del vocablo,

que la inconsciencia del capricho popular, cuando no determinada preferencia eufónica, hubo de adoptar, y sobrevive en cancioneros y colecciones paremiológicas.

Así, nos hallamos con que el adverbio de distancia *lejos*, cuaja en dos formas: en la equivalente LEXOS y en la latina *longe*, de que se derivó nuestro anticuado *lueñe*, *luenne*.

Allí está sustituído á veces por AHÍ, y en algún romance de la *Colección Danon*, por ALBÍ.

ANDE, precisamente escrito como en nuestros días pronuncia aquí la gente del pueblo en muchas comarcas—y no hay para qué señalar desde luego á Andalucía,—es contracción de *aonde* ó *adonde*, para expresar el lugar A, distinguiéndose perfectamente de ONDE, que más corrientemente significa el lugar *en* ó el lugar *de*.

Para denotar cerca, al lado, tropezamos con la locución AL GAL, ante la cual nuestro Menéndez Pelayo inquiere si proviene de *cai, quai, cayos,* del bajo latín *caium*.

El *deintro* romancesco (dentro), que responde á la unión de preposición y adverbio del latín imperial, toma entre los judíos la forma ADIENTRO, similar del *adentro* que en circulación está; y el contrapuesto *afuera*, en castellano judío es AHUERA, donde topamos con la *h*, que, como si renegasen de la *f*, gustan de aspirar nuestros campesinos con fuerza que en nada la desemeja de la *j*.

Como si el arrastre de la *s* final engendrase una vocal, el adverbio de lugar igualmente *detrás*, se trueca en DETRASE, manteniendo la pérdida de la *n* originaria de *trans* en la segunda sílaba; al paso que *adelante* se desfigura, por fuerza de la *t*, con la intercalación de una *r*, en ADELANTRE.

El *domientre* (mientras) anticuado es casi respetado en el judesmo, que emplea ya DEMIENTRES, ya EN MIENTRES.

La preposición que vemos integrando la última locución adverbial, preséntase en otras á modo de refuerzo; así los judíos españoles dicen EN DEMÁS, por *cuanto más, mucho más*, que recuerda el ablativo latino *quanto magis*.

No se explica racionalmente la corrupción ENRIVA por *arriba*, como se ve en algunos proverbios. Su opuesto *debajo* afecta dos formas: DEMBAXO y DEBAXO, que evoca su semejante portuguesa *debaixo*.

Cuanto á los adverbios de cantidad, dos palabras. MÁS, lo encontramos en ocasiones usado como determinativo en lugar de *muy*, y otras veces, unido á *mejor* con sabor de redundancia pleonástica, que antepone el vigor á la elegancia y corrección de la frase, suple á *mucho*, sobreentendiéndolo, á los efectos de la interpretación ó traducción.

SINON (sino) perpetúa la *n* final del simple NON anticuado.

INDA y AINDA por *aún*, *todavía*, son como huella no borrada del paso de los proscriptos sefardíes por tierra portuguesa.

El adverbio de cantidad *muicho* antiguo, *mucho* moderno, es en el ladino oriental como lo es en el lenguaje vulgar nuestro, nasalizando su sonido, MUNCHO, igual en su forma adverbial que en la adjetiva, sin que, por otra parte, extrañe verlo en lugar de *muy*, como en la locución *mucho mal*.

Como tampoco causa extrañeza, por ser figura que aparece cometida en muchas palabras judeo-hispanas, hallar la metátesis recíproca de la *d* antes de *r* en el adverbio de tiempo *tarde*, TADRE, al igual que en los sustantivos *pedrición*, *acodro*, *vedrad*.

El adverbio cuantitativo de afirmación ASÍN (así, asimismo) no difiere en su fonética del *asín* y *asina* del lenguaje vulgar en la Península ibérica, y no desemeja del antiguo *assín* y del portugués *assim* más que en la duplicación de la *s* medial en ambos, y cuanto al último, en el cambio de la *n* final por *m*, en lo cual no coincide con el *aissim* de los provenzales.

Otras particularidades, dignas de ser tenidas en cuenta, nos salen el paso con el refranero y cancionero de los judeo-hispanos, que, sin entrañar diferencias radicales en su morfología, son, á guisa de matices característicos, facetas elocuentes, á veces remansos escondidos y pintorescos de este río caudaloso é inagotable de nuestra lengua, que, yendo á parar á

los mares, sobre ellos cabalgó, derramándose por el Nuevo Continente y encarnando en su vida, ó se refugió en Oriente, como viviente reliquia de la religión de la patria, cuyo culto renuevan de continuo en su corazón y en su habla los nietos de los expulsos, á través de más de cuatro siglos.

EN BAXO y DEMBAXO por *debajo;* DE JURA, por *de juro, ciertamente;* TODA LA HORA, por *nunca;* DE PRIMA, por *preferentemente, primero;* AFRON Y AMORON, por *de cara* y *de perfil;* á TUERTAS y á derechas; DONDE, por *de donde;* GRANDE, por *bastante* ó *mucho;* DIRIDOR, por *alrededor*, son locuciones y modos adverbiales del jaez de los aludidos últimamente.

RODOLFO GIL

EL CRISTIANISMO ESPAÑOL

SEGÚN ANGEL GANIVET

II y último

«La religión, por profundo que sea este elemento, no es el más profundo de una nación: la religión cambia, mientras que «el espíritu de la tierra» subsiste, porque los cambios geológicos se producen tan de tarde en tarde, que bien pueden nacer y morir civilizaciones varias sin que el suelo deje percibir cambio alguno. Así, el observador que se limitara á profundizar el espíritu religioso, ó estético, ó jurídico, correría el riesgo de no descubrir sino caracteres externos, cuyos análogos podría encontrar en otras partes, y de deducir de esta suerte, por apariencias, analogías, allí en donde, remontándose al principio generador de lo demás, reconocería marcadas oposiciones.

»La evolución de las ideas en España no se explica si no se confrontan todos los hechos externos de su historia con el espíritu permanente, invariable, con el que la tierra, que le ha creado, nos penetra continuamente (1).»

Así, pues, solamente la tierra es inmutable para el hombre;

(1) Angel Ganivet: *Idearium Español*, págs. 33, 34. V. Vidal de la Blanche: *Tableau de la Geographie de la France* (Hachette, 1903), páginas 385, 396: «La robusta constitución rural que dan á nuestro país el clima y el suelo, es un hecho cimentado por la naturaleza y el tiempo.

»El estudio atento que se encuentra fijo y permanente en las condiciones geográficas de Francia, debe ser ó llegar á ser más que nunca nuestro guía.»

hasta la tierra hemos de penetrar para comprender la influencia, primitiva y definitiva á la vez, que ha modelado su psicología y dominado su historia, la influencia fundamental sobre la cual han ido á apagarse todas las otras, y de la que todas han sido penetradas. Ahora bien; la tierra no es esa cosa vaga que imaginan los intelectuales, alternativamente—polvo ó lodo;—la tierra, por su composición, por su expresión, por su relieve, por la variedad de las maneras con que se hermana con el mar y acoge la luz del cielo, ordena á su antojo las relaciones de los hombre entre sí, para más aceleramiento ó más calma en su actividad, más fuerza ó más languidez en su ternura, más misticismo ó más personalismo en su religión, más iniciativa ó más resignación en su vida interna, más acritud ó más confianza generosa en su defensa contra el hambre y contra todos los sufrimientos. Así es como la tierra comunica su espíritu á las colectividades, respetando, en su poder, la libertad de los individuos dotados de voluntad.

La crónica del espíritu de la tierra, completamente impregnada de noble realismo y verdadera poesía, la tomó Ganivet de la intensidad apacible y lenta de su vida de niño.

Se dirá que es una noción muy vieja. Pero no con esta precisión y este valor absoluto; vieja y hasta rancia, para quien no ve en ella sino un poco más ó menos y un esfuerzo de ilusión complaciente y sentimental; conquista recientísima, por el contrario, que proclama ese gran campesino, cosechero de ideal, en los momentos en que la ciencia confirma á su manera y consagra este pensamiento genial. «Durante muchos siglos —dice Vial de la Blanche, hablando del hombre en Francia,— ha llevado una vida local que se ha impregnado lentamente en los jugos de la tierra. Se ha operado una adaptación, gracias á costumbres transmitidas y mantenidas en los lugares en que nacieron... El hombre ha sido entre nosotros el discípulo, por mucho tiempo fiel, del suelo. El estudio de este suelo contribuirá, por lo tanto, á ilustrarnos sobre el carácter, los hábitos y las tendencias de los habitantes.»

La concordancia de estas dos obras maestras, la del poeta y la del geógrafo, es significativa; ofrece un bello ejemplo de lo que Bonet-Vranry llamaba un día, afortunada frase, «la ley de las explosiones simultáneas de la verdad».

Haber realizado la patria, evidenciando que no es solamente un espíritu más ó menos vago, sino que es alma y cuerpo, es, á la verdad, una conquista reciente, que se recuerda como prueba de lo que decimos, á un espíritu «avanzado» de hace algunos años, al hombre que, con un candor de una especie particular (la única, por lo demás, que tenía á su disposición), escribía, sin aparentar que le daba importancia: «En adelante, ya no aprenderé gran cosa. Veo bien poco más ó menos lo que el espíritu humano, en el momento actual de su desarrollo, puede percibir de la verdad» (1). Que se recuerde, decimos, la impotencia de un Renán, para concebir la patria, aun después de verse turbada la quietud con que la ignoraba; y el espiritualismo vacío, hinchado por una «ciencia» prontamente evaporada, con que se esforzó en construir una vana idea de aquélla en su famosa conferencia: «¿Qué es una nación?»

«Cuando el espíritu de la tierra no se encuentra todavía fijo en las almas, se suple con el espíritu político; es decir, con el espíritu de ciudad.» Así, el sentimiento nacional colectivo y consciente es el resultado de una reciente atención humana, no concluída aún sin duda, hasta en las más grandes naciones. Muy lejos de que la patria era un rudimento grosero, anterior á la historia, los pueblos la han buscado en sus largas peregrinaciones, y el caos que las cosmogonías ponen en el origen de la materia inerte, fué tal vez durante mucho tiempo la condición de la materia humana.

El realismo sincero y penetrante con el que Ganivet comprende la patria, se volverá á encontrar en su manera de comprender la religión, y aquí también no careceremos de analo-

(1) Ernesto Renán: *Somenires d'enfance et de gennesse*, 26.ª edición, 1893, pág. 377.

gías muy modernas y muy propias para confirmar esa noción española de la religión (1), á la que no estaba dispuesto, hace pocos años todavía, á tratar desdeñosamente como demasiado externa; pero necesitamos antes, para comprender la religión española, precisar, según Ganivet, lo que es en España el espíritu de la tierra.

Así, pues, la primera salvaguardia del desarrollo nacional es el «espíritu de ciudad», espíritu de protección celosa y de agresión brusca, exaltación del instinto de conservación, en espera de que la comunión íntima con la tierra indestructible, supremo recurso de los vencidos, que, ayudados por ella, absorberán á sus vencedores intrusos, haya durado lo bastante para que la conservación esté asegurada.

Para Ganivet, la primera diferenciación de los países entre sí procede de que son islas, ó penínsulas, ó parte integrante de un continente.

Ahora bien; España es la península por excelencia, bastante cerrada á la penetración regular de las influencias de fuera, sin serlo al esfuerzo brusco y colosal de las invasiones, como lo sería una isla; de aquí, en ella, la necesidad que ha hecho grande, que ha hecho siempre activa y vigilante la pasión de la independencia (2), rasgo dominante del carácter que el espíritu de la tierra imprima á las almas. En las condiciones ordinarias y naturales de su vida geográfica, la península española, lejos de amontonarse, se ha desbordado, al menos por Europa, á pesar de la rígida barrera de los Pirineos, y al Sur, el estrecho de Gibraltar, que separa dos pedazos de Africa, no

(1) Entre los síntomas que anuncian el fin de esa manía de no querer sino religiones *en espíritu*, de proscribir el culto, el rito; en una palabra, todo el cuerpo en donde debe vivir esa alma, y que lo espresa fielmente, hemos de citar, por su excepcional valor, el reciente libro de Boutaux, *Science et Religión*.

(2) «El rasgo más saliente para el extranjero es la tenaz afección que el español profesa á sus costumbres propias. No aprende ni quiere aprender nada de afuera.» Vidal de la Blanche: *Etats et Nation de l'Europe*, París, 1889, pág. 344.

tiene más que catorce kilómetros de ancho. «Al Norte de los Pirineos, tanto al Oeste como al Este, la composición del mundo vegetal conserva un sello ibérico; porque no es dudoso que en España es en donde conviene colocar el centro de formación, en donde se han multiplicado, para irradiar en diversos sentidos, los géneros de ulex, astros, tierras, genistos, etc., cuyas especies avanzan hacia el Ródano y hacia el Loire.

Este mundo ibérico representa en su estado actual una reducción de un Estado antiguo que abrazaba un grupo considerable de pueblos que tenían entre sí relaciones de cultura común. Los testimonios clásicos son numerosos y precisos para atestiguar su extensión al Norte de los Pirineos. Nos la muestran en el siglo v antes de nuestra Era, abarcando el Sur de de nuestro país hasta el Garona y el Ródano.

«...Y esta superficie había cubierto al Norte de los Pirineos una extensión más amplia de la que indican los textos...» (1).

Esta regresión así comprobada, ¿resulta de la penetración, cada vez más íntima en el hombre, del «espíritu de la tierra»? ¿Revela la sustitución de las primitivas influencias geológicas por las influencias propiamente históricas? (2). La fijación misma de esta original é independiente civilización, desde hace largo tiempo, en límites más reducidos, pero, á lo que parece, inquebrantables, atestigua, en todo caso, una exacta correspondencia entre la tierra y el pueblo que la habita. Desde hace largo tiempo, esta originalidad guarda algo misterioso para las gentes de fuera, y tal vez el nombre mismo de España expresa el sentimiento de los antiguos navegantes mediterráneos ante ese extraño país, situado en el fin del mundo (3).

---

(1) Vidal de la Blanche: *Tableau de la Geographie de la France*, páginas 27-29.

(2) Vidal de la Blanche: Idem, pág. 29, hace observar que la primitiva expansión de la civilización ibérica corresponde aproximadamente á las regiones respetadas por los grandes glaciales cuaternarios.

(3) V. Víctor Berard: *Los fenicios y la Odisea*. París, 1902, t. I., 289

El amor de la independencia, impreso en los corazones y la voluntad de mantener el aislamiento familiar, siempre amenazado por intrusos (1), han producido los rasgos esenciales del carácter español; así se explica el *espíritu guerrero* de los españoles, tan diferente de nuestro *espíritu militar*, como lo ha demostrado Ganivet con una fuerza tan convincente; mas, para limitarnos al aspecto propiamente religioso de la cuestión, observaremos que la primera manifestación de España en la historia de la Iglesia es un acto de independencia (2), muy justificado, por lo demás. Dos obispos indignos, Baridides y Marcial, fueron desposeídos en tiempos de la persecución de Decio; después de la persecución, obtuvieron del Papa Esteban el ser restablecidos; los españoles se dirigieron á Cartago, cuyo obispo era entonces San Cipriano, y un Concilio, celebrado en 254, desposeyó definitivamente á los dos culpables (3).

---

y sig. El nombre semítico de *I. Spania*, empleado por los romanos, que lo tenían de Cartago, significaba *Isla del Escondite*, y se aplicó antes á la Isla de Calipso.—El nombre de *Iberia*, por su parte, podría significar *Pasaje*, y Berard recuerda (pág. 290) que, en la antigüedad, se hablaba el bereberе en la parte Sur de España.

(1) Martín A. I. Heruse: *(The Spanish people, their origin, growth and influence.* London, 1901) demuestra perfectamente cómo España estaba destinada por su geografía á ser un campo de batalla de civilización; situada en el extremo Occidente de Europa, ha recibido siempre la última ola de las influencias venidas de Oriente, y estas ondas, detenidas en su península cerrada, han depositado en ella su sedimento. (V. Prefacio, página 7.)

(2) V. Dom H. Leclercq: *L'Espagne chretienne.* París, Lecoffre, 1906, pág. 49 y sig.—L. Duchesne: *Hist. ancienne de l'Eglise.* París, Fontemoing, t. I. (1906), pág. 419, 420.—Abate J. Turenel: *Histoire du Dogme de la Papante, des origines á la fin du IV siècle.* París, Alph. Picard, 1908, pág. 162 y sig.

La revista *España y América* publicó en 1907 una crítica bastante viva del libro de Dom. Leclercq.

(3) Dom. Leclercq y el abate Turmel demuestran netamente sucesos respecto á Bacilides y Marcial. Monseñor Duchesne comparte evidentemente este sentimiento, como lo demuestra esta conclusión: «No nos es posible en modo alguno decidir cuál de los dos tenía la razón» (San Cipriano ó el Papa). Obra citada, pág. 420.

Lo remoto de este acto de independencia de los españoles le quitaría mucho de su importancia, si esta independencia no se hubiera después afirmado frecuentemente en los hechos, y si no hubiese quedado como uno de los caracteres del sentimiento religioso en España. Unamuno señala la «santa independencia» de Santa Teresa, que habla á sus hermanas de la fortaleza interior, en la que, «sin licencia de las superioras», pueden refugiarse cuando les plazca (1).

Pero es preciso comprender bien que esta independencia, lejos de ser irreligiosa, expresa el sentimiento religioso más profundo. La mentalidad de España, semejante en ciertos puntos á la del antiguo pueblo judío, se siente en posesión de la «verdadera religión» desde el origen del mundo; más aún, ya la forma cristiana de la religión la encuentra en su conciencia anteriormente á la propagación del cristianismo.

Morel-Fatio, notando el sentido desfavorable que ha tomado en España desde el siglo XVI, el término de *nación*, aplicado primeramente á los soldados extranjeros del ejército de Carlos V, compara esta expresión con la de *gentes gentiles* de la *Biblia*. «¿No se ha comparado á menudo, añade, el particularismo español de la época de Felipe con la del pueblo hebreo? ¿No resalta, por infinidad de testimonios, que los españoles del siglo XVII se mantenían gustosos más puros que los otros pueblos? ¿Qué hay, pues, de sorprendente en que trata-

(1) Artículos citados de LA ESPAÑA MODERNA. Mayo, 1889, págs. 32, 33. Se encontrará, sobre la interesante personalidad de Miguel de Unamuno, un corto, pero sustancioso artículo, de Boris de Tannember, en la *Renaissance Latine* de Agosto de 1904.—Reparemos aquí una omisión de nuestro último artículo: las citas de Navarro y Ledesma, Azorín, Román Salamero están tomadas de un folleto de cuatro conferencias dadas por estos tres autores y por Unamuno, y publicadas en 1905. (Librería Serred, Valencia.) Desgraciadamente, está agotada una colección de cartas de Ganivet con una introducción de Navarro y Ledesma. Se encontrarán todavía algunos datos en las Introducciones de Nicolás María López á las *Cartas Finlandesas* de Ganivet (Madrid, 1905), y de Francisco Seco de Lucena, al «drama místico» *El Escultor de su alma* (Granada, 1906).

sen á los otros pueblos como los judíos, ó los primeros cristianos trataban á los paganos?» (1).

No solamente es el plan divino de la «serie de la religión»; es la naturaleza misma la que ha establecido en todo tiempo y confirmado á España en el cristianismo. Séneca nos ofrece la más antigua revelación de ese cristianismo anterior á las épocas históricas.

Cuando se examina, dice Ganivet, la constitución ideal (2) de España, el elemento moral, y con un sentido el elemento religioso más profundo que se descubre es el estoicismo; no el estoicismo brutal y heroico de Catón, no el estoicismo sereno y solemne de Marco Aurelio, ni el estoicismo rígido y arrebato de Epicteto, sino el estoicismo natural y humano de Séneca. Este español no es hijo de España por casualidad; es español en sí... Es inmensa, y, á decir verdad, imposible de medir la parte que ha tomado su filosofía en la formación religiosa y moral, y hasta en el derecho habitual de España. Toda la doctrina de Séneca está condensada en esta enseñanza: «No te dejes vencer por nada de lo que es exterior á tu espíritu.» Esta doctrina es española, tan española, que Séneca no tuvo que inventarla, puesto que si bien dió de ella la primera y definitiva traducción, la encontró perfectamente constituída.

Somos tan exclusivamente sensibles á la unidad, á menudo más aparente que real, de la latinidad, desconociendo las diferencias bajo la uniformidad de lengua y de administración, que nos sentimos tentados de tener por paradoja el que un pueblo venga á reivindicar su originalidad hasta su plena antigüedad, en un período comprendido en nuestros programas de historia *romana*.

---

(1) Morel-Fatio: *Etudes sur l'Espagne*, 3.ª serie. París 1904, página 438.

(2) Esta palabra, bien entendida, no se opone á *real;* es casi la equivalente de *espiritual*, pero la mantenemos precisamente para que la exactitud de la traducción conserve un fuerte sentido que estamos harto inclinados á dejar perder.—(*Nota del articulista.*)

No tenemos razón.

Una reciente y excelente historia de la filosofía española (1) confirma el juicio de Ganivet. Séneca, dice el autor, no es solamente español por su patria, sino también por el carácter general de sus escritos; y cita unas palabras de Menéndez y Pelayo sobre su «conformidad esencial y oculta con el sentido práctico de nuestra raza».

El realismo de Séneca (ya el «realismo cristiano»), su psicología, profundamente espiritualista, y su indiferencia por la metafísica, propiamente dicha, son otros tantos rasgos, en los que se reconocen los españoles; más adelante han traducido mucho á su maestro favorito; hasta le rindieron un verdadero culto en el siglo xv. En ellos, la tradición estoica se encuentra incesantemente reforzada; Ganivet es, realmente, un estoico, y cuando buscó la muerte en las frescas aguas del Dwina, aquel día, el vértigo que, desde hacía algún tiempo, atormentaba á su poderoso espíritu, fundíase en razón sobre la doctrina de Séneca.

Ahora bien; esta filosofía, tan española es, al mismo tiempo tan cristiana, que ha querido hallar relaciones personales entre Séneca y San Pablo. Es muy interesante que estas relaciones no hayan existido; el cristianismo se arraiga con tanta mayor fuerza en un terreno ya perfectamente preparado.

Es superfluo insistir aquí sobre las relaciones que hay entre el estoicismo de Séneca y el cristianismo; se encuentra un número bastante considerable de datos sobre este punto en la obra que Ernesto Haret (1871) escribió—por lo menos él se lo imaginaba—*contra* el cristianismo (2), y que todavía hoy puede proporcionar materiales abundantes á los apologistas.

(1) *Historia de la filosofía española*, por Adolfo Bonilla y Sanmartín, t. I (desde los orígenes hasta el siglo xii). Madrid, 1908.

(2) *El cristianismo y sus orígenes*, 4 vol. Paris, 1871. V. el Prefacio, que contiene las ideas del autor, y es divertido de leer hoy: «Ya no se defiende hoy, dice Haret, lo sobrenatural directamente, ni en los dogmas, ni en los milagros; ó, si se encuentran aún apologistas para sostener estas discusiones, su trabajo no interesa al gran público», pág. 111, etc.

El autor explica el estoicismo por los excesos del gobierno de los Tiberio, de los Calígula, de los Nerón (había por entonces más animosidad que hoy contra Tiberio—y de una manera general contra las gentes que llevaran el título de emperadores); piensa—con Garat—que «Séneca, por decirlo así, ha hecho una filosofía para esas largas agonías á las cuales los tiranos condenan algunas veces á las naciones.» Henos aquí lejos de Ganivet; pero dejemos las explicaciones y busquemos hechos; encontraremos en el libro de Ernesto Havet muchas cosas interesantes: «Yo no puedo—dice—transcribir todo Séneca, y, sin embargo, casi todo Sáneca es cristiano; quiero decir, que el cristianismo está formado en gran parte de las ideas que Séneca ha manifestado tan bien.» Tertuliano dijo. «Séneca, que es tan á menudo de los nuestros.» Había que decir: «Séneca, de quien los nuestros han tomado tanto... (1). Havet nos hace ver en Séneca el elogio de la vida interior, la exaltación de las pruebas y del martirio, el desprecio de la vida, hasta «la doctrina de los toques de la gracia y de la gracia inadmisible» (2); la exhortación á la vida contemplativa, la noción de la predicación y de la dirección espiritual, la práctica del examen de conciencia y de la meditación. No es esto todo: «una moral tan religiosa no podría prescindir de teología; y hasta diré que la moral estoica por sí, es ya una teología en el sentido de que descansa en creencias que se pueden llamar sobrenaturales, puesto que contradicen la naturaleza. Es estar en lo sobrenatural el creer que el dolor no es un mal, ó que nada en el mundo interesa al hómbre sino la virtud (3). No es, pues, asombroso que la palabra *dogmas*, que no significa propiamente sino opiniones y principios, haya tomado poco á

(1) La fórmula acusa bien las ideas de Havet; pero contiene una parte de verdad; solamente que es preciso completarla, como se verá más adelante.

(2) Desgraciadamente, en este punto faltan referencias precisas.

(3) Aquí es donde hay que recordar lo que es la *naturaleza* para Ganivet.

poco en la escuela estoica el sentido teológico que la damos, y que indica que estos principios son artículos de fe. Algunos moralistas completamente prácticos (1) querían que se dejasen dormir los dogmas que asustaban y repugnaban á los simples, y atenerse á dar cuerdas lecciones sobre todos los deberes de la vida; pero los fervientes protestaban diciendo que la moral no podía subsistir sin los dogmas y sin el ardor de la fe; y tenían razón, puesto que su moral hacía violencia á la naturaleza. Para resistir á la naturaleza no están de más la virtud de las fórmulas y de las palabras sagradas, y una especie de fanatismo»; la burlona ironía con la que este autor trata aquí el estoicismo (antes de reconocer que Séneca no es teólogo), ¿no es la prueba más convincente del parentesco espiritual que existe entre el estoicismo y el cristianismo? Y ¿no es inútil, después de esto, el comprobar con él que el estoicismo desprecia la ciencia, las bellas artes, la industria misma, exalta la santidad, combate la esclavitud y la guerra, recomienda la limosna y (¡para colmo!) tiene necesidad de dioses?

Para Ganivet, las dos doctrinas no son iguales, sino que se completan, se avaloran entre sí. No se limita, en efecto, á comparar textos; tiene la experiencia personal y la tradición íntima de estas dos disciplinas de vida interior, y estima que se han encontrado «como dos viajeros que vienen en sentidos opuestos», la una, procedente de la razón y sintiendo la necesidad de la fe, y la otra, procedente de la fe, ávida, al fin, de razón.

«El cristianismo encontrará el terreno preparado por la moral estoica inspirada en doctrinas nobles, justas y humanitarias, pero que carecía de savia para hacerlas fecundas.»

En este terreno, la propagación del cristianismo fué rápida y general, como el crecimiento del trigo tras las labores de

(1) Este «completamente prácticos», revela la mentalidad del autor. Véase las ideas penetrantes de Brunetière sobre los predicadores que predican el dogma y los que predican la moral.

otoño (1). Y los bárbaros, que llegaban con un espíritu muy diferente, hubieran podido comprometerla, en vez de regenerar el viejo mundo, cuya decadencia misma, propicia á las invasiones, acusaba la necesidad religiosa.

La acción de los bárbaros no fué espiritual, sino material. «La exaltación de la Iglesia española bajo la denominación visigoda, es obra de los bárbaros; solamente que no es obra de su voluntad, es obra de su impotencia»; incapaces de gobernar un pueblo culto, hubieron de entregar á la Iglesia un gran papel político, y éste fué el origen «del Estado de carácter religioso que todavía existe en nuestro país»; de aquí, la metamorfosis social del cristianismo en catolicismo, es decir, en una religión universal, imperante, dominadora, que ejerce realmente los atributos temporales de la soberanía» (2).

Salvo en lo que concierne á la universalidad, ó, si se quiere, la catolicidad del cristianismo (3), esta es una justísima apreciación histórica; en aquella época se constituyó una teocracia que ha existido en España y que ha mezclado sus recuerdos y su ideal con la pura doctrina católica. «Puede dejarse, para no volver sobre ello, lo que concierne á la acción de las tribus bárbaras, porque fué muy pequeña, salvo en Galicia, en donde la mezcla de los celtas y de los suevos produjo una raza que conserva aún su carácter distintivo.»

Así, pues, la invasión tuvo graves consecuencias, pero los invasores no tuvieron una influencia propiamente dicha. Por lo menos infundieron al pueblo español una nueva energía y reforzaron lo que había de individualismo en su carácter.

---

(1) El papel del español Teodosio en el establecimiento temporal del cristianismo, no es menos grande que el de Constantino. Véase Martín Hume, obra cit., págs. 40, 41.

(2) *Idearium*, págs. 14, 15. Ad. Bonilla, Drocit., pág. 216, nota también la débil influencia de los bárbaros invasores.

(3) Basta citar el Evangelio de San Mateo, XXVIII, 19: «Id y haced discípulos en todas las naciones.» El mismo Ganivet está mucho más en lo cierto en otro pasaje del *Idearium*.

Pero «el individualismo, tan característico del español, resulta de la naturaleza, es la altivez de la independencia personal, la impaciencia del yugo ajeno; mientras que el respeto del individuo en los godos era, en gran parte, el producto de la civilización á la que por entonces había llegado la raza, y el camino particular que la condujo á esta etapa. Se medirá fácilmente la diferencia, notando con qué facilidad aceptó el godo la doctrina arriana de la predestinación, que quita toda importancia á los actos del individuo en su evolución espiritual, mientras que el celtíbero desde el primer momento reivindicó ferozmente la responsabilidad individual y la independencia racional de cada criatura frente á su creador» (1).

En el punto en que el carácter godo no concordaba con el carácter español, debía perecer; y la monarquía visigoda estaba ya comprometida cuando, creyendo salvarse, se convirtió al catolicismo. Entonces fué cuando, en realidad, se desarrollaron las extremas consecuencias de su debilidad.

Al hacerse católicos, los visigodos, que no habían tenido ninguna fuerza organizadora y que habían retrogradado sobre la centralización de los romanos, legitimaron el empleo que hizo el clero católico, en los asuntos del Estado periclitante, de su genio organizador y centralizador. Y todavía duran las consecuencias de este hecho. Entonces es cuando aparecen en la historia de España la teocracia y la intolerancia, cuando desde hacía siglos, desde hacía miles de años (2), estaban formados los rasgos esenciales y definitivos del carácter español.

«Las influencias bajo las cuales el carácter humano puede

---

(1) Hume, obra cit., pág. 4. Esta discordancia debía desaparecer, pero la invasión árabe la restableció en cierta medida; y estas grandes corrientes opuestas contribuyen sin duda á explicar el *dualismo* notado por Unamuno en el carácter español.

(2) Véase el principio de este artículo. Hume nos dice (Acit, pág. 2) que «las particularidades del carácter español (tales como las encontraron los romanos) están todavía, después de tres mil años, profundamente impresas en la raza».

modificarse, en bien ó en mal, pónense de manifiesto cuerdamente con la conversión que hizo de España la nación más intolerante de Europa, después de haber sido la más tolerante. Los apologistas pueden tratar de atribuir el odio sentido contra los judíos, los moros y los herejes, en la España del siglo xv y de los siglos siguientes, á una particularidad innata de la raza—á una *cosa de España*,—que debe ser aceptada como un hecho y no requiere ninguna explicación; pero tales hechos tienen su explicación, y la misión del que hace historia es presentar las causas de aquellos» (1).

No es asombroso que los apologistas de que habla aquí el sabio autor se encuentren en una común ignorancia con los más encarnizados detractores del catolicismo. No nos detendríamos á establecer estos paralelos si no se nos ofreciese al mismo tiempo un buen ejemplo de los antiguos prejuicios «filosóficos» ó «científicos» contra España. He aquí lo que dice el famoso Buckle: «De todos los acontecimientos físicos que aumentan el peligro del hombre, los temblores de tierra son, ciertamente, los más terribles... El terror que inspiran excitan la imaginación hasta un grado que llega á ser penoso, y desequilibrando el raciocinio, predispone al hombre á ideas supersticiosas. Y lo más curioso es que la repetición del fenómeno, lejos de embotar estas sensaciones, las hace más violentas... La imaginación... empieza á creer seriamente en una intervención sobrenatural... Puede hallarse la prueba de este estado de cosas, incluso en Europa, en donde estos fenómenos son comparativamente muy raros. Los terremotos y las erupciones volcánicas son más frecuentes y destructoras en Italia y en la península española y portuguesa que en las otras grandes regiones, y precisamente allí es donde más impera la superstición y tienen más fuerza las clases supersticiosas...», etc. (2).

(1) *A history of the Inquisition of Spain*, by Ch. Lea, vol. I. New-York, London, 1906, pág. 35.

(2) Buckle: *Historia de la civilización en Inglaterra*. El autor alega en una nota que «la influencia de los temblores de tierra sobre la supers-

Dejemos, pues, á Buckle afirmar, con el P. Gams, que la intolerancia es autóctona en España (1), y comprobemos que se introdujo por grados muy lentamente.

Los visigodos, al adaptar la ley romana á sus necesidades, se habían contentado con castigar con la confiscación á los cristianos judaizantes, emancipando á los esclavos cristianos de judíos y dando muerte á los amos judíos que intentaran convertir á sus esclavos cristianos; muntuvieron también la prohibición de construir nuevas sinagogas.

Si esto no era la plena tolerancia, si los godos habían tomado de una tradición procedente de Roma gérmenes de intolerancia, era, sin embargo, un régimen mucho más suave que el que siguió á la conversión al catolicismo. El tercer concilio de Toledo (Mayo 589), que condenó la herejía arriana, nos demuestra lo libres que habían sido hasta entonces las relaciones entre razas y religiones diferentes. El concilio hubo, en efecto, de prohibir que los judíos tomaran cristianas por esposas, por concubinas ó por sirvientes; decidió que todo esclavo cristiano, circunciso por un judío, sería libre; que ningún judío desempeñara funciones en que pudiese tener que castigar á un cristiano, etc. Por aquella época, todavía el judío Froganis

---

tición está comprobada por la admirable obra de Lyall, *Principies on Geology*, y nos invita á registrar Beaus-bre, *Hist. critique de manichée*; pero puede suponerse que el terremoto en el que sobre todo ha pensado es el *desastre de Lisboa*, y que se apoya en Voltaire, el cual señaló la relación entre la catástrofe y la superstición en la Península».

(1) Esto permite á los adversarios detestarse, sin temor de reconciliación posible. Se puede observar de paso los prejuicios anglo-sajones contra España, de los que Buckle da ejemplos tan característicos, y cuya exasperación explica la rivalidad política de los dos países. Se puede, decimos, observar que estos prejuicios son transitorios como la intolerancia de España. No costaría trabajo citar actualmente numerosos ejemplos de inteligencia, y de buena inteligencia, entre los insulares anglo-sajones y los peninsulares españoles. Sus francas y vigorosas originalidades les prescriben el respeto mutuo y les dan una especie de semejanza. V. Fouillée: *El Pueblo español*, *Revue des Deux Mondes*, 1.° Octubre 1899, página 489.

podía atreverse, en público, á exaltar la sinagoga á expensas de la Iglesia, sin incurrir en otra pena que la de excomunión del obispo de Toledo, Aurasio.

Pero desde entonces produjéronse los nuevos síntomas. «El más grande eclesiástico de la época, San Isidoro de Sevilla, cuya carrera de cuarenta años empezó con la revolución católica, hizo lo que estaba en su poder para estimular y justificar la persecución.»

Reprobó, sin embargo, los medios violentos que Sisebuto, después de su advenimiento al trono, en 612, empleó para convertir á todos los judíos de su reino. Habíase entreabierto la era de la intolerancia con todos sus arrebatos.

Es preciso solamente observar que España no se distinguía en este punto de todas las demás naciones, y que el espíritu de persecución—antes de ser envenenado por la política—acusaba ser menos nefasto que en cualquiera otra parte en ese país, naturalmente rebelde á la herejía, como más adelante veremos.

Es preciso decir, en fin y sobre todo, que la misión de la Iglesia católica no se limitó entonces á introducir la intolerancia en España; la Iglesia prestó á ese país el inmenso servicio de constituir, en lugar de la anarquía inminente, un gobierno regular—y (lo que contrariara más todavía los prejuicios contra ella) poniendo de manifiesto el carácter tan profundamente democrático del pueblo español,—organizó, sin esperar al Protestantismo ni á los filósofos del siglo XVIII, un régimen parlamentario.

«Los bárbaros, sin libros, sin conocimientos mundanos, sin otra educación que la de las escuelas del clero, y los cuales apenas poseían los primeros elementos de la instrucción religiosa, marchaban con infantil ternura hacia hombres cuyo espíritu estaba adornado con el conocimiento de las escrituras de Cicerón, de San Agustín, y en el estrecho mundo de sus ideas, la Iglesia aparecía como una cosa infinitamente más vasta, más santa que sus Estados de fundación reciente.

»El clero proporcionaba los medios de gobierno á aquellos nuevos Estados.

»Enseñaba que el poder civil debe ser conferido por elección; y los concilios de Toledo dieron á España el modelo de su régimen parlamentario, *con mucho* el más antiguo del mundo» (1).

Así, pues, España, á la que hemos visto tan naturalmente cristiana, es también la patria más antigua de la tolerancia y del régimen parlamentario 2).

Fanatismo y despotismo fueron en España de importación extranjera. Y no debían arraigar, desde luego.

Una de las causas que contribuyeron al poco poder de los visigodos y á su débil influencia espiritual original, fué que en la crisis que sufrieron al chocar con la civilización romana,

---

(1) Nosotros seremos quienes subrayemos esta frase de lord Acton, *Historia de la libertad en la antigüedad y en el cristianismo.*—Sobre lord Acton, uno de los mejores historiadores que se pueden leer. V. *Revue cath. des Egtises.* Abril, 1908, pág. 248.—También un inglés, Hume, nos dice que los concilios de Toledo fueron la primera asamblea nacional.

(2) Laveleye se atrevió á decir, en el Prefacio que puso á la traducción de lord Acton, que «la Reforma, reanimando las tradiciones germánicas, por un regreso al cristianismo primitivo, fué la que dió nacimiento á la libertad moderna». ¡Cuánto más penetrantes son las apreciaciones de Leroy Beaulieu! «En varias épocas, en la Edad Media ó con los tiempos modernos, ha habido países en que la democracia hizo buenas migas con el cristianismo, hasta con el catolicismo... Citaré, como ejemplo, porque es un hecho que se olvida harto á menudo, los cantones suizos, que son la democracia más antigua de Europa, y especialmente la cuna de la leyenda de Guillermo Tell, los cantones primitivos que baña el lago de Lucerna. Son estos países completamente católicos, y son también países completamente democráticos. En ciertos puntos, podría decirse que son las democracias más completas que conocemos.» (*Cristianismo y democracia.—Cristianismo y socialismo.*) El autor cita también Florencia, en tiempos de Savonarola.—En su libro sobre *Los católicos liberales*, Leroy-Beaulieu recuerda que en la misma América, un Estado de origen católico, el Maryland, fué «el primero que proclamó la libertad de cultos en su Constitución».—El gran español Balmes tuvo el mérito de poner fuertemente de manifiesto ideas análogas. Sobre estas graves cuestiones, tan esenciales en la historia moral de la humanidad, hay extrañas lagunas tradicionales en nuestra enseñanza, incluso en la superior.

no pudieron renovarse por haber perdido el contacto con el mundo bárbaro, del que habían salido. Otra fué la condición; otra fué también la suerte de los francos en Galia; y en la misma España, una nueva invasión, procedente esta vez del Sur, la invasión de los árabes, iba á dejar un sello definitivo. España, como hemos visto, comunica más fácilmente por el Sur con África que por el Norte con Europa. En una remota antigüedad, los hombres hablaron la misma lengua á ambos lados de las Columnas de Hércules; uno de los rasgos más antiguos del carácter de la sociedad en las Españas, es lo que Unamuno llama el cabilismo (1). Arabes y bereberes mezclados (el conquistador Tarik era de raza berebere, como la mayor parte de sus soldados), aún instalados en España, no perdieron nada de la savia africana; y como su carácter original no era incompatible con el de los pueblos que fueron *conquistados*, pero que más de una vez tuvieron el sentimiento de estar en realidad *emancipados* por ellos, su invasión, en vez de ser puramente destructora, produjo una civilización superior. Y de esta suerte, los árabes musulmanes tuvieron, sobre la evolución religiosa de España, una influencia más íntima que los visigodos, que llegaron cristianos y se hicieron católicos en esa tierra, pero que iban desarraigados.

La creación más original y más fecunda de nuestro espíritu religioso—dice Angel Ganivet—procede de la invasión árabe. El espíritu español no se calló, como algunos piensan, para dejar el campo libre á la acción; en realidad, habló por la acción. El pensamiento puede expresarse de muchas maneras diversas, y no siempre es la palabra el modo más bello de expresión. Mientras que en las escuelas de Europa la filosofía cristiana se desmenuzaba en discusiones estériles, y á veces ridículas, transformábase en nuestro país en una guerra perma-

(1) Martín Hume compara su espíritu de grupo y de tribu con el de las cabilas. Por lo demás, á propósito del libro de Hume, escribió Unamuno en La España Moderna (1.° Marzo 1903) el interesantísimo y sugestivo artículo á que aquí aludimos: *El individualismo español.*

nente; y como la verdad no brotaba de las plumas y de los tinteros, sino más bien del choque de las armas y de la sangre en ebullición, no ha quedado consignada en los volúmenes de una biblioteca, sino en la poesía guerrera popular. Nuestra *Suma* teológica y filosófica está en el *Romancero*.

Y la grande originalidad de este modo de expresión, fué que, nacida del choque de dos fuerzas, debía ser un reflejo de ambas. Los españoles, al celebrar sus gloriosos hechos, lo hacían con el espíritu cristiano, el espíritu con el cual y por el cual combatían; pero vistieron sus concepciones con ropaje adaptado en buena parte á la moda de los moros. El espíritu árabe, entonces en su apogeo, tenía, naturalmente, que influir en el espíritu de los españoles, si ya no habían bastado el contacto de varios siglos y la guerra misma, que es ordinariamente el medio más eficaz que tienen los pueblos de ejercer sus recíprocas influencias. De esta poesía popular, cristiana y árabe á la vez, árabe, sin que el arabismo quitase al cristianismo su virtud, dándole, por el contrario, un tono más brillante, de esta poesía nacieron las tendencias más acentuadas en el espíritu religioso español: el misticismo, que fué la exaltación de la poesía, y el fanatismo, que fué la de la acción. El misticismo fué como una santificación de la sensualidad africana, y el fanatismo fué el reflujo contra nosotros mismos, después de terminada la Reconquista, de la furia exasperada durante ocho siglos de lucha. El mismo espíritu que se elevaba á las más sublimes concepciones, creaba también formidables instrumentos de terror; y cuando queremos mostrar un testimonio en el que se exprese muy de relieve nuestro carácter tradicional, tenemos que alegar, con aparente contradicción, al mismo tiempo que los autos de fe, los apasionados transportes de amor divino de Santa Teresa.

Unamuno nota también la influencia semítica sobre el sentimiento religioso de este pueblo, «pueblo fanático, pero no supersticioso» (1), poco dado á las mitologías, y á quien con-

(1) V. Santa Teresa: «Jamás me han atraído las devociones que prac-

viene mejor el monoteísmo semítico que el politeísmo ario (1).

Pero, á diferencia de Ganivet, Unamuno no asigna un comienzo al fanatismo en medio de la historia de España. Más profunda y más significativa es la concordancia de los dos autores, en ver en el misticismo la más alta expresión del genio religioso de España.

Cualquiera que sea su origen, el fanatismo español, en la época árabe, no es ni dominante ni cruel; Ganivet lo hace empezar después de la Reconquista, y Unamuno, de acuerdo con los testimonios históricos, reconoce que *durante* la Reconquista no había ningún odio religioso entre cristianos y moros; opone los españoles al autor de la *Canción de Roldán*, quien en los sarracenos ve á los paganos.

España—dice Unamuno—llegó con su mística al fondo mismo de la religión, al reino que no es de este mundo, á la fuente viva, de la que brota la ley social y la ley viva de su conciencia.

No hay revelación del alma castellana que, mejor que su mística, nos haga penetrar en ella, hasta tocar lo que esa alma tiene de eterno: su humanidad (2).

Es más fácil—y más histórico también, sin duda — mostrar

---

tican ciertas personas; las mujeres, sobre todo... Mezclábase en ellas la superstición.»

(1) Artículos citados: En torno al casticismo, La España Moderna. Abril, 1895, pág. 33.—Ya hemos citado la expresión de Unamuno sobre el «paisaje monoteísta», de España, (número de Octubre, pág. 472). No se dirá que la idea pertenece á Renán. «Renán, que tan á menudo murmuró de Chateaubriand, le leyó y practicó mucho»; y Víctor Giraud, que habla así, encontró una nueva prueba de esto en el *Genio del Cristianismo*. «La célebre fórmula de Renán sobre el desierto esencialmente monoteista, se encuentra ya allí, si no en tales términos, por lo menos como presentimiento muy neto.» Trátase aquí del manuscrito; pero la indicación está casi tan clara en el libro mismo. (V. los detalles de esta curiosa observación, en la excelente obrita *Pensées réflexions et maximes*, de Chateaubriand, ed. por V. Giraud, 1908.)

(2) Art. cit. Abril, págs. 37, 38. Todo el artículo siguiente (Mayo, 1895) es el magnífico desarrollo de este pensamiento.

las afinidades y la influencia recíproca del genio español y del genio árabe, que el determinar con precisión cuál imprimió su sello al otro.

La invasión árabe rompió el esfuerzo centralizador de la teocracia visigoda, que solamente subsistió en el reino de Asturias. En todas las otras partes refloreció el particularismo, el «cabilismo». La situación de la Iglesia variaba según los lugares. Bajo la cruzada de ocho siglos, disciérnense muchos conflictos entre cristianos, como, en los musulmanes, entre árabes y bereberes. Así ocurría que soberanos de las dos religiones mantuvieran excelentes relaciones, y hasta pactaban alianzas formales, mientras que algunos de sus súbditos respectivos se casaban entre sí ó cambiaban de religión. Los filósofos del siglo XVIII no querían ver en las cruzadas sino correrías sangrientas y fanáticas; la historia no ha ratificado esta «filosofía», y si las grandes expediciones del Occidente contra el Oriente dieron lugar á relaciones de cortesía y diplomacia, á cambios económicos, intelectuales y artísticos, mucho más fácil fué la armonía entre aquellos hombres que, en España, vivían con la familiaridad de la misma tierra y del mismo cielo, cuotidianamente útiles los unos á los otros.

Así, después de su primer brote en tiempos de los visigodos, la intolerancia pudo muy difícilmente implantarse en el país; y por los árabes volvió á empezar á desarrollarse (1).

Los triunfos de los cristianos, poco á poco hicieron más fuerte la tentación de las represalias. En Castilla, que iba á conquistar la preponderancia en España, el establecimiento de la capital cristiana en Toledo por Alfonso VI, señaló un cambio radical en la situación de la Iglesia (siglo XI). El rey había prometido á los moros una plena tolerancia y garantizado para culto de ellos el uso de la gran mezquita de Toledo. Fueron dos extranjeros, el obispo Bernardo, un francés, y la reina

(1) Hume: ob. cit., pág. 104 y nota. Pero esto, sobre todo después que los fanáticos almohades hubieran expulsado á los almoravides.

Constanza de Borgoña, quienes, aprovechando la ausencia del rey, echaron á los musulmanes de la mezquita (1). Por esta época comenzó á dejarse sentir la influencia romana; ya Cataluña, muy mediterránea, y Aragón, que habían tenido algunas relaciones con el Pontificado, habían, á petición de Alejandro II, proscrito el ritual gótico para adoptar el ritual romano en 1071. Cuando Gregorio VII trató de obtener el mismo resultado en Castilla, parece que el rey Alfonso VI se mostró favorable; pero la Iglesia castellana, que hasta entonces había debido sus triunfos á los rudos guerreros del país y á la protección de Santiago — sin Roma,—no lo entendió fácilmente; hubo un combate judicial, en el que el campeón del ritual tradicional quedó vencedor. Pero después, Alfonso VI consiguió hacer que prevaleciesen las ideas del Papa, inaugurando una larga tradición, durante la cual el Gobierno debió apoyarse en Roma, contra el clero (2).

Pero la originalidad religiosa de España permanece y permanecerá fuertemente marcada. Y he aquí á este propósito, lo que dice Unamuno, que está lejos de exaltar á España, á costa de Italia: «Para hacer resaltar los caracteres de la floración religiosa de España, hasta compararla con otra, la de Italia, por ejemplo.» Ésta siguió la renovación comunal italiana del siglo x al xii; brotó completamente popular en las masas, escudada con las enseñanzas apocalípticas de la renovación social; del reinado del Espíritu Santo y del Evangelio eterno. Floreció en el *Pobrecito* de Asís. No era éste un *monachus,* sino un *fratellus;* no se encerraba en su «castillo interior». La piedad española y la piedad italiana tomaron diferentes caminos, y, en su degeneración, la una fué al quietismo y la otra á los sueños de las sectas comunistas.

En los momentos en que acontecimientos históricos van á

(1) Hume: ob. cit. Parece que fueron los musulmanes quienes calmaron el enojo del rey para evitar que se excitasen los cristianos.

(2) Todo esto está resumido de Hume, pasaje citado.

desnaturalizar esta antigua España, como en ciertos países ha trastornado el volcanismo los sedimentos que componían el suelo, debemos detenernos, y contemplar, por decirlo así, un instante, su altiva originalidad, tal como la ha hecho la naturaleza y desprendido la historia; entonces tendremos fe en ella, y comprenderemos que si catástrofes ulteriores pudieron ocultarla, ninguna fuerza en el mundo podrá destruirla.

El espíritu español, en la Edad Media, se distingue netamente en la Europa occidental; afinado con el contacto de los árabes, pero no ciertamente subordinado á ellos (1), toma su riqueza de las tradiciones más diversas, y, si se puede hablar así, las más complementarias. Solamente los españoles podían entonces asociar las aptitudes del espíritu oriental, semítico, y las que desarrolla la antigua cultura clásica de Occidente, que no habían dejado perder. Hemos visto ya en España á la patria más antigua de la tolerancia y del régimen parlamentario en la Europa occidental; es preciso añadir aquí que ha sido la primera de las naciones animada por el espíritu del Renacimiento; en el siglo VIII y en el IX, asocia ya el amor de la belleza antigua y el sentido cristiano; esta idea conciliadora «que desapareció después en España más completamente que en ninguna otra parte», es «esencialmente española al principio».

Si, en lo que concierne á la literatura, la España de la

(1) Hume: ob. cit., pág. 107: «Debe observarse que los árabes no aportaron con ellos sino una débil cultura á España, y que lo principal de su prodigiosa actividad intelectual y literaria, que hizo á Córdoba y Toledo ilustres bajo el gobierno mesulmán, fué debido al impulso de los judíos y de los moros españoles de nacimiento.» Sobre la influencia recíproca de los cristianos y de los árabes, véase Adolfo Bonilla, ob. cit., páginas 301, 306, 307, 353, 382, 383, 386, 388; el autor, de acuerdo con Ganivet, nota la influencia de la mística árabe sobre la teología cristiana. Garra de Vaux nota por su parte que el misticismo cristiano ha influído en el desarrollo religioso del Islam. Desgraciadamente, el autor no dice nada que se refiera especialmente á España. «Se ha continuado, dice el autor, en el Islam, desde Garali (siglo XI) hasta nosotros, una filosofía mística que ha conservado en muchos puntos el esplendor, la elevación y hasta la pureza de la filosofía cristiana.»

Edad Media se adelantó al siglo del Renacimiento, casi se puede decir, en lo que concierne á la filosofía, que se adelantó á nuestra misma época; permaneció rebelde á los rigores de la escolástica; su superioridad consistió en ser inepta para los rigores de esta misma disciplina.

He aquí lo que dice á este propósito Ganivet, después de haber hablado del misticismo de inspiración cristiana y árabe á la vez: «Al lado de estas creaciones tan originales y tan vigorosas, nuestra filosofía doctrinal, imitada de la escolástica, y proseguida con nuestra constancia, pero con pocas disposiciones naturales, pierde una gran parte de su valor. Se nos presenta como una obra de centralización, si así puede decirse, como algo inferior á nuestro temperamento, como una creación de la Iglesia universal para mantener unidas, por la doctrina complementaria del dogma, las células sociales diversas sometidas á su poder supremo. No hay oposición, hay solamente desequilibrio de fuerzas, y el elemento español domina al elemento extranjero; en primer término, porque no es propio, y, por consiguiente, se acomoda mejor á nuestro genio, y después, porque es más lógico y está más en armonía con el espíritu original del cristianismo.

El movimiento de conciliación filosófica, inaugurado en Alejandría y continuado hasta la época presente por los escolásticos, parte de un error, que podría llamarse error de perspectiva, que no afectaba á la esencia de la enseñanza, pero con el tiempo había de entrañar grandes trastornos filosóficos. En vez de crear lentamente una filosofía propia, los nuevos filósofos remendaron la filosofía griega, cuyo espíritu era lo antagónico del espíritu cristiano; en vez de volar con las alas que les daba la fe, se arrastraron por las bibliotecas; en vez de ser cristianos filósofos, fueron filósofos cristianos; en vez de crear con el nuevo espíritu una nueva filosofía, comentaron con el espíritu nuevo una filosofía antigua (1).

(1) Faltaríamos á la buena fe de nuestros lectores exponiendo al deta-

No hay en esto un desentono, ni intención de denigrar al cristianismo. Si Ganivet no se precia de una formal ortodoxia católica, si le parece la obra de Santo Tomás «femenina» y privada «del impulso viril que marca la verdadera creación», afirma su temperamento católico con la elección misma de los nombres que opone al de Santo Tomás; sus simpatías van al genio ardiente de San Agustín, «que, sin pretender edificar una enciclopedia filosófica, funda la ciudad ideal, no como el organismo fantasma de un sociólogo á la moderna, sino como algo real que funciona y vive»; ofrece después á nuestra admiración la *Introducción al símbolo de la fe* de Luis de Granada, en fin, «el alma iluminada y purificada» de Santa Teresa. Siempre habla en él la España africana (1).

Y ahora se ve bien que su lenguaje tampoco es una salida de tono. Es un rasgo del carácter español el desdén de la metafísica, si se entiende en su sentido griego esta palabra, cuyo origen, no solamente es griego, sino que se remonta á la obra de Aristóteles. Hemos visto á Séneca, «el español en sí», re-

---

lle lo que nos parece discutible ó falso en nuestras citas; cada una de ellas tiende á ilustrar una idea; por ejemplo, aquí queremos solamente mostrar las pocas afinidades que hay entre el genio español y la escolástica.

(1) Es muy interesante ver en el Islam la misma divergencia de espíritus que en la cristiandad. «La influencia de Aristóteles, de Platón y de los neoplatónicos fué pronto inmensa en el Islam. Contrarrestó y amenazó anular la influencia judaica que había presidido á la formación de la nueva fe...

»Aparecieron varios grandes hombres que salvaron al Islam de esta decadencia. En el orden religioso, el principal fué el sabio y místico Al-Gazali... Restauró, con un gran número de escritos, la fe del antiguo islamismo, y volvió á poner en rigor el espíritu y los preceptos. Pero, hecho él mismo á los métodos del peripalismo, combatió á los filósofos en su propio terreno... Realizó en el Islam una obra comparable á la que Santo Tomás de Aquino realizó en la Iglesia: llevó la escolástica á su apogeo. Ahora bien; si se quiere establecer la relación de tiempos, se comprueba que Alberto el Grande, el maestro de Santo Tomás de Aquino, nació casi un siglo después de la muerte de Al-Gazali.

»Después de este gran hombre, la filosofía independiente en el Oriente musulmán quedó aplastada. Continuó floreciendo en el Occidente, en

belde á la metafísica, y, según Havet, no teólogo. El señor Bonilla expresa la misma idea, y añade, con mucha razón, que si hay una filosofía que se parezca á la de España, es la filosofía inglesa; hasta en pleno misticismo, la filosofía española es *realista*. Ahora bien; Ganivet, en esto como en todo, es profundamente español. Ganivet, dice Unamuno, fué profundamente antimetafísico, expresando así uno de los más grandes caracteres y de los más íntimos del alma española, que será muy mística, pero no metafísica. Ganivet no se cuidaba tanto de formarse un concepto del universo como un sentimiento de la vida; su tendencia fué siempre práctica, por idealista que fuese. Y práctica ha sido siempre la orientación española.

Santa Teresa va á confirmar todo lo que acabamos de decir.

«Es muy importante, dice la Santa, que el director sea ilustrado: quiero decir, que tenga un juicio recto y experiencia. Si por añadidura es teólogo, es perfecto. Pero si no se puede encontrar uno que reúna estas tres ventajas, más vale el que posea las dos primeras, porque se puede, en caso de necesidad, consultar á hombres de doctrina. En mi entender, estos últimos, si no están consagrados á la oración, serán poco útiles á principiantes. En cuanto á las devociones tontas, ¡Dios nos libre de ellas!» «En la oración mental, dice también la Santa, el alma evitará el ruido del entendimiento, siempre en pos de elevadas consideraciones. Algunas pajas menudas echadas con humildad—si es que se puede dar el nombre de paja á lo que viene de nosotros,—servirán mejor aquí que una

---

España y en Marruecos, y allí tuvo su más bello florecimiento con el célebre Averroes. Pero aquí también se declaró en contra de ella la teología: los príncipes almohades, heréticos por lo demás, entregaron al fuego todos los escritos de Averroes y no dejaron que tras él hubiera escuela filosófica. Solamente los judíos conservaron esas obras bajo otras cubiertas y las transmitieron á Occidente. La filosofía griega, expulsada del Islam, atravesó al judaísmo y se refugió en la cristiandad.» Garra de Vaux: *El mahometismo*.

gran cantidad de leños, y contribuirán más á hacer que prenda el fuego. Por leños entiendo esos razonamientos que nos parecen tan doctos, y que, en el espacio de un *Credo,* apagarían la chispa. Este parecer viene muy á propósito para los teólogos que me ordenan escribir. Todos, por la bondad de Dios, han llegado al grado de que hablo, y tal vez pasarían entonces todo el tiempo en hacer aplicaciones de las Santas Escrituras. Seguramente, su saber será muy útil antes y después de la oración; pero cuando están favorecidos por esa de que hablamos, les es, á mis ojos, muy poco necesario; no serviría sino para entibiar su voluntad. El entendimiento, al hallarse tan cerca de la luz, llénase entonces de sus claridades. Y yo, tan mísera como soy, me reconozco más.»

Pasemos ahora á literatura y filosofía. La síntesis del espíritu de un país—dice Ganivet—está en su arte... Se piensa de ordinario que la religión es superior al arte, y que el arte es superior á la ciencia, considerando solamente la elevación de sus objetos respectivos, pero considerándolos desde el punto de vista en que me pongo, como fuerzas constituyentes del alma de un país, la superioridad depende del carácter de cada país... Nuestro espíritu es religioso y artístico, y la religión, muy á menudo, se confunde con el arte. A su vez, el fondo del arte es la religión en su sentido más elevado, el misticismo con nuestros otros caracteres propios, el valor, la pasión y el espíritu caballeresco.

«Aunque no hayamos llegado al «siglo de oro» del arte español, debemos ya registrar en éste algunos signos significativos. Hubo en nuestra Francia de la Edad Media una expresión artística del sentimiento religioso tan profunda y tan pura, que la antigua tierra del paganismo, Italia, á pesar de su genio asimilador y humanista, no pudo jamás adaptársela, pero al mismo tiempo tan fuerte y tan original, tan elocuente á las almas, que el altivo particularismo de España, con su habitual nobleza, supo abrirse al genio francés.»

«España ha aprovechado mejor que Italia las lecciones de

arte recibidas de los frailes borguiñones y sus relaciones continuas con Francia. El estilo gótico alcanzó allí todo su desarrollo; las catedrales de Toledo, Burgos y León son iguales en mérito á los grandes templos construídos en nosotros en las mismas fechas. Cierto es que el estilo de aquéllas no las distinguen en nada de éstas. En esos edificios impera la influencia del centro de Francia; la inspiración de Burgos y de Toledo procede de Brujas; los autores de la catedral de León fueron algo después á buscar sus modelos más al Norte, á Chartres y á Campaña...» (1). Un francés, Pedro, hijo de Pedro, que fué maestro de obras de la catedral de Toledo, espera bajo sus bóvedas la Resurrección.

La influencia árabe se revela, á su vez, en «las grandes figuras pintadas en los nichos del coro que se añadió á fines del siglo XII, al mirab abovedado de una mezquita de Toledo para formar la capilla del Cristo de la Luz; las santas, representadas en pie, en aptitud de orar y con velos blancos; el sacerdote sin nimbo, con una capa roja y con un estrecho turbante, y sujetando con ambas manos un palo nudoso, forman un grupo de imágenes cívicas en la Edad Media cristiana. Sin duda, los fieles que vieron pintar esos frescos llevaban los mismos trajes orientales cuando iban á orar á la mezquita transformada en iglesia.

Y todavía, en un último ejemplar, se manifiesta la influencia de la Francia cristiana, pero asociada, y no ya dominante, en un relicario de madera pintada que ha contenido los restos de San Isidro Labrador, patrón de Madrid, en tiempos de Alfonso el Sabio. «Los grupos... forman un conjunto de escenas de la vida popular tan vivientes y tan pintorescos como las miniaturas con que el rey sabio hizo ilustrar sus obras, y en las que revive, como en un reino de Liliput, la gloriosa Espa-

(1) Estart: *Histoire de l'Art.*

ña del siglo XIII» (1). ¡La gloriosa España democrática y cristiana!

Hay un arte, en fin, que penetra en el alma más intimamente que ningún otro, más espiritual y más idealista todavía, digámoslo con las bellas palabras tan gratas á Ganivet, que el de los cónstructores de catedrales: es la música. Citemos, pues, una vez más, para seguir alejando toda sospecha de haber solicitado los hechos que tan bien concuerdan entre sí: «España es un país de música popular y noble á la vez; hubo un rey, Alfonso X, cuyos cantos se inspiran diréctamente, en muchos casos, en la canción popular de su época. La música española, *particularmente la escuela religiosa*, puede sostener la comparación con lo más saliente y más elevado que se haya producido en este punto en los demás países. Nos sentimos á veces inclinados á creer que conviene buscar en España *la expresión más auténtica del sentimiento cristiano en música*. Por admirables, en efecto, que hayan sido en este punto los romanos, no siempre escapan á la sospecha de ese paganismo permanente y secreto del que Italia, al decir de algunos, en ninguna época ha podido desembarazarse por completo» (2).

Nos hallamos al fin—provisional—de este estudio de historia moral. Si—como dice Ganivet—la síntesis más fiel del espíritu de un país está en su arte, y si de los diversos modos

(1) Em. Bertaux.—España no solamente imitaba; Mestre Mateo, que esculpió el gran pórtico de Compostela, era probablemente francés; pero ni los «escultores romanos» de Chartres, ni los de Brujas, tuvieron la fuerza dramática y el aliento épico del maestro que puso en 1183 los dinteles del gran pórtico de Compostela. El pórtico de la Gloria es, en su tiempo, una obra cívica. Su autor es de los rarísimos artistas de la Edad Media cuyo nombre conozcamos, uno de los que más derecho tienen al título de creador y de hombre de genio...

Esas tumbas, en donde motivos de origen musulmán se combinan con las tradiciones del arte del Norte, y en donde la alegre riqueza de la ornamentación oriental hace olvidar el pensamiento cristiano en presencia de la muerte, y que son tal vez los monumentos más extraños y expresivos en que se haya reunido la civilización castellana de la Edad Media.

(2) Albert Soubies; *Histoir de la Musique. Espagne*, tomo I.

de expresión artística, es la música aquel por el cual es lo más difícil el decir algo, pero aquel, en cambio, en el que, diciendo algo, es lo más difícil ser insincero y falsificar las fuentes misteriosas de la inspiración, conocemos ahora el alma de España lo suficiente para no desconocerla más y para no desesperar de ella á través de las aventuras ulteriores de su historia, incluso religiosa.

MAURICIO LEGENDRE.

GOYA

POR

VALERIANO DE LOGA

Sí, vendrá un día.
Vendrá también, ¡oh Goya! en que á tu nombre
El extranjero extático se incline.
QUINTANA.

La Historia puede, con perfecto derecho, colocar en la cima del siglo XIX una personalidad que en el espacio de una vida de duración inusitada vivió todas las fases de desarrollo de su época. Goya, que en pocos años sacudió lejos de sí, como se sacude el polvo de las bibliotecas, el clasicismo que padecía Francia durante más de una generación, aparece, pertrechado con la parte más saneada de la herencia de los siglos anteriores, armado de sólida técnica y firme mano, como enemigo de toda ranciedad académica. Su sana inteligencia y dotes naturales le impelían á mantenerse alejado de toda forma que se hubiese sobrevivido á sí misma. En este genio creador del humorismo todo se realizaba natural, espontánea y como inconscientemente. Halló el camino recto, sin guía de ninguna especie, y continuó después resolviendo los nuevos problemas de luz y movimiento que ante él se ofrecieron.

Cuando el ultra-octogenario murió lejos de su patria, sus admiradores franceses forjaron de su vida una leyenda según

les pareció que sus obras la demandaban; atribuyéronle una juventud desordenada, el favor de las más hermosas mujeres y una armoniosa voz. Tócale al biógrafo la ingrata tarea de quitarle tan deslumbrante nimbo; pero por mucha abnegación que hayan puesto sus compatriotas en este hercúleo trabajo, y decimos abnegación porque eran españoles, no han conseguido borrar la brillante imagen, y Europa sigue considerando á Goya como el torero, el matón, el seductor de mujeres casadas, el político liberal y librepensador con que desde el primer momento se dejó seducir.

El nombre de Goya sólo alcanzó alto prestigio del lado de acá de los Pirineos (1), cuando se descubrió su largo influjo en la evolución del arte. La torrencial corriente de verismo, *pleinairismo* (2), impresionismo que brotó de París, inundando el mundo asombrado, arrastró sin resistencia á los alemanes, que, concienzudos como siempre en su celo por imitar á los franceses, olvidaron estudiar la corriente en su propio manantial originario.

* * *

Francisco José de Goya y Lucientes nació el 30 de Marzo de 1746, en la pequeña villa aragonesa de Fuendetodos, que hoy cuenta apenas unos 500 vecinos. Su padre se llamaba José; su madre, doña Gracia Lucientes, pertenécía á la nobleza del

(1) Un excelente aficionado al arte español, Passavant, escribía aún en el año 1853, sobre Goya: «Elocuente muestra del triste estado en que se encontraba el gusto por el arte en España á fines del siglo pasado y principios del presente, nos ofrece Francisco Goya en Madrid, el más celebrado artista, el cual trataba hasta los asuntos religiosos con concupiscencia, y había caído en una manera insípida y esfumada.» (*Die christliche Kunst in Spanien*, Leipzig, 1853, pág. 118.) La característica obra de Muther (*Geschichte der Malerei im XIX Jahrhandert*. Munich, 1893, I, págs. 55 y siguientes) está construída sobre el libro, rico en invenciones de Iriarte, *Orctherods Herod*. Sin embargo, no son de despreciar estos ditirambos que colocan á Goya en el lugar que le corresponde en la historia del arte, y que le ha dado á conocer al gran público.

(2) *Pleinairismus*, en alemán.

país. La casa en que nació se ha conservado hasta nuestros días transformada en ventorro (1). Fué bautizado (2) al día siguiente de su nacimiento, en la Parroquia del Vicario, José María Jimeno, actuando de madrina doña Francisca Grasa. Los padres, pobres labradores con muchos hijos (3), quisieron educar á éste en su propio oficio.

La leyenda que ha tratado de tejer la vida entera de Goya con hilos multicoloros, y á veces chillones, engalanando espléndidamente la sobriedad de su vida de trabajo, á falta de tradiciones, ha tratado de arreglar á su medida la antigua anécdota que Vasari cuenta de Giotto. Un viajero, sacerdote, vió al muchacho pintar un cerdo en una tapia con un pedazo de carbón. Pasmado de aquel extraordinario talento, le profetizó un gran porvenir, y como prometiese á sus padres, sin medios de fortuna, proporcionar instrucción al chico, ellos consintieron gustosos en que le llevase consigo á la capital. Según otra versión, el conde de Fuentes, un individuo de la familia napolitana Pignatelli, protector del pueblo, descubrió al artista á la edad de doce años, cuando pintó en la pared, debajo del altar de las reliquias, en la iglesia parroquial, una cortina,

---

(1) Calle de la Alhóndiga, 18. Reproducido en la *España Ilustrada*, Zaragoza. Año II, núm. 21. 15 Noviembre 1894.

(2) «En treiñta y uno de Marzo de mil setecieñtos cuarenta y seis, Bapticé yo, el infrascripto Vic.°, un Niño, que nació el dia antecedente inmediato, hijo legítimo de Jph Goya y de Gracia Lucientes, legítmt° casados, habitantes en esta Parroquia y vecinos de Zaragoza: se le puso por nombre Francisco Joseph Goya: fué su Madrina Francisca Grasa, de esta Parroquia, á la cual advertí el Parentesco espiritual que abía contraído con el Baptizado y la obligación de enseñarle la doctrina cristiana en defecto de sus Padres, y por la verdad hago y firmo la Presente en Fuendetodos dho día, mes y año, *ut supra*, etc. Licenciado Jph Ximeno, Vic.°» Impresa por primera vez en *La Perseverancia*, diario católico, Zaragoza, 1868. Año IV, núm. 714. La edición de que citaremos será: Goya, *Noticias biográficas*, por D. Francisco Zapater y Gómez, Zaragoza, 1868, y con algunas discrepancias también del artículo antes citado.

(3) De sus hermanos ya mencionaremos á tres: el dorador Tomás, Camilo, que fué cura, y una hermana casada en Zaragoza.

y en las dos alas del altar la aparición de la Virgen del Pilar. El mismo Goya, cuando en 1808, en el apogeo de sus facultades, visitó su patria, expresóse con menosprecio sobre este trabajo de su niñez, y mostraba inclinación á no reconocerlo como suyo propio (1). El padre de Francisco vivía desde el año 1749 en Zaragoza, en casa propia, situada en la calle de la Morería Cerrada, número 12, en donde, por su oficio de dorador, estaba relacionado con artistas (conde de la Viñaza. Adiciones al *Diccionario histórico* de Ceau Bermúdez, II, pág. 241).

En el año 1760, si no un poco antes, encontramos á Goya en el taller del más célebre pintor de Zaragoza. D. José Luzán y Martínez era, en efecto, sólo un prestigio local, y su fama no se extendió mucho más allá de los límites de Aragón. Nacido en el año 1710, pudo estudiar, merced á la protección de los Pignatelli, durante cinco años, en Nápoles, con Giuseppe Mastrollo, Solimena, Pietro da Cortona, Luca Giordano y el Calabrés, copiando todos los cuadros célebres de los italianos y adquiriendo mano hábil y sólida técnica. Por su trabajo rápido y fecundo debe colocársele, en atención á la tendencia de su arte, entre aquellos virtuosos que desde los días de Felipe II poblaron los altares y cúpulas de las iglesias españolas con numerosas figuras y apoteóticas nubes. Como maestro, había ganado este varón amable y bondadoso gran prestigio.

Además de Goya, le deben su educación los Sres. Bayeu (también el tercer hermano, Fray Manuel, luego canónigo de Fuentes, pintaba) (2), Josef Beraton y Tomás Vallespín. En general, la vida artística de Zaragoza, que después de su magnífica actividad de los siglos XV y XVI, en el XVII casi dormía, puede ser considerada en este tiempo á que nos referimos casi desprovista de significación. La vieja ciudad, con sus ricos

(1) «No digáis que eso lo he pintado yo», eran sus palabras. Zapater, pág. 10.

(2) Jovellanos: Obras, V, pág. 246, habla de un aficionado que poseía una Concepción de Zurbarán y Goya, y deseaba tener un retrato del padre. V. Zapater: *Apuntes biográficos*, Madrid, 1863, pág. 36.

restos de la civilización mahometana en el castillo de la Aljafería, donde terminó el Trovador de Verdi, con sus estrechas calles, formadas por los acastillados palacios de la nobleza, con sus patios suntuosamente decorados, é iglesias en que se admiran las características esculturas de Dalmau de Mur, Damián Forment ó de Diego Morales, ofrece al artista aplicado mucho estímulo. Ya en el año de 1714 instauró en su casa el escultor Juan Ramírez una especie de academia, consagrada, en primer término, á sus tres hijos, dotados de gran ingenio, pero en donde encontraban también enseñanzas todos los demás jóvenes de talento. La familia Pignatelli, emigrada de Nápoles, subvenía á tales gastos, sobre todo el canónigo D. Ramón (1734-1793), que, como creador del Canal Imperial de Aragón, se había conquistado grande y duradera gratitud.

Probablemente, ya entonces Goya había trabado, durante sus estudios, íntimo trato con la familia Goicoechea, amistad que después había de consolidar el matrimonio de un hijo suyo con una hija de la casa. D. Juan Martín, calificado protector de Goya, fundó y mantuvo á su costa, durante más de ocho años, una escuela de dibujo. Cuidadoso en la elección de buenos maestros y medios de enseñanza, echó la primera piedra de un próspero establecimiento, del cual surgió más tarde la academia de San Luis (1).

En el canónigo de la Cartuja Aula Dei, Fray Francisco Salcedo, halló Goya un benévolo censor, y en D. Martín Zapater y Clavería, un amigo para toda la vida.

Su correspondencia con éste, que abarca el período de 1775 á 1801, constituye el más precioso documento para apreciar las opiniones de Goya, á la vez que el más luminoso testimonio de la entereza de su carácter. En ella aparece como un hombre leal, conciliador, de fe sencilla y profundamente arraigada con el nombre de la Virgen frecuentemente en los labios;

(1) Ceán Bermúdez: l. c., pág. 149 y sig.—Ponz: *Viaje de España*, Madrid, 1788, XV, pág. 86.

y que empezaba sus cartas con el signo de la cruz (1). No encontramos nunca una observación maliciosa ó irónica, ni una palabra de sátira. Mantúvose apartado de la política y de la corte más que sus verbosos amigos. Tampoco gustaba de disertar sobre arte. Nada torpe en manejar la pluma, mostraba una cultura del corazón, que le hizo bien quisto en el círculo de los primeros españoles de su tiempo: Campomanes, Quintana; Moratín, Jovellanos ó Cean Bermúdez. Seguramente, no administró tan mal su cultura espiritual como se dice generalmente. Recordaba bromeando el tiempo que pasó en las escuelas pías con el Padre Joaquín, en compañía de Zapater (2). A los cuarenta y un años aprendió francés, é hizo tales progresos, que pronto pudo escribir una larga carta en este idioma (3).

Siempre oportuno y discreto, hablaba largamente con ministros, príncipes y hasta con el mismo rey, siendo honrado con su confianza. Como buen aldeano, económico y previsor por los suyos, sabía defenderse contra las desmedidas pretensiones de sus hermanos. Sobrio por naturaleza (4) y contento con poco, gustaba también de cierto regalo que le parecía indis-

---

(1) Estas 135 cartas, que sólo fueron publicadas en extracto, se han perdido en su mayor parte. Quizá se encuentren aún muchos originales en poder de la familia en alguna parte de la provincia. Algunas, á lo que parece las más interesantes, fueron vendidas; así el marqués de Casa Torres poseyó la célebre que trata de la duquesa de Alba, y D. José Lázaro y Galdiano conserva otras dos interesantísimas.

La publicación se debe á los sobrinos de Zapater, con motivo de las biografías de Matheron é Iriarte, y con el carácter de una refutación documentada, de la historia romancesca, que algunos talentudos escritores construyeron pintando á Goya, el pintor de corte de Carlos IV, como un Frondeur francés, vengador de entuertos, que, como Don Quijote, recorría las calles de la capital espada en mano, escalando balcones, ocultando damas tapadas y cayendo, con su traje bordado de cortesano, sobre los transeuntes; un escéptico que dudaba de Dios y de sí mismo.

(2) Zapater: l. c., pág. 46.

(3) Idem: l. c., págs. 45 y 46.

(4) Idem: l. c., págs. 18 y 37.

pensable á la realización de sus ideas artísticas (1). Fácilmente excitable, como sus paisanos, y al igual de muchos sordos, suspicaz, recelaba enemigos quizá donde no los tenía, lo que fué ocasión de que sufriera mucho (2); pero accesible á los sentimientos de la amistad (3), tendía pronto el primero la mano para la reconciliación con palabras de arrepentimiento y desagravio.

Era en especial simpático su trato con los amigos. Hallaba palabras conmovedoras para consolarlos de los golpes del destino (4), ó cuando en las enfermedades de la mujer ó de los hijos quería reanimar su propio corazón (5). Todo acontecimiento, así venturoso como nefasto, era comunicado antes que á ninguna parte á Zaragoza, frecuentemente bajo el sigilo del secreto (6). Cuando con ojos de artista contempló el brillante fausto de la corte, dijo (7): «Pienso en ti, como me sucede siempre en mis alegrías.» Comparte sincero respeto, con franca modestia. Repetidas ofreció toda su fortuna á Zapater (8), «con la voluntad que puede ofrecer un hombre á otro, y chico, tú y yo sé que nos parecemos en todo, y Dios nos ha distinguido entre otros, de lo que damos gracias al que todo lo puede, á Dios». Ponía nombres familiares á las casas en el lenguaje íntimo, y no faltaban palabras picantes. Más de una vez acuden á la memoria las cartas venecianas de Durero, pues también Goya se servía de pequeños dibujos para sus anotaciones íntimas.

***

Faltan noticias sobre los tiempos de aprendizaje durante su niñez y mocedad. Si hubiésemos de prestar á sus primeros

(1) Zapater: l. c., págs. 41, 42, 43 y 51.
(2) Idem: l. c., págs. 14, 15 y 20.
(3) Idem: l. c., pág. 20.
(4) Idem: l. c., págs. 22, 41 y 42.
(5) Idem: l. c., págs. 35, 43, 44, 45 y 47.
(6) Idem: l. c., págs. 17, 34 y 47.
(7) Idem: l. c., pág. 33.
(8) Idem: l. c., pág. 43.

biógrafos, tan inclinados á dar rienda suelta á su fantasía y á dar oídos á las tradiciones orales, tendríamos que afirmar que su educación no fué por cierto la más esmerada. Inteligente y precoz, se sujetaba difícilmente á toda disciplina; en años posteriores lamentó alguna vez el tiempo perdido en copiar grabados en cobre. Dotado de gran vigor físico, se sentía atraído por los placeres de la juventud, como el baile, el canto y la guitarra, mucho más que por aquella pedantesca ocupación; cuando tuvo más edad, viósele mezclarse en las fiestas propias del país, á veces no muy distinguidas, como corridas de toros, tabernas, así como en aventuras de amor y camorras. Bajo los susurrantes chopos del Ebro ó las fértiles colinas del Canal, desde las cuales se divisaban á la tarde las nevadas cumbres de los Pirineos, en los campos aragoneses, tan ricos en contrastes, deslizaba una vida un tanto vagabunda. Compartiendo con aquellos hombres tozudos y beatos (?) sus alegrías y también sus rudas pasiones, sangre de su sangre, hizo sus estudios sobre el pueblo, trabajando más con los ojos que con las manos. Su pronta mirada lo veía todo, y las experiencias que de la próspera y adversa fortuna hacía en sí mismo, le fueron provechosas más tarde. No fueron años perdidos.

Con motivo de un encuentro nocturno, á consecuencia del cual resultaron tres hombres muertos, se le hizo peligrosa á Goya la permanencia en Zaragoza. Sus amigos y su padre, éste con grandes sacrificios pecuniarios (1), vinieron en su ayuda para que pudiera escapar á la Santa Hermandad. Pero puede decirse que una capital de provincia (2) era poco espacio para él, y el ansia de ver mundo le prestó alas para volar adonde sabía que encontraría dos paisanos y condiscípulos en buena posición.

---

(1) Matheron refiere que el padre de Goya, confiando en las dotes de su hijo, vendió dos casas para costearle el viaje á Madrid y á Roma.

(2) Woermann, Ismael y Antón Rafael Mengs, Zeischrift für bildende Kunst, Leipzig, Berlín, 1894. Nueva serie, V, pág. 175.

Don Francisco Bayeu y Subias, nacido en el año de 1734 en Zaragoza, de una distinguida familia, había tenido una excelente educación de humanista, hasta que luego, siguiendo su vocación artística, estudió en el taller de Luzan, de donde quizá datase su primer conocimiento con Goya. Desde principios del año 60 estaba en Madrid; en 1765 fué nombrado académico; unióse sin reserva á Mengs, que desde el otoño de 1765 era omnipotente en la corte en negocios de arte.

El Rafael de Sajonia había entrado ya en Nápoles, justamente en el momento en que el rey, llamado al trono por la muerte de su hermano, se disponía á trasladarse á España. La recomendación de Augusto el Fuerte á la hija y al yerno, así como la fama que desde Dresde á Roma le había precedido, asegurábanle un recibimiento en todo extremo favorable (1). Como príncipe del país que custodiaba los nuevos tesoros descubiertos en Pompeya y Herculano, sentíase Carlos especialmente atraído por la amistad de Winckelmann. Para él era el arte siempre un gran factor de la cultura, así que no escatimó ningún sacrificio para ganar en favor de España al hombre que podía enseñar al mundo á pintar en el estilo clásico de los antiguos. El buen hacendista no pudo resistir á hacer ofrecimientos verdaderamente regios (habitación, equipo y el título de primer pintor de cámara, con el tratamiento de Excelencia), á pesar de que los auxilios de las provincias con las necesidades de la guerra empezaban á escasear. Aún estuvo Mengs algún tiempo retenido en Nápoles y Roma, por encargos á que había dado comienzo, y por fin embarcóse en el otoño de 1761, con su bella esposa y con sus hijos, con rumbo á Alicante. No encontró ya viva á su compatriota la reina; sin embargo, no se arrepintió de su resolución. Pronto llegó á crearse partidarios entre los artistas del país, y por tal modo

(1) «Goya permaneció seis años en la capital de Aragón.» Es decir, sobre poco más ó menos, hasta 1766. Zapater: l. c., pág. 11.

á echar raíces en España (1). Aun los mismos pintores viejos, como Mariano Maella, que luego ganó alta fama; Antonio González Velázquez, á quien encontraremos en Zaragoza; Guillermo Anglois y José del Castillo, se apropiaron, con menoscabo de su propia personalidad, el nuevo estilo. Francisco Bayeu fué quizá quien tomó más del incuestionado y bienhechor clasicismo. Y puesto que abundaban los pedidos, pronto hizo venir á la corte á su hermano menor, Ramón, coevo de nuestro héroe.

En tal círculo apareció Goya, no sabemos cuándo (2) ni menos lo que duró su primera estancia en la capital; tampoco han quedado trabajos de esta época, en que el pintor contaba más de veinte años. Por de pronto, estudiaba los antiguos cuadros de palacio, Ticiano, Rubens, Murillo, y entre todos Velázquez, que le seducía más que los innovadores. Su instinto fantástico hallaba pasto en los Misterios de Bosch. Pero también Tiepolo, llamado por Carlos III, trabajaba desde 1762 en palacio. Enemistado y poco estimado de la nueva generación que se agrupaba en torno del filólogo Mengs, aunque sin estimarle, bosquejaba sus techos eternamente jóvenes, ocaso de la edad de oro de Venecia, para los cuales, á causa del auge de la sobriedad clásica, sólo se tenía una sonrisa de compasión.

Con la feliz mirada del genio, reconoció Goya cuánto había que aprender allí, y si bien nos faltan datos para afirmar que el joven tratara en persona al viejo maestro, demuéstrase en sus obras lo mucho que debió al veneciano. Muchos años

---

(1) «Los artistas españoles se lanzaron ciegamente sobre sus huellas, ganando alguna corrección en el dibujo, pero matando en sí propios toda lozanía, toda personalidad y toda franqueza, míseramente ahogadas por aquel frío convencionalismo del cual no acertó á libertarse el mismo don Francisco Bayeu, el mayor nombre de nuestra pintura de aquel siglo, excepción hecha del nombre inmortal de Goya.» Menéndez y Pelayo: *Historia de las ideas estéticas en España*. Madrid, 1886, III, II, págs. 397, 398.

(2) «Goya permaneció seis años en la capital de Aragón.» Es decir, hasta 1766 próximamente. Zapater: l. c., pág. 11

después oímos que Goya obtuvo provecho del que durante largos años fué ayudante de Tiepolo, al cual admitió en su taller.

*
* *

El viaje de Goya á Italia es colocado en el año 1760. No debió abandonar Madrid muy gustoso. A consecuencia de una aventura galante, que le valió dos cuchilladas y la persecución de la policía, sus amigos le proporcionaron los medios de escapar (1). Así se explica también que saliese sin ninguna ayuda oficial y que emplease un vehículo bastante inusitado. Matheron, que no suele pararse á comprobar la veracidad de sus fuentes de información, refiere que Goya, por falta de dinero para el viaje, se agregó á una cuadrilla de toreros, y que, con la muleta en la mano, después de muchos zig-zags, alcanzó un puerto del Mediodía. La travesía le fué tan funesta, dícese también, que hubo de llegar enfermo á Roma, y sólo debió el restablecimiento de su salud á los abnegados cuidados de una anciana.

Al contrario de la mayor parte de los estudiosos, mantúvose alejado de todo el tole-tole académico; en este punto un precursor de los franceses modernos burlábase de sus colegas que empleaban el tiempo en dibujar, según los antiguos. «Cuanto más importante, escribía entonces Hackert, y más aún necesario es para el artista en general estudiar los asuntos de sus obras en la naturaleza misma, tanto menos se usaba entonces dibujar esta naturaleza.»

Los pequeños cuadros y escenas de la vida del pueblo, pintados del natural, que de cuando en cuando presentaba Goya, provocaban ciertos movimientos de cabeza en sus dóciles cole-

(1) «En Roma, adonde se concluyó y existió á sus expensas,» dice un escrito de 24 de Julio de 1779. Cruzada Villaamil, *Los Tapices de Goya*, Madrid, 1870, pág. 111.—La Academia de San Fernando, desde 1758, solía, al igual que la francesa, enviar pensionados á Roma. Menéndez y Pelayo, l. c., III, II, pág. 407.

gas. También debieron despertar la atención del embajador ruso, que después trató en vano de trasplantar aquel talento que tanto prometía á la corte de Catalina. Era éste, probablemente, el mismo conde Iwan Schuwalow, que dirigió las negociaciones con Hackert sobre los cuadros de la batalla de Tschesme. Cuando en la rada de Livorno, Orloff hizo volar la fragata, el «más caro precioso modelo de que jamás se sirvió un artista» (dice Gœthe), hubiese debido realmente estar allí Goya.

Fiel á sus antiguos hábitos, atúvose á los vivos. Se mezclaba con placer en la vida callejera, que en ninguna parte tiene tanta variedad y encanto pictórico como allí. Nobles y prelados en magníficas carrozas, monjes y mendigos, arrieros de carros colorinescos, campagnuoli en sus pellejos, le interesaban más que el Teatro Marcellus, bajo cuyas bóvedas bebían la inspiración aquéllos. En Trastevere se le veía con la mayor frecuencia entre los incomparables modelos. Y cuando aquellas nobles figuras quemadas por el sol, gritando y gesticulando, barateaban por las calles y sacaban de pronto sus puñales para desfogar sus pasiones, hacía él sus estudios en caso de que no quisiera tomar parte en la *coltellata*. Se contaban acerca de él inusitados lances de bravura: escaló la cúpula de San Pedro para grabar su nombre en una piedra, á la que no había llegado nadie hasta entonces, casi al mismo tiempo que Gœthe en Strassburgo. El mausoleo de Cecilia Metella le sirvió para dar un paseo por el friso. Como en Zaragoza y en Madrid, aquí también precipitó su partida una aventura amorosa. A consecuencia de haber entrado en un convento de monjas, sólo pudo librarle de galeras la intervención del embajador (1) y una precipitada fuga.

Todos estos relatos de las aventuras de Goya en Roma se

(1) Probablemente, D. Josef Nicolás de Azara, que hizo la propaganda del concepto artístico de Mengs. Stirling Maxwell: *Annals of the artists of Spain*. London, 1891, IV, pág. 1.374. Menéndez y Pelayo: l. c., III, II, pág. 398.

tambalean por su base. Iriarte (1) y Ossorio (2) se remiten á dos de sus condiscípulos, Rivera y Velázquez, que, según decían, le prestarían en Roma ayuda estando á su lado; Antonio de Ribera, después director del Museo, nacido en 1779, no estaba aún entre los vivos, y Velázquez, nacido en 1767, con el nombre de Zacarías González, y del cual es del único que aquí pudiéramos hablar, no pudo, en el año 1769 ó 1770, introducir á Bayeu en Roma, pues éste se encontraba seguramente establecido en Madrid desde 1765. Tampoco pudo Goya, como aquéllos dicen, retratar al Papa Benedicto XIV, pues éste había ya muerto en 1758, y aun parece descartada una confusión con Clemente XIV, que regía la Iglesia desde 1769 hasta 1774, puesto que, para mayor abundamiento, no encontramos en el Vaticano huella alguna de un retrato del Papa, de mano de Goya (3). También pertenece al reino de la fábula la especie de que conociese entonces, ó que hubiese conocido personalmente en algún tiempo, á David, así como que se sintiera influído por sus revolucionarias ideas. David, que era casi coevo de Goya, sólo consiguió obtener el Prix de Rome, en 1774, después de varios infructuosos ejercicios; así, pues, en un tiempo en que Goya estaba ya de regreso en su patria, y cuando éste, dos generaciones más tarde, estuvo en París, ya no se encontraba entre los vivos el pintor del emperador.

La única noticia auténtica sobre la residencia de Goya en Italia, hace creer que emprendió la vuelta por el Norte y que visitó la corte de Parma, íntimamente emparentada con su dinastía. En el número de Enero de 1772 del *Moniteur de France* se dice que «François Goya Romain, élève de Mr. Vayeu, peintre du roi d'Espagne, remporte le second prix de peinture proposé par l'Academie de Parme et que le sujet du concours etait; Annibale jetant du haut des Alpes les regard sur l'Italie.»

(1) *Goya*. París, 1867, pág. 15.

(2) *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*. Madrid, 1868, I, pág. 312.

(3) Estas penosas investigaciones las debo al Dr. Adolfi Goldschmit.

Sabemos además que el jurado sintióse inclinado á darle el primer premio si se hubiera circunscrito más al tema: «Et s'il eût mis plus de verité dans son colorit.» Mientras de su cuadro ha desaparecido hoy toda huella, se ha conservado el trabajo de Paolo Borronis (1), un genio provinciano que fué preferido al suyo. Es un cuadro poco expresivo, á causa de sú tiesura académica; un ángel muestra al héroe la tierra prometida. De bastantes escasas proporciones, como otros que cuelgan junto á él en la misma galería de Parma, también temas de concursos, como aquél, y que explican que Goya se atuviera á dichas proporciones y no emplease mucho tiempo en su ejecución. Pero aquel documento contiene también otras observaciones de importancia; en primer lugar, se llama á Goya »Romain», es decir, que antes de 1777 estuvo algún tiempo en la Ciudad Eterna; quizá también que envió desde allí sus solicitudes, y, en segundo lugar, que se le considera como discípulo de Bayeu, cuyas enseñanzas sólo pudo recibir en Madrid. El reparto de premios se efectuó en Parma el 27 de Junio. Si estaba Francisco entonces allí presente, le quedó más de cuatro meses para el regreso á su patria.

En Octubre del año 1771 recibió Goya en Zaragoza el primer encargo importante.

La devoción de la Virgen del Pilar, esto es, del sitio donde la Madre de Dios apareció sobre una columna (pilar) al apóstol español Santiago, mostrándole el camino de la predicación, atraía desde el siglo XVII crecientes masas de peregrinos todos los años, de tal modo, que la primitiva capilla que, según el cuadro de Mazo en el Museo del Prado, no parece nada pequeña, llegó á no ser suficiente para las necesidades crecientes del culto. En 1686 (2) se empezaron, con arreglo á los planos de Francisco Herrera, los trabajos de construcción de un edificio de ensanche ó supletorio. Cuando más tarde estos trabajos se vieron de-

(1) Corrado Ricci: *La R. Gallerici di Parma*, pág. 9, núm. 554.
(2) Ponz: l. c., XV, pág. 7.

tenidos, fué llamado Josef Ramírez (1) el hijo mayor de aquel Juan antes mencionado. Pero éste, modesto en demasía, propuso que se encomendase la dirección al arquitecto Ventura Rodríguez, el cual estaba entonces en el apogeo de su fama, y se contentó con colaborar en el decorado del templo. A la renovación fundamental que en 1753 introdujo aquel ingenioso, y nunca exento de buen gusto, discípulo de Javara, debe la gran iglesia, de tres naves, su actual gallarda configuración. Gran número de cúpulas, cubiertas de azulejos, que se reflejan con las torres en las aguas del Ebro, le dan un aspecto muy pintoresco; el interior, con su armonioso decorado y sus pinturas de delicados y vivos colores, es uno de los más puros ejemplos del estilo de Luis XVI. Se ha conservado con piadoso celo el coro al estilo español en la nave central del antiguo edificio, con la magnífica verja y suntuosa sillería, y el altar mayor de Damián Forment. La capilla de la Virgen del Pilar en la parte oriental del edificio forma un recinto independiente, que sirve como de vestíbulo á las naves transversal y de los lados, con su rosario de capillas. Libre, bajo alta cúpula, en la que Antonio Velázquez pintó la aparición de la Virgen con deliberada imitación de la Casa Santa en Loreto, hay un pequeño templete de figura ovalada, del más fino mármol y bronce dorado, adornado con preciosas esculturas, que, tras de una verja de plata maciza, guarda los exvotos, resplandecientes por el brillo del oro y las joyas. Alrededor de este recinto, que ocupa un arco de la nave central, agrúpanse, en forma de cruz griega, cuatro pequeñas cúpulas, de las cuales dos corresponden al eje de la nave central y las otras dos á las naves laterales. Los cuatro arcos de las naves laterales, que completan el cuadro de la cruz, están cubiertos por bóvedas planas. El afán del capítulo fué, desde el principio del año 1770, adornar con frescos las bóvedas de esta nueva y rica edificación. Primeramente trató-se de la decoración del pequeño coro de la capilla situado en-

(1) Ceán Bermúdez, l. c., IV, pág. 156.

frente de la puerta de entrada, y que realmente forma una de las capillas del muro del Oriente.

En la sesión del 21 de Octubre de 1771 presentó Goya á la Comisión edificadora (1) bocetos para la pintura de la bóveda cilíndrica. Tan honroso encargo lo debió quizá al arquitecto Ventura Rodríguez, con el cual tuvo más tarde buena amistad, ó á su maestro, ó quizá sólo al acaso y á su presencia en Zaragoza, pues la Junta de Trabajos quería proceder con rapidez. El canónigo D. Matías Allué, que en época posterior dirigió el decorado del edificio, pudo contar el 11 de Noviembre que Goya había puesto en evidencia, merced á una prueba que mereció la aprobación de los inteligentes, su seguridad en la técnica del fresco. Como quiera que Antonio González Velázquez pidió por tal trabajo 25.000 reales, se le confió á Goya por 15.000, con la condición previa, no obstante, de enviar sus croquis para que fueran aprobados por la Academia de Madrid. Pero cuando el artista, en 27 de Enero de 1772, expuso su proyecto acabado, le fué discernido el encargo antes de que llegase la respuesta de la capital. El día 1.° de Junio pudo anunciar Allué que Goya tenía su trabajo casi acabado (2).

En la pequeña bóveda cilíndrica pintó la Adoración de Dios. Grupos de ángeles, con alas ó sin ellas, inclínanse ante el símbolo de la Trinidad, bañada en torrentes de luz. Los escorzos aparecen concebidos grandiosamente en el estilo de Tiépolo, y sólo en los contrastes de luz y de sombra, demasiado fuertes, se revela el principiante. Algunos colores, como un rojo ladrillo, y más que ninguno, el fuerte amarillo de las nubes rebosantes de luz, lo mismo que en los primeros cuadros de Murillo, perjudican el conjunto.

El 30 de Julio entró la Junta (3) en negociaciones con Ba-

(1) Conde de la Viñaza: *Goya, su tiempo, su vida y sus obras.* Madrid 1887, pág. 157. Apéndice. Actas del Archivo de la Virgen del Pilar.

(2) Viñaza: l. c., pág. 158.

(3) Idem: l. c., pág. 159.

yeu sobre la pintura de las cúpulas accesorias. No hay razón alguna para deducir de este hecho la suposición de que ya entonces la Junta estuviese descontenta de Goya. Mas ¿qué hace Goya en los años siguientes? Sus biógrafos colocan en este período su estancia en Roma; pero ya vimos más arriba que su viaje á Italia es anterior.

Y aquí viene en nuestra ayuda un dato hasta hoy no tomado en cuenta: noticia de que sale garante un hombre que ya en anteriores ocasiones (1) ha ganado la patente de veracidad, el cartujo D. Tomás López; cuenta que Goya pintó en su convento, durante los años de 1772 á 1774, una serie de frescos representando la vida de María.

La Cartuja Aula Dei, fundación del siglo xv, las más veces llamada, para distinguirla de otros conventos de la orden en donde Francisco Bayeu pintó la historia del santo fundador, Cartuja Alta, está situada á unos 10 kilómetros al Norte de Zaragoza, á la orilla izquierda del Ebro. Durante la guerra de la Independencia padeció mucho esta Cartuja, este edificio de gran valor para el conocimiento de las cartujas españolas, cuando la desamortización, vendida á particulares, cayó cada vez más en decadencia y olvido (2). En nuestros días han tomado posesión de estas ruinas pictóricas, y con piadoso afán tratan de reconstruir lo derruído. Tuve ocasión de dar á estos honorables y amables religiosos una alegría, diciéndoles qué tesoro guardaban. Pues los frescos de Goya existen realmente; expuestos por espacio de cerca de medio siglo á las inclemencias de la intemperie, á causa del hundimiento ó incendio de un techo, las pinturas están en parte desconchadas; pero las que se conservan, que son más de la mitad, resplandecen inmaculadas aún de manos de restauradores, con inusitada frescura. No es posible dudar de la autenticidad. A cada paso encontramos detalles que nos recuerdan el Coreto de Zaragoza, así como

(1) Viñaza: l. c., pág. 462.
(2) Tampoco Pons menciona este convento.

los más antiguos tapices. El rojo ladrillo tostado y la preferencia por el amarillo, también se encuentran aquí. El dibujo, enérgico y seguro, demuestra cuánto tomó de Tiépolo. En la originalidad de la invención y de la composición revélase el maestro.

Los frescos corren, á manera de frisos, por pilastras divididas por estrechas ventanas en toda la extensión de la gótica iglesia, de una sola nave, de modo parecido á los de los cuatrocentistas en la Capilla Sixtina; sólo que aquí siguen á las naves laterales poligonales y al coro. Las de la pared del Norte han desaparecido hasta el último resto, y también enfrente se han desprendido á trechos grandes trozos, pero se reconoce, sin embargo, la composición. A los lados y sobre la puerta encontramos el Sacrificio de Joaquín, en estado bastante deplorable; luego, á la derecha, el Nacimiento de María y su casamiento, en los cuales más de la cuarta parte está destrozada. La tercera bóveda la llena la Visitación, muy interesante en sus figuras accesorias. En el mismo estado de conservación se encuentran los cuadros de los dos brazos de la Cruz y del Coro, la Circuncisión y Presentación en el Templo. En la nave transversal del Norte cautiva la Adoración de los Reyes, por su elegante distribución.

Nunca volvió Goya á pintar un ciclo tan extenso de asuntos religiosos. El perímetro de la obra corresponde cumplidamente á su valor estético y á su importancia histórico-artística. Nunca aparece más emancipado de las cortapisas que imponen los trabajos de encargo, por lo que se manifiestan más que en los trabajos obligados sus extraordinarias dotes. Los característicos mirones de la Visitación y de la Adoración de los pastores le acreditan de observador fino, y en el ángel que rechaza á Joachim del altar con vibrante impulso, hay grandeza monumental.

*
* *

Después de estos dos años de reclusión, quizá no muy voluntaria, tras de los protectores muros del convento, impuesta probablemente por su famosa aventura sangrienta, volvióse Goya á la capital. Una carta (1) del pintor dirigida á la Junta de Obras de la Virgen del Pilar, demuestra que en 1.° de Marzo de 1775 se estableció en Madrid. Llama á Francisco Bayeu, su cuñado, con lo que por aquella fecha ya debía de haber contraído matrimonio. Los años siguientes habitaba en una casa de la Carrera de San Jerónimo, núm. 66. Dicha casa era de la marquesa de Campollano.

Josefa Bayeu, hermana del pintor, se relacionaba con Goya por abolengo y raza. Sus simpáticas facciones nos han sido transmitidas por mano del pintor (Museo del Prado) (2) en época mucho más posterior. Poseía una figura muy esbelta para una española, un poco delicada, pero de porte correcto y distinguido. Admirables cabellos, de un rubio de oro, son su más bello adorno; los grandes ojos claros miran serios, pero amables; la boca pudiera parecer un poco dura y la barbilla un tanto puntiaguda. Las manos, cruzadas, bastante grandes, están cubiertas por guante largo.

En aquel rostro antójase ver un emblema del destino. Los biógrafos franceses hablan aún de indiferencias, infidelidades de su esposo, de discordias, que pronto la condujeron á la tumba sin determinar hechos concretos. Sin embargo, podemos afirmar, como testimonio que pone en tela de juicio tales afirmaciones, que el matrimonio duró, por lo menos, treinta y seis años, como lo demuestra sobradamente el testamento mancomunado de ambos esposos de 1811. En las cartas á Zapater, en las cuales hablaba Goya revelándose á su amigo con entera franqueza, no encontramos ninguna alusión ó insinuación que nos revele algún hecho ó sentimiento incompatible con una vida de familia tranquila y armoniosa. Los cuidados que le

(1) Viñaza: l. c., pág. 160.

(2) Otro retrato de esta dama se vió en una exposición de Barcelona.

causaban las frecuentes enfermedades de su esposa le inspiran palabras de concordia y de cariño. También Josefa parece haber sido un carácter vehemente, terca, aragonesa legítima, y en materias de arte, con otra manera de ver que su marido (1). De veinte hijos que tuvo, sólo pudo criar uno.

Si tratamos de investigar en el fondo de este matrimonio, encontramos una circunstancia, en la que hasta aquí no han parado mientes los biógrafos, y que habla con gran elocuencia en favor de la mujer. Desde su boda encontramos á Goya como transformado. Antes le vemos abandonarse volublemente á sus instintos nómadas y perseguir las diversiones al estilo algo grosero de su país; desde su enlace le vemos absorberse cada vez más en su trabajo, hasta el punto de que mientras que, de antes de los veintinueve años, en que se casó, sólo poseemos algunos cuadros, desde esta edad en adelante desarrolla una actividad tan pasmosa como fecunda y provechosa.

***

El día 6 de Septiembre de 1775 escribía á su antiguo amigo de juventud (2), hablándole de un cuadro que representaba á San Cristóbal, y cuyo reverso formaba la imagen de la Dolorosa; probablemente, una especie de estandarte de procesión ó pendón de algún templo. En esta fecha creo que debe colocarse su Sagrada Familia, del Prado (3), que se pudiera tomar por homenaje al nuevo clasicismo imperante.

El cuadro referido, que tanto se despega de sus demás obras por su artificiosa lisura y su empalagoso tono dulzón, en composición y dibujo, así como en la busca de fuertes contrastes de luz y de sombra, por medio de los cuales las figuras se entresacan del oscuro fondo, recuerda el cuadro al Correggio,

(1) Relación de D. Tomás López en la obra de Viñaza, l. c., pág. 462, «á causa de su diferente modo de ver en Artes».

(1) Zapater: l. c., pág. 12.

(2) Prado-Museunt, núm. 2.115, a. F.

del cual Mengs decía tan profundamente que era «el gusto de la gracia y de la armonía». La cabeza de José, con su inexpresiva sonrisa, recuerda al Jacob soñando, del cuadro del nuevo Rafael, en Dresde.

Puesto que Mengs distribuía los encargos del rey, no era maravilla que un joven pintor que buscaba su pan en la corte, siguiendo el ejemplo de los compañeros, pagase su tributo á la moda reinante, y bien podemos presumir de su carácter picaresco y astuto que quisiese adular, por la imitación de su manera, al poderoso para conseguir su favor.

A la observación de Matheron (capítulo IV) de que Mengs, en su deseo de volver á Roma, se alegraría de encontrar en Goya un artista que pudiera hacer olvidar su partida, hay que prestarla el mismo valor que á la noticia de que el ardiente joven atacara con la espada al viejo maestro cuando éste se aventuraba á señalar un defecto en su trabajo.

Sea lo que fuere, el primer encargo oficial tuvo que agradecérselo Goya á Mengs.

La Real Fábrica de Tapices de Santa Bárbara, en Madrid, fundación de Felipe V, había ganado, merced también á antiguas tradiciones, gran fama bajo la atinada dirección de Jacob van der Goten, llamado de Amberes con sus hijos para este objeto. Al principio, en el Palacio Real se limitaban á restaurar ó copiar restos de ricos paños; pero más tarde se trabajó según bocetos originales de maestros extranjeros, como Giordano, Procaccini, de Havase (discípulo de Lebrún) y otros. Después de la muerte de Jacob aceptó su hijo mayor, Francisco, la dirección de la Fábrica, construída al fin del Prado, no lejos de la célebre iglesia de Santa María de Atocha, después de muchas vicisitudes. Le ayudaban sus hermanos Jacob, Cornelio y Adrián, que habían practicado su oficio algún tiempo en la villa y también en Madrid (fábrica de Santa Isabel). Como monumento de esta segunda época de florecimiento, pueden citarse los tapices perfectamente coloreados á lo Teniers y Wouwerman, del Pardo y El Escorial. Mientras los trabajos de

restauración avanzaban rápidamente, pronto se inició un retroceso por falta de medios económicos.

A la subida al trono de Carlos III, á quien precedía de Nápoles justa fama de amigo del arte y generoso Mecenas, y cuya esposa, como princesa sajona, debía fomentar la tradicional afición de éstas, por la porcelana, primero en Capodimonte, y luego en el Buen Retiro, nacieron las más grandes esperanzas.

Tocaba también á Mengs introducir reformas. Cuando en 1762 se le confió la dirección artística de la Fábrica, trató de que se ejecutasen poco á poco trabajos nacionales. Fueron los mismos artistas adictos á él: Andrés de Calleja, Antonio González, José del Castillo, Salvador Maella y los dos Bayeu.

Con motivo del decorado de las habitaciones del Príncipe de Asturias en el Pardo, trabajo que debía ser encargado á algún artista, aparece citado por primera vez, en una solicitud de Mengs de 18 de Junio de 1776, el nombre de Goya, en unión de los de José del Castillo, Ramón Bayeu y Manuel Napoli (1). Si bien Mengs propuso que cada artista fuese obligado á emplear toda su actividad por pagas anuales, pareció más acertado que cada cartón fuese examinado y tasado por los pintores de cámara (2).

El 30 de Octubre del mismo año, ya Goya había entregado una obra, que Francisco Bayeu y Mariano Salvador Maella valuaron en 7.000 reales (3). A pesar de una grave enfermedad, que venció en Abril de 1777 (4), hizo Goya una rápida serie de bosquejos hasta el 26 de Enero de 1778, cuya realización estaba destinada al decorado del comedor de los infantes. Estos seis grandes cartones y los cuatro sopraportas le proporcionaron la muy considerable suma de 46.000 reales.

Para adueñarse de la técnica, necesitó Goya más tiempo.

(1) Cruzada Villaamil: l. c., IV, núm. 3.
(2) Idem íd.: o. c., pág. VI.
(3) Idem íd.: o. c., pág. 112.
(4) Zapater, o. c., pág. 13.

Su primer cartón equivalía á un cuadro en que las figuras se repartían por el paisaje, tanto, que los tejedores en su inversión tuvieron que hacer de nuevo todo, excepto el dibujo. Cuando vió que, tanto un espacio agrandado, según los principios de la perspectiva, como una fina acentuación de la luz, eran cosa imposible dentro de la técnica, tomó otra dirección, acentuando la luz y la sombra, y colocando demasiado duramente los colores locales unos contra otros. El fondo de un delicado gris ó azul era á veces roto por las sencillas líneas de un árbol míseramente provisto de hojas, ó por el tejado de una casa. Renunciando al medio fondo ó segundo término, como había visto hacer á Tiépolo, Francisco disponía el suelo en forma de declive hacia atrás, ó limitaba la perspectiva con edificios en forma de colinas. Cuando después se recortaban sus figuras sobre el claro cielo ó sobre una pared convenientemente coloreada, en siluetas de mucho efecto, pronto aprendió á vivificar la línea limitante de la esfera con elegancia.

Algunos grupos sentados en la pendiente, á menudo sólo visibles en su mitad y sumidos en una media sombra, producían un efecto excelente. Sin embargo, en sus trabajos posteriores no pudo desembarazarse de cierto esquematismo en la composición, cierta simetría en la construcción y algún embarazo en el dibujo.

Los cuadros de la vida popular y las fiestas campestres eran, con arreglo á los modelos tradicionales del siglo XVIII, los asuntos preferidos para los tapices. José del Castillo y Ramón Bayeu habían tratado motivos de esta especie, pero ninguno parecía más apto para tales materias que Goya, el hijo nativo del pueblo.

De los cartones que Goya hacía en tamaño grande, con admisión de extraña ayuda, solía hacer pequeños bosquejos al óleo. En la mayor parte de los casos trataba de simplificar la composición, apiñando los grupos y reformando adecuadamente el fondo. Siempre se descubre en ellos la superioridad del artista pensador que dirige su creación.

De su primer tapiz, «La Merienda á orillas del Manzanares» (Museo del Prado, núm. 1), un asunto al estilo de Watteau, de sello completamente nacional, poseen los herederos de M. Lafitte en Madrid un primer croquis, rico en figuras, del cual, por cierto, tiene el cartón muy poca cosa. De su indudable pareja, «Los viajeros», que se disponen á descansar después de la merienda, se puede asegurar que no llegó á ejecución, así como tampoco el pequeño estudio de figuras galantes, único Goya que posee la Sociedad Económica de Amigos del País, de Zaragoza. Podemos conocer «La merienda», en un estado un tanto más adelantado, en un pequeño óleo, una sexta parte en tamaño del original, que el marqués de la Torrecilla envió á la Exposición de Madrid de 1900, con el croquis del segundo cartón. «El baile en San Antonio de la Florida» (Museo del Prado, número 11) demuestra, por más de un concepto, un adelanto importante. El paisaje está bosquejado sólo á grandes rasgos y elegantemente adaptado á un tono uniformemente gris, del cual se destacan de modo que por entre ellos circula el aire (1).

«La niña de la Venta Nueva» (Museo del Prado, núm. 117), el tercer tapiz, se distingue por su magnífica ensambladura.

«El paseo de Andalucía» (Museo del Prado núm. 4) y «Los jugadores» (Museo del Prado núm. 8) son duros y ásperos en sus colores, pues Goya creyó favorecer al tejedor por fuertes contrastes. Pero, en cambio, de sus figuras ha desaparecido ya todo embarazo.

En «La cometa», el dibujante se ha connaturalizado ya con las exigencias de la técnica. Evita el medio fondo por colinas ascendentes; á la izquierda, una pareja de formas indecisas, inundada de luz, anima dicho medio fondo; con la misma fortuna ha sido interrumpida la monótona superficie del cielo, de un gris pálido, por un álamo blanco de pocas hojas. Casas arábigas con techos planos, semejantes á las que Goya pone

(1) Goya envió un boceto á su amigo Zapater: o. c., pág. 13. No es idéntico á la obra mencionada, pues está realzada la expresión, como se puede ver en el original de San Francisco el Grande.

frecuentemente en sus medios fondos, se encuentran aún en Aragón.

De los cuatro frisos, los dos con grupos de niños fueron los más admirados en su tiempo; hoy, «Los niños de la fruta» (Museo del Prado, núm. 6) nos paracen algo amanerados. Al igual de una figura de Tiépolo, siéntase una dama con amplios vestidos, á la cual quita el sol del rostro con una sombrilla, un criado distinguido y elegante. «El quitasol» (Museo del Prado, núm. 6). «El bebedor» (Museo del Prado, núm. 5), en compañía de matuteros y guardias, contiene magníficos tipos de una raza popular notablemente vigorosa, de recios y achaparrados cuerpos, gruesas pantorrillas y grandes cabezas sobre robustos cuellos. En el bailador de la primera cuadrilla, en el que quiere separar á los dos matones, en el que tiene el hilo de la cometa y en el jugador de náipes, no es difícil reconocer el mismo modelo. Las pocas mujeres atestiguan la gracia nativa de las españolas.

En el paseo de Andalucía se ha querido reconocer á la duquesa de Alba, dominada por la brutal pasión de los dos más famosos toreros de aquel tiempo: Pedro Romero y Pepe-Hillo. Por lo general, cuando se trata de atribuír alguna cosa á esta excéntrica dama, no se suele tener muchos escrúpulos en la exactitud del parecido. Pero el cotejo de los datos de su vida ha quitado toda probabilidad á esta hipótesis (1). Positivamente, el episodio á que aquí se alude, y que tan grande escándalo produjo, y del cual también habla Godoy en sus Memorias, ocurrió doce años después. Quizá la leyenda naciese de que el dibujo del Paseo en Andalucía recordaba la excursión que Goya hizo con la duquesa al Sur, en el año de 1793. Pronto se encontró para los disfrazados los nombres que recordaban aquel suceso.

Tres meses después, el 27 de Abril de 1778, había acabado Goya siete trabajos para la alcoba del príncipe de Asturias, en

(1) Araujo Sánchez: l. c., pág. 17.

el Pardo. Con pasmosa rapidez despachaba ahora los trabajos. Hasta el 26 de Enero de 1780 tardó en su gran encargo, y además hizo veinte cartones. Al principio de Enero de 1779 le cupo en suerte el honor de poder presentar en persona, al rey y á los dos príncipes, cuatro de sus bosquejos. Para este objeto fué invitado por primera vez al besamanos. Con palabras que penetraba el sentimiento de una gran alegría, escribe á su amigo: «Te digo que no podía desear más, en cuanto á gustarles mis obras, según el gusto que tuvieron de verlas y las satisfacciones que logré con el rey, y mucho más con sus altezas, aunque, añade, ni yo ni mis obras merecen tales atenciones.»

De cuentas que se han conservado, aparece que de los ocho artistas que en aquel tiempo trabajaban para la Fábrica, él fué quien más obras produjo; así le corresponden treinta obras, mientras que á su cuñado, más joven, Ramón Bayeu, veinte; á Antonio Velázquez, veintitrés, y á José del Castillo, diez y seis cartones. A más de las ganancias materiales (que importaron en los tres años 114.000 reales) (1), significaba esto para el joven artista un gran éxito artístico, tanto que en 24 de Julio de 1779 se arriesgó á pretender el puesto de pintor de Cámara (2). Hacía relación en el correspondiente escrito de sus actuales trabajos, y mencionaba expresamente que había estudiado en Zaragoza, su país natal, y en Roma, donde había vivido á sus propias expensas, y que Mengs había sido su maestro. La resolución, á pesar de las frases de elogio que le dispensaba, no le fué favorable; mas, por lo menos, la Academia de San Fernando le nombró su individuo, el 7 de Mayo del siguiente año (3), con motivo de su muy académico crucifijo, que de San Francisco el Grande pasó al Museo del Prado.

Entretanto, Goya trabajaba sin tregua para la Fábrica de Tapices; el 5 de Enero de 1779 tenía dispuestos siete cartones

(1) Cruzada Villaamil: l. c., pag. 21, núm. 12.
(2) Idem:: o. c., pág. III, 2; págs. 19, 9, 10, 11.
(3) Zapater: o. c., pág. 14.

para el decorado de la alcoba del príncipe de Asturias, en el usual estilo de Bayeu y Maella. «El ciego de la guitarra» (Museo del Prado, núm. 11) gustó particularmente; se admiró el grupo principal con sus expresivas cabezas, no menos que el aguador, tanto que Goya decidió destinar la celebrada composición para un cobre que la hiciese más accesible al público. Es el cobre más grande de Goya, fiel al original hasta en los menores detalles y análogo en la técnica á los de Velázquez.

«La Prendería de la plaza de la Cebada», «La Cacharrería», «El Paseo del militar» y la «Vendedora de frutas» (Museo del Prado, núms. 12, 13, 14, 15, 16 y 17), describen la animación de las calles de la capital. Cuatro grupos hacían oficio de frisos: muchachos con gorros de granaderos, y armados de mosquetes, tocando el tambor ó la trompeta.

Una segunda serie, cuyos primeros números acabó en 20 de Julio de 1779, tienen por asunto las diversiones y menesteres de la gente del pueblo. El juego de pelota, precisamente entonces difundido por los vascos por las provincias antiguas, dió ocasión al artista, amigo de los deportes, para una de sus más perfectas composiciones: «El juego de Pelota» (Museo del Prado, núm. 18). Delante de una tapia, y sobre el terreno, en suave rampa, del segundo término, están reunidos varios espectadores muy interesantes. El verdadero juego de pelota, formando diagonal en el cuadro, parece un antiguo circo formado por la naturaleza. En sus formas, perfectamente desarrolladas, y en sus seguros movimientos, parecen aquellos hombres los dignos descendientes de los tenaces y perseverantes iberos. El magistral artista se revela otra vez en el modo de colocar á los defensores ante la blanca tapia de la torre arábiga en ruinas. En el Columpio (Museo del Prado, núm. 19) la construcción está demasiado apiñada y no se destaca bien del oscuro bosque, al menos así lo parece, si se compara el cartón con aquellos cuadros tan aireados que Goya pintó más tarde para los Osunas. De las aldeanas se ha hecho, sin perjuicio de la idea, damas nobles.

El 24 de Enero del siguiente año tuvo efecto un suministro más importante. «Las Lavanderas» (Museo del Prado, número 20) haciendo juego con «La Novillada» (Museo del Prado, núm. 21), esto es, el arrastre de un novillo para la corrida, con un palacio semejante á la Lonja de Zaragoza, y «Los guardas del tabaco» (Museo del Prado, núm. 24) hácense colocar los encantadores modelos con juguetones niños á los lados. En dos de los frisos han pintado esta vez el jardinero podando árboles y «El vito» con modelos de personas mayores (Museo del Prado, núm. 27). Cuatro cartones se han perdido; de dos de ellos existe, sin embargo, la reproducción.

En la primavera de 1780, los trabajos para la Fábrica de Tapices tuvieron provisionalmente una larga interrupción.

VALERIANO DE LOGA

PARNASO INTERNACIONAL

A una joven árabe, que fumaba el narguilé en un jardín de Alepo.

(De Lamartine.)

¿Y eres tú la que me pides
Incienso de poesía,
Hija feliz del Oriente,
Tú, que viniste á la vida
Respirando del Desierto
Las ráfagas escondidas;
Tú, de los frescos jardines
De Alepo, flor sin espinas,
Cuyo perfumado cáliz
El bulbul escogería
Por cantar, allí anidado,
Sus mejores melodías?
¿Quién, á las fragantes flores
Aromas y esencias brinda?
¿Quién, al pomposo naranjo
Frutos de oro dar querría?
¿Quién, á la brillante aurora
Prestara purpúreas tintas,
Y estrellas resplandecientes
A la noche clara y límpida?
Inútiles son los versos;

Mas, si las dulces delicias
Quieres gozar, que el poeta
Ofrece en sus doctas rimas,
Aproxímate á esa fuente
Y contémplate á ti misma:
Nunca los versos pintaron
Imagen más peregrina.

Cuando en el bruñido kiosco
Que guarda enrejada ojiva,
Y á la luna le abre paso
Y á las juguetonas brisas,
Al atardecer te sientas
Sobre alfombras de Palmira,
Donde del ardiente moka
Humea la amarga linfa;
Cuando á tu labio entornado
Tu blanca mano aproxima
De jazmín vástago hueco
Que el oro adorna y matiza,
Y el aroma de las rosas
Con dulce embeleso aspiras,
Y haces sonar en el fondo
Del narguilé el agua tibia;
Cuando la nube aromática
Que te envuelve y acaricia,
Grata languidez infunde
En tu sangre adormecida,
Y en aquel ambiente absorbes
Placenteras fantasías;
Cuando la arrogante yegua
Del árabe tú nos pintas,
En tus infantiles manos
Al duro freno sumisa,

Y el relámpago fulmíneo
Que sus ojos ilumina,
También vivaz resplandece
En tus profundas pupilas;
Cuando tu mórbido brazo,
Como asa de urnas antiguas,
Apoyándose en el codo
Sostiene tu cabecita,
Y al súbito centelleo
De blanca lámpara brilla
En tu puñal de Damasco
Refulgente pedrería,
No tiene el humano acento
Que al corazón más hechiza,
No tiene el augusto bardo
En su frente pensativa;
No tiene ningún suspiro
Del alma tierna y sencilla,
Nada tan hermoso y poético
Como tú, preciosa niña!

Pasaron y se alejaron
Para mí los bellos días
En que el amor nos embriaga,
Lozana flor de la vida;
A la hermosura yo rindo
Admiración todavía;
Mas rayo es de luz sin fuego
Esa admiración tranquila.
Mi corazón fatigado
Aún tiene un amor, la lira.
Si mi abril aún floreciese,
¡Cuántos versos te daría
Por cada sorbo ligero

Del humo, que distraída
Lanzas al aire, inundándolo
De fragancias exquisitas;
Por señalar con mi dedo
Las hechizadoras líneas
Que dibujan los contornos
De tu imágen hermosísima,
Cuando el astro de la noche,
Rasgando nubes sombrías,
En el blanquecino muro
Tu negra sombra perfila!

TEODORO LLORENTE

LOS TAPICES FLAMENCOS DE LA EXPOSICIÓN DE ZARAGOZA

Cuando la famosa Exposición Colombina de 1892, ocuparon toda una sala unos antiguos tapices flamencos, enviados á Madrid por las dos catedrales de Zaragoza: la Seo y el Pilar. Nadie entonces hubo de consagrar á estos tapices un estudio que pudiese completar las descripciones del catálogo, redactadas con exactitud por un canónigo de Zaragoza, y las seis fototipias del *Album,* muy grandes y bastante empañadas. Los visitantes de la Exposición del Toisón de Oro vieron en Brujas, en 1906, tres de esos tapices de Zaragoza, representando la historia de Esther, al lado de los famosos tapices reales de España. También eran reales los tapices de Zaragoza: según la tradición, fueron dados por el Rey Católico á su hijo bastardo Alonso de Aragón, quien, de 1473 á 1520, ocupó la sede arzobispal de Zaragoza. El *Festín de Asuero,* representado en 1460 por un maestro flamenco, resucitaba en el Ayuntamiento de Brujas, gótico y moderno, una fiesta de la corte de Borgoña. Tal vez, los dos tapices de Zaragoza se encontraban de vuelta en una ciudad en donde ya habían estado. Una *Historia de Esther* tapizaba una de las salas del banquete, cuando las bodas de Carlos el Temerario con Margarita de York, en 1468 (1).

(1) El tapiz de la *Historia de Esther*, que se conserva en el Museo Corenense de Nancy, pasa por haber sido encontrado en el campo de Carlos el Temerario. La tradición es muy sospechosa, porque atribuye igualmente al Temerario el famoso tapiz del *Banquete*, que es del siglo XVI

Los dos tapices que la Exposición de Brujas ha dado á conocer á los historiadores del arte flamenco están como perdidos en Zaragoza, en medio de un amontonamiento de tapices que pertenecen á las dos catedrales, y cuyo número exacto no da ningún inventario accesible. Estos tapices, olvidados después del centenario de Colón, han permanecido desconocidos, así puede decirse, hasta el año último; los mismos eruditos españoles no hablaban de ellos sino de oídas, como de un tesoro fabuloso (1).

En efecto, era imposible estudiarlos. Muchos de ellos no salen jamás de los rincones en donde duermen enrollados; de los tapices del Pilar, algunos de los cuales se exponen en la basílica durante las fiestas de Octubre, los más valiosos han desaparecido en estos últimos años, y se les puede creer en América; en fin, los tapices de la Seo que toman el aire cada año durante la Semana Santa, son colgados muy en alto, entre los elevados pilares, en la sombra de una reunión de bóvedas adonde apenas llegan algunos lejanos reflejos de la luz del día.

***

La Exposición retrospectiva de Zaragoza ha tenido por organizador á D. Francisco Moreno, el mismo canónigo que eligió y describió los tapices enviados á la Exposición de Ma-

---

(B. Boyé, *Le Batin de Nancy*, en las *Memoires de la Société d'Archeologie lorraine*, t. LIV, 1904, págs. 165 y 173.) El tapiz de Nancy es de la misma época que los tres tapices de Zaragoza, y probablemente del mismo taller; pero no forma parte de la misma serie.

Felipe el Bueno compró en 1462, á Pasquier Grenier, comerciante de Tournai, un tapiz de la *Historia de Esther* en seis piezas (*Pol de mont, les Chefs-d'œuvre de l'ar ancien á l'Exposition de la Toison d'or á Bruges*. Bruselas 1907, pág. 148; págs. 71 y 72; *Album* de la Exposición Colombina de 1892, págs. 177-178, 213-214, 219-220.

(1) V. las notas de D. Elías Tormo y Monzó, en su estudio *Las tapicerías de la Corona y otras colecciones españolas* (*Boletín de la Sociedad española de excursiones*, t. XIV, 1906, pág. 32).

drid. Pudo, esta vez también, hacer que saliera de las dos catedrales una serie de tapices que eligió con el más discreto celo, á falta de poder exponer por entero los kilómetros cuadrados de lana, de seda y de oro que hubieran llenado, con todas las salas del Palacio de Arte antiguo, los dos pisos del vasto patio. Cada una de las series más venerables y más raras fué representada por una pieza á lo menos. El conjunto formó una colección de diez tapices, los más importantes de los cuales, en número de ocho, fueron reunidos en una vasta sala. En otra sala, reservada á la Casa Real, veíanse esos tapices del Palacio de Madrid, que, antes de aparecer en 1906 en Brujas, fueron admirados en 1900 en París. Esa multitud de Héroes y Princesas, de Angeles y de Virtudes; esa deslumbrante confusión de aparato guerrero, de pompas sacerdotales, de disfraces fantásticos, ha maravillado una vez más á quienes lo han visto; pero no ha revelado nada nuevo sobre los pintores flamencos y los liceros de Bruselas, que compusieron y tejieron, á principios del siglo XVI, los espectáculos de gloria italiana y de magnificencia borguiñona, imaginados por algún gran retórico de Madama Margarita Augusta (1).

Las dos catedrales de Zaragoza habían expuesto dos tapices ejecutados en Bruselas en tiempo de los Reyes Católicos, y que, tanto por su conservación irreprochable, como por su riqueza extraordinaria, hubieran sido dignos de figurar en la sala real. El tapiz de la *gloria de la Virgen,* perteneciente al Pilar (2), formó en un tiempo juego con la *Presentación en el Templo,* que M. Martin le Roy pudo adquirir en 1884. Estos dos tapices, el que se ha quedado en Zaragoza y el que constituye el ornato más suntuoso de la más rica colección parisiense, fueron tejidos con arreglo á los mismos cartones de dos tapices de Bruselas de la colección real de España que perte-

(1) L. Male. *L'Art religieux de la fin du Moyen âge en France*. París, 1909, pág. 373.

(2) Dimensiones: ancho, 4m,60; alto, 4 metros. Fototipia en el *Album* de la Exposición en 1892, págs. 175-176.

necieron á Doña Juana la Loca. Los ejemplares de Madrid y de Zaragoza no difieren entre sí sino en insignificantes variantes: los obreros han seguido el modelo pintado muy de cerca y con minucioso cuidado (1).

El programa dado es muy complicado, y recuerda las imágenes con compartimentos de los libros de piedad más corrientes en el siglo xv, la *Biblia de los pobres* y el *Espejo de Salvación* (2). Sin embargo, las composiciones cuyo motivo central está formado por la Presentación en el templo y la Gloria de la Virgen, no se encuentran exactamente en los pequeños volúmenes que eran el *vade-mecum* de los pintores de cartones para los tapices flamencos ó franceses (3).

En medio del tapiz de Zaragoza, la Reina del cielo está sentada en un trono, teniendo á su derecha á su antepasado el rey David. Ante ella están arrodillados unos patriarcas. El anciano Jessé, en primer término, sujeta con ambas manos el arbusto genealógico del que María habia de ser la flor suprema. Un guerrero con armadura, un sumo sacerdote lleno de pedrerías, llevan sus atributos, en los que la teología de la Edad Media hubiera reconocido figuras de la maternidad virginal; el toisón de Gedeón, la varita de Aarón, seca y milagrosamente florecida. Más difícil es designar al hombre de armas arrodillado detrás de Gedeón; tal vez es Judas Macabeo. En cuanto á las jóvenes en traje de corte, que ostentan sus amplios vestidos de brochado forrados de armiño, al de los mantos pesados y de las armaduras pulimentadas, ningún signo permite reconocer en ellas, ya á las mujeres ilustres de la Biblia, ya á las vírgenes que, en los retablos de Colonia y de Brujas, forman cortejo á la Virgen.

(1) V. el estudio de M. Marquet de Varselot, en el gran *Catalogue de la collection Martin le Roy* (t. IV, pág. 41 y pl. 7); allí se encontrarán todos los documentos conocidos y los datos útiles. Yo me contento con precisar algunos detalles iconográficos.

(2) El *Speculum humanæ salvationis*, estudiado por un Pedrizet (1908).

(3) E. Male, obra citada, págs. 249 y siguientes.

Los compartimentos extrañamente formados en la parte superior de la composición por ramificaciones combinadas con columnillas de oro, sirven de marco á figuras agrupadas dos á dos; Adán y Eva recuerdan el pecado que María ha borrado dando al mundo un Salvador; dos profetas (1) anuncian la encarnación.

Las dos escenas que hacen juego á derecha é izquierda del grupo central, como las hojas de un tríptico, son inesperadas. El frente del altar de Sans, que es el más magnífico y el más delicado de los antiguos tapices franceses, pone, á derecha é izquierda de la coronación de la Virgen, la coronación de Bethsabé y la de Esther. El sistema «tipológico» de la *Biblia de los pobres* es el seguido en los tapices de la *Vida de la Virgen*, así como en la serie de la Chaise-Dieu: el Nuevo Testamento anunciado por el Antiguo (2). Aquí las dos escenas que acompañan al grupo celeste en donde se encuentran reunidos los dos Testamentos, están sacadas del Evangelio. Estas mujeres, tan adornadas como las misteriosas princesas, arrodilladas ante la Virgen, son las pecadoras de que habla el Evangelista San Juan: la mujer adúltera y la Samaritana. El Salvador está al lado de ellas (3). Parece que el teólogo autor del programa haya tomado por lema el Pecado y la Redención, y querido oponer á la nueva Era las hijas de Eva, siempre curiosas del fruto prohibido.

Las intenciones del teólogo se pierden en los pliegues de los paños endurecidos por el oro y cubiertos de floraciones gigantes. Otro tapiz de la Exposición de Zaragoza, algo menor, era todavía más sedoso y más rico, con menos colores. Era uno de los tapices del Pilar, los tapices invisibles. Lo mismo

(1) Sin duda Ezequiel é Isaías.

(2) E. Male, obra citada.

(3) Detrás de la Samaritana, un apóstol trae un plato de pescado. Es el versículo 31 del capítulo IV de San Juan: «Mientras tanto sus discípulos le presentaban de comer, diciendo: «Rabbi, come.» Pero él les dijo: «Tengo de comer un alimento que vosotros no conocéis.»

que la *Gloria de la Virgen*, expuesta por La Seo, procedía de un taller de Bruselas, el que tejió una de las series más célebres de la colección real de España, la *Vida de la Virgen*. Completamente igual á los tapices de esta serie, de los que había una muestra en Zaragoza, el tapiz del Pilar es un camafeo rubio, en el que los tonos vivos están misteriosamente ahogados en la armonía de los oros.

El asunto esta vez no tiene nada de común con el de los tapices de Madrid: es una historia bíblica la de Jefté (1). El hijo bastardo de Galaad es expulsado por los hijos legítimos de su padre, de los cuales uno hace ademán de sacar la espada contra aquél. Como Israel se ve amenazado por los hijos de Ammon, uno de los ancianos va á suplicar á Jefté que vuelva entre los suyos y se ponga al frente de los Galaaditas. Jefté se deja conmover. Hele aquí jefe y juez: llevando el arminio y le corona, se apoya con un escudo, en el que hay un águila. Vencidos los amouritas, el juez vuelve á su hogar, mientras que su hija, acompañada por unos jóvenes, le ofrece presente de rodillas; Jefté hace un gesto de dolor. Se acuerda del voto que ha pronunciado antes de la batalla: de sacrificar al Eterno al primero de su casa que saliera al encuentro de su regreso victorioso. Estos primeros episodios son sencillamente recordados en compendio, sin los compartimentos estrechos dispuestos en la parte superior de la composición. La gran escena es el adiós de la hija de Jefté á su padre. De rodillas ante él, descubre el seno que aquél ha de herir. Sus compañeras suplicantes son las que van á seguirla á las montañas en donde ella se retirará para llorar su virginidad.

El pintor que ha adornado esta salvaje historia de sacrificio humano como una fiesta de bodas reales, estaba acostumbrado á representar para los príncipes alegorías gloriosas ó leyendas de amor; ha puesto en Jefté la juventud de Tristán ó del Caballero del Cisne: el héroe parece tener la edad de su hijo. El

(1) Libro de los Jueces, cap. XI.

autor desconocido de la *Historia de Jefté* es próximo pariente del pintor que dibujó el cartón de la *Gloria de la Virgen*. Un mismo detalle, muy curioso, reaparece en medio de cada una de las dos obras: una imagen se encuentra reflejada sobre la coraza de Gedeón y sobre la de Jefté, como en los espejos convexos que los maestros flamencos, según Juan Van-Eick, gustan de poner en un rincón de sus cuadros (1). De una parte, es el anciano Jessé, con su barba blanca; de la otra, la hija de Jefté, la blancura de su rostro y de su seno virginal.

Cuatro tapices del Pilar, que se dice son semejantes á la *Historia de Jefté* por la composición y el colorido, han permanecido en su escondite. Cuando salgan, podrá añadirse una serie magnífica al número de los tapices bruselenses del siglo XVI. El futuro catálogo de estos tapices comprenderá todavía tapices de la Seo de Zaragoza, como los dos soberbios de la *Historia de San Juan Bautista,* que fueron enviados á la Exposición de Madrid en 1892, y no han sido expuestos en Zaragoza en 1908. Otros tapices bruselenses podrán ser encontrados en las iglesias y los palacios de España — especialmente en las catedrales de Toledo, Burgos, Palencia, Tarragona, Lérida, en el Colegio del *Corpus Christi*, en Valencia; en el Palacio de Justicia de Barcelona; — pero, reuniendo los más importantes, de ciudad en ciudad, no se formaría la cuarta parte de la incomparable colección del Palacio Real de Madrid.

En cambio, algunas catedrales españolas han conservado series de tapices muy anteriores á los recogidos por los herederos de Doña Juana la Loca, de Carlos V y de Felipe II. La Seo de Zaragoza es aún más rica que la catedral de Zamora en tapices del siglo XV. Expuso en 1908, al lado de la *Historia de Esther*, que pudo ser estudiada en Brujas, y sobre la cual es in-

(1) La imagen más antigua reflejada en una coraza es probablemente la que apareció en la miniatura del desembarco de Guillermo de Baviera, conde de Holanda, 1413, en el famoso libro de Horas de Turín, que el incendio de 1904 ha reducido á cenizas.

útil volver, otros tapices «góticos», muchos de los cuales son de una ejecución más preciosa, de dimensiones más extraordinarias, ó de una época más remota.

***

Uno de estos tapices, en él boga una flota entera, puede ser llamado el tapiz de las *Naves* (1). Este viaje marítimo es, como lo indican las inscripciones latinas, el de Bruto, el héroe legendario, hijo del rey de Elba Servio y nieto de Eneas, quien, según los textos, fecundos en historias troyanas, dieran nombre á la Gran Bretaña, como el Francus de Bousard al reino de Francia.

El tapiz sigue de muy cerca la narración que Geoffroy de Monmouth dió, á mediados del siglo XII, en el libro primero de su *Historia Britanum* (capítulos XI-XII), y que Robet Wace ha traducido al comienzo de la *Novela de Bruto*. Pandrado, rey de los griegos, está en pie en la orilla, y mira alejarse la nave que se lleva á su hija Ignogé, que ha dado en matrimonio á Bruto. En último término, un recinto desmantelado y batido por las olas, figura la ciudad abandonada que Bruto encontró al abordar una isla que Geoffroy de Manmouth llama Leogocia. Allí se encuentra un santuario de Diana, con una estatua de la diosa, cuyo oráculo va á consultar el héroe. Diana le contesta que encontrará un reino y fundará una nueva Troya en una isla lejana, al Occidente. Después, la nave que conduce á Bruto y á Ignogé, con sus trompetas que suenan en pleno mar; las gabarras, cargadas de hombres, de armas y de caballos, ganan las costas de Africa y pasan las Columnas de Hércules. En la orilla del mar Tirreno, el nieto de Lucas encuentra á otros troyanos, que se unen á él, con su jefe Corineo. La flota se detiene en la orilla de un país que Geoffroy de Manmouth llama Aquitana, y que es la región del Loire; allí Bruto combate, y hace huir al rey Jofario.

(1) Dimensiones: ancho, 8 metros; alto, 4,70 metros.

La relación en el tapiz acaba después de esta batalla. Claro es que debía tener un prólogo y un epílogo. El tapiz de las *Naves* es el resto de una serie que ha contado tres piezas, por lo menos. En la primera se veía cómo Bruto, después de haber matado á su padre en la casa, se vió obligado á salir de Italia; cómo llegó á Grecia, en donde encontró á los descendientes de los troyanos, en otro tiempo reducidos al cautiverio, con Habeno, hijo de Priamo, por Pirro, hijo de Aquiles; cómo sublevó á aquellos troyanos contra su opresor. El sitio de «Sparatinum», durante el cual Pandraso, rey de los griegos, fué hecho prisionero por Bruto, era un buen pretexto para revistas de iluminadores y bombarderos. El rey vencido concedió á los troyanos el favor que le pedían: ir en busca de otra patria. Quiso, para sellar la paz, dar su hija en matrimonio á Bruto. Después de estas bodas es cuando empieza la narración en el tapiz de las *Naves*.

El tercer tapiz contaba las fundaciones de ciudades atribuídas á Bruto y Corineo.

Después de la conquista de la isla de Albión sobre los gigantes, Corineo se estableció en el país de Cornaouilles, que conserva el nombre del troyano; Bruto construyó á orillas del Támesis la nueva Troya, la cual cambió de nombre bajo el reinado de Lud, que hizo la guerra á Julio César, y fué llamada la ciudad de Lud: «Lud-ton» (C. London).

Los tapices que referían el sitio de Sparatinum y la fundación de Londres, han perecido sin duda. La travesía de Grecia á Francia por las Columnas de Hércules es una imagen única. Ninguna *Historia de Bruto* se menciona en los inventarios y crónicas de los príncipes franceses y de los duques de Borgoña, en medio de tantas historias troyanas y al lado de las aventuras del duque Guillermo de Normandía, que conquistó á Bretaña. El asunto es completamente inglés. Puede uno preguntarse si los tapices flamencos que ponían en imágenes, varios capítulos de Geoffroy de Manmouth, no estarían destinados á la princesa inglesa que se casó en 1468 con Carlos el Teme-

rario. La hipótesis no puede comprobarse por los inventarios del duque, que han desaparecido. Es cierto que el tapiz de las *Naves* fué encargado por un señor muy elevado: ninguno de los grandes tapices del siglo xv le iguala tal vez por la finura de los detalles, lo profundo del colorido y lo aterciopelado del tejido, todo mezclado de seda, ni siquiera la *Historia de Esther*, conservada también en Zaragoza, y en el que los dos matices del terciopelo están tan ingeniosamente imitados en los trajes de corte. El tapiz de las *Naves* es como una inmensa miniatura de maestro.

***

Dos tapices de la Seo de Zaragoza, que forman una serie consagrada á la *Exaltación de la Santa Cruz,* aventajan en longitud á todos los tapices conocidos del siglo xv: el uno mide $11^{m},30$ por $4^{m},90$; el otro, que ha sido ligeramente recortado, $11^{m},10$ por $4^{m},05$. Ambos fueron enviados en 1892 á la Exposición de Madrid; las inscripciones latinas que los acompañan se publicaron en el catálogo, con ligeros errores. El primero de estos tapices, que es el peor conservado, no ha sido expuesto en Zaragoza. La relación comienza con la toma de Jerusalén por Chosroes II, rey de los persas, que se lleva como trofeo la madera de la Cruz encontrada por Santa Elena y venerada por Constantino; llega hasta el combate singular de Heraclio con el hijo mayor de Chosroes, á quien la abdicación de su padre ha hecho rey de los persas.

La serie de la historia se reanuda á la izquierda del segundo tapiz. Heraclio, vencedor por la protección de Dios y de la Santa Cruz, ha perseguido á los persas hasta su capital. El viejo Chosroes es decapitado en el pabellón de oro, en donde se había hecho adorar al lado de la Cruz, y del que ahora unos obreros arrancan los enormes trozos de piedras preciosas. El hijo menor del rey pagano es bautizado. Heraclio vuelve á Jesusalén. Al aprestarse á entrar en la ciudad como triunfador, llevando la verdadera Cruz, he aquí que la puerta ha desapa-

recido; entre las dos torres el muro se ha cerrado. Un ángel aparece con una cruz en la mano y se dirige al emperador, para explicar el sentido del milagro: «Cuando el Rey del Cielo, antes de su Pasión, entró por esa puerta, no llevaba la diadema y no montaba un caballo de lujo; sentado á lomos de un asno, daba á sus fieles un ejemplo de humildad.» Heraclio comprendió la lección. Se apeó de su cabalgadura, se quitó los hábitos imperiales y llevó la cruz descalzo y en camisa, como debía hacer, á ejemplo suyo, el Rey San Luis, para llevar la Corona de espinas á la Santa Capilla de París. Solamente que el emperador ha conservado su corona para darse á conocer. El muro se abre ante él. Heraclio, después de haber depositado su preciosa carga en el altar de una iglesia, entona de rodillas una antífona en honor de la Cruz.

La relación que se desarrolla en los dos largos tapices no hace más que resumir dos páginas de la *Leyenda Dorada*, en la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz. Estas páginas forman el fin de una leyenda mucho más vasta y más maravillosa, que Jacobus de Veragine refiere á propósito de la Invención de la Cruz, y que se remonta hasta la muerte de Adán. El árbol nacido del retoño—ó de las simientes—del Arbol del mal, que Seth fué á buscar al cielo, para plantarle en la tumba de su padre, atraviesa toda la *Biblia:* en su madero, encontrado en el fondo de la piscina probática, en donde curaba él á los enfermos, fué tallada la Cruz. En tiempos de Salomón, la reina de Saba se arrodilló ante una plancha de esa madera, profetizando como una Sibila; después de la muerte del Redentor, ese mismo leño es llevado á las profundidades de Persia y adorado al lado del dios Chorroes, en un kiosco de *Las mil y una noches.*

La leyenda de la Cruz, adornada con los prestigios del Oriente, ¿es oriental y bizantina? No se sabe. Aparece en Occidente, en el siglo XII, en las compilaciones de Geoffroy de Viterte, de Herrade de Landsborg, de Pedro Comestor y de otros muchos, con la mayor parte de las variantes que Jacobus de

Veragine da á elegir (1). A fines del siglo XIV fué cuando se puso en imágenes, según la *Leyenda Dorada*. Los ocho frescos del coro de Santa Croce en Florencia, que siguen toda la leyenda de la Cruz, desde la muerte de Adán hasta la vuelta de Heraclio á Jerusalén, fueron terminados en 1396 por Agudo Gaddi (2). Piero della Francesca se acordó de ello cuando pintó esta misma leyenda en otra iglesia franciscana, la de Arezzo.

La historia de la Cruz ha sido representada en España, en Valencia, casi el mismo tiempo que en Florencia. Está resumida en seis tablas en un retablo, pintado en 1400, para la Cartuja de Porta Cœli, y que ha sido trasportado al Museo de Valencia. Las tablas están dispuestas, tres por tres, á izquierda y derecha de la Crucifixión. De un lado, la muerte de Adán; la batalla del puente Milrius, en la que la victoria se anuncia á Constantino con la aparición de la Cruz; la Invención de las cruces del Calvario por Santa Elena, con la prueba de la verdadera Cruz, que resucita á una joven. Del otro lado, la historia de la Exaltación de la Cruz: el combate singular de Heraclio con el hijo de Chorroes en el puente de Dambio: Chorroes muerto, según una de las versiones, por su propio hijo Siroes, en el pabellón de oro en donde se hacía adorar al lado de la Cruz; en fin, Heraclio, trayendo la Cruz á Jerusalén, descalzo y en camisa. Las composiciones se parecen, no obstante las diferencias de detalle, á las de Agudo Gaddi; sin embargo, el pintor no era ni un italiano, ni uno de los catalanes y valencianos que imitaron en el siglo XIV la pintura sienesa. La Crucifixión y las tablas pequeñas tienen el estilo y el acento del arte franco-alemán; el pintor era sin duda uno de aquellos artistas del Norte que fueron en tan gran número, á fines del siglo XIV, á las grandes ciudades del reino de Aragón. Su

(1) V. el estudio de Adolfo Musafia, *Sulla leggenda del legno de la croce*. (Siteungsberichte der phirlos, histor. Klasse des K. Abad; Viena, t. 61, 1869, págs. 165-215.

(2) Venturi. *Storia dell'arte italiane*, t. V, págs. 817-828, figs. 656-664.

obra, aunque ejecutada en España, da lugar á creer que la historia de la Cruz fué primeramente representada por los pintores flamencos ó franceses, con arreglo á modelos italianos. Esta leyenda, con sus episodios múltiples y extraordinarios, entró á fines del siglo xv en la imagería popular, por lo menos en Holanda: está detallada en la serie de 64 grabados en madera, que Juan Veldoner publicó en 1483 en Gutenberg (1). En Inglaterra, un pintor de aldea ha representado, en la segunda mitad del mismo siglo, la historia de la Cruz en las paredes de una capilla de la iglesia de Stradford-sur-Avon. Hay que lamentar la desaparición de estos frescos (2), en los que en un tiempo leyó Shakespeare la historia que Calderón había de poner en escena en uno de sus *autos, El árbol del mejor fruto*. En Francia, la historia de la Cruz no parece haber atraído á los pintores sino á principios del siglo xvi; en esa época se encuentra representada diferentes veces en los cristales de Troyes.

Hasta aquí no se había señalado en el arte flamenco del siglo xv ninguna serie de imágenes sacadas de esta leyenda. La que acaba de ser descrita, en los dos tapices de la *Exaltación de la Cruz,* pertenecientes á la Seo de Zaragoza, forma un todo. Nada permite suponer que estos tapices hayan formado parte de una serie más extensa, y que hubiera comprendido la primera parte de la leyenda, desde la muerte de Adán hasta la Invención de la Cruz.

Los dos tapices de Zaragoza, con sus edificios de cartón y su paisaje sin perspectiva, ante el cual desfilan maniquíes magníficos y raramente vestidos, podrían parecer pueriles si se les

(1) Esta serie ha sido reproducida dos veces en *facsímile* en Londres; principalmente por J. P. Berjeau, en 1863; después por J. Ashton, en 1887. Esta última publicación, precedida de un interesante prefacio de Baring Gould, tiene por título: *The legendary history of the Cruso. A series of sixty four evondents fram a sutch book publichedby J. Neldener* A. D. 1483.

(2) Descubiertos en 1804, fueron casi en seguida destruídos; se ha conservado un dibujo de ellos (V. Ashton, obra citada).

pusiera frente á la viril epopeya de Piero della Francesca. Sin embargo, por su riqueza y su confusión misma, crearon tal vez mejor que los frescos esculturales y luminosos, la vegetación tupida de la leyenda y sus escapadas hacia el misterioso Oriente. Falta solamente á los dos tapices, privados de seda y oro, el colorido espléndido y profundo de otros tapices de Zaragoza: la *Historia de Esther* y el tapiz de las naves. El licero no trata de imitar los bellos terciopelos con su lana; multiplica los tonos oscuros y acusa duramente el dibujo. Los dos tapices de la *Historia de la Cruz* no han salido ciertamente del mismo taller, ni del mismo centro de arte que las *Historias de Esther y de Bruto*. Deben ponerse al lado de un tapiz de Zaragoza, menos largo y menos rico, pero que ofrece un gran interés para la historia, porque no es posible atribuirle á una región, sino á una escuela determinada.

*
* *

Este tapiz que, por un azar singular, se encuentra representado por dos ejemplares idénticos y contemporáneos en la colección de la Seo, es la primera pieza de una *Historia de Jefté*, anterior, en más de medio siglo, al tapiz del Pilar, y en el que toda la historia del juez de Israel está recogida en un solo marco de verdura y de flores.

Jefté, cubierto con un sombrero parecido al de Felipe el Bueno, y acompañado por cuatro mujeres, recibe á la embajada de los Galaaditas, que vienen á suplicarle que se ponga á su frente para combatir á los amonitas. Es el templo de Masfat, á cuya puerta esperan unos jinetes, y el caballo del jefe tenido por un escudero; Jefté, de pie cerca del altar, recibe la corona y el cetro. Parece hablar para pronunciar el voto fatal. Al salir del templo, Jefté envía un mensaje de desafío al rey de los amonitas; este mensaje llega á su destino en la parte superior del tapiz. A la derecha, la batalla, crea inexplicable confusión de armaduras y de cascos monstruosos. A la izquier-

da, ante la primera escena, aparece un personaje con una lumbrera: es el doctor imaginario, encargado de mostrar la historia á los espectadores, y al que los grandes tapices de Bruselas llamaron «*l'autheur*»; aquí expone, sobre un pergamino desenrollado, una moral mediana, sacada de las aventuras del héroe que ha pasado de un destierro ignominioso á la más alta fortuna.

El retórico que compuso esta moraleja, con la relación en versos cortos octosílabos, ha hecho gasto de aliteraciones y de rimas «equivocadas»; pero no hablaba el francés de la corte de Borgoña. Se juzgará de esto por el texto que reproduzco, notando hasta las variantes de ortografía sobre los dos ejemplares del tapiz:

Jepté Galad[a] fu moult[b] preubs[c],
Dout ses frères eurent envie,
Et les cachierent (1) hors dentreus[d],
En reprochant de vilonie (2).
Mais les Cours de la Caronie,
Gouverneurs des Galaadiles,
Lont rappellé, pour leur partie
Deffendra vers les Ammoniles.
En Maspha[e], ú temple de Dieu,
Procuist que bien les deffendroit,
Et voa enche propre bier. (3)
A Dieu, se victoire li[f] avoit[g],
De sa main sacrifieroit
Le primier issant sa maison
Vers lui; de che fist fol esploit,
Car ea fille occist sans raison.
Prestement qu'il eubt che ven
Et deux pris domination,
Comme de falaad voy pren

(1) Le Massérrant.
(2) En lui falsant learte de sa uaissance de bâtard.
(3) Et procult que dons ce bien même...

Envoya aux enfans Ammon[h],
Defflandias sans traison (1),
Les assali et vainequi.
Et mist tout à destruction,
Puis revint dont estoi[i] parti.

(Moralité.)

Honteur dorgueul nest pas science (2),
Ou len voit enfin trebudrie (3);
Mas umble cœur et pasience
Sant virtus pour estre exandrie.
Vous ves omme de savandrie (4)
Tuy, hay et dejetté (5)
Souffrir, et puis estre avaudrie (6)
En honneur comme y fut jetté.

a, Galaad; *b*, mout; *c*, preus; *d*, dentreeus; *e*, Masphat; *f*, Il; *g*, havoit; *h*, de Ammon; *i*, estoit.

Este dialecto silvante está muy cerca del picardo. De desear es que un filólogo determine, con un estudio crítico, la procedencia exacta del texto tejido y, al mismo tiempo, el del tapiz: Arras ó Tournai. Entonces conoceremos la patria de todo un grupo de tapices, al que va unido manifiestamente la *Historia de Jefté*, conservada en la Seo de Zaragoza. Son series de tapices con incripciones latinas ó francesas, ejecutados entre 1465 y 1475 aproximadamente, y que han sido ya atribuídos más de una vez, sin razones perentorias, á Arras, á Tournai ó, cuando menos, á la Francia del Norte; la famosa *Historia de Clodoveo*, que está expuesta con la catedral de

(1) Défiés selun les régles.
(2) Hanteur d'orgueil n'est pas science.
(3) Ou la voit tomber de son haut.
(4) Ciencia (Science).
(5) Desterrado (Exile).
(6) Adelantado (avancé) sus honores.

Reims, y que figuró en la boda de Carlos el Temerario con Margarita de York—tal vez al lado de la *Historia de Esther* que está en Zaragoza;—la *Historia de Julio César*, hoy en el Museo de Berna, y que fué tomada en el castillo de Illens (1), cerca de Friburgo, durante la guerra borguiñona; la *Historia de la Destrucción de Troya*, cuyas piezas más completas se encuentran en Zamora, y de cuya serie se han tejido varios ejemplares con arreglo á los dibujos que se pueden ver en el Museo del Louvre (2).

* * *

La Exposición de Zaragoza aporta una contribución importante al conocimiento de los tapices flamencos ó franceses de mediados del siglo xv; ha revelado también un tapiz más antiguo y más raro que todos los que acabamos de mencionar. Es uno de los dos que forman una serie de la Pasión, pertenecientes á la Seo, y que estuvieron en la Exposición de Madrid de 1892. El catálogo atribuía los cartones de estos tapices á la escuela de Giotto. Es chocante que obras de esta importancia no llamaran en Madrid la atención de ningún erudito.

De estos dos tapices, el que yo he podido estudiar en Zaragoza, y que es el segundo de la serie (3), tiene el aspecto de un gran paisaje, en el que las rocas, los árboles y las florecillas están imitados con el mismo cuidado de realismo y la misma inexperiencia, mientras que los edificios no son sino muros y torres de cartón. Este paisaje pueril está poblado de numerosos personajes distribuídos en grupos pequeños, cada uno de los cuales representa una escena de la Pasión, desde la Cruz á cues-

(1) El señor de Illens era Guillermo de Montreval, chambelán y consejero de Carlos el Temerario. V. Jacob Stammler, *Das Paramentenschatz sin Historischen Museum zu Bern in evolr und Bild*. Berna, 1895.

(2) V. el estudio tan completo de M. Jean Guiffrey en la *Revue de l'Art ancien et moderne*, 1890, t. I., pág. 205 y 503.

(3) Ancho: 8 metros.

tas hasta el *Noli me tangere*. Los colores de los paños son tan vivos como los de la decoración; al lado del verde dominan el rojo carmín y el azul de Ultramar. Algunos de los rostros tienen la finura de los tipos sieneses, que fueron imitados en el siglo XIV en toda la Europa occidental; otros están acentuados á manera de caricatura, con largas y gruesas narices.

Es el colorido y el dibujo de las miniaturas que fueron pintadas en Francia por flamencos y holandeses en tiempos de Carlos VI y de Juan, duque de Berry. La *Pasión* de Zaragoza, ¿fué tejida á fines del siglo XV ó á principios del XVI? ¿En París, en donde los sucesores del tapicero Nicolás Bataille continuaban siendo acreditados por los príncipes, ó en la Francia del Norte, en donde aumentaba la fama de Tournai y de Arras?

Lo cierto es que el cartón de la *Pasión*, de Zaragoza, fué conocido á mediados del siglo XV, en un taller flamenco ó franco-flamenco. Se le encuentra transportado, con el arreglo de sus principales grupos y sus detalles más aparentes, á una gran tapicería del Museo de Artes Decorativas de Bruselas, y muy cerca, por el estilo, de la *Historia de Clodoveo,* aunque un poco más arcaica.

Las modificaciones aportadas en la representación de la *Pasión*, de un cartón á otro, son tanto más notables, cuanto más directo es el parentesco de estos cartones. En el más reciente de los dos tapices, el de Bruselas, el «panorama de la historia evangélica ha perdido la mitad de su cielo; el paisaje desaparece bajo la multitud de personajes que se han duplicado. Sus trajes, y hasta la túnica de la Virgen se han cargado de grandes adornos de brocados; las armaduras han tomado formas fantásticas. Incluso la iconografía, ha evolucionado. El pintor que dió el modelo del tapiz de Bruselas suprimió uno de los motivos más italianos del tapiz de Zaragoza: el ángel y el diablo que se llevan volando las almas de los dos ladrones. Ha quitado toda importancia á la antigua imagen bizantina del descenso á los Limbos, que, en el primer cartón, era la única que recordaba la Resurrección de Cristo, como en el

«Paramento de Narbona», en donde figura el retrato de Carlos V (1). En el tapiz de Bruselas, la puerta del Infierno no aparece sino en el fondo, con las hojas cerradas; el Cristo se dirige hacia sus almenas humeantes. En primer termino, la Resurrección misma está representada materialmente: se ve á Cristo salir del sepulcro entre los hombres de armas, que se apartan á su paso, embarazados con sus arneses.

Las diferencias en la riqueza del dibujo y en la elección de las escenas son bastante profundas, para que se deba dejar entre las dos *Crucifixiones*, de Zaragoza y de Bruselas, un intervalo bastante largo. Para fijar una fecha á los antiguos tapices de la *Pasión,* uno de los cuales ha podido ser estudiado aquí, no habría que contentarse con una comparación con imágenes de libros de Horas; á fines de la Edad Media, el arte monumental se halla á menudo retrasado respecto á las artes pequeñas y preciosas, y la tapicería respecto á la miniatura. Felizmente, los dos tapices de Zaragoza pueden ser comparados con una serie exactamente fecunda; todos los detalles característicos de la *Pasión;* tipos medio italianos y perfiles grotescos, trajes de anchas mangas y bonetes extravagantes, árboles y florecillas. Las formas mismas de las arquitecturas y el dibujo de los desnudos se encuentran en los tapices de la catedral de Tournai, la *Historia de San Piat y de San Eleuterio,* que fué hecha en Arras por Pierot Feré en 1402 (2). Tal vez, los dos tapices de Zaragoza son de un dibujo más elegante y más suelto. Los tapices á los que más exactamente se parece la *Pasión* de la Seo por el estilo y el color, son tapices profanos; los de la colección Emile Peiret, que pertenecen al Museo de Artes Decorativas de París. De estos paisajes, por los que discurren damas y caballeros, no quedan más que pedazos, mejor ó peor remendados; los dos tapices de la *Pasión,* de 8 metros de largo,

(1) *Gazette des Beaux-Arts*, 1904, t. I, págs. 9, 11 y 13.

(2) Eug. Soil: *Tapisseries du XV siècle, conservées à la cathédrale de Tournay*; Tournay-Lille, 1882, 14 pl. — Jules Guiffrey: *Gostoire de la tapisserie,* págs. 61-64.

están intactos. Si no se puede fijar exactamente su procedencia, su fecha aproximada no es dudosa. Que sean de Arras, de Turnai ó de París, colócanse en la historia casi inmediatamente después de la famosa *Apocalipsis*, de Angers (1), y representan brillantemente el arte franco-flamenco de tiempos de Carlos VI.

EMILIO BERTAUX

(1) Hay que poner entre el *Apocalipsis*, de Angers, y la *Pasión*, de Zaragoza, el amplio tapiz de la *Cena*, conservado en la catedral de Tortosa, y cuya publicación sería de gran interés.

RECUERDOS

Me precipité en mi última crónica desde las mayores alturas á los niveles más modestos. Desde la candidatura alemana, el conflicto entre Francia y Prusia, la guerra formidable entre el Imperio francés de Napoleón III, por una parte, y los Estados alemanes, por otra, salvo el Imperio austriaco, desde aquella serie de tragedias en que se derrumban imperios y se crean imperios, hasta mis modestas aficiones por la equitación.

Y si aquella crónica hubiera continuado, no se libra el lector de que yo le relatase con toda minuciosidad mi gran proeza, de ir á caballo de Villalba á La Granja, y siempre al trote, porque ésta era la condición que me había impuesto D. Nicolás María Rivero, en dos horas á lo más.

Gané la apuesta, y entré triunfante, cubierto de laureles imaginarios y de polvo real y efectivo, en La Granja, con un postillón maltrecho, al que vencí en resistencia en el plazo improrrogable de las dos horas.

Y no hay que decir si gocé viéndole al pobre hombre, que ningún mal me había hecho, cubierto de sudor y abrumado de fatiga.

Así es la naturaleza humana; la vanidad más estúpida jamás cuenta con el sufrimiento de los demás seres humanos, como le sirvan para subirse á un pedestal, siquiera el pedestal sea, como fué en aquel caso, una silla inglesa sobre los lomos

de un caballo de Aranjuez, de raza árabe ó de raza inglesa, que esto no lo sé á punto fijo.

Pero como temo que el lector proteste, renuncio, á pesar de las tentaciones que me asaltan, á dar cuenta exacta de mi triunfo ecuestre, y paso á relatar sucesos de más importancia.

Paso de la candidatura alemana á la candidatura de don Amadeo.

Pormenores, no los recuerdo; mas para que no decaiga el relato, salto de cumbre á cumbre, de una candidatura real á otra candidatura real; de la casa Hoenzhollern á la casa de Saboya.

Sin duda, el problema estaba maduro, porque D. Juan Prim no encontró grandes dificultades para que aceptase el de Italia el ofrecimiento del Gobierno español.

En el período que media desde el ofrecimiento á la llegada de D. Amadeo á Cartagena, sólo hay un acontecimiento de importancia; y al decir de importancia, no empleo la palabra propia; mejor dijera trascendental y trágico.

Este tristísimo y funesto acontecimiento está tocando casi, como luego diré, á la llegada de D. Amadeo á España.

Los demás sucesos son en corto número, y he de referirlos á paso de carga.

***

El primero fué la elección del rey, en plenas Cortes Constituyentes, convertidas en un verdadero volcán.

D. Manuel Ruiz Zorrilla presidía, campanilla en mano, porque durante la votación, la Asamblea era un verdadero infierno.

Los republicanos federales protestaban en masa; la votación no se oía; los furores de la minoría republicana se mezclaban á los apóstrofes de la mayoría monárquica.

D. Manuel Ruiz Zorrilla, con su brazo formidable, más que golpear, machacaba con la campanilla la mesa de la presidencia.

Y una campanilla saltaba en pedazos, y empuñaba otra que tenía el mismo fin, y voces, y gritos, y apóstrofes, y el rugido formidable de Zorrilla, de cuando en cuando, y por algún resquicio de aquella nube tempestuosa, la voz del diputado que votaba.

Los republicanos no conseguían interrumpir la votación: la votación continuaba, lenta, pero vencedora.

Y así una hora tras otra hora.

Y como todo acaba en este mundo, las convulsiones geológicas, por formidables que sean; los volcanes, por mucha lava que vomiten y muchos penachos que inflamen; las batallas, así sean las de Moscowa ó las de Waterlóo, y los escándalos parlamentarios, por fuertes que sean los pulmones de los diputados, llegó un momento en que terminó la votación, y quedó elegido D. Amadeo de Saboya rey de España por la Constituyente de 1869.

Y se nombró una comisión que fuese á buscarle; y antes de salir la comisión de España, ya resonaron dos notas desagradables, mejor dicho, tres.

Fué la primera, que al llegar la comisión á Cartagena, se negó el Ayuntamiento á salir á recibirla, negándole respetos y honores, y aun todo acto de cortesía.

Por de contado, que el Ayuntamiento era federal; que ya en Cartagena por entonces, la federal, mejor dicho, la cantonal, se agitaba y era dueña de la población.

Claro es, que al Ayuntamiento se le suspendió, se le formó expediente y aun creo que causa por desacato, y sin Ayuntamiento se quedó Cartagena; situación tristísima de que yo recogí las consecuencias poco tiempo después, como he de referir más adelante.

La segunda nota fué un brindis de Zorrilla, en un banquete que dieron á la comisión parlamentaria, á bordo, si no recuerdo mal, de la fragata *Zaragoza*.

El brindis tuvo gran resonancia: primero, por ser de Zorrilla, una de las primeras figuras en aquel período político;

en segundo lugar, por tratarse del Presidente de la Cámara; en tercer lugar, por el carácter de que iba investido D. Manuel; nada menos que presidente de la comisión que marchaba á ofrecer la corona de España á D. Amadeo de Saboya.

¿Fué el brindis lo que se dijo? ¿Ó los enemigos de la situación lo transformaron, aguzaron y envenenaron en la prensa á fuerza de malévolos comentarios?

Yo no lo sé, porque el brindis no pude oirle, toda vez que no estuve en Cartagena.

Pero corrió, como cosa segura, que fué un ataque durísimo, no contra D. Juan Prim, al que siempre mostró mucho respepeto Zorrilla, pero sí contra la gente que á Prim rodeaba y contra algunos otros.

Habló, ó dicen que habló, *de puntos negros* que giraban alrededor del ilustre caudillo, y la frase circuló, y el discurso tuvo ya su nombre: se le llamó el brindis de los puntos negros.

Lo que sí creo seguro, es que el brindis, ó los comentarios, ó la resonancia que tuvo, ó el partido que de él sacaron sus enemigos, le causó á D. Juan una verdadera molestia, una contrariedad que difícilmente disimulaba cuando oía hablar del banquete de la fragata.

¡Quién sabe! Acaso eran chispazos que anunciaban fuegos mayores para el porvenir.

* * *

El segundo suceso á que antes me refería me tocó de cerca, porque yo seguía en el ministerio de Fomento.

La causa fué la elección de D. Amadeo. Y el suceso en sí, una gran agitación en la Universidad, y una serie de escándalos y motines en los días que siguieron á la elección del nuevo rey.

¿Por qué tendrá todo el mundo afán en molestar á los ministros que están á su alcance, cuando los ministros no quie-

ren meterse con nadie, y sólo piden una cosa á que tienen derecho todos los ciudadanos, á saber: que les dejen en paz?

Pues no, señor; nadie ha de estar en paz.

Los republicanos hicieron grandes trabajos, excitando á los estudiantes para que protestasen, ante todo, del nombramiento de un rey, y además, del nombramiento de un rey extranjero.

Y no hay que decir si la masa escolar es inflamable de suyo.

Sus iras se desataron contra unos cuantos profesores; si no recuerdo mal, contra Moreno Nieto, porque no era republicano, y sobre todo, contra D. Pedro Mata, que suponían que lo había sido, y que, cediendo á la influencia y á la amistad de D. Juan Prim, había votado la candidatura de D. Amadeo de Saboya.

Tuvieron la atención de no ir á visitarme, como tenían por costumbre, ni al ministerio de Fomento, ni á mi casa de la calle del Barquillo, de la que el camino les era familiar.

Pero desde lejos, y en la Universidad y sus alrededores, dieron tales escándalos y tan continuados, que yo no tuve más remedio que intervenir, y al fin y al cabo, y aunque á mi modestia le cueste esta declaración, con éxito completo: las algaradas de la clase escolar terminaron, sin que, por fortuna, hubiera que acudir á la fuerza, ni siquiera al más inofensivo consejo de disciplina.

Vamos á ver cómo.

La manera de manifestar los escolares su disgusto, era el más sencillo y el más natural, el que la tradición les inspiraba. No dejar explicar á los profesores en las clases, á fuerza de ruidos y protestas, sobre todo á profesores determinados, y luego seguirles por la calle Ancha de San Bernardo, prolongando por largo espacio la manifestación.

Uno de los profesores á quien en forma tumultuosa manifestaron su desagrado con más violencia, fué á D. Pedro Mata, y fueron sus propios discípulos.

Y sin embargo, D. Pedro Mata había sido profesor predi-

lecto, el más popular, el más querido y el más respetado hasta entonces.

Vinieron á darme noticia de lo ocurrido, al ministerio de Fomento, diciéndome que le había afectado á D. Pedro extraordinariamente el suceso y que estaba en cama, y que se temía que le diese un ataque á la cabeza.

Yo, que era amigo particular de Mata, fuí inmediatamente á su casa, y le encontré en estado tristísimo.

Aquel hombre tan fuerte, tan robusto, el luchador más vigoroso en las discusiones del Ateneo, el de voz vibrante y energía inagotable, estaba rendido y aplanado; apenas sacaba la cabeza de entre las sábanas, y me habló con voz quejumbrosa.

—Querido Echegaray — me dijo casi con lágrimas en la voz,—esto acabó; soy hombre muerto; ¡qué desengaño tan cruel! Yo, que toda mi vida me he sacrificado por mis alumnos; yo, que he sido su constante defensor, ¡sufrir sus denuestos y sus escarnios! Pues ¿no comprenden que soy hombre político; que, como hombre político, cumplo mis deberes, y que era deber mío votar la candidatura que nos presentaba don Juan Prim? ¿No comprenden esto?

—Pero, D. Pedro—le repliqué;—no se afecte usted de ese modo; es un hecho desagradable, ciertamente; pero son cosas de muchachos, á quien unos cuantos han excitado. Ni ha perdido usted su popularidad ni su prestigio; en el fondo le quieren á usted como siempre; hoy le han silbado, pues mañana le aplaudirán, como le han aplaudido tantas veces. Una pasajera nube de verano. Los amigos verdaderos, al día siguiente de reñir son más amigos que nunca.

En fin, yo procuré calmarle con todo el arsenal de vulgaridades y frases hechas que encontré á mano, y después de todo, diciéndole la verdad.

Pero no conseguía mi objeto, ni levantaba su espíritu.

—No puedo, no puedo—repetía; — esto ha sido más fuerte que yo; el desengaño ha sido cruel. Créame usted, Echega-

ray; créame usted; mis ilusiones de toda la vida han muerto.

Y hundía su soberbia cabeza entre las sábanas.

Le anegué con otro chaparrón de consuelos, de fácil acopio, y le dejé, esperando que el tiempo calmara aquella aflicción, que, por tener algo de infantil, en un hombre de su edad y de su experiencia, tenía mucho de conmovedora.

***

Y ya que me he encontrado en el camino de mis recuerdos el de D. Pedro Mata, algo he de decir todavía sobre persona tan simpática, y que fué un buen amigo mío en aquellos tiempos, hoy tan lejanos.

D. Pedro Mata, si mal no recuerdo, era catalán, de constitución robusta, como ya he dicho; muy respetable en su profesión y en su cátedra; autor de una obra de Medicina legal, que por aquellos tiempos era muy alabada por los inteligentes; que yo en esta materia, como en otras muchas, no puedo hablar de ciencia propia.

Además, su cultura era muy extensa; se preciaba de literato y aun de crítico; recuerdo una de sus críticas contra *Jugar con fuego*, en que, recordando que era médico, se indignaba de que Ventura de la Vega hubiera sacado á escena los locos para hacerles cantar el coro más aplaudido de aquella primorosa zarzuela.

La verdad es que nunca fué muy amigo de D. Ventura de la Vega, á pesar de haber sido vecinos; quizá por serlo.

Durante una temporada vivieron en el mismo piso, frente á frente, podemos decir.

Y cuentan que cuando Ventura de la Vega fué nombrado profesor de la reina Isabel, entre las muchas personas que acudían á visitarle, algunas se equivocaban de puerta, y todo el día estaba resonando la campanilla en la habitación de don Pedro Mata, con lo que el ilustre profesor de Medicina legal montó en cólera, y puso un cartelón con esta advertencia:

«El Excmo. Sr. D. Ventura de la Vega, profesor de la reina Isabel II, no vive en este cuarto, sino en el cuarto de enfrente.» Y agregan que el célebre autor de *El hombre de mundo* tomó desquite, haciendo que circulase entre sus amigos y en los saloncillos de los teatros, esta picante redondilla:

Cierto médico poeta
que vive en mi vecindad,
al pie de cada receta
Mata dice, y es verdad.

En fin, que no era grande la simpatía entre aquellos dos hombres, respetables cada uno en su tanto y en su esfera.

D. Pedro Mata había sido siempre progresista, y de los más ardientes, y gran amigo de D. Juan Prim por ideas, y aun creo que por paisanaje.

Era uno de los oradores más ardientes, más infatigables y más aplaudidos en las discusiones del Ateneo.

En ellas era infatigable; yo le he oído, no una, sino muchas veces, discursos de dos y tres horas, y al concluir estaba tan tranquilo y tan dueño de sí como al empezar.

Su voz era poderosa; su facilidad de palabra, grandísima; su dicción, correcta.

Era hombre de lógica, y llevaba á estas discusiones sociales y políticas algo de su carácter de profesor y de hombre de ciencia.

Violento siempre, pero siempre cortés, le gustaban frases como ésta, de pura literatura progresista:

«Yo, contendiendo con S. S., al fin caeré vencido, no por culpa de mis ideas, sino por deficiencias de mi oratoria; pero si caigo vencido ante S. S., caeré vencido á la sobra de laureles.»

Y no se crea que preparaba sus discursos; era verdadero improvisador, y podía estar improvisando una noche entera.

Con los reaccionarios no transigía, y aun extremaba con ellos la parte irónica de su oratoria.

Había un señor, que se llamaba el señor Malo, y siempre que D. Pedro discutía con él, empezaba con voz muy gruesa:

«Nos ha dicho el bueno del señor Malo...»

Juego de palabras que siempre celebrábamos con risas y aplausos.

Bien puede decirse que D. Pedro Mata fué el escudo de muchos profesores en los primeros meses que siguieron á la revolución de Septiembre. Fué escudo inconsciente, dado que los escudos tengan conciencia, y el caso fué el que voy á referir.

En aquellos primeros meses le acosaban á D. Manuel Zorrilla para que purificase el personal de la enseñanza, como entonces se decía, empleando este argumento:

Muchos profesores ocupan sus cátedras por la arbitrariedad, por el favoritismo, por las malas artes de los ministros moderados; pues es preciso que en este período dictatorial los eche á la calle de donde vinieron, y el medio es sencillísimo, toda vez que esos profesores ocupan hoy sus cátedras, no por oposición, sino porque el ministro A ó el ministro B quiso dárselas.

La presión sobre D. Manuel Zorrilla era enorme; pero surgió una dificultad: que D. Pedro Mata tampoco tenía su cátedra por oposición; la tenía por su valer como hombre de ciencia, por sus trabajos científicos, por su notoriedad y por el respeto de todos, pero no por oposición.

¿Y cómo se salvaba esta dificultad? ¿Cómo se le privaba de su cátedra á hombre tan eminente en su ramo, y además, tan revolucionario, y además tan progresista, y además tan amigo de D. Juan Prim?

Hubiera sido un escándalo; por eso digo que á la sombra de D. Pedro Mata se salvaron otros muchos en aquella tempestad que sobre todo el personal de la enseñanza pública se cernía.

* * *

Pero este ha sido un episodio, uno de tantos paréntesis que voy abriendo y cerrando en esta interminable serie de mis recuerdos.

Había dejado, cuando comencé, una á modo de semblanza de D. Pedro Mata; había dejado á todos los estudiantes de Madrid en plena conflagración, y aún mejo · dijera en revolución contra el acuerdo soberano de la Cámara, que eligió rey de España á D. Amadeo de Saboya.

No era un motín; era un movimiento de carácter político en el seno, siempre hirviente ó siempre propenso á la ebullición, de la clase escolar.

No porque todos los estudiantes fueran enemigos de la candidatura triunfante; pero ya que unos gritaban, gritaban todos, porque el grito y la protesta escolar son contagiosos.

Todos los profesores que vinieron á verme, y todos los que no vinieron, y principalmente los de ideas republicanas, convenían en que el movimiento era grave, y la opinión era casi unánime, y hasta compartía esta opinión el director de Instrucción pública, mi amigo particular y correligionario ardiente, y amigo íntimo de Cristino Martos: me refiero á don Manuel Merelo.

Todos convenían, repito, en que no había más medio de contener aquella gran manifestación, que de todo tenía, verdadera ó fingida, pero formidable en la apariencia, que cerrar la Universidad por algún tiempo.

El único que no convenía en ello era yo, que estaba resuelto á no seguir consejo, á mi entender tan peligroso y tan humillante, sino, antes bien, á que la Universidad continuase abierta á todo trance, y fueran las que quisieran las consecuencias.

Claro es que lo más cómodo para mí hubiera sido adoptar tal acuerdo; pero yo, ni en política ni en ninguna parte, no he buscado mi comodidad, sino el cumplimiento de mi deber, dulce ó amargo, amargo casi siempre.

Digo que cerrar la Universidad hubiera sido una humilla-

ción política, toda vez que á la revolución escolar se le daba el sentido de una protesta contra la resolución de las Cortes Constituyentes. La autoridad de la Cámara soberana hubiera quedado por los suelos de la calle Ancha de San Bernardo y de la calle de Atocha.

Hubiera bastado esto para que yo no me resignase á sufrir imposiciones tumultuosas.

Pero había, además, un interés político.

Los tumultos de los estudiantes, que se repetían un día y otro día, no eran espontáneos; estaban provocados artificialmente, precisamente para conseguir que por orden ministerial se cerrase la Universidad de Madrid.

Y luego se hubiera procurado continuar con la misma faena de escándalo y protesta en las demás Universidades de España.

Y luego se hubiera proclamado, en todos los tonos y por todos los periódicos enemigos de la situación, que la elección de D. Amadeo había provocado una protesta unánime en toda la juventud intelectual, hasta tal punto, que el Gobierno se había visto obligado á cerrar todas las Universidades y todos los Centros oficiales de enseñanza.

El telégrafo hubiera transmitido, exagerándolos, todos estos sucesos á Italia, y ya que no hubieran hecho imposible la aceptación de D. Amadeo, hubieran creado dificultades, y hubieran colocado á la Comisión que fué á ofrecer la corona al príncipe italiano en una situación desairadísima.

¿Conque la juventud—les hubieran dicho—protesta contra D. Amadeo?

¿Conque la clase intelectual no le quiere?

¿Conque en España todos los que piensan algo son republicanos?

Poderoso ha debido ser el movimiento de protesta, cuando el Gobierno se ha visto obligado á cerrar todos los establecimientos de enseñanza.

Todo esto lo vi yo claro como la luz. Ni vacilé un momen-

to, ni siquiera consulté mi resolución inquebrantable con el Consejo de Ministros.

La Universidad no se cierra, me dije á mí mismo y dije á todo el mundo.

Y en efecto, la Universidad no se cerró.

Y al cabo de algunos días, las aguas volvieron á su cauce natural, y aquel movimiento, que tenía mucho de artificioso, se calmó, y las clases se abrieron, es decir, continuaron abiertas con toda calma y todo decoro.

Pero la historia de aquellos sucesos, de los que ya nadie se acordaba á los ocho días, y de los que ya nadie se acuerda más que yo, merece contarse, y en el artículo próximo acabaré de contarlo, porque hay en ella notas curiosas y acaso motivos de enseñanza.

Conque dejemos á los estudiantes que se desahoguen, mientras yo me olvido de todo aquello para volver á recordarlo en el mes próximo.

José Echegaray

UN VEREDICTO INJUSTO

(TROENS MAGT)

NOVELA

PRIMERA PARTE

I

Empezaba ya á oscurecer, cuando Knut Norby, en su trineo de un asiento, volvía á su casa, después de haber asistido á una reunión del Consejo de dirección de la escuela. Como el hielo del lago Mjös estaba poco firme desde hacía algunos días, había prometido á su mujer que volvería por la carretera. Pero tenía los nervios irritados, por una serie de contrariedades sufridas en el día, y cuando llegó al pequeño cabo que avanza en el lago, aflojó de repente las riendas y se aventuró por el golfo.

—El hielo ha sostenido á otros—pensó,—y lo mismo ocurrirá conmigo.

El caballo puso las orejas de punta, y empezó á andar tímidamente sobre los hielos; pero Knut le dió un latigazo, y el trineo se puso á dar saltos hasta que llegó á la superficie lisa y llana.

Cuando una contrariedad llega tras otra, parece á veces que se recibe un golpe en sitio donde se tenía ya una herida. Por de pronto, Knut había sido derrotado en un asunto, en la

junta del Consejo, ¡y derrotado por aquel miserable director de la escuela primaria superior! En medio de su contrariedad, su yerno había ido á pedirle un nuevo adelanto á cuenta de la herencia, y esta petición, hecha en tales momentos, le produjo la sensación de una verdadera extorsión de fondos. Y cuando, para colmo, supo, una hora después, que Wangen, el comerciante á quien le tenía puestas dos mil coronas de garantía, había quebrado, la pérdida de esta cantidad se convirtió en una catástrofe que le anudaba la garganta.

—Va á ser preciso, no tardando—pensaba,—que me encargue del sostenimiento de la mitad de mis convecinos; diríase que las gentes no tienen otra idea que despojarme hasta de mi último céntimo.

El caballo era un largo penco negro, de crines ondulantes de color sucio, de un andar danzante. El viejo Knut desaparecía en un saco hecho de piel de oso, con amplio cuello levantado. Y sobre el hielo empezaba á caer la oscuridad, mientras que en torno del lago, sobre el paisaje lívido por la nieve, encendíanse una á una las luces de las granjas.

—¡Y cuando mi mujer lo sepa!—pensaba, entre el tintineo del cascabel y el polvillo de nieve que levantaban los cascos del caballo.

Contra la voluntad de ella, había él firmado un documento de fianza para Wangen. Hacía tres ó cuatro años de esto; la fianza había de servir á Wangen para que un comerciante al por mayor de la capital le abriese crédito. Pero ya en aquella época había prometido á su mujer no volver á ofrecer garantías á nadie. Bastante dinero habían perdido de ese modo. Y ahora...

—¿Cómo diablo pudo pescarme aquel día?—se decía el viejo.

Pero el más listo tiene sus momentos de flaqueza, en que se muestra bueno y servicial. Encontrábanse ambos en Cristianía, y Wangen le había obsequiado con una excelente comida en el Hotel Carl-Johan. A la terminación fué cuando ocurrió la

cosa. Y ahora... ¡la comida le costaba demasiado cara! Y porque Norby temía la vergüenza de confesar á su mujer que no había cumplido su palabra, sentía elevarse en él una cólera creciente contra aquel Wangen á quien debía todas sus contrariedades.

—¡Bien supo ese felón lo que se hacía al invitarme á cenar!

A su pesar, el viejo empezó á recordar toda suerte de malas historias respecto á aquel hombre, porque habría una especie de excusa y de defensa personal en sentir ira contra el otro.

Las sombras de las colinas, cubiertas de pinos, se iban haciendo negras; encendíanse las estrellas, pero al Oeste brillaba una línea rojiza que lanzaba llamas sobre el hielo. Hacía brillar el nikelado del arnés y del trineo; proyectaba, del hombre y del caballo, grandes sombras, que sin cesar corrían al lado de ellos. Sobre la superficie desierta del lago apenas podía percibirse algo que tuviese vida; á lo lejos, un pescador solitario al lado del agujero que había abierto en el lago; á lo lejos, allí donde el rojo espejo se encontraba con las sombras desterradas en las rocas; y cerca del promontorio, un punto pequeño, un hombre que caminaba arrastrando tras él un trineo pequeño.

—Herlufsen de Rud, ese es uno que se va á alegrar.

Norby, por ser un batallador que no guardaba miramientos con los otros, pensaba que las gentes acechaban sus contrariedades para atacarle y abusar de él. Cuando realizaba un buen negocio de maderas, lo primero que se le ocurría, con una especie de bienestar, era: «Van á envidiarme de firme.» Si el negocio le salía mal, no lamentaba su dinero, lo enviaba á todos los diablos; lo que le hacía daño era el decirse: «¡Los otros sí que se van á alegrar esta vez!»

Ahora se encuentra en mitad del hielo, deja el espejo de fuego, se mete por la parte oscura del lago. El caballo oye un cascabel hacia la costa, alza la cabeza sin pararse, relincha.

—¡Si el hielo no resistiese!—piensa el viejo con un estremecimiento.

Su padre, el viejo campesino de cofres llenos de escudos, llevaba una vez una pesada carga de bloques de granito tallados á través del Mjös. Y como el hielo empezara á crujir y á ceder bajo el peso, el viejo pensó que de todas maneras le costaría demasiado descargar uno de los preciosos bloques para aligerar su trineo. Se arrodilló y dirigió á Nuestro Señor esta breve oración: «Si me haces llegar á tierra sano y salvo, daré al pastor, como ofrenda, diez toneles de mi mejor cebada.»

Llegó á la costa; pero cuando estuvo en tierra, dirigió una mirada al hielo, y dijo con una sonrisa:

—¡De buena me he escapado!

Y el pastor no vió nunca la cebada.

El cascabel suena claro y alegre, en notas argentinas, pero el viejo sigue pensando que el hielo ceda.

—Si me hundo—se dice—es tal vez por no haber querido comulgar el domingo.

Al salir, había medio prometido á su mujer pasar por casa del mayordomo para que los inscribiesen para la comunión. Pero á última hora habíase despertado en él un poco de su antigua independencia de espíritu, y pasó sin detenerse por delante de la casa del mayordomo.

—Porque, en fin—se dijo,—esto va contra tu conciencia: tú crees en la comunión, y apenas en la redención de Cristo.

Había dos hombres en el poderoso Knut Norby. En primer lugar, fué un hombre á quien la escuela, la enseñanza del pastor, los viajes, los libros de todo género, habían dado un ideal múltiple y diverso. Después, cuando á la muerte de su padre tuvo que dedicarse á atender á la granja, se había ido haciendo poco á poco como el tipo de su padre. Los campesinos, los gruesos registros llenos de cifras, los profundos bosques, la marcha de los negocios y, sobre todo, el rango que la dinastía de los Norby ocupaba en el lugar, eran como otros tantos estímulos para continuar la tradición paterna. Y á ello había llegado del modo más natural.

A menudo, cuando estaba gestionando la terminación de

un negocio, le parecía de repente que él era su mismo padre. Sin que de ello se diese cuenta, veía con los ojos de aquél, empleaba sus procedimientos, tenía la misma especie de conciencia. Y el otro Knut Norby se ocupaba en leer libros, se apasionaba por la libertad política y religiosa, cuando el primero no tenía nada que hacer.

«De todos modos, hubieras podido hacerte inscribir para esa comunión, pensó cuando vió que todavía estaba lejos de tierra. Es muy bonito todo eso de las ideas y demás; pero no está demostrado que baste cuando nos encontremos cara á cara con Nuestro Señor.»

¡Bah! Todavía era tiempo de prevenir al mayordomo, con tal de que llegase á tierra sano y salvo.

Por fin, ya está en el buen camino, seguro, endurecido por el hielo. Respira, aliviado, y pone el caballo al paso. Pero «Negro» quería llegar á la cuadra, y no tardó en ponerse á trotar. En el bosque, el cascabel sonaba claramente. Los pinos extendían sobre su cabeza las ramas llenas de nieve, y de vez en cuando, un claro en las ramas le mostraba un poco del cielo sembrado de estrellas.

Ahora pasaba por delante de casas en las que había luz en sus ventanas. La mayor de estas casas, allí, en la colina, era la de Rud, que los enemigos de Norby aseguraban que era más importante que la de éste.

Allí era donde vivía su principal adversario, el poderoso Mads Herlufsen.

Desde el salón de su casa, Norby veía aquella casa. Y, poco á poco, ocurrió que no podía pensar en Herlufsen sin ver al mismo tiempo las dependencias de la casa, el bosque que la rodeaba y la montaña del fondo. Mads Herlufsen era la eterna pesadilla de Norby.

«¿Y cuando sepa esta historia? ¡Ah! se pondrá bien contento.»

Y he aquí que volvían ahora los disgustos que habían desaparecido cuando se vió en peligro de una muerte posible, en

el lago, en medio del hielo. Se acordó de haber visto á Wangen varias veces borracho en Cristianía.

—¡Cómo consentí en ayudar á ese hombre?

Por fin tomó por un camino, en cuyo extremo se veía, recostándose sobre los altos boscajes, la sombría masa de los edificios de Norby. En el cuerpo principal de la finca no había más que dos ó tres ventanas iluminadas. Un perrazo negro se precipitó hacia él, ladrando alegremente, alzándose sobre sus patas traseras ante el caballo, queriendo morderle. El mozo de cuadra se presentó con una linterna en la mano. Cogió el caballo por el hocico, mientras que Norby, entumecido de haber estado sentado tanto tiempo, se levantaba con trabajo y salía del trineo. Por el patio principal de la casa, tres de cuyos lados cerraban las cuadras y los establos, corrían regueros de luz por la nieve, procedentes de los reflejos de linternas paseadas por el exterior y por detrás de los cristales. A la izquierda de la granja había una casita separada de las demás construcciones. Habitábanla los retirados, viejos servidores que ya no podían trabajar, y á quienes Norby no quería dejar á cargo del Municipio.

—Pon una manta á «Negro»... Y ten cuidado de no darle de beber en seguida—dijo Norby al mozo.

Después, con el látigo en la mano, subió la escalerilla de piedra, sacudiéndose las botas, seguido por el perro.

II

Marit Norby era orgullosa con las mujeres de los campesinos, porque las miraba de arriba á abajo; con las mujeres de las «autoridades», porque temía que hiciesen lo mismo con ella.

—Nosotras, las gentes del campo—decía á su marido,—no sabemos nada de nada.

Y sonreía á su manera.

—Vuelves tarde—dijo cuando Kunt entró en la habitación.

Estaba sentada haciendo media en el cuartito que separaba la cocina de las dos grandes habitaciones. Llevaba una cofia, como la mujer del pastor, sobre sus cabellos de un gris de plata. En su bello rostro, de facciones finas, la boca era dura y la barbilla prominente.

—Las cosas han ido mal en el Consejo de la escuela—dijo Kunt.

Permanecía en pie, y se frotaba las manos ante la estufa.

—¿Cómo ha salido?—preguntó ella.

Aludía á la proposición que su marido había llevado al Consejo.

—Se aguó, como es natural — dijo Norby, volviéndose de espaldas á la estufa.

Creyó observar una mirada irónica en su mujer, y sintió una sorda cólera. Ya bastaba con lo que los extraños le habían atormentado en aquel día, sin necesidad de que los de casa tomasen parte... Ella le compadecería.—¿Y qué será cuando sepa la historia de Wangen?

—Sí, me parece que siempre te haces derrotar, Kunt—dijo ella, metiéndose entre el pelo una de las agujas de hacer media.

—¿Siempre? ¡Ah, eso no!

Ella conocía aquella voz; hábilmente desvió la conversación.

—Sí—dijo, sacando la aguja para reanudar la labor;—tú siempre eres demasiado bueno. Las gentes que no tienen nada, las que no pagan un céntimo de contribución, son las que nos dirigen y nos dan órdenes; á nosotros no nos queda más que descubrirnos y pagar.

Esto era un poco de bálsamo para el amor propio de Norby; su mujer se servía precisamente de una de las proverbiales frases que él mismo gustaba de emplear.

—¿Sabrás lo que le ha sucedido á Wangen?—dijo ella con una sonrisa forzada, y sin alzar la vista de la labor.

«El diablo me lleve, lo sabe todo», pensó el viejo.

Permanecía en pie ante la estufa con las manos en la es-

palda. Era calvo, con barba negra, de amplio pecho y prominente vientre, oprimidos por su americana de paño azul; su gruesa cabeza se inclinaba, cansada, sobre su pecho. La miró de soslayo disimuladamente, porque no se sentía en condiciones aquella noche de tener una explicación de cierta importancia. Había estado al exterior, al frío, durante muchas horas, y allí hacía calor; así es que el cansancio y el sueño se iban apoderando de él por momentos.

—Sí, me lo han dicho—contestó bostezando.—¿Quién hubiera pensado semejante cosa?

Ella se rió despreciativamente.

—Me parece—dijo—que lo has predicho diferentes veces en estos últimos tiempos; pero puedes estar satisfecho de no haber tenido negocios con él.

«No sabe nada», pensó Norby, con cierto alivio.

—Sí—contestó con un gemido confuso.

Y sus ojos empezaron á cerrarse. Decididamente no podía meterse aquella noche en historias de comunión ó en aquel asunto de Wangen.

En aquel momento oyó voces, bien conocidas en la habitación de al lado. Era una buena ocasión para escapar. Cuando entró en el cuarto, su nuera, sentada junto á un barreño de agua humeante, en medio de la estancia, estaba desnudando á su pequeñuelo, un niño de dos años, para bañarle.

El viejo se paró cerca de la puerta; su rostro, cansado, se animó de repente, tomó una expresión misteriosa.

—¿Quién es ese?—preguntó la mamá, que era joven y rubia, dirigiéndose al niño.

El pequeño miró á su abuelo, con sus ojazos redondos, y se puso á sonreir algo perplejo. En cuanto le quitaron la camisa, forcejeó para bajarse al suelo y correr á Norby. Pero, una vez en el suelo y libre, descubrió que estaba completamente desnudo, y esto le interesó aún más que su abuelo. Su cuerpecito delicado empezó á contonearse por el piso; se tumbó boca abajo y se echó á reir. Después se miró los botoncitos de sus pe-

chos, trató de alcanzarlos con el dedo, quiso escapar de nuevo de manos de su madre, que trataba de atraparle, y lanzó una carcajada triunfante cuando lo consiguió. El viejo tuvo que sentarse de tanto como se reía.

—Bueno, pues yo pediré al abuelo lo que traiga — dijo la madre.

Entonces corrió el pequeño. En un abrir y cerrar de ojos se subió á las rodillas del abuelo y empezó á registrarle todos los bolsillos, hasta que encontró un paquete de bombones.

El pequeño se llamaba Kunt también. Su padre, el hijo mayor de Norby, antes del nacimiento del niño, se mató al caerse del coche, una noche que estaba borracho, al volver de la feria de Sillehammer. A partir de aquel momento, el viejo tomó horror al aguardiente.

De pronto volvió su preocupación en aumento hasta convertirse en una verdadera ansiedad. Precisamente porque el viejo estaba cansado y quería la paz en su casa, aquella próxima explicación con su mujer le parecía dos veces penosa. Acostumbraba, junto á su nieto, á convertirse en un niño también él, pero aquella noche no podía dejar de pensar en Wangen, y aquello le irritaba. Mientras que estaba allí sentado sonriendo al pequeño, dirigía miradas de soslayo, como diciendo: «¿Pero ni siquiera aquí me puedes dejar en paz?»

Le parecía que Wangen se había metido en lo más profundo de su santuario familiar, y el viejo tenía deseos de ponerle en la puerta. Cada vez más sentíase enemigo de aquel hombre que introducía la discordia en su casa y que era el causante de que él, Norby, hubiera cometido con su mujer una ligera superchería que iba á ser descubierta.

—Vamos, ahora hay que bañarse—dijo la nuera, apoderándose del pequeño, que se resistía con todas sus fuerzas.

Y mientras que el niño forcejeaba y chillaba en el agua bajo las manos de su madre, el viejo, como de costumbre, reía, reía y lloraba á fuerza de reir. Pero al mismo tiempo seguía pensando en Wangen. Se acordaba de que en el último

otoño aquel hombre había establecido en su casa la jornada de ocho horas. ¡Valiente imbécil! ¡Prometía ser cómodo en lo futuro el oficio de labrador, si aquellas invenciones absurdas se propagaban y hacían más difíciles aún las condiciones del trabajo! ¿Era asombroso que semejantes personas quebrasen? Pero no hay cuidado de que se vaya á hablar de semejantes proyectos cuando se trataba de obtener fianzas.

Y de repente, el viejo se puso á patear de furor, yendo de un lado para otro por la habitación.

—¿No nos va á dar las buenas noches el abuelo? — dijo la joven cuando el viejo puso mano en el picaporte como para entrar en el otro cuarto.

El viejo se dominó. Ya el pequeño estaba vestido y le tendía los brazos...

En la habitación pequeña, entre las dos grandes y la cocina, hallábase reunida para la cena toda la familia. Desde que se había construído el nuevo cuerpo del edificio, los dueños no sabían ya literalmente en dónde estar; en aquellas vastas salas, amuebladas con gran coste, nadie estaba á gusto, y allí, en aquel local exiguo, estaban muy estrechos. La lámpara, adornada con chupadores de cristal, iluminaba el servicio de té y el mantel blanco. Sobre el antiguo aparador relucía una gran tetera de cobre. Eran cinco á la mesa. Las dos hijas, Ingeborg y Laura, que se sentaban á ambos lados del padre; frente á él, Marit, con su cadena de plata al cuello y el rostro grave, y á su lado la nuera.

Todavía le quedaba á Norby un hijo, pero estaba estudiando filología en Cristianía.

—Sácame esta noche el traje de campo—dijo el padre á Ingeborg.—Mañana tengo que ir á ver á los leñadores.

Ingeborg era el genio bueno de la casa. Desde que su novio, un médico joven, fué encontrado muerto una mañana, tres días antes de la fecha fijada para la boda, no le había sido posible volver á ser por completo ella misma. Aunque no tenía más de veinticinco años, el pelo estaba gris, el rostro

marchito, la mirada era vaga y medrosa. Tenía miedo al pensar lo que sería de ella, una vez muertos sus padres. Y para evitar todo mal pensamiento sobre lo futuro, procuraba estar siempre trabajando; era la primera en levantarse; se pasaba el tiempo en la cocina hojeando el libro de recetas, derramaba lágrimas de desesperación cuando se olvidaba de algo, y se sentía, á pesar de todo, perfectamente inútil en la casa.

—¡Es así como se está en la mesa en tu colegio?—dijo la madre á la joven Laura, dirigiéndole una mirada de reprensión.

Laurita se desconcertó un poco, é hizo un ademán para separarse de su cara, un tanto roja, uno de los rizos de su cabeza. Pero en seguida recobró el aplomo. Estaba interna en un colegio de Cristianía, y no cesaba de contar historias sobre la vieja profesora, que iba siempre de un lado para otro con una tabaquera entre sus dedos negros de tinta.

Laura la imitaba:

—Queridas señoritas, sean ustedes buenas, yo lo ruego; no me disgusten.

Después, haciendo un gesto de lo más cómico, imitaba á alguien que se disponía á tomar un polvo de rapé. La nuera se echó á reir, mostrando que le faltaba un diente. Marit no pudo menos de sonreir, y el viejo mismo miró alegremente á la traviesa.

«Le escribiré mañana, se dijo vaciando su taza. Después de todo, estoy seguro de que no fueron más que dos mil coronas, ó me engaño mucho...»

Cuando por fin se metió en la cama, en la alcoba del segundo piso, apagó la vela de la mesilla de noche y bostezó con fuerza.

«Fingiré que estoy dormido cuando ella venga. Así me libraré por esta noche de estas historias de comunión y de fianza.»

Desde la cama se puso á mirar á la estufa, en donde lucían rojos los carbones de leña ya medio consumidos. Se abrió la

puerta, y Laurita entró suavemente en el cuarto. Sentóse en el borde de la cama de su padre, le acarició la barba varias veces y le confió al oído que sus cuentas de mes estaban en un desorden desesperante. La madre no las había examinado aún, pero podía pedir el libro mañana mismo.

—¿Pero te crees que vas á hacer de mí lo que te dé la gana siempre que te plazca?—dijo el viejo sin levantar la cabeza de la almohada.

Y como la niña, un poco confusa, retirase su mano, él la cogió y la sintió pequeña y tibia en la suya.

—Bueno, ven mañana á verme á mi despacho — dijo con voz de sueño,—veremos eso...

Laura le acarició la barba otra vez, y apoyó su mejilla en la de su padre; bien sabía que ahora se cubriría su déficit. En cuanto se marchó, la puerta volvió á abrirse, y el viejo se apresuró á cerrar los ojos. Pero era Ingeborg con el traje de campo al brazo.

—Me parece que atraviesa el patio una linterna— dijo el viejo, que veía los reflejos en la cortina.

—Sí, es la vaquera: espera una ternera esta noche.

Pero he aquí que Ingeborg fué á sentarse también en la cama de su padre.

—Quisiera hablarte de una cosa, padre—dijo ella en voz baja.—En el correo, hoy, he oído decir que Basting, el abogado, se jactaba de saber que á ti también te alcanzaría esa quiebra... No me he atrevido á contárselo á mamá antes de haberte hablado.

Pero el viejo se había propuesto tener paz aquella noche, y contestó:

—¡Pobre Basting! Siempre necesita un chisme que contar.

—¿No era verdad? Ya lo pensaba yo—dijo Ingeborg, levantándose.

Y salió suavemente de la habitación, después de haber bajado mejor las cortinas y puesto en la estufa un nuevo leño.

A la mañana siguiente, cuando Norby estaba todavía acostado, le preguntó Marit si había visto al mayordomo. Ante la respuesta negativa, estalló una escena entre ambos. Marit, al salir, amenazó con ir á comulgar ella sola, y dió un portazo.

Permaneció en la cama más tiempo que de costumbre, porque cuando Marit se enfadaba de veras, solía enmudecer como una carpa toda una semana. Y durante esos días había entre ellos como un foso profundo, pues ninguno de los dos quería pasar por la humillación de ser el primero en romper el silencio.

Se levantó por fin, y al salir al patio se le acercó un jornalero con cara de alegría:

—¿Es posible que ese Wangen sea un estafador, como se cuenta?

—Es una cosa muy parecida—dijo Norby, examinando el cielo para ver si el tiempo sería propicio para la excursión al bosque que tenía proyectada.

El jornalero estaba abriendo un camino en la nieve; se apoyó en la palá.

—Sí, hasta dicen que ha falsificado la propia firma de Norby—dijo mirando de reojo al viejo.—Se ha jactado, según se cuenta, de que Norby en persona era su fiador, y hoy las gentes de Norby nos dicen que es una mentira.

«En todo caso, esto no es de la incumbencia de este idiota», pensó el viejo.»

Y se alejó sin contestarle.

Cuando, al poco rato, fué á dar una vuelta á la granja, en donde jornaleros y mozos de labranza se ocupaban en batir el trigo, volvieron á hacerle la misma pregunta respecto á la falsificación de Wangen. Y como el viejo no se dignara tampoco contestar, y se contentase con pasar la mano por el grano, detrás de la máquina, un campesino dijo, rascándose la cabeza:

—Siempre dije que ese hombre acabaría en la cárcel.

Entonces, Norby se puso á reflexionar seriamente.

«Si se sabe que has hecho correr ese rumor, se dijo, Wangen se pondrá bueno contigo, y las gentes se van á divertir en grande.»

Y al disponerse á acabar con todo aquello, diciendo lo que había en el asunto, vió al otro lado de la puerta de la granja al herrero, que se alejaba con el saco al hombro.

—¿Ha estado aquí el herrero?—preguntó.

—Sí, le contestaron algunos, sin dejar de agitar la pala en la semioscuridad.

«Entonces sabe toda la historia, pensó Norby, y hoy se hablará de ella en todo el pueblo. Necesito parar al herrero.»

—¡Pero si debía haber venido á trabajar en los trineos!—dijo el viejo para explicar su brusca salida en persecución del herrero.

Aún no se había abierto camino tras la nevada de la noche, de suerte que era difícil andar, y más difícil todavía correr. Y cuanto más se fatigaba el viejo, tanto más se encolerizaba.

«Heme aquí agitándome como un imbecil, gruñó, y todo por ese pelagatos.»

—¡Eh, eh!—gritó, haciendo signos para llamar.

Pero el saco que el herrero llevaba al hombro no tenía, por desgracia, ni ojos ni oídos, y el viejo tuvo que continuar saltando y sofocándose. Necesitaba que aquella historia concluyese en seguida, ó podía costarle caro.

Por fin, el herrero se ha parado; se ha encontrado con un hombre que, con los patines en los pies, se desliza por el camino. Pero antes de llegar Norby, el hombre de los patines se ha lanzado de nuevo y vuela por las pendientes de las colinas.

—¿Pero qué es lo que he sabido?—dice el herrero, dando dos ó tres pasos hacia Norby.—Ese Wangen ha hecho de las suyas. A mí también me ha robado. He recibido la nota de un saco de harina que pagué al contado.

—¡Es mentira!—dijo Norby, que pensaba en lo de la falsificación.

Estaba allí, jadeante por la carretera.

—¿Mentira?... no, por Dios. Es tan cierto como que estoy aquí—dijo el herrero, que pensaba en la harina.

Pero el viejo se acordó entonces del hombre de los patines.

—¿Le has hablado de Wangen?—preguntó.

—Claro que sí. ¿Por qué no?—contestó el herrero.—¡Ah! vivimos en un tiempo bien sucio.

Norby se volvió, se secó el sudor de la cara, se quitó la gorra y se limpió el cráneo, mirando hacia el de los patines, el cual estaba ya abajo, cerca del lago, á toda velocidad; un polvillo de nieve revoloteaba en torno suyo. Y la noticia corría con él.

Knut Norby le contemplaba, en la absoluta imposibilidad de hacer nada.

«Ya no vale la pena de que me ponga en ridículo á los ojos de este herrero ó de los campesinos, pensó, puesto que el diablo mismo se ha encargado de propagar la cosa. Estoy aviado.»

—¿Me parece que me llamaba usted?—dijo el herrero.—¿Tiene usted algo que decirme?

—¡Sí, tengo algo!—dijo el viejo, poniéndose furioso.—¡Ah! eres una alhaja. Hace meses y meses que me has prometido venir á trabajar en mis trineos, y nada... Eres un cualquier cosa; me debes dinero y no quieres pagarme. Ya veras; voy á formular hoy mismo una queja contra ti.

Y Norby se volvió hacia la granja á pasos rápidos. El herrero se quedó estupefacto, con el saco al hombro, y le miro alejarse, abriendo mucho los ojos.

«Debe de ser esa falsificación lo que está á punto de trastornarle el juicio, pensó.»

Y reanudó la marcha penosamente.

III

Mientras que Norby volvía á su casa, pisando fuertemente te en la nieve, iba como un hombre á quien el viento acaba de arrebatar su sombrero, y no llega á descubrir lo que se ha hecho de ese sombrero. No comprendía cómo había nacido aquel rumor respecto á la falsificación de Wangen; pero sentía al mismo tiempo que en el fondo era culpa suya. Naturalmente, las mujeres eran quienes le habían comprendido mal la víspera, cuando estaba cansado y quería que, ante todo, le dejasen en paz; después, por la cocina, la cosa había llegado á oídos de los jornaleros; y pronto no se hablaría de otra cosa en todas partes, porque la historia lo merecía. ¿Y Wangen? Como es natural, no desperdiciaría aquella ocasión de llevar á Norby á los tribunales.

Asaltóle á Knut cierto deseo de tener un fusil á la mano para disparar sobre el hombre de los patines, que iba á propagar el maldito error. Sin él, de todos modos le hubiera sido preciso á Norby, aunque le costase trabajo, ir á decir á los campesinos:

«Todo lo que se ha dicho respecto á Wagen es una equivocación. Le he dado verdaderamente mi garantía. No ha cometido ninguna falsificación.»

Pero ahora tenía que recorrer todo el lugar, y esta idea le ponía completamente furioso.

Se dirigió á la escalera de la cocina para dar á las mujeres su merecido; pero, en medio del patio, cambió bruscamente de dirección.

«De todos modos, si esto se pone feo, será preciso que asuma la responsabilidad, pensó, puesto que al fin yo soy aquí el amo...»

No fué al bosque aquel día. En cambio fué á la cuadra, y

amenazó al mozo con despedirlo porque un potro estaba mal almohazado. Después se presentó en la granja en el momento mismo en que los trabajadores estaban un instante descansando, y también ellos recibieron lo suyo. Por fin se metió en su despacho, y se puso á escribir cartas conminatorias á la mayor parte de sus deudores.

«Evidentemente, tendré que pagar una multa; hasta será preciso tal vez que tenga que poner una retractación en un periódico, pensaba mientras escribía. He aquí lo que gana uno con ayudar á semejantes individuos. Se pierde la paz del hogar, sin contar el dinero, y, por añadidura, es uno la irrisión de los demás, con detrimento de la propia honra.»

La puerta se abrió, y, con gran asombro de Norby, entró Marit. Debía de haber ocurrido algún acontecimiento extraordinario para que se decidiese ella á romper el silencio. Pero sería demasiado que también ella fuese á atormentarle con la dichosa historia.

Marit permaneció en pie con los brazos colgantes. Sacó la barbilla, y dijo con voz temblona:

—Comprendo perfectamente que quieras ocultarme ese asunto; pero vengo á preguntarte si piensas ir á denunciarle al alcalde.

Knut se levantó de un salto, y se quedó en pie con las manos á la espalda, con las piernas abiertas.

—¿Al alcalde?—dijo, examinando á su mujer á través de los anteojos que se ponía para escribir;—¡jamás!... todavía no estoy loco.

Pero Marit, ya preocupada por la falta de palabra de su marido respecto á lo de la comunión, sospechó si todavía ocurriría algo más; avanzó un paso:

—¿De modo que no quieres?

Su voz temblaba cada vez más.

El viejo comenzó á soplar ruidosamente. Ahora que estaba furioso, el tono de autoridad de su mujer le parecía á la vez cómico y molesto. Jamás se le hubiera ocurrido en aquel mo-

mento ir á confesar una falta á la insolente personilla que estaba allí plantada

—¿Qué vienes á hacer aquí?—dijo, echando la cabeza hacia atrás y mirándola fijamente.

—Es preciso que vayas á buscar al alcalde.

—¡Vete! Quiero que me dejes en paz.

Pero, sin desconcertarse, siguió ella diciendo:

—Sí, se comprende: prefieres pagar y pagar siempre, aun cuando tus hijos se quedaran sin camisa que ponerse. En adelante, todos los canallas podrán servirse de tu nombre. Tú, á dar dinero, ó bien... (y aquí adoptó un tono de gran ironía) tal vez hayas firmado verdaderamente el documento. Todavía vas á ser tú el culpable.

Esta palabra «culpable» sonaba como si Marit le sospechase de asesinato ó robo. A Norby se la subió la sangre á la cabeza; incapaz de pronunciar una palabra, sopló, hizo grandes ademanes con los brazos y echó á su mujer.

Poco después, oyó sonar en el patio la campanilla del trineo, y, al mirar por la ventana, vió que Marit salía. ¡Bueno, Bueno! Ya empezaban también á tomar los caballos de la cuadra sin su permiso.

«Pronto se pondrá los pantalones, pensó.»

Y se puso á pasear, pateando como acostumbraba á hacerlo cuando le sucedía algo dentro.

Al poco rato oyó volver la conocida campanilla. Ni siquiera miró; fué á tumbarse en el sofá de nuevo, y cerró los ojos. No tardaron en oirse pasos en el vestíbulo. Se abre la puerta, es Marit; pero el viejo permanece tumbado y con los ojos cerrados. Mientras se desata las bridas del sombrero, dice ella:

—Eres muy capaz de volverme á echar. Pero puesto que no sirves para defender lo tuyo, preciso es que lo defienda yo. Este asunto no ha de quedar así, tan cierto como que yo soy el ama de esta casa. Vengo de casa del alcalde.

Knut se enderezó lentamente, quitándose el abrigo en que se había envuelto. Miró fijamente á su mujer. Bostezó, y siguió

mirándola. Por fin se pasó una mano por la barba, luego por su calva, y dijo en seguida con su voz habitual, espantosa de calma:

—No es posible. ¿Que vienes de casa del alcalde?

—Exactamente. Cuando no hay hombres en la finca, preciso es que las mujeres vayan al bosque—dijo ella.—Yo no estaba sin un céntimo cuando vine á esta casa, y no convinimos en que tú dejases que se perdiera todo.

Knut palideció, pero dominándose, se pasó otra vez la mano por la cabeza y trató de reir. No podía ella haber tocado á Norby en lugar más sensible; á él, que con su habilidad había poco á poco duplicado casi la fortuna de ambos.

Pero Marit juzgó entonces que era prudente batirse en retirada; retrocedió, cerrando la puerta lentamente, y se fué con paso tranquilo y firme. Knut se sentó y se volvió á pasar dos ó tres veces la mano por el cráneo. Por primera vez en su vida, pensó Norby en correr tras su mujer y darla una paliza. Porque ahora, hiciese lo que hiciera, la paz del hogar estaba en los quintos infiernos.

Se levantó y empezó á pasearse lentamente, con los pulgares en las aberturas del chaleco. De cuando en cuando se paraba, como para preguntarse si todo aquello no era un sueño, del que iba á librarse al despertar. Pero no; allí estaban los edificios de la finca pintados de rojo. Allí, encima de su mesa, colgaba el retrato del gran político Johan Sverdrup, y realmente, era él mismo, Norby, quien estaba en pie, vestido aún con el traje de campo. No, no era una pesadilla; su mujer había ido á casa del alcalde para aquella historia...

Tuvo la sensación de que el piso estaba poco seguro bajo sus pies; su despacho le pareció, de repente, demasiado estrecho, y tuvo que irse al vasto salón de esquina, en donde se puso á pasear con las manos en los bolsillos. Había allí muebles de caoba, grandes espejos dorados y otros muchos esplendores, pero ahora parecíale á Norby que no le pertenecía nada de aquello. Parábase á cada instante, como para decirse:

—¿Pero eres tú, verdaderamente, Norby? ¿Sí ó no?

De pie en la blanca y fría luz que entraba por la ventana, se puso á mirar vagamente al jardín, medio enterrado bajo la nieve. Pero no veía los árboles; veíase á sí mismo bajando la colina, llevado en coche por el alcalde, conducido á la cárcel, por haber formulado una acusación falsa.

De repente, dió media vuelta y se dirigió á la puerta, pero se detuvo con la mano en el picaporte. Sentía la imposibilidad absoluta de ir en busca de su mujer y confesarle la verdad. En primer término, más bien sentía deseos de pegarla, y luego que no sabía cómo tomaría la cosa. Tal vez se limitara á ponerse mala de rabía, al pensar que había ido á ver al alcalde como una imbécil; pero también podía imaginar otros medios de vengarse más desagradables todavía.

Subió la escalera ruidosamente, y entró en su cuarto para mudarse de ropa. Necesitaba ir cuanto antes á ver al alcalde. Pero cuando se quitó los pantalones de campo para ponerse los otros, sus manos se pararon, y respiró con fuerza:

«Todo esto es para reir y llorar. Primeramente, ayudas á ese hombre por bondad; después, pierdes tu dinero; por último, te creas enojos en tu casa; y por si esto no bastara todavía, vas á correr de un lado á otro para ponerte en ridículo. ¡Más aún! Vas á entregar á tu mujer á las risas y á la chacota de todo el pueblo. ¡No; esto es demasiado, decididamente!»

Permaneció sentado con el pantalón nuevo en la mano. El feo retrato que se había trazado de Wangen la víspera, se hizo más repugnante todavía. Porque, en el fondo, todo lo que pasaba era por culpa de Wangen. «Y por ese hombre vas á ir...» El viejo rechazó bruscamente el pantalón que tenía en la mano y se volvió á poner el otro. Aun cuando fuese ahora á retirar la acusación, seguiría siendo responsable de los rumores que corrían. Y en cuanto á ir á casa de Wangen á presentarle excusas, no. ¿Excusas á aquel hombre? ¡Jamás!

No: tenía que haber alguna puerta excusada para salir de aquel asunto. Lo pensaría.

Knut Norby se encontraba de repente caído en una desgracia, cuya falta, después de todo, no le incumbía, pero con cuya responsabilidad debía cargar. Tampoco esta responsabilidad le parecía tan pesada como de ordinario. Todo lo que pasaba en su casa aquel día no era, en el fondo, sino la recompensa que le valía la ayuda prestada á aquel hombre, por pura bondad de alma. En suma: el único culpable era Wangen...

Cuando el viejo, al anochecer, sentado en la habitación pequeña, oyó en el cuarto próximo los gritos del pequeño Knut, se levantó para entrar, como de costumbre, pero se detuvo en la puerta; no le era posible ver hoy á su nieto.

—Tal vez ese Wangen no fué ajeno á la desgracia que mató al padre—se dijo al pensar en el niño.—¿Quién sabe si no fué él quien le arrastró á beber la noche fatal.

En todo caso, Wangen fué á la feria de Sillehammer el día en que ocurrió la desgracia; esto era un hecho cierto.

Pasaron los días. El viejo estaba en ascuas. Pero cada vez que se sentía dispuesto á cambiar de traje para ir á ver al alcalde, se apresuraba, sin darse bien cuenta de ello, á representarse á Wangen en su imaginación, á recordar lo malo que de él se decía, á ponerle en postura ridícula ó fea, á llenarle de defectos repugnantes, y sentía nuevas fuerzas para permanecer inactivo; cada vez más, sentía la imposibilidad de humillarse tan profundamente ante aquel hombre.

¿Y si había pensado bien? ¿Y si Wangen había contribuído á la muerte de su hijo?...

Aunque esta hipótesis pusiera al viejo enfermo de rabia, seguía estando como en ascuas. Cierto era que el testigo del acta, Jorge Haarstad, había muerto. Pero Knut Norby no quería negar su firma. Había que encontrar una salida á toda costa.

IV

Enrique Wangen se apeó del tren de Cristianía, cuyos coches estaban completamente blancos de nieve, y, con una maleta en la mano, se apresuró á adelantarse á las gentes y tomar el camino de su casa. No saludó á nadie. Su quiebra arruinaba á la mitad de la localidad, y sabía que las gentes le seguían con los ojos como á un canalla, al que hubieran deseado moler á golpes.

Era un hombre de unos treinta y cinco años, alto y delgado, con la barba castaña, con facciones finas y frescas. Pero su marcha era la de un viejo. Las humildes gestiones que había hecho, yendo de un rico comerciante de la capital á otro, no habían dado resultado. Y tenía miedo de entrar en su casa, porque era preciso que su mujer supiera hoy al fin toda la verdad.

Wangen era el hijo de un recaudador que se hizo culpable de una malversación de fondos. Había ensayado un poco todos los oficios; era agrónomo cuando se caso con la hija de un labrador muy rico. El padre de la joven, que siempre se había opuesto á aquella boda, concluyó por dar su consentimiento, estipulando, sin embargo, la separación de bienes. Pero cuando Wangen fundó su tejería, no solamente obtuvo la confianza y el dinero de su mujer, sino que su elocuencia y su entusiasmo hicieron también que su suegro, su cuñado y otros muchos le confiaran su dinero. Y ahora...

Cuando llegó al extremo del puente, en donde se agrupaba todo un enjambre de casas obreras en el flanco de la colina, se encontró á un hombre, de silueta arqueada, gabán usado, gorro de piel, con una boca hundida y unos lentes de oro en su roja y prolongada nariz. Wangen se detuvo, abrió la maleta y sacó una botella envuelta en un papel. Era un encargo hecho á la ciudad. El hombre de los lentes sonrió á la botella como á un preciosísimo género, y se la puso bajo el brazo.

—Escucha—dijo con una sonrisa,—tengo que darte una pequeña noticia.

Pero ya Wangen seguía su camino. Pensaba en su mujer, que esperaba el cuarto hijo; ¿podría soportar lo que iba á decirle?

Pero el otro le siguió y le cogió por el brazo:

—No; un minuto; es preciso que te enteres de mi noticia—dijo riendo de una manera bastante malévola.—Entra un instante á probar el género.

—Gracias, otra vez será—dijo Wangen apresurando el paso.

Wangen se había dejado tentar, desgraciadamente, más de una vez por aquel borracho, un antiguo cónsul en Cristianía, al que su familia había puesto en pensión aquí en el campo. Pero hoy había decidido entrar completamente en ayunas en su casa. Sin embargo, el otro continuaba sin soltarle del brazo, y tanto le dijo, que Wangen se dejó por fin llevar á la casa del cónsul.

Cuando entraron en la pequeña habitación, que apestaba á aguardiente y á tabaco, vieron la mezquina figura de un hombre, sentado á lo sastre junto á la ventana, muy ocupado en hacer solitarios. Era un compañero de cartas, un compañero de *grogs*, un viejo abogado, completamente deformado por la gota, que hacía tiempo se había retirado de los negocios. Llamábanle «el ex miembro del próximo gabinete».

—Siéntate—dijo el cónsul.

Pero Wangen se quedó de pie, con la maleta en la mano.

—¿Una partidita?—dijo el hombre de junto á la ventana, con un movimiento de su barba blanca.

—Deja eso—dijo el cónsul, que se ocupaba en poner unos vasos.—Vamos á trincar primeramente un poco de lo fino, de lo mejor.

—Gracias; yo no tomo nada—replicó Wangen.—Pero ¿qué era eso que tenía yo absoluta necesidad de saber?

—Siéntate, hombre—dijo el cónsul.

Miró á su vaso, y añadió con una sonrisita:

—¡Dios mío! Hay que confesar que el mundo es todavía peor de lo que pienso.

Y no era poco decir, porque el cónsul no tenía precisamente la costumbre de juzgar á las gentes con benevolencia.

—¿Qué es lo que pasa?—preguntó Wangen.—¿Ha ocurrido algo á mi mujer, en mi casa?

El cónsul dejó el vaso en la mesa; fijó sus malignos ojuelos en Wangen, y frunció su nariz roja á manera de burla.

—¡Dios mío! ¡Suceden tantas cosas!—dijo.—Veamos, ¿qué dirías tú si yo te preguntase lo que piensas, por ejemplo, del poderoso propietario de Norby?

—¿Lo que pienso de él? No pienso nada absolutamente; bastante tengo con mis asuntos... Pero tengo que irme.

—Espera un poco—dijo el cónsul.—Preciso es que Norby tenga muchas quejas contra ti, porque, hablando claro, quiere meterte en la cárcel por haber falsificado su firma.

El «ministro» alzó los ojos del solitario que estaba haciendo, para ver en la cara de Wangen si debía reirse ó no.

Hubo un silencio, durante el cual el cónsul gozó de la situación, sin dejar de mirar á Wangen al través de sus lentes.

Wangen se echó á reir, é, inconscientemente, extendió la mano para tomar un vaso lleno.

—A tu salud—dijo;—no está mal la broma.

—¿Pero es que no lo crees? Pues es completamente cierto, sin embargo. Pregúntaselo al «ministro».

El «ex miembro del próximo gabinete» hizo con la cabeza un signo afirmativo.

Las miradas de Wangen iban de un lado á otro.

—Pero ¿qué tontería es la que me estáis contando?

Todavía creía en una broma.

—Sí, puedes decirlo—contestó el cónsul con una maligna sonrisa.—Vivimos hoy en un bonito mundo.

—¿Ha ido alguien á atormentar á mi mujer á casa?

La voz de Wangen empezaba á temblar. Palideció de pronto, y quiso coger su maleta.

—Sí, ha recibido una visita—dijo el cónsul, clavando en él sus más pérfidas miradas.

—¿El alcalde?

—Sí.

—¿Por qué... porque yo he cometido una falsificación?

—Precisamente.

El cónsul gozaba de tal manera con la situación, que se olvidó de vaciar su vaso.

Wangen había vaciado el suyo, y lo tendió para que se lo llenasen de nuevo.

—A vuestra salud — dijo en seguida. — Si esa historia es cierta, Norby, así Dios me condene, es quien irá á la cárcel, y no yo.

Después se abotonó el gabán, y salió apresuradamente.

JOHAN BOJER

(Continuará.)

CRONICA LITERARIA

Vendimión, poema por Eduardo Marquina.

Insensiblemente, como se operan estos hechos literarios, apareciendo hoy un libro de poesías, revelándose mañana un nuevo poeta, la lírica castellana ha llegado á alcanzar un estado de florecimiento que no desmerece, por el número ni por la calidad de los poetas, de las más brillantes y luminosas horas que tuvo en el curso de su historia.

Entre los nuevos poetas, Eduardo Marquina no sólo es uno de los más notables, sino uno de los más interesantes; es decir, de los que más convidan al estudio y mayor materia le ofrecen en sus obras. Marquina es uno de los poetas más personales, de los que menos se parecen á otros y menos influídos se muestran por las tendencias dominantes en la poesía contemporánea. No es un modernista ni un clásico. Poeta muy de su tiempo, es moderno, ante todo, en esa facultad de comprender todas las épocas y estilos del arte, que hace de la hora actual una hora sincrética, de múltiples renacimientos, en que toda la historia humana revive á nuestro alrededor sin divorciarnos de lo presente, ofreciéndonos su espectáculo, su emoción, su lejano aroma. Pero con ser moderno, Marquina, no participa de los morbosos extravíos de una gran parte de la lírica contemporánea. La pálida musa del ajenjo, que se complace en cantar degradaciones y sentimientos enfermos, no le ha seducido con la sonrisa canallesca de sus pintados labios. Tampo-

co el preciosismo femenino ó pueril, que se deleita en pinturas de abanico, le ha arrastrado á fáciles imitaciones. Poeta civil, poeta de ideas, poeta también de amor fuerte y honesto, de amor cuyas girnaldas adornan el ara familiar, los acentos de su poesía son robustos y viriles. Su inspiración no es solitaria, ni se encierra en las moradas interiores; se asoma gustosa al espectáculo del mundo, y acompaña con su vibración á las figuras y á las escenas que desfilan por el escenario del drama humano. Acaso esta facultad de comunicarse con el mundo exterior, esta curiosidad de sus fenómenos y este interés efusivo y humano, presta vigor á la poesía de Marquina. Los poetas muy reconcentrados en sí mismos, á fuerza de cultivar su propio yo, llegan á desarrollar una sensibilidad demasiado aguda. De tanto hurgar en el sentimiento, se lo ponen en carne viva, y sólo arrancan de él sensaciones doloridas y enfermas. No conviene que nos encerremos demasiado en nosotros mismos. Acabaríamos por devorarnos, por abrasarnos en nuestro propio fuego.

Esa facultad comunicativa, ese dón de relación de Marquina, le ha permitido llevar á cabo un interesante ensayo poético: el de las *Canciones del momento*, en que ha entregado á la vulgaridad de los grandes públicos de la prensa diaria, un comentario ó una impresión poética de la actualidad. Dentro de la poesía periodística, que no lo es por publicarse en periódicos, lo cual no pasa de ser un accidente, sino por seguir paso á paso el curso de los sucesos públicos é inspirarse en la actualidad, las *Canciones del momento* representan una excepción. Son demasiado aristocráticas, demasiado finas para ese empleo, y es fácil que los copleros y poetas jocosos, que ponen al margen de la actualidad sus estrofas, hayan tenido más lectores y hayan sido mejor comprendidos y más celebrados que Marquina. Hay cierta contradicción entre la naturaleza de la poesía, que parece aspirar á formas de perpetuidad, y la índole del periódico, que es una información y un comentario pasajeros que nacen y mueren cada veinticuatro horas. La rima, como

el mármol y el bronce, parece consagrada á la permanencia, á la duración, y al mismo tiempo requiere un esmero y acabamiento en la ejecución difíciles de conciliar con la rapidez de los escritos periodísticos. Marquina ha vencido estas dificultades. Ha esculpido las figuras que pasan, el tumulto de la calle, las apariciones fugitivas de lo actual, y al hacerlo, ha realizado obra de innovador. Estas *Canciones*, que merecen coleccionarse, han contribuído á popularizarle ó, por lo menos, á difundir su nombre y fama, que no es enteramente lo mismo. Su leyenda dramática *Las hijas del Cid*, evocación romántica del espíritu del Romancero, y su hermoso canto á Espronceda, dado á conocer en una lectura pública en un teatro, también han ayudado á su presente notoriedad. El teatro y el periódico son los vehículos más eficaces de la fama literaria, particularmente en los pueblos donde se lee poco, y el libro tiene un reducido círculo de difusión.

*
* *

En su reciente poema *Vendimión*, acomete y lleva á cabo Marquina una vasta y atrevida empresa poética. Hoy se escriben pocos poemas. Estamos en una época de poesía fragmentaria. Entre cien libros de poesías que se publiquen, apenas se hallará uno que no esté compuesto de composiciones breves. Cooperan á ello muchas causas: la decadencia de los elementos épicos y didácticos; el predominio de lo lírico que se amolda bien al marco reducido de las poesías de corta extensión; la transformación del público, que ha crecido en cantidad y bajado en calidad—hoy hay mucha gente que lee y poca que paladee la lectura;— el ejemplo y el hábito de escribir con brevedad, que ofrece y crea el periodismo, escuela literaria por la cual pasa la mayoría de los escritores de todos los géneros, y, al mismo tiempo, medio de difusión de toda clase de escritos. Escribir un poema cuyos versos se cuenten por millares, ó sumen cuando menos muchas centenas, es empresa á que suelen sentirse poco inclinados los poetas contemporáneos, y sólo por eso

debería excitar nuestra curiosidad la obra de Marquina, bien que encierra elementos más poderosos y positivos de interés.

La índole de este poema también es poco frecuente. *Vendimión* es un poema mítico y filosófico, muy alejado del tono familiar y de la amable ironía de conversación en verso que puso en los más famosos de los suyos Campoamor, y también del matiz legendario é histórico, de claras sonoridades épicas, que encontró tan apropiada vestidura en el verso abundante y majestuoso de Núñez de Arce. En *Vendimión* todo es simbólico, todo tiene un oscuro y profundo sentido que rodea de un velo de misterio las imágenes y nos lleva á una región de nieblas, á una penumbra de santuario, donde no siempre comprendemos bien lo que nos dice esa musa esóterica que habla por alegrías como los oráculos. La voz del poeta semeja á veces la música sacra de un misterio que se está celebrando detrás de una cortina, al través de la cual distinguimos confusamente las figuras del hierofante y de los iniciados. Esta oscuridad del poema *Vendimión* limitará bastante el número de los lectores que aprecien sus bellezas. La claridad es un mérito, relativo, pero generalmente estimado, y el lector que abre un libro de poesías no suele hallarse en un estado de espíritu propicio á la meditación y al recogimiento, ni va á buscar en los versos el rastro de un problema ó una sensación metafísica.

Tiene con todo cierta grandiosidad este misterio que rodea á *Vendimión*. De él se puede decir, sin abusar de este término augusto, que es un poema metafísico, un poema donde mora un sentido que está más allá de lo físico, de la significación directa y corriente de las figuras poéticas que lo pueblan. También, desde otro punto de vista concurrente, podríamos decir que es un poema mítico, un mito moderno, envuelto en bellas estrofas, algo flotante y vago, como suelen ser al nacer los mitos, hasta que las interpretaciones los van alumbrando, y á par que los despojan de su original misterio, los van convirtiendo en una expresión alegórica ó figurada de un principio.

Aunque el encanto de lo misterioso no ha desaparecido

porque vivamos en una época crítica, lógica y razonadora, amiga del análisis, no quisiera yo alejar de *Vendimión* á ningún lector posible con estas indicaciones acerca de la oscuridad del poema de Marquina. Para leerle no es indispensable haber cursado en aulas de Filosofía ni haber vivido en comunicación con los grandes metafísicos. Aparte del sentido esotérico que encierran, las alegorías de este poema tienen belleza propia y comprensible. Hermosas imágenes, expresiones poéticas felices, metros de grave y armoniosa cadencia, pueden deleitar en esta obra hasta al lector que no quiera lanzarse á interpretaciones y se quede un tanto perplejo ante el pensamiento total del poema.

***

Vendimión es el tiempo, considerado como principio destructor.

¡Oh tiempo, Vendimión de todas las vendimias!

El poema es un mito poético de la lucha entre el tiempo y la eterna renovación de la vida, entre la destrucción y la creación. La obra de Marquina no tiene otra unidad que la interna del pensamiento. Exteriormente, sus partes carecen de trabazón; son fases ó aspectos de ese mito del tiempo, y hubieran podido ser más ó ser menos, sin que la traza general del poema se resintiera de ello, dejando ver alguna laguna ó algún añadido. El poema no tiene una arquitectura armónica; no es un edificio fabricado con arreglo á plan y proporciones, sino una agrupación de pequeños edificios, de cantos ó poemas menores, cuyo conjunto compone la obra total. En esto mismo se advierte aquella tendencia á hacer poesía fragmentaria, de que antes hablaba. Pero aunque esto quite armonía al conjunto y nos le presente como una suma de partes, más que como un cuerpo ordenado y simétrico, evita, en cambio, la monotonía de los poemas narrativos de forma historial, que suelen caer en el prosaísmo, ó se hacen á la larga fatigosos, si se mantienen desde el principio al fin sobre el coturno.

Vendimión se compone de un prólogo y seis partes: *Los mitos del Vendimión ético* (Primer mito, «El asno»; segundo mito, «El cisne»; tercer mito, «El águila»); *Vendimión ermitaño* («Libro de horas»); *Vendimión doméstico* (Salmos); *Vendimión hispánico* (Primera parte, «El mendigo»; segunda parte, «El rey»); *Vendimión astral; Vendimión combatido* (Primera parte, «Hércules y Vendimión»; segunda parte, «Vendimión y el Dante»; tercera parte, «Reconciliación suprema»).

Bastan los títulos para que se comprenda lo desordenado, confuso y casi caótico que es el poema, al mismo tiempo que la riqueza y variedad de sus elementos.

Los mitos del Vendimión ético me parece una de las partes del poema más difíciles de entender y de relacionar con el pensamiento general de la obra. Yo la interpreto creyendo que el poeta ha querido representar en esas bestias simbólicas, en la humildad y paciencia del asno, en la altiva pureza del cisne y en la fiera independencia del águila, las virtudes en que la vida debe ejercitarse en su lucha con el tiempo.

En *Vendimión ermitaño*, el tiempo, disfrazado de anacoreta, hace la apología de la muerte, del final reposo. La muerte, tentadora, habla por su boca, ofreciendo sus perspectivas de paz, de fusión en el todo de las cosas.

Morirás.
No temas
que este horrible peso
de tu alforja, oprima
sin cesar tu espalda.
Morirás.
Serán
aire tenue, tenue
tus ojos, tus manos,
tu sangre, tus huesos.
Morirás.
Tendrás
la paz, el olvido,

la calma, el reposo,
la muerte, la muerte.
.....
Morirás.
Irán
dolores, dolores,
por toda la tierra
sin que tú los sientas.
.....
Irás al seno de Dios padre
durmiéndote en su seno.
—Padre ermitaño, no me basta,
sigue, sigue diciendo.
Verás la esencia de las cosas
en su fervor eterno.
—Padre ermitaño, no me basta,
si yo mismo no hiervo.
—Hervirás en la esencia de las cosas,
uno con ellas siendo.
—Padre ermitaño, no me basta
si al cabo yo me pierdo.
—Te perderás, pero serás el todo.
—Padre mío, no quiero.

Esta parte del poema es quizás la más elevada, la de más pronunciado sabor metafísico, y á la vez la que tiene más claro sentido. Es la lucha entre la tendencia mística que invita á sumirse en el Nirvana, á fundirse con el ser universal y el fenómeno individual aferrado á la vida. En el lenguaje de Schopenhauer, la lucha entre la negación y la afirmación de la voluntad de vivir. Este bello trozo de poesía acredita la cultura ó la adivinación filosófica de Marquina, y en él late una grave y profunda inspiración.

Muy bello también, pero con otro género de hermosura, apacible y tranquila, es el *Vendimión doméstico*. Es una poesía nupcial, poesía del amor coronado por la fecundidad, poesía de la vida naciente, de la esposa amada, del hijo, numen

del hogar, del amor, venciendo con sus obras los estragos del tiempo. Tienen estos versos una noble pureza que corresponde á la dignidad de su asunto. Vibra en ellos la intimidad y el fuego del *Cantar de los Cantares*, pero su llama es más suave y más austera; no arden en ella embriagadores perfumes de molicie oriental. El sentimiento que vibra en estas estrofas es el de la paternidad, el espíritu del hogar ario que inspiró las instituciones de la antigua familia india, griega y latina. Yo creo que nuestros remotos antepasados arias hubiesen entendido á un vate que les hablara como Marquina, y hubieran incluído este canto entre sus viejos himnos.

Esta poesía doméstica es como una oración ante el lar familiar; tiene una gravedad religiosa, que evoca los antiguos ritos del hogar. Quizás lo mejor del poema de Marquina, en el sentimiento y en la expresión, es esta poesía del hijo, del amor fecundo. Dice el poeta:

Este que viene, tierno en su armadura
y liviano en sus huesos.
Este, en quien son sustancia y levadura
mis besos y tus besos.
Este de carne en flor y de la vida
balbuciente que late,
sangriento en desnudez, como la herida
de un glorioso combate.
Este es mi casa, al fin, que en el divino
gesto de un sér humano,
viene á poner en medio del camino
mi pendón soberano.
. . . . . .
Porque «de tus entrañas—está escrito—
hacerá el Salvador». Y en cada nueva
creación entrañable, el infinito
prodigio se renueva.
Mira tu casa, en él, sobre tu casa;
mira, en él, á los dos en una hechura;

mira del tiempo que inflexible pasa
puesta á cobijo en él mi levadura.
. . . . . .
«..... hoy llegan á la cumbre, en su abundancia
mujer, nuestros amores.
Que tú eres mi Elegida, y yo te he puesto
en lo mejor de mi jardín florido,
y has dado flor». Y aquel del agrio gesto,
que llamo Vendimión, huye vencido.

Vendimión hispánico se compone de dos partes. La primera, *El mendigo,* se nos presenta bajo la figura alegórica del amor entre un mendigo leproso y la hermosa muchacha Grana, toda salud y belleza. Es un mito algo oscuro, en que acaso el poeta ha querido representar las lacerías de la raza, el espíritu aventurero y el decaimiento místico, vencidos por la triunfal floración de la vida. En la segunda parte, *El Rey*, aparece la lucha entre la tradición histórica, entre todo lo que el tiempo hace viejo y caduco en los pueblos y el anhelo de renovación. El poeta ha elegido, como representaciones de ese espíritu de renovación, al Cid, al Condestable D. Alvaro de Luna y á Padilla, extraña trinidad histórica que, históricamente, pugna con el sentido alegórico que el poema la presta. A mi parecer, la obra de Marquina decae algo en esta parte, como si su inspiración, al descender al campo de los hechos históricos y ponerse más en contacto con nosotros, perdiera parte de su mágico encanto.

En *Vendimión astral* vuelve á elevarse el poema á luminosas alturas. Esta parte es el poema cósmico, la poesía de la creación; el astro solitario, animado por la aparición del amor é invadido por la vida. Si *Vendimión* tuviese una ordenación lógica, ésta hubiera sido su primera parte, que en el desorden poético de la obra aparece relegada casi al final.

Vendimión combatido comprende una glosa poética del mito de Hércules y Deyanira, y la evocación de la figura de Dante considerado como un emancipador.

Alma de formación, cosa latina,
juntó en sí mismo todos los contrarios,
y fué su vida guelfa y gibelina.
Unificó la raza, y de los varios
balbuceos del mundo, hizo la entera
plenitud de sus gestos arbitrarios.
Tuvo el cuerpo sensual y el alma austera;
en hez del pueblo hundió, al vivir, su lira,
y en luz del sol la alzó, en el canto, fiera.
Despedazó el engaño y la mentira,
y puso á fuego sus concupiscencias
en los hornos calientes de su ira.
Y cuando estaban todas sus potencias
á la más agria lucha preparadas,
pasó la de las castas inocencias,
y vió «la vida nueva» en sus miradas.

Algo arbitrarias me parecen ambas alegorías en su aplicación al pensamiento del poema; pero la majestad del verso las viste de una regia púrpura y da á esta parte de la obra una belleza de expresión que, con el deleite que de ella dimana, nos distrae de lo que contiene de enigmático y oscuro.

En el final, *Reconciliación suprema,* se precisa el sentido del poema. Para vencer al tiempo y á la muerte, la humanidad debe poner en sus obras un pensamiento de eternidad, laborar *sub specie aeterni*:

No derribes, levanta... En la tremenda
soledad del sepulcro y la leyenda,
afianza segura
Humanidad, la nueva arquitectura.
No des forma carnal á cosa alguna;
lo que nazca en tu cuna,
que tenga aliento largo, y no termine,
y que le toque el sol cuando culmine.
La eternidad, no el tiempo, es tu cuadrante;
ya no á la muerte, á Dios tienes delante
.....

Las obras que hoy hacemos
ya á los tiempos futuros las movemos;
la iglesia que fundamos,
á un Dios que no ha nacido destinamos.
Así ponemos en la muerte fiera,
á logro y plenitud nuestra quimera,
y si en ella morimos,
en la obra interminable persistimos.

Esa invitación á la perpetuidad parece animar los versos de Marquina, que tienen una severa construcción clásica, que les da aire de estar destinados á las futuras antologías. En las rimas de este poeta no hay nada fofo é inconsistente; dan la sensación del relevado, de una solidez y una precisión hechas á golpe de cincel y martillo. Marquina, en este poema de lucha, no sólo ha luchado con el tiempo, con *Vendimión,* sino con la rima, y la ha conquistado definitivamente, haciéndola suya, modelándola á la medida de su pensamiento. Hay en el poema una exuberante variedad de metros, de combinaciones, de armonías; pero su música es una música domada por el espíritu, que le sigue dócilmente y se ciñe á él, sin entregarse nunca á caprichos de vana sonoridad. La métrica sigue obediente al poeta, en vez de arrastrarle.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Costumbres: Fueros de Aragón.=Pedagogía: Los niños y los juguetes.=Crítica: Manojo de quisicosas.=Feminismo: La lealtad femenina.=Literatura: Rousseau y Lemaître.=Impresiones y notas: Cortesanas y provincianas.—Las curas por hambre.—Una versión de la muerte de Luis II de Baviera.—Falsificaciones artísticas.—El diablo.

COSTUMBRES

Fueros de Aragón.—El laborioso catedrático del Instituto de Madrid, D. Luis Parral y Cristóbal, ha acometido la magna empresa de la publicación íntegra de los Fueros de Aragón, con la traducción á dos columnas de los textos latinos ó lemosines, con vocabulario de las voces anticuadas por el sentido ó por la ortografía y con un estudio previo, histórico, geográfico y estadístico, del reino de Aragón. La obra ha de constar de cuatro voluminosos tomos, de los que van ya publicados el primero y el segundo, estando en prensa el tercero.

Como muestra, y para conocimiento de nuestros lectores, entresacamos de la colección los referentes á los alguaciles y á las dotes, por ser de los más curiosos para el estudio de las costumbres de la época en que fueron dictados.

Helos aquí:

Orden de Pedro II en Zaragoza, 1381, sobre los Alguaciles

«La virtud principal por la que reynan los príncipes en este mundo, y consiguen el reino perpetuo, es la justicia, pues ven ser necesario á ellos que los ministros sean tales personas para aquélla, que de aquello que es virtud, y por la que espe-

ran que dos no cambien en vicio por abuso de aquélla, de la que tuviesen castigo y tormentos y á evitar que eso no pueda ser. Ordenamos que el Alguacil tenga y tome un *moravedí* de oro de todo precio que haya tenido diez días ó más. Y tome cada día de nuestra Corte ocho *caneles*. Pero ordenamos que en su oficio ponga ocho hombres de á pie, buenos y capaces, y haga estar cada día uno de éstos un día á la puerta de nuestro palacio para guardar los motines de riñas y para castigarlos, que no griten, ni den vueltas, ni hagan ruidos, y que no dejen tener las bestias delante de la puerta de palacio, les hagan dar gran carrera antes de entrar y salir. Reciba todavía de todo preso que haya tenido diez días en la prisión, un maravedí; esto es, diez sueldos por aquél. Y si está allí más de los diez días en la prisión, no reciba ya más. Y si el preso no sale antes de pasar aquellos diez días, no tenga que pagar el dicho maravedí, ni otro derecho al dicho Alguacil. Y si dentro de los diez días ó después se malea, ó sale de la prisión con fianza, queremos que tenga el Alguacil por su derecho medio maravedí: y el Escribano que escriba la dicha fianza, tenga por las escrituras que haga tres sueldos, y no más. Y en el caso que el preso muera y sea hombre de lugar ó ciudad, honrado, ú otra persona que mantenga caballo y armas, queremos que el Alguacil tome por su derecho tan solamente el caballo, y las armas, y la espada, y la correa, y la bolsa, ó cuchillo, que estén guarnecidos de plata cuando sea aprisionado: y la vajilla de plata en que se le sirva en la prisión, y la cama en que duerma en la misma y la moneda de oro que lleve cuando se le haga preso, hasta la cantidad de treinta maravedises de oro. Todavía queremos, que si por ventura viniera ocultando una deuda delante de nuestro Alguacil, y pasados los diez días que el da, tenga que hacer ejecución en dicha deuda; tómela, pues, los derechos de tanto como sea la dicha deuda: los cuales pague el deudor, de los que ha de dar el alguacil á los hombres de su oficio la mitad por sus trabajos que conviene hacer para citar á aquéllos. Y de todo Ju-

dío ó Moro que nuestro Alguacil prenda, por poco que lo tenga en la prisión, queremos que tome por su derecho el dicho maravedí. Y si sucede que nuestro Alguacil parta de nuestra Corte á instancia de parte, y por sus oficios, tome por su salario y dietas cada día cuarenta sueldos barceloneses y no más; y que aquéllos los tenga que pagar la parte demandante. Y de todo preso que esté un día ó más ó menos, pague á los hombres del oficio de carcelaje por herrar y desherrar ó por cualquier otro servicio, dos sueldos, cuatro dineros y no más. Queremos más, que nuestro Alguacil haya de certificar á nos ó á nuestro Consejo, de qué delito está acusado el preso que tenga, porque de aquello ha de ser hecha la diferencia de su prisión, más ó menos fuerte que la de los otros. Y queremos que todas estas diferencias sean hechas: la primera, si es preso por causa civil, sea menos preso de cadena, con grillos de..... libras sin guardia. Y si es preso por hecho criminal, que no parezca que ha de ser condenado á muerte, entonces sea preso con grillos de..... libras y con cadenas sin guardias. Y si es preso por causa criminal, que ya parezca que ha de ser condenado á muerte corporal, queremos que esté preso con grillos y con cadenas de..... libras. Empero si el dicho Alguacil ve que, por la fuerza ó estado de la persona que esté presa, habida nuestra licencia con el consejo de nuestros jueces, á quien se ha encomendado el hecho, le puede aliviar la prisión, según la forma y mandamiento que Nos hagamos, y el dicho Juez aconsejará, hágalo. Y si ha de hacer venir guardias, que se asegure de nos y del dicho Juez cuántos han de ser: y aquéllos en tal caso, reciban de dicho preso ó presos cada uno diez y ocho dineros. Y si guarda dos presos ó más, reciban de cada uno doce dineros, hasta completar cinco sueldos y no puedan tomar más. Y si por acaso los dichos hombres van fuera de nuestra Corte á instancia de parte, tome de salario y de dieta, cada día que estén fuera, tres sueldos barceloneses y no más. Y si el preso que tengan es condenado á muerte, tomen los vestidos que aquél lleve al tiempo de ser apresado, excepto la

golilla. Queremos también que si el dicho preso condenado á muerte tiene moneda de plata ó dineros menudos (cuartos sueltos), sean de los dichos hombres, hasta la cantidad de cien sueldos y no más. Y si tiene espada ó cuchillo que no esté guarnecido de plata, sea de los mismos. Y si por ventura hacen alguna citación dentro de la ciudad, villa ó lugar donde nosotros estemos á instancia de parte, cobren por sus salarios doce dineros nada más: y si sucediera que alguno de nuestra casa fuera preso en poder del Alguacil á instancia del Canciller, del mayordomo ó del Contador mayor ó del Camarero mayor, por castigo, no tomen de él maravedí, ni carcelaje, ni herrar ni desherrar.»

Los relativos al derecho de las dotes, son los siguientes:

«Jaime I en Huesca, 1247

»Muerto el marido, la mujer viuda, aunque tuviese hijos de él, poseerá todas las cosas que juntamente tenían, mientras ella se mantenga viuda. Pero, aunque no se case, si manifiestamente tuviese fornicador ó adúltero, pierde la viudedad y las dotes, como si se hubiese casado.

La ingenua, esto es, la Infanzona casada con un varón, ha de ser dotada por éste en tres heredades, que tenga de presente, ó pueda alcanzar en el porvenir, y muerto su marido, puede empeñar todas ó parte de ellas, sin oposición de nadie, si no tuviere de dónde vivir. Sin embargo, si tuviese hijos que la quieran proveer de las cosas necesarias, no puede hasta cierto punto empeñar su dote ni tampoco otras heredades. Y si cuando se la dota, el marido no tuviera más que dos heredades, en ellas debe dotarla, y aunque no tuviere más que una. Pero esta ingenua puede bien dar una de las heredades de su dote á uno de sus hijos, á quien quisiera más, reservándose ella la viudedad; pero no de otra manera: porque, tan pronto como se casa con otro, pierde la viudedad y las dotes. Podrá también dar la segunda heredad á aquel lugar en que estuviese enterrado su

marido, si ella también eligiese allí sepultura. Mas la tercera podrá darla á los hijos, para que todos la sorteen allí, y así, como se ha dicho, pueda la ingenua dividir la herencia. En la división, empero, de otras cosas, la misma debe sacar íntegros sus vestidos y sus joyas, y una cama parada de las mejores ropas que haya en la casa, y un vaso de plata, una esclava, una mula de cabalgar, si de todo hubiera allí; también debe tomar dos bestias de labor con sus aparejos, si administrasen. Y si no hubiese esto, tome ella de aquellas cosas de las dichas que hubiera en la casa, y de cuantos pertrechos tuviesen tome uno de cada materia, y de igual manera, tome la mitad de los demás muebles.

»La mujer franca es dotada en quinientos sueldos por aquel con quien se casa, asignados en aquellos bienes que tiene ó ha de tener. Puede, no obstante, dotarla en más, si quisiere. Sin embargo, si tiene un hijo del marido, viva ó no el hijo, no puede pedir las dotes á ella prometidas, según el Fuero. Pero si no tuviere hijo, debe recibir íntegramente sus dotes con todas las otras cosas, que se contienen en el precedente próximo capítulo.

»La villana debe tener por sus dotes una casa cubierta, en la que haya doce vigas y una aranzada de viñas y un campo, en el cual pueda sembrar una arroba de trigo, dicho linar; íntegramente sus vestidos y joyas, y una cama bien parada con las mejores ropas que haya en la casa, y las dos mejores caballerías para trabajar, con todos sus aparejos. Pero si tuviese hijo del marido, solamente que nazca vivo, pierde la villana sus dotes, aunque muera al momento. Tiene igualmente parte, según el Fuero, en las demás cosas que hay en la casa. Si no tiene casa de doce vigas, dele otra en que haya más de doce, y la misma reciba íntegramente la parte, é inmediatamente la mitad de todos los muebles y la mitad de todos los inmuebles que ganaron de lo que tuvieron de común.

»Toda mujer que comete adulterio pierde las dotes de tal manera, que nunca en adelante podrá pedirlas.

»Ni el marido ni la mujer pueden vender la heredad que los padres dieron á su hijo en axobar cuando se casó, antes de tener sucesión, salvo que procuren, por buenos fiadores, poner el mismo valor en otra finca tan buena y en lugar tan conveniente.

«Los hijos legítimos pueden y deben heredar las dotes de su madre ingenua. Sin embargo, si su padre quiere contraer segundas nupcias, y no tiene otra heredad con que pueda dotarla, podrá dotarla legalmente, según el Fuero, en una de las tres heredades de las dotes de la primera mujer, aunque la impugnen los hijos de ésta. Y que la misma reciba su parte íntegramente, y la mitad indistinta de todos los muebles, aunque se opongan los hijos de la primera mujer. Y si dicho noble se casase, acaso por tercera vez, y no tiene alguna heredad en la que pueda dotar á la tercera mujer, puede dotarla en la tercera heredad de las dotes de la primera mujer, no obstante la oposición de los hijos de los dos matrimonios anteriores: y los hijos de la tercera mujer heredarán esta tercera finca.»

«Item por quanto se han visto muchos inconuenientes en total destruzión de las haziendas vinculadas, con firmas de dote y dotaciones principales de hijas y nietas que es quasi por indirecto anullar los vinculados. Por tanto de voluntad de la Corte statuymos y ordenamos, que qualquiera hazienda vinculada como fuese cargada por el possesor dèlla en perjuizio del successor assi en firmas de dote como en dichas dotaciones principales, en mas de doze mil ducados, dicho cargamiento sea nullo, y de ninguna efficacia y valor, como si hecho no fuese, aunque sea Concejil. Lo cual se haya de entender en las ocho casas principales de Aragón, que son las siguientes: casa del Conde de Ribagorça, casa del Conde de Sastago, casa de Illueca, casa de Ricla, casa del Conde de Aranda, casa del Conde de Belchite, casa del Conde de Fuentes, casa de Castro y no en otras algunas: y esto haya lugar en las dotes y firmas que de aquí adelante se harán y constituyrán.—(Carlos I en Monzón.)»

PEDAGOGÍA

Los niños y los juguetes.—Con el título de «Los derechos de la infancia á la belleza», publica Leo Claretie, en *La Revue Bleue,* un artículo sosteniendo la tesis de que la educación del gusto en el hombre debe empezar desde la infancia, y que para ello debe prestarse especial atención á los juguetes que se ponen en manos de los niños.

El juguete, en efecto, desempeña un gran papel en la formación del alma infantil, y es muy posible que las sonoridades falsas y discordantes de las trompetillas de feria y los colores chillones de los juguetes en boga, sean el origen de los horrores musicales con que atruenan nuestros oídos muchos de los actuales compositores, y de los mamarrachos pictóricos que nos vemos obligados á contemplar en casi todas nuestras Exposiciones. En los siglos xvii y xviii, así como bajo el Imperio y la Restauración se hacían muy lindos juguetes, como puede verse en los Museos y en las vitrinas de los coleccionistas; entonces se sentía el arte, la gracia, el estilo, porque los artistas vivían en medio de ideales, y los juguetes conservaban la huella de aquel ambiente artístico; se modelaban en cera muñecos que representaban las notabilidades del tiempo; Boucher y Gravelot grababan series de lindos juguetes de niño; Watteau decoraba huevos de Pascua; Caffieri cincelaba cocinitas de bronce; nadie desdeñaba trabajar para los niños, y por todas partes se producían juguetes seductores de tonos decentes y de líneas puras.

Todo esto se ha acabado; hoy se hacen los juguetes sin cuidado ninguno, como si importara poco que los niños empiecen su existencia trabando conocimiento con la fealdad. Nuestro tiempo es el de los juguetes feos, chillones y amazacotados, de pura pacotilla, y el de los libros malsanos. Contra esta situación no han faltado espíritus que protesten y voluntades que reaccionen, como sucede con la sociedad *El Arte en la Es-*

cuela, agrupación de espíritus generosos que ha producido ya algunos ensayos interesantes, como las lindas muñecas de las señoras Daussat, Laffitte y Prévost-Huret, de la señorita Riera y del Sr. Landolt, las siluetas recortadas de Caran d'Ache, Sem, Rabier y Grandval y otros semejantes. Para que se vea hasta qué punto se ha perdido el sentido de la estética aplicada á la construcción de juguetes, refiere Claretie que la sociedad *El Arte y el niño*, de que es fundador, propuso un premio de 500 francos para el inventor de un juguete que tuviese novedad elegante, graciosa, amable, linda, un reflejo de belleza, en fin. Pues bien; en la galería de los Feuillants, donde el concurso Lépine se había instalado, figuraban cientos de juguetes, pero ninguno digno de premio; allí no había más que medianías sin gracia ni belleza; los inventores buscan la risa por la fealdad, la alegría por la mueca, el humorismo por la caricatura. Sus cabezas, moldeadas de cartón, son monstruos; las caras de las muñecas son vulgares, sin expresión, completamente tontas. Todo el esfuerzo de inventiva se concentra en dos puntos: los juegos de combinación y los juegos científicos, modos nuevos de jugar á las cartas ó al dominó, imitaciones de aeroplanos, aplicaciones de principios eléctricos ó químicos, métodos ingeniosos para aprender música ó geografía, jugando á la lotería, al dominó ó á la ruleta, etc.; todo menos arte, que es lo que se pedía. Del arte nadie se preocupa.

Mucho se ha hecho en nuestro tiempo por la infancia; pero hay un elemento todavía descuidado en su educación: el gusto, el sentido del arte, el culto de la belleza. El niño tiene el sentido de las líneas y de los matices. ¿Por qué no dirigirlo y educarlo desde el principio? Es inexacto atribuir á la infancia predilección por los tonos violentos y los colores chillones; los experimentos de Player, de Baldwin, de Binet, prueban que prefieren el azul y el amarillo al rojo y al verde, que son más vistosos. Todos los niños dibujan; lo que prueba que tienen para ello una aptitud natural que se atrofia por falta de educación. Para los niños, el juego es el trabajo; manejando ó rom-

piendo su juguete, el niño se familiariza con las nociones fundamentales del espíritu. Los juguetes no son lo que se cree: son nuestros primeros educadores.

La mayor parte de los juguetes actuales proceden de Alemania. Si es explicable que traigamos la cerveza de Munich, el té de China y las pieles de Siberia, es inadmisible que pongamos en manos de nuestros hijos juguetes de Alemania. Los de Nuremberg y Sonneberg han sido creados por sajones para sajones; no pueden convenir á los latinos, porque son contrarios al instinto y al gusto de la raza. El juguete francés (y lo mismo podemos decir del español, dentro de lo poco que aquí se hace) es coquetón, ó pícaro ó ingenioso. Mirad, por el contrario, una muñeca alemana: los ojos, de esmalte, no tienen expresión; las mejillas son mofletudas, la cabeza amanerada, los cabellos estoposos como los de una coqueta que se sirve de agua demasiado oxigenada; el sombrero, monumental, la aplasta y la da mal aire, y el traje es estrepitoso.

Hay que familiarizar al niño con el arte, y para ello hay que empezar por poner en su mano juguetes artísticos.

CRÍTICA

Manojo de quisicosas.—*La enfermería, el interregno, el diario la* Zeit, *verificativo, preteridos, reunir.*—Con frecuencia se tropieza en los periódicos y revistas profesionales de medicina, y más especialmente en *El Siglo Médico,* con noticias referentes al estado patológico de la población madrileña, en las que se habla de «la enfermería reinante», «la enfermería de Madrid», etc. La mayor parte de los diarios reproducen, sin la menor modificación, esas noticias, y poco á poco se van haciendo tragar al público semejantes disparates. Así, por ejemplo, recortamos el párrafo siguiente, que, con ligeras variantes, aparece todas las semanas en la prensa de todos colores: «Según *El Siglo Médico,* durante la semana última siguieron pre-

dominando las mismas enfermedades que caracterizaron la enfermería que sufrió Madrid este invierno.» ¿Hay mayor desatino? ¿Qué es eso de sufrir una enfermería? La enfermería, según el Diccionario de la Academia, no es otra cosa que la «casa ó sala destinada para los enfermos». No es que para nosotros sea inapelable, ni mucho menos, la definición del Diccionario de la Academia; pero en este caso, es indudable que la palabra *enfermería* no puede usarse en el sentido que la dan los redactores de *El Siglo Médico*. Madrid sufriría una enfermería cuando se tratara, por ejemplo, de un hospital cuyo sostenimiento fuera costosísimo, ó cuya mala administración fuera inaguantable, ó cuya pésima organización constituyera una amenaza constante para el vecindario; pero sufrir una enfermería, en el sentido de pasar por tal ó cual estado predominante de enfermedades, no es hablar en castellano. Antes, los mismos periódicos solían hablar de la *patología de Madrid;* otro disparate también, pues la patología es el tratado de las enfermedades, y hablar de la *patología de Madrid,* sólo sería lícito cuando se tratara de la existencia de una escuela patológica especial característica de la Corte, á semejanza de cuando hablamos de la filosofía alemana, por ejemplo. Sin duda, los redactores de la prensa médica cayeron en la cuenta de su error, y quisieron enmendarlo; pero lo han hecho de tal modo, al sustituir la patología por la enfermería, que lo han dejado peor que estaba.

***

Casi tan disparatado como el anterior es el uso de la palabra *interregno* por *intermedio*. Este empleo es relativamente corriente entre la gente semiculta (abogadetes, comerciantes redichos, currinches, diputados provinciales y concejales con aspiraciones, y otros *ejusdem furfuris)*, y así suele deslizarse en la conversación, no siendo extraño que trascienda á la prensa periódica. *La Correspondencia*, por ejemplo, decía, al dar cuenta del atropello de una anciana por el automóvil en que

iba la Reina: «En este interregno», etc. No sabe el gacetillero que *interregno* quiere decir entre uno y otro reinado, y que no puede emplearse bien sino cuando se trata de períodos en que no hay todavía rey, como, por ejemplo, en el que siguió á la muerte de Alfonso XII hasta el nacimiento de Alfonso XIII. Eso es un *interregno,* y en ese *interregno* sucedieron tales y cuales cosas, como la dimisión de Cánovas, el llamamiento del partido liberal, etc. No hay, pues, que confundir *interregno*, que es el espacio comprendido entre dos reinados, con *intermedio,* que es el espacio de tiempo comprendido entre dos sucesos cualesquiera. El *intermedio* es el género y el *interregno* es la especie. Da casi vergüenza hablar de cosas tan elementales, pero no hay más remedio que hacerlo, para corregir la supina ignorancia de ciertos escribidores.

***

Y vamos con otro palmetazo. Es frecuente, cuando se cita un periódico ó revista extranjera, presentar su nombre más ó menos desfigurado, no por cambios ó permutaciones de letras en los títulos enrevesados que suelen llevar, especialmente los periódicos alemanes, pues esto sería relativamente disculpable, sino por la traducción, indebida unas veces é impropia otras, del todo ó parte de esos títulos. Así, cuando se cita el periódico alemán *Die Zeit,* nuestros gacetilleros ó redactores de crónicas extranjeras suelen decir: «Leemos en el diario la *Zeit*», «dice el periódico la *Zeit*», etc. ¿Puede decirse así? No. El artículo *la* castellano no puede referirse al sustantivo *Zeit* alemán, pues ese hibridismo es inadmisible; y aunque *Zeit* es femenino en alemán, no basta eso para que se mezclen en la cita del título dos lenguas distintas; si se traduce el artículo *die* por *la,* hay que traducir también el nombre *Zeit,* que significa *Tiempo,* y entonces ya no nos sirve el *la,* pues habría que poner *el* para concertar en castellano. Dígase, pues, *Die Zeit,*

todo en alemán, ó *El Tiempo,* todo en castellano, pero nunca se emplee ese pisto bilingüe á que son tan aficionados nuestros periodistas.

*
* *

Hay modos de decir enrevesados. Pero los que se gastan algunos de nuestros hermanos de allende el Atlántico son verdaderamente despampanantes. Véase la muestra, nada menos que en un oficio del Inspector General Técnico de las Escuelas Nacionales de Méjico, D. J. M. Sosa García: «Esta Inspección General Técnica estima altamente *(passons le mot)* los servicios prestados por V. como profesora de canto Coral en la organización de la Fiesta Escolar que tuvo su verificativo en este Puerto el 24 de Enero próximo pasado.» Miren ustedes que una Fiesta Escolar (así, con mayúsculas), que *tiene su verificativo,* ya debe ser fiesta magna, y magnífica, y magnánima! ¿No podría decir ese señor sencillamente que se verificó, y así hablaba en castellano?

Si no se tratara de un Inspector General, Técnico por añadidura, que debe saber ortografía, nos limitaríamos á señalar el *tuvo su verificativo,* de que hemos tratado; pero puestos á ello, nos llama la atención el uso que hace de las mayúsculas el Sr. Sosa y García, no por lo mucho que las prodiga, defecto de menor cuantía, sino por el modo con que las aplica. ¿Qué es eso de *profesora de canto Coral?* Si lo más, como término regente, es lo de *profesora*, y lo menos, como término regido, es el *de canto Coral,* ¿por qué no escribir Profesora, cuando se escribe Fiesta Escolar, y Escuelas Nacionales, y Puerto con mayúsculas, casi al estilo alemán? Por otra parte, ¿qué razón hay para escribir *canto* con minúscula y *Coral* con mayúscula? ¿No es *coral* el calificativo de *canto?* ¿No es Canto coral el título de la asignatura que desempeña la señora á quien se elogia? ¡Ay, señor Inspector! Tiene usted que repasar la ortografía ó recomendar, por lo menos, á los cajistas de *La Escuela Mexicana*

que corrijan bien las pruebas de sus escritos para que no resulten tan impropios de todo un Inspector General Técnico de la gran República del Condor.

***

¿Qué se habrá imaginado uno de los gacetilleros de *La Correspondencia* que quiere decir *preteridos*? Viene hablando de la resistencia que ofrecen multitud de personas para aceptar los cargos de presidentes y adjuntos de las mesas electorales, y dice: «Hay entre estos señores, personajes muy conocidos en la política y en la banca madrileña, los cuales, sin duda, se consideran preteridos al ocupar las humildes presidencias de una mesa en un colegio electoral.» ¿De modo que la persona á quien se elige para una cosa, se considera *preterida* por esa elección? ¡Válgame Dios! ¡Pero si es precisamente todo lo contrario! El *preterido* es aquel de quien uno se olvida, á quien se omite en una relación, en una elección, en cualquier acto en el que, estimándose con derecho á figurar ó á tomar parte, no es designado para ello. Así, por ejemplo, el amigo que no es invitado á una jira, siéndolo otros de menos intimidad, puede considerarse *preterido*. Pero esos señores á quienes se designa para presidir mesas electorales, ¿cómo han de considerarse preteridos por esa designación? Se considerarán, si se quiere, rebajados, desprestigiados, por estimar que cargos tan humildes no son dignos de su alta representación social; pero jamás pueden considerarse preteridos cuando precisamente se acuerdan de ellos para endosarles esos cargos.

***

¿No les parece á ustedes que para que se pueda hablar con razón de una reunión de cosa ó personas, es necesario que haya por lo menos dos personas ó dos cosas que se reúnan? Pues ahora resulta que caben reuniones de una sola cosa ó una sola

persona. ¿Lo dudan ustedes? Pues oigan lo que dice en *A B C* un erudito corresponsal de Roma, Franco Franchi, que explica á los lectores del popular diario la reforma introducida por Pío X en las elecciones pontificias: «Según las antiguas constituciones, y principalmente la de Gregorio X, si después del primer escrutinio ningún candidato reunía los dos tercios de los sufragios, los cardenales procedían á una nueva votación, que se llamaba de *acceso*, y estaban obligados á votar por alguien que hubiese reunido cuando menos un voto.» ¿Lo ven ustedes? Si se hubiera enterado antes Cierva, no se anda con chiquitas en materia de detenciones, y en lugar de mandar prender á los grupos de dos ó más personas, en cuanto hubiera visto reunida una sola, ¡zás! ¡á la Comisaría con ella!

FEMINISMO

La lealtad femenina.—¿Es la mujer tan leal como el hombre? Pablo Gsell se hace esta pregunta en *La Revue* de París, y para contestarla se ha dirigido á varias mujeres célebres y á algunos moralistas, novelistas y autores dramáticos, en los términos siguientes:

«Hay misóginos que pretenden que si alguna vez la mujer, gracias á los progresos del feminismo, llegase á ocupar las mismas posiciones que el hombre, la moralidad social disminuiría.—Dicen que la mujer, siendo débil, es naturalmente astuta, y que su dependencia tradicional ha acentuado todavía más este carácter; que, capaz de heroísmo cuando el sentimiento la impulsa, no tiene en sus relaciones con los indiferentes sino una noción muy oscura de la lealtad, y no deja de sacrificar frecuentemente la probidad á su interés.—Piensan que la mujer, habiendo limitado siempre sus preocupaciones al hogar, está desprovista de principios para la vida exterior.—Ahora bien; ¿son justas estas observaciones, en opinión de usted? En caso afirmativo, ¿qué debemos esperar para la sociedad futura de los progresos del feminismo?»

Pocos elogios merece la fórmula adoptada por Gsell para su información; desde luego hay enorme desproporción entre la premisas sentadas y las consecuencias que de ellas se intenta deducir; y además las indicaciones recogidas de los misóginos adolecen de algo de oscuridad y de imprecisión. Pero en fin, eso es lo de menos; la cuestión es saber lo que opinan sobre el particular los personajes consultados.

Julieta Adam dice que no comprende lo que se llama progreso sino por la elevación moral y yuxtapuesta del hombre y de la mujer, que siendo social ella, no es ni feminista ni masculista, sino familiar. No cree en la superioridad de un sexo sobre otro, sino en su equivalencia complementaria, siendo el hijo la síntesis de ambos. Total: que, en resumidas cuentas, Julieta Adam deja sin contestar á Pablo Gsell, aunque éste crea otra cosa.

El célebre ironista Tristán Bernard toma mejor la embocadura á la cuestión, y dice que el hombre y la mujer pertenecen á la misma especie y se parecen mucho, y por eso precisamente se juntan. Cuando se hallan en lucha, cada cual usa de las armas de que dispone: el hombre, de la fuerza y de la autoridad legal; la mujer, de la astucia. Cambiad las condiciones en que se encuentra la mujer, y se volverían las tornas. Dice, además, que no hay que confundir el feminismo con la autoridad femenina, pues cuando el hombre manda, la mujer gobierna, y si algún día el poder es ejercido por la mujer, seguramente quedará disminuído, porque, como decía la duquesa de Borgoña á la señora de Maintenón, «los mejores gobiernos son aquellos en que las mujeres ejercen públicamente el poder, pues los hombres son los que gobiernan».

Marcelo Boulenger contesta, no sin acierto, que «cuando las mujeres sean hombres—de un momento á otro,—ganarán nuestras cualidades de desinterés, de buena fe y de franqueza relativa; pero acaso adquieran también nuestra dureza, nuestra malevolencia y nuestra prodigiosa vanidad; en todo caso perderán todas las virtudes de la debilidad, que son matices de-

licados y encantadores del corazón. Cuando llegue ese día se concluyó la risa; aquí abajo el feminismo es muy cargante».

Julio Claretie no comprende que se ponga en duda la lealtad femenina, ni que se estime dudoso que la mujer sea tan recta como el hombre, pues no hay nada más perfecto que una mujer honrada que añade á su encanto su lealtad. Dice que Judas es tan frecuente como David, y que la debilidad de la mujer no la condena á la astucia. Preguntad á la mayor parte de los hombres ilustres, añade, y os responderán que su primer guía ha sido su madre. Mujer verdaderamente mujer, orgullosa de sus derechos y consciente de sus deberes, esa es la mujer del porvenir. Pero ¡cuidado con que la mujer de hoy no lleve sus pretensiones hasta el ridículo!

Emilio Faguet dice que cree firmísimamente que la mujer no es astuta sino á causa de la dependencia y subordinación en que durante siglos ha vivido; por sí misma y naturalmente, es más recta y más leal que el hombre; porque es más desinteresada que él y se gobierna más por el sentimiento. La accesión de las mujeres á los oficios viriles y hasta á los derechos funciones políticas, daría por resultado el aumento de la moralidad general.

La baronesa de Pierrebourg dice que no niega ninguno de los cargos, por desagradables que sean, que los misóginos hacen á la mujer; pero que la culpa la tiene el hombre por su conducta.

Alfredo Fouillée es el que da la respuesta más completa y de más miga, como corresponde á un filósofo de tan positivo valer. Vale la pena de traducirla íntegro: Sensible y apasionada, de espíritu más intuitivo que lógico y científico, de voluntad menos enérgica y menos violenta, pero perseverante y paciente, amiga del hombre y de la medida, la mujer no es, desde el punto de vista moral, inferior en nada al hombre. He tratado de hacerlo ver en mi libro sobre el temperamento y el carácter. De que la mujer tiene frecuentemente más finura y flexibilidad, más diplomacia y tacto, como también más dul-

zura, compasión y ternura, no se deduce que tenga en las relaciones sociales menos rectitud, honradez y probidad. La estadística de los delitos y crímenes está por completo en su favor. Además, la maternidad por sí misma es una escuela de abnegación y de amor. El sexo fuerte, que tiene sobre su conciencia los *Panamá* y otros mil escándalos de robo y rapiña, no tiene el derecho de enorgullecerse tanto de su «lealtad». El sexo de hierro y de sangre, que ha dado al mundo el espectáculo de tantas guerras, degüellos y hogueras; el sexo brutal, que ha oprimido y subyugado á tantas criaturas, incluso á la mujer misma, tiene más que alabar su justicia que su bondad. La muchacha que se ve obligada á vender su cuerpo, ¿busca su placer ó su pan? El hombre que la compra, ¿busca su pan ó su placer? Si la mujer, en el largo curso de las edades, no hubiera, como esposa ó como madre, domesticado, dulcificado, enternecido al hombre, ¿quién sabe si éste no hubiera seguido siendo el más feroz, el más lúbrico de los gorilas? Realizados los progresos en el seno de la humanidad por los grandes moralizadores, por los Budas, los Confucios, los Sócrates, los Jesús, han consistido en parte en insinuar en el corazón del hombre algunas de las virtudes fundamentales de la mujer: mansedumbre, piedad, abnegación. Casi se podría decir que la civilización ha tenido por objeto no afeminar, sino feminizar en cierta medida la naturaleza feroz del sexo masculino. Tal es, á mi juicio, el sentido profundo que hay que dar á la leyenda antigua: la Fuerza desarmada por la Gracia.

»Moralmente igual al hombre, la mujer es diferente del hombre. Ni puede ni debe pretender, sin excepción é indiferentemente, las mismas funciones que él. Sobre muchos puntos, el feminismo no hace las distinciones necesarias.

»La mujer está hecha, sobre todo, para la vida del hogar. Por lo tanto, hay que reconocerlo: en los Estados de América ó de Australia, en donde está mezclada en las administraciones públicas, hace la guerra más útil al alcoholismo y á la prostitución, á la corrupción electoral, á la prevaricación y á

la improbidad en las empresas; sobresale en las cuestiones de higiene, de asistencia en las organizaciones de las escuelas; económica de los dineros públicos, prudente y previsora, concienzuda y ligada á sus deberes, no se la tacha más que de falta de audacia en los asuntos de mucho alcance, y de un espíritu algo demasiado conservador. En todas partes se rinde homenaje á la integridad femenina que contrasta con los Tammany Hall y otros palacios de corrupción ó dilapidación.

»La influencia moral y social de la mujer, agrandándose, no puede ser más que útil al hombre, útil á la sociedad entera. He visto recientemente en las montañas que rodean á Menton, á un aldeano sentado á la mesa de una taberna bebiendo y fumando; fuera, una mujer subía á la colina, rodeada de niños pequeños, el menor de los cuales la llevaba cogida de la falda; mientras andaba hacía pastar un rebaño de cabras, y hacía media sin perder un minuto. Si el hombre se hiciese tan laborioso, tan económico, tan exento de la mayor parte de los vicios como su mujer, ¿no sería un paso enorme hacia la solución de la «cuestión social»?»

Marcelo Prévost dice textualmente, que apenas es negable que la mujer, históricamente condenada á ser lo más débil, en su lucha contra el hombre, haya desarrollado mejor que él sus instintos de astucia; pero que el día en que tenga los mismos derechos y condiciones sociales que el hombre, su astucia le será menos necesaria, y acabará por desaparecer como órgano intelectual sin uso.

La duquesa d'Uzés, como sin quererlo, convierte su respuesta en brillante paliza al preguntón, diciendo que esas cuestiones sólo las suscitan generalmente falsos psicólogos que no conocen de la mujer sino la... cortesana, ó acaso menos. Esas, claro es, son inferiores; pero si se retorciese la proposición, y se fuera á juzgar de los hombres por los proveedores de vicios, ¿de qué lado se pondría el sentimiento de la lealtad?

Enrique Regnier no cree que la mujer sea «menos leal que el hombre», ni que sea «naturalmente astuta». En cuanto á

lo que sucederá cuando el feminismo triunfe, considera que todo lo que pueda decirse es prematuro. Hay que dejar á las mujeres que están en su período de ensayo tiempo bastante para mostrar lo que pueden dar de sí en otras condiciones.

Anatolio France dice que la moralidad social no puede subir ni bajar, sólo puede modificarse. Toda sociedad es moral para los que han adoptado sus costumbres y sacan provecho de ella; inmoral para los que no se avienen á ellas. Nuestra sociedad actual es moral para el hombre que la aprovecha, inmoral para la mujer que la sufre; cuando la mujer se haya hecho completamente igual al hombre, las costumbres cambiarán, y habrá que contar más en las relaciones sociales con ciertas tendencias propias del sexo femenino, y la nueva moralidad así creada será juzgada por las personas que se avengan á ella infinitamente superior á la nuestra.

Convengamos en que para decir estas perogrulladas no necesita uno llamarse Anatolio France.

Pablo Hervieu dice que cuando un hombre es verdaderamente leal, hay probabilidad de que las mujeres y los demás hombres lo sean menos que él. La mujer es más instintiva, pero no está demostrado que el primer movimiento sea malo.

Jorge Lecomte sostiene que la mujer tiende cada vez más á convertirse en un buen hombre, conservando su papel y su encanto femenino.

La señora Lesueur afirma, y hasta jura, que jamás ha visto que la mujer fuese más astuta que el hombre; pero aun concedido esto, su moral, más severa para ella que para el hombre, la ha hecho más escrupulosa. La mujer es moralizadora, y con la mayor independencia de la mujer, el nivel moral subirá.

Pablo Marguerite no cree que disminuya la moralidad general el día en que la mujer ocupe las mismas posiciones sociales que el hombre. La mujer en sí no es menos moral que el hombre, y su ingreso en el parlamento es muy de desear.

Alfredo Mezieres, con muy buen sentido, dice que no se

debe generalizar; que los que quieren emplear á una mujer, empiecen por darse cuenta de su carácter y por conocerla bien, y seguramente no serán más engañados que si empleasen un hombre en iguales condiciones.

Max Nordau declara una herejía la opinión de los misóginos. Para él, la moralidad social es cosa enteramente de la mujer; ella la ha creado, ella la desarrolla y ella es su guardiana. Lo único de temer, en caso de dominación femenina, sería un puritanismo exagerado con todo lo que implica de respetabilidad aparente y de vicio oculto. En cuanto al disimulo y á la hipocresía, no son cosas propias de un sexo, sino de todo débil: los esclavos y los siervos eran disimulados é hipócritas. Por lo demás, no sería Max Nordau quien se felicitara por el triunfo del feminismo, que produciría una reacción formidable, aunque de poca duración. La mujer se pondría en seguida en la vanguardia, y con su buen sentido, un poco pedestre, muy crítico, muy guasón, no aceptaría sino ideas prácticas, realizables y positivamente ventajosas.

La información abierta por Pablo Gsell, aparte del brillo de los nombres que en ella figuran, ha sido, como puede verse, tan estéril como insustancial. Pero no hemos querido, sin embargo, privar de ella á nuestros lectores, por el ruido que ha metido en el mundo literario y en el feminista.

LITERATURA

Rousseau y Lemaître.—Juan Izoulet hace en *La Revue Hebdomadaire,* de París, una lista á dos columnas de los escritores partidarios y enemigos de Rousseau, que muestra el persistente paralelismo de las simpatías y antipatías suscitados por el filósofo ginebrino.

Así están:

Por Rousseau	Contra Rousseau
Sra. de Staël.	José de Maistre.
Sra. Roland.	De Bonald.
Chateaubriand.	Luis Veuillot.
Lamennais.	Nisard.
Jorge Sand.	Saint-Marc Girardin.
Pedro Leroux.	Taine.
Michelet.	Emilio Faguet.
Edgardo Quinet.	Brunetière.
Sainte-Beuve.	Pablo Bourget.
Amiel, etc.	Julio Lemaître, etc.

Julio Lemaître ha reunido en un volumen sus diez ruidosas conferencias sobre J. J. Rousseau, que forman un verdadero requisitorio contra la doctrina y contra el hombre, en quien ve la encarnación y el alma de la Revolución francesa. De la doctrina dice que no fueron ni Voltaire ni Montesquieu los que dieron forma á la Revolución, sino Rousseau, pues suyas son las teorías de la democracia absoluta y del derecho divino del número, y «el Breviario del Jacobinismo es siempre el *Contrato social*». Del hombre afirma que fué un extranjero, un enfermo perpetuo, y, finalmente, un loco.

Y, sin embargo, Lemaître reconoce que «de la parte sana del alma de Rousseau, de su viejo fondo hereditario, brotan á veces hermosos resplandores», ideas admirables, afirmaciones magníficas, declaraciones completamente conservadoras y tradicionalistas, hasta tal punto, que en la conclusión de su libro dice que «sería posible é interesante componer todo un volumen de máximas y pensamientos conservadores y tradicionalistas sacados del *libertario* Juan Jacobo Rousseau».

Pues bien, ese volumen existe, y existe nada menos que desde 1790, y lleva el título atrevido y sugestivo de *Juan Jacobo Rousseau, aristócrata;* en él su desconocido autor no se limita á recoger tales ó cuales pensamientos *escapados* de la pluma del filósofo, sino que presenta á éste como el teorizador consciente y consecuente de la aristocracia, como un aristó-

crata de cuerpo entero. La paradoja, como dice Izoulet, es tremenda, pero muestra lo enigmático de la figura de Rousseau.

El autor, monárquico constitucional, como entonces se decía (pues en 1790 la cuestión no estaba todavía entre la monarquía y la república, sino entre la aristocracia y la democracia), desarrolla su tesis de un modo muy ingenioso: como Rousseau murió en 1778, once años antes de que la Revolución estallara, no se sabe lo que hubiera pensado, ni cómo se hubiera conducido de haber vivido diez ó quince años más. De ahí que el autor divida su libro en dos partes: Primera: Si Rousseau hubiera sido miembro de la Constituyente, ¿cómo habría votado? —Segunda: Si Rousseau hubiera sido ministro de Luis XVI, ¿cómo habría opinado en el Consejo? A estas preguntas contesta el autor con textos sacados de las obras de Rousseau, que demuestran que, lejos de ser el padre de la Revolución, habría sido su resuelto adversario si hubiera vivido, conclusión absolutamente opuesta, en apariencia por lo menos, á las afirmaciones de Lemaître.

En la introdución del libro, el autor, que asiste á las sesiones de la Constituyente, se entretiene en examinar los bustos que decoran la sala, y le choca que, estando colocados á la izquierda los de Wáshington y Franklin, se halle á la derecha el de Rousseau. ¿Era casualidad? No; el *Contrato social,* depositado á los pies de su autor, le convenció de que cualquiera que fuese el propósito de quienes le habían colocado en medio de la minoría aristocrática, aquel era su verdadero puesto, ya que la mayoría estaba rechazando con desprecio los principios de Rousseau, afirmando que «no sólo Rousseau no ha profesado las máximas, más que atrevidas, que están hoy de moda, y que han hecho y hacen la revolución, sino que ha profesado las contrarias, que hoy se repiten por parte de la Asamblea nacional que se llama aristócrata». «Esta consecuencia y el título que doy á mi obra, sigue diciendo, *escandalizarán* seguramente á muchos admiradores de este grande hombre. ¡Que no se espanten de antemano, que me lean y me juzguen!»

Y viene en seguida la demostración. Si Rousseau hubiera sido miembro de la Asamblea nacional cuando el rey se refugió en su seno, y la nobleza y el clero accedieron á la abolición de sus privilegios, la gran alma de Rousseau se hubiera conmovido, y, venciendo su timidez, habría subido á la tribuna y habría dicho *(Consideraciones sobre el gobierno de Polonia)*: «Bravos franceses, tened cuidado; no vayáis, por querer estar demasiado bien, á empeorar vuestra situación. Pensando en lo que queréis adquirir, no olvidéis lo que podéis perder; corregid, lo podéis, los abusos de vuestra constitución, pero no despreciéis lo que os ha hecho lo que sois. No digo que sea preciso dejar las cosas en el estado en que se hallan; pero digo que no hay que tocarlas sino con extrema circunspección. En este momento estamos más impresionados por los abusos que por las ventajas; tiempo llegará, yo lo temo, en que se sentirán mejor estas ventajas, y, desgraciadamente, será cuando se las haya perdido. ¿Queréis cambiar el modo de representación? Yo temería que eso hiciese demasiado movimiento en el Estado y se acercara demasiado al *tumulto democrático.* No perdamos nunca de vista la importante máxima de *no cambiar nada sin necesidad,* ni para quitar ni para añadir. Como antes de elevar un gran edificio, el arquitecto observa y sondea el suelo para ver si puede sostener su peso, el sabio institutor no empieza por redactar buenas leyes en sí mismas, sino que examina antes si el pueblo á que las destina es capaz de soportarlas; por eso Platón rehusó dar leyes á los arcadios y cireneos, sabiendo que estos dos pueblos eran ricos y no podían sufrir la igualdad; por eso se vieron en Creta *buenas leges* y *malos hombres*, porque Minos no había disciplinado sino un pueblo cargado de vicios. No quebrantéis demasiado bruscamente la máquina; no pudiendo crear de repente nuevos ciudadanos, hay que empezar por sacar partido de los que existen, y ofrecer nuevo camino á su ambición, es el medio de disponerlos á seguirlo.»

Verdaderamente, los textos citados son para impresionar,

y es seguro que Rousseau, como dice el autor, habría estado en contradición con la mayoría de la Asamblea, y que sus doctrinas eran las constantemente sostenidas por el llamado partido aristocrático. Rousseau, por otra parte, hubiera sido partidario de la forma monárquica para el gobierno de Francia, porque en su *Contrato social* dice que «el gobierno democrático conviene á los pequeños estados; el aristocrático, á los medianos, y el monárquico, á los grandes». La idea que Rousseau se había formado del poder real y de su necesidad, era completamente opuesta á la que tenía la Asamblea. En efecto: el gobierno monárquico para él es «un gobierno concentrado en manos de un magistrado único, de quien los demás tienen su poder». «Ni la suerte ni los sufragios tienen lazo alguno en el gobierno monárquico, siendo el monarca de derecho el único príncipe y magistrado único; la elección de su lugarteniente sólo á él le corresponde»; cree imposible que «un gran Estado se pase sin rey, es decir, sin un jefe vitalicio supremo», y piensa que «una corona electiva con el más absoluto poder vale más que una corona hereditaria con un poder casi nulo». ¿Es esa la caricatura de rey creada por la Revolución?

«Si hubiera un pueblo de dioses, dice en otra parte, se gobernaría democráticamente; gobierno tan perfecto no conviene á hombres». Además, «¡qué cosas difíciles de reunir supone este gobierno! Primeramente, un estado muy pequeño, en que el pueblo sea fácil de reunir y en que cada ciudadano pueda fácilmente conocer á todos los demás; luego, una grande sencillez de costumbres que prevenga la multitud de negocios y las cuestiones espinosas; después, mucha igualdad en los rangos y en las fortunas, sin lo cual la igualdad no podría subsistir largo tiempo en los derechos y autoridad, y, en fin, poco ó nada de lujo». ¿Se parece en nada Francia á un pueblo de esas condiciones?

En cuanto á sus ideas sobre la aristocracia, Rousseau dice terminantemente en su *Contrato social*, que «en un estado monárquico hay necesidad de órdenes intermedios entre el prín-

cipe y el pueblo, sin lo cual el estado carece de enlace; para formarlo necesita príncipes, grandes, nobleza». «La aristocracia exige virtudes que le son propias, como la moderación en los ricos y el contento en los pobres; pues parece que la igualdad rigurosa estaría allí fuera de lugar, y ni aun en Esparta fué observada.» «Nada exclusivo es posible, dice en sus *Consideraciones sobre el gobierno de Polonia,* para los grandes y los ricos; muchos espectáculos al aire libre *donde los rangos se distingan con cuidado,* pero donde todo el pueblo tome igualmente parte; es bueno que el pueblo se encuentre á menudo con sus jefes en ocasiones agradables, que los conozca, que se acostumbre á verlos, que comparta con ellos sus placeres, *con tal que la subordinación sea siempre guardada y que no se confunda con ellos.*»

No menos concluyente que esta demostración de lo que Rousseau pensaba ó habría pensado si hubiera sido miembro de la Constituyente, es la relativa á la conducta que habría seguido Rousseau si hubiera llegado á ser ministro de Luis XVI, quedando así probado que Rousseau era un espíritu aristocrático, como lo fueron muchos de los Girondinos, sin que por eso deje de ser verdad lo que dice Lemaître al afirmar que Rousseau fué el verdadero padre de la Revolución.

IMPRESIONES Y NOTAS

Cortesanas y provincianas.—Marcelo Prevost, el autor predilecto de las mujeres, se ha dedicado en *Femina* al análisis de los defectos del bello sexo, y con ocasión de sus artículos y con motivo de varias cartas que ha recibido, compara á las parisienses con las provincianas, precisando las diferencias que entre ellas existen, y que en general pueden aplicarse á las mujeres residentes en las cortes ó en las provincias de cualquier Estado.

La parisina que se imagine que fuera de París las mujeres

no conocen nada de la actualidad, y sólo se ocupan de los cuidados domésticos y de chismografía, sería una tonta; y á la inversa, la provinciana que se atreviera á negar que París es la capital del arte y del ingenio, daría muestras de su falta de cultura; en provincias puede haber tal ó cual especialidad, pero en París se juntan todas las especialidades.

Una mujer de inteligencia media, por el hecho solo de vivir en París, amuebla su inteligencia con ideas, fórmulas y palabras, que jamás hubiera inventado por sí misma. Pero de ahí precisamente nace el peligro, pues una mujer algo tonta ó vanidosa que viva en París, arriesga al absorber ese exceso de pasto intelectual, que es incapaz de digerir, el convertirse en... una cotorra más. ¡La cotorra! He ahí el tipo peligroso que debe tratar de evitar á toda costa la parisina. París es un terrible tragatiempo, y si no se le sabe resistir, invade toda nuestra vida y nos arrebata la vida interior, sustituyéndola por una vida de exterioridad que puede afectar apariencias de elegancia, de placer, hasta de inteligencia, pero que no por eso es menos completamente vana y disolvente.

La provinciana no corre el riesgo de convertirse en cotorra. Las cosas intelectuales no la caen del cielo, como á una parisina; tiene que irlas á buscar, siguiendo la actualidad en los periódicos, leyendo las obras dramáticas ó literarias nuevas, estudiando el arte en las reproducciones y realizando siempre actos de voluntad y de reflexión, y desarrollando más completamente su vida interior. En el máximum de su cultura, representan un espíritu femenino superior al más culto de las parisinas. El peligro que corre, por poco que el medio ambiente en que vive sea soñoliento (y en provincias lo es frecuentemente), y como no tenga una poderosa iniciativa para sustraerse á él, es el de convertirse en... marmota.

*
* *

Las curas por hambre.—El Dr. Guelpa, partiendo de la observación de que en todas las enfermedades febriles la curación avanza con tanta más rapidez y seguridad cuanto más enflaquece el enfermo, establece en *La Revue* una nueva teoría del hambre, demostrando, con multitud de hechos, la eficacia de la dieta absoluta como medio curativo, especialmente en las enfermedades febriles.

Convencido de que en todo organismo enfermo hay elementos gastados inútiles ó nocivos, entiende que lo primero de que hay que preocuparse es de eliminarlos, y para ello emplea, ante todo, las purgas, y tras la purga, la dieta. A primera vista, parece que el que se purga y no come, debe sentir gran necesidad de beber; lejos de eso, el enfermo no bebe más que la mitad de lo que bebería en estado normal, lo que suprime una de las causas de intoxicación, y atenúa, hasta en pleno verano, el sudor.

El Dr. Guelpa ha ensayado en sí mismo su método, para poderlo apreciar mejor; el año pasado salió de Tánger en estado de ayuno completo, un viernes por la mañana, y no volvió á comer hasta el martes siguiente á medio día; en estos cinco días sólo tomó una limonada purgante en Tánger, el jueves por la noche, la víspera de salir, y otra el sábado en Madrid; durante el viaje, atravesando en el mes de Julio las zonas abrasadoras de España, no tomó más que cuatro tazas de té, cuatro limonadas, dos cafés y una botella de agua, sin sentir la menor sed ni verse molestado por el calor, el sudor ni el hambre. A estas ventajas hay que añadir todavía la de un sueño más corto, pero muy reparador; la regularización del pulso, con disminución de la presión arterial con hematosis y fagocitosis más perfecta; el funcionamiento más fácil del corazón y del hígado; el decrecimiento progresivo del peso, un kilo por día próximamente, y la desaparición de los dolores de las articulaciones, de la molestia de la respiración, y, por consiguiente, la mayor facilidad en los movimientos y una agilidad completamente juvenil.

El Dr. Guelpa lleva quince años practicando su método, y afirma que sus resultados son maravillosos.

***

Una versión de la muerte de Luis II de Baviera.—Con el título de «La muerte de un rey», encontramos en la *Revue Hebdomadaire* el siguiente relato de la muerte, todavía no puesta en claro por la historia, del infortunado rey de Baviera Luis II, el gran protector de Wagner:

«El rey, declarado demente, acababa de ser encerrado hacía unos días en su castillo de Berg, bajo la vigilancia del doctor Gubben, cuando una tarde, una barca de aspecto misterioso y de marcha prudente, pero rápida, apareció en la extremidad del lago de Starnberg, cuyas verdes aguas bañan el parque en que Luis paseaba sus solitarias meditaciones; manejaban los remos robustos montañeses de los Alpes bávaros, y dos hombres, uno alto, delgado, con sombrero echado sobre el rostro, gran bigote y largas patillas, y otro, un sacerdote católico, estaban sentados en la popa hablando.

—¿De modo, monseñor—decía el cura,—que no hay peligro?

—Ninguno; la Iglesia y la Patria ganarán en ello; nuestra dinastía es la más popular de Alemania. Se recuerda que Baviera le ha dado en otro tiempo un emperador. Los hombres del Norte lo recuerdan también, y no ignoran que en nuestro rey hay madera para un nuevo César. Prusia lo sabe, y ha sido preciso que el genio entusiasta de nuestro príncipe fuese llamado locura. Se ha necesitado eso para que el partido prusiano y protestante triunfara. Pero ese proyecto condenado, al que quizá no resistiría la razón de nuestro amadísimo Luis, no puede ejecutarse. Por eso sus fieles súbditos han venido á arrancarle de su prisión. ¿Estáis seguro de vuestros hombres, señor cura?

—Respondo de ellos, monseñor; nuestros montañeses mori-

rían con alegría por nuestro rey. Ved su resistencia, su disciplina y su silencio. ¡Y qué tiradores!... ¡Oh, Dios! ¿Sería posible que Baviera recobrara su antiguo esplendor, que la religión floreciera de nuevo y que Luis ciñera la corona imperial?

Se acercaban; la barca tocó en una cortina de juncos. El gran chambelán, que estaba observando con un anteojo las cercanías del castillo, murmuró: «Es él que viene.» El silencio se hizo más profundo en la barca; las miradas se tendieron. A través de los troncos negros de los pinos se distinguía claramente la alta silueta del rey bajando con lentitud hacia el lago; algunos pasos tras él iba el Dr. Gubben. Entonces, uno de los montañeses llevó á sus labios el cuerno colgado de su cinturón, y las primeras notas del aria del *despertar* de *Tannhauser* resonaron. Al oirlo, Luis se irguió y bruscamente emprendió su carrera con Gubben á los talones. Llega á la orilla, ve la barca á algunas brazas, aparta los juncos y se mete resueltamente en el agua; pero su tenaz guardián le sigue; se arroja sin vacilar en el Starnberg, y se agarra á sus vestidos gritando: «¡Señor, señor!» Luis se detiene un instante, se vuelve hacia Gubben y le manda: «¡Soltadme!» Pero el alienista se hace el sordo; por un momento el puño formidable del rey se levanta sobre la cabeza de Gubben...; pero Luis se domina y continúa avanzando en el agua, cada vez más profunda, arrastrando consigo al doctor. El fondo cenagoso y las hierbas dificultan la marcha del príncipe, que, á pesar de su vigor, se detiene un instante. La barca está cerca y los montañeses le llaman. La presión de Gubben se debilita; el rey, con un último esfuerzo, como un león, lo sacude, y Gubben, agotado, desaparece en el agua. La salvación parece segura; el rey tiene libres sus brazos y su cuerpo; pero Gubben, que lucha con la muerte, le coge por las piernas y el rey vacila y cae.

En el castillo se ha dado el grito de alarma, y las balas silban sobre el lago. Los montañeses empuñan sus remos y los últimos defensores del último de los Wittelsbach desaparecen entre las brumas de la noche.

Después de algunas horas de investigaciones, y á pesar de sus corrientes traidoras, el verduzco lago de Starnberg restituyó sus dos víctimas, y al día siguiente los periódicos publicaban largos artículos sobre «el atentado contra la persona del rey de Baviera».

***

Falsificaciones artísticas. — Cuando, en lugar de valer 23.000 francos, no valían más que 5.500 *El escalo* y *El cántaro roto,* de Debucourt; y *El paseo* de Moreau, se vendía en 5.000, en lugar de 15.000; y por un busto de Luis XIV se pagaban 700 francos, en lugar de 42.500 que ha valido veinte años después, los falsarios no tenían interés ninguno en ejercitar su paciencia; pero hoy, que todo el mundo se las echa de inteligente, y quiere tener colecciones artísticas ó, por lo menos, algún trabajo de arte firmado por algún autor célebre, los falsificadores tienen ancho campo en que ejercitarse, realizando muy serios beneficios.

Estos plagiarios tienen asombrosa habilidad, habiendo algunos que hacen de su oficio un verdadero arte, como el difunto Groult, que había llegado á imitar los dibujos de Fragonard con tal perfección, que engañaba á los peritos mejor documentados. Lo difícil, con serlo mucho la imitación, es el llegar á dar á las obras ese sello de vetustez, esa pátina de antigüedad que parece garantizar la autenticidad de las firmas. Para ello, eligen desde luego una tela vieja, y cuando la pintura está seca, obtienen el tono dorado con un barniz de Holanda de color de sepía; impregnan luego los empastes con jugo de regaliza; hacen las resquebrajaduras con la punta de una aguja y dando martillazos sobre la tela, previamente cubierta de una placa de metal; cuecen luego los colores, colgando el cuadro en un horno de panadero, y... ¡sírvase caliente! ¡ya está la pega preparada!

Al lado de la pega del artista está la del marchante. Algunas son verdaderamente épicas. Un corredor de Londres había

encargado á un especialista de Montmartre una *Escena de bebedores*, de gusto flamenco; entregado el cuadro, el corredor lo encuentra perfecto, pues nada falta en él, ni siquiera la firma de Jan Steen, ni la fecha de 1672, calcadas sobre un facsímile de Rotterdam. Hasta tal punto llega la satisfacción del marchante, que dice al pintor: — Está tan bien este cuadro, que no sé por qué no lo firma usted; ahí tiene usted una paleta y pinceles; ponga usted su nombre en la tela.

El otro, creyéndose lanzado, no vacila; extiende una capa de pintura sobre la firma de Jan Steen, y la reemplaza por la suya. El cuadro sale para América; pero, al mismo tiempo que él, una carta anónima advierte á la Aduana la llegada de una obra maestra de la escuela holandesa, que se quiere hacer pasar bajo una firma moderna sin valor. El director de la Aduana de Nueva-York entregó el cuadro á una comisión de peritos, que no tardaron en descubrir, bajo la firma del autor desconocido, la famosa de Jan Steen. El corredor fué multado en 100.000 francos; pero pocos días después vendía en 250.000 su falso Jan Steen, declarado auténtico por los expertos de la Aduana.

***

El diableo.—La señora Daniel Lesueur refiere que, estando en Londres, oyó entre dos señoras el diálogo siguiente:

—¿De modo que está usted verdaderamente contenta? ¿Se las arregla usted bien?—preguntaba la más elegante á su compañera.

—Ya lo creo—contestó ésta;—estoy encantada. Gano lo que quiero.

—Sus lecciones de usted deben ser muy estimadas.

—Ya no doy lecciones.

—¿Y qué hace usted entonces?

—Pues ahí verá usted: tengo una clientela de señoras del gran mundo, y... *diableo* para ellas.

—¡Cómo!... ¿Usted *diablea* para esas señoras? ¿Qué quiere usted decir con eso?

—Esas señoras quieren poder decir algo sobre todos los asuntos interesantes del día, faltándoles el tiempo ó la voluntad para formarse sobre ellos una opinión personal. Yo leo la novela nueva, la revista de la última pieza, los debates del Parlamento, el catálogo y la crítica de las exposiciones, las reseñas judiciales de las causas célebres, la invención de que se habla, el escándalo de que se murmura, la catástrofe que ocurre, todo lo sensacional, y colecciono frases y citas, y, provista de todo esto, voy á casa de mis abonadas y las surto de noticias, de opiniones y frases, para que puedan todos los días, ó una vez por semana, según el trato que hacemos, lucir su genio y su saber, en una comida ó en una recepción, en el paseo ó en el teatro. Eso es lo que se llama *diablear* para esa señora.

—Y ¿tiene usted muchas clientes?

—Más de las que puedo atender.

—¿Se lo pagan á usted bien?

—¡Oh, *my dear!* ¡Ya lo creo!

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

I a magistratura, per Eduardo Piola-Castelli.—Torino, Unione tipografico-editrice torinese, 1907.—Un volumen de 440 págs., 8 liras.

La índole y el contenido de este libro los indica el subtítulo que el mismo lleva, á saber: *Estudio sobre la organización judicial en la historia, en las leyes extranjeras, en la legislación italiana y en los proyectos de reforma.* Es de advertir, no obstante, que los únicos países cuya organización judicial expone son los mas conocidos, tanto de Europa como de América, y son: Inglaterra, Francia, Alemania, Austria, Bélgica, España, Suiza, Estados Unidos de América y, desde luego, claro está, Italia, al estudio de cuya organización judicial, ya en la Italia antigua, ya en la actual, á partir de su unificación política, ya en las reformas proyectadas, dedica el autor las dos terceras partes de su obra. Pero ni de los pueblos escandinavos, ni de los eslavos, ni de Turquía y otros Estados europeos, trae noticia alguna, ni tampoco dice nada de la organización judicial existente en las muchas naciones civilizadas de América (aparte la gran república de los Estados Unidos), de Oceanía, de Asia y aun de Africa.

A pesar de todo, el lector no perderá el tiempo consagrado á este libro, pues encontrará en él un cuadro bastante completo de la organización judicial vigente en los citados países

europeos y de Norte-América. Tal vez, sin embargo, los datos que el Sr. Piola-Castelli ha recogido adolezcan alguna vez de deficiencia y aun inexactitud. Por lo menos, en lo que se refiere á España, no son todo lo completos ni fieles que debieran. El autor ha tenido á la vista, para coleccionarlos, pocas fuentes, y éstas anticuadas: tales son, cuando menos, las que él cita expresamente.

P. Dorado

ÍNDICE

Págs.

Literatura fraudulenta: La ilegitimidad del Buscapié, por Alberto Blanco 5

La lengua española entre los judíos, por Rodolfo Gil 30

El cristianismo español según Angel Ganivet, por Mauricio Legendre 44

Goya, por Valeriano de Loga 74

Parnaso internacional: A una joven árabe, que fumaba el narguilé en un jardín de Alepo, por Lamartine 102

Los tapices flamencos de la Exposición de Zaragoza, por Emilio Bertaux 106

Recuerdos, por José Echegaray 126

Un veredicto injusto (Troens-Magt).—Novela por Johan Bojer 138

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero 163

Revista de Revistas, por Fernando Araujo 174

Notas bibliográficas, por P. Dorado 206

AP
60
E8
año 21
no.244-46

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY